

The background of the cover is a soft, painterly illustration. In the upper left, a woman's profile is shown wearing a wide-brimmed hat with a veil. In the upper right, there are brown, autumnal leaves. The central focus is a large, multi-story classical building with many windows and columns, viewed from a low angle. A vintage car is parked on the street in front of the building. The overall color palette is muted and nostalgic, with sepia and earthy tones.

ANTES *de que*
LAS HOJAS
Caigan

MAITE ALEU

D.J.57

Antes de que las hojas caigan

Maite Aleu

© Maite Aleu, 2019.

ANTES DE QUE LAS HOJAS CAIGAN

Todos los derechos están reservados, incluidos los de reproducción total o parcial del texto por cualquier medio sin la autorización previa y por escrito de la titular del *copyright*.

La narración y sus personajes son fruto de la imaginación de la autora, el contexto en el que se mueven corresponde a datos históricos.

Diseño de portada: Nerea Pérez Expósito de [Imagina-designs](#)

Maquetación: Maite Aleu

Edición: Ana Vázquez

Todos los derechos reservados Safe Creative. Número de registro: 1910082130078

ISBN: 978-8409141296

A mi familia

Índice

[Capítulo 1](#)
[Capítulo 2](#)
[Capítulo 3](#)
[Capítulo 4](#)
[Capítulo 5](#)
[Capítulo 6](#)
[Capítulo 7](#)
[Capítulo 8](#)
[Capítulo 9](#)
[Capítulo 10](#)
[Capítulo 11](#)
[Capítulo 12](#)
[Capítulo 13](#)
[Capítulo 14](#)
[Capítulo 15](#)
[Capítulo 16](#)
[Capítulo 17](#)
[Capítulo 18](#)
[Capítulo 19](#)
[Capítulo 20](#)
[Capítulo 21](#)
[Capítulo 22](#)
[Capítulo 23](#)
[Capítulo 24](#)
[Capítulo 25](#)
[Capítulo 26](#)
[Capítulo 27](#)
[Capítulo 28](#)
[Capítulo 29](#)
[Capítulo 30](#)
[Capítulo 31](#)
[Capítulo 32](#)
[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Epílogo](#)

[Notas](#)

[Sobre la novela](#)

[Agradecimientos](#)

[Sobre la autora](#)

Capítulo 1

Chicago, enero de 1918

La joven de cabellos oscuros se detuvo frente a la estatua de Pasteur, en el centro del pequeño parque que la separaba de su destino, y leyó la frase escrita en el pedestal:

Uno no pregunta a alguien que sufre: ¿cuál es su país y su religión? Simplemente dice: usted sufre. Eso es suficiente para mí.

Sonrió a la figura del eminente microbiólogo sintiendo que, de alguna forma, le daba fuerzas, tomó una bocanada del gélido aire matutino y se dirigió hacia el enorme edificio. Atravesó el umbral y aspiró con ansia el conocido olor a desinfectante. Los tacones de sus botines resonaban en el suelo de los pasillos mientras seguía las indicaciones colgadas en las blancas paredes. El personal que trabajaba en el hospital estaba demasiado atareado como para prestarle atención. Se detuvo frente a una puerta al ver que había encontrado lo que estaba buscando. El cartel rezaba: «sala de residentes».

Se desabotonó el abrigo y repasó su atuendo antes de llamar. La amplia y larga falda y la blusa abotonada hasta el cuello pasaron su examen. Alzó sus manos para comprobar que llevaba el cabello en orden y descubrió que un mechón se había escapado del apretado moño. De forma precipitada lo agarró y se quitó una horquilla para poder sujetarlo, pero se le cayó al suelo. Se agachó para recogerla.

—Qué inoportuna... —masculló mientras se incorporaba.

La puerta se abrió y se quedó inmóvil mirando fijamente unos ojos azules. Su propietario, mucho más alto que ella, la observó mientras se arreglaba el rebelde cabello. Notó calor en las mejillas por haber sido sorprendida en aquella postura. El desconocido dibujó una sonrisa de suficiencia mientras clavaba sus iris en los de ella con una intensidad nada educada.

—Doctor Foster, ¿a qué espera? Si se aburre, en el ala de tuberculosos les iría bien su ayuda. —La voz que salió del despacho sonó grave y autoritaria.

—Sí, doctor Brown —el joven contestó por encima de su hombro, luego le sonrió y se marchó.

Miró hacia el interior y vio una sala espaciosa, pintada en color blanco e

iluminada por la fría luz matinal que penetraba a través de amplios ventanales. Una gran mesa rectangular de madera oscura, rodeada por varias sillas del mismo color, estaba situada en el centro. En la pared de enfrente colgaba una enorme pizarra.

Dentro de la sala había algunos jóvenes de pie, todos hombres, que vestían amplias batas blancas. Frente a ellos, un hombre maduro, alto y corpulento con cabello entrecano, cuya mirada imponente se clavaba en ella en aquel momento.

—Señorita, la jefa de las enfermeras tiene su despacho al fondo del pasillo. —Hizo un brusco movimiento de cabeza en aquella dirección.

—Soy la doctora Elizabeth Scott, doctor Brown. —Ante la expresión de sorpresa de Brown, continuó—: Su carta me citaba aquí a las ocho en punto.

—Ah, sí, sí... ya recuerdo. Doctora... Scott —pronunció «doctora» como si estuviera aprendiendo un idioma nuevo—. Pase, por favor. ¿Y ustedes a qué esperan? ¿No tienen trabajo? —elevó el tono de voz mientras se giraba y observaba con gesto duro a los jóvenes que quedaban en la sala.

El espacio se vació de forma tan rápida como silenciosa. El doctor Brown le indicó una silla y esperó a que se sentara para hacerlo él.

—Voy a serle sincero —el médico hizo una pausa clavándole su mirada oscura—, no sé cómo enfocar esta situación. Y eso no me gusta.

La joven esperó en silencio, su postura recta en la silla, las manos entrelazadas sobre su regazo. Aunque un pequeño porcentaje de estudiantes de medicina eran mujeres, al graduarse la mayoría se dedicaba a trabajar en consultas privadas u hospitales femeninos. Pocas se atrevían a invadir el reino de los grandes hospitales. Por eso ella no había esperado una fiesta de bienvenida, pero tampoco que el jefe de medicina del hospital del condado de Cook la considerase una «situación».

—No creo que este sea el sitio adecuado para una mujer —prosiguió el veterano médico—. Es cierto que la mujer tiene vocación de cuidadora por naturaleza, y puedo entender que algunas estén interesadas en la medicina, pero para eso hay lugares apropiados, como los hospitales femeninos. —Meneó la cabeza—. La guerra está trastornando el orden natural de las cosas. No entiendo por qué una joven como usted, con tanto talento, no ha encontrado mejor ocupación que estar rodeada de infecciones, malos olores y... hombres —se detuvo y la miró con incredulidad.

—Mi vocación es el estudio de las enfermedades contagiosas —su voz sonó más firme de lo que había esperado.

—Usted estudió en la Facultad de Medicina para Mujeres de Pensilvania, e hizo su internado¹ en el Hospital de Mujeres de Filadelfia. ¿Qué hará cuando tenga que ver a un hombre desnudo? ¿Y si cuando esté sola de guardia llega un borracho? ¿O un lunático en pleno ataque?

—Si me permite decirlo, ya he visto muchos hombres desnudos. Si ha leído mi currículum sabrá que trabajé un año en la clínica del doctor Merrill, en Filadelfia. Respecto a las otras situaciones... pediría ayuda, como seguro harían mis compañeros varones.

Brown se mesó un momento el grueso cabello entrecano, observándola.

—Está bien. Si está usted segura de quedarse, me veo en la obligación de advertirle que no voy a hacer ninguna distinción entre usted y los médicos varones. Si no es capaz de cumplir con sus obligaciones como un hombre deberá marcharse, ¿queda claro?

—No espero otra cosa, doctor, que ser tratada como un hombre. — Elizabeth contuvo una sonrisa.

Brown la estudió mientras, reflexivo, se frotaba la barbilla.

—He de reconocer que tiene un buen currículum y mejores referencias, por no hablar de la nota de su examen de acceso al hospital. ¿Me permite una pregunta directa?

—Todas las que quiera.

—¿Por qué nuestro hospital? ¿Por qué no el Mary Thompson, aquí en Chicago? Allí habría sido muy bien recibida.

Elizabeth se sonrojó. «No como aquí».

—El Mary Thompson es un hospital femenino y la especialidad que ansío no entiende de géneros. El Cook es muy grande, su laboratorio es de los mejores del país, y el doctor Parker es un especialista muy reputado — prosiguió—. ¿Por qué he de conformarme con menos? —Hizo una pausa—. ¿Usted lo haría?

El doctor Brown la evaluó unos instantes, y ella imaginó que se planteaba por qué una chica querría meterse en ese berenjenal en lugar de casarse y criar hijos.

—No, no lo haría —repuso con honestidad.

—Me informé antes de hacer el examen para ser residente de este hospital y me comuniqué por carta con el jefe del laboratorio. Creo que este es el lugar en el que debo estar para tener una buena formación.

—Veo que está usted convencida de lo que quiere.

—Lo estoy.

—Entonces, se terminó la entrevista. —El jefe de medicina se levantó y Elizabeth le imitó. Tras unos segundos en silencio, el hombre extendió la mano—. Bienvenida al hospital del condado de Cook, doctora Scott.

—Gracias, doctor Brown. —Sin vacilaciones, Elizabeth tomó la mano que le tendía y la sacudió enérgicamente. Su controlada expresión mudó al observar los dedos de Brown, hinchados por la parte de las uñas. Conocía aquel signo: su jefe tenía una enfermedad pulmonar crónica.

—Sarampión —dijo el veterano médico al percatarse de su mirada.

—Lo siento, no quería ser grosera.

—No se preocupe. —Esbozó una sonrisa—. Es usted observadora. Pasé el sarampión de adulto y me dejó secuelas en los pulmones. Los catarros me afectan mucho, por eso no acompaño a los residentes en sus rondas.

—Es comprensible, doctor Brown. —Elizabeth asintió.

—Vamos, la acompañaré y le presentaré a alguno de sus compañeros. Las damas primero.

El doctor Brown le explicó que, a causa de la guerra, había menos médicos de lo habitual, por lo que debería acostumbrarse a una carga de trabajo importante. El lugar contaba con casi tres mil camas desde su reciente remodelación. Al ser un hospital público, financiado por donantes, el Cook daba servicio a una población de múltiples orígenes. La mayoría de su clientela eran pacientes con escasos recursos económicos, muchos de ellos inmigrantes recién llegados. Como residente, su trabajo consistiría en visitar a los pacientes por las mañanas y por las tardes hacer el trabajo de laboratorio.

Joseph Lewis, un residente de su misma especialidad, fue el encargado de guiarla por los pabellones. Era un joven desgarrado con el pelo rubio oscuro, los ojos marrones y cierto aire lúgubre. Aunque conocía la magnitud del centro quedó impresionada por todos sus adelantos y más cuando, al terminar, Lewis le mostró el gran laboratorio. Era muy luminoso, ocupado por amplias mesas rodeadas de taburetes altos, con numerosos microscopios, centrifugadoras, incubadoras para los cultivos, neveras, vitrinas repletas de material... Le había costado mucho llegar hasta allí: cuatro años de estudios, uno de internado, otro de trabajo en una clínica privada y un competitivo examen. Pero valdría la pena, no solo por todo lo que aprendería, sino también por la posibilidad de conseguir la plaza de médico adjunto del laboratorio, que se convocaría al año siguiente.

—Aquel es el despacho del jefe del laboratorio, el doctor Parker —dijo Lewis, señalando con la cabeza una puerta lateral de la sala—. Ahora está en

la Facultad, también es profesor.

Más tarde, Elizabeth y Lewis entraron en una sala de hospitalización acompañados de una enfermera. La sala estaba atestada de camas dispuestas en paralelo, ocupando las dos paredes principales. Una carpeta con las constantes vitales de cada paciente y su historial colgaba a los pies de cada cama. La entrada de Elizabeth, vestida con bata blanca y sin cofia, llamó la atención de los enfermos, que la miraron con curiosidad. Ignorando el calor que sentía en las mejillas, la doctora y su colega pasaron visita a los pacientes que tenían asignados, explorando y comentando cada uno de los casos.

—No quiero que me mire *ella*. —Un paciente flaco de avanzada edad se dirigió a Lewis, ignorándola.

Elizabeth se colocó bien las gafas y miró el historial. El paciente era barbero, pero sus numerosas molestias le impedían realizar su trabajo.

—Señor, le aseguro que estoy titulada y tan capacitada como cualquier médico de este hospital —afirmó—. Según su historial, usted tiene dificultad para caminar, en ocasiones visión borrosa y un dolor muy fuerte que lo atraviesa de arriba abajo. Permítame que intente ayudarle con todo eso —dijo con suavidad.

—¡He dicho que no! —La miró con ira y se subió las sábanas hasta el cuello.

—Señor, ¿no deja usted que lo laven y lo cuiden las enfermeras? —intervino Lewis—. Pues es lo mismo.

—No lo es. —El barbero miró al frente con gesto ceñudo.

Las personas que ocupaban las camas de alrededor estaban atentas a la situación. Incómoda, Elizabeth aspiró hondo y fue a hablar cuando una profunda voz masculina la interrumpió.

—Señor, si se niega a que le atienda un médico de este hospital sin un buen motivo no será atendido por ningún otro. Esto es un hospital universitario, y son las normas.

Elizabeth se giró y se encontró con los ojos azules del llamado Foster mirándola.

—No necesito su ayuda, doctor, gracias —le dijo en tono cortante.

—¿Necesita usted alguna cosa, doctor Foster? —dijo con una sonrisa la enfermera.

Él le devolvió la sonrisa guiñándole el ojo.

—No, gracias, enfermera. Creo que por aquí está todo *sobradamente* controlado —comentó con sarcasmo—. Me marchó a mi sala. De nada —

murmuró Foster inclinando la cabeza a modo burlón.

Elizabeth sintió una punzada de culpa. Sabía que había sido poco cortés, pero le molestaba la sobreprotección. Ya tenía la ayuda de Lewis, no necesitaba más. Al final, el paciente rebelde cedió y le permitió explorarle, pero solo contestó las preguntas de Lewis.

—Las jóvenes de hoy en día no tienen decoro —gruñó el paciente en voz alta cuando los doctores se retiraban de la sala—. Si fuera una mujer decente no estaría aquí.

—Y si usted fuera un hombre decente tampoco —murmuró Elizabeth para sí, e inmediatamente se sintió mal—. Lo siento, no debería juzgar la conducta de un paciente —se disculpó mirando a su colega.

—¿Por qué ha dicho eso? —preguntó Lewis.

—Porque... creo que tiene neurosífilis.

—¿Neurosífilis? —Arqueó las cejas con sorpresa—. A mí me parece anemia perniciosa. Los síntomas cuadran.

—Puede ser. De todas formas, le haré una prueba de Wasserman para descartar la sífilis —dijo ignorando la mirada condescendiente de su compañero.

Encaminándose al despacho donde se había reunido con Brown a primera hora, Elizabeth le hizo a Lewis la pregunta que se había guardado durante toda la mañana.

—Dígame, doctor Lewis, ¿por qué no hemos pasado visita con un profesor como los otros residentes? ¿Es por la falta de médicos? —Había sido informada por Brown de que su supervisor era el doctor Stevens, médico y profesor de la Facultad de Medicina Rush de Chicago.

—Pues... —Lewis rehuyó su mirada—. Verá, el doctor Stevens ha dicho que no quería... —carraspeó— participar en el... en esto, y que luego revisaría los tratamientos. —Se puso colorado.

Elizabeth se sintió más deprimida de lo que quería admitir. Su mentora ya le había advertido que aquel hospital tenía médicos de la vieja escuela, que no toleraban la injerencia de las féminas en su campo.

—Está bien... —Inspiró con fuerza—. Terminemos con nuestro trabajo, aún nos quedan muchos pacientes.

—Doctora Scott, no lo tome como algo personal. Él es de los que creen que el sitio de una mujer está en su hogar, cuidando de su familia —repuso conciliador.

Ella lo miró con gesto cansado y negó con la cabeza.

—Siempre hay una excusa.

—Usted me dijo que tendría el mismo trabajo que un varón —Elizabeth habló en un tono respetuoso pero frío—. Que se me iba a tratar como a otro hombre, no peor.

La joven había esperado a terminar su larga jornada matinal para formular sus protestas. Se encontraba en el despacho del doctor Brown, sentada frente a su mesa con los puños apretados sobre la falda.

Brown la miró con expresión inescrutable. Repasó una vez más las órdenes de tratamiento y los historiales de los pacientes de Elizabeth. La joven sabía que lo estaba poniendo en un aprieto: si Brown se oponía de forma pública a la rebeldía de Stevens podía iniciar una oleada de simpatía hacia este y empeorar más aún la situación. Sería como provocar una especie de motín, pero ella no iba a rendirse ahora.

En aquel momento unos suaves golpes sonaron en su puerta.

—Pase —dijo su jefe.

—Buenas tardes, doctor Brown, señora. —Un hombre entró en el despacho y la saludó con un gesto respetuoso.

—Ah, doctor Coleman. —Se levantó y ella lo imitó—. Creo que aún no conoce a la doctora Elizabeth Scott. Doctora Scott, le presento al doctor Coleman, jefe de cirugía del hospital.

Elizabeth aún estaba parpadeando por la sorpresa. Había imaginado que el jefe de cirugía sería un hombre más viejo aún que Brown, pues muchos estaban sirviendo en el ejército, pero el doctor Coleman era un atractivo hombre de cabello rubio, ojos claros y sonrisa deslumbrante que apenas pasaba de los treinta.

—Doctora Scott. —Le tendió una mano que Elizabeth se apresuró a aceptar, algo avergonzada por su evidente sorpresa. Su apretón fue tan firme como cálido—. Lo sé, soy joven. —Coleman sonrió, comprendiendo los motivos de su asombro—. En realidad, no soy el jefe oficial, solo en funciones. Es una pena que usted no sea residente de cirugía, nos hace falta sangre nueva. Además, me impresionó su currículum. ¿Le interesa la cirugía?

La joven reaccionó por fin.

—Encantada de conocerle, doctor Coleman. Es usted muy amable —murmuró—. Me atrae la cirugía, pero me interesa más la medicina... —comenzó a explicar.

—Buena idea. ¿Qué le parecería tener una residente, doctor? —interrumpió el jefe de medicina—. Por supuesto, su trabajo en el laboratorio

está asegurado en todo momento —afirmó Brown.

—¿Pretende que pase visita a los pacientes de cirugía en vez de a los de medicina? —Elizabeth lo miró indignada.

—Por un tiempo, sí —repuso Brown con sequedad.

—Me encantaría que trabajara conmigo, doctora —intervino Coleman, conciliador—. Los conocimientos de cirugía van a serle muy útiles si más adelante quiere ejercer en un consultorio privado.

El doctor Coleman se veía de veras interesado. Y sería fácil hacerle caso... Pero si a ella le hubiera gustado lo fácil no estaría en aquel despacho, ni siquiera en Chicago. Estaría en su pueblo, ayudando a su madre en su trabajo de curandera mientras rezaba para que el cartero no le trajera ningún maldito telegrama. No, no había venido desde Haddonfield para eso.

Clavó su mirada en el cirujano.

—No, gracias. Estoy de acuerdo en que la cirugía me sería útil, doctor Coleman —le brindó una breve sonrisa—, pero tengo mis prioridades.

El cirujano le devolvió la sonrisa y a ella le pareció notar preocupación en su mirada.

—Bien, doctora Scott —dijo Brown, que en aquel momento la miraba como si fuera una mancha en su corbata—. Como usted desee, pero de momento no le puedo garantizar que otro profesor pase visita con usted, así que tendrá que hacer la ronda sin supervisión. Sin embargo —añadió suavizando su tono de voz—, diría que está preparada.

Elizabeth se mordió el labio y miró sus manos. El silencio del despacho la envolvió mientras escuchaba el latido de su corazón retumbando en sus sienes.

—Si el doctor Stevens firma mis órdenes de tratamiento y se hace responsable, estoy de acuerdo. —La joven dirigió su mirada a Brown y después a Coleman—. Si me permiten... —miró el reloj del despacho y se levantó, ambos hombres la imitaron—, creo que ya debería estar en el laboratorio.

—Por supuesto, doctora Scott. —El doctor Coleman se adelantó a abrirla la puerta—. ¿La acompaño?

—No es necesario, gracias.

Elizabeth atravesó varios pasillos con paso rápido, la cara crispada y los dientes apretados. Tenía ganas de llorar, pero no soportaba la idea de que la vieran de esa guisa. Se intentó consolar pensando que en el laboratorio sí iba a ser bien recibida. El prestigioso doctor Richard Parker, jefe del laboratorio

del Cook, le había escrito una carta entusiasta para felicitarla por su próxima incorporación.

Antes de llegar al laboratorio pudo distinguir a Foster en una esquina, charlando con un par de enfermeras. Sintió ganas de soltar un bufido. El joven era guapo y ella apostaría a que andaba rodeado de mujeres buena parte del tiempo. Ya conocía a esa especie de médico, jóvenes de buena familia que andaban por el hospital desperdiciando el esfuerzo de sus padres, y solo buscaban un título que colgar en la pared.

La presentación con Parker alivió su agobiado ánimo. Era un hombre de avanzada edad, cara arrugada y casi calvo, pero tras sus gafas había unos ojos oscuros tan vivaces como los de un jovenzuelo. La saludó cálidamente, la trató sin condescendencia, le demostró haber leído su currículum al detalle y le hizo varias preguntas para comprobar su nivel de formación. Asintió varias veces, satisfecho por las respuestas que escuchaba, y la acompañó por las diferentes dependencias del área, presentándola al personal. Lewis la saludó con un gesto de la cabeza.

Sin apenas preámbulo, Parker le dio tanto trabajo para hacer que la joven empezó a dudar si llegaría a casa a tiempo para cenar, pero agradeció la confianza. Tiñó las muestras de tejido para visualizarlas al microscopio mientras su mente viajaba a la conversación con Coleman. Estaba concentrada en las distintas posibilidades cuando una voz sonó a sus espaldas y la sobresaltó.

—¿Me está quitando el trabajo, *doctora*?

Miró por encima de su hombro y vio al joven Foster justo detrás de ella. Elizabeth parpadeó, confusa.

—Trabajo aquí —explicó él al ver que ella no decía nada—, y parte de esas muestras son mías.

La doctora se sintió sonrojar. Había sobreentendido que todo aquel trabajo era para ella, no sabía que tendría otro compañero aparte de Lewis. Luchó por recuperar la compostura, pero Foster no se lo ponía fácil mirándola con ese brillo burlón en los ojos.

—No lo sabía... —se disculpó—. Lo siento. No le quería... robar el trabajo. —No quería que pensara que era tan competitiva, no le iba esa manera de hacer méritos.

—No se preocupe. —Rodeó la mesa y se sentó justo frente a ella—. Para mí es un placer que me ahorre trabajo. —Terminó con una media sonrisa.

«Tarugo», pensó ella mientras le dirigía una mirada torva. Él apretó los

labios, pero la risa destellaba en sus ojos. La doctora apartó la mirada, decidida a ignorarlo, y la dirigió a las laminillas que tenía frente a ella. Estaban preparadas para la siguiente tinción, y ya podría pasarlas al microscopio.

—Voy a coger la mitad de estas preparaciones. Usted haga lo que quiera con las suyas —dijo, forzando un tono neutro.

Él pareció entender que no deseaba hablar más y empezó con su trabajo. Elizabeth puso todo su empeño en ignorar al hombre que estaba sentado frente a ella. Había algo indefinible en él que conseguía distraerla. Los movimientos de sus manos sobre las placas de fino cristal y el microscopio eran seguros, casi elegantes; se notaba que llevaba tiempo haciendo ese trabajo. Las pocas veces en que ella había levantado la mirada de su ocular para descansar la vista se lo había encontrado inclinado sobre el suyo propio, o escribiendo sus notas con lápiz y papel. Decidió que la próxima vez se sentaría en una larga mesa que había situada contra la pared, para no tener a nadie delante.

La noche invadía el paisaje urbano de Chicago cuando Elizabeth salió del hospital al terminar su primer día de trabajo. Se dejó llevar unos instantes por cierta sensación de tristeza hasta que agarró su bufanda para colocársela bien. La acarició con suavidad, recordando con ternura a la persona que se la había tejido. Desde que tenía uso de razón, Sarah, su madre, había sido su punto de apoyo.

Chicago era una ciudad bulliciosa y activa, incluso a aquellas horas. Miró a su alrededor intentando contagiarse de la energía vibrante de la ciudad, se envolvió en su abrigo e inició un rápido caminar hacia el ferrocarril metropolitano. El ferrocarril elevado o «ele», como lo llamaban los habitantes de la ciudad, la transportaría a su domicilio provisional en la calle Clark, al sur del parque Lincoln, una de las zonas más exclusivas de la ciudad.

Se preguntaba si de haber nacido con otro aspecto la tratarían mejor en el Cook. Paul le dijo una vez que era demasiado bonita para ser médico. Sabía que él bromeaba, pero otras personas tenían ese y mil prejuicios más. Se acordó de Lillian Roberts, su mentora, y de las historias que le había contado sobre los inicios de su carrera. Lillian, profesora de la Facultad donde ella había estudiado, pertenecía a una familia acomodada de Chicago que había hecho lo posible por impedirle estudiar medicina. Fue ella quien la había puesto en contacto con la señora Margaret Stanley, una viuda adinerada defensora de la causa sufragista. La señora Stanley se había ofrecido a acoger

a la joven doctora Scott en su casa. Elizabeth había aceptado agradecida, pero como solución transitoria; prefería vivir de forma independiente y más cerca del hospital.

—¡Ah! —exclamó, asustada al oír cómo frenaba un coche.

Se dio cuenta de que estaba cruzando la calle sin mirar, una imprudencia que no podía permitirse en Chicago. Unos cabellos castaños asomaron por la ventanilla del automóvil. Elizabeth reconoció la burlona mirada azul y apretó los labios.

—¡Doctora! Tiene que ir con cuidado, no queremos que se haga daño y termine de paciente en el Cook, ¿verdad?

—Buenas noches —dijo, y siguió caminando con la barbilla bien alta.

Veía que no se había equivocado, Foster debía de ser un niño de papá, pocos médicos al principio de su carrera se podían permitir un automóvil. Escuchó el motor del coche alejarse lentamente y se sintió observada.

Capítulo 2

—¿Y bien? Estás un poco callada, cariño. Habrá sido apasionante este primer día de trabajo, ¿no? Cuéntame cosas.

Sentada al lado de la viuda en la larga mesa del comedor, Elizabeth se sentía un poco intimidada por tener que explicar sus experiencias en presencia de los dos criados que iban y venían por la estancia.

—Me ha ido muy bien —repuso tras tragar la cucharada de sopa que se había metido en la boca.

De pronto, para su sorpresa, la señora Stanley rio con ganas.

—Niña, mientes fatal, no engañas a esta vieja. Recuerda que soy sufragista, sé que nunca es fácil romper moldes.

—Usted no es vieja —protestó, observando su abundante cabello blanco y sus mejillas sonrosadas.

—Vamos, desahógate conmigo. —Palmeó el brazo de la joven.

Elizabeth intentó cambiar de conversación, pero la señora Stanley tenía unas excelentes dotes de interrogadora.

—¿Vas a tener que hacer las visitas tú sola? —clamó tras escuchar a la joven—. ¡Es intolerable! Amenazaré con retirar mi donación al hospital si no lo corrigen de inmediato.

Elizabeth enarcó las cejas, no sabía que la señora Stanley era una de las benefactoras del Cook.

—No, por favor —se apresuró a decir—. Gracias, de verdad, y no se ofenda, pero... es que me gusta librar mis propias batallas. Seguro que lo comprende.

—Lo comprendo... —Los brillantes ojos azules de la señora la miraban con simpatía—. De todas formas, quiero que me lo hagas saber si la situación se deteriora. De darse el caso sería diplomática, te lo prometo. —Guiñó un ojo y Elizabeth no pudo evitar sonreír.

—Gracias, señora Stanley.

—Margaret, llámame Margaret, por favor.

—Margaret, de acuerdo.

—Lillian me contó que tu prometido está en el frente. ¿Hace mucho de eso?

—Tres meses. —Suspiró y esperó a que el servicio sirviera el segundo plato para proseguir, necesitaba compartir su angustia con alguien—. Y no sé nada de él desde hace semanas. Paul tiene esta dirección, no sé qué puede

haber pasado.

—Entiendo que estés angustiada, cielo, pero piensa que... y disculpa que sea tan sincera, si le hubiera sucedido algo ya habrías recibido un telegrama. ¿Es oficial o soldado?

—Capitán, es ingeniero de telégrafos.

—Ya verás como pronto tienes noticias, Elizabeth —dijo la mujer dándole un breve apretón en la mano—. El presidente Wilson no tuvo más remedio que meternos en la guerra europea, pero piensa en el discurso que hizo en el Congreso sobre los catorce puntos para alcanzar la paz. ¿Te imaginas una Sociedad de Naciones²? Yo creo que es posible.

—Parece algo utópico, pero sería maravilloso si se hiciera realidad.

Hubo una pausa en la conversación mientras ambas terminaban la cena. Elizabeth estaba buscando el momento para sacar a colación el tema de independizarse, y no se le ocurrió otra manera que ser directa.

—Disculpe que saque el tema, pero llevo todo el día pensando en esto: creo que debería empezar a buscar otro alojamiento.

—No tengas prisa, disfruto mucho de tu compañía. Además, esta semana vendrá mi sobrina de Nueva York. Me gustaría que esa cabeza hueca se transformara en una mujer de provecho como tú, aunque creo que eso es casi imposible. —Meneó la cabeza.

—¿Qué edad tiene?

—Dieciocho años, es la hija de mi cuñado. Ojalá podáis ser amigas, serías una buena influencia para ella. Helen es una buena chica, pero solo piensa en casarse con un rico heredero. Si se quitara de la cabeza a ese Foster quizá podría razonar un poquito mejor.

Elizabeth alzó la cabeza al oír aquel nombre.

—¿Foster?

—Sí, William Foster hijo. Trabaja contigo, ¿verdad?

Elizabeth asintió con la cabeza. ¿Es que ni en casa de la señora Stanley podría librarse de ese... niñato?

—Sí, pero no hemos hablado demasiado. —Observó la cuchara que introducía en el plato de sopa mientras la señora Stanley estallaba en risas.

—No te cae bien —afirmó.

—Bueno... tampoco es que me haya hecho nada malo. Simplemente no me gusta. Por suerte, apenas tenemos que hablar. ¿Es el novio de su sobrina? —Se sonrojó—. Disculpe, no es de mi incumbencia. —¿Sabría la sobrina de la señora Stanley que Foster coqueteaba con las enfermeras del hospital? Y

seguro que con cualquier cosa que llevase falda.

—No, no son novios, solo amigos, y no es que me guste demasiado... no solo por su fama de rompecorazones. Su padre es propietario de un bufete, un abogado que se enriqueció trabajando con los principales comerciantes de Chicago. Tiene fama de que sus métodos... —titubeó un momento— bordean la legalidad, y que no tiene mucho respeto por los derechos de la clase obrera. Al hijo no lo conozco bien, pero dicen que ha salido algo rebelde, que estudió medicina por fastidiar a su padre. No me malinterpretes, tengo cierta simpatía por la gente que se rebela contra lo establecido. —Sonrió—. Foster padre estaría encantado de emparentar con los Stanley de Nueva York, pero no creo que eso pase.

Elizabeth asintió en silencio. Cada vez tenía más claro que su primera impresión sobre su compañero había sido correcta.

—¿Una prueba de Wasserman, doctora Scott? —El doctor Parker miraba por encima de su hombro con gesto de interés.

—Sí, es la segunda que hago con la misma muestra, pero ha vuelto a dar positiva.

—Malas noticias para el señor... —arrugó el ceño y se subió las gafas al puente de la nariz— Daniels. ¿Qué síntomas tiene? —inquirió. Sin esperar respuesta tomó la carpeta del historial y empezó a leer lo que había escrito—. Interesante. Es usted una residente novata y es mi obligación comprobar esto, pero estoy seguro de que el resultado de la prueba es correcto. Tan seguro como estoy de que el señor Daniels primero negará su enfermedad y luego le echará la culpa a su oficio de barbero. —Centró su mirada en Elizabeth—. Buen trabajo, doctora.

La joven notó calor en las mejillas.

—Gracias, doctor Parker —repuso, y fue consciente de la gélida mirada de Lewis.

El manifiesto aprecio de Parker hacía que las tardes fueran su mejor momento de la jornada laboral. Por las mañanas era otro tema: a veces se hacían sesiones médicas sobre las que nadie le informaba, pasaba visita sola por varias salas, llegaba la última al despacho de residentes y redactaba con rapidez los tratamientos de los que estaba segura, pero a veces dudaba y echaba de menos la supervisión directa de un médico veterano. Un día, mientras los escribía, sintió un dolor fuerte de estómago y supo que estaba a punto de sucumbir a la ansiedad. Apoyó los codos sobre la mesa y controló la respiración. Un leve toque a la puerta la hizo envararse y se giró.

—Doctora Scott —la pelirroja cabeza de la enfermera Penny Hanigan asomó con timidez—, ¿tiene ya los tratamientos? Siento molestarla, pero los necesito. —Hizo un mohín de disculpa.

Elizabeth miró el reloj. Había pasado la hora del almuerzo, y dentro de poco empezaría una sesión médica.

—Cinco minutos, Penny.

La joven asintió con una sonrisa y se retiró. La puerta volvió a sonar a los pocos minutos y Elizabeth soltó la pluma y apretó los puños sobre la mesa.

—¿Doctora Scott? —era una voz masculina.

—¿Sí? —dijo sin volverse.

—Solo... —titubeó— solo quería recordarle que la sesión médica empieza dentro de poco. ¿Quiere que le ayude a redactar los tratamientos?

De repente podía respirar mejor. Se giró para mirar al joven, un interno del que no recordaba el nombre.

—Muchas gracias por recordármelo y por su ofrecimiento. —Le sonrió con sinceridad—. Un poco de ayuda siempre es bienvenida.

—Bien. —Se adelantó para tomar una silla y sentarse a su lado—. Dígame qué tengo que hacer. Tengo una hermana en la Facultad de Medicina, y no me gusta lo que hacen con usted —murmuró tomando los historiales que ella le había pasado.

—Muchas gracias —dijo la joven, agradeciendo que él no la mirara. Parpadeó para no ver borroso mientras le indicaba qué hacer.

Entre el trabajo diario y las guardias, los médicos residentes prácticamente vivían en el hospital. A Elizabeth se le había cedido un pequeño dormitorio para poder descansar, ya que los médicos varones de guardia dormían en una sala común.

La joven se encontraba en un despacho cerca de la sala de urgencias, durante su primera guardia. Había estado muy nerviosa pensando en lo que le podría deparar el turno, pero la gran mayoría de los pacientes la había aceptado sin problemas. Se había sentido bien suturando cortes, aliviando dolores, vendando heridas, inmovilizando fracturas, hidratando a pacientes con diarrea e incluso ayudando al doctor Coleman en una intervención quirúrgica. El cirujano había alabado su técnica, parecía que no perdía la esperanza de tenerla como residente.

Unos golpecitos en la puerta la distrajeron de sus pensamientos.

—Adelante.

—Buenas noches, doctora Scott. Le traigo un café. —Penny asomó por el hueco de la puerta entreabierta.

—Muchas gracias, Penny, pase, por favor. No debería haberse molestado.

—No es molestia, aunque no suelo hacer esto con los médicos varones, lo tomarían como mi deber y se acostumbrarían. Usted ya me entiende. —Le guiñó un ojo y depositó la taza de café sobre la mesa.

—Siéntese, por favor —ofreció Elizabeth—. ¿Falta mucho para que termine su turno?

—Solo una hora, pero puedo sentarme un minuto.

—Los que usted pueda. Agradezco su compañía. —Le sonrió.

—Es un placer, doctora.

—Al igual que usted me pidió que la llamara Penny cuando estuviéramos en privado, le agradecería que me tuteara. Nos conocemos hace poco, pero usted no ha hecho más que ayudarme.

—De acuerdo. —La enfermera asintió con firmeza—. Elizabeth.

La doctora tomó la taza y bebió un sorbo de café. Cerró los párpados, suspirando.

—No solo he venido aquí a traerte café, también quería contarte algo que creo que deberías saber.

—¿A qué te refieres?

—Espero que no te moleste que me entrometa, pero sé que el doctor Brown no está muy contento con tu situación.

—Ya somos dos.

—Por lo que sé, le dijo a Stevens que habías demostrado que podías hacer bien tu trabajo, y que si no pasaba visita contigo lo haría él mismo.

—¡Pero... enfermará!

—Es un pulso, Elizabeth. —Hizo una mueca—. Todo el mundo sabe que Brown está delicado de salud, quizá si Stevens sigue en sus trece y el jefe se pone a pasar visita, los doctores que apoyan el boicot que te hace tu tutor dejen de hacerlo —comentó en tono confidencial. Bajó la mirada—. El café se enfría.

—¿Qué? Ah, sí... —murmuró mirando la taza.

—Tengo que irme. Espero que tengas un buen turno de noche.

—Gracias, Penny—dijo Elizabeth, distraída.

Dos días después, la doctora se presentó en el comedor de la señora Stanley cuando esta ya estaba terminando su desayuno.

—Buenos días, querida. ¿Has dormido bien? Viniste muy cansada de tu primera guardia —dijo estudiando su cara.

—Sí, gracias, Margaret. —Sonrió a la viuda y después a la doncella que le servía el desayuno.

—Me alegro, cielo. No sé si lo recuerdas, pero hoy llega mi sobrina. Te esperaremos para cenar.

El sonido del teléfono del comedor sobresaltó a la joven. Observó cómo el mayordomo se acercaba a descolgarlo.

—Residencia Stanley —dijo. Asintió y miró a las mujeres—. Es para la doctora Scott.

La joven se levantó, se acercó al teléfono mirándolo con extrañeza y lo tomó.

—¿Quién...? ¡Paul! ¿Eres tú? ¡Eres tú! —exclamó. Dio un saltito y apretó el receptor contra su pecho.

Su anfitriona le señaló una silla al lado del mueble donde reposaba el teléfono, pero ella negó con la cabeza, bailando sobre sus pies sin moverse de su sitio. Margaret Stanley sonrió y salió discretamente del comedor.

—¿Estás bien? ¿Dónde estás? ¿Cómo es que estás aquí, Paul? ¿Por qué no me habías avisado de que llegabas? ¡Estaba muy preocupada al no tener noticias tuyas! —soltó sin apenas pausa.

—Espera, Lizzy, déjame hablar. —Rio—. Estoy en Nueva York, el barco llegó anoche, no quise avisarte por carta porque tardaría más que yo, y un telegrama no era buena idea.

—Oh, no, no, nunca me mandes uno de esos, me moriría del susto. ¿Pero cómo es que estás aquí? Tenía entendido que los permisos son demasiado cortos como para volver a América, a menos que... —Se calló, incapaz de proseguir.

—A menos que esté herido —terminó él con suavidad—. No es nada grave, te lo prometo. Lo suficiente como para apartarme unos buenos meses de la guerra, doy menos trabajo aquí que en un hospital de campaña. En cuanto esté mejor me trasladarán a casa de mi padre.

—¿Qué... qué te han hecho? —dijo ella con un hilo de voz.

—Fue un accidente de coche, Liz. Provocado por un bombardeo, no te voy a mentir. Pero solo me he roto el tobillo izquierdo y tengo la muñeca del mismo lado fisurada.

—Mierda, Paul —gimió ella.

—Esa lengua, Lizzy —se burló—. No te preocupes, dicen que es una fractura limpia.

—Lo siento. ¿Te duele? Ojalá pudiera verte.

—Ya no me duele. Escucha, en cuanto pueda iré a visitarte. De momento es imposible porque voy en silla de ruedas, pero lo haré.

—Oh, Paul. Ojalá puedas. Necesito verte y asegurarme de que estás bien.

—No te miento, cielo, lo estoy. ¿Y tú? ¿Cómo estás, doctora?

—Muy bien. Emocionada con mi nuevo trabajo.

—Emocionada y algo más. Te conozco desde antes de que ninguno de los dos hubiera aprendido a hablar. —Hizo una pausa esperando que dijera algo, pero ella no podía. Si lo hacía lloraría y lo preocuparía. Al cabo de unos segundos, escuchó un suspiro al otro lado de la línea—. Tengo que volver a Haddonfield y pasar un tiempo con mi padre, pero partiré para Chicago cuando esté mejor. Y si alguien está molestándote... voy a matarlo —su voz sonó tan seria que Elizabeth no pudo evitar sonreír.

—Estoy bien, Paul, no quiero te preocupes. El trabajo me encanta, pero alguno de los médicos del hospital no está de acuerdo con mi presencia. Ya se acostumbrarán. No será necesario que mates a nadie... creo.

—Me alegra oírlo. ¿Llevas el anillo?

—¡Claro que lo llevo! Es precioso. Pero me da miedo perderlo o que me lo roben. No tienes muchos recuerdos de tu madre.

—No digas eso, tú te lo mereces todo, Lizzy. Ojalá pudiera estar ahí ahora mismo —dijo con énfasis.

—Tengo muchísimas ganas de verte. Pero... —miró el reloj de pared— tengo que irme ya.

—Está bien, llamaré pronto. Te quiero, Lizzy.

—Y yo a ti —contestó ella, pero le pareció que en las palabras de él había un matiz distinto.

Tras su conversación con Paul se sintió libre de preocupaciones y con energía suficiente como para luchar contra todos los obstáculos. Ya en el hospital, se miró al espejo mientras se abotonaba la bata hasta el cuello. Estaba ojerosa, pero ahora el rubor adornaba sus mejillas y el brillo de sus ojos daba fe de su estado de ánimo. Cuando salió de su habitación se encontró cara a cara con su supervisor. Nunca lo había tenido tan cerca.

—Buenos días, doctora Scott —pronunció en tono seco.

—Buenos días, doctor Stevens —repuso ella con la misma fría cortesía.

—¿Me concede unos minutos de su tiempo? —Elizabeth asintió—. Vamos a mi despacho. ¿Está cómoda en sus dependencias?

—No podría estar mejor —repuso caminando a su lado.

—Me alegro. Tuvimos que vaciar uno de los despachos y adaptarlo a sus necesidades —su voz rezumaba reproche.

—Lo cual les agradezco, doctor.

Siguieron recorriendo en silencio el camino hasta el despacho de Stevens.

—Pase, por favor. —El médico cerró la puerta tras ellos. Elizabeth sentía en su piel el intenso rechazo de aquel hombre—. Siéntese ahí. —Señaló una silla frente al amplio escritorio.

La joven se sentó y cruzó las manos sobre su regazo, esperando.

—Lleva usted un anillo de prometida —dijo su supervisor—. ¿Está su novio en el frente?

—Con todos mis respetos, doctor, eso no es algo que le incumba.

—Me incumbe. Y a todos los hombres, no se equivoque —espetó, toda cortesía abandonada.

Ella parpadeó y sintió ardor en sus mejillas.

—No veo que mi vida personal le afecte a usted o al hospital de ninguna manera. Y creo que he demostrado durante estos días que soy capaz de hacer todo el trabajo como un médico varón. ¿Por qué me sigue rechazando? —Frunció el ceño.

—Porque, aunque se empeñe en trabajar como un hombre, sigue siendo una mujer —sentenció Stevens—. ¿Qué va a hacer cuando se case, practicar el sagrado deber de las mujeres de cuidar de su hogar y de sus hijos? —Se inclinó hacia delante apoyando los codos sobre la mesa y clavó la mirada en ella—. ¿O quitarle el trabajo a un hombre?

Elizabeth apretó la mandíbula. Quiso decirle que si su madre no hubiera sabido ganarse la vida por sí misma habrían muerto de hambre o habrían tenido que vivir de la caridad, quiso decirle que no quería tener hijos, que su trabajo era su pasión, pero no pensaba compartir con aquel hombre algo tan privado.

—Eso no es de su incumbencia —repitió—. Creo que a usted solo debería preocuparle mi formación. Y, hasta el momento, no lo ha hecho. —Respiraba agitada, jamás se había atrevido a hablar así a un superior, pero aquel no merecía su respeto. Se puso de pie y escondió las manos a su espalda para que no viera que le temblaban—. Si me permite, tengo trabajo.

—Yo también tengo trabajo, doctora —gruñó Stevens, poniéndose de pie

—. Voy a pasar visita con usted.

Elizabeth se quedó boquiabierta y lo siguió con la mirada mientras se dirigía hacia la puerta. Cuando lo vio desaparecer por el pasillo reaccionó y se apresuró tras él.

*

William Foster observó con disimulo a la doctora Scott. Aquella tarde ella había aparecido más tarde de lo habitual en el laboratorio. Había oído que Stevens estaba poniéndole las cosas difíciles esperando que ella abandonara pero no había prestado atención, aquel energúmeno maltrataba a todos los estudiantes. Tomó nota de las oscuras ojeras que rodeaban los bonitos ojos de la doctora y se sintió egoísta por no haberla ayudado. Desde que ella lo rechazó el primer día, no había vuelto a ejercer de protector. Tomó la siguiente muestra y la colocó en el portaobjetos del microscopio. Oyó que ella suspiraba por enésima vez.

—¿Se encuentra bien, doctora?

Elizabeth levantó la mirada del cuaderno donde estaba escribiendo sus notas y lo miró con recelo.

—Por supuesto. ¿Por qué lo pregunta?

Él controló su irritación. Aquella mujer parecía siempre a la defensiva.

—Porque no tiene buena cara. Y porque sé lo duro que puede ser el doctor Stevens. No deje que la haga dudar de su capacidad —comentó con suavidad. Vio que ella apretaba los labios.

—Supongo que prefiero que sea duro conmigo a que me ignore como hasta ahora.

—Es una manera optimista de ver las cosas. —Él sonrió con franqueza.

Sonó un carraspeo a su lado y ambos giraron la cabeza para mirar a Parker.

—Doctor Foster, tengo trabajo para usted. Me han llamado por teléfono los del departamento de Salud Pública de la ciudad. Al parecer, ha habido un pequeño brote de fiebre tifoidea en el barrio de South Side, quizá a través del agua de la piscina pública cubierta. Me he ofrecido a ayudarles.

—¿No pueden analizar ellos solos el agua de una piscina? —William estaba confuso.

—Si me deja terminar se lo diré —repuso Parker con sequedad—. Ha corrido la voz y la gente pudiente de la ciudad está exigiendo análisis al personal del servicio que acude a esa piscina, para asegurarse de que no tengan el bacilo. Un conocido abogado de la ciudad está presionando para que los de Salud Pública hagan todas las pruebas que exigen sus clientes. Las

haremos aquí, ellos ya tienen suficiente trabajo. En total son cincuenta muestras de sangre, orina y heces. Puede empezar cuando termine su trabajo.

William miró el reloj de pared y abrió la boca para protestar, pero la volvió a cerrar.

—Intentaré tenerlo todo para mañana.

—Hágalo, doctor Foster. Hay muchas familias preocupadas por su trabajo. Y muchas otras preocupadas por si han de empezar a limpiar ellos mismos sus mansiones.

—Sí, doctor Parker.

Elizabeth y él continuaron trabajando en silencio. Fue preparando las muestras, yendo y viniendo de la centrifugadora al autoclave, y de este a la mesa. Echó otro vistazo al reloj y se dio cuenta de que iba a tener que posponer la reunión semanal con su madre. Suspiró y se dirigió al teléfono situado en un extremo del laboratorio. Cuando volvió de la breve conversación y se sentó en su taburete, había menos muestras. Frunció el ceño y miró a Elizabeth.

—Esta vez no me he equivocado. Quiero decir —la piel de su rostro se volvió escarlata— que le he cogido trabajo para hacer. Si... si no le molesta, por supuesto —titubeó.

—No quiero que llegue tarde a casa por mi culpa.

—No llegaré muy tarde. —Se encogió de hombros—. Yo ya he terminado con lo mío. —Elizabeth apartó la mirada y se inclinó sobre sus laminillas.

Afuera era ya noche cerrada y la estancia estaba vacía excepto por ellos dos. William estaba casi terminando y decidió que la doctora no se marcharía sola a su casa. La joven se levantó bruscamente y él dio un respingo en su taburete.

—¿Se va usted? —Miró el reloj—. Permita que la lleve a su casa, por favor. —Se levantó de un salto.

—No es necesario. De veras. —Meneó la cabeza, las mejillas de nuevo teñidas de rojo.

—No iré a usar el transporte público a esta hora, ¿verdad? ¡Esto es Chicago! —exclamó consternado.

—No... No. Voy a... a hacer una llamada, y vendrán a por mí.

—De acuerdo —asintió William mirándola con atención. Le pareció que no era sincera, pero no insistió—. No sé cómo podré agradecersele.

—No es necesario. —Negó con la cabeza. Sin más, se dirigió con pasos rápidos hacia la puerta.

—¡Doctora! —gritó William tras ella.

La joven dio media vuelta y enarcó las cejas cuando él se le acercó en pocas zancadas. Se detuvo frente a ella, mirándola a los ojos con curiosidad.

—Se las ha dejado al lado del autoclave —dijo ofreciéndole sus gafas.

—Gracias. Qué despistada soy. —Las cogió y salió del laboratorio antes de que él pudiera hablar.

—Es una lástima que las necesite —murmuró William.

Capítulo 3

Elizabeth resopló y tiró las mantas hacia un lado para levantarse. «Maldito Foster». No le sobraba el dinero que había gastado en tomar un taxi, y probablemente él había hecho algo para ganarse el castigo que le había impuesto Parker. Además, se había perdido la cena con su anfitriona y Helen Stanley. Pero ella sabía lo que era ser tratada de forma injusta y aquello la había impulsado a ayudarlo.

Se vistió rápida después de lavarse, se recogió el pelo y salió corriendo de la casa tras tomar una taza de café. Había una importante conferencia a primera hora sobre enfermedades venéreas. Este siempre había sido un tema tabú, pero en la actualidad estaba saliendo a la luz a raíz de la guerra y la gravedad de la epidemia, e incluso había campañas publicitarias sobre el tema.

Miró por la ventanilla del «ele» el paisaje urbano y suspiró. La guerra lo cambiaba todo. Cerró los párpados, sumergida en sus recuerdos. Estaba estudiando para conseguir la plaza de residente en el Cook cuando en 1917 su país se unió a un conflicto que ya duraba tres años. Al contrario que a las enfermeras, a las doctoras se les denegó el acceso al ejército desde el principio. Más tarde las mujeres que deseaban servir en Europa se organizaron en la AWHS³ y abrieron en Europa hospitales de campaña conducidos por cirujanas sin rango militar. Eran muy alabadas por su trabajo, pero no podían dar órdenes a los hombres ni recibir una pensión. Nada había cambiado a pesar de las presiones de las organizaciones de doctoras. Entretanto, con un país desangrado de médicos, Elizabeth había decidido que sería más útil allí que en Europa.

Sin darse cuenta había llegado ya a las puertas del Cook, que atravesó junto a varios trabajadores del centro.

—Buenos días, doctora —dijo Lewis caminando a su lado—. ¿Cómo se encuentra esta mañana?

—Bien, he podido descansar de la guardia. —Elizabeth correspondió a su sonrisa, pero le extrañó que le dirigiera la palabra. Desde el primer día apenas cruzaban un educado saludo diario.

—Ha conseguido usted lo imposible. ¿Cómo lo ha logrado?

—¿A qué se refiere? —Enarcó las cejas.

—A conseguir que el doctor Stevens la acompañe en las rondas.

—¿Eso es lo... imposible?

—Me refiero a que algunos de los residentes de este lugar hemos estudiado con Stevens y sabemos cómo se las gasta. —Se encogió de hombros—. Sencillamente, me extraña su cambio de actitud.

Elizabeth no supo qué decir, parecía que Lewis la acusaba de algo, pero no sabía de qué. Llegaron a las puertas de la gran sala de conferencias y tuvieron que guardar silencio. Entre el público había algunas estudiantes de medicina, y Elizabeth se alegró. Cuando se apagaron las luces alguien entró apresurado y se sentó en el primer sitio vacío que había cerca de la entrada, a su lado.

—Buenos días —susurró William Foster un poco jadeante por la carrera.

Elizabeth se removió en su silla, incómoda por tenerlo tan cerca. Respiró hondo y le llegó un tenue aroma a lavanda. Era un aroma agradable, le recordó a las plantas que cultivaba su madre.

El conferenciante, un profesor de la Universidad de Chicago, comenzó su exposición con alarmantes datos sobre la epidemia de sífilis y gonorrea. Según lo exponía las mujeres parecían las principales causantes del mal, como si los hombres fueran espectadores inocentes. En cuanto empezó el turno de ruegos y preguntas, Elizabeth disparó su mano hacia arriba antes que nadie. El ponente la invitó a levantarse y le preguntó si tenía alguna duda sobre lo expuesto.

Oh, sí, ella tenía una duda.

—Doctor Williams, ha hablado usted de la gran cantidad de soldados que se contagian de venéreas en Europa. ¿Cree usted que ellos son las víctimas de la prostitución? —inquirió con suavidad.

—No exactamente, pero sí. Ha habido muchas bajas en nuestras filas por culpa de las prostitutas y las chicas de... moral relajada. Al fin y al cabo, no olvidemos que nuestros chicos están en Francia, y ya conocemos la fama de las francesas. —Sonrió por su propia broma y se oyeron algunas risas.

—Quizá, solo digo quizá, si al principio de la guerra no se les hubiera animado a meterse en los burdeles franceses para mantener su moral elevada, ahora la situación no sería tan grave. —Escuchó cuchicheos y notó que la miraban.

—Señorita...

—Es *doctora*. Doctora Scott.

—*Doctora* Scott. Los hombres tienen unas necesidades que usted como mujer no entiende —repuso el ponente con sequedad—. Y sí, hay que

mantener elevada la moral de la tropa.

—Estoy de acuerdo con eso, pero no con los métodos. Además, nuestras tropas y las británicas son las únicas que han ido al frente sin condones —repuso indignada—. Esos hombres volverán a su casa y contagiarán la sífilis a sus esposas, y ellas a sus hijos. ¿Eso también será culpa de las prostitutas?

—Está bien, doctora Scott —terció el doctor Brown en un tono que no admitía réplica. Todos los susurros desaparecieron al instante—. Nos ha quedado clara su postura. ¿Podríamos continuar con las preguntas?

Elizabeth apretó los labios y asintió con la cabeza. Tenía que aprender a controlar su temperamento. Ahora Brown estaba enfadado con ella. Se retorció las manos y dejó de mirar al ponente. Solo se animó cuando se dio cuenta de que las estudiantes de medicina le sonreían con timidez. Ella les correspondió, pensando cuánto más fácil sería todo si no estuviera tan sola.

Al terminar la charla, se levantó y se dirigió hacia la sala de hospitalización de la que se encargaba. Empezó su ronda acompañada de una enfermera.

—Buenos días, Lady Doc. ¿Vuelve a estar sola?

—Buenos días, señor Jordan. ¿Cómo se encuentra hoy? —preguntó Elizabeth con una leve sonrisa, ignorando la pregunta de su paciente a propósito. Tomó la gráfica y la observó—. Veo que la fiebre sigue sin reaparecer.

—Sí, Doc. Ese bicho cabrón no podrá conmigo. —Se detuvo y carraspeó mirando a la enfermera y a Elizabeth—. Disculpen el lenguaje.

—Está disculpado —dijo la joven, y la enfermera asintió. Sabían que en menos de un minuto iban a escuchar otro juramento—. ¿Me permite explorarle?

—Por supuesto, Doc. —Se levantó el camión.

—Creo que puedo darle el alta, en unos días estará en condiciones de volver al trabajo —dijo ella al finalizar—. ¿Cuándo zarpa de nuevo su barco?

—¡Gracias a Dios por esa noticia! —Se bajó el camión—. Mi barco zarpa a finales de enero.

—Recuerde que durante sus viajes no debe beber agua que no esté clorada.

—No sé en qué idioma me habla, Doc, pero lo que me ha quedado cristalino es que no he de volver a beber agua —dijo con una ancha sonrisa—. Y si lo dice una doctora, será verdad.

—¡Yo no he dicho eso! —protestó, intentando esconder su diversión—. Lo que tiene que hacer es vacunarse. Los marineros, como los militares, deberían vacunarse todos contra la tifoidea. Hágalo así y podrá estar más tranquilo.

—¿Quiere decir que puedo volver a tener a este bicho malnacido dentro de mí? —Volvió a carraspear—. Disculpen, señoras.

—Sí. Y puede que la próxima vez no le vaya tan bien —remarcó—. En cuanto le dé el alta le daré hora para venir a vacunarse al dispensario.

—Solo iré si me vacuna usted. Entre nosotros, me dan miedo las agujas —le guiñó el ojo con picardía.

—Se nota, por eso lleva ese enorme tatuaje en el brazo.

—Me lo hicieron en Samoa. Ya le dije que me dormí tras una borrachera y me desperté con él. —Arqueó las cejas y levantó ambas manos, como si así pudiera convencerla.

Elizabeth iba a dar una respuesta a modo de despedida cuando vio acercarse al doctor Stevens. De inmediato el señor Jordan adoptó una pose adusta. No le caía bien el veterano médico y no se esforzaba en disimular.

—Cuando termine aquí venga a mi despacho —gruñó el médico—. Repasaremos los tratamientos y le asignaré trabajo.

A Elizabeth no le gustó su expresión triunfal.

—Sí, doctor Stevens.

Minutos más tarde ambos estaban en el despacho de su supervisor, que la sometió a un despectivo escrutinio antes de comenzar a hablar.

—Quiero decirle, antes que nada, que su comportamiento en la sala de conferencias me ha parecido bochornoso y prepotente —dijo Stevens—. Incluso el doctor Brown está decepcionado con usted —terminó con mal disimulada satisfacción.

Elizabeth sintió que se sofocaba. Tenía que aprender a controlar su lengua.

—Siento que piense así, señor, pero creo que no he dicho nada que no fuera cierto —repuso con la vista baja.

—Es usted insufrible —espetó Stevens. Apartó los historiales de los pacientes a un lado—. Luego firmaré los tratamientos. Quería informarle sobre su nuevo trabajo. El condado precisa un dispensario de enfermedades venéreas. Tenemos fondos para poner uno en marcha, en principio un día a la semana, aquí en el hospital. He pensado que, con su interés por las enfermedades contagiosas, y su espíritu... —pareció buscar la palabra— pionero, el puesto le viene como hecho a medida.

Elizabeth enarcó las cejas por la sorpresa, pero aceptó el reto tras pensarlo unos instantes.

—Muy bien, doctor. ¿Qué día empiezo?

—En una semana, será los sábados por la mañana. Haremos una publicidad

discreta entre los médicos de la zona.

Elizabeth asintió, pensativa.

—Está bien lo de la publicidad discreta. Por eso mismo le pido que en la puerta solo conste el número de la consulta, y que esté en un lugar apartado.

—De acuerdo —gruñó.

El comedor del personal estaba ya vacío cuando, mucho más tarde, fue a cenar.

—Gracias, Annie. —Sonrió a la ayudante de la cocinera cuando esta depositó ante ella un bocadillo, un pedazo de tarta y una gran taza de café. Necesitaba reponer fuerzas para la guardia.

—De nada, doctora —contestó la joven. Miró por encima de su cabeza y se le iluminó la cara—. Doctor Foster, ¿desea algo de comer?

—No, gracias, Annie. Me marcho a casa.

Annie se apartó con una sonrisa tímida. Elizabeth se llevó la taza de café a los labios mientras oía el roce de las ropas de Foster, quien se colocó ante su mesa.

—¿Descansando un poco?

—Eso intento, sí —dijo ella, echándole un vistazo rápido.

—Quería decirle que... —esperó a que ella lo mirara de nuevo— que estoy de acuerdo con usted.

—¿En qué? —inquirió con el ceño fruncido.

—El ponente de esta mañana ha cargado las culpas de la epidemia de venéreas en la prostitución. Es más fácil eso que echársela a un ciudadano o un soldado. Es terrible ver cómo afecta esa enfermedad a seres inocentes, los niños son quienes más sufren. —Su expresión se tornó grave.

—¿Ha visto muchos casos de sífilis congénita? —se interesó ella.

—Más de lo que quisiera —repuso—. ¿Puedo? —Señaló la silla vacía frente a ella, quien tras un breve titubeo asintió—. Dudé entre dedicarme a la pediatría o a la infectología. Mi internado lo hice en pediatría, pero resulta muy duro trabajar con niños enfermos.

Ella asintió, preguntándose por qué le contaba todo eso, pero al mismo tiempo interesada en lo que le explicaba. Cuando no tenía su pose burlona, Foster parecía... agradable. De pronto, se sintió incómoda. Levantó su tazón de café y hundió su mirada en el humeante líquido. Él se levantó.

—Hasta mañana, doctora Scott. Que tenga usted una buena guardia.

—Gracias, hasta mañana. —Elizabeth observó su ancha espalda mientras salía por la puerta del comedor y apuró su café de un trago. Era hora de

volver al trabajo. De pronto, una de las enfermeras de urgencias irrumpió en la estancia.

—Doctora, necesitamos su ayuda —dijo, pálida como el yeso.

Se levantó de un salto al ver su expresión, Edith Wells era una profesional excelente y no se asustaría por cualquier cosa.

—¿Qué sucede?

—Han traído un niño que tiene el cuello hinchado y muy mal aspecto. Casi no puede respirar —dijo con rapidez.

—¿Es muy pequeño?

—Cuatro años. Hemos llamado al cirujano, pero está en el quirófano con el residente, y los otros médicos de guardia están ocupados en las salas. Solo está usted, doctora.

Su corazón se aceleró mientras se apresuraba hacia la sala de urgencias. Los niños enfermos la ponían muy nerviosa, se angustiaba por sus llantos, y estaba convencida de que a ellos no les gustaba su voz o su olor, porque lloraban más. Su inquietud se disparó al llegar al ala de urgencias, ocupada por camillas separadas por biombos, y escuchar la ruidosa respiración del pequeño. Su madre lo tenía sentado en su regazo y el niño levantaba la cabeza hacia arriba, sabiendo por instinto que aquella posición le facilitaba la entrada de aire. Su cuello estaba hinchado y el diagnóstico era obvio. Uno de los médicos internos estaba discutiendo con la madre.

—¿Por qué no lo ha traído antes?

La mujer lo miraba y no atinaba a nada más que a llorar. El niño también lloriqueaba y su color estaba cambiando a un peligroso tono azulado.

—Silencio, doctor, este niño lo último que necesita es llorar —gruñó—. Una mascarilla, enfermera Wells, por favor. —Se la colocó, tomó un taburete y se sentó frente al pequeño, bajo una luz. Con cuidado, abrió su boca y le alzó un poco más la cabeza—. Tiene una membrana tapándole la garganta. Es difteria —murmuró, aunque había deseado equivocarse. Miró a la enfermera—. Necesitamos un equipo de intubación. La vía respiratoria está casi obstruida —dijo forzándose a aparentar calma.

Edith se acercó al armario donde guardaban el instrumental. La doctora tragó saliva con dificultad, lo que iba a hacer era complicado. Solo había tenido éxito en la mitad de las ocasiones que lo había intentado, pero siempre había tenido a alguien a su lado para terminar lo que ella no había podido lograr. De pronto, se le ocurrió una idea.

—Doctor —le dijo al interno—, necesito que vaya inmediatamente al

vestuario masculino. Si está el doctor Foster dígame que necesito su ayuda, por favor. —El joven asintió y salió a toda prisa—. Señora, ¿cómo se llama su hijo?

—Henry. Henry O'Donnell.

—Bien, señora O'Donnell. Henry tiene difteria y hay una membrana tapándole la entrada de aire. Voy a introducirle un tubo de caucho rígido a través de esa membrana para permitirle respirar. ¿Comprende lo que le digo?

—Dios mío. No creí que fuera eso, creí que... que eran solo anginas... — La mujer estaba a punto de perder la poca serenidad que conservaba.

—Eso ahora no importa —la cortó Elizabeth—. Llamaré a una enfermera para que me ayude a sujetar al pequeño.

—No, no. —La mujer se irguió en la silla y abrazó a su pequeño con fuerza—. Lo haré yo. Dígame cómo quiere que lo sujete. ¿Cuándo viene el médico?

—El médico soy yo, señora O'Donnell—repuso Elizabeth sin mirar a la mujer. Edith había traído todo el material necesario y lo estaba depositando en una mesita auxiliar a su lado. No había más enfermeras libres—. Está bien, puede ayudar, señora.

Sintió que sudaba. Se quitó las gafas, que le estorbaban la visión, y se puso unos guantes. Después pensó que le molestaban y se los quitó.

—¿Ácido fénico para lavarse? —murmuró Edith, ofreciendo una palangana con líquido.

—Sí, gracias —contestó mojado sus manos en el desinfectante.

Tomó el instrumento que servía para mantener abierta la boca del paciente y lo colocó. El niño comenzó de nuevo a lloriquear, su color empeoró, y Elizabeth se esforzó por ignorar el puño que le estrujaba el estómago. Aquel niño estaba al límite e, intentando ayudarlo, lo empujaba un poco más hacia él. ¿Cómo le hacía comprender que aquello era necesario para salvarle la vida? ¿Y dónde estaba el maldito Foster? Para una vez que lo necesitaba...

—¿Difteria?

La voz de Foster sonó a su lado y lo vio de reojo acercando un taburete. Sintió ganas de llorar de alivio. El joven se puso unos guantes y una mascarilla, y mandó al interno a ocuparse del resto de visitas.

—Sí. ¿Puede usted ayudarme con la intubación? —murmuró mirándolo.

—Sí, por supuesto —afirmó enarcando las cejas. Miró a la madre del pequeño—. Buenas tardes, soy el doctor Foster.

—Cúrelo usted —suplicó la mujer.

—No, señora —negó él mirando a Elizabeth—. Lo va a hacer la doctora —aseveró.

La señora O'Donnell observó a Elizabeth con angustia evidente y esta se sintió mal, sabía que no era la mejor en aquella técnica, ni mucho menos. Evaluó con rapidez el estado físico del pequeño: pulso acelerado, respiración cada vez más dificultosa, mal color de piel, sudoración profusa... y supo lo que debía hacer.

—Doctor Foster —susurró, buscando aquellos iris azules que la ponían nerviosa—. Sobre lo que hemos hablado antes... ¿ha realizado esta técnica en muchas ocasiones?

Él dudó un par de segundos antes de responder.

—Sí, durante mi internado —afirmó.

Ella se levantó y le ofreció el taburete frente al paciente. La miró, confuso, pero cambió de sitio.

—¿Ha comido su hijo en las últimas horas? —inquirió William tomando el control de la situación.

—Lleva dos días sin comer. Ayer bebió algo de leche, pero hoy nada —murmuró la madre.

—Bien, es mejor para lo que voy a hacer.

Mientras le pasaba el instrumental, Elizabeth deseó que Foster se diera toda la prisa que pudiera. El pequeño ni siquiera tenía ya fuerzas para toser. Si sufría un paro respiratorio no podrían hacer nada. Foster demostró su habilidad y, en un instante, el pequeño Henry dejó de gimotear a pesar de tener un tubo de goma metido en la garganta. Cerró los ojos mientras William fijaba el tubo para que no se saliera.

—¿Por qué... por qué no se mueve? —preguntó la madre.

—No tema, ha vuelto el color a sus mejillas y respira tranquilo. Solo se está durmiendo. —William se levantó—. Hay que mantener el tubo en su sitio unos días, así que vamos a tener que atarlo. Lo comprende, ¿verdad?

La señora O'Donnell asintió en silencio y miró a William como si fuera un ángel. A Elizabeth le dolía el orgullo, pero el niño había superado el riesgo de asfixia. Ahora había que rezar porque la difteria no le dañase el corazón. Comprobó el pulso en la muñeca del pequeño y lo sintió fuerte y rítmico.

—Enfermera Wells —dijo levantándose ella también. Mojó sus manos de nuevo en ácido fénico para limpiarlas, las secó y recogió sus gafas—. Por favor, inyecte al niño una dosis intramuscular de quince mil unidades de antitoxina diftérica, y búsquele una habitación de aislamiento. ¿Tiene usted

más hijos, señora?

La mujer alzó la vista.

—Dos más, ¿por qué?

—Pueden haberse contagiado, ellos y cualquiera de los que viven en su casa. Tienen que venir todos al dispensario a hacerse la prueba para saber si son inmunes a la difteria. Hay mucha gente que la pasa casi sin síntomas. Pero, si no son inmunes, habrá que inyectarles antitoxina a ellos también.

—No creo que sea necesario —murmuró entornando los párpados—. Todos están bien. Además, no tenemos dinero para pagarlo.

—Eso se paga con dinero público, señora. No tiene que preocuparse por ello. —Elizabeth forzó una sonrisa.

La mujer miró a William.

—Haré lo que diga el médico.

—Es la prueba de Schick⁴, señora O'Donnell —explicó él con voz grave—. Con un pequeño pinchazo, en veinticuatro horas sabremos si ustedes son inmunes a la difteria. En caso contrario, deben inmunizarse con antitoxina. Si no accedieran, tendríamos que llamar al departamento de Salud Pública de la ciudad e informarles.

—No será necesario —murmuró la mujer, contrariada—. Díganme cuándo tenemos que hacernos esa prueba y ya está.

—Enfermera Wells, ¿se encarga usted? —pidió Foster.

Elizabeth se despidió a toda prisa murmurando una excusa. Se alejó en dirección a su dormitorio con ganas de llorar. Al ceder el control a Foster le parecía que había dado la razón a la mujer y a todos los que la miraban con desprecio. En el hospital todo el mundo lo sabría. Ni siquiera lo había intentado. Quizá tenía que aprender algo de modestia.

—¡Doctora! ¡Doctora Scott!

«Maldito Foster, ¿es que no me va a dejar en paz? ¡Solo necesito un momento a solas, por favor!».

Lo ignoró y continuó hacia su dormitorio, quizá así la dejaría en paz. A lo mejor venía a jactarse.

—¿Tiene problemas de oído? —preguntó él, adelantándola. Le bloqueó el paso y se miraron, ella fulminándolo con la mirada y él con el ceño fruncido.

—Mi oído está perfecto, gracias —espetó.

—¿Entonces, por qué no se ha detenido cuando la he llamado? —inquirió, acentuando el ceño.

—¡Porque no he querido! Apártese.

William parpadeó.

—¿Siempre dice lo que piensa? ¿No le han enseñado que a veces conviene ser un poco hipócrita? —preguntó cruzándose de brazos sin moverse del sitio.

—No, señor. Me educaron en el campo y salí un tanto salvaje.

—Señorita, no creo que su madre la educara para no dar las gracias cuando se debe.

Elizabeth cerró los párpados e inspiró con fuerza. No, Sarah se disgustaría con ella si se llegara a enterar de su... rabieta. Foster le estaba dando una lección y sus mejillas ardieron. Abrió los ojos, apretó los labios y lo miró.

—Lo... lo siento. Gracias, doctor Foster. De verdad —dijo con voz temblorosa.

—De nada —asintió él estudiando su rostro—. ¿Se encuentra bien? La he visto un tanto... indispuesta. Por eso la he seguido.

—No, no me encuentro muy bien, pero se me pasará. Solo necesito estar sola.

—Como desee. —Se apartó para dejarla pasar.

Elizabeth forzó una sonrisa.

—Buenas noches.

—Buenas noches, doctora.

Al día siguiente, la hora que duraba el trayecto de retorno en el «ele» se le hizo eterna, pero reconocía que era cómodo vivir con la viuda. No temía el trabajo de la casa, se había criado en una granja, pero estaba tan agotada al volver del hospital que lo que menos le apetecía era ponerse a cocinar o limpiar. Cerró los párpados, dejándose mecer por el suave traqueteo del tren, pero no pudo relajarse pensando en los acontecimientos del día. No había sido difícil aguantar los comentarios sarcásticos de Stevens afirmando que le faltaba destreza. Lo duro había sido visitar al pequeño Henry y oír a su madre preguntar varias veces cuándo pasaba «el médico». Sin embargo, la alegría de ver que el niño estaba mejorando con rapidez había compensado el mal trago.

Bajó del «ele» y se dirigió hacia la mansión Stanley con paso perezoso. Aquella tarde había cesado el viento tan habitual en Chicago y había salido el sol, con lo que la temperatura había subido hasta unos soportables cuatro grados. Suspiró y se envolvió más en la cálida bufanda tejida por su madre. Miró al cielo buscando las estrellas que podía ver desde la granja, pero el

humo y las luces de la ciudad se lo impidieron. Añoraba el cielo claro de Haddonfield, el aroma de su hogar, los sonidos del bosque y de los animales... añoraba a su madre, a Charles y a Paul.

—Las señoras la esperan en el comedor principal, doctora Scott —dijo el mayordomo mientras la ayudaba a quitarse el grueso abrigo.

—Gracias, Albert.

Escuchó voces femeninas a través de la puerta entreabierta y se detuvo.

—No entiendo cómo una mujer puede dedicarse a la medicina. ¿No le resulta desagradable? ¿Y de verdad no es fea? Porque debe de tener dinero y una buena dote si estudió en la universidad. Si no encuentra marido será por algo —dijo la voz sin apenas pausa.

—No le hace falta ningún marido, niña. Hay mujeres que no viven para casarse.

—No soy rica —intervino Elizabeth, entrando sin avisar. Helen Stanley era una joven de cabellos rubios peinados a la moda que la miró con espanto. Sus ojos eran almendrados, azules y dulces. Parecía un ángel, tan adorable que si no la hubiera oído hasta le habría caído bien—. Me gasté los ahorros de mi madre el primer año de estudios y luego continué gracias a una beca que me dieron por ser la primera de mi curso —dijo con suavidad. Había sido Charles, el padre de Paul, quien le había costado su primer año de carrera, pero aquella... cabeza de chorlito no tenía por qué saberlo.

Helen se levantó y caminó hacia ella, moviéndose con gracia.

—Lo siento, lo siento... He sido una estúpida —dijo, y sonó sincera.

—Tu principal culpa es no pensar antes de hablar, querida. —Margaret se levantó para saludar a Elizabeth—. Por eso he insistido en que te relaciones con Elizabeth. No sé si ahora querrá hacerlo, después de haber oído esas cosas tan horribles que has dicho —la reprendió con acritud.

Helen estaba de un tono cercano al escarlata y Elizabeth se compadeció de ella.

—No creo que pueda aprender mucho, soy una estúpida —replicó Helen—. Tengo que disculparme de nuevo por mis palabras.

Elizabeth evaluó a la sobrina de Margaret. A algunas mujeres de clase alta no les importaba menospreciar su propia inteligencia, educadas en la firme creencia de que cualquier fémica demasiado lista asustaba a los pretendientes. Elizabeth intuyó que no era tan tonta como quería aparentar, pero aceptó sus disculpas y decidió cambiar de tema.

—Margaret, si lo que pretende es hacer que su sobrina piense antes de

hablar, me parece que no podré ayudarla mucho. —Negó con la cabeza—. Tengo más boca que cerebro, y lo demostré ayer en una conferencia delante de todo el hospital.

—Seguro que detrás de eso hay una buena historia, que reservaremos para la cena —dijo la viuda con una sonrisa.

La cena transcurrió de manera agradable. Helen tenía una conversación divertida e intrascendente, que era lo que necesitaba Elizabeth en aquel momento. Era incapaz de hablar de política y otros temas de peso, pero dominaba el arte de entretener con su cháchara. La joven respetaba el esfuerzo de la doctora para explicarle su punto de vista, pero tenía las ideas muy claras.

—Creo en el amor y el matrimonio como base de la sociedad. Y en que una mujer debe poder influir en su marido lo suficiente como para conseguir que vote lo que ella quiere. ¿Cómo van a formar una pareja estable si ella vota a uno y su marido a otro? Él va a las urnas, pero están votando los dos.

—Helen, hija, siempre que dices eso te contesto igual —dijo Margaret con gesto cansino—. No tienes por qué pensar lo mismo que tu marido para amarlo. ¿De veras crees que un país puede ser democrático sin que el cincuenta por ciento de la población pueda opinar sobre cómo debe gobernarse?

—Mi tía dice que soy una inocente por creer en el amor de esa manera. —Miró a Elizabeth—. ¿Tú crees en una unión tan fuerte que ambos piensen lo mismo?

—Sí, Helen. Y también creo en uniones donde ambos no piensen lo mismo, y quizá estas sean más fuertes —repuso la doctora.

—Pero es el hombre el que sale a pelear por su país. Si ellos pelean tienen el derecho ganado para votar.

—¿Sabes cuántas mujeres están pidiendo ir a luchar? ¿Cuántas ayudando en hospitales de campaña? Además, Helen, no todos los hombres aceptan el papel de protectores, algunos abusan del poder que les da la sociedad y maltratan a sus esposas —dijo Elizabeth.

Margaret asintió con gesto serio.

—Lo sé —afirmó Helen—, pero unas cuantas excepciones no deben cambiar los cimientos de la sociedad. ¡Lo que hay que hacer es proteger a esas mujeres! Por eso soy una firme partidaria de las campañas de caridad.

—¿Caridad? Con la caridad no se cambian las cosas. —Elizabeth negó con la cabeza—. Día sí, día también, veo mujeres abandonadas por sus maridos

que tienen que subsistir con un sueldo inferior al que le pagarían a un hombre. ¿Es eso justo?

—¿Eres socialista? —preguntó Helen, asustada—. He oído terribles historias de esa gente. Dicen que quieren quitar el dinero a la gente como yo para repartirlo entre los pobres. Si los pobres quieren tener dinero, que trabajen más; mi abuelo llegó a este país sin nada y fundó una empresa de construcción.

—No soy socialista. Solo quiero que las cosas sean más justas, Helen. — La miró con tristeza. No comprendía que estuviera tan encerrada en su burbuja.

Con inteligencia y saber estar, Margaret cambió el tema de conversación a otro menos intenso y el resto de la velada transcurrió de forma apacible. Elizabeth lanzó un gemido al mirar la hora en el reloj de pared.

—¡Madre mía! Debería estar ya en la cama.

—¿Trabajas este domingo? —inquirió la viuda.

—No, no tengo guardia.

—Entonces... ¿vendrás a una fiesta el sábado por la noche? —preguntó Helen.

—¿Qué? No, no, ni hablar. —Sacudió la cabeza de lado a lado.

—Por favor, Elizabeth. Creo que podemos pasarlo bien.

—Odio las fiestas... ¿No puedes ir con alguna amiga de aquí?

—Todas están prometidas. Me voy a aburrir mucho.

—No puedo. Estoy cansada y necesito dormir, tanto como respirar.

—Solo un ratito, un par de horas y te retiras. Es una fiesta benéfica.

—¿Una fiesta benéfica?

—Yo también iré —intervino Margaret—. Y creo que tú deberías, Elizabeth. Sé que la vida en el hospital te obliga a estar bastante aislada, pero un importante club de mujeres de la ciudad ha organizado un baile en beneficio de la Cruz Roja y la AWHS. Es probable que encuentres a alguna colega con quien departir, y si no por lo menos haces algo distinto. Piénsalo.

—Un par de horas... No lo sé. —Suspiró, derrotada. Le parecía descortés negarse—. En fin, creo que podré.

—Lo pasaremos muy bien —dijo Helen con entusiasmo.

Elizabeth titubeó.

—¿No quedará frívolo que acuda a la fiesta cuando mi prometido está herido?

—Nadie tiene por qué saber nada de tu vida personal. ¿Crees que a él le

disgustaría que fueras? —inquirió la viuda.

—No, no. Seguro que él me animaría a ir.

—¡Entonces no se hable más! —intervino Helen—. Los eventos benéficos suelen aburrirme, pero esta vez estoy segura de que William Foster estará allí, su madre es una de las organizadoras. Tengo ganas de verlo —dijo con los ojos brillantes—. Tú trabajas con él. ¿Verdad que es guapo? ¿Es simpático y atento contigo?

—Trabajamos juntos, sí —repuso Elizabeth ignorando las preguntas—. Es un buen compañero —comentó, ocultando su contrariedad por la noticia de que iba a verlo en el baile. Recordó lo grosera que había sido con él la tarde anterior, aún no había tenido ocasión de disculparse.

—¿Y no te parece simpático? —insistió Helen.

—No lo sé. Quizá es... demasiado simpático.

Para su sorpresa, la joven empezó a reír.

—Lo sé. ¿No es un encanto? Hace que todas las mujeres se sientan especiales.

—¿Qué? —exclamó la doctora, incrédula—. Yo no le veo el encanto, la verdad.

—Elizabeth, te tomas las cosas muy en serio —repuso Helen—. ¿Acaso ha coqueteado contigo?

—¡Por supuesto que no! —protestó—. No le he dado pie.

—Pues yo, si lo veo, pienso darle los dos pies y las dos manos. —Helen rio.

La doctora negó con la cabeza. Aquella chica era una causa perdida.

Capítulo 4

Contempló su imagen con frialdad: la falda hasta los pies, el moño bien tirante y las gafas. Si la dejasen, iría de esa guisa al baile que se celebraba aquella noche y al que —aún no entendía por qué— iba a acudir. Vio reflejado en el espejo de su dormitorio el vestido que colgaba de un perchero, listo para ponérselo aquella noche, y palideció al imaginarse con él. Helen Stanley era demasiado moderna para su gusto, pero no podía hacer otra cosa que usar su ropa. Ella no tenía nada tan elegante como para acudir a un evento de aquel tipo.

Entró en el espacioso comedor de la casa y se encontró con la señora Stanley sentada a la mesa.

—Buenos días, Margaret. Siempre tan madrugadora, aunque hoy más que nunca.

—Buenos días, cielo. Ya sabes que me gusta aprovechar el día. En cambio, mi sobrina está ahorrando fuerzas para la noche. ¿Has descansado?

—Sí, aunque necesito una taza de café. O dos, o tres...

—No estarás arrepentida de haber dicho que sí al baile, ¿no?

—Me conoce casi como mi madre, Margaret. —Elizabeth sonrió—. Gracias —dijo a la sirvienta que le puso una humeante taza de café delante. Tomó un sorbo antes de seguir hablando—. No me siento cómoda en las fiestas de sociedad, ya sabe que provengo de una familia humilde. Conozco el protocolo y sé bailar, pero... no todos son como usted.

—Lo sé, pero no te preocupes, piensa que es por una buena causa. Yo creo que lo vamos a pasar bien. Y desde luego, si no es así, nuestro chófer te traerá a casa.

—Es usted muy comprensiva.

Aquel sábado, Elizabeth llegó más pronto de lo habitual al hospital, por lo que se dirigió al laboratorio para ir adelantando trabajo. Si hubiera sido un hombre se habría unido al resto de estudiantes y residentes que se habían juntado en la cafetería antes de empezar la jornada laboral, comentando las últimas noticias de la guerra y hablando sobre sus planes para la noche. Pero cuando ella se acercaba se hacía el silencio, así que en las ocasiones en las que tenía tiempo para hacer vida social dentro del hospital... trabajaba. Penetró en el desierto laboratorio y encendió las luces. Miró las largas mesas

de la sala, repasando el orden y limpieza de la estancia.

—Buenos días —sonó una voz masculina tras ella. Elizabeth soltó una exclamación de sorpresa—. Lo siento, no pretendía asustarla.

—No... no lo ha hecho. Bueno, un poco. Buenos días —contestó echándole un vistazo a Foster. No parecía haberse aseado aún, llevaba el cabello castaño algo revuelto y lucía ojeras—. ¿Mala guardia? —se obligó a decir mientras caminaba hasta las estufas de incubación.

Él se sentó en una de las mesas y tomó lápiz y papel.

—No, no fue mala, pero he pasado parte de la noche observando las muestras que cultivamos el otro día. No crece bacilo tifoideo en ninguna. También he procesado los sueros de veinte pacientes que Parker añadió ayer a su pedido, con urgencia —comentó con sarcasmo.

Elizabeth, que estaba inclinada sobre una de las estufas, se incorporó y se giró para mirarlo con ojos muy abiertos.

—¿Ayer? ¿Además de lo que ya le había encargado? —preguntó, incrédula.

—Sí, ayer —repuso él levantando la vista de sus notas. Sus miradas se cruzaron.

—No lo comprendo —dijo.

Él la evaluó en silencio, como si estuviera pensando qué contarle.

—Tiene que ver con mi padre —dijo por fin—. Es el abogado de varias personas influyentes de Chicago. A través de él han insistido en que se realicen pruebas a su personal del servicio, a raíz de ese pequeño brote de fiebre tifoidea. Como el laboratorio municipal de higiene está colapsado de trabajo, Parker se ofreció a ayudarles. Más bien me ofreció a mí como ayuda. —Se encogió de hombros con aspecto resignado.

—¿Está insinuando que esto es una especie de venganza de Parker contra su padre a través de usted?

—Yo no insinúo nada, doctora. Saque sus propias conclusiones —afirmó. Sin decir nada más volvió a concentrarse en sus notas, y Elizabeth se quedó pensativa.

La sesión clínica semanal sobre pacientes ingresados en los pabellones de infectocontagiosos se realizaba los sábados por la tarde. A ella acudían estudiantes, residentes y personal médico de la plantilla del laboratorio, que se sentaban en varias sillas colocadas en círculo. El doctor Parker presidía la

pequeña reunión, donde discutían los casos.

—¿Cómo está el niño de la difteria, doctora Scott? ¿Ha revisado los cultivos de la familia para ver si hay portadores de la bacteria? Me preocupa el asunto, llevábamos semanas sin ver ningún caso.

—No los hay, y todos los que conviven con Henry son inmunes a la difteria. Hay cuatro primos con los que juega a menudo que no lo son y les hemos ofrecido la antitoxina. Los padres de dos de ellos se han negado. Dicen que un vecino suyo, por culpa de esa inyección, tuvo artritis —repuso Elizabeth.

—¿Y usted cree eso, doctora?

—Sería una enfermedad del suero, me imagino, doctor Parker. A veces la inyección de antitoxina provoca una artritis transitoria con erupción generalizada.

—Exacto —dijo satisfecho, mirando a los estudiantes—. Y el pronóstico de esa artritis cuando aparece es... ¿doctor Lewis?

—Excelente. Se resuelve en pocas semanas.

—Así es —asintió el veterano médico—. Sin duda, preferible a sufrir una difteria, pero hay veces que no se puede razonar con los padres. Pasemos al siguiente tema. ¿Cuántos enfermos de fiebre tifoidea hemos tenido? ¿Hemos encontrado alguna similitud entre ellos? ¿Algo que nos dé la clave de dónde se originó el brote, doctora?

—Ha habido veinte casos el último mes y la mitad siguen ingresados. De ellos hay tres que están muy graves —repuso Elizabeth revisando sus notas—. No he podido encontrar nada en común. Un par de ellos son marineros, pero los otros no se han movido de la ciudad.

—Yo he interrogado varias veces a los que conservan energías para hablar y tengo una posible respuesta —intervino Lewis.

—Adelante, doctor —lo animó Parker.

—Cinco de ellos habían acudido al mismo prostíbulo —afirmó—. Estamos comprobando si alguna de las trabajadoras es portadora del bacilo, o si el caso se debe a un problema en la higiene del agua del... —carraspeó— establecimiento.

—Apostaría por lo primero, en caso contrario tendríamos una epidemia, no un simple brote ¡Buen trabajo! —exclamó Parker—. Doctora Scott, hay que insistir en los historiales hasta que los pacientes hablen.

—No querían explicarle a una dama lo del prostíbulo, es normal que no se sinceraran con la doctora. —Lewis sonrió condescendiente mientras

Elizabeth se sonrojaba, la había dejado en evidencia.

—Es normal que los pacientes se hayan confiado a usted, doctor Lewis —intervino Foster—. Sobre todo porque, justo antes de que pasara usted a hablar con ellos, el agente de Salud Pública los había amenazado. Usted recogió sus frutos —terminó.

La sonrisa de Lewis se desvaneció.

—La visita del funcionario fue breve. Tenía demasiado trabajo, y yo terminé lo que había empezado —espetó.

—Está bien, doctores. Siempre es bueno trabajar en equipo —intervino el jefe de laboratorio sin ocultar el sarcasmo—. Es importante el exhaustivo interrogatorio de todos los pacientes, y más de los que tienen enfermedades infectocontagiosas —aseveró, mirando al resto de profesionales y estudiantes—. Doy por finalizado el caso del brote de fiebre tifoidea. Y, doctor —dijo mirando a William—, le felicito por su trabajo con todas las muestras. Ha sido muy eficiente.

—Gracias, doctor Parker —dijo William echando un vistazo a Elizabeth.

—Bien. Pasemos a otros temas.

Elizabeth se mordió el labio al ver su reflejo en el espejo. Quizá, si se metía en la cama y calentaba el termómetro como cuando era niña, las Stanley creerían que estaba enferma.

—¿Se puede?

«No».

—Adelante.

Margaret abrió la puerta y se detuvo en el umbral, mirándola de arriba abajo.

—¿Dónde está la doctora Scott?

—No bromeo, Margaret. Estoy a punto de echarme atrás.

—No te hacía una cobarde, hija.

—No puedo ir vestida así. Me siento... desnuda. —Se señaló de arriba abajo con una mano y gesto teatral de desesperación.

—Estás preciosa. Y es la moda. Llamarías más la atención vistiendo tu ropa habitual. Así no desentonarás.

—Gracias...

—¡Aparta esa timidez, cielo! Eres una mujer muy bonita, y no pasa nada por ir femenina de vez en cuando. Ya sé que en el hospital te interesa vestir

de forma discreta, pero vas a un baile benéfico. Todas vamos arregladas para la ocasión. —Se señaló el vestido, en llamativos tonos rojizos.

—¿No será esto demasiado ostentoso? Estamos en plena guerra.

—La sociedad trata de hacer una vida algo normal a pesar de los tiempos que corren. Y ya te ha dicho Helen que ese vestido lo llevó la pasada temporada. Todo el mundo se lo ha visto —se encogió de hombros con gesto despreocupado—, así que sabrán que es de ella. No te ha gustado ninguno de los actuales.

—Oh, no, ¡aún enseñan más piel! —exclamó Elizabeth. No entendía cómo podía encajar en una sociedad donde los vestidos se dejaban de usar de un año para otro estando nuevos.

—Querida, no te lo tomes todo tan en serio. Vive la vida, eres joven.

—Eso mismo me dijo Helen ayer. Pero no sé si me voy a sentir cómoda.

—Me sorprendes —dijo Margaret tomándola cariñosamente por los hombros—. No temes enfrentarte a un montón de machos celosos de su territorio, pero estás nerviosa por esta noche.

—Temo avergonzarla —declaró.

—Tú nunca podrías avergonzarme, querida. Estoy muy orgullosa de ti —afirmó la viuda abrazándola y sorprendiéndola—. Si fuera tu madre no podría estarlo más. Supongo... Nunca he sido madre, pero ella debe de estar feliz de tenerte como hija —dijo emocionada.

Elizabeth le devolvió el abrazo.

—Muchas gracias por su apoyo, Margaret.

—Gracias a ti —dijo la mujer.

En aquel momento entró Helen. Llevaba un vestido escotado en varios tonos de verde que le llegaba hasta un poco más arriba de los tobillos, y el pelo rubio parcialmente recogido en la nuca y cayendo en ondas preciosas sobre sus hombros. Parecía un hada del bosque.

—¡Hora de salir! —dijo la joven Stanley.

*

William resopló al terminar de ponerse la pajarita blanca, la última pieza del frac. Iba a la dichosa fiesta de beneficencia porque su madre era una de las organizadoras y nada más. El club femenino al que ella pertenecía había organizado aquel baile que recaudaría fondos destinados a ayudar a los heridos en la guerra. Por supuesto, circularían cotilleos sobre quién podía permitirse ser más generoso y críticas a la vestimenta de las invitadas. Nadie se libraría de ser criticado, aunque quizá la comidilla principal sería una de

las familias más influyentes de Chicago, cuyo primogénito había contraído una oportuna enfermedad que le impedía ingresar en el ejército ese mismo mes.

Obligados por las circunstancias, los EE. UU. habían entrado en la guerra europea el año anterior. El mismo año se realizó un sorteo que decidió el orden en el cual los jóvenes iban a ser reclutados. Él había sido afortunado con un número de orden elevado, y todavía le quedaba un tiempo para ser llamado a filas. William tenía sentimientos encontrados sobre una guerra que sentía lejana y que su propio país había evitado desde el principio; creía en una solución diplomática al eterno conflicto, pero al mismo tiempo se sentía solidario con el sufrimiento de la población de los países en guerra. Cuando el país declaró la guerra a Alemania se había planteado presentarse voluntario para el cuerpo médico militar, pero cambió de idea cuando un amigo suyo, aquejado de bronquitis, acudió a un galeno de la ciudad. Su médico habitual se había alistado y el sustituto, de la vieja escuela, quiso practicarle una sangría. Aquello lo decidió a continuar en el país hasta que tuviera que cumplir con su deber.

Llamaron a la puerta y la señora Ellis, su ama de llaves, abrió cuando él dio su permiso.

—Doctor Foster, el coche de su madre está abajo, esperándolo.

—Gracias, señora Ellis.

William entró en el elegante Roamer de su madre con el sombrero en la mano y se acomodó a su lado tras saludar al chófer.

—Hola, cariño. —Emma Foster le dio un sonoro beso en la mejilla a su único hijo y luego le pasó un pañuelo para limpiarle el pintalabios—. ¿Te encuentras bien? Tienes cara de cansado.

—He dormido poco, pero creo que aguantaré al menos una hora en la fiesta. Estás muy guapa, mamá. Padre no viene, supongo.

—Papá está de viaje de negocios —dijo Emma torciendo el gesto. Sus bonitos ojos azules, que había heredado su hijo, brillaron con enojo—. Se supone que tendría que haber llegado hoy, pero se ha retrasado. Menos mal que por lo menos uno de los hombres de la familia me hace caso. —Le palmeó la mano.

—Mamá, padre besa el suelo por donde pisas —negó William con una sonrisa.

—De todas formas, creo que trabaja demasiado. Como tú. ¿Cuánto hace que no lo ves?

—Mamá... —William se puso serio.

—Contesta, William Henry Foster. —Frunció el ceño.

—Desde Nochevieja. —Su madre podía ser muy insistente, así que era mejor ceder pronto.

—Llámale. Está esperando que lo hagas.

—No estoy muy seguro de eso —repuso, escondiendo un bostezo con la mano—. Lo siento, esta noche no he dormido.

—Sois igual de orgullosos.

—Lláname orgulloso, pero fue él quien despreció mi elección de carrera, quien no acudió a mi graduación, quien no me felicitó por haber aprobado el difícil examen de acceso al hospital... ¿Sigo o prefieres ir al baile? — Esperaba que su madre dejara el tema de su padre, siempre lo ponía de mal humor.

—Hijo, me gustaría que dieras tu brazo a torcer.

—Ya lo hice. A pesar de la discusión de Navidad acudí a la cena de Nochevieja.

—Y no hablasteis en toda la cena.

William respiró hondo.

—Danos tiempo, ¿de acuerdo? —pidió, apretándole con cariño la mano. Después miró por la ventanilla—. Ya hemos llegado al hotel.

El enorme salón de baile del hotel Blackstone estaba preparado para la ocasión. La decoración, elegante aunque sin ostentación, incluía guirlandas con los colores de la bandera nacional colgadas de las paredes, y la iluminación creaba un ambiente alegre y a la vez íntimo. Varios camareros pasaban entre los invitados ofreciendo bandejas con canapés y copas de champán mientras la incansable orquesta tocaba piezas clásicas y otras más actuales. Se había terminado el turno del animado foxtrot y ahora tocaba el vals americano.

William permaneció junto a su madre hasta que esta encontró a unas amigas del club, entonces se dedicó a caminar entre los asistentes, manteniendo alguna que otra conversación insustancial con ellos. Era hombre de pocos amigos y tampoco tenía ganas de alternar con la gente de su clase. Siempre se había sentido un poco diferente y, desde que había decidido ser médico en contra de la voluntad de su padre, ejerciendo además en un hospital público, todavía más.

—¡William! ¡William Foster! —Una voz conocida resonó con desagrado cerca de él.

—Buenas noches, Ethel.

Recordó con aversión la insistencia de su padre, años atrás, para que saliera con aquella mujer. Saludó con una inclinación de cabeza y se dispuso a continuar su camino, pero ella apoyó la mano en su codo.

—¿Cómo te va la vida? ¿Aún no te has cansado de trabajar de médico en el Cook? —Arrugó la nariz.

Ethel Thompson habría sido una mujer bonita si no hablara. El problema era que lo hacía, y mucho. Cada vez que criticaba algo o a alguien, arrugaba la nariz de una forma que hacía pensar a William en un acordeón. Ethel estaba emparentada con el alcalde de Chicago y para su padre habría sido una gran noticia verlos juntos, pero el joven preferiría meterse a monje a unirse a aquella mujer.

—Ethel, si me disculpas, tengo que ir al... baño. —No era educado hablar de las funciones corporales, pero ella no esperaría nada mejor de él, que trabajaba en un hospital público.

—Mira quién entra —murmuró ella ignorándolo, aún con su mano en el brazo de él—. Las Stanley con una dama que no conozco. Será la Cenicienta, por lo que veo lleva un vestido prestado. —Rio de su propia broma.

—¿Helen Stanley está aquí? —Giró su cara en la dirección que le señalaba la mirada de Ethel.

Helen y Margaret Stanley estaban saludando a las anfitrionas, e iban acompañadas de una preciosa mujer que se parecía a... la doctora Scott. No podía creer lo que veía. Fingió que escuchaba la cháchara de Ethel mientras echaba vistazos en aquella dirección. El cambio era increíble. Sus negros cabellos estaban peinados con suaves ondas a ambos lados de la cabeza y recogidos detrás en un moño elaborado. Un tentador vestido negro sin mangas se ceñía a su cuerpo, dejando al descubierto la nívea piel de los brazos y parte de la espalda, y supo que jamás volvería a mirar de la misma forma la bata abrochada hasta el cuello que ella vestía a diario. La había visto sin gafas y sabía que tenía unos ojos bonitos, pero el suave maquillaje y aquel rojo de labios le quitaban el aliento. La doctora era una beldad y de las más interesantes: las que no parecían darle importancia a serlo.

—¿A quién se le ocurre llevar un vestido negro teniendo ese pelo tan oscuro? —estaba diciendo Ethel, molesta.

Él la miró como si se acabara de dar cuenta de que estaba ahí.

—No lo sé. Voy a preguntárselo.

Y la dejó con la palabra en la boca.

*

—¿Y cómo es trabajar en un mundo de hombres, doctora? —preguntó amable la señora Sherman, una de las organizadoras.

—Difícil, pero cada vez menos —contestó la joven. Acababa de llegar y la estaban acribillando a preguntas.

—Yo siempre he creído que la medicina es una profesión de hombres. Se necesitan dotes de mando y mucha resistencia. Pero quizá usted logre convencernos de lo contrario —comentó otra.

—Eso espero. De momento estoy... resistiendo —asintió Elizabeth, sintiéndose como un pececillo fuera del agua. ¿No había más doctoras en la fiesta?

—¿Y no le da miedo contagiarse alguna de las enfermedades que trata? ¿O llevarla a casa de la señora Stanley? —inquirió una anciana.

—Con las precauciones adecuadas, no hay peligro —contestó Elizabeth.

Comenzaba a sentirse un tanto agobiada. Aquello era peor que un examen final o una ronda por las salas con Stevens. Y lo peor era que Helen y Margaret no la estaban ayudando y la miraban sonrientes. ¡Pero si lo estaba haciendo fatal! A lo mejor esperaban una señal de ayuda. ¿Qué señal?

—¿Y a usted no le preocupa? —insistió la misma anciana, mirando a Margaret con gesto de duda.

Antes de que la viuda respondiera, una alta figura masculina se acercó a ellas. Aspiró el aroma y lo reconoció antes de oírle hablar.

—Señoras, señorita Stanley, doctora Scott —William saludó con la cabeza —, qué alegría verla por aquí... también.

Elizabeth se sonrojó ante la penetrante mirada de él y respondió a su saludo.

—¿Se conocen? —preguntó la señora que había hecho la última pregunta.

—Trabajamos en el mismo hospital —explicó él con una seductora sonrisa.

La mujer sonrió y asintió, casi pareció ronronear de placer. Elizabeth arqueó las cejas al ver que William estaba coqueteando con aquellas señoronas y ellas estaban encantadas. De pronto se le ocurrió que si él hacía eso no era porque le gustase sentirse adorado, sino simplemente porque le funcionaba.

—Señorita Stanley, ¿cuándo llegó usted? No sabía que estaba en Chicago —dijo sin variar su gesto encantador.

Elizabeth recordó las palabras de Helen: «hace que te sientas especial».

Las señoras que la estaban interrogando saludaron educadamente a Foster y fueron a hablar con otros invitados, cuchicheando entre ellas.

—Llegué hace dos días —repuso Helen mirándolo con arrobó—. Me quedaré unas semanas. Espero que podamos vernos en otra ocasión —comentó, y después miró a Elizabeth—. La doctora Scott se aloja en casa de mi tía —explicó, respondiendo a una pregunta no formulada.

—No lo sabía. Aunque lo cierto es que sé muy poco de usted —dijo, centrando su atención en la doctora.

—Llevamos muy poco tiempo trabajando juntos. Y tampoco es que haya salido el tema —repuso ella con sequedad.

Para su sorpresa, Foster rio. ¿Se estaba burlando de ella?

—No, no ha salido el tema. ¿Cómo podría salir? Sería necesario que primero hubiésemos conversado.

—Yo voy a trabajar, no a hacer relaciones sociales —contestó ceñuda.

—No creo que una cosa quite la otra. Se toma la vida demasiado en serio —afirmó él sin inmutarse.

—¡Otra vez esa frase! ¿Pero qué les pasa a todos? No trabajo en el cine, sino en un hospital, y además el mundo está en guerra. ¿No les parece suficientemente serio? —espetó.

De pronto, los nervios y la desagradable sensación de estar perdida la afectaron. Foster, con su don de gentes, su elegancia y su talento seductor, la hacía sentirse más fuera de lugar que nunca, y estaba sacando su carácter sin refrenar sus palabras. Se fijó en las caras sorprendidas de Margaret y Helen y se disculpó. Estaba dejando en mal lugar a la viuda. Disgustada, dio media vuelta y se alejó buscando cualquier lugar del espacioso salón que la apartara de allí.

—Bailemos. —Una mano grande y cálida tiró de su brazo, otra la asió por la cintura, y de repente se vio arrastrada a la pista de baile.

—Suélteme —gruñó entre dientes. Echó un vistazo alrededor y se dio cuenta de que había algunos que los miraban con curiosidad.

—No voy a hacerlo —respondió Foster, haciéndola girar.

Lo miró con dagas en los ojos, pero al final exhaló un suspiro de derrota.

—¿Se puede saber qué quiere?

—Solo bailar. —Sonrió, sus ojos azules brillaban traviosos.

—¿Solo bailar? —Lo miró entrecerrando los párpados.

William asintió con los labios apretados como si contuviera la risa. Le dieron ganas de darle un rodillazo en un sitio que perjudicara su futura

paternidad.

No es que ella hiciera eso a menudo.

—Está bien, pues bailemos —gruñó. A la que pudiera se soltaría de su agarre.

—Gracias —repuso él con sorna.

Se deslizaron por la pista con suavidad al compás del vals. Foster, cómo no, era un bailarín consumado, y ella tan solo tenía que dejarse llevar para sentir la libertad que daba danzar con alguien experto. Se relajó y, sin que se diera cuenta, de una pieza pasaron a otra. Enfadada, se había obligado a no mirarle a los ojos durante aquellos minutos. Era bastante más alto que ella, así que centró la mirada en su nuez de Adán, pero a cada momento le parecía más íntimo mirar aquella zona de piel. El dulce e hipnótico vaivén de sus cuerpos girando y moviéndose al mismo compás, el calor de la mano masculina en su espalda atravesando la tela y penetrando en su piel, su otra mano sujetando con firmeza sus dedos, el roce ocasional de sus piernas mientras giraban... Jamás había sentido que un baile fuera algo tan sensual. Tenía que detenerlo, pero parte de ella se rebelaba. ¿Por qué negarlo? Estaba disfrutando, y estaba en los brazos de una persona que, a cierto nivel, la comprendía. Foster podía ser un niño rico, pero se había dado cuenta de que tampoco tenía las cosas fáciles en el hospital. Además, era un buen compañero.

—¿Lo está pasando bien? —preguntó su voz desde arriba.

Ella levantó la cabeza para mirarle y se arrepintió. Si le había parecido íntimo mirarle el cuello, era peor hacerlo a los ojos. Eran de un profundo tono azul y la contemplaban con curiosidad. Se sintió confusa, habría deseado que él luciera aquel gesto engreído que le conocía, y no esa mirada que parecía querer leerle el pensamiento.

—Es apenas soportable —repuso ella fingiendo seriedad.

—Me alegra que lo soporte. Estaba empezando a sentirme culpable por haberla arrastrado a la pista de baile —dijo él en el mismo tono.

—Eso no me lo creo. —Elizabeth no pudo evitar reír mientras negaba con la cabeza. Entonces él la miró de un modo extraño—. ¿Qué sucede?

—Nada —repuso William.

Sin embargo, continuó mirándola de aquella forma que le provocaba una sensación indefinible que la inquietaba, así que decidió poner distancia.

—Gracias por su apoyo esta tarde, doctor Foster.

Él arqueó las cejas, después adoptó un gesto serio.

—De nada. —Suspiró—. Siento que Lewis se esté comportando de esa forma. Éramos amigos en la Facultad, pero...

En aquel momento la música se detuvo y la orquesta empezó un descanso. Era lo que había estado esperando Elizabeth para salir corriendo y escapar por la puerta, pero ya no le apetecía. William tomó un par de copas de champán de las que circulaban sobre las bandejas de los camareros y, dubitativo, le ofreció una.

—No bebo, gracias.

Él devolvió las copas a otro camarero que pasaba y tomó dos bebidas de ponche sin alcohol.

—Entonces yo tampoco —dijo ofreciéndosela.

—Gracias. —Ella la tomó y le dio un sorbo—. ¿Qué estaba diciendo cuando ha parado la música?

—Se dice que para el año que viene se ampliará la plantilla del laboratorio con un médico. Parker busca sangre joven.

—¿Quiere decir un residente recién terminado? —inquirió. No le dijo que ella ya conocía ese rumor.

—Sí. Quiere a alguien formado en el Cook. Lewis piensa que usted es su rival para ese puesto. —Se encogió de hombros con gesto resignado—. Como ya debe de imaginar después de lo del otro día, yo no tengo muchas posibilidades. Aún me queda todo el año para demostrarle a Parker que puedo ser ese hombre, pero... —dejó la frase en el aire.

—William, querido. Pensaba que ya no te encontraría aquí. Como antes decías que estabas tan cansado... —Una elegante mujer de mediana edad se acercó a ellos.

—No me habría marchado sin despedirme de ti, mamá —le reprochó.

—Lo sé. Me alegra que hayas decidido quedarte —dijo mirando a Elizabeth mientras hablaba.

—Mamá, esta es la doctora Elizabeth Scott. Doctora Scott, le presento a Emma Foster, mi madre.

—Encantada, señora Foster. —Le tendió la mano, que la otra aceptó.

—Oh, querida, yo sí que estoy encantada de conocerla. Me alegra mucho que cada vez haya más mujeres doctoras. Se me hace molesto explicar ciertas cosas a mi médico.

La señora Foster y Elizabeth iniciaron una amigable charla. Mientras tanto, Helen Stanley se acercó a ellos y terminó bailando con William. Elizabeth estaba contenta de poder hablar con alguien tan agradable y educado como la

señora Foster, pero le habría gustado seguir con la conversación que tenía con su hijo. Se miró el anillo por un instante, recordando a Paul. Lo echaba mucho de menos. Emma Foster la presentó a otras mujeres de su club, que fueron más agradables que las primeras. De repente se le acercó un botones del hotel.

—¿La doctora Scott? Tengo esto para usted —dijo, y le dio un pequeño papel. Elizabeth se apartó un poco del grupo de mujeres y lo leyó, intrigada:

«Este hotel tiene unas vistas inolvidables desde su azotea en el piso veintiuno. Si le apetece continuar la conversación con tranquilidad, la espero arriba a medianoche».

¡Medianoche! Miró la hora en el reloj de pared, faltaban diez minutos ¿Tan tarde era? No se había percatado del paso del tiempo. Margaret le había dicho que volverían a casa a las doce y media. Se excusó con la señora Foster y las demás mujeres. Al salir, recogió el grueso abrigo que le habían prestado. Una vez arriba, no le costó distinguir la alta figura de Foster entre las pocas personas que se habían atrevido a desafiar el enero de Chicago. Lo admiró de espaldas, tenía un buen porte. Se protegía del frío helador con un abrigo oscuro que cubría gran parte de sus largas piernas.

La azotea apenas estaba iluminada, lo que otorgaba cierto aspecto íntimo a la reunión. Más aún cuando él se giró y le sonrió como si fuera la mujer más importante del mundo. Se repitió mentalmente las palabras de Helen. «Hace que te sientas especial». Tenía que recordarse que él tenía ese efecto en todas.

—No había tenido ocasión de decírselo, pero está usted muy hermosa esta noche —murmuró él cuando la tuvo delante. Ella parpadeó, turbada. No esperaba aquel cumplido, y menos aún que le gustara tanto—. Lo siento, no quería molestarla —aseguró al ver su reacción.

—No pasa nada—aseveró Elizabeth, apoyándose en la baranda a su lado—. Es solo que me parece... inapropiado. —Miró hacia abajo—. ¡Esta vista es increíble!

—Ya se lo había dicho —musitó el joven—. Doctora... solo es un cumplido, no tiene segundas intenciones. Debería aprender a aceptarlos. No creo que haya nada malo en ello —carraspeó—, aunque esté prometida.

Ella permaneció en silencio durante unos instantes, reflexionando.

—Supongo que tiene razón. El problema es que para una mujer las cosas son distintas. En el trabajo no ayuda que se fijen en el físico de una. Olvidan todo lo demás y se centran solo en eso.

—Pero ahora no estamos en el trabajo.

—Lo sé, pero me he acostumbrado a rechazar los cumplidos a mi físico, es casi un hábito. En cambio, usted puede tener ese aspecto y siempre le tomarán en serio. —Demasiado tarde se dio cuenta de lo que acababa de decir. Sus mejillas ardieron y se calló mirando al frente.

Pero él no iba a desaprovechar esa oportunidad, por supuesto.

—¿Ese aspecto? ¿A qué aspecto se refiere? —inquirió el joven con fingida inocencia.

—Ese... aspecto... ese —balbuceó la doctora gesticulando con una mano en su dirección, aún sin mirarle.

—No sé cuál es «ese» aspecto.

—Oh, vamos, Foster. Lo sabe tan bien como yo —gruñó frunciendo el ceño. Le echó un vistazo y vio que sonreía.

—Llámeme William, si no le importa.

—Sí me importa, Foster —repuso.

—Como desee, Scott —dijo risueño.

—¿Podemos continuar con la conversación que teníamos? He subido para eso —le recordó con sequedad.

—Cierto —concedió él, ignorando su tono—. Verá, conozco bien a Joseph. Es competitivo y, por si fuera poco, su mujer está embarazada. Es secretaria de empresa, y cuando dé a luz dejará su trabajo. Él necesita algo estable, y usted es un riesgo para él. Creo que debe tener cuidado —dijo serio.

—¿A qué se refiere? —Agrandó los ojos.

—Cosas como la de hoy. No espere que le haga ningún favor. Y si puede señalar un fallo suyo, lo hará.

—Espero que esté equivocado —repuso con preocupación.

—Yo también lo espero. De todas formas, él no es deshonesto. No le va a contaminar los cultivos. No va a mentir sobre usted. Nunca ha sido así, y no creo que haya cambiado.

Se hizo el silencio entre ellos durante unos momentos. Ella sintió la necesidad de llenar el vacío y seguir hablando de temas profesionales.

—El otro día, con el niño de la difteria... no me comporté bien. Le reitero mi agradecimiento.

—De nada. —La miró un momento—. El primer día me dio la sensación de que no necesitaba la ayuda de nadie.

—Fue un error. Me... daba miedo parecer débil, y también generar sobreprotección.

Hubo un nuevo silencio. Elizabeth estaba sincerándose, quizá demasiado, y pensó si no se arrepentiría al día siguiente. Pero era tan cómodo hablar con él...

—Ahora me debe una —soltó William, y elevó una comisura de su boca.

—No le comprendo... —pronunció la joven con precaución. Estaba aprendiendo a desconfiar de él cuando sonreía así.

—Usted me ayudó con el trabajo extra de Parker. Yo con la intubación y lo de hoy.

—No le debo nada —contestó ella sin dudar—. Esta noche estamos en paz. —Arqueó una ceja y levantó la mandíbula para imitar su gesto engreído.

—Ahora soy yo quien no entiende. —William negó con la cabeza.

—Esta noche le he hecho el favor de bailar con usted —repuso ella, y apretó los labios para no sonreír. Él se quedó mudo y ella aprovechó para hacer una retirada triunfal haciendo una reverencia burlona—. Buenas noches, doctor Foster. Hasta el lunes.

Antes de que él tuviera una respuesta, la doctora había desaparecido por la puerta.

Capítulo 5

William se despertó y al ver la luz en su dormitorio miró la hora. Maldijo en voz alta al darse cuenta de que había dormido hasta más tarde de mediodía. Odiaba desperdiciar la mitad del domingo en la cama. Echó las mantas a un lado y se levantó, maldiciendo de nuevo en voz alta. La guerra había hecho necesario el ahorro de carbón y de noche apagaba la calefacción. Ahora hacía un frío helador, pero él no pensaba cambiar su costumbre de dormir sin pijama. Se puso un batín y lo anudó a toda velocidad, descorrió las cortinas y se metió en el cuarto de baño para asearse. Se lavó la cara con el agua helada que salía del grifo y se apoyó sobre el lavamanos mientras se echaba un repaso concienzudo. Necesitaba un afeitado, pero aparte de eso no tenía mala cara. Tenía «ese» aspecto, pensó con una sonrisa. ¿Por qué la mujer más interesante que había conocido en sus veintiséis años estaba comprometida?

Él había estado tan ciego como para no verla como era en realidad hasta la noche anterior, pero las cosas tenían que seguir así. Se pasó la cuchilla por el mentón mientras reflexionaba; durante su estancia en la Facultad había oído malévolos comentarios sobre estudiantes guapas y listas con «sospechosas» buenas notas. Entendía que Elizabeth fuera disfrazada, por muchos motivos.

—¡Ay! —exclamó al cortarse la piel del cuello.

Tenía que centrarse más en lo que estaba haciendo o se rebanaría el pescuezo, ¡parecía un novato afeitándose! Se lavó la herida con agua y jabón y se la secó con una toalla limpia y suave, lo que le recordó el tacto de la mano de Elizabeth, cálida y delicada, sobre su espalda, la punta de sus dedos rozando su nuca y su otra mano agarrándole con fuerza cuando giraban. Había sido tan placentero que William había tenido la tentación de girar y girar sin parar para que se aferrara más a él, y acercar su nariz a la piel suave del cuello donde sin duda nacía el aroma a rosas que la envolvía...

«Suficiente, William, has de contenerte».

Terminó de afeitarse y decidió dejar el tema. Se consideraba un hombre práctico y Lady Doc estaba fuera de su alcance. Dejó la toalla y se vistió mientras hacía planes para la tarde.

*

Apartó a un lado la revista científica que estaba leyendo y apoyó la

cabeza en el respaldo del cómodo sillón que había en su habitación, mirando por la ventana. El día se había vuelto gris, como sus ánimos. Pensaba en Helen Stanley y su gesto de desaprobación la noche anterior y sintió que la había decepcionado. Además, ¿qué impresión tendría Foster de ella? Se había dejado llevar por la magia de la noche y el encanto seductor del joven como cualquier mujer.

Miró la hora. La comida a buen seguro estaba ya servida. Tenía que hacer de tripas corazón y bajar.

—Buenas tardes —musitó al entrar en el espacioso comedor.

Se sentó y le lanzó una rápida mirada a Helen, que había correspondido a su saludo de forma educada para después proseguir la charla con su tía. La sirvienta les sirvió el primer plato, una *vichysoisse*, y Elizabeth se permitió relajarse un poco. La luz grisácea del día penetraba a través de los amplios ventanales, y la calefacción central, un lujo al que le costaría renunciar cuando se marchase de esa casa, hacía apetecible estar allí. Hablaron de esto y de aquello hasta que la criada trajo los postres. Margaret se retiró, aduciendo que necesitaba una siesta, y ambas se quedaron solas con un pedazo de pastel de chocolate y un café. Entonces llegó la conversación que tanto había temido.

—¿Lo pasaste bien ayer en el baile, Elizabeth?

—Sí, muy bien.

—Y eso que no querías venir —apuntó la neoyorquina.

La doctora bebió un poco de café para disimular su turbación.

—Y tú, ¿lo... pasaste bien? —preguntó dudosa.

—¡Claro que lo pasé bien! —exclamó sonriente—. Fue un baile muy divertido. Los hombres de Chicago son más insistentes que los de Nueva York. Te hacen sentir la reina del baile. —Le guiñó el ojo—. O a lo mejor es porque me ven poco y cada vez soy una novedad —comentó en tono confidencial.

Elizabeth no supo cómo interpretar aquello. Su conciencia remordía sin piedad, había acaparado la atención del hombre que le gustaba a Helen.

A Helen y a la mitad de las mujeres del baile, estaba segura.

—Me alegra, Helen.

—Lo cierto es que el rato que bailé con William fue el mejor de la fiesta. Es un gran bailarín, ¿no crees? Además de guapísimo —afirmó con gesto soñador.

Elizabeth contuvo un gemido de agobio. Eso era lo que quería evitar, pero

estaba claro que Helen no iba a dejar pasar el tema con tanta facilidad.

—Sí lo es. Escucha, Helen... —decidió ser directa— No pretendía bailar con él. Ni siquiera pretendía hablar con él. Pero tampoco quería quedar como una grosera delante de tanta gente. —Oportunamente, se calló su visita a la azotea.

—Te vieron en la azotea con él.

«Vaya por Dios».

—Teníamos una conversación por terminar, sobre temas de trabajo —explicó. ¿Por qué se sentía como si la hubieran sorprendido haciendo algo malo?—. Helen, lo siento mucho, de verdad. Mi comportamiento fue frívolo, no tengo excusa. —Notó que se sonrojaba.

—Sí la tienes. —Sonrió—. William tiene ese efecto en las mujeres, incluso en ti —afirmó entre risas. Elizabeth la miró entre perpleja e indignada, pero no tenía argumentos para negar lo que decía—. Te lo dije: hace que te sientas especial. Contigo sabe que no va a funcionar lo que le funciona con otras mujeres, por eso te trata de otra forma. Pero al final caes a sus pies.

—¡Yo no he caído a sus pies! —repuso Elizabeth, ofendida.

—No critico tu comportamiento, Elizabeth. Al fin y al cabo, sois compañeros de trabajo. Solo que... —se miró las manos un momento— me imaginaba, tal como hablabas de él, que no tendría ningún interés en ti.

Elizabeth enrojeció hasta la raíz de los cabellos.

—No tiene ningún interés en mí. O bueno, lo tiene, ¡pero como lo tiene con todas! —exclamó mirando al cielo—. Además, William Foster es un caballero. No creo que se dedique a cortejar a jóvenes prometidas. ¿No lo crees así?

—Tienes razón —acordó Helen.

Durante unos agradables minutos, ambas departieron sobre la fiesta, ya más relajadas, hasta que fueron interrumpidas por el teléfono. Una de las criadas entró veloz para contestar, pero Helen llegó antes.

—Residencia Stanley. ¡Hola, William! —exclamó alegremente. Durante un rato, Helen asintió al teléfono mientras escuchaba, como si su interlocutor pudiera verla, y por fin dijo—: De acuerdo. Nos vemos esta tarde. Tengo muchas ganas de ver esa película... contigo.

Elizabeth le echó un vistazo rápido a la neoyorquina por encima de su café y pensó cuán diferentes eran Helen y ella. Pero bueno, ¿quién era ella para juzgar el comportamiento de otros? ¿Y por qué se sentía de alguna forma traicionada?

«No me incumbe. Helen tiene razón, él es un seductor».

—Perfecto. Dentro de una hora estaré preparada. —La joven Stanley casi pareció besar el teléfono y colgó, mirando a la doctora con expresión feliz—. Perdona, no te he dicho nada. ¿Te apetece venir a ver una película?

—¿Contigo y William Foster? ¡No! —exclamó.

—Está bien —repuso Helen sin insistir—. Creo que voy a aprovechar que mi tía está durmiendo para escaparme sin carabina. Mis padres son del siglo pasado y todavía no me dejan salir sola —murmuró la rubia en tono travieso.

—¡Helen! ¡No puedes hacer eso!

—¿Te parece mal? —La neoyorquina arqueó las cejas, como retándola a que le dijera que sí.

Elizabeth suspiró. No, ella no podía dar lecciones a nadie.

—No, no es que me parezca ni bien ni mal. Pero vas a disgustar a tu tía.

—Mi tía está acostumbrada a que de vez en cuando haga alguna travesura y no le importa. Ya sabe que los tiempos están cambiando, aunque mis padres se nieguen a verlo —dijo levantándose de la silla y alisándose el vestido—. Es lo mejor de venir a visitarla, eso y ver a William. —Le guiñó un ojo—. Me voy a poner bien guapa. Que descanses, Elizabeth —dijo antes de desaparecer por la puerta.

—Gracias. Que lo paséis bien —murmuró la doctora a su taza de café vacía.

—Buenos días —la saludó Penny cuando se disponía a entrar en su habitación del hospital.

—Buenos días. —Elizabeth se esforzó en sonreír.

—¿Te encuentras bien? No te veo buen aspecto —comentó la enfermera.

—No. Estoy bien, no te preocupes. Solo necesito otra gran taza de café.

—Entonces tus problemas tienen fácil solución —repuso la enfermera sonriendo—. Hasta luego.

—Hasta luego, Penny —murmuró Elizabeth. Entró en su habitación y se quitó el abrigo, se puso la bata y se abrochó hasta el último botón.

Nada había cambiado. No había hecho nada malo, y no estaba enfadada porque Foster y Helen hubieran estado juntos —y solos— toda una tarde tan solo horas después de que él la hubiera arrastrado a la pista de baile y, de forma inesperada, la hubiera hecho disfrutar. Salió de su habitación y cerró la puerta. Se estaba comportando como una cría, no entendía aquella desazón.

—Doctora Scott, buenos días.

La grave masculina voz retumbó en su cerebro. Se giró y miró hacia la

puerta del vestuario de médicos, de donde salía Foster.

—Doctor Foster, buenos días. —Se giró y comenzó a caminar a buen paso para evitar que la alcanzara. Contuvo el impulso de arremangarse la falda y echar a correr.

A él, con sus largas piernas, no le costó nada llegar hasta ella apretando un poco el paso.

—¿Ha tenido un buen fin de semana? —preguntó William cuando estuvo a su lado.

—Sí —repuso mirándose uno de los botones de la bata de forma distraída—. ¿Y usted?

—Ha sido... especial —murmuró él. Luego se detuvo frente a las escaleras que subían a una de las alas del edificio—. Tengo que pasar por el laboratorio antes de la sesión. Porque sabe que hay una sesión médica, ¿verdad?

—Sí, sí, lo sé. Gracias.

Él la miró en silencio un par de segundos más de lo apropiado. A Elizabeth le pareció ver un atisbo de la misma expresión que lució en el baile, un gesto que le producía una inquietud desconocida. Por fin, Foster abrió la boca.

—De nada —dijo muy serio, y se marchó sin decir nada más.

La joven se quedó mirando su ancha espalda desaparecer escaleras arriba. ¿Qué había querido decir con especial? ¿Se refería al baile o a su salida con Helen? Sacudió la cabeza y resopló, molesta consigo misma. «No pienses más en eso», se dijo mientras se dirigía al anfiteatro donde iban a dar la conferencia.

La siguiente tarde volvió a casa de la señora Stanley un poco más pronto de lo habitual. Había tenido una guardia horrible, no había podido evitar la muerte de un bebé con tétanos neonatal.

—Hola, querida —la saludó Margaret en cuanto entró en la pequeña sala de estar. Su gesto afable cambió a uno de alarma—. ¿Te encuentras bien?

—Solo son cosas del trabajo. A veces es... difícil —comentó reticente—. Si no le importa, creo que me tumbaré un rato.

—Por supuesto. Y, si quieres, después puedes llamar a tu novio. Ese joven parece un poco desorientado con tus horarios. —Sonrió.

—¿Ha llamado Paul?

—Hace media hora —confirmó Margaret.

—¿Puedo...?

—Por supuesto, querida. Me habría parecido raro que no me lo pidieras.

—Siento abusar de su hospitalidad —dijo mordiéndose el labio—. Las llamadas interestatales son caras.

—No seas tonta. Además, a mí me encanta verte feliz. —Al oír eso, Elizabeth se acercó a la viuda y le dio un beso afectuoso—. Vamos, ve al comedor. Allí estarás tranquila. Y habla todo lo que necesites.

—Gracias, Margaret —dijo, y se giró.

La voz de la viuda la detuvo.

—Elizabeth, ¿sabes cómo llamar a Paul?

La doctora se detuvo y volvió sobre sus pasos con gesto avergonzado.

—Ehh... no sé su número.

—Toma. —Le tendió una nota—. Está en casa de su padre.

—¿Charles tiene teléfono? ¡Vaya novedad! —exclamó, recordando lo mucho que desconfiaba el padre de Paul de «aquel aparato diabólico».

Elizabeth se sentó en la silla que había al lado de la mesita del teléfono. Tras hablar con la operadora, esperó emocionada y casi gritó al escuchar la voz de Paul.

—¡Lizzy, llevaba mucho sin saber de ti!

—Debería haberte escrito, pero no sabía cuándo te trasladarían a casa de tu padre.

—Ya llevo aquí unos días. En cuanto en el hospital base comprobaron que lo mío iba para largo me mandaron a que me cuidaran en casa.

—Eso es estupendo, Paul.

—¿Va todo bien? Te noto... cansada.

—Sí, lo estoy. Ayer tuve guardia y... —terminó explicándole todo a su mejor amigo—. ¿Soy una débil, Paul? A lo mejor no estoy hecha para este trabajo —preguntó cuando terminó de desahogarse.

—Lo estás, no lo dudes. En un trabajo como el tuyo tienes que encontrar el equilibrio entre la insensibilidad y que todo te afecte. Y creo que, incluso cuando lo encuentras, a veces la situación te sobrepasa. Ojalá te tuviera cerca para darte un abrazo —murmuró.

Elizabeth se sintió culpable por pensar solo en sí misma.

—Lo siento, Paul. Imagino que tú habrás pasado por momentos terribles, pero no sé si preguntarte...

Hubo una pausa, al final de la cual oyó un largo suspiro al otro lado de la línea; anheló estar con él, verlo cara a cara.

—Lizzy, he visto hombres con heridas terribles, y me he sentido egoísta

porque lo que más me horrorizaba no era verlos tan destrozados, sino la posibilidad de terminar como ellos. —Hubo otra pausa y ella esperó a que prosiguiera—. Pero es cierto que no quiero hablar de ello. Prefiero pensar que estoy aquí, a salvo, cerca de mis seres queridos. Cerca de ti.

La joven contuvo las lágrimas, cada vez más segura de que lo que sentía Paul no era solo amistad. No debería haberse dejado convencer para fingir un compromiso. ¿Cómo pudo pensar que era buena idea? Su anillo, ideado como una especie de «escudo protector», ahora era para él un hilo de esperanza al que agarrarse, por más que ella le hubiera dicho que no tenía interés en el matrimonio.

«Quiero dedicarme a mi profesión. No quiero un marido que me ponga trabas», le había dicho ella cuando aún estudiaba medicina. Recordó su mirada condescendiente mientras ella hablaba, como si él supiera más de la vida, algún secreto oculto para ella, y no quisiera revelárselo.

—¿Liz? ¿Estás ahí? —preguntó la voz preocupada de su amigo. Se dio cuenta de que estaba derramando lágrimas.

—Sí. Estoy aquí.

—¿Estás llorando?

—Maldita sea, Paul. ¿Cómo lo sabes? A veces me das miedo.

Para su alivio, él rio, y aquella risa se le contagió.

—Eres una malhablada. Escucha... No sé cómo voy a hacerlo, pero quiero ir a verte, aunque sea en silla de ruedas.

—Me encantaría, pero... sería demasiado engorroso para ti. Ven cuando puedas moverte con muletas. ¿Cómo te las apañas en casa de tu padre?

—Cuando mi padre está en casa me ayuda él y, cuando no, lo hace una mujer muy robusta que ha contratado. No tengo intimidad ni en el baño —se quejó—. Es realmente molesto ser tan dependiente. En cuanto tenga curado el brazo, cogeré unas muletas y nadie me detendrá. Siempre he querido conocer Chicago, la ciudad del viento. ¿Hace tanto como dicen?

—No lo sé, me paso la vida en el hospital, o en el «ele» —bromeó ella—. Cuando me dejen salir un poco te lo diré.

—Espero comprobarlo pronto por mí mismo.

—Y yo también, Paul. Yo también.

Cuando colgó el teléfono se sentía serena, Paul era capaz de lograr aquello incluso en la distancia. Todo lo contrario de Foster, cuya compañía más bien la inquietaba.

¿Y por qué se acordaba de él ahora? Negó con la cabeza y se dirigió hacia

su habitación, dispuesta a dormir una corta siesta antes de la cena. Pasó por la salita de la señora Stanley y la encontró leyendo una novela mientras escuchaba música en su gramófono. La viuda levantó la vista de las páginas y le sonrió.

—Ahora tienes mejor aspecto, cielo.

En aquel momento volvió a sonar el teléfono. El mayordomo contestó y le tendió el aparato.

—Señora Stanley, es la señora Foster. Pregunta por usted.

Elizabeth se quedó allí plantada mientras Margaret hablaba con Emma Foster. Cuando había decidido retirarse, la viuda colgó con una sonrisa.

—La señora Foster nos invita a cenar este viernes por la noche. Solo los Foster y nosotras. —Miró a Elizabeth frunciendo el ceño—. Es curioso, es la primera vez que lo hace. Dice que quiere aprovechar que Helen está aquí.

—Ah... Bien... —La doctora titubeó un momento hasta que recordó lo que quería hacer—. Me retiro a descansar un rato, Margaret.

«Por supuesto, hay que intentar emparejar a la rica heredera neoyorquina con el rico heredero de Chicago». El pensamiento amargó tanto que la sorprendió. Empezó a caminar hacia las escaleras cuando la detuvo la voz de la viuda.

—Elizabeth, la invitación de la señora Foster te incluye, le haría muy feliz que vinieras. Será una cena tranquila y terminará temprano —añadió—. ¿Aceptas?

«No. No quiero ir».

—Dígale que iré. —Suspiró mientras subía las escaleras lentamente.

Capítulo 6

—Doctor Stevens, ¿puedo hablar con usted un momento?

El médico levantó la mirada y la observó por encima de sus gafas. A Elizabeth nunca dejaba de sorprenderla lo gélidos que eran sus ojos.

—¿Qué desea? —preguntó molesto.

Durante aquellas semanas, la mayoría de la plantilla masculina del Cook se había acostumbrado a ella. Había mucho trabajo, y un par de manos más para sacarlo adelante no era algo que despreciar. Sin embargo, algunos médicos veteranos seguían juzgándola como algo contra natura, y Stevens era el más recalcitrante de todos, a pesar de pasar visita a diario junto a ella.

—Este sábado es mi primer día en la consulta de venéreas —explicó ella—. He visitado el despacho y no hay nada. Ni material, ni medicamentos... Nada.

—Es obvio que no hay nada. Dentro está todo lo que usted ha pedido. —Levantó la barbilla y los ojos le brillaron con malicia.

La joven parpadeó.

—No sabía que era yo quien tenía que solicitar el material —su voz sonó aguda.

—Obvio. —Se quitó las gafas y apoyó los antebrazos sobre la mesa—. Porque tampoco lo preguntó.

Elizabeth sintió arder su rostro. Cuando ella aceptó, él le explicó someramente en qué iba a consistir su tarea, no era nada que no hubiera hecho antes en la clínica del doctor Merrill en Filadelfia, y no había vuelto a pensar en ello. Había supuesto que de eso se encargarían otros.

—Tiene usted razón —admitió—. ¿Sería tan amable de decirme a quién he de solicitar el material?

Stevens se colocó las gafas y volvió a centrarse en su lectura. Ella esperó la respuesta durante lo que le parecieron minutos.

—Hable con la supervisora de las consultas, la enfermera Perkins. Ella se encarga de todo —dijo el hombre sin apartar la vista de la página.

—Gracias.

Se marchó veloz. Solo esperaba que la supervisora aceptara ayudarla. Jamás la había visto sonreír y era muy estricta con el personal a su cargo. La encontró en su despacho con la puerta entreabierta; llamó antes de asomar la cabeza con timidez.

—Señora Perkins, ¿puedo hablar un momento con usted?

—Adelante, doctora Scott —asintió la veterana enfermera.

La señora Perkins era una mujer con el pelo completamente blanco, toda una vida de entrega a su trabajo reflejada en cada una de las arrugas que surcaban su cara. El brillo inteligente de sus ojos grises compensaba la inexpresividad de su rostro. La joven se preguntó cómo podía tener tantas arrugas una cara tan impasible.

—Verá, señora Perkins, necesito material para la consulta de enfermedades venéreas.

—¿De qué consulta habla?

—La consulta de... —Elizabeth se fijó en las manos de la señora Perkins, reposaban sobre la mesa y a pesar de eso temblaban ligeramente. Cuando la miró a la cara, se dio cuenta de que la había molestado—. La... la consulta de enfermedades venéreas. Es u... una consulta nueva de la que me voy a hacer cargo los sábados. Por la mañana.

—No sabía nada.

—¿No sabía nada?

—No, pero eso no importa ahora. ¿Cuándo empieza?

—Este sábado. Es un proyecto del gobierno del condado, así que hay dotación económica... —dijo sin apenas voz.

—Eso es dentro de apenas tres días. No sé si podré preparar nada con tan poca antelación, por más que haya presupuesto. Con la guerra hay problemas para conseguir casi de todo, ya no compramos nada a Alemania. Debería haber sido previsora —su voz sonó seria.

—Lo siento. Fue un malentendido. Aquí tiene una lista. —Tímidamente le tendió un papel por encima de la mesa—. Si me pudiera ayudar...

La mujer se echó para atrás en su asiento con un movimiento muy lento. Su expresión debió apiadarla, porque esbozó un amago de sonrisa. Entonces a Elizabeth se le ocurrió que quizá no la veía gesticular más porque no podía. Temblores, expresión rígida... La enfermera sufría parálisis agitante, lo que últimamente se estaba llamando «mal de Parkinson».

—Voy a hacer lo que pueda —dijo al fin.

—¡Gracias! Muchas gracias —exclamó Elizabeth.

—¿Puedo darle un consejo, de mujer a mujer? —dijo la enfermera bajando el tono de voz.

—Por supuesto.

—No baje la guardia. Lo está haciendo muy bien. Pero no se confíe. —Le clavó la mirada y la joven asintió.

—Lo haré. Aprecio su consejo —contestó con alivio. La señora Perkins era una aliada—. ¿Puedo yo también... darle un consejo? —La mujer asintió—. ¿Le molesta mucho el temblor? —señaló las manos de la mujer.

—Un poco. Lo peor es al escribir. Hasta ahora solo era en reposo, pero empieza a molestarme al mover las manos —contestó con sencillez.

—La escopolamina controlaría eso. En dosis muy pequeñas, claro. Puedo hacerle una receta.

—Muchas gracias. —La mujer sonrió, esta vez un poco más ampliamente, aunque con esfuerzo—. Un matasanos me recetó marihuana y opio y ni lo probé. Podrá usted comprender que tomando eso no iba a estar en condiciones de trabajar. Además, me queda poco para retirarme y no quiero que nadie se dé cuenta de que estoy enferma.

—¿Nadie más lo sabe? —preguntó la doctora enarcando las cejas.

—Casi nadie mira a una mujer vieja, Lady Doc, y los pocos que lo hacen creen que esto es por la edad —dijo con calma—. A veces es bueno pasar desapercibida.

—Gracias de nuevo, señora Perkins.

A punto de cerrar la puerta escuchó la voz de la enfermera.

—Doctora, lo que no podré es darle una enfermera para este sábado, ni siquiera una estudiante.

Elizabeth asomó de nuevo por la puerta y forzó una sonrisa.

—Ya me espabilaré yo sola.

—Busque un estudiante de medicina. Hable con el doctor Coleman, es el tutor de los de último año.

—Buena idea. ¡Gracias!

En los bancos situados frente a la puerta del dispensario ya no quedaban pacientes, por lo que Elizabeth temió no encontrar ya allí al jefe de cirugía. Se asomó a la puerta, que estaba entreabierta, y vio al cirujano escribiendo con letra pulcra en el historial de un paciente. Golpeó con sus nudillos la madera y el hombre levantó la mirada.

—¿Puedo pasar?

—Adelante, doctora Scott. —Se levantó y le señaló la silla frente a su mesa—. Por favor, tome asiento. Dígame, ¿a qué se debe su presencia aquí?

—Es por la consulta de venéreas.

—¿Cómo? —La miró con gesto confuso.

—Usted tampoco la conoce —afirmó tras un suspiro.

—No sé de qué me habla, pero no sé todo lo que pasa en el hospital.

¿Tiene que ver con usted?

—Sí. El doctor Stevens me ordenó que me hiciera cargo de un proyecto del condado los sábados por la mañana. La oficina de servicios de salud le pidió que montara una consulta especializada en venéreas.

—¿Stevens le pidió a una residente que lleva semanas trabajando aquí que se hiciera cargo de un proyecto del condado? —preguntó con gesto especulativo. Elizabeth asintió—. Y usted aceptó. No sé si felicitarla por su valor o reprenderla por su exceso de confianza.

Elizabeth se tapó la cara con las manos por un momento.

—Dios mío. No sé qué he hecho.

—Doctora Scott. Perdóneme. No quería que dudara de sus capacidades. Jamás me ha parecido que usted no supiera lo que estaba haciendo. Pero debería tener cuidado al aceptar regalos de los griegos.

Ella hizo una mueca con los labios.

—Espero que esta consulta no sea mi caballo de Troya.

—No lo será. Y dígame, ¿en qué puedo ayudarla?

—He hablado con la señora Perkins, la supervisora de las consultas, y me ha prometido ayudarme. Por desgracia, quizá la consulta no esté preparada para empezar a tratar a los pacientes el primer día.

—Eso no es tan grave.

—Espero que no. Pero si lo está, voy a necesitar un ayudante. La señora Perkins me ha sugerido un estudiante de medicina.

Coleman se quedó pensativo y por fin asintió.

—Creo que tengo a la persona que necesita.

—Gracias, muchas gracias de verdad, doctor Coleman. —Se levantó—. Tengo que irme. Aún me queda trabajo por hacer.

—A mí también, pero no viene mal un descanso de vez en cuando. Buenas tardes, doctora. —Le sonrió y no la perdió de vista hasta que cerró la puerta de su despacho.

La joven se apoyó contra la suave madera cuando la hubo cerrado y suspiró. Ahora le tocaba comer algo rápido y continuar con su jornada laboral.

Cuando salió del Cook aquella noche, Elizabeth miró ante sí desolada. La tormenta de nieve arreciaba, y solo de pensar en la distancia que la separaba del «ele» le daban ganas de quedarse a dormir en su pequeña habitación. Se

envolvió más en su bufanda, dubitativa. La oscuridad de las calles y la poca gente que circulaba por ellas tampoco ayudaba a seguir adelante.

—Decidido. Me quedo —murmuró mientras daba media vuelta—. ¡Ah! —exclamó al chocar con una persona que salía. El hombre la sujetó por los hombros.

—¿Está bien?

—Sí, sí, estoy bien —repuso mirando la cara preocupada de William Foster.

—Vaya nohecita. ¿Se ha dejado algo ahí dentro? La espero. Tengo el automóvil aparcado cerca —señaló con un gesto de la cabeza hacia un lado—. La llevaré a casa de la señora Stanley, vivimos cerca.

—No es necesario, de veras. Voy a tardar un buen rato.

—Es muy tarde. ¿De verdad lo que tiene que hacer no puede esperar a mañana? —preguntó frunciendo el ceño.

Ella lo pensó un segundo y decidió que sus dudas eran absurdas.

—Sí, puede esperar. —Se caló el sombrero—. Vamos, doctor Foster.

—Si vamos a ir en el mismo coche tiene que llamarme William —pidió él en tono ligero. Ella lo miró arqueando una ceja y él se carcajeó—. Cuidado con esas miradas que las carga el diablo. Vamos, es por aquí —señaló con la mano extendida—. ¿Quiere sujetarse de mi brazo? Le será más fácil caminar —dijo mirando hacia sus botines.

—Gracias, pero puedo sola.

—No lo dudo. Pero a veces no viene mal un poco de apoyo. Y no creo que nadie la juzgue mal por aceptar ayuda de vez en cuando. —La miró con intención, que la joven captó a la perfección.

—Lo sé. Estoy aprendiendo —repuso con suavidad. Enlazó su brazo con el de él, sintiendo de repente desaparecer el frío de su cuerpo—. Vamos.

Marcharon en silencio a través del aire helado; los copos de nieve les rozaban la cara con una caricia húmeda y glacial. Elizabeth agradeció estar sujeta al firme brazo de Foster. La capa de nieve aún no era muy gruesa, pero sí lo suficiente como para que los pies se hundieran casi hasta los tobillos y se mojara la orilla de su falda, dificultando su marcha. En poco tiempo llegaron hasta el vehículo y la doctora soltó una imprecación.

—Le han... ¿atado las ruedas con cadenas? ¡Qué hijos de ...! —Lo miró—. Foster, tenemos que volver al hospital. Su coche no puede circular —dijo ella ignorando su expresión de sorpresa.

De pronto él estalló en risas. A la doctora le dieron ganas de abofetearlo.

—¿Está usted loco? ¿De qué se ríe?

—Las cadenas las he puesto yo a mediodía. Son para conducir por la nieve.

—Ah... —¿Cadenas? Jamás lo había visto.

—Vamos, su preciosa nariz va a convertirse en un cubito de hielo si no entra. —La acompañó al asiento del copiloto y, tras abrirle la puerta, la ayudó a acomodarse.

Ella estuvo a punto de decirle que no le gustaba que dijera cosas sobre su «preciosa nariz», pero se mordió la lengua. En el interior del automóvil hacía menos frío que fuera, por lo menos el viento y la nieve no entraban. Se apretó más el abrigo alrededor del cuerpo, y ni siquiera se quitó la bufanda ni el sombrero. Él se sentó en el asiento del conductor y se quitó el abrigo. Ella pudo captar con intensidad aquel agradable aroma a lavanda, y pensó que estar con él en un espacio tan pequeño era más íntimo aún que bailar. Empezaba a arrepentirse de haber aceptado su ofrecimiento, debía mantener las distancias y esa no era la mejor manera.

Él la miró un momento antes de poner las llaves en el contacto.

—¿Se siente incómoda? —preguntó sin rodeos.

—No. Es que nunca me he montado en un trasto de estos —mintió.

El motor arrancó con cierta dificultad y William soltó un gran suspiro.

—Menos mal. Temí que se hubiera congelado el motor. —La observó antes de mover el coche y sus ojos brillaron con diversión, como si hubiera detectado la mentira—. Está segura conmigo. Relájese. —El vehículo empezó a avanzar lentamente sobre la nieve y decidió hacerle caso.

—Lo hago —repuso, y se permitió cerrar los ojos unos instantes.

*

El vehículo circulaba sobre la blanca calzada a baja velocidad. William lo hacía por seguridad, pero también tenía un motivo oculto. Cuanto más tardase en llegar a casa de la señora Stanley, más tiempo podría estar con Elizabeth. La joven seguía con los párpados cerrados y, por un momento, pensó que estaba dormida. Aprovechó que tenía que parar en un cruce para volverse a mirarla.

Sus gafas estaban mojadas por la nieve, y la luz de las farolas de la calle reflejada en su piel pálida le daba cierto aire fantasmagórico. Como toque gracioso, tenía la punta de la nariz colorada. Tenía una boca pequeña y preciosa, de labios llenos. Parecía mentira que una boca tan femenina pudiera decir las palabras que le había escuchado momentos antes. Sonrió para sí. Le gustaba hasta diciendo palabrotas. Diablos, le gustaba más incluso por eso.

De repente ella abrió los ojos y lo sorprendió mirándola. Apartó la vista.

—¿Tiene frío? Lo siento, este coche no tiene calefacción.

—Por lo menos tiene techo y ventanas, doctor Foster. Gracias por llevarme. —Se quitó las gafas y las secó con un pañuelo que sacó del bolsillo de su abrigo.

—No podía hacer otra cosa. Pero recuerde que ahora ya no estamos en paz, me debe una.

La miró para que se diera cuenta de que bromeaba y no se pusiera a la defensiva, y vio que estaba sonriendo. Y sin las gafas de su tatarabuela puestas. Se quedó sin respiración.

«Dios me asista».

Se obligó a mirar al frente, aunque su primera reacción fuera quedársela mirando embobado. Aquella mujer le hacía sentir como si la tierra a sus pies ya no fuera firme.

—Apúntelo en la cuenta —repuso ella en tono despreocupado.

—Parece cansada. ¿Ha tenido un día duro? —Cambió de tema.

—Un poco más de lo habitual. Pero esta vez ha sido culpa mía.

Hizo una pausa y él no preguntó nada, esperando que continuara con su relato. Al ver que no lo hacía la miró y vio que había vuelto a cerrar los ojos.

—Sea lo que sea, espero que se haya solucionado.

—Eso está por ver —murmuró la joven. Entonces suspiró y se volvió en su asiento para mirarle.

William supo que iba a confiarse a él y sintió una inexplicable felicidad. Elizabeth fue hablando en tono contenido, explicándole los sucesos desde que entrara en el despacho de Stevens hasta que saliera del de Coleman.

—Así que mañana o pasado podría conseguir un asistente para la consulta. Espero que el doctor Coleman pueda convencer a algún estudiante —terminó, esperanzada.

William seguía mirando al frente con el ceño ligeramente fruncido, las manos agarrando con fuerza el volante.

—¿Usted también cree que he... he pecado por exceso de confianza al aceptar la responsabilidad de ese proyecto? Sea sincero, por favor.

Él tomó aire profundamente e intentó relajarse antes de hablar, o Elizabeth pensaría que estaba disgustado con ella en lugar de conteniendo las ganas de abrazarla.

—Sí y no. Su posición en el hospital es difícil. Si le hubiera dicho que no a Stevens, él habría tenido la excusa ideal para decir por ahí que usted tiene

miedo de asumir nuevos retos, que le dio una oportunidad excelente y que la rechazó... Comentarios de ese tipo o peores. Más aún porque, por lo que dice, la propuesta no venía solo de Stevens sino también de Brown. Al haber aceptado su ofrecimiento, él no puede decir nada malo hasta que usted no tropiece. —La observó y se dio cuenta de que había vuelto a ponerse las gafas. Sus ojos verdes, fijos en él, se veían casi negros en la penumbra del coche—. Así que creo que hizo bien en aceptar. Y... no pienso que lo de hoy haya sido culpa suya. Stevens debería haberle explicado todo lo que tenía que hacer cuando le dio el trabajo, y se lo calló a propósito. Vaya con mucho cuidado, por favor. Tiene suerte de tener aliados como la señora Perkins. Nadie tiene más poder en las consultas que ella, créame.

Se quedó pensativa y hubo un silencio de varios minutos mientras el coche avanzaba con lentitud a través de la nevada. Más pronto de lo que William había deseado, aparcaron ante la puerta principal de la residencia Stanley.

—Hemos llegado. Espere un momento, por favor —dijo él.

Salió a la intemperie para abrirle la puerta del automóvil. Le volvió a ofrecer su brazo para recorrer el corto trecho que los separaba de la entrada, y esta vez ella lo aceptó sin chistar. Una de las criadas abrió en cuanto llamaron a la puerta.

—¿Quiere usted pasar? A lo mejor desea saludar a la señora y a la señorita Stanley—preguntó la doctora con gesto dubitativo.

—No, gracias, prefiero marcharme antes de que empeore el tiempo —negó él de inmediato. Era lo último que quería en aquel momento, ver a Helen, y menos aún después de lo del domingo—. No vivo lejos de aquí. —Inclinó la cabeza a modo de saludo—. Hasta mañana, Elizabeth.

—Hasta mañana. Y gracias otra vez... William —murmuró ella desde el umbral. Sus mejillas se sonrojaron y desapareció en el interior de la vivienda.

Él parpadeó, sorprendido por el placer de oírla pronunciar su nombre, pero la puerta se había cerrado tras ella.

—De nada —dijo sin apenas voz.

Capítulo 7

El viernes por la tarde, William aparcó en el amplio garaje de la residencia de sus padres. Respiró hondo cerrando los párpados. ¿Qué diablos hacía allí? Tendría que haberle dicho que no a su madre, pero ella le había facilitado las cosas organizando aquella cena una noche que, de nuevo, su padre no estaba en casa. Parecía que, desde que estaban en guerra, William Foster sénior trabajaba más que nunca. Siempre había gente que salía ganando con ese tipo de cosas, se dijo con mal humor.

Lo cierto era que tenía ganas de volver a ver a Elizabeth fuera del trabajo, donde ella se transformaba. Iba a ser incómodo estar sentado a la misma mesa que Helen después de haber cometido el error de citarse con ella y, peor aún, haberla besado. Había sido un impulso, en la oscuridad del cine, del que se había arrepentido de inmediato. Su velada había sido un fracaso, cualquiera de los minutos pasados junto a Elizabeth lo había hecho sentirse más vivo que toda la tarde con Helen. Se inclinó hacia delante hasta que su frente tocó el volante. Sabía que no podía tener nada con la doctora, pero ¿por qué no disfrutar de su compañía? Caviló si ella se presentaría de la misma guisa que en el hospital y apostó a que vendría bien vestida y peinada, pero con las gafas puestas. De todos modos, ¿qué hacía allí sentado en medio de la fría noche, dándole vueltas a eso? Salió del coche y se dirigió hacia la puerta principal de la mansión de sus padres. La capa de nieve aún era espesa, pero permitía caminar sobre ella con cuidado. El mayordomo le abrió la puerta con una sonrisa cálida, lo conocía desde que era un recién nacido. Recogió su abrigo y el sombrero.

—Buenas noches, doctor Foster.

—Buenas noches, Anthony.

—La señora Foster está terminando de vestirse. Me ha dicho que, si lo desea, la espere en el salón principal. No tardará mucho.

—Gracias, Anthony.

William entró en la estancia y se fijó en el reloj. Faltaban quince minutos para que llegase el resto de los invitados. Esperaba que su madre se diera prisa, necesitaba hablar con ella antes.

—William, cariño. —La voz de Emma lo saludó con calidez desde el umbral del salón.

Se acercó y lo besó en una mejilla. Había madres que dejaban de hacerlo cuando sus hijos se hacían hombres, pero ese no era el caso de la suya, y él se alegraba. Le devolvió el beso con afecto.

—Mamá, estás preciosa.

Era verdad. Emma había cumplido ya los cincuenta, pero seguía siendo una mujer atractiva.

—Tú sí que estás guapo. Aunque desde que trabajas en el hospital siempre tienes cara de cansado, hijo mío. —Lo miró preocupada.

—Porque estoy cansado, mamá. Trabajo mucho y duermo poco, pero soy feliz con lo que hago —repuso sonriente, y ella le devolvió el gesto.

—Entonces me dejas más tranquila. —Se sentó en el sofá, palmeando a su lado y mirando ella también el reloj—. Ven. Has llegado pronto. Tenemos unos minutos para charlar.

—A eso he venido —admitió.

—¿Vienes a preguntarme por qué he organizado esta cena?

El médico abrió la boca y la volvió a cerrar. Desde luego, a su madre no le gustaba perder el tiempo.

—Sí, así es.

—Te lo diré cuando termine y nuestras invitadas hayan partido.

—¿Qué? No puedes hacerme eso —se indignó.

—Oh, claro que puedo. —Ella se rio al ver su cara y luego se puso seria—. Está bien, te lo explicaré. Esta es una cena normal entre amigos.

—Tú no eres amiga de la señora Stanley.

—Pero tú sí eres amigo de Helen.

—¿Has organizado esto por Helen? —frunció el ceño, descontento.

—Hijo, solo quiero conocer mejor a Helen Stanley y, además —levantó la mano para detenerlo antes de que la interrumpiera— la doctora Scott me parece adorable, y también me gustaría saber más de ella.

Aquel fue el turno de reírse para William.

—Elizabeth tiene muchas cosas buenas, pero no sé si «adorable» es un calificativo adecuado.

—Muchas cosas buenas. Entiendo. Y ¿cuál sería el calificativo para... Elizabeth, según tú?

—Prometida —enfaticó la palabra— sería el primero de ellos.

—¿Sabes algo de su novio?

—No. No tenemos tanta confianza. —Compuso un gesto de mal humor. No le apetecía hablar de eso.

—¿De dónde es la doctora?

—He oído que de un pueblo de Filadelfia. Mamá, déjalo.

—Es una pena, me parece una mujer muy interesante. ¿Ves? Esta cena nos hacía mucha falta. Servirá para darle la bienvenida a la encantadora Helen, saber más de la no adorable doctora Scott y enterarnos de cómo va la lucha por el voto femenino universal gracias a la señora Stanley. Ya tienes la respuesta a tu pregunta.

William abrió la boca para protestar, pero sonó el timbre de la puerta. Su corazón dio un vuelco.

—Preparémonos para recibir a nuestras invitadas. —Emma le sonrió.

Miró a su madre, dándose cuenta de que la conversación había terminado y que él había obtenido mucha menos información que ella. Aquella mujer haría un buen papel en el servicio de inteligencia.

En cuanto el mayordomo entró en la estancia para anunciar a las visitas él se puso de pie, notando el corazón acelerado. Cuando entraron las tres mujeres se quedó boquiabierto mirando a la doctora. Estaba preciosa, con un vestido de seda en tonos verdosos que dejaba sus brazos al descubierto y que se ceñía bajo su busto. Llevaba el cabello recogido detrás de la cabeza, pero no en su forma rígida habitual.

«No lleva las gafas».

—No me... quedaban bien con lo demás —dijo ella, turbada.

Entonces se dio cuenta de que había pensado en voz alta.

—Lo imagino. Le ruego me disculpe. Es que no estoy acostumbrado a verla sin ellas. —Sintió las miradas de las demás mujeres clavadas en ellos —. Señora Stanley, señorita Stanley, doctora Scott, es un placer volver a verlas.

Las tres correspondieron a su saludo y, tras un intercambio de frases corteses, pasaron al comedor.

—El otro día tampoco llevaba las gafas —le susurró su madre en un aparte, antes de sentarse.

—Mamá, no me ayudas —gruñó entre dientes.

*

Cuando entró en el comedor, Elizabeth hacía rato que se había arrepentido de estar allí. Se sentía fuera de lugar en medio de aquel grupo formado por cuatro miembros de la alta sociedad. Por eso había caído en la debilidad de arreglarse, aunque fuese con ropa prestada, quería estar lo más bonita posible. Que hubiera visto a Helen deslumbrante no tenía nada que ver

con haberse quitado las gafas en el último momento y haberlas dejado en el recibidor de la mansión.

No le gustaban las situaciones donde se sentía como pez fuera del agua, pero no eran algo nuevo para ella. Aunque de origen humilde, su madre no era ignorante de las normas de etiqueta, y su amistad con Charles, padre de Paul, un acomodado industrial de Haddonfield, había hecho el resto. El resultado era que Elizabeth sabía bailar y moverse en sociedad como cualquier señorita educada.

«Vamos, Elizabeth, tienes que centrarte en el ahora. Intenta disfrutar», se dijo al observar la elegante y bien dispuesta mesa. Estaban en un comedor secundario, lo suficientemente juntos como para hablar con comodidad. Se sentaron, Margaret y Helen por un lado, ella y William por el otro, y Emma presidiendo la pequeña reunión. Agradeció no tener al joven frente a ella, todavía sentía cierta inquietud cuando él la miraba, algo indefinible. Mientras les servían la cena, que empezó con unos canapés variados, la madre de William habló:

—Hoy no es uno de los «días sin carne», pero la cocinera ha decidido preparar sopa bullabesa, espero que no represente un problema. —Emma miró a sus invitadas, sonriente.

—Ninguno por mi parte, señora Foster —dijo Helen—. En mi familia también apoyamos la política de Hoover⁵. Pero a veces una se cansa del pan de la victoria, esa mezcla de cereales es un tanto desagradable. Donde esté el pan blanco...

—Ojalá estos pequeños esfuerzos ayuden a nuestros chicos —intervino Margaret—. Aunque he de reconocer que en mi casa no se siguen a rajatabla las recomendaciones de ahorro de energía. Estar todos los lunes sin calefacción afectaría a mi reuma.

—El hospital tampoco sigue esa recomendación, ¿no? —inquirió Helen mirando a William.

—No, por supuesto. Los hospitales están exentos.

—Como debe ser —afirmó Emma—. Hay que apoyar a nuestros hombres en todo lo que cada uno buenamente pueda. Ojalá esta interminable guerra finalice, puedan volver a casa pronto y no haya más desgracias como la del Tuscania.

El Tuscania era un barco cargado de tropas americanas con destino a Europa que había sido hundido por un submarino alemán el día anterior. Tras un momento de silencio, Emma miró a su hijo y continuó:

—Gracias a Dios, a William todavía no lo han llamado a filas, y esperemos que sigan así las cosas. No quiero pensar en lo que pasan las personas que tienen seres queridos en el ejército. ¿Usted tiene algún familiar en Europa, doctora Scott? —inquirió Emma.

Elizabeth se sorprendió al oír su nombre. Todavía no había intervenido en la conversación y en aquel momento estaba abstraída pensando en Paul, dando gracias porque él estaba a salvo. Tardó unos segundos en reaccionar.

—Lo siento, estaba despistada. Pensaba en lo del Tuscania.

—No hay nada que disculpar, querida. No quería despertarle pensamientos dolorosos.

Elizabeth se sintió obligada a sincerarse.

—No, en estos momentos no tengo a nadie en Europa. Mi prometido fue herido hace poco, nada muy grave, pero tardará en reponerse. En estos momentos se encuentra en su casa.

—Me alegra que no sea grave, doctora Scott. —La miró con simpatía mientras el resto de las invitadas hacía gestos de asentimiento.

—Gracias, señora Foster.

En aquel momento la sirvienta trajo el primer plato.

—Dicen que en Francia hay hospitales conducidos solo por cirujanas —intervino Margaret.

—Sí, lo sé —dijo la joven mirando a la viuda.

—Me pregunto si al terminar la guerra, esas mujeres seguirán pudiendo trabajar en lo suyo cuando vuelvan a sus países —planteó la neoyorquina.

—No hay vuelta atrás, Helen. Las cosas no serán como antes de la guerra —afirmó Elizabeth—. Han cambiado demasiado.

—Y dígame, doctora Scott, ¿por qué decidió estudiar medicina? —intervino Emma—. Tengo mucha curiosidad, si no le molesta contarlo. Estará de acuerdo en que no es una profesión muy corriente entre las mujeres.

—Es sencillo de explicar. Mi madre siempre quiso estudiar medicina, pero no pudo. Ella es comadrona y una especie de... —dudó un momento y decidió contarlo, no se avergonzaba— curandera local, y desde que tengo uso de razón he querido ser como ella, una sanadora. Ella siempre me ha alentado en mi vocación. Incluso me llamó Elizabeth por la primera mujer licenciada en medicina.

—Por supuesto, Elizabeth Blackwell —asintió Emma, interesada—. Permítame decirle que es admirable lo que usted hace.

Elizabeth sintió sus mejillas acaloradas y asintió con la cabeza a modo de

agradecimiento.

—¿Y usted, doctor Foster? —preguntó Elizabeth para desviar la atención de sí misma—. ¿Cómo llegó a interesarse en nuestra profesión? —Demasiado tarde recordó que, según se creía, Foster había estudiado medicina por contrariar a su padre.

—Leí la biografía de Pasteur y decidí que quería ser como él —repuso William con un brillo travieso en los ojos.

—Pasteur no era médico —comentó Emma en tono de cordial reproche.

—La verdad es que empecé a estudiar medicina por otros motivos —explicó él, fijando aquellos penetrantes iris azules en los suyos. Elizabeth se sintió como si no hubiera nadie más en la estancia—. A instancias de mi padre estudié el primer año de la carrera de derecho, solo para comprobar lo que ya pensaba antes de empezar: que era mortalmente aburrida. Entonces se me ocurrió que podía estudiar medicina, porque entre todas las opciones que tenía era la más... —hizo una pausa mirando hacia el cielo de forma teatral— distante al derecho.

—¿Estudió usted la carrera solo porque era lo más distante al derecho? —inquirió Elizabeth, y se sorprendió a sí misma por la profunda decepción que sentía.

—No, querida doctora. —Él negó con la cabeza y su rostro se iluminó con una ancha sonrisa—. Solo *empecé* medicina por ese motivo. Aunque lo de Pasteur tuvo algo que ver. —Hizo una mueca graciosa—. Pronto me enamoré de mi profesión —afirmó de manera apasionada.

La joven asintió, satisfecha.

—Disculpe mi pregunta.

—No pida disculpas. Verá, yo no nací con esta vocación —explicó—. A veces, uno se enamora de su carrera poco a poco, otras es un flechazo —comentó, soñador—. Lo mío fue una mezcla de ambas cosas. En primer curso, en el laboratorio, por primera vez utilicé un microscopio. Aquello fue como... como si se abriera un nuevo universo para mí. No sé explicarlo mejor, pero fue así. —La miró ladeando la cabeza, como esperando respuesta a una pregunta no formulada.

—Le comprendo. Yo sentí algo parecido la primera vez que miré por un microscopio, y creo que fue en aquel momento cuando decidí mi especialidad. Entonces tenía doce años —recordó Elizabeth—. Fue apasionante.

Él asintió con ojos brillantes.

—Así es. Si yo hubiera mirado por uno de esos aparatos a los doce años, creo que ni siquiera habría necesitado a Pasteur para iluminar mi camino. — Curvó los labios en una sonrisa sincera.

La doctora se lo quedó mirando y no pudo evitar corresponderle. Durante unos segundos hubo un silencio en la mesa del que no fueron conscientes. De repente, se dio cuenta de por qué siempre se sentía inquieta a su lado.

«Dios mío. Me siento atraída por William Foster. Es eso. ¿Cómo he podido estar tan ciega?».

Miró al frente y se acercó la copa de agua a los labios para alejarse de su mirada. Se sentía consternada, tanto por su descubrimiento como por ser el centro de atención.

—¿Y dígame, señorita Stanley, hasta cuándo tendremos el placer de su estancia en esta ciudad? —preguntó Emma rompiendo el silencio.

—Voy a quedarme una semana más. —La rubia miró a William sin disimulo—. Mis padres ya me echan de menos. Mi hermano se casó el año pasado, y desde entonces se comportan como si yo fuera hija única. No sé qué harán cuando sea yo la que abandone el hogar para casarme.

En aquel momento la criada entró en el comedor con el segundo plato.

—*Omelette soufflée a la vanille*—pronunció Emma en un perfecto francés—. La receta es del chef del restaurante Saint Francis.

—Será la primera vez que la pruebe, pero tiene un aroma exquisito —comentó Margaret—. ¿Me pasará usted la receta para mi cocinera?

Emma asintió. El resto de la velada hablaron de temas variados, como los últimos estrenos de cine o la escasez de personal de servicio debido a la existencia de una amplia oferta laboral, con empleos mejor pagados y con los domingos libres. Elizabeth no podía evitar sentir que estaban echando una cortina de humo sobre lo que acababa de pasar. Intervenía de vez en cuando en la conversación, pero incluso ella misma se notaba la voz tensa. Cuando por fin pudo escapar por la puerta junto a las Stanley, dio gracias en silencio porque en el automóvil Helen y Margaret conversaron sobre la decoración del hogar de los Foster y parecieron olvidarse de ella. Necesitaba meterse en la cama, no pensar en nada y descansar.

*

William estaba sentado en el sofá de la salita de fumar, perdido en sus pensamientos mientras, con pequeños movimientos de la muñeca, le daba vueltas al líquido ambarino de su copa de coñac. Había decidido pasar la noche en casa de sus padres, demasiado cansado como para conducir de

vuelta. Su madre llamó suavemente a la puerta, que estaba entreabierta.

—Pasa, mamá.

La grácil figura de Emma atravesó la estancia y tomó asiento al lado de su hijo.

—William, antes no te he dicho toda la verdad.

—¿Antes? ¿Cuándo? —Arrugó el ceño.

—Cuando te he dicho mis motivos para organizar la cena.

—No me digas. —Rio entre dientes.

—La noche del baile tuve una sensación, y ahora estoy casi segura. Por eso quería ver a la doctora Scott.

—¿Qué sensación? —inquirió William frunciendo el ceño. Su madre era una mujer muy intuitiva, pero no sabía si quería oír lo que iba a decir.

—Aquella noche me pareció que la doctora era una mujer libre, tanto que me sorprendí mucho cuando vi su anillo. Hoy estoy casi segura de que esa joven no está enamorada de su prometido.

William inspiró y exhaló con lentitud, apoyando la cabeza en el respaldo del sofá con gesto cansado.

—Suponiendo que tu intuición sea cierta no cambia las cosas. Sigue estando comprometida y sigue siendo una compañera de trabajo. —La miró y decidió sincerarse—. En el hospital no están permitidas las relaciones entre los médicos y enfermeras de la plantilla. No hace falta que te diga más, ¿verdad?

—Entonces, reconoces que estás interesado en ella —dijo con dulzura.

—Como si no lo supieras ya, mamá. Y creo que, desde esta noche, hasta Anthony y las Stanley lo saben. Con un poco de suerte, a lo mejor ella no se ha dado cuenta —bromeó negando con la cabeza. Le dio un sorbo a su copa, observado en silencio por su madre.

—A lo mejor la doctora estaba demasiado ocupada en darse cuenta de otras cosas —comentó Emma por fin.

—¿Qué cosas?

—No lo sé. No me hagas caso. Tu pobre madre se hace vieja.

—Tú no eres vieja, mamá. Y no entiendo lo que ha pasado aquí esta noche. —Arrugó el ceño y fijó la vista en su copa—. Trabajamos codo con codo. ¿Cómo crees que reaccionará ella mañana cuando me vea?

—Lo siento, hijo —dijo ella apenada—. Pero creo que es injusto que me culpes por eso.

Él forzó una sonrisa y la miró.

—Discúlpame, mamá. —Dejó la copa y le tomó las manos—. Tienes razón. Pero lo que quiero es que te des cuenta de la situación.

—Lo hago. Más de lo que piensas. Por eso organicé este encuentro, porque Elizabeth me gusta mucho. Y porque Helen no me gusta nada —se sinceró.

William abrió la boca para hablar, pero ella le apretó la mano y lo miró con los ojos brillantes.

—No sabes el miedo que tengo a que un día recibas el aviso para ingresar en el ejército. —Le temblaba la mandíbula—. Ese día está cada vez más cercano. No soporto verte solo y, aunque las circunstancias estén en contra, me gustaría que vosotros dos tuvierais una oportunidad.

—Mamá, no... —empezó él negando con la cabeza.

—Puede que lo que pienso no parezca correcto —lo interrumpió hablando sin pausa—. Pero a mi edad tengo clara una cosa: no puedes ir contra tu corazón.

William arqueó las cejas.

—¿Me estás aconsejando que no reprima lo que siento?

—No lo sé. No te aconsejo nada, hijo. Solo... te quería dar otra perspectiva.

Emma se quedó en silencio con el rostro serio.

—¿Por qué no te gusta Helen?

—Porque me recuerda demasiado a mí a su edad. —Sonrió con tristeza.

William tomó un buen sorbo de coñac después de oír eso.

—No te pareces a Helen.

—El tiempo me ha cambiado. Dame un sorbo de esto, creo que lo necesito. —Tomó la copa de él y bebió, pero de inmediato hizo una mueca—. Nunca me acostumbraré al alcohol fuerte. —Suspiró y lo miró sonriente—. Me di cuenta de cómo mirabas a la doctora el sábado, y me alegré. Había temido que hicieras avances hacia Helen.

—No se te escapa ni un detalle.

—Solo soy observadora. —Lo miró con afecto—. Prometo intentar no entrometerme más.

—Lo de «intentar» está bien. —Curvó los labios hacia arriba—. Sé que lo haces con buena intención.

—Todo lo hago por ti. Buenas noches, cariño. No trasnoches mucho, necesitas dormir. —Le besó en la mejilla y se la acarició antes de retirarse.

—Buenas noches, mamá.

Capítulo 8

Elizabeth se levantó muy temprano tras pasar la noche entre intervalos de sueño inquieto y vigilia. ¿Qué iba a hacer esa mañana si se encontraba con William? «Nada, tonta», se dijo a sí misma. Lo único que tenía que hacer era darle la justa importancia a lo que había pasado durante la cena, es decir, ninguna. Era normal que ella encontrara placer en conversar con un colega del trabajo, alguien que compartía su pasión por la medicina y por el laboratorio.

Y punto.

Bajó a desayunar tan temprano que aún no había nadie del servicio. Se dirigió a la cocina para prepararse un café y tomar un bizcocho especial de los que preparaba la cocinera de Margaret. La mezcla de harinas era tan baja en trigo que el propio Hoover habría comido de aquel dulce sin sentimiento de culpa, y aun así estaba delicioso. Tras un desayuno rápido, se anudó la bufanda y se enfundó el abrigo y el sombrero, aventurándose en la helada madrugada de Chicago con más ánimos de los que tenía al levantarse.

La consulta de enfermedades venéreas estaba dotada con todo el material que ella había solicitado a la señora Perkins. Agradeció en silencio a la veterana enfermera y se prometió hacerlo en persona en cuanto tuviera la oportunidad. Ahora solo le faltaba su ayudante. Coleman le había prometido uno.

Unos golpecitos en la puerta la alertaron.

—Adelante.

Una chica de más o menos su edad abrió la puerta con timidez. Era una joven agraciada, un poco más baja que ella y de formas más rotundas, con el cabello castaño claro y los ojos color azul oscuro.

—Buenos días, doctora Scott. ¿Puedo pasar? —dijo en voz baja.

—Buenos días. ¿Por fin me han encontrado una enfermera? —preguntó con los ojos muy abiertos. No se podía creer la eficiencia de la señora Perkins.

—No, no soy la enfermera —negó la chica—. Discúlpeme, no me he presentado. Soy Julia Greenfield, la estudiante de medicina. Estoy en último curso.

La boca de Elizabeth se abrió. La cerró en cuanto se dio cuenta, demasiado

tarde, porque Julia tenía las mejillas muy coloradas. De inmediato, se acercó a ella y le tendió la mano, notando que ella misma se sofocaba. No había esperado a una mujer y de repente se sentía como toda esa gente que la miraba como a un bicho raro.

—Lo siento, señorita Greenfield. Creí... Creí que usted sería un hombre. Solo ha sido la sorpresa. Pero estoy encantada de tenerla aquí.

—Me alegra que esté contenta —exhaló la joven, aliviada—. Será un placer trabajar con usted.

—Lo mismo digo, señorita Greenfield. ¿Me permite un momento? Tengo que salir a buscar la lista de pacientes.

Una vez fuera de la consulta, Elizabeth se dirigió al despacho vacío más cercano y se encerró dentro. Necesitaba unos minutos para recuperar su tranquilidad. Por una parte, estaba encantada de tener una ayudante de su propio sexo, y por otra dudaba si Coleman habría acertado en su elección. ¿Cómo iba a funcionar bien la consulta? Los hombres entrarían y se encontrarían con dos mujeres jóvenes a las que tendrían que mostrarles sus vergüenzas, nunca mejor dicho. Negó con la cabeza, enfadada consigo misma por poner el éxito de su consulta sobre sus valores. Cuando se sintió más calmada salió de aquel despacho y se dirigió al suyo.

—¿Tenemos muchos pacientes? —preguntó Julia al verla entrar sin la lista.

—No hay nadie anotado. Yo... confío en que habrá corrido la voz e irán apareciendo.

—Ah... —La estudiante parecía decepcionada.

Elizabeth se negó a desmoralizarse, incluso cuando salió por tercera vez a la sala de espera y no vio a ningún paciente. Entró de nuevo y, junto a la futura doctora Greenfield, se dedicó a repasar la teoría sobre enfermedades venéreas. Con el paso de la mañana iban decayendo los ánimos. Estaba a punto de mandar a la estudiante a su casa cuando llamaron a la puerta. Las dos mujeres se miraron y la doctora se levantó para abrir. Ante su sorpresa, el señor Jordan, el marinero que había superado la fiebre tifoidea y al que había aconsejado vacunarse, estaba frente a ella luciendo una sonrisa. Elizabeth se sorprendió de lo enorme que era, siempre lo había visto acostado o sentado en la cama. Tenía un aspecto amedrentador, pero su alegría al verla se le contagió.

—Señor Jordan —le dijo devolviéndole la sonrisa—. ¿Ha venido a hacerse una visita rutinaria?

—Yo solo vengo al hospital si estoy muy jodi... —carraspeó—, muy malo,

Lady Doc, jamás por rutina. —Amplió la sonrisa al pronunciar su apodo, mostrando algunos huecos en su dentadura—. Pero en este caso he hecho una excepción. He venido a que me pinchen la vacuna esa que me recomendó.

—Me alegra mucho que por fin se haya decidido. ¿Quiere que le indique dónde es?

—No es necesario, Doc. Ya me la han puesto. —Se frotó el brazo izquierdo de arriba abajo—. Apenas me he enterado. La enfermera que me ha pinchado tendría que ponerse a tatuar en el puerto. Seguro que le iba a ir muy bien.

La doctora rio entre dientes.

—Si usted lo dice... Ya le pasaré a esa enfermera su consejo.

—Se llama Penny. Le he preguntado dónde estaba usted y me ha indicado el camino. Quería darle las gracias y despedirme. Zarpo para un viaje muy largo dentro de pocos días.

—Gracias por venir. Y me alegra muchísimo verle con tanta energía.

—Bueno, gracias a usted. —Inclinó cortésmente la cabeza al mirar al interior de la consulta y ver a la estudiante, y centró su atención de nuevo en Elizabeth—. Creí que no lo contaba, pero aquí me ayudaron mucho, sobre todo usted. —Miró a uno y otro lado y bajó el tono de voz, poniendo cara de confidencias—. Doc, no tiene nada de clientela.

—Lo sé. Y esta consulta es importante para mí —repuso ella, abatida—. Se supone que tenemos que atender enfermos con problemas venéreos, pero ya ve —se sinceró.

—Pues no me extraña, en los muelles nadie sabe nada de esto.

La doctora frunció el ceño.

—¿Qué quiere decir?

—Que si se hubiera corrido la voz yo sabría algo de esta consulta. Este es un hospital público, ¿no? Tengo unos cuantos amigos con... —carraspeó de nuevo— problemillas. De la zona sur, ya sabe. Muchos no van a los médicos por no pasar la vergüenza de que los juzguen, o por miedo a que los trate un matasanos, pero estoy seguro de que confiarían en usted.

—¿Aunque sea una mujer? —preguntó ella, dubitativa.

—Doc, ¿no ha oído lo que le acabo de decir? Usted tiene lo que importa. Es verdad que a uno se le hace raro que su médico sea una mujer—se encogió de hombros—, pero enseguida se acostumbra en cuanto ve que usted sabe lo que hace. Aunque sea guapa —remató con toda su sinceridad.

La doctora tuvo un extraño cruce de emociones entre las cuales predominó

el agradecimiento. Se despidieron cordialmente mientras Jordan murmuraba algo sobre echarle una mano, y Elizabeth se dirigió a la mesa para seguir repasando conceptos. Aquella visita había aliviado su lúgubre ánimo. No supo cuánto tiempo había pasado, pues estaba decidida a no marcharse de ese dispensario hasta la hora del almuerzo, cuando volvieron a sonar unos golpecitos en la puerta.

Esta vez quien abrió fue la estudiante. Soltó una exclamación de sorpresa.

—¿Qué sucede? —Elizabeth se levantó y fue a echarle un vistazo a la sala de espera. Había media docena de lo que parecía un grupo de curtidos marineros, todos con la gorra en la mano, sentados en las sillas.

La doctora reaccionó enseguida, aunque la estudiante continuaba boquiabierta.

—Buenos días. Soy la doctora Scott. Voy a anotarles en esta lista y les atenderé por orden de llegada. Por favor, ¿el primero es...?

—John Smith, señora. Quiero decir, doctora. Lo que sea. —El que había hablado se levantó para alzar la mano y de inmediato volvió a sentarse.

—Muy bien, señor Smith. Usted será el primero. —Le dedicó una breve sonrisa—. ¿El siguiente?

Otro hombre, de mediana edad, cabeza rapada y cuerpo ancho se levantó.

—John Smith, señora doctora.

—Ah. Bien, usted será... John Smith Segundo. Les garantizo que todo esto es confidencial, pero sobre todo quiero que se sientan tranquilos. Será por números... ¿Quién será John Smith Tercero? —preguntó con la vista centrada en la lista que estaba confeccionando.

Se oyeron algunas risitas nerviosas. Todavía llegaron unos pocos pacientes más a lo largo de la mañana, que esperaron mientras ella atendía uno por uno a aquellos hombres. Algunos solo temían haber contraído una enfermedad venérea y la doctora les realizó pruebas para detectar sífilis y gonorrea. Sin embargo, otros estaban bastante peor.

—Señor Smith, tengo que hacerle unos análisis —empezó a decir cuando su paciente se hubo vestido y sentado frente a ella.

—Puede llamarme Harris. Y no me asuste con ese tono, Doc —pidió el hombretón con aprensión.

—¿Qué tono?

—Esa voz. Me asusta más cuando los doctores te hablan con ese cuidado que cuando te sueltan todo sin anestesia. Ese tono da mucho miedo.

Ella frunció el ceño y asintió.

—Creo que tiene sífilis secundaria. Haga memoria, le salió una úlcera en los genitales hace unos pocos meses, ¿no es así?

—¿Dónde ha dicho?

—En los genitales. En... el pene.

Él siguió con gesto de incompreensión y ella suspiró con resignación.

—En la polla, señor Harris.

Entonces su rostro se iluminó con reconocimiento.

—Ah, sí. Y no debería pronunciar esas palabras, señorita —bromeó, aunque se le notaba asustado.

—Es lo que se llama sífilis primaria. Como la úlcera no duele y se cura sola, muchas personas no se preocupan más. —El señor Harris asintió—. En realidad, la enfermedad sigue avanzando por dentro del cuerpo. Entonces sale ese sarpullido que tiene usted. La buena noticia es que aún podemos detenerla.

—¿Cómo? —preguntó con un hilo de voz.

—Con el Salvarsán.

—¿Esa medicina que te llena la boca de llagas que duelen un horror?

—No, esa es mercurio, calomel. Ahora lo usamos poco. Se usa más el Salvarsán, aunque también tiene sus riesgos.

—¿Entonces es esa otra que te deja el cerebro frito?

Elizabeth apostaría a que su asustado paciente estaba mejor informado de los efectos secundarios del tratamiento que de la propia enfermedad.

—La hemorragia cerebral es muy rara, señor Harris. Más aún si respetamos el intervalo entre cada dosis.

—¿Hace falta más de una? —preguntó horrorizado, mirando a ambas mujeres. Agarraba su gorra, tenso como si estuviera a punto de saltar de la silla y salir corriendo.

—La mayoría de las veces, sí. Depende de cada persona. La primera vez es mejor ingresarlo en el hospital para tenerlo en observación. Es verdad que el tratamiento tiene riesgos —le dijo con voz serena—pero también que muchos enfermos se encuentran mejor rápidamente. Piénselo, no hay prisa. Cuando esté seguro, venga a verme.

Los tiempos estaban cambiando y el paciente tenía que participar en las decisiones que le atañían. Sabía que en el ejército se estaba obligando a los soldados a tratarse, pero aquello era otro tema. El silencio envolvió el dispensario durante largos segundos, hasta que por fin el señor Harris asintió.

—No necesito pensarlo, doctora. Me ha convencido.

*

William se sentó en una silla frente al doctor Parker. Miró el asiento que solía ocupar Elizabeth durante las reuniones de los sábados y se preocupó al verlo vacío, ella era muy puntual. Ojalá pudiera decirle que no tenía nada que temer de él. No iba a cortejar a una mujer prometida, y tampoco complicarle la vida laboral. Se abrió la puerta y Elizabeth entró con pasos rápidos y gesto nervioso. Todos los hombres se pusieron en pie.

—Siento haber llegado tarde —murmuró inclinando la cabeza a modo de saludo. William sintió que evitaba su mirada, o quizá se lo pareció. La joven se sentó y todos la imitaron.

—Aún no habíamos empezado —la tranquilizó Parker—. ¿Cómo ha ido su primer día?

—Bien —repuso esbozando una sonrisa.

—¿Cuántos pacientes ha atendido?

—Diez. He tomado varias muestras para tinción de Gram, cultivos y biopsias. Quizá tendremos que ingresar a algunos de los enfermos.

—Hablaré con el doctor Brown sobre el presupuesto que ofrece el condado para su consulta —afirmó su jefe—. Usted ha tenido diez pacientes más de los que alguno esperaba y me alegro mucho, pero va a necesitar ayuda.

—No quiero cargar con más trabajo al laboratorio, yo misma puedo encargarme de realizar las pruebas.

—Ya hablaremos de eso el lunes. Cambiando de tema —dijo mirando al resto de asistentes—, se me ha informado de que el señor Lloyd, uno de nuestros auxiliares, ha sido llamado a filas. Afortunadamente ya tenemos sustituta.

—¿Sustituta? —inquirió Lewis.

—Sí, la nueva auxiliar, la señorita Blackwood, ha estado trabajando hasta ahora como secretaria de dirección en Marshall Field's⁶. Está encantada de venir al Cook y ejercer su verdadera vocación.

Otro ejemplo de cómo el mercado laboral femenino se veía beneficiado por la guerra, pensó William. Además, la mayoría de las mujeres eran contratadas por un sueldo inferior, así que no eran las únicas beneficiadas con el cambio.

—Es angustioso que los hospitales se estén vaciando —comentó Lewis—. El ejército está consumiendo todos los recursos del país.

—Tenga cuidado con esos comentarios, doctor Lewis —advirtió Parker en tono seco—. Al igual que usted, doctora Scott. Independientemente de que tengan razón, o no, no deberían criticar las decisiones de los mandos

militares. Se está encarcelando a gente por comentarios antipatrióticos, y no puedo permitirme prescindir de más personal.

Todos asintieron, y la reunión progresó a términos más científicos.

*

Elizabeth llegó a casa de la viuda más tarde de lo que solía los sábados. Sumida en sus pensamientos, no se dio cuenta de que Helen estaba a los pies de la escalera. Cuando sus miradas se cruzaron se sintió inquieta, no parecía la joven risueña que ella conocía.

—Buenas noches, Elizabeth.

—Buenas noches, Helen. —Saludó con la cabeza.

—Pareces agotada. ¿Bajarás a cenar?

—Creo que no. Pediré que me traigan algo a la habitación y me acostaré pronto. —Pasó por su lado para subir en dirección a su dormitorio. Se sobresaltó cuando se dio cuenta de que la neoyorquina la había seguido.

—Siento molestarte ahora que estás tan cansada, pero... ¿puedo hablar contigo?

—Por supuesto, Helen —asintió con cierta alarma. Se repitió que no había hecho nada malo.

—Solo serán unos minutos. Con tu permiso, tomaré asiento —dijo Helen entrando con ella. Se acomodó en una de las sillas de la habitación mientras la doctora se sentaba enfrente—. Quería hablarte sobre William. —Elizabeth suspiró e hizo un gesto para que prosiguiera—. Como viste anoche, es encantador. Ya te había dicho que sabe hacer que cada mujer se sienta especial, y una vez más lo ha demostrado. —Miró con fijeza el anillo de compromiso de Elizabeth, quien se sintió incómoda. Lo tapó con la otra mano, con la sensación de que la mirada de Helen lo ensuciaba—. Como la tarde que me besó.

Sintió como si la hubieran abofeteado. Los ojos azules de Helen la observaban con atención.

—No... No lo sabía —dijo, confusa con sus propias emociones—. Bueno, es normal que no lo sepa, eso es cosa vuestra.

—Por supuesto que es cosa nuestra. —Helen soltó una risita—. Si mi tía se enterase de eso, me mandaría de inmediato con mis padres. Fue maravilloso... —comentó, rozándose los labios con las yemas de los dedos, como si aún sintiera la boca de él sobre la suya.

A Elizabeth le resultó un pensamiento muy desagradable y luchó por sacar esa imagen de su mente.

—Helen, ¿por qué me cuentas todo esto? —espetó.

Helen enarcó las cejas y apoyó las manos sobre su regazo.

—Porque te quería hacer una confidencia. Creía que éramos amigas.

Elizabeth no sentía que fueran amigas y estaba segura de que Helen tampoco; a pesar de sus esfuerzos por fingir, percibía en sus ojos su desprecio. Se levantó, ella no sabía fingir tan bien como las señoritas de clase alta.

—Bien, ya me lo has explicado. Lo que no entiendo es por qué has esperado hasta este momento.

Helen se incorporó con parsimonia mientras estudiaba su rostro. Ambas estaban la una frente a la otra, la neoyorquina era más baja y menuda que Elizabeth, pero cuadró los hombros y de repente pareció crecer.

—Te lo he contado porque quiero a William como marido y he pensado que debías saberlo. Yo soy la esposa ideal para él. Mi padre podrá conseguirle la dirección de algún hospital de Nueva York. Sé que es encantador, pero lo conozco bien y no es buena idea malinterpretar sus gestos de interés. Te hará tomar las cosas por lo que no son —afirmó como si le diera un amistoso consejo.

La doctora tomó aire y exhaló con lentitud.

—Con todos mis respetos, señorita Stanley, esta conversación se ha terminado. —Se acercó a la puerta y la abrió mirando a la rubia—. El tema de William me aburre. Espero que os vaya muy bien.

—Siento haberte molestado, Elizabeth —murmuró Helen, contrita. Se levantó y pasó por su lado—. Buenas noches.

—Buenas noches —respondió. Cerró la puerta y se apoyó contra ella apretando los párpados.

Capítulo 9

Aún estaba amaneciendo y el cristal del vagón reflejaba el interior del tren, pero ella solo veía a William besando a Helen. ¿Habría sido un beso inocente, apenas un roce de labios, o uno como el que Paul le había dado antes de irse al ejército? Alguna vez se habían besado a modo de experimento, pero jamás la había besado como aquella vez: la había abrazado con fuerza, apretado contra su cuerpo e introducido su lengua dentro de su boca, acariciándola con ella. A ella le había parecido de lo más extraño. La había dejado jadeante y sorprendida, pero no le había resultado ni placentero ni desagradable. Tampoco tenía ganas de repetir la experiencia. ¿Por qué la hacía sentir tan miserable imaginarse a aquellos dos haciendo lo mismo?

No podía engañarse más. William le gustaba y, de alguna forma, había creído que ella le gustaba a él. Había besado a Helen la tarde siguiente al baile y luego la había ignorado en casa de su madre. Estaba claro que era un donjuán a quien no le importaba jugar con los sentimientos de las mujeres.

El aire se movió a su alrededor y notó que un hombre se sentaba a su lado. Lo miró con aprensión, al ser domingo por la mañana el vagón iba medio vacío y no era correcto sentarse al lado de una señorita que viajaba sola. Además, aquel hombre apestaba a alcohol, entre otras cosas. Elizabeth juntó más sus brazos contra su cuerpo para evitar cualquier contacto con él. Solo quedaban unos minutos para llegar a su destino.

—¿Qué hace una belleza como tú sola en el tren un domingo por la mañana?

La joven miró hacia la ventana, ignorando el comentario y huyendo del aliento de aquel hombre. Comprobó con alivio que ya estaba llegando a su parada y se incorporó. El borracho extendió la mano y le atrapó una muñeca, aferrándosela con tanta fuerza que le hizo daño.

—Déjeme en paz —dijo alarmada, y sacudió el brazo para intentar liberarlo.

—Vamos, nena. Seguro que tu cuerpo tiene ganas de un poco de compañía.

Elizabeth sintió que se abochornaba. Dos hombres se levantaron de sus asientos.

—Amigo, duerma la borrachera y deje de molestar a la señorita —dijo uno de ellos en tono amenazante.

El borracho pareció dudar, pero al ver que se acercaban la soltó y se levantó de su asiento para cambiar de vagón.

—Gracias —murmuró ella con voz temblorosa. Los dos hombres se tocaron las gorras a modo de respuesta, se sentaron de nuevo y continuaron su conversación.

Respiró con ansia el helado aire de la mañana intentando que se le pasara el malestar, se había sentido muy vulnerable. Ya en el trabajo, olvidó al molesto borracho y se centró en su tarea.

—Doctora, hay alguien que pregunta por usted —dijo la enfermera de turno.

—¿Tiene tiempo la doctora Scott para tomar un café con una vieja amiga? —sonó una voz jovial tras la enfermera.

—¡Lillian!

—Espero que mi visita no sea inoportuna. Veo que tienes bastante trabajo —comentó la mujer mirando la atestada sala de urgencias.

Elizabeth miró a la enfermera con gesto dudoso.

—Lo cierto es que nuestra doctora de guardia aún no se ha tomado un respiro desde la comida y ya debería haber cenado —acusó la veterana enfermera con el ceño fruncido—. No veo ningún paciente que no pueda esperar unos minutos —remató, observando a su alrededor.

—Entonces vamos, querida. Gracias, enfermera —dijo Lillian agarrando a Elizabeth de un codo y tirando de ella de forma tan amable como firme.

—Si me necesita alguien estaré en...

—Sabemos dónde estará, doctora —cortó la enfermera cruzándose de brazos.

A Lillian se le escapó una risita entre dientes y Elizabeth suspiró, dejándose arrastrar por la veterana doctora hasta el vacío comedor de personal.

—Veo que no has cambiado. Para cuidar debes saber cuidarte, te lo he repetido muchas veces —la regañó su mentora.

Lillian era una mujer alta, con el cabello castaño veteado de abundantes canas y los ojos marrones y vivaces. Con más de cincuenta años, poseía una envidiable energía. Había sido una de sus profesoras en la Facultad, y desde la mitad de su carrera la había estado animando y ayudando para conseguir lo que ansiaba ser. Lillian era de familia pudiente, pero había estudiado por sus propios medios al conseguir la prestigiosa beca Vassar. Aún había parte de su familia que no hablaba de ella, avergonzados de tener a una doctora entre sus

miembros.

—De acuerdo —asintió Elizabeth mientras daba buena cuenta de su plato de estofado—. ¿Cuándo has llegado? ¿La señora Stanley sabía que venías y yo no?

—He llegado esta tarde. Están habiendo muchos problemas con las huelgas de ferrocarril y no estaba segura de cuándo podría venir, por eso no te dije nada, no quería preocuparte. —Sonrió cogiéndole una mano con afecto—. Me alojo en casa de Margaret, así que tendremos tiempo de hablar.

—Cuéntame cosas de la Facultad mientras ceno.

Lillian la complació.

—¿Cómo te va por aquí? —inquirió al terminar su relato—. Margaret me ha explicado que al principio no te lo pusieron nada fácil.

Elizabeth bebió agua para no sostener la mirada inquisitorial de su mentora. Se sentía como si de nuevo estuviera en primero de carrera.

—No se ha arreglado del todo, pero estoy mucho mejor que al principio. En breve nadie se dará cuenta de que tengo pechos —dijo con sorna.

La veterana doctora rio entre dientes.

—Está bien, cielo —dijo palmeándole la mano—. ¿Parker te apoya?

—Sí, desde el primer momento en que entré por la puerta del laboratorio me trata como a uno más.

—Perfecto. ¿Y tus compañeros, algún aliado?

Sintió que se sonrojaba.

—Alguno hay —repuso, reticente. No quería hablarle de William, ella leería más de lo que quería decirle, y le daría demasiada importancia. Miró su plato vacío—. No quiero que parezca que te echo, pero creo que ya he descansado demasiado.

Lillian la escrutó unos segundos y al final asintió con la cabeza.

—Me alegra mucho haberte visto, Elizabeth. Espero que puedas descansar un poco más. Hasta mañana. —Tras un breve abrazo, ambas mujeres se despidieron y Elizabeth volvió al trabajo.

Al día siguiente, lunes, Parker la llamó a su despacho.

—Buenas tardes, siéntese, doctora —dijo mientras intentaba encajar un grueso volumen en su biblioteca—. ¿Por qué son fáciles de sacar, pero luego no puedes meterlos? —gruñó mientras, resoplando, se ponía de puntillas para poder llegar al último estante. Al final exhaló un bufido de derrota—. De

momento lo dejaré sobre la mesa —murmuró depositando el libro sobre un montón de ellos.

Elizabeth echó un vistazo a su alrededor y constató una vez más que, aunque Parker era muy meticuloso y exigente con el orden y la limpieza de su laboratorio, era un auténtico desastre en su despacho.

—Quiero que me detalle las pruebas que realizó en su consulta del sábado —dijo su jefe.

—Recogí cinco frotis genitales, que sembré el mismo día. También tomé cinco muestras de sangre para hacer la prueba de Wasserman, además de un par de biopsias. Puedo encargarme yo misma de todo ello, de momento.

—Necesitará ayuda —afirmó Parker—. Cuando se corra la voz, tendrá más trabajo del que podrá hacer usted sola.

—No es... —la interrumpieron unos golpes en la puerta.

—Adelante —dijo el doctor Parker.

La alta figura de William Foster hizo su entrada en el reducido y desordenado despacho haciéndolo parecer aún más pequeño, y saludó con la cabeza. Elizabeth tuvo un mal presentimiento.

—Necesitará ayuda —repitió su jefe en un tono definitivo, agitando la mano en el aire—. El doctor Foster colaborará con usted, que estará al mando del equipo. Les sugiero que dejen todas las pruebas para el final del día, cuando hayan terminado su trabajo de rutina.

Elizabeth parpadeó con la boca abierta, sin reaccionar. ¿Por qué las cosas tenían que ser tan complicadas? Por fin, miró al joven, quien parecía tan sorprendido como ella.

—Por supuesto, doctor Parker —repuso él con calma.

La joven salió del despacho de su jefe, seguida de cerca por William, quien se dirigió a su lugar de trabajo. No estaba segura de si Parker había hecho eso para ayudarla o para fastidiar a William, sospechaba que ambas cosas, pero eso no importaba. ¿Dónde dejaba eso su deseo de mantenerse apartada de él? Las horas pasaron inexorables, había terminado su trabajo y todavía tenía que observar los cultivos que había sembrado el sábado. Se levantó del taburete y se encaminó hacia las incubadoras.

—¿Quiere que me encargue yo de eso? —La voz de William sonó a su espalda.

—Sí, por favor—repuso mirándolo un instante. Lo sentía demasiado cerca. No es que él se acercara más de lo que la decencia permitía, pero siempre lo sentía así—. Yo voy a hacer las pruebas de Wasserman. Las biopsias

podemos dejarlas para mañana. Hasta el sábado no necesito los resultados — explicó mientras se dirigía hacia la nevera donde guardaba el suero de los pacientes.

—De acuerdo —repuso él, manos a la obra.

Elizabeth tuvo que admitir que la elección de William, independientemente de las intenciones de Parker, había sido buena. Finalizó el trabajo y se levantó de su taburete, contenta de poder irse a casa. Le echó un vistazo a William. Ambos tenían que recoger sus prendas de abrigo, que él tenía en el vestuario masculino y ella en su habitación privada. Y ambas dependencias estaban en la misma dirección.

—Hasta mañana, William —dijo ella saliendo por la puerta del laboratorio sin esperar su respuesta.

En un tiempo récord se presentó en la puerta del hospital y se dispuso a caminar hacia el «ele». Esperaba no encontrarse de nuevo con el borracho de ayer. Escuchó unos pasos precipitados tras ella y vio a William acercarse corriendo.

—Elizabeth, con todos mis respetos, pero... ¿ha perdido el juicio? —la regañó. Ella parpadeó, sorprendida. Nunca le había visto aquella expresión de enfado, y no sabía qué había hecho mal—. ¿Por qué no me ha esperado? —preguntó él, levantando ambas manos con exasperación.

—Yo... —empezó a decir, sin imaginación suficiente para idear una excusa—. Iba a coger el «ele» —terminó con sencillez.

Él tomó una bocanada de aire y la soltó en un prolongado suspiro. Su aliento formó volutas mientras la observaba fijamente a través de ellas.

—¿Prefiere arriesgarse a que la ataque algún desalmado en la calle o viene conmigo en el automóvil?

La respuesta era obvia. No habría siempre caballeros andantes que la sacaran de apuros. Odiaba admitirlo, pero él tenía razón.

Solo tenía que cuidarse de no tomarle en serio.

—Voy con usted —dijo por fin.

El médico inclinó la cabeza y señaló con una mano el camino.

—Es por allí. No está lejos.

Caminaron en cómodo silencio y, al girar la esquina del edificio, pudo ver el vehículo.

—No puedo comprender sus reticencias. —La voz masculina rompió la paz que los había envuelto durante el breve camino.

—No le entiendo —replicó ella, aunque no era sincera.

—Elizabeth, sé que es usted una mujer moderna e independiente, pero... Chicago es una de las ciudades con mayor criminalidad del país, y usted ha estado un buen rato dudando sobre mi razonable propuesta. ¡Ni que le hubiese propuesto fugarnos juntos!

Ella enrojeció vivamente y se arrebujó más en su bufanda, deseando que le tapara toda la cara. Bajó la cabeza y se concentró en sus pasos, ocultando su rostro a la mirada de él.

—Lo sé —dijo por fin—, es un riesgo ir sola. Pero usted es un hombre y no ve que una mujer puede tener otros riesgos que el que la moleste un borracho en el tren. A veces no tan evidentes, pero más destructivos.

—Ha sucedido, ¿verdad? La han molestado —preguntó él como si le hubiera leído el pensamiento.

Ella exhaló con impaciencia.

—No me está escuchando —se lamentó.

Apretó el paso en dirección al vehículo de William, entonces pisó una placa de hielo y perdió el equilibrio. Soltó una exclamación y sintió que él la tomaba por la cintura mientras caía hacia atrás. Jadeó al sentir la firme presión de sus manos sobre su cuerpo y el contacto de su espalda con el torso de él. De inmediato luchó por recuperar la posición erguida, sintiéndose estúpida. William la ayudó a incorporarse y la sujetó por los hombros frente a él.

—¿Está bien? —murmuró sin soltarla.

Su corazón latía enloquecido. Levantó la mirada y se encontró con la de él. Los ojos azules traslucían preocupación y algo más que no supo definir; sus piernas temblaron y la piel donde él tenía apoyadas sus manos ardió. Dio un paso atrás para soltarse mientras asentía, y él dejó caer sus brazos.

—Vamos, por favor. Es muy tarde —urgió ella, volviendo sus pasos hacia el vehículo.

El viaje hacia la residencia de la señora Stanley transcurrió en un silencio tan denso que parecía no dar cabida a las palabras. Elizabeth se iba repitiendo mentalmente que era mejor coger el «ele» que volver con William Foster, pero sabía que él tenía razón. Cuando llegaron a su destino el joven salió del automóvil y le abrió la puerta, ofreciéndole su mano para ayudarla a salir.

—Gracias —dijo ella, soltándola a la que estuvo de pie.

—Elizabeth, quiero pedirle disculpas. La estaba escuchando, pero no he sido cortés y no la he dejado explicarse. Sé lo que quiere decir. —Hizo una pausa mientras la observaba—. No quiero que nadie pueda manchar su

nombre, pero créame, cualquiera de nuestros compañeros en mi lugar haría lo mismo.

Ella no pudo evitar sonreír. No estaba tan segura de eso.

—Lo haré —asintió con la cabeza—, iré con usted cuando salgamos tarde.

—Estupendo —sonrió él, satisfecho.

Ambos se miraron en silencio. Elizabeth sintió un extraño cosquilleo y miró hacia arriba. Una cortina se movió en la habitación de Helen.

—Hasta mañana, William.

—Buenas noches, Elizabeth —repuso él, y no se movió hasta que el mayordomo abrió la puerta y la joven penetró en el cálido recinto del hogar de Margaret Stanley.

—Buenas noches, cielo. ¿Cenarás con nosotras? —preguntó Margaret cuando la joven entró en el salón. La viuda se hallaba sentada en uno de los sofás acompañada de Lillian, quien le sonrió con afecto.

—Apenas he podido descansar esta noche. Me temo que durante esta velada no sería una compañía agradable, lo siento. Margaret, Lillian, creo que me retiraré.

—Te comprendo, querida. Y seguro que Margaret también. Por mi parte no te preocupes, voy a abusar de la hospitalidad de mi amiga durante unos días —dijo Lillian, apretándole la mano con cariño a la señora Stanley.

—Oh, por fin has llegado, Elizabeth —dijo la suave voz de Helen tras ella—. ¿No te preocupa venir tú sola en el «ele» a estas horas? Tía Margaret, ¿no crees que es una imprudencia?

Elizabeth sintió que palidecía y después se sonrojaba.

—No. —Se encogió de hombros y miró a la rubia, que sonreía angelical—. Sobre todo si un compañero amable me lleva a casa —explicó. Helen se sentó en el sillón, cerca de su tía, y ella se sintió observada por las tres damas del salón. —Si me permiten, voy a retirarme.

—Es una suerte que William Foster tenga automóvil —apuntó Helen—. Solo los médicos jóvenes de buena familia pueden permitirse uno.

—Lo es, y también que sea todo un caballero —coincidió la doctora, harta de juegos—. Les ruego que me disculpen. Necesito el sueño más que cenar.

—Le diré a la doncella que te suba un vaso de leche caliente, si te apetece —ofreció la viuda con amabilidad—. Por cierto, antes de que se me olvide, llamó tu prometido —miró el carillón antes de seguir—, hace una hora. El teléfono de la salita está a tu disposición, para cuando quieras devolverle la llamada.

—Le llamaré antes de acostarme. Gracias, Margaret. Buenas noches a todas.

*

William condujo hasta su casa con mucho más cuidado del habitual. Agarraba el volante con fuerza, recordando el momento en el que había sujetado a Elizabeth por la cintura cuando había resbalado. Sus manos se habían resistido a soltarla, queriendo acercarla más a él.

Estaba perdiendo el juicio. Enfadado consigo mismo, aparcó y salió del coche con un portazo. Caminaba hacia la entrada de su casa cuando una sombra salió a su encuentro.

—Buenas noches, hijo.

Minutos más tarde, el silencio en el salón era tan sólido como lo había sido en el automóvil con Elizabeth, pero mucho más desagradable. Sentado en el amplio sofá, William Foster padre miraba al frente mientras fumaba un puro con parsimonia. Su hijo se sirvió una bebida, se giró y lo observó con atención. Llevaba casi dos meses sin verlo, y lo notó más envejecido. Había tenido el cabello espeso y castaño como él mismo, pero ahora ya era más gris que de otro color. Sus ojos eran también grises, y fríos excepto cuando miraba a su madre. La cara estaba surcada por arrugas que antes no tenía. William decidió que no le sentaba bien trabajar tanto. Bebió un sorbo de licor y se quedó de pie, esperando, esforzándose por no dejarse amilanar por la imponente presencia de su padre.

—¿Seguro que no deseas tomar nada? —inquirió por fin, cansado de tanta intriga.

—No, gracias, hijo —contestó el abogado con calma.

William decidió no preguntar más, no quería parecer débil.

—Veo que administras bien la herencia de tu abuelo. Seguro que con tu sueldo del hospital no podrías pagar ni un sótano en esta casa. Menos aún una doncella, una cocinera y un ama de llaves.

—Por supuesto que no podría. Pero ya sabes que no me dedico a la medicina por el dinero.

—Lo sé, tú te puedes permitir ese lujo —dijo con indiferencia.

—Sí. Jamás estaré lo suficientemente agradecido al abuelo. Me permite ser independiente —comentó, esforzándose en imitar el tedio de su padre.

—Nadie es independiente, hijo, todos dependemos unos de otros —repuso el abogado, exhalando el humo de su cigarrillo por la nariz. William se preguntó cómo era capaz de hablar y hacer eso. Parecía un dragón. Muchas

veces, de pequeño, se había imaginado que su padre era una especie de monstruo mitológico, por lo menos cuando se enfadaba.

—Supongo que es así. Pero es bueno poder elegir de quién dependes —comentó a la ligera. Después le dio un buen sorbo a su copa.

Su padre pareció cansarse de su máscara. Su rostro cambió, y exhaló el aire con fuerza. Ahora parecía un toro a punto de embestir.

—¿Qué piensas hacer cuando termine el año?

—Buscaré trabajo de lo mío, si es que no me llaman a filas.

—¿Y qué es lo tuyo? —preguntó, poniéndose de pie y acercándose a él.

«Y ahí viene el motivo de la visita», se dijo William. Cuando su padre atacaba, se ponía de pie y se medía con él cara a cara.

—Lo sabes perfectamente —repuso el médico, mirándolo a los ojos sin pestañear. Los iris grises de su padre lo estudiaron—. ¿O no recuerdas todas las frases peyorativas que dedicaste a mi carrera, mi especialidad y al lugar que elegí para hacerla?

—¿Y cuándo vas a casarte?

El joven se puso rígido.

—Lo primero es lo primero. Mi trabajo apenas me deja estar en casa ni mantener una vida social, así que el matrimonio no entra en mis prioridades. Ni siquiera he conocido a una mujer que me interese lo suficiente como para pensar en eso.

—Sí, sí que la conoces, hijo.

—¿De quién hablas? —preguntó entornando los párpados.

—Helen Stanley.

William no pudo evitar su gesto de sorpresa. Eso no se lo esperaba. Abrió la boca y la cerró de nuevo, sin saber qué contestar.

—¿De dónde sacas esas ideas? —dijo por fin, el ceño fruncido.

—Sois amigos, ¿no es cierto? Desde que ella está en Chicago os habéis visto algunas veces. Incluso cenó en casa hace poco.

Iba a preguntarle si le espiaba, pero prefería no saber la respuesta.

—Eso no significa que me vaya a casar con ella. Solo somos amigos.

—Pues tengo que decirte que su padre vería con muy buenos ojos que le propusieras matrimonio. Y que está seguro de que ella te diría que sí.

—¿Por todos los cielos! ¿Se puede saber de qué estás hablando? —explotó.

—De tu futuro, y del de nuestra familia, puesto que eres mi único hijo —gruñó Foster—. La familia Stanley va a venir a Chicago dentro de poco. Voy a organizar una cena para agasajarlos, y quiero que vengas. —Lo miró, pero

William parecía de nuevo incapaz de contestar—. Y créeme, lo de tu elección... laboral no lo discutí porque tu madre estaba feliz y orgullosa de ti, pero lo de tu matrimonio no lo voy a dejar pasar así como así.

—Entonces déjame recordarte que no voy a casarme a tu conveniencia —repuso William con frialdad.

Su padre entornó los párpados mientras inhalaba el cigarro. De repente exhaló y apagó la colilla en un cenicero cercano.

—Te avisaré con antelación para que cambies cualquier otro compromiso. Buenas noches, hijo. No te molestes en acompañarme, conozco el camino —dijo, tranquilo como si no hubieran discutido. Acto seguido se dirigió hacia la puerta.

William se quedó de pie, apretando la copa con una mano. La doncella lo despertó de su parálisis cuando entró a preguntarle si servía la cena para uno o para dos.

—Cenaré solo, Maud. Por favor, abra la ventana para ventilar esto —dijo con una mueca, ignorando el gesto perplejo de la chica. Por él como si se helaba toda la casa, pero tenía que hacer que desapareciera el olor del apestoso cigarrillo de su padre lo más pronto posible.

*

Esta vez el proceso de la llamada fue más rápido a pesar de que Helen la había puesto nerviosa. William sería un donjuán, pero para ella era un compañero de trabajo amable y competente. Si veía rivales por doquier era su problema, como lo sería si cumplía su sueño de casarse con él. Entonces, Helen moriría de celos, pues William tenía una capacidad de seducción innata. Ningún hombre había conseguido turbarla como él. Controló el suave temblor de su mano mientras esperaba que Paul contestara. Por fin, una conocida voz sonó al otro lado de la línea.

—Al habla Charles Adams.

—¡Oh, Charles, cuánto tiempo! Soy Elizabeth, llamo desde Chicago —dijo emocionada.

—¿Elizabeth? ¡Dios mío, qué alegría me da oírte, hija! Lo siento, pero mi hijo ya duerme. La rehabilitación lo deja muy cansado.

—Lo siento —dijo, decepcionada—, me paso la vida en el hospital.

—Es normal, así aprovechas al máximo tu residencia —opinó la amable voz de Charles—. Ya tendrás tiempo libre más adelante. Ah, pero tenemos buenas noticias. Pronto le quitarán la escayola del brazo. En cuanto se ponga fuerte podrá caminar con muletas, e iremos a verte.

—Eso es maravilloso. Os echo mucho de menos a ti, a mamá y a Paul. Los días que pasé con vosotros en Navidad se me hicieron muy cortos, y a Paul... me parece como si hiciera siglos que no lo veo.

—Voy a despertarlo —decidió Charles—. Se disgustará si se entera de que has llamado y que no le he avisado.

—No, no, Charles, deja que descanse.

—Dime cuándo crees que estarás en casa y él te llamará.

—El sábado es el día que suelo terminar antes. Llamad sobre las siete, me refiero a vuestra hora, no a la de aquí. —Se frotó el ceño, que notaba tenso.

—De acuerdo, cariño. ¿Qué te parece si el sábado viene Sarah a casa y hablas también con ella?

—¡Eso sería maravilloso! —exclamó, entusiasmada con la idea de hablar con su madre.

Se despidieron con afecto. Elizabeth colgó el auricular mientras su cabeza volaba lejos en el tiempo, a una época en la que Charles Adams prácticamente sustituyó a su padre ausente, su madre volvía a ser feliz, y ella y Paul eran amigos inseparables. Aquella amistad, que había comenzado a una edad tan tierna que ni ella misma recordaba, se había mantenido a pesar del paso de los años, a pesar de la adolescencia y de las diferencias sociales. Las chicas del pueblo la envidiaban porque Paul era un chico guapo además de un buen partido, y daban por sentado que ellos dos algún día serían pareja, pero no había sido así. Ambos habían experimentado con algunas caricias y besos inocentes, que no habían despertado nada en ella. La joven había dejado claro que no tenía interés en emparejarse, ni con su mejor amigo ni con ningún otro hombre. Pero antes de marchar a Europa había notado en él cierta intensidad emotiva que no existía antes. Suspiró y dejó caer la cabeza, todavía plantada frente al teléfono, meditando. Ella no había sido como las niñas de su edad, no había marido en sus sueños, ni hijos. Ella solo podía pensar en aprender la habilidad de su madre para sanar y, cuando se hizo mayor, en estudiar la carrera de medicina. Por eso, cuando a Paul se le ocurrió que fingiera estar prometida cuando la aceptaron en el Cook, le había parecido bien; su argumento de que sería más respetada por sus compañeros si creían que no era una mujer libre la había convencido.

Levantó la vista y se dirigió pausadamente hacia la puerta mientras se abrazaba a sí misma, pues de repente sentía frío. Como Paul, William Foster era un hombre guapo y de otra clase social. Pero su compañero la atraía demasiado. Se sentía perdida con ese tipo de emociones. Confiaba en que,

con el paso del tiempo, se acostumbraría a William y no la afectaría tanto, no se podía permitir esos sentimientos, y no solo porque él fuera un donjuán. Quería seguir siendo libre, como su tutora, Lillian, entregada a su carrera al cien por cien, sin importarle el qué dirán. Elizabeth quería que el trabajo fuera su pareja para toda la vida, un amor que no iba a decepcionarla ni dejarla abandonada como hizo su padre con su madre. Los sentimientos iban y venían, pero su pasión por la medicina era para siempre, y estaba segura de que nada iba a igualarla.

Más serena, encaminó sus pasos hacia la escalera. Mañana sería otro día, Paul llamaría el sábado, y hablaría con él y con su madre. Esperaba poder abrazarles muy pronto.

Capítulo 10

—Doctora Scott, hay una persona que la busca —le informó una de las estudiantes de enfermería cuando estaba enfrascada en el historial de un paciente. Era su última sala, y su supervisor la había dejado sola sin más explicación.

—¿Quién es?

—Me dijo que se llamaba John Smith —se encogió de hombros—, que usted entendería.

—¿Dónde está?

—En urgencias, en una de las camillas. No tiene muy buena pinta.

—¿Se encontraba mal?

—No, no digo que parezca muy enfermo, es que ese sarpullido que tiene es un poco asqueroso. Yo no me quedaría a solas con él, me da un poco de repelús.

—Señorita, haga el favor de tener más respeto por los pacientes —espetó la enfermera que estaba con Elizabeth—. Si le dan repelús los pacientes ya puede dedicarse a otra cosa. Seguro que en cualquiera de las fábricas de la ciudad le ofrecerán trabajo.

La muchacha se sonrojó, pero Elizabeth no esperó a oír su respuesta.

—En seguida vuelvo, enfermera.

—No se preocupe, doctora. Iré ocupándome de los que ya ha visitado.

Cuando Elizabeth llegó a urgencias reconoció al señor Harris. Se le veía compungido.

—Hola, Doc.

—Hola, señor... Smith. ¿Se encuentra bien?

—No muy bien. Acabo de perder mi trabajo.

—¿Cómo? ¿Qué ha ocurrido?

—Es este sarpullido. —Le mostró las palmas de las manos—. Uno de los capataces parece un maldito médico. Me ha visto y me ha echado, diciendo que era peligroso trabajar conmigo. Que puedo contagiar cosas feas a los demás. —Bajó la cabeza y miró al suelo—. Necesito curarme, doctora. ¿Tiene ya los resultados de las pruebas que me hizo?

—Sí. Los tengo. Es... Es lo que pensaba, señor Harr... Smith.

—¿Cree que podrá curarme? —La miró con anhelo.

—Es difícil pero posible. Está usted al principio de la segunda fase de la enfermedad.

—Bien. Entonces hágalo. Pronto. Ahora —pidió con angustia.

Elizabeth suspiró. Pensaba esperar al sábado, un día en que solía tener más tiempo, pero su paciente la necesitaba.

—De acuerdo. Permita que formalice el ingreso. En cuanto haya terminado con mi trabajo, empezaré con usted.

—¿Se encargará usted de mí? ¿O por lo menos pasará a verme y hacerme un poco de compañía? Me dan miedo los hospitales.

Elizabeth miró a aquel hombretón que le pasaba una cabeza y le prometió que se ocuparía de él. Lo dispuso todo para que ingresara en una de las habitaciones individuales que se reservaban para enfermos contagiosos. Habló con la enfermera encargada de aquel ala y le dio instrucciones precisas para solicitar el tratamiento que ella misma administraría.

Por la tarde terminó rápida con su trabajo, y decidió teñir las biopsias que había obtenido el sábado anterior antes de centrarse en Harris.

—¿Son muestras de sus pacientes del sábado? Puedo ayudarla —se ofreció William.

—Sí, lo son —repuso mirándolo—, y no es necesario. Son solo dos.

Él frunció el ceño.

—Entonces las cuentas están claras. Una para cada uno. Somos un equipo, ¿no? —Tomó un pedazo de algodón empapado en alcohol—. Disculpe un momento.

William le pasó la torunda sobre la curva de su pómulo de forma tan delicada que sintió un agradable escalofrío.

—¿Qué hace? —masculló mirando a su alrededor. Por fortuna, nadie parecía mirar.

—Tenía una mancha de eosina en la mejilla. —William le mostró el algodón, teñido de rosa intenso—. Ya sabe que cuando la eosina se seca cuesta mucho limpiarla —observó con gesto profesional. Tiró el algodón a la basura y señaló las biopsias—. ¿Cuál prefiere que mire? Yo no tengo prisa por irme, estoy de guardia. Y así usted sale a una hora decente.

—No... No puedo irme todavía. Tengo un paciente.

—¿Un paciente? ¿A esta hora? —Enarcó las cejas.

—Tiene sífilis secundaria. He de ponerle tratamiento y vigilarlo unas horas.

—¿Qué problema hay? No puede quedarse usted a cuidar de todos los pacientes a su cargo, viviría aquí —comentó, sonando como si la regañara—. Es bueno mirar por los enfermos, pero primero tiene que mirar por usted.

—Lo sé —repuso con cierta irritación—. Pero este en particular tiene mucho miedo. Y usted sabe que el arsénico hay que administrarlo con cuidado, no lo puede hacer cualquiera.

—Puedo hacerlo yo —repuso el médico, cruzándose de brazos—. Para eso voy a pasar la noche en el hospital. Puedo ir a vigilarlo de vez en cuando.

—Él confía en mí —apuntó ella con obstinación—. Se lo he prometido.

—Usted no es su madre. ¿Y cómo va a volver a casa?

—¿A usted qué le importa? —espetó.

Él le aguantó la mirada, muy serio y en silencio.

—Me importa —repuso por fin—. Está bien. Haga lo que quiera, pero dígame dónde está ingresado. Le echaré un vistazo cuando usted se marche.

—Se lo agradezco. Está en una de las habitaciones de aislamiento, a nombre de Smith —repuso, arrepentida del exabrupto.

—Y deje eso, por favor, puedo hacerlo yo —dijo con un punto de exasperación.

—Está bien. Gracias otra vez —murmuró. Se marchó rauda, decidida a no analizar el efecto que aquel hombre causaba en ella.

*

William se encaminó a la zona de aislamiento pensando en Elizabeth. Era una testaruda de cuidado y lo irritaba sobremanera que parecía no preocuparle su propia seguridad. Admiraba su entrega a los enfermos, pero también pensaba que todo tenía un límite, y ese era el propio bienestar. Soltó un suspiro. Lo cierto era que eso también le atraía de ella, su entrega en el trabajo. Dios, ¿cómo iba él a plantearse siquiera casarse con Helen? La rubia era guapa y sensual, divertida y rica, sí, pero también superficial y egoísta, cada vez más. ¿Cómo se habría enterado su padre de su cita con ella? Quizá la propia Helen le había hablado a su padre sobre su amistad y este la había malinterpretado. O peor, quizá ella lo había malinterpretado a él. De acuerdo, la había besado, eso había sido un gran error, pero de ahí a hablar de planes de boda... Decidió que tenía que aclarar las cosas con ella lo antes posible.

Abrió la puerta que le había indicado la enfermera de turno y se encontró con la doctora Scott comprobando la temperatura de su paciente, quien, tumbado en la cama, dormía a pierna suelta emitiendo unos ronquidos infernales. En su cara tenía lesiones típicas de sífilis. Ese sarpullido era casi tan contagioso al contacto como mantener relaciones íntimas con un enfermo así. Cualquier precaución era poca, por eso Elizabeth llevaba guantes.

—Más que una habitación de aislamiento lo que necesita este hombre es

una insonorizada —susurró al llegar a su lado.

Ella se sobresaltó, se giró y lo miró.

—No le he oído entrar —siseó.

—No escucharía ni una explosión con ese ruido —murmuró y señaló con la barbilla a Harris.

—No está bien burlarse de los pacientes. —Apretó los labios para no sonreír.

—No está bien burlarse de su enfermedad, pero él no está ingresado aquí por sus ronquidos, aunque eso tampoco debe de ser sano. —Se puso unos guantes y le quitó el termómetro que ella tenía en la mano. Lo observó unos instantes—. No tiene fiebre. ¿Le ha administrado el Salvarsán?

—Al final la enfermera Perkins me ha conseguido Neosalvarsán.

—Mucho mejor —concluyó, dejando el termómetro sobre una mesita al lado de la cama—. Hora de descansar, doctora. —Ambos se quitaron los guantes, William abrió la puerta y, con una reverencia teatral, le cedió el paso—. Las damas primero.

—¿Sabe que es usted un poquito terco? Parece mi madre.

—¿Me está hablando la doctora Scott de terquedad? —Arqueó las cejas—. Y en todo caso sería su padre, no su madre.

—A mi padre le importaba muy poco si yo descansaba o no —observó con disgusto. En seguida se mordió el labio—. Lo siento, no quería decirlo. Es el cansancio.

—Creo que su padre y el mío tienen cosas en común. —Sonrió. En aquel momento el señor Harris emitió un estruendoso ronquido acompañado de una sonora flatulencia—. ¿Lo oye? Este hombre está pidiendo a gritos que dejemos la habitación —aseveró con exagerada seriedad. Elizabeth se tapó la boca para no reírse—. En serio. Hay que hacer muchos sacrificios por la ciencia, pero no nos pagan para esto —murmuró cerrando la puerta a sus espaldas—. Ahora sí. ¿Dónde va a dormir usted? Porque a estas horas ya no tiene tren. Quizá pueda tomar un taxi.

—No. No me viene bien pagarlo —se sinceró—. Ya he avisado a la señora Stanley, me quedaré a dormir aquí. Tengo una habitación, ¿recuerda?

—Como para olvidarlo. El doctor Stevens lo remarcó un día: «usted tiene ese lujo a condición de que el hospital haya perdido un despacho» —imitó demasiado bien la engolada voz del profesor, pero ella no rio. Caminaba a su lado y miró al frente con gesto serio.

—Lo recuerdo. Me hizo sentir un poco mal.

William la tomó del brazo para detenerla.

—Solo bromeaba, no quería entristecerla. Escuche: por si no se ha dado cuenta, Stevens es un ogro y un misógino.

Ella observó la mano masculina posada en su brazo. Su mirada le hizo sentir una calidez que recorrió toda su piel, se adentró en su interior sin encontrar obstáculos y aceleró su corazón.

—Gracias —dijo la joven. Lo miró y le sonrió.

William la contempló con intensidad, cada vez que sonreía lo dejaba sin aliento. Parpadeó para librarse del hechizo y soltó su brazo, caminando hacia atrás.

—Tengo que irme —murmuró antes de darse la vuelta y desaparecer.

*

—Buenos días. —Coleman señaló la silla frente a ella—. ¿Puedo acompañarla?

Ella titubeó mirando hacia un pequeño grupo de colegas de Coleman, que hablaban ruidosamente en otra mesa.

—¿Le preocupa lo que piensen las alegres comadres de Windsor? —bromeó él—. Ignórelos. Yo lo hago.

—Son sus compañeros. Usted... Usted es su jefe —comentó Elizabeth, extrañada.

Él compuso una expresión resignada.

—Son cirujanos de la vieja escuela. Muy diestros, rápidos, pero nada científicos. Para ellos soy una anomalía, me dieron la jefatura provisional porque mi currículum incluía cosas que hoy en día se consideran importantes: tener el doctorado, publicaciones en revistas médicas y libros... En su época solo contaba la experiencia.

—¡Vaya! Creo que le comprendo bien. —Arqueó las cejas con sorpresa.

—Sí, ¿verdad? —confirmó el médico—. Ya ve. Para ellos, tanto usted como yo somos unos... bichos raros. Por lo menos estos son demasiado viejos como para que los llamen a filas, me estoy quedando sin equipo —reflexionó.

—¿Nunca se ha planteado una carrera en el ejército? —preguntó, curiosa.

—No. Soy de educación cuáquera, pacifista. Pero no crea que no tengo dudas, si estuviera en el frente podría ayudar a muchos hombres. —Puso un periódico sobre la mesa y señaló una noticia donde se leía que en Europa se necesitaban cirujanos—. Aunque aquí también soy muy necesario. Esta noche se ha derrumbado un edificio en un barrio de la periferia y han llamado a todo el equipo para venir a colaborar.

—Cielo santo, no sabía nada. —Se fijó en las ojeras del cirujano—. Imagino que es difícil decidir. Ojalá esta guerra termine pronto.

—Eso esperamos todos. —Asintió el médico con gesto cansado—. ¿Quiere echarle un vistazo al periódico? Yo ya lo he leído.

—Gracias, doctor Coleman, lo hojearé.

—No se pierda los consejos del doctor en la última página, creo que también es de la vieja escuela. Usted podría hacerlo mucho mejor. Con su permiso, voy a trabajar un poco más, pero espero retirarme pronto. —Le sonrió y se despidió.

Elizabeth apartó su revista y fue directa a buscar la página que le había aconsejado el cirujano.

—¿Poniéndose al día sobre lo que ocurre en el mundo? —La profunda voz de William aceleró su corazón. Vio que tenía aspecto de agotado, probablemente había tenido que ayudar a los cirujanos durante la guardia—. ¿Me concede el honor de su compañía?

Elizabeth estuvo a punto de soltar un bufido, cualquiera diría que estaban en un baile elegante, pero detectó el brillo travieso en los iris azules. Echó un vistazo al rincón de los cirujanos, que ya no estaban. Asintió, volviendo de nuevo la vista a William.

—¿Ha tenido mucho trabajo? Tiene aspecto de no haber dormido.

—No he descansado nada —confirmó mientras tomaba asiento frente a ella—. Por cierto, su paciente ha pasado la noche regular.

—¿El señor Ha... Smith? ¿Lo ha visto usted?

—Sí. Le pedí a la enfermera de la sala que me llamara para cualquier problema.

—Le dije que me llamara a mí.

—Pero yo estaba de guardia y usted no —dijo tajante—, luego lo más lógico era hacerme caso a mí. No porque yo lleve pantalones, sino por respetar el procedimiento.

Ella lo miró con ojos furibundos y él apretó los labios escondiendo una sonrisa.

—Es usted un... un... —Exhaló, derrotada. Iba a decir entrometido, pero él tenía razón, aunque le molestara reconocerlo—. No sé definirle.

—Elizabeth, relájese. Lo que ha ocurrido es que a su paciente le subió la fiebre de madrugada.

—¿Muy alta?

—Treinta y nueve, también tenía escalofríos y le dolía todo. Imaginé que

sería una reacción al medicamento, le di salicilato y le bajó. He vuelto a verlo ahora y sigue sin fiebre. Y roncando. Por cierto, la erupción ha empeorado.

—¡Todo eso es buena señal! —exclamó Elizabeth con los ojos brillantes—. Gracias por su ayuda —dijo con una sonrisa.

Él parpadeó y desvió la mirada hacia el periódico.

—¿Necesita los consejos del doctor? —Hizo una pausa mientras leía—. Esto es muy básico para usted. Aprenderá mucho más aquí, leyendo a la microbióloga Alice Evans —bromeó, señalando un artículo de la revista médica que ella tenía sobre la mesa—. ¿Sabe que la critican por defender la pasteurización de la leche? Los ganaderos dicen que así alimenta menos. No sabe el revuelo que hubo en Chicago cuando se decretó la pasteurización obligatoria.

—La señora Evans ha demostrado que la leche de vaca cruda contiene un microbio que produce abortos, y ahora la industria lechera y no pocos científicos la critican y la acusan de estar sobornada por los fabricantes de máquinas para pasteurizar. —Señaló con el dedo la revista médica, inflamada de justa indignación—. Su problema no es lo que dice, es que es una mujer, y además de origen humilde.

—No sé qué decirle. La leche pasteurizada tiene un sabor un poco raro, a... no sé qué —insistió él, muy serio.

—¿A limpio? ¿A sano? —preguntó ella, mosqueada.

—Elizabeth, es usted demasiado fácil de provocar. —William sonrió, y a ella se le contagió el gesto sin darse cuenta. Los ojos azules brillaron con una mirada tan dulce como si él le hubiera dedicado una caricia. Al sentir sus mejillas calentarse, la joven apartó la vista.

—Me gustaría hablar con algún periódico. A lo mejor necesitan un médico para aconsejar a los lectores —comentó la doctora, decidida a romper el íntimo silencio que acababa de envolverlos—. Quizá podría ganarme un sobresueldo.

—¡Qué buena idea!

—Bueno, de hecho, no es mía. Se le ha ocurrido a Coleman.

Hicieron una breve pausa mientras la camarera tomaba nota a William.

—Disculpe —pidió él al marcharse la camarera—. Decía que era una sugerencia de Coleman.

Ella asintió, extrañada porque parecía un poquito molesto.

—La verdad es que podría intentarlo, pero no sé por dónde empezar.

—Tengo un amigo de la universidad trabajando en el *Chicago Eagle*,

podría hablar con él.

—¿Lo haría? No sabe cuánto se lo agradezco, William.

—Puede pagármelo de una forma —pronunció él con seriedad.

—¿Cómo? —Lo miró entornando los párpados.

—Le sugiero tutearnos. Es hora de que podamos hablar como dos amigos, al fin y al cabo, estamos en el siglo veinte.

—Acepto, aunque solo cuando no estemos trabajando. —Le dio la mano para sellar el trato y el contacto con sus dedos cálidos y firmes fue más agradable de lo que ella habría deseado.

—Hoy mismo telefonaré a Michael. En cuanto sepa algo te mantendré informada.

Elizabeth miró la hora y se levantó, haciendo un gesto para que él no la imitara.

—No te levantes, por favor. Voy a ver al señor Smith. Nos vemos más tarde.

—Hasta luego... Elizabeth —dijo él, y la manera como pronunció su nombre hizo que su corazón hiciera algo extraño. Echó a andar a toda prisa intentando alejarse de aquella sensación.

Pasó visita a dos salas atestadas, con la inestimable ayuda de las enfermeras Penny y Edith. Cuando firmó el último de los tratamientos que había prescrito se echó para atrás y bostezó. Había dormido con un sueño superficial, preocupada por Harris, pero este evolucionaba muy bien; cuando aparecía un empeoramiento de los síntomas al iniciar el tratamiento significaba que la enfermedad mejoraría rápidamente. Se lo había explicado a su angustiado paciente, quien, a pesar de haberlo oído también de boca de William, la había mirado con desconfianza.

—Elizabeth, ¿puedo llevarme todos los historiales? —La voz de Penny interrumpió sus cavilaciones.

—Sí, Penny. Ya está todo. —Se giró para mirarla y vio que tenía una expresión extraña—. ¿Ocurre algo?

—Es... Bueno, me da un poco de apuro comentarte esto, no quiero que te sientas obligada. Hace días me comentaste que buscabas una compañera de piso. ¿Aún no has encontrado ninguna?

—Sí. Me gustaría compartir piso, pero no he tenido suerte.

Penny se sentó a su lado y sonrió con reparo.

—La enfermera que vive conmigo se marcha. Han reclutado a su novio, así que van a organizar una boda rápida y ella se irá a Europa con él. Se ha unido

a la Cruz Roja.

—Otra enfermera que se va —comentó Elizabeth con preocupación. Al instante su cara se iluminó—. ¿Me estás diciendo que quieres compartir piso conmigo?

—Sí. Si te interesa, puedes venir a verlo cuando quieras.

Elizabeth contestó sin pensarlo un segundo.

—¡Por supuesto! ¿Hoy mismo? —preguntó.

Penny rio ante su entusiasmo.

—Mañana. Hoy voy a doblar turno, le debo un favor a una compañera.

—¡Qué alegría me has dado! Gracias por confiar en mí.

—Ay, espera a ver el piso —bajó el tono de voz—, desde luego no será nada parecido a lo que estás acostumbrada.

Pocas personas en el hospital, entre ellas Penny, sabían dónde vivía Elizabeth. No quería que nadie pensara que Margaret podía influir para favorecerla en su trabajo.

—¡Penny, tú no sabes a lo que estoy acostumbrada! ¡Vengo de una granja! —exclamó indignada.

—Ya, ya, pero uno se acostumbra rápido a lo bueno. En mi piso todavía no hay calefacción central. Tenemos estufas y brasero, eso sí. Y buenas mantas.

—Es verdad que voy a echar de menos eso...

—Y que te hagan la comida...

—Ya, pero...

—Y no preocuparte por la limpieza... —apuntó con gesto travieso.

—¿Me quieres dejar hablar? —la regañó—. Estoy segura de que vivir cerca del hospital, en compañía de una amiga y siendo independiente va a valer la pena a pesar de la pérdida de comodidades.

—Gracias, Elizabeth. Entonces quedamos mañana a la salida del hospital. Pero si al final decides no quedarte, no pasa nada, ¿eh? —Miró la hora y su cara cambió—. ¡Tengo que irme! —dijo, y salió por la puerta como una exhalación, empujando el carrito donde portaba todos los historiales.

Elizabeth se quedó mirando la puerta, sonriente.

*

—Váyase a casa. Yo puedo terminar eso —masculló una voz femenina.

William miró a la doctora, plantada a su lado, observándolo con el ceño fruncido como una institutriz a un pupilo rebelde. La encontró tremendamente adorable.

—Puedo hacerlo, no me queda mucho para terminar —negó mientras

sacaba tubos de la centrifugadora.

—¿Entonces usted puede ayudarme, pero yo no? Un poco más y se queda dormido sobre el microscopio. He tenido que avisarle porque Parker se acercaba.

—Lo sé, aún me duele. Menudo pisotón —se quejó de forma teatral.

Elizabeth sofocó una sonrisa.

—William —insistió—. Si no me deja que le ayude no voy a permitir que usted lo haga.

William suspiró entre divertido y exasperado.

—Qué terquedad...

—¡Eso! Hablemos de tercos —dijo ella, cruzándose de brazos y componiendo un mohín de irritación con su boca.

William dudaba que ella supiera lo atractiva que estaba cuando se irritaba con él. Lo sacudió un impulso casi irrefrenable de besar aquellos labios. Se retiró bruscamente de la centrifugadora y, sin volver a mirarla, le dijo con una voz que hasta a él mismo le sonó extraña.

—Está bien, doctora. Gracias. Creo que lo mejor será que me marche.

Al día siguiente ambos se encontraron en un pasillo, camino de la sesión clínica. Un microbiólogo del laboratorio municipal de higiene iba a explicarles los últimos avances en técnicas de cultivo microbiano.

—Buenos días, doctora —dijo él con una sonrisa.

—Buenos días —le correspondió—. Espero que haya podido descansar.

—Sí, gracias —dijo—. Antes de que se me olvide, ayer por la noche telefoneé a mi amigo, el periodista. Le he hablado de usted y está encantado con la idea de conocerla.

—¿De verdad? —dijo, su rostro radiante de alegría.

—Sí. Sería una página como la del *Tribune*. No pagan mucho dinero, pero serían unos dólares extra y no le representaría mucho trabajo.

—Cualquier dólar extra me viene de maravilla, gracias —se sinceró.

—No me vuelva a dar las gracias. —La miró muy serio mientras le ofrecía una tarjeta—. Estos son los datos de mi amigo, Michael Penfield.

Elizabeth se la guardó.

—Le llamaré mañana mismo. Gra... —William posó un dedo sobre sus labios para silenciarla y su cuerpo pareció subir de temperatura. Elizabeth parpadeó rápidamente mientras él retiraba el dedo como si se hubiese quemado.

No volvieron a pronunciar palabra hasta que entraron en el anfiteatro del

hospital.

*

—¿Vamos? —preguntó la enfermera—. Está muy cerca. Solo hay que cruzar un par de calles, hacia allá. —Señaló con el dedo.

A Elizabeth se le iluminó la cara cuando vio el apartamento de la enfermera, que estaba en el tercer piso de un bloque sin ascensor. Era justo lo que necesitaba. Debía de tener abundante luz natural, porque las habitaciones contaban con amplias ventanas. Además de dos dormitorios, había un baño completo, una pequeña cocina y un comedor con una mesa rodeada de sillas, un sofá y un par de sillones que eran tan cómodos como parecían.

Era perfecto.

—Me encanta, Penny. ¿Cuándo me puedo mudar? —dijo mientras recorrían el pasillo.

—Cuando quieras. Me da miedo vivir sola, además, vengo de una familia numerosa y no soporto tanto silencio.

—Por mí vendría mañana mismo, pero eso disgustaría a la señora Stanley. Se ha portado muy bien conmigo y no quiero que parezca que huyo. —Suspiró resignada—. Supongo que a finales de este mes podría hacer la mudanza.

—Lo comprendo. ¡Estaremos muy bien, ya verás!

Elizabeth asintió con un sentimiento agrídulce. Estaba feliz de vivir con Penny y cerca del hospital, pero eso significaba separarse de la viuda, a la que había tomado cariño.

Lillian tomaba su infusión a sorbos mientras escuchaba con atención la historia de su protegida resumiendo sus avatares en el Cook. Elizabeth y ella estaban solas en el salón de la mansión; Helen y Margaret se habían retirado hacía rato, pero ellas estaban tan animadas por su reencuentro que no podían parar de hablar.

—Creo que es muy buena idea que vivas con Penny. Margaret está feliz contigo, pero si en el hospital se enteraran de que convives con la principal donante del Cook sería negativo para ti. Podrían decir que se te favorece de alguna forma.

—¿La principal donante?

—Sí, ¿Margaret no te lo ha contado?

—No. Solo sabía que colaboraba económicamente, no en qué grado.

—Pues ya lo sabes. Pero no habrá problema; por lo que me has explicado, creo que te defiendes bastante bien.

—Gracias, Lillian. Ha sido difícil, pero cada vez menos.

—Háblame de ese tal Foster. —Elizabeth le había hablado de él como de un aliado y compañero—. Conozco a su familia, sobre todo a su padre. ¿Estás segura de que es de fiar?

—No tengo motivos para pensar lo contrario. Aunque me da la sensación de que no se lleva bien con su padre.

—¿Lo conoces?

—No, solo a su madre. La señora Foster es una persona encantadora.

—Sí, sí que lo es. Sus padres son como la noche y el día. Espero que el hijo haya salido a la madre. Foster padre es un hombre muy ambicioso y poco escrupuloso. Se dice que la única que puede amansar a la fiera es su mujer. Él la adora.

—Por lo menos es capaz de amar.

—No sé si es amor o posesión. Pero bien, no nos vamos a poner a filosofar sobre romanticismo a estas horas de la noche. Necesitaría algo más fuerte que un té —bromeó, y sin apenas pausa preguntó—: ¿Es guapo Foster?

Elizabeth tenía la guardia baja y se sonrojó bajo la mirada penetrante de Lillian.

—Sí, lo es. ¿Por qué lo preguntas? —Frunció el ceño.

—Porque su padre lo era, y lo usaba para su propio beneficio. Fue un donjuán hasta que conoció a Emma, que era una belleza.

—Emma sigue siendo guapa —murmuró Elizabeth, desviando la mirada.

Lillian le dio un sorbo a la infusión y se quedó contemplando el fondo de la taza con un aspecto tan concentrado que a Elizabeth le pareció que pretendía leer el futuro.

—Ten cuidado con lo que haces en el hospital, Elizabeth —habló por fin—. Cualquier fallo y se te echarán encima como aves de presa. Cualquier logro será minusvalorado, y cualquier error multiplicado —dijo, sombría.

Elizabeth guardó silencio. Quizá su perceptiva mentora se había dado cuenta de sus sentimientos o solo estaba haciendo un comentario general, pero sabía que tenía razón. Durante unos minutos ninguna de las dos habló, y por fin fue Lillian quien lo hizo:

—Sería ideal que cuando Paul te venga a visitar, espero que pronto, vaya al hospital con las muletas y el uniforme de militar. ¿Qué rango tiene?

—Es capitán.

—Perfecto. En cuanto tus compañeros vean al capitán Adams con su prometida, estarás a salvo de molestias.

—Nadie me molesta —remarcó Elizabeth—. Y tengo muchísimas ganas de ver a Paul.

La conversación giró por otros derroteros, hasta que las dos decidieron irse a dormir.

Capítulo 11

El señor Harris se miraba las manos como si le hubieran brotado dedos. No era para menos, la erupción había mejorado mucho tan solo tres días después de haber recibido el medicamento.

—Doc, esto es increíble.

—No se haga demasiadas ilusiones, señor Harris. Todavía necesitará alguna dosis más, y el efecto no será tan espectacular.

—No sea aguafiestas, Doc. —Sonrió y mostró una dentadura con huecos—. ¿O es solo modestia?

—No soy modesta, soy realista. Venga dentro de unas semanas. —Le dio un papel con varias anotaciones—. Le pediré una nueva prueba de Wasserman, y según el resultado decidiremos cuándo ponerle la siguiente dosis.

—¿Y si encuentro trabajo? Ahora que tengo mejor aspecto es probable, y no puedo desaprovechar la oportunidad —titubeó.

—Consiga tiempo para venir —afirmó, tajante—. Venga un día que yo esté de guardia, a cualquier hora, como si viene de madrugada, pero no deje el tratamiento. Si no lo completa, no se curará. Es importante que lo comprenda —lo miró fijamente.

El señor Harris se quedó mirando la hoja de papel que le había dado Elizabeth y se rascó la cabeza.

—No sé leer, Doc —dijo, avergonzado.

—Lo... lo siento, señor Harris. —La joven se sonrojó por no haber previsto esa posibilidad y tomó el papel—. Tiene cita en el hospital el sábado dieciséis de marzo, en la consulta que ya conoce. Venga por la mañana. Si no puede, ya sabe dónde encontrarme cualquier otro día.

—Lo sé —respondió, enseñando de nuevo su mellada dentadura—. No sé cómo agradecerse.

—Acudiendo usted a nuestra cita.

—Ya me gustaría a mí tener una cita con usted. Pero no creo que a su prometido le gustara mucho la idea.

—No, no lo creo. —Negó con la cabeza—. Pero recuerde: nos vemos ese día.

—¿Ha oído lo de mañana, doctor Foster? —Uno de los auxiliares del laboratorio se sentó a su lado en el comedor.

—¿Mañana? ¿Qué pasa mañana?

—La cena de despedida de Leonard. Ya sabe que lo han reclutado.

—Mañana es jueves.

—No podemos esperar hasta el sábado. Lo hemos organizado en el Marriott. ¿Vendrá?

—Está bien —asintió—. ¿Puedo traer a un amigo? Ya tenía un compromiso con él.

Michael, su amigo periodista, y él habían quedado para tomar una copa después del trabajo.

—Por supuesto, cuantos más seamos mejor.

Pensó en preguntar a su compañero si alguien había tenido la deferencia de invitar a Elizabeth, pero recordó que ella tenía guardia el jueves. Miró hacia donde estaba la joven. Un mechón rebelde se había soltado de su moño. Le dieron ganas de tomarlo entre sus dedos, recorrer la suave longitud y colocarlo detrás de su oreja; después deslizaría el dedo índice por la curva del cuello, rozando la suave piel hasta la clavícula... «No, William, no». Se amonestó por permitir a su imaginación vagar por caminos tan peligrosos.

*

Aquella noche, tras la cena, Elizabeth se decidió por fin a sacar el tema de su mudanza. Sentadas frente a la gran mesa, con sendas tazas de café ante ellas, Lillian y Margaret la escucharon expresar sus deseos. Helen estaba ausente, pues había ido al teatro con unos amigos. Margaret se mostró muy comprensiva y le hizo prometer que la visitaría con frecuencia.

—Helen también me dejará pronto —comentó—. Este fin de semana vienen sus padres y se quedarán unos días en su residencia de aquí. —Hizo un gesto de resignación y le sonrió—. Siento que no hayáis podido congeniar. Aunque he de decir que no me sorprende, mi sobrina tiene una cabeza llena de pajaritos y una educación decimonónica. —Negó con la cabeza—. Era difícil que fuerais amigas. Te agradezco que por lo menos lo hayas intentado.

—No creo que tenga que agradecerme nada, Margaret. Helen y yo vemos la vida de maneras muy distintas, quizá porque venimos de mundos diferentes.

—Mucha gente es de mundos distintos y se complace en conocer otras formas de vivir la vida. En fin... Aún es muy joven. La vida a veces te cambia.

—No antes de haberte dado una buena paliza —intervino Lillian.

—Siempre tan sabia, querida —apuntó Margaret.

Ambas amigas se miraron con un cariño tan profundo que Elizabeth sintió cierta envidia.

*

La noche del jueves las bajas temperaturas de Chicago dieron un respiro a la población. Mientras cerraba la puerta de su vehículo, William miró hacia el cielo y observó el brillo de las estrellas atenuado por el humo de las fábricas que, noche y día, trabajaban para llevar material al ejército. Se preguntó durante cuánto tiempo se podrían permitir ese esfuerzo, y cuándo le tocaría a él una fiesta de despedida como la que iba a acudir. Soltó el aliento como una bocanada de vapor y empezó a andar rápido hacia el punto donde se había citado con su amigo, ansiando liberar su cuerpo del frío que lo recorría cada vez que pensaba en la guerra. Tantas vidas perdidas, tantos hombres con secuelas. «Ojalá los intentos diplomáticos resulten pronto y paren esta locura», pensó. Saludó con una mano a su amigo, que fumaba un cigarro en la esquina donde habían quedado. Cuando estuvieron cerca se dieron un abrazo. Llevaban semanas sin verse, desde que William empezara la residencia en el Cook, y tenían mucho que contarse.

—Tienes buen aspecto, —comentó Michael mientras ambos se encaminaban al lugar de reunión—, pero te veo algo más delgado. ¿Estás enamorado o es el trabajo lo que te consume? —bromeó.

William rio. Había decidido sincerarse con su amigo.

—Es el trabajo. Y también me... atrae una dama. Pero es un amor imposible —comentó a la ligera.

—Esos son los peores y los mejores —afirmó su amigo, mirándolo con interés—. Y bien, ¿a qué esperas? Si hace falta que nos congelemos por el camino lo haremos, pero no entraremos en ese hotel hasta que me lo hayas explicado todo —amenazó mientras se frotaba las manos enguantadas.

El médico le explicó los pormenores de su relación con Elizabeth.

—Entonces, ella es la doctora de la que me has hablado para el trabajo en el periódico. ¿Y ahora cómo sé yo que has sido objetivo? —Lo miró con una sonrisa burlona.

—Hazle una entrevista y formarás tu propia opinión, amigo mío —repuso con seriedad.

—Es grave, ¿eh? —preguntó, ya sin rastro de broma—. Lo siento. No le veo solución, William. Creo que lo mejor sería que intentaras que ese

sentimiento no fuera a más, dejar de relacionarte con ella.

—Es difícil. Trabajamos juntos, y... somos amigos —contestó. Ralentizó el paso, ya estaban llegando al hotel Marriott.

—Uno nunca puede ser amigo de la mujer que le gusta, William, no te engañes.

—Es difícil, pero no imposible. Solo tengo que aguantar hasta terminar la residencia —afirmó.

—Aguanta, sí. Pero mantente alejado de ella. —Le apoyó una mano en el hombro—. No busques excusas para estar con ella. O eso, o te lanzas a cortejarla sin importarte lo que diga tu conciencia, ni su reputación.

La idea de alejarse de Elizabeth le provocaba desazón, pero sabía que Michael estaba en lo cierto. Se mantuvieron sumidos en sus propios pensamientos hasta llegar al hotel. La cena de despedida había sido organizada por colegas del laboratorio e iba a acudir casi todo el personal, con las excepciones de Elizabeth y Parker, quien asistía a una reunión científica en Nueva York. Habían alquilado uno de los salones del hotel para la cena y pasarían el resto de la velada en su club nocturno.

Dos horas más tarde todos seguían sentados a la mesa, algunos francamente borrachos. Se había brindado repetidas veces por la salud del que se marchaba y por el final de la guerra. Las botellas de vino vacías iban siendo retiradas de la mesa y William no era capaz de contar cuántas habían consumido, pero estaba seguro de que al día siguiente habría muchos con dolor de cabeza. Él y su amigo remataban la cena con un café.

—Qué pena que no haya venido Lady Doc. Me habría gustado verla con una copa de más. A lo mejor dejaría de ser tan estirada —comentó uno de los auxiliares.

—Podía haber cambiado la guardia y venir. Me gustaría verla arreglada —comentó otro con ojos soñadores.

—No me pare... parece que este sea el lugar adecuado para una da...ma —farfulló otro más, el que se iba a la guerra. Parecía estar a punto de caer en la inconsciencia de un momento a otro.

—¿Para qué queréis que venga? Así podemos hablar sin espías —dijo Lewis.

—¿De qué hablas? —espetó William.

—Vosotros sois amigos, ¿me vas a decir que no sabes que vive en casa de la señora Stanley, la benefactora del hospital?

—¿Y eso qué importa? —William se estaba enfureciendo. Sintió el codo

de Michael golpear levemente su brazo.

—La señora Stanley es amiga del director y una conocida sufragista. Elizabeth Scott es la única doctora que tenemos en el hospital. ¿No es fácil atar cabos? Vamos, es normal que quiera ayudar a su protegida y a la causa —comentó en voz alta, como si hablara con toda la mesa. A su alrededor la conversación se había apagado—. Suerte para ella. —Lewis parecía algo bebido. El alcohol le estaba soltando la lengua y los celos salían a la luz.

—No se trata de suerte. La doctora Scott no es la protegida de la señora Stanley, o no lo era cuando aprobó el examen de acceso —repuso William con voz tensa.

—Pues yo creo que lo que digo tiene sentido. Mucho más que el hecho de que una chica de pueblo que ha estudiado en una universidad *de mujeres* —pronunció las últimas palabras con sorna— haya terminado en un hospital con un examen de acceso tan duro como el nuestro.

—¿Y qué tal si la respuesta a ese supuesto enigma es que ella es brillante y tú tienes envidia? —preguntó William con ira.

—Pero... ¿Te has oído? Si parece que estés enamorado. Pues, oye, tendrás que hacer cola. Primero va su prometido, y después quizá el doctor Coleman. Aunque apuesto a que ella se inclinará por este —añadió con inquina—, así podrá medrar más.

William se levantó tan bruscamente que su silla cayó al suelo con estrépito. Varias voces salieron en defensa de la compañera ausente pidiendo que Lewis se fuera a dormir la cogorza a casa, pero algunos bajaron la voz y murmuraron entre sí.

—Retira eso y discúlpate. —El tono de William heló el ambiente.

—No me da la gana —soltó Lewis con insolencia.

—Sabes que eso que dices son calumnias. Pide perdón por insultar a la doctora. Si no, sal a la calle y haré que te disculpes. Te dejaré pegar primero porque creo que estás algo borracho —dijo mientras apretaba los puños. Aquel no era su estilo, pero no podía dejar las cosas así.

Lewis se levantó de golpe, haciendo que la mesa se moviera y cayeran varias copas de vino, una de ellas sobre William.

—Hay un callejón al lado del hotel. Tú y yo solos, Foster.

No estuvieron solos, casi todos salieron a ver cómo terminaba aquello. Lewis golpeó antes de que William estuviera preparado y este cayó al suelo de bruces tras girar sobre sí mismo. Se levantó con agilidad sofocando un gesto de dolor y le devolvió el golpe con certeza. A Lewis empezó a

sangrarle la nariz. Contraatacó e intentó golpear la cara de William, que reaccionó con rapidez y se apartó de la trayectoria del puño. Un puñetazo en el estómago hizo doblar a su contrincante, y otro en la cara lo tumbó.

—Discúlpate, Lewis —dijo William con voz acerada.

—Vete a la mierda, Foster —gruñó el otro médico desde el suelo mientras se sujetaba la nariz.

William negó con la cabeza, los puños todavía apretados.

—El espectáculo ha terminado —dijo Michael, mirando a su alrededor.

Los hombres fueron volviendo al hotel, aunque otros optaron por retirarse. Uno de ellos ayudó a Lewis a levantarse.

—Vamos, te acompañaré al coche —dijo el periodista tirando del codo de su amigo. Este le dirigió una última mirada asesina a su colega y se dejó conducir—. Voy a llevarte a tu casa. Mañana puedes tomar un taxi y venir a recoger tu coche.

Una vez en el automóvil, Michael maniobró para encaminarse hacia la casa de William, pero este lo detuvo apoyando una mano en su brazo.

—¿Qué ocurre? Estás pálido —dijo el periodista.

—Llévame al hospital. Estoy herido. —Levantó su mano derecha, manchada de sangre.

—¡Mierda! ¿Dónde tienes la herida? Si apenas te ha tocado —exclamó.

—Creo que he caído sobre unos cristales rotos y me he hecho un buen corte —murmuró. Sacó un pañuelo de su bolsillo y lo oprimió contra la herida que tenía en un flanco.

Michael lo miró un momento y volvió a centrar su vista en la carretera.

—¿Te llevo al Cook? Es el hospital más cercano.

—De acuerdo, pero no entremos por la puerta principal. No quiero tener que dar explicaciones en admisión, ya habrá bastantes chismorreos mañana.

—De acuerdo, guíame.

William le indicó que aparcara el automóvil cerca de la entrada de ambulancias y ambos hombres se dirigieron al interior del recinto sin encontrarse con nadie. El médico se dirigió al laboratorio, sabiendo que lo encontraría vacío. Mandaría a Michael a buscar a alguien; no recordaba quién estaba de guardia aparte de Elizabeth, pero no quería ir a urgencias y encontrarse con Lewis.

—¿Quién anda por ahí? —la voz femenina salió del interior del laboratorio.

—Mierda, es Elizabeth —gruñó entre dientes.

—¿La doctora Scott? —Michael abrió más los ojos—. Vaya, qué interesante se pone esto.

—Será mejor que vuelvas a casa, es muy tarde.

—Ni hablar, hasta que te deje en buenas manos. —Se adelantó por la puerta del laboratorio y saludó—. Doctora, traigo a un herido. El doctor Foster ha sufrido un percance.

—¿Qué le ha pasado a William?

La preocupada voz de Elizabeth sacudió el alma del médico. Se sintió arrastrar del brazo y cuando se adentró en el despacho se quedó sin aliento. Elizabeth Scott fue a su encuentro, sus grandes ojos verdes desnudos de lentes y destilando ansiedad. Su cabello, largo y ondulado, recogido por detrás con una cinta, brillaba como nunca. Parecía más joven. Estaba preciosa.

Y él estaba perdido.

—¿Qué ha pasado? ¿Has tenido un accidente con el automóvil?

—N-no —musitó el joven, avergonzado. ¿Qué iba a pensar de él, peleándose en la calle como un matón? ¿Y cómo podía contarle lo que había pasado?—. Perdona, no os he presentado. Este es Michael Penfield, mi amigo, el periodista del que te hablé.

—Encantada, señor Penfield —dijo ella tendiéndole la mano. Acto seguido, miró a William con gesto preocupado y se acercó más a él, pero se detuvo en seco como si la hubieran abofeteado.

—Hueles a alcohol —acusó—. ¿Estás... borracho? —La decepción con que lo dijo hizo que él se notara palidecer.

—Solo ha bebido una copa de vino con la cena, doctora —intervino Michael—. Luego ha... tropezado y se ha caído sobre unos cristales rotos en la calle. Parece que se ha cortado.

Ella los miró a los dos, los labios apretados en una fina línea, el ceño marcado. Parecía muy enfadada.

—Es mejor que nadie más te vea así, o mañana te sentirás avergonzado. ¿Sabrás llegar hasta la consulta que ocupo los sábados? Allí te podré mirar con tranquilidad, y hay material para curarte. Voy a poner en marcha una incubadora y en seguida estoy contigo —dijo.

—Por supuesto que sabré llegar —repuso ofendido—, te he dicho que no estoy borracho. Y no he venido aquí a pedir tu ayuda, puedo buscar otro médico que me atienda.

La expresión de Elizabeth se dulcificó.

—No. —Negó con la cabeza—. Modestia aparte, sé coser mejor que los médicos que hay hoy por aquí, y seré más discreta. Nos vemos allí —terminó. Se dirigió hacia el laboratorio principal, dándoles la espalda.

—Vaya. Parece muy mosqueada. Oye, ¿necesitas que me quede? —dijo Michael, solícito.

—No. Cuando la doctora termine tomaré un taxi. Gracias, Michael.

—¿Estás seguro? —preguntó su amigo, dubitativo.

—Sí. Te llamaré mañana —repuso sin mirarlo. No podía apartar la vista del lugar por donde la doctora había desaparecido. Jamás la había visto tan bella. Parecía un ángel.

Pero entonces, ¿por qué a él le entraban tantas ganas de pecar?

*

Elizabeth estaba disgustada con su amigo. Si algo no podía soportar era a un hombre que bebiera. Sabía todo el daño que podía hacer el alcohol a una familia y verlo así, con ese olor a vino, licor o lo que fuera que hubiese bebido, le había despertado recuerdos amargos. Respiró hondo esforzándose por apartarlos. La mayoría de los hombres bebía alcohol de vez en cuando sin que eso representara un problema. Además, William tampoco parecía tan borracho como para tropezarse con su propia sombra. Tenía la sensación de que le ocultaban algo. Recorrió los oscuros pasillos del hospital mientras sus pasos resonaban en el silencio de la noche. Cuando llegó a su consulta, una rendija de luz se colaba por debajo de la puerta. Llamó y entró, cerrando tras de sí.

William estaba sentado en una silla, pálido y ojeroso, mirando hacia el suelo con aspecto abatido. Tenía un hematoma en el pómulo derecho que parecía crecer por momentos, y una pequeña abrasión en la piel de aquella zona. Parecía tan vulnerable que despertó en ella un fuerte sentimiento de protección. Hasta que él levantó su mirada y la clavó en sus ojos. Había algo en los iris azules que no había visto antes. De repente tuvo plena consciencia de que estaban solos, en un espacio cerrado, en plena noche. La intimidad del momento la empezó a poner nerviosa.

Tonterías. Tenía que ser profesional. Al fin y al cabo, ella estaba de guardia y William era su paciente.

—¿Se ha marchado ya tu amigo? —Su propia voz le sonó extraña.

—Sí. Es muy tarde. Yo tomaré un taxi cuando termines.

—Intentaré ser rápida. Pero no he traído hielo. Espera un momento, voy a buscarlo.

—No, Elizabeth. —Cerró los párpados e inhaló con fuerza—. Acabemos con esto. Estoy cansado, tú también debes estarlo, y no quiero molestarte más.

—No me molestas. Y no estoy cansada, he tenido una tarde tranquila. Anda, pasa a la camilla. —La señaló con un gesto de la cabeza y después fue a rebuscar en unos cajones.

—¿Entonces, por qué estás enfadada?

—Porque creo que has bebido demasiado y eso ha hecho que te pelees con alguien, y me parece una estupidez. ¿Ha sido en el hotel? ¿Estabas en la cena cuando te has peleado?

Él la miró de una manera extraña, como si estuviera decidiendo qué decirle.

—He tropezado y me he caído sobre una botella rota. Ya te lo ha dicho Michael —dijo por fin.

—Entonces debes de haber bebido mucho. —Se enojó al notar que no le contaba toda la verdad—. A ver la herida de la cara. —Empapó un algodón en desinfectante y le dio toques suaves. William contuvo el aliento y apretó los puños—. ¿Te duele?

—Ahí, no. Aquí —comentó él con voz áspera, y se señaló el pecho justo bajo el corazón.

Entonces ella se fijó en que la mano derecha estaba hinchada.

—¿Puedes moverla bien?

Dejó la gasa en la mesita, le tomó la mano y movilizó los dedos de uno en uno. Se mordió la mejilla por dentro. Aquel acto debía ser estrictamente profesional, pero había algo demasiado íntimo en él, como una caricia, y sintió que una onda de calor se expandía por su cuerpo.

—Sí, puedo moverla, aunque me duele. Pero me duele más la herida.

—Desabróchate la camisa —murmuró ella, inquieta. Sentía como si el espacio entre ella y William fuera colapsando.

El joven se quitó la chaqueta con cierta dificultad y ella, sin ayudarle, se alejó hacia una vitrina que había contra la pared. Prefería estar de espaldas mientras William iba desabotonando su camisa. Se sentía confusa y quería poner un poco de distancia con la excusa de coger el material que iba a necesitar. Lo puso todo en una pequeña bandeja y se lavó las manos. Aquel ritual la ayudó a sentirse más serena.

Cuando por fin miró en dirección a la camilla supo lo equivocada que estaba. Ella, que había visto desnudos a hombres de todo tipo, no estaba

preparada para aquello. William se había subido la camiseta interior y por la camisa abierta podía apreciar los músculos del tórax y abdomen suavemente marcados. Jamás le había parecido tan excitante el cuerpo masculino. Se quedó mirando el del médico, hipnotizada por el ancho pecho y el vello oscuro que lo cubría y se desplazaba hacia abajo en una fina línea. Sintió que se ruborizaba de forma violenta, le flaqueaban las piernas y se le aceleraba la respiración. Centrándose en la bandeja, y en no quedar como una estúpida dejándola caer, se sentó en un taburete frente a su paciente. Dejó todo el material que llevaba sobre una mesita auxiliar, sin atreverse a mirar a los ojos de William. ¿Habría sido su reacción demasiado obvia?

«Céntrate, Elizabeth», se dijo. Examinó la herida de cerca, era un corte limpio en la parte baja del pecho, que iba desde delante hacia el lado izquierdo. No era profundo, por fortuna. William tuvo que apartar un poco la camisa, rota y manchada de vino y sangre, para que Elizabeth lo viera entero.

—Será mejor que te desnudes de cintura para arriba. Voy a estar un rato con esto, necesito comprobar que no hayan quedado restos de cristal, tela o suciedad.

Se centró en ser profesional y en olvidarse de esa parte de sí misma que no reconocía, aquella que de repente anhelaba pasear sus dedos por aquella piel. Quizá era la edad. A su edad, veintiséis años, muchas mujeres estaban casadas y tenían hijos; era normal que alguna vez un hombre pudiera encandilarla. Solo tenía que mantener la mente fría y recordar que William era un donjuán que había besado a Helen. Mientras él se quitaba la camisa, se volvió a lavar las manos en una palangana de ácido fénico que tenía sobre la mesita; no le resultaba cómodo coser con guantes.

—Voy a hacerte daño —advirtió, esquivando los ojos de William.

—Es inevitable —musitó él, y su voz parecía albergar un secreto.

—Bien —contestó ella. Apartó la vista del suave movimiento del pecho masculino al respirar y la enfocó en el corte.

Limpio la herida con una gasa y desinfectante, y la miró más de cerca. Demasiado cerca. Casi podía sentir el calor que él desprendía. Despojado de las ropas que olían a vino pudo percibir un nuevo aroma, una mezcla de sudor limpio, jabón y lavanda. Nunca se había emborrachado, pero la alteración de sus sentidos en aquel momento, la euforia mezclada con la confusión, debía de ser algo parecido.

—Un poco de anestesia —avisó antes de inyectar el líquido.

Él no se movió. Ni siquiera cuando ella separó los bordes para abrir la

herida y ver si estaba bien limpia antes de empezar a coser. Estaba tan quieto que parecía aguantar la respiración. Lo miró a la cara, aunque sabía que no era buena idea. El joven tenía la mandíbula apretada con fuerza y los párpados cerrados, y eso la preocupó.

—¿Te encuentras bien?

Como única respuesta, él asintió sin abrir los ojos. El joven inhaló y exhaló lentamente, y ella se dio cuenta de que su aliento tenía un sutil aroma a café, no a alcohol. Su mirada se perdió de nuevo en el pecho masculino, hipnotizada al ver cómo se marcaban los músculos con la entrada y salida del aire. Se riñó en silencio y volvió al trabajo, luchando contra su propia respiración, intentando tomar poco aire cada vez, como si así pudiera evitar el efecto que su aroma, su proximidad y la intimidad que compartían estaban teniendo en ella. Su corazón latía desbocado, tanto que escuchaba su propio pulso en los oídos, sus mejillas ardían y cuando dio la primera puntada notó que sus manos temblaban ligeramente. Luchaba por el control de su cuerpo, atraído hacia el de William, mientras notaba en su intimidad una presión dulce y dolorosa al mismo tiempo. Jamás había deseado a un hombre, pero supo que era eso.

Ojalá William dijera algo. Necesitaba algo de charla insustancial, pero ni un solo tema acudía a ella. Estaba confusa. Debía de estar más cansada de lo que había creído. Si no, no se explicaba bien su estado actual. El tiempo parecía discurrir con lentitud insoportable, pero solo eran seis puntos, y por fin fue a por el último. Tensó el hilo y lo cortó.

—Elizabeth. Te tiemblan las manos —susurró William con una voz que jamás le había escuchado. Su tono ronco despertó todas sus alarmas.

«No lo mires. No lo mires. Di que estás cansada. Vete», decía la parte de su cerebro que aún razonaba.

Pero su cuerpo no respondía. Alzó los ojos, fascinada por una llamada instintiva que ella ya no podía reprimir, por algo más fuerte que su voluntad. De entre sus labios se escapó un jadeo. La mirada de William la encendió como si él fuera fuego y ella papel. Él puso dos dedos bajo su barbilla, levantando su cara con delicadeza.

«No lo hagas», quiso decirle, pero las palabras no llenaron el vacío entre ellos. Fueron los labios de él, acercándose lentamente a los suyos. Fueron los de ella, que, sin darse cuenta habían salido a buscar los del hombre, impacientes por el encuentro. Cuando se unieron fue apenas un roce, el aleteo de una mariposa, pero Elizabeth sintió que le faltaba el aire y que el aliento

del joven le encendía los labios. La caricia de la boca masculina sobre la suya fue delicada, tentativa, y parecía pedir permiso en silencio. Sus dedos ya no la tocaban, nada la sujetaba, pero sentía que no podía escapar, y empezó a olvidar por qué tenía que hacerlo. La presión de la boca de William contra la de ella aumentó, y la joven sintió como si le fallaran las fuerzas y su cuerpo navegara a la deriva. Se separó de él con la sensación de que se tambaleaba.

Los brazos de William se extendieron para sujetarla por la cintura, la alzó y la colocó sobre su regazo. Esta vez sus bocas se reunieron con urgencia. El joven atrapó el labio inferior de Elizabeth y lo succionó con suavidad. Ella era plenamente consciente de que él estaba desnudo de cintura para arriba, de que debería haberle parecido indecente, pero no le importó, al contrario, se amoldó al cuerpo masculino como arcilla blanda. Cruzó sus brazos tras el cuello de William y enredó los dedos en su cabello con placer. Era tan suave como había imaginado, y él ronroneó como un gato.

—Elizabeth... —susurró contra su boca—. Déjame probar tu dulzura.

Ella comprendió lo que le estaba pidiendo, pero no cedió hasta que él presionó su boca contra la de ella y le lamió el labio inferior, tentando, esperando. Entonces separó los labios, deseosa de probar lo que él le ofrecía.

La invasión de la húmeda y cálida lengua de William fue dulce, casi tímida. Acarició con suavidad la boca de Elizabeth, sin prisas, saboreándola, enseñándole cuán placentero podía ser un beso. Ella se tensó, pero de inmediato se dejó hacer, abrumada por aquella cercanía. Los brazos de William le ceñían la cintura y la apretaban contra el duro torso masculino. Acarició la nuca del hombre y su lengua fue a buscar con timidez la de él. William gimió y el sonido resonó como un eco que le llegó hasta lo más íntimo. Entonces el beso se volvió más intenso y profundo, llevándola a niveles de necesidad que jamás había experimentado. Algo se rompió dentro de ella, como si de repente el terremoto de sensaciones que la sacudía hubiera agrietado unas compuertas en su interior, y tuvo miedo.

Aquello le dio fuerzas suficientes para quitar las manos de la nuca de él y apoyarlas en sus hombros haciendo fuerza para apartarse. Necesitaba respirar, pero por más que se esforzaba sentía que le faltaba el aire. William la liberó, y ella saltó de la camilla y corrió como pudo hacia la puerta del despacho, huyendo de sí misma, aunque sabía que era imposible.

Capítulo 12

Había dado por imposible poder dormir aquella noche. Ni siquiera quería pensar en cómo se enfrentaría a él por la mañana, pero para eso aún faltaban unas horas. Esperaba que para aquel entonces la tormenta en su interior hubiera amainado.

Estaba sentada sobre su camastro con la mirada perdida, los brazos apretando las rodillas contra su pecho. Inclino la cabeza y la apoyó sobre sus rodillas, suspirando. ¿Cómo había podido perder el control de esa forma? Estaba enfadada consigo misma y con William. Se sentía perdida al descubrir una Elizabeth extraña, ingobernable y sensual, una parte de sí misma que desconocía y que la asustaba. Aún le parecía notar el aroma a lavanda, el sabor de su boca, el calor de su torso contra su cuerpo y su corazón latiendo fuerte y rápido. Apretó los ojos con fuerza deseando que todas aquellas sensaciones que la atormentaban desaparecieran, pero vio en su mente su mirada azul quemándola.

Maldijo en silencio. Haberse dejado llevar por la pasión había sido embriagador, pero tenía que ser racional. Para él solo había sido un corto pasatiempo. Además, William no tenía nada que perder dejándose llevar por la lujuria, pero ella podía perderlo todo si se corría el rumor de lo que había pasado entre aquellas cuatro paredes. Por el amor de Dios, ¿se había abrazado a un hombre semidesnudo en una consulta! Se avergonzaba de sí misma, pero lo peor era sentirse traicionada. Se suponía que él era su amigo, pero un amigo no se comportaba así. Además, ahora que sabía cuánta dulzura podía contener un beso le molestaba que fuera él quien se lo había mostrado, un hombre que apenas le daba importancia a lo que a ella en esos momentos le quitaba el sueño.

—Diablos, estoy loca —maldijo de nuevo. Se tumbó sobre la cama, se tapó con las mantas y decidió que no iba a pensar más. Al final, el agotamiento acudió en su ayuda.

*

William salió corriendo de su casa y detuvo un taxi. El taxista no disimuló una mirada de curiosidad hacia su hematoma.

—Al hospital del condado, por favor.

En cuanto el vehículo se puso en marcha, William se esforzó por relajarse.

Sabía que tenía un aspecto más bien penoso, entre las ojeras por no haber dormido y el hematoma que se había extendido hasta casi cerrarle el ojo, pero no podía hacer nada para evitarlo. Se acomodó en el asiento y cerró los ojos confiando en que, si llegaba a dormirse, el taxista lo despertaría. El rostro de Elizabeth llenó la oscuridad como había venido pasando durante toda la noche. Veía de nuevo la mirada de deseo en sus ojos verdes, la tensión en su cuerpo, casi palpable, y el temblor en sus hábiles y bonitas manos cada vez que le daba una puntada. Aquella aguja no se había metido bajo su piel tan profundo como ella.

Mientras había creído que la atracción era solo cosa suya, William había podido dominarse, pero cuando por fin se percató de que él también la afectaba... Sí, había seguido luchando contra sí mismo hasta que no pudo más. Su respiración se hizo pesada recordando la dulce calidez de su menudo cuerpo apretado contra el suyo... Elizabeth le había besado no solo con su boca, sino también con todo su cuerpo, y él quería pensar que con su alma. Debería sentirse avergonzado, pero él no la había obligado a nada, ni mucho menos habría esperado que ella respondiera de aquella forma. Su madre creía que la joven no estaba enamorada de su prometido y ahora él le daba la razón. ¿Cómo podía besarle así, si estaba enamorada de otro?

Levantó la mano y se acarició los labios con dos dedos, recordando la suavidad del contacto. Por más pasión y sensualidad que hubiera en su entrega, era obvio que la joven era nueva en el arte del beso. Su lengua se había movido contra la suya en caricias inexpertas. Abrió los ojos, mirando sin ver el paisaje del amanecer de Chicago. La doctora estaba prometida a un soldado y no era un secreto que, en aquellos tiempos, muchas mujeres entregaban su virginidad antes del matrimonio como regalo de despedida a sus novios. Aunque algunas no llegaban tan lejos era raro que no hubieran intercambiado caricias atrevidas, pero William intuía que Elizabeth no era una mujer con experiencia.

De todas formas, no podía hacer nada. Estaba seguro de que ella estaba más que arrepentida de haberse dejado llevar. Él no, pero debería. ¿Cómo podía olvidarla, ahora que había probado sus besos y sabía la pasión que ella escondía? Su ánimo se volvió gris como el día.

*

Elizabeth decidió que iba a terminar su café sí o sí. Necesitaba una buena dosis para poder aguantar en pie. Que el aroma le recordara a William no tenía que impedirle beberlo. De nuevo se lo llevó a la boca y ahora, ya frío, la

sensación fue más leve.

«Bien, a partir de ahora café frío. Otra consecuencia de actuar sin pensar», se dijo con acritud.

Trabajó durante toda la mañana sin parar, lo cual no le permitió pensar en nada más. Durante el almuerzo no coincidió con William, por fortuna. Pero en el laboratorio no podría evitarlo.

Era hora de ser valiente. Su corazón latía veloz. Metió las manos en los bolsillos de la bata para ocultar que le temblaban, y penetró en la amplia sala. Algunas caras se giraron para saludarla cordialmente mientras otras seguían atentas a su trabajo. ¿Por qué le pareció que algunos compañeros estaban demasiado concentrados en su trabajo? ¿Por qué imaginó que las caras sonrientes eran demasiado sonrientes?

Sacudió la cabeza. Su cerebro le estaba jugando malas pasadas. De repente sintió una especie de cosquilleo en la nuca.

—Buenas tardes, doctora —saludó la voz del médico, quien pasó por su lado deslizándose hacia su lugar habitual de trabajo.

Ni una mirada, ni un roce. Nada.

Bien. Ahora solo tenía que recuperar su ritmo cardíaco habitual. Suspiró con alivio. William había optado, como ella, por hacer como si no hubiera pasado nada.

Se dirigió hacia la incubadora y recogió las muestras que había colocado la noche antes para comprobar si crecía algo. Se esforzó por olvidar, pero fue imposible. A lo largo de la tarde comprobó que todo había cambiado. Allí donde él se movía, ella lo percibía. De vez en cuando sentía su mirada fija en ella, pero cuando se atrevía a comprobar si era así lo descubría mirando por los oculares de su microscopio. A ratos le parecía escuchar su respiración, y cada uno de sus movimientos estaba magnificado en su oído. Había una especie de vibración en el aire, algo indefinible, entre ellos. Elizabeth levantó la mirada de su trabajo y se frotó el ceño, respirando hondo para calmarse. Con los días, la sensación iría difuminándose y podrían llegar a un punto algo más cómodo.

Miró la hora y estuvo a punto de desesperar cuando comprobó lo lento que pasaba el tiempo. En aquel momento se dio cuenta de una ausencia que no había notado. Lewis no estaba. ¿Se encontraría enfermo o habría bebido más que el resto? Sus ojos viajaron hacia el hematoma que William lucía en su pómulo.

«No habrá sido capaz de pelearse con Lewis». No, no podía ser. Ambos

eran hombres educados, no resolverían sus problemas de esa forma. Negó con la cabeza y volvió a centrarse en su trabajo hasta que llegó la hora de salir.

—¿Crees que hoy también vendrán pacientes? —preguntó la estudiante el sábado por la mañana mientras se dirigían a la consulta de venéreas.

—Madre mía.

Ante la puerta había por lo menos una docena de hombres esperando. Reconoció un par de caras, pero todos los demás eran pacientes nuevos. Todos se pusieron en pie de forma simultánea con sus gorros o sombreros en la mano y dieron los buenos días. Esta vez el grupo era más variopinto, no había solo trabajadores del puerto y hombres de mar. Ellas devolvieron el saludo y penetraron en el despacho. Elizabeth se estremeció al recordar los momentos que había compartido con William en aquel espacio.

—¡Parece que el boca a boca ha funcionado bien! Podremos con todos, Elizabeth. No te preocupes —la animó Julia, interpretando erróneamente su sofoco.

—Lo sé, lo sé, es que no me esperaba esto —respondió en voz baja. Era como si con aquel beso William hubiera inyectado una droga en su sangre, un anhelo, algo a lo que no se atrevía a poner nombre.

Abrió el cajón donde guardaba bajo llave su agenda de pacientes y sus notas sobre cada uno de ellos. «Espero poder hablar hoy con Paul. Solo él podrá romper este hechizo», se dijo a sí misma, y salió a la sala de espera dispuesta a anotar a todos los John Smith que había allí.

Fue un día muy ajetreado, pero se sentía muy satisfecha mientras, ya por la tarde, recorría el camino hacia la salida. Se adentró en la gélida noche de Chicago, perdiéndose entre la gente que se dirigía a sus hogares. Le apenaba un poco saber que no iba a encontrar la reconfortante presencia de Lillian al llegar a casa, su mentora se había despedido aquella misma mañana.

—Hola, cariño —la saludó Margaret en cuanto ella entró en la salita. Elizabeth se inclinó para darle un beso en la mejilla—. Siéntate aquí, a mi lado. Tienes buen aspecto. ¿Ha ido bien el día?

—Sí, muy bien, gracias —repuso mirando el carillón—. No ha llamado Paul aún, ¿verdad?

—No, todavía no, muchacha impaciente. —La viuda sonrió—. Debes de echarlo mucho de menos. Si quieres puedes llamarlo tú.

Elizabeth se sintió culpable por mentir a todo el mundo. Claro que lo echaba de menos, pero no como la viuda creía. Necesitaba a su amigo, quería

agarrarse a su sentido común y a su cariño como el que se agarra a una roca en medio de aguas turbulentas.

—No, Margaret. Él me dijo que me llamaría, y esperaré a que lo haga. Ya abuso bastante de usted.

—Tonterías, pero haz lo que desees, no discutiremos por eso —dijo con afecto—. Mañana domingo no trabajas, ¿verdad?

—No. Podré descansar un poco.

—¿Me acompañarás a la iglesia? Hay un servicio a las once, no tienes que madrugar.

—Por supuesto. ¿Y... Helen?

—Mi sobrina tiene que ir a recibir a mis cuñados a la estación.

—Cierto, lo había olvidado —murmuró la joven.

Los Stanley de Nueva York tenían su propia residencia en la ciudad. Helen se alojaba con su tía para hacerle compañía y porque no era apropiado que estuviera sola.

—Es probable que esta semana nos veamos poco. Tengo que hacer de anfitriona, e imagino que tú empezarás con la mudanza —comentó la viuda—. Pero me encantaría verte en la cena que organizo el próximo sábado para agasajar a mis cuñados. En las ocasiones en que mi familia política viene a Chicago aprovecha para consolidar relaciones. Si pudieras venir, tu presencia y la de la señora Foster compensarían la... frialdad de mi cuñado.

La doctora sintió que se mareaba.

—¿La... la señora Foster?

—He invitado a los Foster a petición de mi cuñado —explicó—. Tienen lazos de amistad, y él me expresó su intención de estrecharlos.

Elizabeth tragó saliva, sintiéndose como si se acabara de enredar en una enorme telaraña. Miró en las pupilas de la viuda, pero solo vio afecto y soledad. Sospechó que la mujer tenía tantas ganas de estar en esa cena como ella misma, y por eso le pedía aquello.

Se aclaró la voz e intentó dulcificar su respuesta.

—No sé si me parece buena idea, Margaret —dijo. Aquello era diplomacia. Lo cierto es que pensar en compartir mesa con Helen, William y los padres de ambos le hacía querer escapar dando gritos como una lunática.

La viuda dejó escapar una risita.

—Te confieso que no siento ninguna simpatía por William Foster sénior, pero he de hacerlo por mi familia. —Le tomó la mano y miró el anillo de compromiso—. Tú, sin embargo, no tienes por qué venir. He hecho mal

pidiéndotelo, no imaginaba que te resultaría tan desagradable la idea. Es... ¿por lo de Helen y William? —La miró dubitativa.

—¿Qué pasa con Helen y William? —preguntó la joven frunciendo el ceño.

Margaret soltó el aliento.

—Nada, todavía. Pero diría... que los padres de ambos están interesados en un compromiso.

—Eso no me afecta —espetó, aunque sentía como si le hubieran asestado un golpe en pleno estómago. Apartó la mano de la de Margaret.

Margaret la estudió con mirada aguda.

—Estoy siendo una entrometida, pero quería decírtelo. En las ocasiones en que os he visto juntos me ha parecido que hay cierto... mutuo interés. O quizá mis ojos de vieja me engañan. —Margaret levantó la mano y detuvo la incipiente protesta de la joven—. Compartís la misma pasión por la medicina, eso es evidente. Pero, y disculpa que te dé consejos indeseados, espero que tu inteligencia te guíe. —Le volvió a tomar la mano y miró de nuevo el anillo de compromiso—. No es porque seáis de distintas clases. Sé cuánto amas tu trabajo, y supongo que no querrás verlo comprometido.

—Ha hablado con Lillian —afirmó sin contestar a la pregunta.

—Siempre hablo con Lillian. Pero, como ya te he dicho, tengo ojos.

—Si es tan evidente lo que ustedes creen —gruñó, molesta y sofocada— estará de acuerdo conmigo en que la idea de esa cena es pésima.

—Ahora sí, querida. —La mujer se carcajeó, sorprendiéndola.

—Creo que esa impresión que tiene es producto de habernos visto compartir el gusto por nuestra profesión. No hay nada más —mintió intentando convencerse a sí misma.

—Bien. Me alegra oírlo, no sabes cuánto.

—No voy a ir a esa cena, señora Stanley. No quiero que nadie más tenga impresiones equivocadas. Además, por lo que he oído del padre de William, malditas las ganas que tengo de conocerlo.

La viuda sonrió.

—Como deseas. Pero el ofrecimiento sigue en pie, por si cambias de idea.

Elizabeth no pensaba que eso fuera a pasar. Se sentía enferma por el disgusto, la confusión y el exceso de información. Justo en aquel momento sonó el teléfono.

—Es para... —el criado se quedó boquiabierto cuando Elizabeth le arrebató el teléfono de las manos— usted.

—Gracias —dijo, jadeante. Se había dado una buena carrera en sus prisas por coger el teléfono. O más bien por huir de la señora Stanley.

—¿Elizabeth? —La agradable voz de Paul sonó al otro lado de la línea.

—Paul, has tardado mucho.

—Creo que me he retrasado dos minutos.

—Pues se me han hecho eternos.

—¿Estás bien, Lizzy? Parece que te falte el aire.

—Es que he venido corriendo.

—Vaya, me siento halagado.

—¿Cómo te encuentras? —indagó—. ¿Y mamá, y Charles?

—Todos bien. De hecho, pronto lo vas a comprobar tú misma.

—¿Cómo?

—Camino con las muletas casi como si hubiera nacido con ellas, y ya no me duelen los brazos. Si todo va bien, en unos pocos días podremos viajar a Chicago.

—¿Qué? ¡Eso es maravilloso! Tengo muchísimas ganas de veros a todos.

—¿A todos... por igual?

Elizabeth se mordió el labio sintiéndose mal; parecía que Paul no iba a dejar las cosas tal como estaban antes de su partida hacia Europa.

—Paul...

—Solo bromeaba, ya sé que a tu madre la quieres mucho. —Ella notó en su voz que sonreía, y se le contagió—. Dime, ¿cómo te va todo?

—Muy bien, Paul. Estoy aprendiendo muchísimo. Trabajo mucho también, pero es algo que me hace feliz, sobre todo ahora que ya no me miran como a un bicho raro.

—Me alegra de veras escucharte decir eso, es lo que siempre habías querido. ¿Y qué harás cuando termines? Eso no lo tenías tan claro.

—No lo sé. Si no puedo quedarme en el hospital, me marcharé adonde encuentre un buen trabajo y pueda seguir aprendiendo. Dime, ¿sabéis ya cuándo venís a Chicago? Quizá pueda pedirme algún día libre.

—Aún no, pero pronto te lo podré decir. Seguro que te dan permiso si les dices que es para ver a tu prometido herido. —Pareció bromear, pero ella sintió un nudo en el estómago y no pudo hablar—. Lizzy, ¿se ha cortado la comunicación?

—No, estoy aquí. Vamos, Paul, necesito ponerme al día. Cuéntame cotilleos del pueblo —dijo, cambiando de tema.

—Te los puede explicar tu madre. Está aquí, esperando para poder hablar

contigo.

—Pásame con ella, por favor.

Ambas estuvieron charlando y también riendo un buen rato. Elizabeth había añorado tanto hablar con su madre que se sintió invadida por una completa felicidad. A su pesar, tuvieron que parar para no encarecer demasiado la conferencia. Antes de terminar, Paul se puso al teléfono, le prometió llamar de nuevo para hacer planes cuando tuvieran la fecha del viaje, y colgaron.

—Solo tiene que delegar todas las pruebas que genera su consulta de los sábados en el doctor Foster y podrá con todo —repuso el doctor Parker con simpatía. Elizabeth había acudido a su jefe en busca de apoyo cuando Stevens le había informado de que tendría que visitar también la sala de tísicos durante todo un mes—. Sabe que cada vez hay menos personal para hacer el mismo trabajo, y Dios quiera que no tengamos más, porque cada guerra trae sus propias epidemias. A nosotros aún no nos ha tocado sufrir ninguna, pero no podemos cantar victoria. Los jinetes del Apocalipsis nunca vienen solos.

Elizabeth contuvo las ganas de replicar que no necesitaba referencias bíblicas, necesitaba ayuda. Decepcionada, se fue hacia su mesa. Había esperado un poco más de apoyo. Sabía que podía llegar a asumir ese trabajo, pero le habría gustado que su jefe aceptara la realidad: que a ella se le pedía más que a otros para considerarla una igual.

Suspiró, tenía que ver el lado positivo: todo era aprendizaje. Durante las siguientes semanas tendría que comer a toda prisa para llegar a tiempo al laboratorio, o no comer y hacer un desayuno fuerte, o...

—Doctora Scott.

Estuvo a punto de tirarse por encima los colorantes para las tinciones. Solo le habría faltado eso, parecer la mujer arcoíris. Se giró y vio los azules ojos de William mirándola con preocupación mientras ella intentaba recolocar las botellas, tumbando otras en el intento.

—¿Sí? —acertó a decir, notando un calor que le subía desde el cuello y se expandía por su cara. Era la primera vez que él le dirigía la palabra desde... aquella noche. Notó que su ojo amoratado ya no estaba hinchado y tenía solo un tono verdoso alrededor del pómulos.

—Lo siento, no quería sobresaltarla —dijo muy serio. Eso que a ella le pareció un brillo divertido en la mirada eran imaginaciones suyas.

—Es... estaba concentrada. ¿Qué desea?

—Solo me preguntaba cuáles son las muestras para analizar. Las del

sábado.

¿Por qué tenía aquella voz? Era masculina y al mismo tiempo parecía una caricia. De repente unas palabras resonaron en su interior: «Deja que pruebe tu dulzura, Elizabeth», y ella no había dudado en ofrecerle su boca, hasta que la había cautivado, haciéndole perder casi por completo la razón. Jamás ningún hombre la había afectado tanto. Él era peligroso y debía mantenerse alejada.

—Las tengo identificadas con números. —Lo había hecho así para mantener la confidencialidad, y él asintió con gesto de comprensión. Ella le pasó un papel doblado de su bolsillo—. Esta es la lista, ponga una señal en los que pueda hacer, del resto me encargaré yo —dijo, y volvió a su trabajo sin esperar respuesta. No podía mirar más aquellos iris sin sentirse casi transparente, como si él pudiera leer en su alma.

—De acuerdo —repuso el médico alejándose hacia su mesa.

Elizabeth se sentía contrariada. Había pensado que su disgusto consigo misma y con William por aquel beso tan indecoroso sería suficiente como para mantenerla alejada de él, pero no era así. No era solo que lo encontrase aún más atractivo que antes. Ahora el solo hecho de beber café, de oler lavanda o de escuchar su voz conseguía despertar una oleada de sensualidad en ella. Esperaba que con el tiempo las sensaciones disminuyeran, al fin y al cabo, el tiempo lo curaba todo.

«Claro, por eso Paul, que lleva meses sin verte, ya no piensa en ti», sonó una voz burlona en su cabeza. A veces, su conciencia era bastante irritante. Cuando terminó miró la hora en el reloj. Se había hecho tarde, pero también tenía que hacer el trabajo pendiente de su consulta. A su alrededor apenas quedaba personal. Pudo ver a William ante la centrifugadora y contuvo un lamento. Ahora tendría que hablar con él para averiguar cuántos análisis quedaban por hacer, pero lo peor sería marcharse en el «ele» a horas intempestivas.

—Ninguno —fue su respuesta cuando ella se dirigió a él con timidez.

—¿Ninguno?

—No. He podido terminarlos todos. Lo único que queda por hacer es mirar las biopsias. Pero, puesto que son pocas y estamos a lunes, he pensado que podemos hacerlo mañana. Así usted no saldrá tarde —añadió con suavidad.

Ella pestañeó un momento y cerró la boca, abierta por la sorpresa. Lo miró mientras pensaba una respuesta; era extraño sentir que cuidaba de ella, porque eso era lo que él estaba haciendo, a su manera. Quiso llamar gratitud a

la emoción dulce y cálida que se enroscaba en su pecho y se extendía por el resto de su cuerpo. Y, mientras lo miraba, el gesto de él cambió, pasando de ser profesional a contemplarla como si hubiera percibido más. Sus ojos se tornaron intensos, con un brillo distinto al fuego de la noche del beso, pero no menos abrumador.

Se quedó sin respiración unos segundos.

—Gracias —dijo al fin. No se le ocurrió nada mejor.

Él le correspondió con una sonrisa y le entregó la lista con un simple «hasta mañana».

—Deja que te ayude —le dijo Penny agarrando una de las maletas en el umbral de su puerta—. Oye, cómo pesa esto. ¿Lo has traído todo en el «ele»? Elizabeth se dirigió hacia su habitación.

—He venido en taxi —repuso.

—¿Te quedan muchas cosas por traer?

—Solo unos cuantos libros y lo imprescindible para pasar esta semana. Le prometí a la señora Stanley que me quedaría hasta final de mes.

—Lo sé. En el próximo viaje te acompañaré, hoy no me has dejado.

—Salías de turno de noche. No quería molestarte.

—Elizabeth, si quieres que nos llevemos bien tienes que empezar a tomarme en serio. Cuando te digo que voy a ayudarte no es con la boca pequeña —afirmó.

—De acuerdo, Penny. Tengo que aprender a no querer hacerlo todo yo sola. Es un hábito difícil de cambiar, pero lo intentaré.

—Eso es —confirmó la enfermera con satisfacción—. No es nada malo aceptar ayuda, y no es la primera vez que te lo digo.

—Lo sé, lo sé. Es... —se detuvo a reflexionar un momento— es difícil aceptar ayuda cuando estás tan acostumbrada a luchar sola, pero estoy aprendiendo. Parker me obligó a hacer equipo con el doctor Foster, y la verdad es que fue una buena idea. Menos mal que no lo hizo con Lewis, creo que no le caigo bien. —Penny se puso seria de repente, lo que inquietó a Elizabeth—. ¿Sucede algo?

—Es posible. Ha corrido un rumor por el hospital, no te lo quería decir antes para no preocuparte. Vamos al comedor, estaremos más cómodas.

La doctora sintió que le temblaban las piernas mientras seguía a Penny hasta el sofá, donde ambas se sentaron.

—Me estás asustando. —¿Sería posible que William hubiera dicho algo de su beso?

—No temas. Me planteaba si era mejor que no supieras nada hasta que las aguas volvieran a su cauce, que lo harán, créeme, pero es mejor que lo sepas. —Hizo una pausa que a la doctora se le hizo eterna—. Parece... Parece que el doctor Lewis insinuó en público que la señora Stanley era quien te había conseguido la plaza de residente.

—¿Qué? —Elizabeth casi gritó—. ¿Cómo, cuándo?

—En la cena del laboratorio, la semana pasada. Al parecer, estaba borracho y empezó a decir a quien quisiera oírlo que tú estabas donde estabas gracias a la señora Stanley.

El rostro de la doctora demudó.

—¡Qué... desgraciado!

—No debes preocuparte. De hecho, muchos de tus compañeros te defendieron. —Carraspeó—. Uno de ellos fue William. Le pidió que se disculpara en aquel momento. Parece que estaba muy enfadado.

—Oh, no. No. —Se tapó la cara mientras negaba. Ya imaginaba lo que le iba a explicar.

—Elizabeth, Lewis no solo te acusó de eso. —Hizo una pausa hasta que la doctora volvió a mirarla—. También de trepar buscando el apoyo de Coleman basándote en tu... atractivo. Fue entonces cuando William le pidió que se retractara.

—Y se pelearon —terminó con voz débil—. Dios mío.

Estaba avergonzada porque no hubieran resuelto sus problemas dialogando. Además, que William saliera en su defensa de aquella forma podía ser malinterpretado. Pero no podía negar una íntima satisfacción. William la había defendido. ¡Maldito Lewis! Si pudiera, ella misma le daría una buena paliza.

—No debe preocuparte lo que la gente diga —afirmó Penny como si hubiera seguido el hilo de sus pensamientos—. Yo me quedaría con el hecho de que tus compañeros te defendieron y que William lo hizo de forma más... expeditiva. Al fin y al cabo, sois amigos y él es un caballero. Hazme caso, llevo ya unos cuantos años en el Cook: deja que el tiempo pase, y la gente encontrará otro rumor con el que entretenerse.

Las palabras de la enfermera calaron en su ánimo. Y nadie más sabía lo del beso.

—Supongo que tienes razón. —Sonrió con esfuerzo—. ¿Debería decirle algo a Lewis? No me gustaría que pensara que me puede insultar impunemente.

Penny parecía darle vueltas a lo que iba a responder.

—Creo que es mejor dejarlo estar, me parece que ya le ha quedado claro que tus compañeros te respetan —dijo por fin—. En todo caso, le puedes dar las gracias a William.

Elizabeth asintió, avergonzada de haberle acusado de estar borracho y pelearse. No sabía cuándo lo haría, pero le debía una disculpa.

Capítulo 13

William miraba la invitación que tenía en sus manos con profundo disgusto. Sin pensarlo dos veces la lanzó al fuego, disfrutando de forma pueril mientras la veía consumirse. Estaba concentrado en las llamas cuando escuchó que llamaban a la puerta.

—La señora Foster le espera en el salón, doctor Foster —anunció su ama de llaves.

No se giró para mirarla, esperando que desapareciera hasta el último trozo de la odiosa tarjeta.

—Gracias, señora Ellis. Acompáñela aquí, por favor. —Estaba en la biblioteca, su sala favorita de la casa. Una biblioteca había sido su refugio cuando vivía en casa de sus padres, y lo seguía siendo en su hogar. No recibía a nadie en aquella tranquila estancia, excepto a su madre.

—Buenas tardes, William. —Emma se acercó a su hijo, que permanecía en pie con la mirada clavada en la chimenea. Cuando la tuvo a su lado se agachó y le besó la mejilla que le ofrecía. Emma lo miró con preocupación—. ¿Qué te ha sucedido en la cara?

—Me caí.

Emma lo observó suspicaz.

—¿Has recibido la invitación? —preguntó, más centrada en el motivo de su visita que en indagar sobre el hematoma de su hijo.

—Sí, ahí la tienes —dijo señalando la chimenea.

—William, no te tomes las cosas de esa forma —lo amonestó—. Los Stanley están en la ciudad y son amigos nuestros.

—No deseo ir a esa cena, madre.

—«Madre». Ya veo que estás disgustado. William Henry Foster, haz el favor de sentarte conmigo en este sofá. —Se dirigió hacia el mueble en cuestión—. Estás perdiendo las buenas maneras. Ni siquiera me has ofrecido asiento.

—Lo siento, mamá. —Se sentó a su lado y la miró a los ojos—. Me da la sensación de que es una encerrona. No sé si sabes algo de la visita que me hizo...

—Lo sé —lo interrumpió—, tu padre me habló de ello. Y sí, es una encerrona: él comentará algo sobre lo unidos que se os ha visto últimamente a

ti y a Helen, y quizá haga alguna indirecta sobre una relación incipiente, cosa que ella no negará. No hace falta que te diga que eso te pondría en una situación comprometida.

—No solo a mí. Yo pondría a Helen y a padre en un aprieto si lo negara todo, cosa que pienso hacer de darse el caso. ¿De veras es esa su estrategia? Debe de estar desesperado.

—Eres nuestro único hijo, el heredero, y él quiere decidir con quién formas una familia. Helen le parece una buena candidata.

—No voy a tolerar que se inmiscuya en algo tan importante —afirmó—. Juntos, Helen y yo solo seríamos desgraciados.

—Lo sé, hijo. Y te apoyo.

—Entonces, ¿cómo quieres que acepte ir a esa cena donde mi padre pretende ejercer de casamentero? —Frunció el ceño—. Te juro que lo único que he hecho para darle esperanzas a esa mujer ha sido besarla.

—¿Besaste a una dama con la que no te une ningún tipo de compromiso? —Arqueó las cejas.

William suspiró, había metido la pata. No podía decirle: «por cierto, mamá, a una no. A bastantes más de una, y no solo besos». Pero solo una lo había trastornado de una forma que era incapaz de comprender, y no era Helen.

—Sí. La besé. —Respiró hondo mirando los labios apretados de su madre—. Pero en mi defensa tengo que decir que estamos en 1918, y que eso no implica una declaración de amor eterno, ni mucho menos una promesa de matrimonio —repuso—. Y te prometo que si llego a saber los problemas que me iba a acarrear aquella tarde en el cine...

—¿Fuisteis solos al cine? —exclamó escandalizada—. ¿Se puede saber en qué estabas pensando, William? Creí que tu época de donjuán había pasado a la historia.

—Y lo hizo, desde que me enamoré de mi profesión —afirmó. Pudo notar que el rostro de Emma se relajaba—. Lo de Helen fue... —«para demostrarme que podía dejar de pensar en la irritante doctora Scott»— un desliz.

Ella lo miró calibrando su expresión y sus palabras, y no dijo nada durante un minuto. Al final respiró con evidente alivio.

—Me alegro, hijo, sabes que Helen no me gusta para ti. Pero si el señor Stanley se enterase de que has llamado «desliz» a su hija... —Negó con la cabeza, sin terminar la frase.

—Solo la he besado, no la he dejado embarazada —repuso, molesto.

—Hay algo que no sabes, y es que Stanley llamó a casa hace días y estuvo hablando con tu padre durante bastante tiempo. No sé qué le contaría Helen, pero creo que está convencido de que el compromiso es casi un hecho.

—¿Crees que Helen puede haber mentido? —inquirió el joven con alarma.

—No lo sé, pero quiero que tengas cuidado. Y eso incluye enfrentarte a los hechos y comportarte de forma normal, acudir a la cena como si no fuera contigo. Como tú dices, estamos en 1918, y nadie te va a obligar a casarte por la fuerza. Esos dos hombres te pueden complicar la vida si te niegas a entrar en el juego. Debes jugar y demostrarles que no pueden imponerte su voluntad.

—Lo haré. —Se quedó pensativo unos instantes, y cogió las pequeñas manos de su madre entre las suyas—. Tú y papá formáis una pareja extraña.

—Aunque no te lo parezca, tenemos el mismo interés: cuidar de la familia, William. Solo que cada uno lo entiende a su manera. —Le sonrió con melancolía y se levantó. Él la siguió—. Tengo que irme. Entonces... ¿te veo el sábado en casa de la señora Stanley?

—Allí estaré.

—¿Sabes si acudirá la doctora Scott?

—No lo sé. Quizá tenga guardia, u otro compromiso —dijo al tiempo que componía su mejor cara de póker. Ni siquiera se le había ocurrido que ella podría estar allí. Para su sorpresa, Emma soltó una carcajada.

—Cuando te esfuerzas tanto en no expresar ninguna emoción es cuando sé que algo te importa de veras, hijo. —Le palmeó la cara con cariño—. Me gustaría verla, aunque lo mejor sería que no estuviera allí.

William estaba de acuerdo.

*

—¿Este sábado? ¿Ya? —Penny sonrió de oreja a oreja mientras tomaba una de las cajas que llevaba Elizabeth para ayudarla—. Debes de estar encantada, ¿no?

—Sí, desde Navidad no veo a mi madre y a Charles. Y hace más tiempo aún que no veo a Paul. —Depositó el resto de las cajas sobre su cama y se sentó en ella. Penny la imitó.

—Pareces tenerle cariño al padre de tu novio.

—Es que es como... —dudó un poco, y al final decidió que podía confiar en la discreción de Penny— como mi padre.

Penny esperó en silencio a que Elizabeth siguiera hablando. Al cabo de

unos momentos, esta continuó en voz baja:

—Mi padre era alcohólico. Nos abandonó a mi madre y a mí cuando yo tenía seis años. Desapareció, y jamás hemos vuelto a saber de él. Apenas lo recuerdo, pero es lo mejor. —Tragó saliva—. Mi madre es comadrona y curandera en el pueblo y, en los últimos meses antes de abandonarnos, él no solo no ganaba dinero, sino que se gastaba el de mi madre en bebida. Solo me quedan imágenes de él discutiendo con ella y a veces... —se calló.

—Entonces sí, lo mejor fue que desapareciera —dijo su amiga, apoyando una mano sobre su brazo.

—Mi madre atendía todos los partos de las mujeres que no podían pagar al médico del pueblo. Y tengo que decirte —dijo con orgullo—, que incluso este le pidió ayuda más de una vez. Una de estas veces fue por la madre de Paul —añadió con tristeza—. Parece ser que el parto fue muy dificultoso. Mi madre acudió a la llamada del doctor, pero solo pudieron salvar al niño. Ella... murió desangrada. Después, mi madre ayudó en lo que pudo a Charles, que se había quedado solo para criar un bebé. Yo nací un año después y su padre fue una especie de padrino para mí.

—Entonces erais un poco como hermanos.

—Sí. Él era algo así como mi hermano mayor. Cuando mi padre nos abandonó algunos niños se burlaban de mí con crueldad, y él me defendía siempre, a veces incluso a golpes. Más de una vez el maestro había acudido a casa de Charles para informarle del... mal comportamiento de su hijo.

Penny soltó una risita.

—Imagino que sería maravilloso tener un amigo así.

Elizabeth suspiró.

—Lo es. Es un gran amigo.

—Es muy bonito que tu prometido sea tu mejor amigo —afirmó Penny.

—Sí, es bonito. —Elizabeth se sonrojó ante los inquisitivos ojos castaños de su amiga. No estaba hablando de Paul como de un prometido—. Tengo muchas ganas de verle. A él y a todos. —Era cierto, pero un susurro en su interior le decía que había llegado el final de una etapa. Negó con la cabeza y se levantó—. Tengo que irme.

—¿Por qué no te quedas a cenar? —Penny la siguió—. Te podré explicar la interesante historia de mi familia y sus ocho vástagos.

—¿Tienes siete hermanos? —Se giró para mirarla con ojos muy abiertos.

—Sí —dijo con orgullo—. Y habríamos sido diez, pero los gemelos no pasaron de su primer cumpleaños —añadió con tristeza.

—Lo siento —dijo la doctora, y enlazó su brazo con el de Penny—. Acepto tu invitación solo si podemos cocinar las dos.

—Oh, vamos, después de disfrutar de tener cocinera durante dos meses no me fiaría de tus guisos. Deja que te deleite con las delicias de la cocina irlandesa.

—De acuerdo. Pero te debo una cena.

—Tendrá todo este año para pagarme la deuda, doctora.

La tarde siguiente, Elizabeth se encontraba en el laboratorio repasando la lista de las pruebas que había solicitado a sus pacientes. Estaba segura de que William había trabajado en ellas en lugar de almorzar, solo así podía haberle dado tiempo a terminarlo todo. Sabía por qué él hacía eso: se aseguraba de que tomara el «ele» a una hora prudente, como el día anterior. Eso la llenaba de un cúmulo de sensaciones tan diferentes que le provocaba confusión, pero la principal era la gratitud. Cuando fuera capaz de mirarle a la cara sin perder la capacidad de hablar con coherencia le daría las gracias, por todo.

—Hay una dama que pregunta por usted, doctor Foster —dijo una enfermera que acababa de entrar en la sala.

Elizabeth prestó atención de forma disimulada.

—¿Una dama?

—Sí, doctor. Está en la recepción. Dice que es la señorita Stanley.

Elizabeth levantó la cabeza de su trabajo y clavó la mirada en William, quien parecía genuinamente sorprendido. De repente él la buscó con los ojos. La irrupción de la rubia en el laboratorio interrumpió el cruce de miradas, y la doctora se concentró en sus notas.

—Buenas tardes, William —dijo acercándose.

—¿A qué has venido, Helen? —La voz masculina sonó suspicaz.

—Querido, no podía marcharme de la ciudad sin visitar el lugar en el que pasas tantas horas. —La neoyorquina llegó hasta él y le dio un sonoro beso en la mejilla ante todo el personal.

Elizabeth sintió ira. ¿Por qué aquella mujer invadía su espacio? Se puso a hacer anotaciones en su lista de pacientes para no ver si William miraba a Helen de la forma en que la había mirado a ella la noche que la besó, tan íntima y subyugante. No lo habría soportado. Se esforzó en ignorar la conversación, pero la aguda voz de Helen parecía resonar por el amplio laboratorio.

—También he venido a recordarte que este fin de semana tenemos una cena. Mis padres están deseando verte de nuevo.

Elizabeth sintió que la cubría un manto helado al tiempo que un dolor sordo e intenso atravesaba su pecho. Su espíritu científico se dispuso a analizar aquella extraña sensación. «¿Será eso lo que llaman romperse el corazón?», se preguntó. Se centró en el ocular de su microscopio y no escuchó la réplica de William. Tampoco se atrevió a volver a mirar hacia aquella pareja; cuando levantó sus ojos de la borrosa lente para limpiarla ya habían desaparecido. Confusa, se dio cuenta de que era ella quien la había mojado con una lágrima. Inspiró con fuerza y se secó con disimulo. Era una estúpida por reaccionar así. Había sido un simple beso. Se suponía que ella estaba prometida. Él no pensaba en ella, si es que lo hacía en algún momento, como pensaba en Helen, la preciosa heredera. Ni siquiera había apreciado la amistad entre ellos lo suficiente como para contener su lujuria.

De la tristeza pasó de nuevo a la ira y se sintió mejor.

*

William arrastró a Helen afuera del laboratorio, sujetando su codo con firmeza disfrazada de delicadeza. Abrió la puerta de la sala de residentes y, tras comprobar que no había nadie, entró con ella y cerró la puerta. La miró con el ceño fruncido. Había decidido aclarar las cosas de una forma civilizada; era culpa suya que ella estuviera equivocada respecto a sus sentimientos, pero le resultaba difícil controlar su irritación por la escena que ella acababa de montar. No podría olvidar la mirada en los ojos de Elizabeth.

—Ahora dime la verdad. ¿Qué haces aquí? —espetó.

—Ya te lo he dicho. Llevamos años de amistad, y todavía no había visto el lugar donde trabajas —repuso ella, sus preciosos ojos azules muy abiertos, las mejillas cubiertas de rubor. Era la viva imagen de la inocencia.

William se sintió culpable por su brusquedad.

—Deberías haberme avisado. No puedes interrumpir el trabajo de una persona porque te apetezca, Helen —afirmó con más calma.

Observó los rasgos de la rubia y lamentó que no le atrajera la mitad de lo que le atraía Elizabeth. Sus problemas terminarían, obtendría un poco de paz y podría dormir por las noches sin anhelar los labios prohibidos de su compañera de trabajo. Pero no era así. Quizá hacía un año no le habría parecido mala idea. Ella sería una buena esposa. Era un buen partido, eso desde luego. Y, probablemente, más que complaciente en la cama.

Pero ya no podía conformarse con aquello.

—Tú no eres solo una persona, William. Eres un amigo.

—También lo es Elizabeth Scott, ¿no? O por lo menos os conocéis. Y ni siquiera has tenido la cortesía de saludarla.

—Ah... ¿estaba ahí dentro? —Arqueó las rubias cejas—. No la he visto. Solo he visto un montón de hombres.

—Era el único hombre con faldas —dijo él con acidez.

—Solo te he visto a ti. No me puedes culpar, William —dijo, levantando la mano como si fuera a acariciarle la mejilla.

Él la detuvo sujetándola por la muñeca antes de que llegara a tocarle. Aquello tenía que terminar, no debía coquetear más con él.

—Helen, ¿le has hablado a tu padre de mí? —preguntó mientras bajaba la mano de ella. La soltó y pudo ver en el parpadeo rápido de sus ojos que no esperaba que fuera tan directo.

—Por supuesto, William. Muchas veces.

—¿Y alguna de esas veces puedes haberle dado la impresión de que yo quería... comprometerme contigo? —dijo con suavidad.

Esta vez no hubo parpadeo. Lo miró fijamente, sondeándolo. La breve pausa en su respuesta le confirmó que ella mentía.

—No.

William no estaba dispuesto a ceder.

—Entonces, ¿por qué mi padre parece tener esa idea después de haber conversado con el tuyo?

—No lo sé. —Por fin había vuelto su gesto de inocencia. Si no fuera porque la había estado observando con atención, le habría engañado con aquel mohín precioso en su boca y sus ojos rezumando inocencia—. ¿Qué te dijo tu padre?

No pensaba darle aquella información.

—Nada importante, seguro que ha sido un malentendido. —William le sonrió con todo su encanto—. No está en mis planes casarme hasta que no pase mucho tiempo. Mi carrera aún está empezando y tengo que concentrarme en ella. —Se acercó y fijó su mirada en Helen—. Ya no saldré más contigo, Helen —afirmó—. No puedo permitirme ciertas distracciones. Y tampoco quiero que haya... malentendidos.

Ella sufrió un evidente sofoco. Su rechazo, disfrazado de conversación amistosa, pareció clavarse en ella, o al menos eso se reflejó en sus ojos. William se sintió un canalla. Quizá sí le había hecho pensar que tenía posibilidades de llegar a ser la señora Foster, pero ahora tenía que dejarle

clara la verdad. Bien educada como era, toda una dama de la alta sociedad, la joven se repuso de inmediato y se irguió alzando la barbilla con elegancia.

—Como desees, William. De todas maneras, espero que no me ignores si acudes a algún compromiso social. Ni en la cena de este sábado —dijo con altivez.

—No he dicho eso, Helen —repuso él, intentando no dejarse afectar por el brillo húmedo de los ojos azules. Se sentía un miserable—. Solo...

—Ya sé lo que has dicho —lo interrumpió levantando la mano. Parpadeó y el brillo de sus ojos desapareció, recuperando por completo su compostura—. Te veré en la cena. Ahora tengo que irme. —Le sonrió con dulzura y se giró para encarar la puerta. Antes de abrirla se detuvo y se giró para mirarlo—. Es una lástima que Elizabeth no pueda acudir a la cena por lo de su prometido.

—¿Su... su prometido? —Abrió la boca y pestañeó—. ¿Qué quieres decir? —Se dio cuenta de que sería un actor horroroso cuando vio la satisfacción en la mirada de ella.

La joven sonrió con dulzura e imprimió una gran emoción a su gesto.

—¿Puedes creerlo? Se encuentra muy recuperado y viene a visitarla. Tengo entendido que ella iba a acudir a nuestra cena, pero, por supuesto, ha cambiado de parecer al saber las novedades. ¿No es hermoso? Un héroe de guerra y su devota novia, una doctora, por fin juntos. —Unió las manos en un gesto como de plegaria.

William ni siquiera pudo hablar mientras Helen desaparecía por la puerta.

*

Aquel sábado hubo una sesión matinal de lo más aburrida. A la joven se le fue la mente por otros derroteros, como recordar que todavía tenía que llamar al periodista amigo de William, Michael. Por un momento se fijó en el perfil de Lewis, que el día anterior había vuelto de su baja. Apenas había dirigido la palabra a ningún compañero del laboratorio. Aunque tampoco lo tenía muy fácil para hablar, la mandíbula debía de dolerle. Se merecía eso y mucho más, pensó la joven. Dirigió los ojos hacia otro punto y se encontró con los iris azules de William, quien no desvió la vista como solía. Esta vez le sostuvo la mirada de una forma tan intensa que ella apartó la suya, acalorada. Maldijo por dentro, preguntándose por qué él parecía estudiarla como si fuera un enigma que tenía que resolver. Cuando terminó la charla se dirigió a la consulta de venéreas, donde había quedado con la señorita Greenfield.

—Doctora Scott.

Se detuvo de inmediato al reconocer la voz detrás de ella.

—Doctor Parker.

—¿Va hacia su consulta?

—Sí. —El veterano médico se colocó a su lado y adaptó el ritmo de su zancada al de ella—. ¿Ha sido interesante la reunión a la que ha asistido estos días?

El hombre se subió las gafas antes de hablar.

—Sí, mucho. Se habló de venéreas, ¿sabe? Han aumentado muchísimo en todo el mundo. ¿Sabía que algunos soldados se contagian de gonorrea a propósito para librarse de estar en el frente? Usan un palito untado de pus de otro enfermo y lo ponen en... su pene.

Ella lo miró, incrédula.

—¿De veras? ¡Qué arriesgado!

—Sí. Usted y yo sabemos que las consecuencias no siempre son un escozor al orinar, y que no son tan sencillas de tratar. Pero muchos solo piensan en librarse de las bombas alemanas.

—Es cierto —coincidió la joven.

—¿Cómo le va a usted su consulta?

—El sábado anterior atendimos casi el doble de pacientes —repuso con orgullo.

—Normal, es usted una buena profesional —afirmó. Elizabeth contestó un escueto «gracias», pero sintió una gran satisfacción. Parker no era de los que iban regalando cumplidos—. Quizá necesite usted más ayuda esta mañana. Ya sabe que puede pedirle al doctor Foster... —aventuró.

—No será necesario, doctor Parker —le interrumpió ella con una sonrisa tensa. No quería a William cerca—. Con la ayuda de la señorita Greenfield tengo suficiente.

En la sala de espera había más pacientes que la anterior semana, todos sentados mirando al frente, pero se levantaron en cuanto ellos llegaron. Elizabeth procedió, como siempre, a anotar sus nombres y asignarles un número.

—Los primeros que pasarán serán los que ya tengo citados de la semana pasada.

Parker asintió, satisfecho.

—Veo que domina la situación. Si necesita ayuda, ya sabe.

«No, si esa ayuda es William».

—Gracias, doctor.

La mañana se complicó más de lo que había previsto y todo se retrasó. Cuando creían que habían terminado llamaron a la consulta dos mujeres, obviamente prostitutas. Debían de haber esperado a que se fueran todos los hombres para asomarse a la sala de espera. Elizabeth se alegró de recibir su confianza e hizo pasar a una.

—Señorita Greenfield, váyase a comer. Tráigame un sándwich de lo que sea cuando termine, por favor.

—No tengo hambre, pero puedo ir a buscarle algo para comer.

Unos suaves toques en la puerta interrumpieron la conversación y William asomó por la abertura.

—Buenas tardes —dijo, inclinando la cabeza a modo de saludo.

—¡Pero qué pedazo de hombre! —soltó la paciente que había en la camilla.

—Me envía el doctor Parker —dijo él ignorando a la mujer—. Puedo ayudarla con la consulta.

—Ya me ayuda la señorita Greenfield —afirmó Elizabeth, odiando lo petulante que sonó su voz.

—Puedo ocupar la consulta de al lado —insistió el joven.

—Cariño, yo por ti me dejo mirar lo que sea, y además gratis —intervino la paciente relamiéndose.

La doctora puso los ojos en blanco y William sonrió a la prostituta de aquella forma que la hacía pensar a una que era especial.

«¡Maldito sea! ¿Cómo he podido ser tan idiota?».

—Señorita, no está ayudando —dijo él a la prostituta.

—Yo le ayudaría a usted en lo que quisiera. Pero estoy segura de que no va necesitado. —Le guiñó un ojo—. Y dígame, doctor, ¿todo usted es tan grande?

A la estudiante se le escapó una risa ahogada mientras Elizabeth sentía la sangre zumbando en sus oídos por la vergüenza. Sin embargo, él estaba de lo más tranquilo.

—Eso vamos a considerarlo como secreto médico —bromeó con firmeza, dando por finalizada la conversación con la paciente. Dirigió sus azules ojos a Elizabeth—. ¿Doctora?

Ella parpadeó sin entender, perdida en sus propios pensamientos.

—¿Sí?

—¿Va a dejar que la ayude?

—No —espetó a sabiendas de que estaba siendo irracional.

Él tomó aire, dejando en suspenso su respuesta. Al final, exhaló y asintió, mirándola inexpresivo.

—De acuerdo. Si cambia de idea llame al comedor.

—Gracias.

Solo cuando se fue William recordó Elizabeth que la estudiante estaba con ella. La joven la miró con expresión confusa, pero no dijo nada.

Capítulo 14

Había llegado tarde a la sesión de los sábados en el laboratorio, pero la larga jornada terminó por fin y se dispuso a reunirse con su familia. Mientras se apresuraba por el solitario pasillo en dirección a la salida del hospital notó unos rápidos pasos tras los suyos. Se detuvo, se giró y estuvo a punto de colisionar con el cuerpo de William, pero él la sujetó.

—¡Me has asustado! —exclamó la joven casi sin respiración.

—Tenemos que hablar, Elizabeth —dijo él mirando a ambos lados del pasillo. No había nadie más. La arrastró hasta un pequeño cuarto donde se guardaban los objetos de limpieza.

Se quedó tan sorprendida que ni siquiera reaccionó hasta que él encendió la luz y cerró la puerta a sus espaldas. Estaba con William. A solas. Fue como si el espacio colapsara de nuevo y la empujara hacia él. Se echó hacia atrás con un movimiento brusco, soltándose de su agarre.

—¿Qué haces? ¿Estás loco? —siseó con indignación—. Me esperan. Y a ti también —añadió con ira. Ni siquiera se había dado cuenta de cuánta hasta que él se tensó y la miró con cautela.

—Ya sé que te esperan. Hoy llega tu prometido. —Se inclinó hacia ella, que contuvo la necesidad de retroceder—. No me habías dicho nada de que venía a la ciudad.

—¿Tengo que mantenerte informado de todo? —Frunció el ceño y apretó la mandíbula.

Ignorando su ira él dio un paso adelante, y ella le correspondió con otro hacia atrás, tocando la pared del reducido espacio con el tacón. «Mierda». Sus ojos estaban fijos en los penetrantes iris azules, consciente de que él estaba respirando agitado y que parecía muy tenso. Notó que a ella misma comenzaba a faltarle el aliento.

—Tenemos que hablar, Elizabeth —repitió en un tono tranquilo que contrastaba con su postura y su mirada.

—No. —Movió la cabeza rápidamente de un lado a otro sin perderlo de vista—. No.

Él estaba demasiado cerca. Se dio cuenta de hasta qué punto afectaba a su capacidad de pensar, y eso no podía tolerarlo. Acercó la mano a la manija de la puerta, pero William extendió los brazos y apoyó las manos en la pared,

aprisionándola. Sentir su cuerpo tan cerca hizo que la invadiera una súbita oleada de excitación. Se dio cuenta de que las pupilas del joven estaban tan dilatadas que sus ojos se habían oscurecido, y se preguntó si ella también tenía esa expresión de deseo.

Tenía que alejarlo de ella.

—Un caballero no se comporta de esta manera —murmuró con desagrado.

No funcionó. Él la seguía quemando con su mirada y, por un momento, temió ser débil y dejarse arrastrar de nuevo por la tentación.

—Puede que tengas razón —repuso William sin moverse ni un milímetro—. Pero cuando dos personas tienen una relación cordial y una le pide a la otra que hablen, lo normal es hacerlo.

Elizabeth sentía los labios resecaos y se los lamió con la punta de la lengua, sin ser consciente de que lo hacía hasta que él se quedó mirando su boca. Tenía que parar aquella tortura, y decidió ser sincera. No tenía energías para nada más.

—Tú y yo no tenemos una relación cordial, William. No sé qué tenemos, pero no es eso. —Sintió que se estaba quitando un peso de encima. Lo miró mientras él bajaba los brazos y parecía recuperar la calma. Decidió seguir por el camino de la sinceridad—. Tengo que marcharme ya, pero tienes razón, tenemos que hablar. ¿Podemos hacerlo en otro momento?

—Mañana. Donde tú digas.

Ella suspiró y negó con la cabeza.

—Mañana he de atender a mi familia. Y la semana que viene.

—El lunes. En tu nueva casa. O puedes venir a la mía —insistió él.

«¿Está sordo o qué? Pues menuda conversación vamos a tener». Abrió la boca para protestar, pero lo pensó mejor. Él tenía razón, las palabras no pronunciadas entre ellos estaban creando una montaña, haciendo que algo que solo fue un error fuera demasiado importante y, lo que era peor, estaba dificultando su trabajo. Tenían que aclarar las cosas pronto. Había sido una mala idea hacer como si no hubiese pasado nada.

—El lunes, en mi casa. Y solo si está Penny —puntualizó. Se dio cuenta de que él sofocaba una sonrisa y tuvo ganas de borrarla de la cara. ¿Acaso creía que se iba a repetir lo de la otra noche?—. ¿Te hace gracia que no me fie de ti?

—No, Elizabeth. —Levantó una mano y le recorrió la mejilla con las yemas de sus dedos, dejando un rastro de calor por su piel. Ella contuvo la necesidad de cerrar los párpados—. Sabes que puedes confiar en mí. —Bajó

la mano y se apartó de ella, que de repente sintió frío—. Sabes que jamás te obligaría a nada —pronunció muy serio.

—Lo sé —la joven bajó los ojos porque no podía mirarle mientras pronunciaba aquellas palabras—, pero tú haces que deje de pensar, y eso no es bueno para mí. —Entonces alargó la mano, abrió la puerta y salió sin mirar atrás.

Elizabeth se abrazó a sí misma durante todo el trayecto hacia el hotel. Llevaba en el bolso una revista médica, pero ni siquiera se esforzó en sacarla de su escondrijo. No podría concentrarse, solo podía pensar en cómo se había sentido en aquel reducido espacio, con William tan cerca de ella. Nunca había experimentado una atracción así, tan... literal. Su cuerpo parecía actuar de forma autónoma cuando él estaba cerca, la impulsaba a hacer desaparecer el espacio entre ellos. No la ayudaba nada darse cuenta de que a él le pasaba lo mismo. Le habían hormigueado los labios al sentir el peso de su mirada, como si ansiaran repetir el beso. Tenía que olvidarle. Iba a ver a Paul, a Charles y a su madre. Tenía que centrarse en ellos y olvidar el resto.

En el hotel dio su nombre en la recepción y le indicaron la habitación donde se alojaba su familia. Apretó el paso, impaciente, y casi salió corriendo del ascensor cuando se detuvo en el piso. Llamó a la puerta y se notó temblorosa, no sabía si por la emoción o porque aún no se había recuperado de lo que había pasado en aquel cuarto de limpieza.

—¡Elizabeth! Hija mía, cuánto te he echado de menos —exclamó su madre al tiempo que la abrazaba con fuerza.

La joven aspiró con deleite, intentando llenarse los pulmones del aroma de Sarah.

—Yo a ti también, mamá. —Cerró los ojos y se le escaparon las lágrimas.

Cuando se separó de Sarah esta la sujetó por los hombros y la estudió de arriba abajo.

—Estás distinta —afirmó su madre.

—¿Distinta?

—Bueno, pareces más... no sé. ¿Madura? ¿Segura de ti misma? Es como si hubiera pasado más de dos meses sin verte. Y estás más delgada y ojerosa. ¿Te alimentas bien? ¿Descansas lo que debes?

—Sí, mamá... —Le ocultó que ese día no había comido y que le faltaban muchas, muchísimas horas de sueño. A su vez, ella estudió el aspecto de su

madre. En sus ojos verdes, que ella había heredado, brillaba la felicidad—. ¿Y Charles y Paul? —Miró dentro de la habitación.

—Ellos están en su propia habitación. Es una *suite* al lado de esta. — Sonrió—. Ven, vamos a saludarles.

Elizabeth se giró para salir y estuvo a punto de tirar al suelo a Paul, que se apoyaba en unas muletas y osciló de forma precaria. Afortunadamente Charles, que iba detrás, lo sujetó y estabilizó, lo que fue muy útil cuando Elizabeth se lanzó en los brazos de su amigo, y más aún cuando Paul soltó las muletas para abrazarla.

—Lizzy —suspiró contra su cabello.

Ella se dejó invadir por el calor de su abrazo. Cuando por fin se separaron y Elizabeth pudo saludar también a Charles, no se le escapó la intensa mirada de Paul. De repente se sintió tímida y tuvo ganas de huir. Sabía que tenía que dejar las cosas claras con él, pero le dolía el corazón al pensar en hacerle daño.

—Creo que la estamos agobiando —dijo Charles devolviéndole las muletas a su hijo, quien no la perdía de vista—. Cariño —miró a Sarah—, vamos adentro. Estaremos más cómodos y podremos contarnos todas las novedades.

«¿Cariño?», pensó la joven. Miró a Charles y a su madre, evaluando lo que acababa de oír. Ambos eran «solo amigos», pero ella siempre había sabido que había algo más, aunque ellos jamás lo habían reconocido. Sarah se apiadó de la confusión de su hija y la tomó de la mano, tirando de ella hacia la *suite* de la que acababan de salir Paul y Charles.

—Aquí podremos charlar a gusto mientras cenamos. Se ha hecho un poco tarde para salir, y estamos todos cansados —dijo al tiempo que se sentaba en un sofá. Miró a su hija y palmeó el asiento a su lado. Charles ocupó el que había al otro lado de Sarah y le tomó la mano como si aquel fuera el lugar que le pertenecía.

La espaciosa y acogedora *suite* disponía de sofá, sillones y una mesa de comedor. La joven miró a Paul, quien se sentó en un sillón a su lado con agilidad, manejando las muletas como si fueran una prolongación natural de sus brazos. El joven estiró sus largas piernas y sonrió en silencio, dándole la oportunidad a Elizabeth de estudiarlo a placer, por lo menos hasta que él fijó sus ojos azules en ella. Su rubio cabello estaba más corto y sin duda su cuerpo era más musculoso. Sus bonitos ojos, habitualmente dulces, la miraban de una forma que comenzaba a inquietarla. Se removió en su

asiento; no pudo evitar preguntarse qué tenía William que no tuviera su amigo. Por qué la mirada azul del médico podía encenderla en un instante y la de Paul no, era algo que no le apetecía analizar. Pero cuánto más fáciles serían las cosas si fuera al revés.

—Y bien, cariño —la suave voz de su madre interrumpió sus cavilaciones y la liberó de la hipnótica mirada de su amigo—, cuéntenos cómo te va la vida en el hospital. Nos has explicado alguna cosa, pero a Paul le da la sensación de que te has callado mucho para no preocuparnos, y yo también lo creo.

La joven dirigió una mirada acusadora a su amigo, quien se encogió de hombros con una sonrisa traviesa.

—Está bien —dijo la joven— pero ¿qué os parece si charlo mientras cenamos? La historia es larga y un poco aburrida.

La propuesta fue del agrado de todos, y poco más tarde se sirvió la cena en la *suite*. Su madre la puso al día sobre la vida en el pueblo. Charles solo sonreía, y Paul la contemplaba en silencio, más callado de lo que solía estar en su presencia. Cuando le tocó el turno, la joven decidió contarle casi todo, con excepción del episodio protagonizado por Lewis. Estaba segura de que Paul no tendría reparos, a pesar de su lesión, en ir a terminar el trabajo que había empezado William. A él ni siquiera lo nombró, pero sí habló de Penny, de Margaret y hasta de Helen.

—Me alegra que te puedas independizar, Elizabeth. Ya sé que no necesitas ayuda, pero cualquier cosa... en la que pueda ayudarte, solo dímelo —ofreció Charles, de pronto carraspeó y se puso colorado—. Sabes... sabes que hace tiempo que eres como una hija para mí.

—Lo sé, Charles, y tú eres como el padre que no he tenido —afirmó la joven con emoción.

—Sobre eso... —su madre le tomó la mano y la miró a los ojos— Charles y yo queremos decirte algo. Nos gustaría contar con tu bendición.

—¿Mi... mi bendición? —preguntó confusa, mirándolos a ambos.

—Ya hace muchos años que tu padre desapareció. —Charles tomó el relevo de Sarah—. En la mayoría de los estados, una persona que no ha dado señales de vida en siete años se puede considerar legalmente muerta.

La joven asintió y una gran sonrisa se extendió por su cara.

—Entiendo.

—Charles ha estado investigando por su cuenta. No hay ninguna señal de él. Así que se puede decir que soy viuda, aunque todavía hay que formalizar

ciertos legalismos, pero cuando todo eso esté, que tardará poco... queremos casarnos.

—¡Eso es maravilloso! —exclamó Elizabeth apretando con cariño las manos de su madre.

—De todas formas, vamos a esperar un tiempo. Sería un poco raro que tú llevaras el anillo de prometida de Paul y yo el de su padre. Preferimos esperar a que rompáis el compromiso o, si no lo hacéis, que lo hagáis oficial y os caséis antes que nosotros.

La joven se puso tensa.

—Nunca dijimos de hacerlo oficial. Solo hablamos de asustar a molestos pretendientes. Esas fueron las palabras. —Miró a su amigo, que no había variado un ápice su expresión sonriente. Le dieron ganas de darle un pellizco.

—Así lo hablamos, Lizzy, no te preocupes. —La tranquilizó su amigo—. Ya les he dicho que hagan lo que sea sin pensar en nosotros. Al fin y al cabo, lo que hagan nuestros padres no debería afectarnos. Por lo menos, no en lo de nuestro... —sonrió al hacer la pausa— compromiso.

Elizabeth se acaloró. ¿Por qué le parecía que todo era cada vez más complicado?

Primero Sarah y poco después Charles declararon estar agotados por el viaje y necesitados de un merecido descanso, y se retiraron con elegancia, otorgándoles una intimidad que ahora la asustaba.

«Es Paul, idiota. Tu amigo de toda la vida. ¿Se puede saber qué te pasa?», se amonestó.

De repente, él se impulsó con los brazos y se sentó a su lado a una velocidad que ella no había esperado. Era obvio que la rehabilitación funcionaba.

—Estás tensa, Lizzy. ¿Por qué? —su voz sonó dulce.

—No estoy tensa. —Negó con la cabeza y quiso desviar la conversación señalándole la pierna—. ¿Ya no te duele?

—Solo a veces.

—Ojalá puedas quedarte hasta que termine la guerra. Pasé mucho miedo cuando te mandaron a Europa —dijo ella con preocupación.

—Me han dicho que me quedan por lo menos dos meses de escayola y dos más de recuperación. Si la guerra no termina antes, tendré que volver. —Una sombra recorrió su atractiva cara—. Pero no quiero hablar de ello. Dime, ¿funciona el anillo antimoscones? Porque estás tan preciosa que dudo que engañes a alguien con esa ropa y ese moño. ¿Son caballerosos los doctores?

—Lo son —repuso ella sin poder evitar el recuerdo de William—. No me ha molestado nadie. Todos asumen que soy la prometida de un militar. Yo... —No pudo terminar la frase. Paul se había acercado tanto que casi podía sentir el calor de su cuerpo y la contemplaba como si fuera a...

«Dios mío... va a besarme.»

En un instante barajó todas las posibilidades y decidió que iba a dejarle que lo hiciera. Quizá esta vez no sería como la anterior. Quizá sentiría algo más. Ahora ya no la tomaría desprevenida y podría concentrarse más en las agradables sensaciones del beso. Deseaba con fervor sentir lo mismo que en los brazos de William. Cuando los labios de Paul rozaron los suyos intentó no tensarse. Sin embargo, cuando la tomó por la cintura con un brazo mientras la acercaba a él, luchó contra el reflejo instintivo de apartarse.

Paul se separó, suspirando.

—Perdona. No quiero... no me gusta que te sientas incómoda. Solo quería probar, pero siento cómo todo tu cuerpo me grita que no deseas esto —dijo apartándole un mechón de la cara. Se lo colocó tras la oreja con una mirada tan cálida que a Elizabeth le dolió el corazón.

—¡No! Sí. No... no sé. Paul, esto es tan... extraño. —Le tomó la mano y la apretó contra su mejilla—. Yo te quiero, pero no así, no... puedo. —Negó con la cabeza, su gesto angustiado.

—Solo es un beso, Lizzy, sé que no estamos prometidos, pero sabes que me gustas desde hace tiempo. —La miró durante unos segundos y apartó la mano, dejándola caer sobre su regazo—. Quería ver si podía despertar algo en ti, no resultarte desagradable.

—Oh, vamos, cállate ya —exclamó ella, y entonces unió sus labios con los de él, presionando con firmeza.

Paul la tomó del cuello y le inclinó la cabeza ligeramente hacia atrás, consiguiendo que entreabriera la boca. Introdujo su lengua de forma tentativa, dulce, y ella se dejó acariciar estudiando sus propias sensaciones. Él la abrazó aún más contra su pecho, más sólido que antes de partir al ejército. Se agarró de sus hombros y respondió al beso, probando la reacción de él, el sabor de su boca, de repente curiosa por conocer ese aspecto de su amigo. Él la soltó de repente, con la respiración jadeante.

—Es mejor que paremos. —Tragó saliva.

—¿He hecho algo mal? —preguntó ella, insegura.

—¡No! No, más bien al contrario. —La observó con atención—. Creo que no ha sido... desagradable. —Sonrió.

—No. No ha sido desagradable. —Asintió, la sonrisa de él era contagiosa, y se quedaron mirando durante unos instantes en silencio. Pero, en aquel silencio, ella escuchó una voz interna que le gritaba: «Sí, pero no te ha vuelto loca como el beso de William».

—Escucha, Lizzy. —Paul le tomó ambas manos con las suyas y a ella le pareció que le temblaba la voz—. Sé que tus planes son casarte con tu trabajo y no voy a pedirte que renuncies a nada. Pero tampoco me gustaría que te cerraras por completo a la idea de tener una familia más adelante, cuando tuvieras tu carrera encaminada. Me refiero a una familia conmigo. Creo que podrías llegar a quererme.

La joven suspiró y negó con la cabeza.

—Paul, yo ya te quiero, pero no como...

—Lo sé, Elizabeth, pero creo que te conozco mejor que nadie aparte de Sarah, respeto lo que haces, y somos amigos. Sé que tu carrera es dura, y que tienes ambiciones, pero... ¿lo tendrás en cuenta? ¿Volverás a pensar en las diferentes posibilidades?

Las diferentes posibilidades... ¿Por qué al oír eso solo podía pensar en William?

—Prometo estar abierta a otras posibilidades, pero sigo pensando igual, Paul —dijo ella con suavidad—. Y me gustaría que no lo olvidaras.

—Me quedo con la primera parte de tu frase, Lizzy —dijo él con una media sonrisa burlona.

—Eres incorregible.

«Definitivamente, se me ha ido la cabeza».

Elizabeth se frotó la frente intentando relajarla. Había madrugado y estaba sola, sentada en una mesa del restaurante del hotel. Le había tomado prestada ropa limpia a Sarah. Con gesto ausente, removi6 con la cucharita un té que se estaba enfriando. Había preferido dormir en la habitación de su madre que volver a casa de Margaret, no solo porque se le había hecho muy tarde. No podía, no quería, ver la petulante cara de Helen mientras le paseaba por las narices de buena mañana que estaba comprometida con William, cosa harto probable. Cuanto más retrasara ese momento, mejor.

Lo que menos había esperado del año de residencia era tener problemas con los hombres, así, en plural. Jamás había sentido atracción por nadie del sexo contrario. ¿Por qué, ahora que estaba haciendo lo que más le gustaba,

tenía que enredarse todo? Debía aclarar las cosas con William y con Paul, dejarles claro que no era una mujer libre. Que estaba, como bien había dicho su amigo, casada con su trabajo. No era bienvenido en su vida nadie que se creyera con autoridad para entrometerse en sus decisiones, y nadie que la mirara mal porque tuviera que salir de madrugada para atender un caso urgente.

«William te comprendería, él es médico como tú, siente tu misma vocación», dijo una suave voz dentro de ella. «Él es médico, pero también es un hombre», se respondió a sí misma. La noche anterior se había dejado llevar por la alegría de volver a ver a Paul sano y salvo, por el cariño que le tenía y por la equivocada idea de que su beso podría borrar el de William y, quizá, plantar una semilla que germinaría en su corazón. No había sido así y no iba a ser así, no podía engañarse más. Se sentía mal porque haría daño a Paul, pero menos que si dejaba que él conservara las esperanzas.

Inspiró hondo y se tapó la cara con las manos.

—Aquí estás, pequeña.

—Mamá —musitó descubriendo su cara. Miró a Sarah sentarse a su lado.

—Ese vestido te sienta mucho mejor que a mí. Estás más guapa, Elizabeth, a pesar de ese feo peinado —dijo señalando con la barbilla—. ¿Y desde cuándo tomas té?

—Hay que probar cosas nuevas —respondió, encogiéndose de hombros.

—Pues parece que no ha tenido mucho éxito —dijo Sarah ladeando la cabeza como si la estudiara desde otro ángulo.

—Hace dos meses que no nos vemos. ¿Vamos a charlar sobre té, mamá?

—No. Podemos hablar de lo que te preocupa, ahora que estamos solas —dijo con esa suavidad maternal a la que su hija jamás podía oponerse.

Miró a su madre y ponderó su ofrecimiento en silencio. Asintió y se levantó. Sarah la imitó.

—Vamos a desayunar fuera.

—Les dejaré una nota a Charles y Paul en la recepción. ¿No vas a terminarte el té?

—Odio el té.

—Lo sé —repuso su madre. Ambas rieron, felices de volver a estar juntas.

A pesar de la vergüenza que había pasado contándole a su madre su pequeña historia con William y el beso a Paul, Elizabeth se sentía ahora más

ligera salvo por una cosa: Sarah tardaba mucho en hablar. Le daba pequeños pellizcos a su bollo relleno de crema y se los iba llevando a la boca mientras parecía estudiar con atención el azúcar que quedaba en sus dedos y en el plato. Que no dijera nada la estaba preocupando. ¿Tan grave era?

Tenía que serlo. Estaba engañando a sus colegas, a William, a Penny, y el más engañado de todos era Paul, a quien, por si fuera poco, podía perder en cuanto volviera a Europa. ¿Se podía ser más indeseable?

—Mamá, ¿soy una persona horrible?

Sarah alzó la cabeza con brusquedad y agrandó los ojos.

—¿Qué? ¡No! Cariño, no. —Le puso la mano sobre el brazo y apretó con suavidad—. Solo tienes... problemas. Pero nada que no se pueda solucionar. Estaba pensando en ello.

—¿Cómo? ¿Cómo voy a solucionarlo?

—Tienes que hablar con él. Contarle la verdad.

—¿A quién? —se lamentó—. Estoy engañando a medio Chicago.

—Primero, a Paul. Será doloroso, cielo, pero no puedes posponerlo más. No debes darle esperanzas, y menos en su situación. Si le dejas las cosas claras es probable que empiece a mirar a otras mujeres, y entonces tendrá una oportunidad de encontrar a alguien que le haga feliz.

—Lo sé, pero me acobarda hacerle daño. —Elizabeth se sentía angustiada—. ¿Y si con el tiempo pudiera llegar a tener... algo con él? Es mi mejor amigo. —Frunció el ceño—. Si es que al final decidiera darle una oportunidad a lo de tener una familia.

Sarah suspiró.

—Jamás habías tenido esa duda, hasta ahora. Y, si te hubieras visto la mirada cuando hablabas de William, tendrías tan claro como yo que Paul no tiene ninguna posibilidad.

—¿Tan transparente soy? —preguntó, asustada.

—Solo para mí y para quien te conozca bien. Además, ahora nos estamos sincerando, ¿no?

Elizabeth se tapó los ojos, como si con ello pudiera borrarlo todo de su mente. Después se destapó y soltó un bufido.

—¿Qué idiota fui! ¿Por qué le dije que sí a Paul cuando me sugirió lo del falso compromiso? En aquel momento me pareció buena idea.

—Hija, eres muy inocente. —Sarah la observó con cariño—. ¿No has pensado ni por un momento en la posibilidad de que Paul te diera aquella idea con segundas intenciones?

—¿Qué? —Agrandó los ojos—. ¡No! ¡Ni se me había pasado por la cabeza!

Su madre le sonrió palmeándole la mano.

—Ahora hablemos de lo que más me preocupa. ¿Qué piensas hacer con William?

—No hay nada que hacer —negó con la cabeza—, lo sé. Y, aun así, estoy hecha un lío.

—Vamos a analizar la situación, hija, a ver si puedo ayudarte. —Le tomó la mano y la apretó, mirándola a los ojos con afecto—. Veamos: si está prometido a Helen, eso lo solucionaría todo, aunque fuera doloroso para ti.

Plantearse aquella posibilidad hizo que el día pareciera más oscuro y sintiera un peso en el pecho, pero inspiró y asintió.

—Cierto.

—Ahora, pensemos en que no haya un compromiso. Sería lo más complicado —prosiguió su madre con calma—. Por lo que dices parece que le gustas, es atento contigo, colaborador en el trabajo, y parece que no le ha explicado a nadie lo que pasó.

—De eso estoy segura.

—Pero debes tener mucho cuidado, hija. Si se supiera en el hospital lo que pasó aquella noche... tu reputación como mujer, y por desgracia también como profesional, se vería muy perjudicada. En cambio, la de él no se vería afectada. No tiene nada que perder.

—Lo sé, mamá —protestó la joven.

—Por supuesto que lo sabes. Pero te insisto en ello porque eres muy inocente, hasta ahora no habías pisado el terreno del... —hizo una pausa— deseo. No sabes hasta dónde te puede llevar. Y él es un joven con experiencia y fama de donjuán.

La joven asintió con la cabeza, desviando la mirada hacia su segundo café. Aspiró el aroma y, de pronto, el sonido de conversaciones de la cafetería, el eco de las palabras de su madre, se desvanecieron frente al recuerdo de la voz de William cuando la había besado. Miró a su madre y vio la preocupación en sus ojos verdes.

—Estoy segura de que él tiene bastante experiencia con las mujeres —afirmó con un suspiro—, pero eso no significa que siga siendo un mujeriego.

—Piensas eso —opinó Sarah— porque conoces en carne propia la injusticia de los prejuicios. Pero no olvides que besó a la señorita Stanley, y que es posible que se comprometa con ella. Quizá, para él, el baile y vuestro

beso no fueron tan especiales como para ti. —Le dio un apretón cariñoso a la mano de su hija para aliviar la dureza de su sinceridad.

Elizabeth le tomó la otra mano a su madre, necesitando su contacto. Tenía que ser racional, y la disección que Sarah había hecho de la situación era lo que ella se había repetido varias veces. Pero oírlo de la persona que más le importaba lo hacía más real.

—Es un buen resumen. —Hizo una mueca con los labios.

—Hija, confío en tu buen criterio. No te fíes de las palabras y sí de los hechos. Y ten cuidado con las emociones que estás descubriendo —le dijo mirándola con intensidad—. No imaginas lo poderosas que pueden llegar a ser, ni hasta dónde te pueden llevar. Que el hombre con quien las compartas sea digno de ellas —afirmó.

—Gracias, mamá —repuso, sintiendo en lo más profundo de su ser la verdad de esas palabras.

Capítulo 15

El sol brillaba en la fría tarde de Chicago con una luz que auguraba la llegada de la primavera. Finalizada la mudanza, Elizabeth y Paul habían decidido pasear por Lincoln Park. El joven se defendía bien con las muletas y, a pesar de la preocupación de Elizabeth, recorrieron un buen trecho hasta llegar al conocido café Brauer, donde se detuvieron a merendar.

—Lástima que el lago Michigan esté lejos de aquí. Me habría gustado ver la puesta de sol desde la orilla —dijo ella.

—Podemos hacerlo otro día. —Paul sonrió—. ¿Has visitado el parque de atracciones?

—No. ¿Te puedes creer que es la primera vez que paseo por aquí desde que llegué a la ciudad? La verdad es que... —frunció el ceño— es la primera vez que paseo. Hasta ahora solo había ido a los sitios con la finalidad de llegar a ellos, no por placer. —Lo miró y vio en sus ojos azules un brillo de diversión—. Triste, ¿no?

—Bueno, estás muy ocupada, es normal. Quizá ahora que vas a convivir con una chica de tu edad salgas un poco más, quizá... una vez cada tres meses —bromeó.

—Creo que voy a ver más Chicago esta semana que el resto del año. Es una suerte que haya podido cambiar un par de guardias, y que el doctor Parker me haya dado el jueves y el viernes libre. Hay mucho trabajo, pero ha sido comprensivo.

—Sí, aunque lo ideal habría sido el viernes y el sábado —opinó él—. Un fin de semana largo. No entiendo por qué no has podido tomarte el sábado.

—Ya te he dicho que es el día de mi consulta. No puedo abandonar a los pacientes.

—No digo que los abandones, solo que te sustituya alguien. —Le dio un sorbo al café—. ¿Qué pasa si algún día estás enferma? ¿Quién pasará tu consulta?

—Cielos, espero que eso no pase. Al menos, no ahora. —Se disgustó al ver que Paul no comprendía lo importante que era para ella su proyecto.

Este pareció detectar su enfado, le tomó la mano y entrelazó sus dedos con los de ella, mirándola con cariño. Cuando Elizabeth iba a hablar notó una extraña sensación y miró por encima de la cabeza de Paul.

Inspiró bruscamente.

«No, por favor, no ahora».

Su corazón se aceleró al ver acercarse a la elegante pareja formada por William y Emma Foster. Iban cogidos del brazo, y ella lo miraba a él mientras hablaba. El joven, por el contrario, tenía sus ojos azules clavados en los de Elizabeth. La miraba tan fijamente que ni siquiera parecía pestañear, y ella tampoco era capaz de separar la vista de él.

Paul se giró para observar sobre su hombro.

—¿Quiénes son? —inquirió con curiosidad.

Elizabeth enfocó sus ojos en los de Paul al tiempo que luchaba por aparentar calma.

«Por favor, que se haga el despistado. Que se vayan».

—Solo unos conocidos.

Paul levantó una ceja escéptica. Emma miró hacia la pareja y después a su hijo mientras se acercaban a ellos. La joven observó que Emma apretaba el brazo de su hijo con fuerza.

—Buenas tardes —dijo la dama—. Oh, por favor, no se levanten, y menos aún usted —añadió al mirar la pierna de Paul—. Estamos dando un paseo, hemos entrado para admirar el local —explicó.

—Señora Foster, doctor Foster —dijo la doctora, que se levantó sin hacer caso de Emma—. Les presento a mi prometido, el capitán Paul Adams.

—Es un placer, capitán Adams —dijo Emma. Soltó el brazo de su hijo y le tendió la mano.

William pareció despertar de un ensueño y por fin apartó la mirada de Elizabeth. Él y Paul también se dieron la mano e intercambiaron fórmulas de cortesía, pero a ella le pareció que ambos estaban tensos. O quizá se lo parecía porque era ella quien se sentía a punto de gritar. Terminadas las presentaciones hubo un silencio denso que la voz de Paul rasgó.

—¿También trabaja en el Cook, doctor Foster?

Elizabeth maldijo para sí sintiendo ardor en sus mejillas.

—Sí, en el laboratorio, con la doctora Scott —repuso William, quien parecía haber recuperado su aplomo. Incluso se permitió sonreír—. ¿Tiene previsto pasar muchos días en Chicago? —dijo con educación.

—Solo esta semana, aunque espero volver pronto —Paul contestó con la misma cortesía, pero a Elizabeth no se le escapó su tono acerado. Acto seguido ambos hombres se quedaron mirando el uno al otro, como estudiándose.

¿Qué estaba pasando ahí? Su mirada y la de Emma se cruzaron y le sonrió, un gesto que fue más una mueca.

—Esperamos que se recupere pronto y bien, señor Adams. Me alegra mucho haberle conocido, pero tenemos que irnos ya, nos esperan —dijo Emma volviendo a enlazar su brazo con el de su hijo—. Buenas tardes —saludó con una inclinación de cabeza. En cuanto William hubo musitado una despedida, su mirada de nuevo clavada en Elizabeth, tiró de él con suavidad y se dirigieron hacia la salida.

Paul los contempló mientras desaparecían por la puerta del local. Elizabeth estaba demasiado ocupada intentando respirar con normalidad y deseando que sus mejillas volvieran a enfriarse.

—No me habías hablado de él —dijo con suavidad, clavando sus ojos en los de ella.

—Tengo muchos compañeros en el laboratorio, Paul —repuso con desgana—. No querrás que te hable de todos.

Su amigo la contempló en silencio durante unos segundos. Después bajó la mirada hacia la mano de ella, se la tomó y la besó justo por encima del anillo. La joven sintió una opresión en el pecho. Aquella tensión que le había parecido sentir entre los dos hombres... ¿acaso la habría imaginado?

—Este sitio es muy agradable. ¿Podremos volver otro día? —murmuró Paul.

—Podemos ir donde tú quieras —dijo ella, y le sonrió al tiempo que, con lentitud, recuperaba su mano para tomar su taza de chocolate.

«Maldita sea. En Chicago viven dos millones setecientas mil almas y Stevens, y nos tenemos que encontrar aquí con los Foster».

*

—Es muy apuesto —dijo Emma.

Llevaban caminando un buen trecho, disfrutando de las últimas luces del día en Lincoln Park, y William tuvo que pensar dos veces de qué estaba hablando su madre. Le había estado dando vueltas a lo que acababa de ver: doctora y soldado cogidos de la mano en una imagen de perfecto cariño, digna de salir en algún póster publicitario, tal como había dicho Helen. Un puñetazo en el estómago no le habría dolido más. No sabía qué era más fuerte, si el dolor o la ira. Se preguntaba cómo podía ser que la otra noche ella hubiera correspondido a su beso con tanta pasión. ¿Por qué no lo había apartado, abofeteado, o algo? Había creído, había anhelado, que ella no sintiera nada por su novio... Apretó los puños con fuerza.

—William, cariño, ¿me has oído?

Por toda respuesta, aunque no era demasiado cortés, William se encogió de hombros.

—La doctora Scott parecía muy azorada. —Su madre podía ser muy insistente.

Respiró con calma antes de hablar.

—Supongo que me dirás que es obvio que ella no siente nada por él —espetó.

—Yo no dije eso. Dije que pensaba que no estaba enamorada de él. Y sigo pensándolo.

—Sí, por supuesto, lo que hemos visto en aquella mesa era la viva imagen del amor platónico —dijo, sintiendo crecer su ira. Estaba volcando con su madre su enfado, no podía evitarlo.

—Hijo, qué ciego estás, pero ¿sabes? Creo que el capitán Adams tiene mejor vista que tú.

—Madre. Por última vez. Deja el tema. Se me ha estropeado la tarde.

Se había sentido feliz durante todo el domingo, pero todo se había ido al garete en cuanto había divisado a la pareja. La tan temida cena de la noche anterior había resultado un éxito para él. Sus palabras a Helen en el hospital parecían haber calado en esta y, para su alivio, no había acudido al evento, alegando una fuerte jaqueca. William Foster sénior había estado de un humor agrio, a duras penas contenido, y los estirados padres de Helen le habían parecido algo agobiados. Las únicas que parecían de buen humor aparte de él mismo habían sido Margaret y Emma.

Ahora los pies le pesaban como plomo y el pecho le dolía. No era lo mismo hacerse el ciego y pensar en ella como si no perteneciera a otro que ver la cara de ese hombre y percibir el cariño entre ambos. No comprendía el comportamiento de Elizabeth, pero decidió no darle más vueltas. No era justo que se enfadara con ella, el error había sido de los dos

«¡Maldita sea! Tengo que olvidarla».

*

El lunes por la mañana, mientras pasaba por el ala de tísicos, Elizabeth pensaba que debería de haberse sentido la mujer más feliz del mundo. No solo tenía un trabajo que amaba —excepto la ronda por aquella sala—, sino que su querida madre, su padre *adoptivo* y su amigo de toda la vida se encontraban en la ciudad, e incluso podría pasar dos días enteros con ellos. Además, el doctor Parker le había ordenado que empezara a planificar un

artículo sobre los resultados de su consulta de venéreas, que esperaba publicar en verano.

Pero no, no se sentía nada bien. Había sido una maldita cobarde, incapaz de hablar con Paul la tarde anterior, cuando las circunstancias habían sido propicias. Y aún sentía clavada la mirada de William, provocándole punzadas de arrepentimiento por tenerlo engañado a él también. Nunca le había dado la sensación de que él la juzgara por el error que ambos habían cometido, y tampoco quería que se juzgara a sí mismo. Hablarían aquella tarde a la salida del trabajo, tal como habían quedado.

Se metió en el despacho médico de aquella zona del hospital, que parecía medio abandonada, como las esperanzas de muchos de sus pacientes, y se sentó a redactar los tratamientos. Estaba absorta contemplando una radiografía cuando sonaron golpecitos en la puerta.

—Adelante —dijo sin apartar la vista—. Ya casi estoy terminando, enfermera.

—No soy la enfermera.

El corazón le dio un vuelco mientras se le caía la radiografía de las manos. Se volvió para ver que William se agachaba a recoger la imagen. Mientras se la entregaba, Elizabeth estudió su rostro, cuidadosamente inexpresivo. Nada en él le hacía intuir el motivo de su visita mientras la contemplaba en silencio.

—¿Hay algún problema, doctor Foster?

—No. —Meneó la cabeza—. Vengo a decirle que... esta semana, en vez de compartir los análisis de la consulta, podría hacerlos yo. Así usted disfrutará más tiempo de la compañía de su familia.

No le contestó que no era necesario, como habría hecho en otras circunstancias. El ofrecimiento era generoso.

—Gracias. Luego le pasaré la lista.

—De nada —fue la escueta respuesta. Tan silencioso como había aparecido se dio la vuelta y cerró la puerta al salir.

A Elizabeth le pareció que estaba más sola que antes en aquel despacho. ¿Por qué no le había recordado él que tenían una conversación pendiente? «Porque no se va a producir» fue la respuesta inmediata. Iban a seguir haciendo como si nada hubiera pasado. Lo pasado, pasado estaba.

Se sentía aún peor que antes.

Al finalizar la eterna jornada, recorrió a pie la distancia que separaba el hospital de su nuevo hogar en apenas diez minutos, otro motivo para dejarse invadir por una alegría que no podía sentir. Cuando llegó a casa, Penny la

esperaba con una sonrisa y el delantal puesto. Estaba preparándose algo para cenar, tenía turno de noche. Ver a su amiga la animó un poco, aunque esta debió de notar algo porque le preguntó:

—¿Estás muy cansada?

—Un poco. —Se encogió de hombros mientras se quitaba el abrigo, la bufanda y el sombrero. Los colgó en un perchero del recibidor—. Escucha, Penny, me sabe mal que cenes sola...

—Eh, no te preocupes, por mí como si pasas todas las noches de esta semana en el hotel donde se aloja tu prometido. Por lo menos es lo que yo haría. —Le guiñó un ojo con picardía y se volvió a la cocina a vigilar su guiso.

En aquel momento tomó la decisión: aquella misma noche hablaría con Paul, y en breve lo haría con Penny. Se bañó y se cambió de ropa, dispuesta a volver a salir. Antes de despedirse de su amiga le hizo prometer que cenaría con ella y su familia una de esas noches.

—Hasta mañana, Penny. Que tengas buen turno.

—Gracias, Elizabeth. Pasadlo bien.

Su madre la miraba con cariño mientras, durante la cena, se alternaban anécdotas del hospital con otras del ejército. Tanto Paul como ella se esforzaban en mantener una conversación ligera, no querían hablar ni de los horrores de la guerra ni de la tristeza de la enfermedad. Estaban allí, en Chicago, vivos y juntos, cuatro personas que se amaban, y solo aquello importaba. Todos brindaron por el fin de la guerra y, primero Charles y poco después Sarah, subieron a sus habitaciones. Elizabeth se sonrojó al ocurrírsele que iban a pasar la noche juntos. No se atrevió a preguntar a Paul, que la miraba con sorna. Le dieron ganas de darle una patadita en la espinilla, como cada vez que él se las daba de experimentado.

—No habría nada malo en ello, ¿no? —dijo él, leyendo su expresión—. Están prometidos, y eso es prácticamente como estar casado.

—No digo que haya nada malo. Solo que... me resulta raro pensar en ello. ¡Buf! —Imitó un escalofrío—. No *quiero* pensar en ello.

—¿En qué, en que dos prometidos se acuesten juntos antes de la boda?

Se estaba burlando de ella. Le hizo una mueca y miró hacia otro lado mientras le daba un sorbo a su copa de agua. El elegante restaurante estaba aún medio lleno, a pesar de lo tarde que era. Al día siguiente iba a tener

mucho sueño, pero la velada había merecido la pena... hasta ese momento. Ya era hora de hablar con su amigo.

—Oh, vamos, no te enfades, Lizzy. Sabes que me gusta tomarte el pelo. — Mientras hablaba le tomó la muñeca y le acarició la sensible piel con el pulgar. Elizabeth no pudo evitar pensar que, si fuera William quien estuviera haciendo eso, ella estaría ardiendo de deseo. Pero en esos momentos solo sentía algo... agradable.

Agradable no era suficiente para una relación. No después de lo que había experimentado con el médico. Dirigió la mirada hacia Paul y tomó aire para hablar.

—Paul, quiero pedirte disculpas.

Él abrió los ojos por la sorpresa.

—¿Por qué?

—Por lo de la otra noche. No debí haberte besado.

—Cielos, ya era hora de que te disculparas por robarme la inocencia. ¿Cuándo nos casamos?

Ella contuvo una sonrisa.

—Hablo en serio, Paul. Te quiero muchísimo, pero no de la forma que tú necesitas.

Él pareció tranquilo, como si se esperara aquello.

—Sabes que no tengo prisa, Elizabeth. Podemos darnos un tiempo.

«Dios, lo que no tienes es tiempo, ¿no lo ves?», tuvo ganas de gritarle. En pocos meses volvería a Francia. Unos meses en los que podría conocer a otras chicas si se daba la oportunidad. El capitán Adams, con su atractivo y su forma de ser, por no hablar de su dinero, tendría cola en su puerta. ¿Por qué se lo ponía tan difícil a sí mismo?

—Paul, por favor. No quiero que pierdas tu sagrado tiempo conmigo.

Él se puso serio y su mirada la taladró.

—Te interesa otro hombre —declaró—. Y hasta podría decirte quién es.

Ella sintió que se acaloraba. Paul la conocía demasiado bien. Decidió ser sincera... a medias.

—No tengo ninguna relación romántica con nadie —afirmó—. En todo caso, Paul, cariño —dijo juntando sus manos con las de él y hablándole con dulzura—, nunca he aceptado tus avances en ese sentido, y no ha cambiado nada.

Él respiró pausado, su mirada se suavizó mientras parecía aceptar sus palabras. De repente, su expresión se volvió despreocupada y pasó a ser el

amigo que recordaba. Pasaron unos segundos en los que ambos, sin saberlo el otro, rememoraron en silencio momentos tiernos de su amistad.

Por fin, él asintió.

—De acuerdo. Voy a salir con otras mujeres. Pero puedo asegurarte, Elizabeth Scott —pronunció con firmeza—, que cuando termine este año, si he vuelto de Francia y tú y yo seguimos siendo libres, no renunciaré tan fácilmente.

Él no se lo había puesto nada difícil. Una extraña amalgama de emociones la confundía y se vio tan desbordada que sin darse cuenta derramó una lágrima. ¿Por qué no podía enamorarse de su mejor amigo? ¿Por qué los sentimientos eran tan estúpidos? ¿Y por qué esa maldita guerra existía? Lo amaba, y mucho, pero no como él merecía.

Paul la acompañó en el taxi hasta su casa. La dejó en el portal con un casto beso en la mejilla y la propuesta de verse al día siguiente para continuar haciendo turismo por la ciudad. Elizabeth no dudó ni por un momento en aceptar. Ya tumbada en su cama, los pensamientos no la dejaban dormir. Ahora solo tenía dos conversaciones pendientes, con Penny y, la más importante, con William. Sentía que le debía una disculpa, y quería darle las gracias por todo. Añoraba su amistad, y le habría gustado volver al punto en el que estaban antes del beso. Necesitaba hablar con él antes de que el ambiente entre ellos se enrareciera más aún.

*

Aquel viernes era particularmente frío, y la noche helaba el alma. William cerró el libro que había estado leyendo y dio gracias en silencio por poder disfrutar de calefacción central. Durante los primeros años de su vida ignoró lo que había fuera de los barrios de clase alta. Más tarde, en la adolescencia, se había relacionado con personas —sobre todo mujeres— de todos los estratos sociales, y su comportamiento había sido frívolo. Pero después, en sus años universitarios, descubrió las enfermedades producidas por el hacinamiento, la mala alimentación y las deplorables condiciones laborales, y llegó a ser plenamente consciente de lo privilegiado que era. Agradecía a su abuelo materno haberle dejado una parte importante de su herencia, y con ella la ansiada independencia. Eligió trabajar en un hospital público como el Cook no solo por su categoría científica, sino para poder ayudar a personas desfavorecidas. Se preguntó cuántos obstáculos había tenido que superar Elizabeth para llegar al mismo sitio que él. Tenía mucha curiosidad por su historia, pero ya no se la podría contar. Era mejor no hablar más con ella,

mantenerse apartado. Y, si necesitaba algo que le diera fuerzas, solo tenía que recordarla con su prometido.

La voz de su ama de llaves al entrar en la biblioteca interrumpió sus pensamientos.

—Doctor Foster, siento molestarle, pero tiene una visita.

Se levantó de su sillón y frunció el ceño. No esperaba a nadie.

—¿Una visita?

—La doctora Scott. Dice que son compañeros de trabajo.

William se quedó boquiabierto. Tardó tanto en contestar que la señora Ellis titubeó.

—¿Le... digo que usted ha salido, doctor?

—¡No! —Sobresaltó a la pobre mujer—. No, hágala pasar aquí —añadió más bajo.

Esta vez las cejas de la señora Ellis se dispararon hacia arriba.

—¿Aquí, doctor Foster?

—Sí. Aquí, a la biblioteca, señora Ellis.

El estómago le dio un vuelco. ¿Qué hacía ella en su casa? De forma automática se echó un vistazo. Iba vestido con traje de tres piezas azul marino, corbata y una camisa blanca. En conjunto estaba presentable.

—La doctora Scott, doctor Foster —dijo el ama de llaves.

La preciosa joven se adentró en la biblioteca con mirada tímida. Iba armada con sus gafas y su peinado del siglo pasado, como si él no pudiera ver a través de esa fachada.

—Adelante, doctora —indicó el médico con voz suave. Las mejillas teñidas de rojo de Elizabeth le parecieron adorables.

—Buenas noches, doctor Foster.

—Permítame su abrigo —dijo el ama de llaves. Elizabeth se lo entregó—. ¿Desean que les traiga algún refrigerio?

William miró a Elizabeth, quien negó con la cabeza.

—No, gracias, señora Ellis —dijo él.

La mujer se retiró, dejando la puerta de la biblioteca entreabierta, no sin antes mostrar en su gesto un atisbo de desaprobación. A William no se le escapó el detalle. Probablemente ella, que rondaba los sesenta años, veía con malos ojos que un hombre y una mujer jóvenes se quedaran solos a aquellas horas. No cerrar la puerta era su manera discreta de hacerles ver que debían ser prudentes.

Como si eso fuera a detenerlo de volver a devorar aquellos labios si tenía

oportunidad.

«¿Qué estoy pensando? ¿Soy un animal?» se dijo, disgustado consigo mismo. Elizabeth lo miraba con creciente timidez, como si fuera capaz de saber lo que pasaba por su mente. «Dios no lo permita. Saldría corriendo».

—¿Quieres sentarte? —La tuteó al verse solos.

—Sí, gracias. —Se sentó en un extremo del sofá que había en aquella amplia estancia y la contempló con admiración—. ¡Tienes una biblioteca impresionante! Podría vivir aquí —dijo con ojos brillantes.

Él asintió, complacido.

—La verdad es que pecaré de inmodesto, pero sí, es impresionante. —Se sentó en el sillón más alejado del sofá para mantener las distancias.

La joven iba vestida de forma sencilla, como solía, con una blusa de cuello cerrado y una falda demasiado larga que, aun sentada, apenas dejaba que asomaran sus tobillos. Se sorprendió imaginando cómo serían sus piernas bajo aquella prenda.

«Contrólate, William».

—¿Ha habido mucho trabajo estos días? —dijo ella.

William notó que se retorció los dedos. Parecía estar muy nerviosa y, evidentemente, no había venido a hablar de trabajo.

—Sí, pero no más que el resto de la semana. Está haciendo mucho frío, ya sabes. Hay muchos enfermos respiratorios. —Intentó dar a su voz un tono tranquilizador, pero empezaba a sentirse tan nervioso como ella.

—Sí, es cierto.

Hubo un momento de silencio y el médico decidió que tendría que presionarla un poco.

—¿Va todo bien, Elizabeth? ¿Tu familia está bien?

—Sí, sí. Hemos pasado juntos estos días.

William sintió un aguijonazo de celos que se esforzó en ignorar y asintió con un intento de sonrisa. Entonces ella tomó una bocanada de aire; por fin iba a contarle lo que fuera que había venido a contar.

—William, hace días que quiero hablar contigo, pero no he encontrado el momento y no he querido demorarlo más. En el trabajo resulta complicado hablar con tranquilidad, por eso he decidido venir a verte. Penny me ha dado tu dirección. —Él asintió para animarla a seguir—. Te debo una disculpa y estoy en deuda contigo. Ella... me contó lo de tu pelea con Lewis.

Se sintió aliviado y decepcionado a la vez. Solo había venido por eso.

—Entiendo. Pero no es necesario, era mi deber. Si Lewis hubiera insultado

de esa forma a Penny, yo habría hecho lo mismo.

Ella se sonrojó y pareció contrariada. Tardó unos instantes en responder.

—Fuiste el único que lo hizo de todos los hombres que había allí. No estoy a favor de la violencia, pero creo que me defendiste con... más ganas. Quizá con un poco más de fuerza que la necesaria, dado el aspecto de la cara de Lewis —sonrió—, pero me disculpo por haberte acusado de beber demasiado. Te agradezco mucho tu ayuda, no solo aquel día, sino todo lo que has hecho para que pueda salir del trabajo a una hora temprana.

Él negó con la cabeza.

—No tienes que agradecermelo, Elizabeth, de veras. Somos amigos. Estoy seguro de que en mi lugar habrías hecho lo mismo.

Ella asintió apretando los labios. Parecía disgustada, pero no sabía por qué. De repente se levantó, y él sintió que el desánimo lo invadía. ¿Eso era todo? Se levantó también.

—Bien. Solo quería decirte esto. Hasta mañana, William.

Él sintió un impulso y se acercó a ella. Notó que la joven retrocedía y se detuvo.

—¿Deseas quedarte a cenar?

—No puedo —su respiración parecía agitada—, gracias, tengo que volver a casa. Penny está preparando la cena y también ha invitado a mi familia.

—Bien —fue lo único que él pudo responder. De repente necesitó explicarse—. Elizabeth, he notado que te has apartado cuando me he acercado. No... no quiero eso. En aras de nuestra amistad y para borrar esta reciente incomodidad que hay entre nosotros, yo también quiero disculparme.

—¿Por qué? —Enarcó las cejas.

—Por haberme comportado de... como... —farfulló— como un idiota. Cuando te besé. —Habría sonreído al ver el sofoco de la joven si aquella conversación no hubiera sido tan importante para él—. No debí hacerlo. Cuando te vi con tu prometido el domingo me sentí un completo canalla.

Ella parecía consternada.

—No quiero que te sientas así, William. —Volvió a retorcer sus manos, con expresión angustiada—. No fuiste solo tú. Fuimos los dos. Yo... —titubeó unos instantes y apartó la mirada, bajando el tono de voz hasta hablar en un susurro— William, no estoy prometida.

—¿Habéis roto el compromiso? —Aquello lo hizo sentirse peor. ¿Y si era él el responsable?

—No, no es eso. —Miraba a todos lados menos a él—. Nunca... nunca

hemos estado prometidos.

—No te entiendo, Elizabeth. —Frunció el ceño.

Se aclaró la garganta y lo miró directamente a los ojos a pesar de su bochorno.

—No he estado ni estoy prometida. Paul es mi mejor amigo.

—No estás prometida. Paul es tu mejor amigo —repitió él. Ambos se quedaron mirando en silencio, él con sorpresa, ella con vergüenza.

—Cuando aprobé el examen de acceso para el Cook y Paul supo que allí sería la única doctora, me sugirió que fingiéramos estar prometidos para... —hizo una pausa buscando las palabras— evitar molestias. Ahora sé que no fue una buena idea, pero ya es demasiado tarde.

—No estás prometida —volvió a decir, estupefacto.

Elizabeth pareció enfadada.

—No, William, no lo estoy. ¿Y tú, lo estás?

—¿Lo estoy? —contestó como si ella le hubiera hablado en otro idioma.

—Por Dios, William, ¿vamos a ser sinceros los dos o solo yo?

—Creo recordar que yo no te he engañado en ningún momento. —Alzó una ceja, molesto por la insinuación.

—Entonces... ¿no es cierto que vayas a prometerte a Helen Stanley? —inquirió con inseguridad.

—¡No! ¿De dónde has sacado eso?

Elizabeth se lo quedó mirando de hito en hito.

—Creía que tu familia y la suya estaban estrechando lazos, y que era el deseo de vuestros padres.

—¿Cómo sabes eso?

—¿Es cierto o no? No me trates como si fuera estúpida.

—¡No te trato así! —exclamó. Esperaba que la señora Ellis no acudiera a ver por qué montaban ese escándalo—. Lo que acabas de decir es cierto, pero no voy a casarme con quien mi padre decida, Elizabeth Scott. Y menos aún si se trata de la señorita Stanley. Creo que solo sabes una parte interesada de la historia y lo demás lo has completado por ti misma —se defendió mientras ella le clavaba dagas con sus ojos verdes.

—¿Comple... qué? ¿Cómo te atreves? No habría *completado* nada si ella no me hubiera dicho que la besaste. ¡Justo al día siguiente de nuestra velada en el hotel!

Se apartó como si ella lo hubiera golpeado. Condenada mujer, y mil veces condenado beso.

—Ah, entonces eso también era cierto —murmuró Elizabeth con tristeza.

Las lágrimas asomaron a sus ojos y se dio la vuelta para salir, pero él fue más rápido y la detuvo. Cerró la puerta y se colocó delante.

—Abre esa maldita puerta o gritaré, William. Creo que tu ama de llaves debe de estar alerta a estas alturas.

—Antes me escucharás como yo te he escuchado —dijo él.

Dio un paso adelante y la tomó por los hombros, suave pero firme. La joven no respondió. Se negó a mirarle a la cara, secándose una lágrima antes de que resbalara por su mejilla.

—Elizabeth, es cierto que aquella tarde en el cine la besé —prosiguió William—, y no sabes la de veces que me he arrepentido de eso.

—¿Por qué lo hiciste? —Lo miró, airada.

—No lo sé, Elizabeth, pero solo fue un maldito beso. ¡Tampoco es algo tan importante!

En cuanto vio la palidez de su cara y se escuchó a sí mismo se dio cuenta de su torpeza. La joven se desasíó con brusquedad, pero él la tomó de la muñeca y la acercó a sí, abrazándola mientras ella se agitaba para soltarse. Por lo menos no intentaba golpearle en la entrepierna, aunque se aseguró de que no tuviera espacio. Le desagradaba retenerla contra su voluntad, pero tenía la sensación de que si se marchaba todo estaría perdido. Y no podía permitirlo, no ahora que sabía que ella era libre. Eso lo cambiaba todo.

Todo.

La joven dejó al fin de removerse y se relajó en sus brazos, momento que él aprovechó para apoyar su barbilla sobre la cabeza de ella, inhalando su perfume.

—Elizabeth —dijo con voz grave—, no sé si habrás besado a muchos hombres, pero déjame decirte que hay muchas formas de hacerlo. Que no he besado a ninguna mujer como a ti, y que jamás un beso me ha dejado tan trastornado.

Ella pareció dejar de respirar, tal era su inmovilidad.

—No puedo, William —fue la respuesta que le llegó como un suspiro al cabo de muchos, muchos segundos.

—¿El qué no puedes? —inquirió él con dulzura.

—No podemos —explicó la joven—. Trabajamos juntos. Y yo no puedo —repitió—, no quiero... No pensé...

William vio que ella parecía dudar y decidió tomar ventaja, porque ahora él tenía las ideas muy claras. La condujo con delicadeza hacia el sofá, donde

se sentó sin perder contacto con ella. Pasó un brazo tras su cintura y, con la mano libre, le levantó la barbilla. Parecía sorprendida y confusa a la vez.

—Escúchame, Elizabeth. He pasado horas de insomnio pensando en aquella noche. En si lo que sentí contigo fue por la situación o significaba algo más. —Acercó su rostro al de ella y de inmediato sintió intensificarse la atracción. Se preguntó si ella sentía lo mismo, pero solo tuvo que mirar su expresión para darse cuenta de que sí. El anhelo se reflejaba en su mirada y había entreabierto los labios—. ¿No sientes la necesidad de saberlo? ¿No tienes la sensación de que no podrás volver a dormir tranquila si no lo averiguas? —la tentó. Colocó las palmas de las manos de ella contra su propio pecho—. Solo apártame si la respuesta es no —dijo al tiempo que anulaba la distancia entre ellos.

Y por fin sus labios se unieron. Pero lo que pretendía que fuera una prueba, algo lento y suave, un reconocimiento mutuo, fue una explosión. En vez de apartarlo, ella se aferró a las solapas de su chaqueta, acercándolo de forma casi desesperada, como si le faltara el aire y lo buscara en él, como si ambos hablaran un único lenguaje. Su temperatura se elevó mientras una corriente de excitación lo recorría de forma violenta. Una voz en su interior le pidió que se calmara, que fuera poco a poco, pero ella se lo ponía difícil. Una de las manos de la joven se enredó en sus cabellos y la otra enlazó sus hombros, pegando su cuerpo al de él. Elizabeth era como un volcán que parecía extinto y de pronto entrara en erupción. Y él la necesitaba, quería más; era un maldito egoísta, pero en aquel momento solo pensaba en rodearse de ella, poseerla, meterse en su cuerpo y su corazón, borrar a cualquier otro hombre y ser el único, el primero y el último.

Nunca se había sentido así. Jamás había deseado con tanta voracidad a una mujer, ni la había necesitado tanto. La levantó del sofá sin separar sus bocas y la colocó a horcajadas sobre él. La acercó y la apretó contra su cuerpo maldiciendo el montón de ropa que los separaba. Elizabeth gimió y se separó apenas de sus labios, jadeante, con la mirada tan nublada por el deseo como debía de estar la suya, los párpados entornados, las mejillas arboladas. Era la viva imagen de la emoción que los consumía a ambos. Esta vez fue ella la que anuló el espacio entre ellos y penetró su ansiosa boca con su lengua, con una explosiva combinación de inexperiencia y arrojo. Sonidos de dulce rendición y suaves gemidos acompañaban las caricias de ambos, y él temió no poder parar. Sus manos subieron por la estrecha cintura de la joven y abrió los dedos en abanico, ascendiendo por las costillas hasta que sus pulgares

rozaron los pezones de ella, que incluso a pesar de la ropa que los separaba palpó duros.

Elizabeth jadeó y separó sus bocas, mirándolo con las pupilas dilatadas, como paralizada. Su respiración era rápida. Él se detuvo, temeroso de haber sobrepasado el límite. Ella tragó saliva con esfuerzo y lo miró expectante, sin detenerlo. William se deleitó en su lenta caricia, atento a cualquier signo de rechazo. Extendió sus manos y con ellas abarcó sus pechos apenas rozándolos, frotando los pezones con los pulgares. Elizabeth cerró los párpados, entregada. El joven no pudo resistirse y posó su boca sobre la suave piel del cuello, dibujando con sus labios y su lengua un reguero de caricias.

—Podría lamer cada centímetro de tu piel y no me cansaría de tu sabor —murmuró.

Ella lo recompensó con un suave gemido, y él sintió la necesidad de desabotonarle la blusa y seguir un camino descendente. Pero cuando se dio cuenta de lo que acababa de decir, y de que Elizabeth parecía rendida, fue él quien hizo acopio de voluntad. La abrazó, sus labios se acercaron a los de ella y los acariciaron con dulzura, con pequeños besos, intentando rebajar el nivel de pasión.

Poco a poco, la respiración de ambos se fue acompasando, sus corazones dejaron de latir alocadamente y sintió que ella temblaba. Separó su cara para observarla, temeroso de que estuviera asustada, pero solo observó el brillo en sus ojos, más verdes que nunca, y una expresión extraña en su cara de ángel.

—No te alejes de mí, por favor —le suplicó él.

—Tengo que irme ahora, William. —Se lamió los labios con la punta de la lengua sin darse cuenta de lo que aquello provocaba en él—. Me esperan —su voz sonaba triste.

—Lo sé. —Alzó su mano derecha y la apoyó en su cálida y sonrosada mejilla—. Quería decir que no huyas... otra vez.

—Huyendo no he solucionado nada. Pero eso no significa que no tengamos problemas. Esto... esto nuestro es peligroso.

Él se tensó al escucharla. No quería oír eso, no podía prescindir de ella. ¿Es que no había sentido lo mismo?

—Prométeme que hablaremos muy pronto.

—Me quedan solo dos días para estar con mi familia, preferiría esperar a después, William.

De repente la sintió distante, y supo que sería contraproducente

presionarla. Por lo menos, ambos tenían algo en lo que pensar durante un par de días. Con cuidado, como si fuera algo que hacía cada día, se puso de pie con ella sobre su regazo y, en cuanto estuvo incorporado, la dejó en pie.

—De acuerdo. Hablaremos cuando quieras. Este es el último beso que voy a darte... —apenas le rozó los labios con los suyos y se apartó— hasta que tú me beses a mí. Es tu turno, Elizabeth. Tienes el testigo en tus manos.

Gentilmente, le tomó la mano y la acompañó en silencio hasta la puerta de su casa.

Capítulo 16

—Tu familia es encantadora, Elizabeth. Espero poder verlos de nuevo antes de que se vayan —dijo Penny mientras depositaba el último plato en el fregadero.

—Ajá —. Apenas la escuchaba, perdida en sus propios pensamientos.

—Deja eso. Podemos fregar los platos mañana. Vamos a dormir.

—No tengo sueño. Vete tú, yo no tardaré nada. Además, si se secan los restos de comida cuesta más limpiarlos.

Sintió el peso de la mano de Penny sobre su hombro.

—¿Quieres hablar de lo que te preocupa?

Elizabeth suspiró y consideró la oferta de su amiga mientras frotaba con energía una cacerola. Conocía a la enfermera desde hacía pocas semanas, pero confiaba más en ella que en muchas personas que llevaban años en su vida. Además, necesitaba con urgencia desahogarse con alguien, y no quería hablar con su madre de aquello. Cerró el grifo y se secó las manos en el delantal mirando a su flamante compañera de piso.

—Estás muy cansada, y no seré breve.

—Espero que no. Has estado muy callada durante la cena. Creía que estabas alterada porque temes el momento en que se vayan, pero empiezo a pensar que no es solo eso.

Elizabeth asintió y soltó el aliento. Ya se había sincerado con Paul y con William. Ahora tocaba su amiga.

—Penny... —se miró el anillo— Paul y yo solo somos buenos amigos. No estamos prometidos.

—¿Qué? —La enfermera arqueó las cejas.

Elizabeth explicó las circunstancias de su decisión por segunda vez en el día. Su amiga asentía escuchándola y al final sonrió.

—No me parece una mala idea. —Se encogió de hombros—. Pero sigo sin entender por qué estás así.

—Es por William. —Mientras buscaba las palabras adecuadas para explicarse notó el calor en sus mejillas.

—No entiendo. ¿No te has disculpado con él?

La doctora bajó la mirada, avergonzada. No había escuchado a su sentido común cuando fue a ver a William a su casa. Necesitaba hablar con él, verle. «Y que te besara», dijo una voz interior. No estaba abochornada por juzgar su propio comportamiento como indecente, su madre le había enseñado a no ser

hipócrita en lo referente a la sexualidad. Su vergüenza era no haber podido controlarse, y más a su edad. Su exceso de confianza la había traicionado.

—Sí, lo he hecho. —Se mordió el labio.

—Bien. Entonces asunto concluido —aventuró la enfermera con expresión confusa.

Elizabeth exhaló con frustración.

—Vamos al comedor —dijo.

Una vez sentadas en el confortable sofá, cerca del brasero, Elizabeth inhaló aire con profundidad y habló.

—William me gusta.

—¿Y a qué mujer no? Es guapísimo.

—Me atrae... mucho. Y me ha besado... —sintió que le volvía a faltar el aire al recordar aquellos instantes— también mucho.

—¿En la boca? —Penny agrandó los ojos.

—Sí, ahí mismo —dijo en voz baja.

Elizabeth no entendía cómo podía sentirse tan cohibida al hablar de algo tan natural, siendo médico como era, con una amiga que además era enfermera. Y que estaba segura de que tenía más experiencia que ella con los hombres. Penny había tenido novio, pero no habían llegado a prometerse.

—¿Dónde ha sucedido?

—En el hospital la primera vez. Y hoy... en su casa.

—¡Dos veces! Vaya —fue lo único que acertó a decir.

—Penny, di algo más, por favor.

—Lo siento —reaccionó la enfermera, sonriendo—. Es que me has desconcertado, no me parece que seas el tipo de chica que va haciendo locuras.

—Locuras —repitió, un poco molesta.

—Vamos, Elizabeth, no te lo tomes a mal. Tú eres una mujer cerebral, así que he de suponer que, si haces esas, y perdóname por la palabra, locuras... debe ser porque estás enamorada.

—Yo no estoy enamorada de William. Apenas nos conocemos.

—A veces solo se necesitan unos minutos para enamorarse de alguien.

—No es amor.

—¿Qué sientes por él?

—Yo... —se mordió el labio— no sé qué me pasa con él. Cuando está cerca de mí no soy capaz de pensar con claridad, se me acelera el corazón, tengo calor y me cuesta respirar. ¡Si alguien me contara estos síntomas le

diría que está enfermo!

Penny soltó una carcajada y la miró con ternura.

—Eso es estar enamorada.

—Eso es deseo. —Frunció el ceño—. No soy tan inocente como para confundir ambas cosas.

—No creo que seas el tipo de mujer que desea a un hombre sin más.

—Qué suerte que lo tengas tan claro. —Respiró hondo—. Yo ya no sé el tipo de mujer que soy.

—Voy a preparar un poco de café. Creo que nos vendrá bien —ofreció Penny con una sonrisa.

Elizabeth asintió en silencio, necesitaba aclarar sus ideas. Su reacción a la cercanía de William, a sus besos, a sus atrevidas caricias, la habían desconcertado. Era tal la fuerza de lo que él le hacía sentir que estaba dividida entre el placer, el miedo y la confusión por el descubrimiento.

«Ten cuidado con las emociones que estás descubriendo. No imaginas lo poderosas que pueden llegar a ser, ni hasta dónde te pueden llevar». Aquella tarde había comprobado lo que su madre decía. Negó con la cabeza, preocupada. Se sentía transportada por un carro del que no sujetaba las riendas. Por lo menos, él sí lo había hecho, así que no cabía otra conclusión: William Foster era un caballero.

Tuvo ganas de mofarse de su propia inocencia. Durante la adolescencia había experimentado algunas caricias con Paul y había decidido que, si un hombre guapo, inteligente y por ende su mejor amigo no conseguía despertar en ella más que un sentimiento de curiosidad, estaba claro que nadie más lo haría.

Qué engreída había sido.

—Aquí está. Lo he preparado suave —dijo Penny, dejando una bandeja sobre la mesita que había cerca del sofá. Tomó una de las tazas y se la pasó a Elizabeth—. Sin azúcar, como te gusta. —Se acomodó a su lado y ambas bebieron en silencio unos instantes.

—¿Qué voy a hacer con esto? —Elizabeth levantó la mano que lucía el anillo de Paul.

Penny puso cara de circunstancias.

—Si te lo dejas puesto, te puede seguir haciendo de escudo.

—Menudo escudo. No me protege de mí misma —dijo con amargura.

—Llevar ese anillo es bueno y a la vez malo, quizá más lo último —continuó su amiga—. Si en algún momento te vieran en una situación

comprometida con William sería tu perdición. Nadie te perdonaría que fueras infiel a un héroe de guerra, que es lo que creerían.

—¡Nadie me va a ver en una situación así! —protestó.

—Sé realista, Elizabeth —insistió la enfermera—. Ese anillo, en este momento, es una bomba de relojería.

Elizabeth le dio otro sorbo a su taza. Su amiga tenía razón.

—Mañana cuando vea a Paul le devolveré el anillo. De todas formas, siempre me ha dado miedo perderlo —dijo con tristeza.

—Creo que harás bien. Él parece un hombre maravilloso, además de guapo. Se merece algo mejor que esperar un amor que no llegará —opinó Penny con suavidad.

—He de comunicarles que cinco enfermeras nos dejan para marcharse con la Cruz Roja. —dijo Parker en la reunión del sábado por la tarde. Esperó a que el rumor de conversaciones se apagara para seguir hablando—. También quería decirles que el Gobierno va a endurecer la ley contra la sedición. Dentro de poco, cualquier crítica a sus decisiones, sobre todo las que tienen relación con la guerra, puede ser interpretada como una traición a nuestro país.

—¿Pero sí se podrá hablar, por ejemplo, de las epidemias de sarampión o neumonía en los campamentos? ¿Dirán que somos traidores por hablar de las malas condiciones de vida de los soldados? —preguntó Elizabeth. El hacinamiento en los campamentos, unido a que los reclutas se aglomeraban cerca de las estufas para soportar mejor el crudo invierno, había facilitado varios brotes epidémicos por todo el país.

—Podemos hablar entre nosotros, en un ámbito científico, pero sin criticar las decisiones del gobierno. Debe tener mucho cuidado cuando habla en público, doctora, aunque estoy de acuerdo con usted. Y sé que el doctor Gorgas, el Cirujano General^Z del Ejército, está muy preocupado por la masificación en los barracones. Por fortuna, la epidemia de sarampión está remitiendo.

Los presentes en la sala sabían que el peor enemigo del soldado era algo a lo que él no podía disparar: las infecciones. La posibilidad de que los periódicos y la comunidad científica se vieran amordazados por la censura daba escalofríos. La doctora se miró las manos, que notaba desnudas, y pensó en su amigo. Había guardado el anillo en su bolso para entregárselo a Paul. Miró a William y vio que sus ojos azules estaban fijos en las manos de ella. Las escondió entre los pliegues de su bata y bajó los párpados.

*

Antes de terminar la sesión con Parker, William tuvo que salir corriendo hacia la sala de urgencias para atender una emergencia, ya que estaba de guardia. Se encontró con una paciente acompañada por una enfermera consternada.

—Parece un intento de suicidio. La policía ha acudido al domicilio alertada por unos gritos y ha encontrado a la mujer y... esto —dijo mostrando un telegrama con el sello del ejército.

No hacía falta leerlo para saber lo que ponía. William volvió su atención a la paciente, una mujer joven, inconsciente, con respiración apenas perceptible y un tinte de piel azulado en los labios y las uñas. Un examen rápido de pupilas confirmó sus sospechas. Eran tan pequeñas como un punto negro. Seguramente había ingerido una gran cantidad de láudano. Aquel derivado del opio aún era recetado con demasiada liberalidad por los médicos más viejos, por lo que mucha gente lo tenía en sus botiquines.

—El pulso aún es fuerte —dijo la enfermera.

William lo comprobó, el corazón de la mujer resistía. De repente, esta se removió en su camastro. Él le giró la cara a un lado al notar que hacía una arcada y la mujer vomitó con gran esfuerzo. Quizá, con un poco de suerte, había expulsado parte del tóxico.

El médico tomó una decisión. Había leído artículos sobre la respiración boca a boca, sobre todo en ahogados. Algunas matronas usaban aquel método de reanimación en la sala de partos, con recién nacidos. No sabía qué podía pasar, pero sí que aquella joven iba a morir si no hacía nada. Tomó una gasa y la humedeció con agua, limpió la boca de su paciente ante la atenta mirada de la enfermera. Entonces le tapó la nariz y se inclinó como si fuera a besarla.

—¡Doctor! ¿Qué está haciendo? —exclamó la enfermera.

—Intento que le entre aire.

Acoplando su boca a la de su paciente, le insufló aire en los pulmones, esforzándose por ignorar el acre olor del vómito. La enfermera y un interno que se había acercado lo miraban con los ojos muy abiertos ante aquel método tan poco ortodoxo. William esperó un poco y volvió a hacerlo, y así varias veces, hasta que le dio la sensación de que la mujer iba recuperando un color normal.

—¿Puedo ayudar? —dijo la enfermera.

—Se lo agradecería. Es más cansado de lo que parece. Usted también puede participar —invitó al interno.

Estuvieron durante unos minutos intercambiando papeles, los tres comenzaban a estar cansados, pero cuando paraban el color de la mujer volvía a empeorar. Se acercó Penny, que estaba de turno en la sala, para sustituir a su compañera. William no sabía cuánto duraría la insuficiencia respiratoria provocada por el opio. Esperaba que la joven se recuperara pronto, o no habría bastante personal para atenderla.

—¿Necesitan ayuda?

William no era muy religioso, pero en aquel momento creyó en los ángeles.

—Toda la que usted pueda brindar será bienvenida, doctora Scott.

La joven asintió y levantó con cuidado uno de los párpados de la paciente con gesto adusto. William no pudo evitar pensar cuán diferente era aquella mujer de la joven ardiente a la que había besado y acariciado en el sofá de su biblioteca. Se obligó a ahuyentar de sí aquellas inoportunas imágenes.

—¿Opio?

—Eso creo.

—Venía a despedirme de Penny —pareció puntualizar ella—, pero me quedaré mientras me necesiten. Puedo ir a buscar más ayuda y visitar el resto de las urgencias hasta que usted quede libre.

—¿No tiene que ir a ver a su familia?

—No les importará que me retrase por un buen motivo. Ellos saben que aquí no hay hora de salida —repuso de forma seca. Sin esperar respuesta se alejó de allí.

A William le recordó a la doctora Scott de los primeros días, estirada y capaz, siempre a la defensiva. Tomó el lugar de Penny en la respiración boca a boca mientras lamentaba que Elizabeth reaccionara de aquella forma.

*

—Ya puede marcharse, doctora —anunció la voz de William.

—En cuanto avise al cirujano. Creo que el señor Ray tiene apendicitis —repuso Elizabeth. Su mano presionaba con suavidad el abdomen de un hombre de mediana edad, que la miraba como si tuviera tres ojos.

—Menos mal, un médico de verdad —dijo al ver a William—. Esta mujer insiste en que es médico, doctor. ¡Ay! ¡Torpe, me ha hecho daño! —Le dirigió una mirada furibunda a la joven, que había separado la mano de su abdomen de forma brusca.

—Señor, la doctora Scott en efecto es médico, y debe mostrarle un respeto. Eso que acaba hacer no era por ser torpe, era para confirmar su diagnóstico

—pronunció el médico con irritación—. Usted tiene apendicitis.

Elizabeth hacía tiempo que había decidido ignorar los comentarios misóginos, pero le resultó casi divertido ver la indignación en la atractiva cara de William.

—Entonces espero que el cirujano sí sea un médico de verdad, porque no pienso dejarme operar por un matasanos con faldas.

El ceño de William se hizo más profundo y entrecerró los ojos.

—Es libre de marcharse y sufrir una peritonitis, señor. Creo que es una muerte muy dolorosa.

El hombre agrandó los ojos y abrió la boca emitiendo un gemido ahogado. La doctora tiró de la manga de William, arrastrándolo con ella hacia el despacho médico.

—William —le espetó tras cerrar la puerta—. No puedes hablarle así a un paciente.

—Lo siento —dijo a regañadientes.

—Agradezco tu ayuda, pero ¿qué van a decir si, de repente, empiezas a comportarte de esa forma?

—No he hecho nada que no hubiera hecho ya el primer día que te conocí, y lo sabes —se defendió él—. Pero no te preocupes, la próxima vez que escuche cómo te desprecia un estúpido como ese estaré calladito.

—Eso espero. —Suspiró—. He aprendido que no puedo responder a todas esas pullas, William, sería agotador. Prefiero centrar mi energía en el trabajo, esperando que con el tiempo los hechos hablen por mí.

Él inclinó la cabeza.

—Es lo más sabio, supongo. Lo siento —repitió, más convencido.

—¿Cómo está la mujer de la sobredosis?

—Se recuperará. Sigue dormida, pero respira por sí misma. Gracias, Elizabeth.

—Ya quedamos en no darnos las gracias por cosas como esta. —De pronto recordó que era tarde— ¡Madre mía, tengo que irme ya!

Se quitó la bata, la colgó de una percha del despacho y recogió su abrigo. William la miraba sin perderse uno solo de sus movimientos, y empezó a ponerse nerviosa al darse cuenta de que estaban solos en una habitación con la puerta cerrada, situación que ella se había prometido a sí misma evitar.

—También siento que estés enfadada conmigo —murmuró él. Estaba a pocos metros de ella, pero lo sentía al lado.

—No estoy enfadada contigo —pronunció con cierta exasperación.

—Pues lo parece.

—No tiene nada que ver contigo. —Sacudió la cabeza—. Solo estaba... Estoy preocupada por algo de la consulta. Me ha pasado una cosa y no sé qué hacer.

—¿Quieres que lo hablemos?

Nada deseaba más Elizabeth en aquel momento que desahogarse con alguien de confianza, pero no podía entretenerse más tiempo.

—Puedo esperar hasta el lunes.

—De acuerdo.

—No olvides hablar con el cirujano —añadió dirigiéndose hacia la puerta.

—Sí, jefa.

Lo miró por encima del hombro. La media sonrisa canalla de él la desarmó y tuvo que apretar los labios para evitar corresponderle. Ambos se observaron en silencio y supo que tenía que volver a huir.

—Adiós, William —susurró mientras le daba la espalda y tomaba el picaporte.

—Espera, Elizabeth. —Ella se detuvo con la mano agarrando el frío metal—. Has olvidado algo. —Su voz sonó muy cerca de ella.

Se giró para encararle y se topó con sus iris azules, cálidos y brillantes. Sus huesos parecieron perder solidez mientras él escrutaba sus rasgos como si quisiera memorizarla, recorriendo con la mirada la piel de su rostro hasta llegar a los labios, donde notó un cosquilleo.

—Ayer dijiste que no ibas a volver a besarme si no lo hacía yo primero —murmuró sin apenas voz.

—No te estoy besando. —Sus labios se curvaron en una sonrisa perezosa y ella sintió que la impulsaban hacia él.

—Pues no lo parece —afirmó enfurruñada. Se sentía muy irritable, y no quiso pensar si era por la actitud de él o por ella misma.

—Te olvidabas esto —dijo, tendiéndole el bolso sin mudar el gesto.

«Maldito engreído». Ella lo tomó y se marchó con aire ofendido, sin despedirse.

—Hoy hace mucho frío en la calle, creo que se me ha metido en los huesos. —Elizabeth se abrazó a sí misma.

Era la noche del sábado y, tras una cena tardía, ella y Paul estaban solos en el restaurante del hotel. De nuevo Charles y Sarah se habían escapado juntos hacia sus habitaciones. Se dijo que debían de estar aprovechando el tiempo antes de volver al pueblo.

Paul la miró con preocupación. Llevaba puesto su uniforme militar, como siempre. Era el reglamento, aunque estuviera de baja.

—¿Quieres que te traiga tu abrigo? —quiso saber el joven.

—No, estaré bien —le contestó ella con una sonrisa forzada.

—Elizabeth, desde ayer te noto extraña. ¿Todo va bien? ¿Es el trabajo?

—No, Paul. —No quiso pensar ni en el problema que tenía en su consulta ni en William—. Hay mucho trabajo, pero todo va bien ahí. Yo... —Apartó la mirada de él y rebuscó en uno de sus bolsillos.

—No lo hagas, Elizabeth.

—Tengo que hacerlo. No es buena idea que lo conserve. No puedo seguir engañando a la gente. —Le tendió la cajita por encima de la mesa con lentitud.

Paul dirigió su mirada hacia aquella caja como si fuera la de Pandora.

—¿Por qué ahora?

—Ya te lo he dicho. No puedo seguir con el engaño.

—¿Estás segura de que es por eso? No creo que ese anillo te represente ninguna molestia si lo que pretendes es seguir con tu vida de mujer independiente. No querías marido ni hijos, pero creo que algo de eso ha cambiado.

—¿Importa eso?

—Sí. ¿Qué clase de amigo sería si no me importara?

Ella se miró las manos, que tenía sobre la mesa. Estaba ocultándole la verdad por cobardía, para no enfrentar su mirada teñida de tristeza, pero también de preocupación y cariño. Apretó los puños y lo hizo, miró a los ojos de su amigo.

—Hay un hombre que me... gusta. Y yo a él. Pero no es por eso por lo que me quiero quitar el anillo, Paul. O por lo menos —dijo en voz baja, acariciando la cajita— no solo por eso. Desde el principio me he sentido extraña fingiendo algo que no soy y, creo que, aunque William no hubiera aparecido, habría terminado quitándome el anillo.

—William... ¿Es el doctor Foster?

—Menuda memoria tienes.

—Como para no recordar el momento de la cafetería —comentó su amigo con una sonrisa.

De repente ella le tomó la mano y se la apretó.

—Quiero que sepas que sigo pensando lo mismo. Que mis deseos de independencia no han cambiado. No quiero casarme, ni tener hijos. —Paul

asintió con gesto de condescendencia, cosa que la irritó—. ¿No me crees?

—Bueno... Creo que tú estás convencida de lo que me dices.

—Pero no crees que vaya a suceder.

—Lizzy, ¿has hablado con él sobre tus intenciones?

—No hay nada que decir. Solo hablaré con él para decirle que no espere nada —sentenció.

Paul la contempló unos instantes en silencio, estudiando su cara. Elizabeth se removió incómoda en su asiento.

—Hay una enfermera en Francia —dijo él sin variar su expresión. La joven lo miró con sorpresa por el cambio de tema—. Se llama Anne. Me cuidó cuando me lesioné, antes de que me trasladaran aquí.

Ella revisó sus propios sentimientos buscando algo de celos, pero lo único que pudo encontrar fue preocupación por él.

—¿Es una buena chica? —preguntó sin pensar.

—Eso es justo lo que quería que preguntaras —asintió con socarronería—. Lo que uno espera de la mujer que le gusta.

—No quiero que te hagan daño —se justificó ella—. No te burles de mí.

Su amigo la miró con ternura.

—No lo hago. Solo es que prefiero bromear, ya me conoces. Y sí, es una buena chica. Y muy guapa. Y francesa —dijo levantando las cejas repetidamente.

Elizabeth rio.

—No sé qué tienen las francesas que os gusta tanto —dijo. Levantó las manos al ver que él abría la boca para contestar—. ¡Y no quiero saberlo!

Esta vez fue él quien soltó una carcajada.

—De acuerdo. Información confidencial. —Sonrió—. Puede que empiece a verla cuando vuelva allí.

—Es una chica con suerte.

Paul ladeó la cabeza y volvió a estudiar su expresión.

—Ya sabes los problemas a los que te enfrentas, ¿verdad? Incluso aunque él no existiera. Por si acaso, lo mejor sería que dijeras que el compromiso lo he roto yo.

—Paul, no pienso darle explicaciones a nadie. Simplemente, no. Ya estoy acostumbrada a las habladurías.

—Como quieras. Solo lo digo porque me preocupo por ti.

—Imagino que quien me miraba mal antes, ahora me mirará peor, y quien ya me miraba bien no creo que se preocupe por mi anillo.

—De acuerdo —dijo él sin mucho convencimiento. Había un surco profundo entre sus cejas.

—No va a pasar nada. No puedo dejarme llevar por algo que no tiene futuro.

—No seas cabezota. —Se inclinó sobre la mesa y la miró a los ojos—. Lo que no puedes hacer es ignorarlo. Eso no hace que los sentimientos desaparezcan, créeme. Por lo menos tienes que hablarlo con él, si es que habéis llegado a ese grado de confianza.

El calor en sus mejillas la traicionó y notó el peso de la curiosa mirada de Paul sobre su piel. Desvió la vista mientras él entrecerraba los ojos, y centró su atención en una pequeña manchita del mantel.

—Maldito cabrón afortunado —masculló el joven.

—¡Paul! ¿Qué lenguaje es ese?

—Vamos, doctora, no te hagas la inocente. Cuando quieres sabes jurar como un pirata.

—¡Culpa tuya! Me enseñaste todas esas palabras prohibidas y a veces no podía evitar que se me escaparan —exclamó con fingida indignación.

—Sobre todo cuando se trataba de provocar a tu madre, o a cualquier otro adulto.

—Vamos, hombre, pero si yo era la buena de los dos.

—Si tú lo dices...

Hubo un silencio prolongado mientras ambos se sonreían.

—Habría sido algo ideal, ¿verdad? —murmuró él, entrelazando sus dedos con los de ella.

—No sabes cuántas veces he deseado que las cosas fueran distintas. —Ella cerró los párpados un instante—. Paul, tengo tanto miedo por ti.

—Todo irá bien. Créeme, allí en Francia la mayoría del tiempo todo es muy aburrido.

—Es la *minoría* del tiempo lo que me preocupa.

—No pensemos en eso. Una cosa que he aprendido es a vivir el presente.

Elizabeth asintió forzando una sonrisa. Tenía razón.

—Creo que será mejor que me vaya. Así aprovecharemos mejor el domingo.

—Te acompañaré.

El viaje fue silencioso. Ambos estaban sentados muy juntos en el asiento de atrás, necesitando ese contacto previo a la separación que les esperaba. Cuando el taxi se detuvo frente al edificio donde vivía, Paul insistió en

acompañarla adentro, hasta la puerta de su casa. Una vez allí, Elizabeth le dio un beso en la mejilla y aspiró su olor, llenándose de él. Su amigo la besó en los labios, un contacto suave y cariñoso.

—Ten mucho cuidado —le dijo.

—Lo prometo.

Cerró la puerta tras de sí, sintiéndose más sola que en mucho tiempo.

Capítulo 17

William casi había terminado de pasar la ronda, aquel lunes tan solo le quedaba por visitar la joven que se había intoxicado con láudano. Tras haber pasado las primeras horas de su ingreso en un estado de somnolencia, la paciente había despertado en un mutismo absoluto, se había negado a comer y apenas bebía.

—Buenos días. ¿Cómo se encuentra hoy? —A él mismo le pareció una pregunta estúpida, pero se dispuso a esperar una respuesta que no llegó—. Señora, ¿tiene a alguien quien podamos llamar? Físicamente ya está en condiciones de marcharse, pero no querría que se fuera a casa sola.

Aquellas palabras desencadenaron un torrente de lágrimas y William se sintió torpe. Él era bueno con los microbios, no con las mujeres melancólicas.

—Si quiere, puede acompañarla alguien del hospital —insistió.

No sabía qué hacer. Pensó que podría llamar a alguna de las enfermeras de la oficina municipal de Salud Pública y pedirle que pasara de vez en cuando por el domicilio de la mujer para echarle un vistazo.

—¿Por qué está aquí? —dijo la joven con voz enronquecida y mirando al frente.

Era la primera vez que la oía hablar, y William se sorprendió más de eso que de la extraña pregunta que hacía.

—¿Puede decirme su nombre? —inquirió. Quería evaluar el estado de la mujer.

—Usted no debería estar aquí —murmuró.

—No la comprendo.

—Usted es un hombre joven. Sano. Debería estar luchando por su país. Es usted un cobarde —murmuró la paciente en tono monocorde.

—El doctor le salvó la vida —apuntó Edith, la enfermera, en tono agrio—. No se separó de usted hasta que vio que respiraba por sí misma.

—Nadie se lo había pedido. Tomé mucho láudano... por accidente. Pero nadie le pidió que me salvara —aseguró en tono amargo, aún sin mirar a nadie.

—Señora, no tengo por qué disculparme. He elegido cuidar a mis conciudadanos, pero cuando el ejército me llame acudiré sin demora. —Era desagradable escuchar en boca de otra persona los pensamientos que él

mismo tenía a veces.

—Él decía que aquellos hunos no podrían contra nuestros chicos. Que iban a hacer historia —murmuró la paciente. Agarró la colcha, la retorció entre sus manos, y comenzó a divagar. Sus frases eran inconexas, incomprensibles.

William se quedó mirando a la mujer, ignorando la quemazón que sus palabras habían dejado en él. Decidió que no podía mandarla a su casa en ese estado.

—Doctor Foster, ¿puedo hablar con usted un momento?

Nunca se acostumbraría al poder que aquella voz tenía sobre él. Se giró y la vio, discretamente apartada en un rincón de la sala. Estudió su expresión, dándose cuenta de que ella había sido testigo de las palabras de la mujer. Se preguntó con desazón si su ángel también pensaría que él era un cobarde.

—Eso es todo, enfermera Wells. Gracias. Ya decidiré qué hacer con esta paciente. Si me necesita estaré en el despacho médico —le dijo a la enfermera.

—De acuerdo, doctor Foster —repuso ella, y saludó con un gesto de asentimiento a Elizabeth, que le correspondió con una leve sonrisa.

—Siento que aquella mujer te haya insultado —fueron las primeras palabras de Elizabeth una vez salieron de la sala—. Sabes que no es cierto lo que ha dicho, ¿verdad?

Caminaron en silencio hasta llegar al despacho de residentes.

—¿Tú... no piensas como ella? —pronunció con cuidado, al tiempo que abría la puerta y le cedía el paso.

—¿Yo? ¡No! Si a Paul no lo hubieran reclutado yo habría detestado que se alistara voluntario. Estoy aterrorizada solo de pensar que pueda volver a Francia.

William sintió una punzada de celos. Por un momento se preguntó si siempre habrían sido solo amigos, pero lo dejó estar. Se centró en que ella le estaba mostrando su apoyo, y le acometió un anhelo casi irresistible de arrinconarla contra la mesa y...

—No me mires así. Por favor —susurró ella apartando sus ojos.

—Lo siento. —Cerró los párpados un momento y respiró profundamente antes de volver a abrirlos, más sereno—. ¿Qué querías decirme?

—La señora Stanley me habló de la Hull House, la casa de acogida para inmigrantes. Conoce a sus administradoras porque también es benefactora del lugar. Si quieres, hablaré con ella para que acojan a esa mujer allí, o en un sitio similar, un lugar donde cuiden de ella hasta que se recupere lo suficiente

como para vivir sola, si es que no tiene a nadie.

A él le entusiasmó la idea.

—¿Te he dicho alguna vez que te adoro, Beth? —Apretó los labios para no reír cuando vio su tímida reacción.

—¿Beth? —fue lo único que ella acertó a decir.

Él se encogió de hombros.

—Lo he dicho sin pensar. ¿Te molesta que te llame así?

La joven pareció pensárselo unos segundos.

—No. Creo que nunca me han llamado así, pero... me gusta.

—Me alegra oírte —afirmó él. Decidió cambiar de tema y le preguntó algo que quería saber hacía días—. ¿Has llamado ya a Michael? Me dijo que todavía no te habías puesto en contacto con él, y que necesita saber si aceptarás el trabajo.

—Tienes razón. Me lie con la mudanza y la visita de mi familia. Y luego pensé que a lo mejor ya no estaban interesados.

—Por supuesto que lo están, pero mejor no esperar demasiado. Esta misma tarde te llevaré a su casa. —Sin esperar respuesta se dirigió hacia la puerta. Antes de abrirla se giró y la miró—. Adoración no es una palabra adecuada para lo que me haces sentir. Pero eso, de momento, lo guardo para mí —dijo en tono confidencial.

Entonces abrió la puerta y desapareció de su vista.

*

Acababa de sentarse en el sofá del acogedor comedor de su piso con una revista médica en la mano cuando sonó el timbre de su casa. No podía ser Penny, porque trabajaba hasta tarde.

—¿Sí? ¿Quién es?

—Soy William. —La voz sonó apagada a través del grosor de la puerta.

—¿William? —De repente recordó y abrió la puerta— ¡William!

—Sí. ¿No recordabas que teníamos una cita? —El joven la miró de arriba abajo—. Menos mal que aún sigues presentable. ¿Vamos? Tengo el coche aparcado frente a tu edificio.

—No... ¡No te he dicho que aceptara tu ofrecimiento! —protestó.

—¿Prefieres ir con transporte público teniéndome a mí para llevarte? —Arqueó las cejas, incrédulo—. ¿Aún estamos en esas?

—¡No quiero estar a solas contigo! —exclamó ella—. ¿Es que no lo entiendes?

—Entiendo que no confías en mí. —De repente, la puerta de al lado se

abrió y una vecina saludó, observándolos con curiosidad antes de desaparecer escaleras abajo. Elizabeth lo miró con expresión mortificada—. Y entiendo que no tienes ningún interés en conseguir ese trabajo.

La joven se detuvo unos instantes a considerar la situación. Por fin tomó una decisión, esperaba que racional.

—Un momento, voy por mi abrigo y mi sombrero —dijo, notando el brillo triunfal en los ojos azules.

Recorrieron los primeros minutos de camino en silencio. Elizabeth miraba a través de la ventanilla, esforzándose en ignorar a su compañero. Sin embargo, el calor que irradiaba su cuerpo parecía llegarle a las yemas de los dedos, y su aroma masculino se introducía en sus pulmones como si fuera vapor de opio, intoxicándola y haciéndole perder el raciocinio. Exhaló con fuerza, desesperada consigo misma.

—¿Sucede algo? —fue la suave pregunta.

—No puedo dejarme llevar, William. —Se sinceró sin atreverse a mirarlo—. No puedo. —Negó repetidas veces con la cabeza.

Él no dijo nada, limitándose a seguir conduciendo en silencio. Estaba bien. Ya lo había dicho, no tenía por qué explicar más. Siguió mirando a través del cristal las calles de Chicago, iluminadas por la luz de las farolas. Había unos pocos transeúntes a aquella hora, quizá oficinistas que salían tarde del trabajo; aquella zona albergaba la mayor parte de las oficinas de la ciudad. Miró hacia arriba, siempre maravillada por la altura de los rascacielos. Pensó que, por más que viviera en aquella ciudad tan cosmopolita, nunca dejaría de ser una chica de pueblo.

De repente el automóvil se detuvo a un lado de la calzada.

—¿Por qué? —inquirió él.

Miró a William y lo encontró contemplándola con las manos apoyadas en el volante. Se dio cuenta de que él estaba continuando la conversación de antes.

—Porque, por no hablar de cosas obvias como que somos compañeros de trabajo, y que se supone que yo estaba prometida hasta hace poco... no quiero tener novio, ni casarme, ni hijos. Ya sé que no me estás pidiendo todo eso, pero si los dos nos dejamos llevar es una posibilidad. Y no quiero.

—¿Por qué? —fue la respuesta, pronunciada como un susurro.

Ella se irritó y estuvo a punto de decirle que no cuestionara todo como un niño de cuatro años.

—Porque soy una mujer —repuso, sus ojos clavados en los de él—. Y se

supone que las mujeres cuando se casan se entregan a su hogar, pero amo mi trabajo y no quiero sacrificarlo por nada. Y porque quiero poder vivir del dinero que gane, y no depender de un hombre que me pueda abandonar en cualquier momento dejándome sin un sustento. Y, si no tienes bastante con todo eso, porque no puedo permitirme perder la cabeza, que es lo único que tengo, y tomar decisiones irracionales.

Él la observaba en silencio, su gesto neutro, y ella no se podía imaginar qué pasaba por su mente, pero rogó en silencio que la comprendiera y se alejara de ella.

—Te olvidas de un motivo más para no dejarte llevar.

Elizabeth sopesó sus palabras y no supo a qué se refería, pues creía haber dicho lo más importante.

—¿Cuál?

—Que tienes miedo.

—No tengo miedo —repuso ofendida.

—Sí, Beth. Estás muy asustada —afirmó, y sin apenas pausa prosiguió—: Es aquí cerca. Vamos.

Elizabeth lo tomó por el brazo, deteniendo el movimiento que él había iniciado para bajar del automóvil. ¿Creía que podía soltarle eso y dejar la conversación porque a él le daba la gana?

William siguió con el gesto impertérrito, pero se detuvo.

—Te digo que no tengo miedo —repitió ella, soltándole—. Mis razones son todas las que te he expuesto, y no tienen nada que ver con el miedo. En todo caso, con la prudencia y el sentido común —afirmó alzando la barbilla.

—Y yo te digo que sí lo tienes —repuso él con tranquilidad—. Temes explorar una parte de ti que todavía no conoces, pero que empieza a asomar. Estás tan asustada que prefieres pisotearla antes que arriesgarte a caminar por senderos que no sabes adónde te van a llevar. Te gusta aprender e investigar en el campo de la ciencia, pero cuando el misterio eres tú misma te echas atrás. ¿Y sabes por qué? Porque lo que ves es demasiado intenso, y te sientes vulnerable y perdida.

—Creo que eres un engreído por pensar tan bien de ti mismo, William —dijo ella con ira contenida—. Crees que me tienes loca por tus encantos, ¿verdad? ¿Tan bien crees conocerme como para haber deducido todo eso tú solo?

—Quizás lo creo porque yo me siento así también. La diferencia entre los dos —contraatacó él—, es que yo lo acepto, aunque me asuste.

—¿La diferencia, William? ¿Solo una? —exclamó ella, encolerizada. Golpeó el salpicadero del coche con la mano plana—. Hay muchas más diferencias entre nosotros. Yo vengo de una familia pobre, mi padre nos abandonó y mi madre tuvo que espabilarse sola para mantenernos a las dos. Creo que nunca has sabido lo que es contar hasta el último centavo, ver que tu madre se queda a veces sin cenar con la excusa de no tener hambre y saber que en realidad ha guardado su ración para ti. —Hizo una pausa para tomar el aire que le faltaba—. Estudié medicina gracias a becas y a la ayuda del padre de Paul, además de dar clases particulares. Algunos compañeros y pacientes me miran como a un bicho raro y no respetan mis opiniones porque soy mujer. He de cuidar mi reputación, porque cualquier indiscreción sería pregonada por todo el hospital y entonces ya nada de lo que dijera o hiciera sería tomado en serio. Dígame, ¿son esas también sus experiencias, doctor *Foster*? —recalcó el apellido—. Porque si no es así, no pienso tolerar que me acuse de tener miedo.

No se dio cuenta de que estaba temblando hasta que él la abrazó.

—Shhh... Tranquila, Beth —murmuró, y su cálido aliento le hizo cosquillas en la oreja.

La apretó contra sí, pasándole una mano por la espalda desde la nuca hacia abajo, una y otra vez, con suavidad, y ella sintió que toda su ira se desvanecía. Quizá había sido la explosión, o quizá el afectuoso contacto con él, pero se sintió relajada y cansada, muy cansada.

—Gracias —dijo al cabo de unos minutos, su cabeza apoyada en el hombro masculino—. Perdona, no quería llamarte engreído... Bueno, un poco sí lo eres, no me lo vas a negar.

Notó que el pecho masculino temblaba bajo los efectos de la risa contenida.

—No lo niego. Y tú no me negarás que eres un poco estirada.

—¿Estirada? —protestó.

—Estirada. Acabo de saber más de tu vida en este arrebató verbal que en todo el tiempo que te conozco.

Ella suspiró.

—De acuerdo, soy un poco estirada. Pero dejo de serlo cuando se me conoce bien. Pregúntale a Penny.

—No. Quiero descubrirlo por mí mismo —dijo él, separándose de ella lo suficiente como para mirarla a la cara—. Quiero conocerte. Y algún día te contaré que las cosas no han sido tan fáciles para mí como piensas.

Aunque... reconozco que nuestras vidas han sido muy diferentes. No quería que te sintieras herida. Por favor, acepta mis disculpas.

Ella se lo quedó mirando de hito en hito, leyendo en su expresión sincera. Entonces también tuvo ganas de conocerle, anheló saber su pasado, sus miedos y esperanzas. Quiso que le continuara abriendo su corazón. Y eso no fue lo peor: sintió la necesidad de estar más cerca de él, de besarle y estrecharle con tanta fuerza que, sí, esta vez lo reconocía, tuvo miedo. Asintió y forzó una sonrisa, ansiosa por salir de aquel espacio cerrado.

—Se hace tarde. ¿Vamos a ver a tu amigo?

Le pareció que una sombra de decepción cruzaba la atractiva cara del médico, pero antes de estar segura de eso él ya había salido del coche y le estaba abriendo la puerta.

—Es en este edificio. —Señaló con una inclinación de la cabeza.

Le tendió la mano para ayudarla a salir del vehículo y ella la apretó con fuerza, deseando no llevar guantes para sentir su piel. Una vez en la acera lo miró sin soltarlo, buscando en sus ojos azules algo de reproche, una chispa de irritación. En su lugar hubo tan solo una mirada tan cálida que se sintió derretir.

—¿Ahora llegáis? Como tardabais tanto iba a comprar tabaco —dijo una voz cerca de ellos.

William se giró apenas, reticente a despegar sus ojos de los de ella. Elizabeth esperaba que su sofoco no se notara con aquella escasa luz.

—Buenas noches a ti también, Michael —gruñó el médico.

*

Miró a Michael con exasperación y este le devolvió una mirada que quería decir: «¿Se puede saber qué estás haciendo?». Entonces se dio cuenta de que su amigo no sabía que Elizabeth era libre.

Libre.

Para él eso era lo único importante. Sabía que ella tenía razón con todos aquellos motivos para mantenerlo alejado. Pero también sabía que ninguno de esos obstáculos era insalvable. El único que lo habría mantenido a distancia no existía. Lo demás podían superarlo juntos, con prudencia y paciencia.

—Sabes que deberías dejar ese vicio, ¿verdad? —amonestó a su amigo.

—Doctora Scott, es un placer volver a verla. —Michael ignoró sus palabras—. ¿Entramos? —dijo con una sonrisa dedicada solo a ella—. Vivo en este edificio.

—No quisiera molestar. Puedo esperar a que compre su tabaco, señor

Penfield. Aunque estoy de acuerdo con el doctor Foster.

—Llámeme Michael. Hacía tiempo que esperaba su visita y no quiero demorarla más. —Le ofreció su brazo como un caballero escoltándola en el baile.

—Puede llamarme Elizabeth. —Le tomó el brazo y sonrió con timidez—. Siento no haber parecido interesada en su oferta. No es así, se lo aseguro.

—Bien. —Por fin miró a William—. ¿Vamos?

El apartamento del periodista estaba limpio y ordenado; se notaba que era un apartamento de soltero, decorado en tonos oscuros y con la mínima ornamentación. Los hizo pasar al comedor después de guardar los abrigos.

—Adelante, tomad asiento. ¿Una copa, un cigarro? —Los dos médicos negaron con la cabeza—. Si a Elizabeth no le molesta, voy a fumar.

—Tienes un problema de corazón, deberías dejarlo. Pasó fiebre reumática de pequeño —explicó a la joven, pero su amigo resopló y lo ignoró.

—Bien, me alegra veros a los dos. —Encendió un cigarrillo y aspiró el humo con deleite—. Elizabeth, es usted la candidata idónea, por lo que me ha explicado William. Necesitaré su currículum para mi jefe.

—Por supuesto.

—De hecho, ya han entrevistado a algunos doctores, pero, por desgracia, son de la «medicina heroica», ya sabe usted —hizo una mueca—: sangrías para curarlo todo, miasmas y toda esa basura.

—La medicina ha cambiado mucho desde finales del siglo pasado —coincidió ella.

—Usted y todas las doctoras son los mejores ejemplos de que nada es como antes —dijo Michael asintiendo—. Y eso me lleva al tema que quería comentarle. Es un poco... —carraspeó— incómodo. Por eso quería hablarlo en persona.

Ella se tensó.

—No tendrá ese tema relación con mi... disposición anatómica, ¿verdad? —pronunció con sarcasmo.

—Sí, por desgracia, sí.

—Oh, vamos, Michael, no vengas ahora con esas —gruñó William.

—¡No lo hago! No yo —se defendió—. Mi jefe está chapado a la antigua. Cree que si quien firma es un hombre los consejos serán más valorados.

—Lo vivo a diario, Michael, pero la gente va cambiando. En el hospital la mayoría me ha aceptado.

—Michael, ¿si sabías eso por qué nos has hecho venir? No entiendo nada

—protestó el médico.

—Hay una opción intermedia, y quería planteársela a la doctora. Le adelanto que mi jefe está de acuerdo.

—Si es poner mi fotografía en la página con un bigote postizo, olvídense —dijo Elizabeth.

—El cielo me libre de cometer semejante pecado —repuso el periodista con una sonrisa—. Podría usted firmar los artículos con la inicial de su nombre, su apellido, y poner al final DM, ya sabe, doctor en medicina, como se suele hacer en los artículos médicos.

—No es una mala idea —aprobo William al notar el silencio de ella.

—No lo sé. —Negó con la cabeza y miró a ambos hombres—. Es como... como si me estuviera traicionando a mí misma.

—Piense que hará un gran servicio al público, aparte de aumentar sus ingresos —apuntó Michael—. Sus consejos podrán ayudar a mucha gente. ¿Tan malo sería ceder un poco?

—Es usted muy persuasivo, pero... me temo que no voy a aceptar.

—Elizabeth, ¿ni siquiera lo quieres considerar? —preguntó William.

—No, creo que no —comentó ella con tristeza—. Lo siento.

—No servirá de nada insistir, ¿cierto? —preguntó Michael.

Ella negó apretando los labios. El médico arqueó las cejas, asombrado. Sabía que a Elizabeth le vendría bien el dinero extra, pero prefería dejar pasar esa oportunidad que negarse a sí misma. Recordó sus palabras y pensó que, para sortear todas las dificultades que había tenido que afrontar, el orgullo y la determinación debían formar una parte importante del carácter de la mujer que lo había fascinado. Le echó un vistazo a su amigo, que miraba a la joven con algo que no supo si era admiración o desconcierto.

—Le ruego que lo piense durante unos días. Si lo desea puedo concertar una cita y quizás... —dejó la frase en suspenso.

—Se lo agradezco, Michael, pero la respuesta seguirá siendo la misma —dijo ella. Se levantó y le tendió la mano—. Gracias por su interés. Y deje de fumar, por favor —añadió con una dulce sonrisa.

—De algo hay que morir, y usted lo sabe —repuso el periodista, sacudiendo con energía la mano que ella le tendía.

—Quizá, pero hay maneras peores que otras —refunfuñó William. Se colocó el sombrero y observó a su amigo mientras ayudaba a la joven a ponerse el abrigo.

—¿Les apetece quedarse a cenar? La señora que me cuida la casa ha

cocinado una lasaña. Es italiana y la prepara deliciosa.

—Gracias, Michael, pero no se preocupe. No sé William, pero yo estoy muy cansada. —Miró a su compañero—. Si te apetece quedarte con tu amigo puedo...

—Tomar un taxi, sí, eso ya me lo sé. Anda, vámonos —gruñó el médico, y negó con gesto de exasperación—. Gracias por todo, Michael.

Elizabeth parecía tensa mientras William maniobraba para incorporarse al escaso tráfico del Chicago nocturno. Él vio por el rabillo del ojo que retorció sus manos enguantadas. Se centró en la conducción, confuso por la fuerza de lo que aquella mujer le hacía sentir, por esa atracción intensa mezclada a veces con irritación, por las vibrantes emociones que aquel pequeño espacio parecía intensificar. Quería parar el automóvil, volver a abrazarla y oler su perfume como antes. Quería tomarla por los hombros y decirle muy seriamente que era una mujer exasperante. Y al instante siguiente quería arrancarla de su asiento, colocarla a horcajadas sobre él y volver a besarla y tocarla como había hecho en su casa, sin importar que estuvieran en un lugar público.

«No quiero estar a solas contigo», le había dicho ella horas antes. Si supiera cómo se sentía él en aquel momento...

Por fin, llegaron a su destino y William aparcó frente al portal de Elizabeth. Tras haber permanecido en silencio durante todo el trayecto, ella pareció despertar de un sueño y miró a su alrededor al ver que habían estacionado. Pareció dubitativa.

—¿Crees que he hecho mal?

Él iba a manifestar su sorpresa porque ella preguntara su opinión, pero en vez de ello permaneció unos instantes en silencio meditando la respuesta.

—Eso no importa —dijo por fin—. Solo tú puedes tomar esa decisión. Yo no tengo derecho a juzgarla.

—No estás de acuerdo.

—Beth, pagan bien por unas pocas palabras al día. Y ayudarías a las personas.

—No me sentiría cómoda haciendo pensar a la gente que soy un hombre.

—No les harías pensar nada. Lo pensarían ellos.

—Vamos, William, no hagas juegos de palabras, es lo mismo.

Él exhaló con impaciencia y no contestó. No quería que volviera a hacerlo sentir como un niño mimado. Notando la tensión entre ellos, se esforzó por buscar otro tema de conversación.

—El sábado me dijiste que estabas preocupada por algo que te había pasado en la consulta. —La miró un momento y notó que una arruga de preocupación cruzaba su ceño—. Si quieres, puedes contármelo —dijo con voz suave.

—Es un problema de ética —murmuró ella. Suspiró y continuó—. Tengo un paciente que va a casarse. —William comprendió el problema de inmediato, asintió y la animó a seguir—. En la revisión médica que les hacen a los reclutas lo descartaron porque tiene sífilis secundaria, que aún no es muy evidente. Había planeado casarse antes de marchar al ejército. Si se tratara con el Neosalvarsán tendría posibilidades de mejorar, quizá curarse, pero no quiere retrasar la boda. Ya se tuvo que inventar algo para justificar que lo rechazaran en el reclutamiento.

—Entiendo —fue la respuesta de William—. Pero Elizabeth... sabes que el último código ético de la asociación de médicos americanos deja en tus manos la decisión, ¿verdad? Tan legal es si se lo haces saber a su novia como si lo callas por respeto a tu paciente.

—¡Lo sé! Pero eso no me hace sentir mejor. Solo sé que no tendré problemas legales, pero no alivia mi conciencia en absoluto. —Sacudió la cabeza y miró por la ventana.

—Harás lo correcto, estoy seguro. Pero es una decisión difícil y sea cual sea la opción que elijas, que será la mejor... —le tomó la mano y la apretó, sintiéndola frágil y delicada dentro de la suya, grande y fuerte— sabes que no estarás satisfecha por completo.

Ella le devolvió el apretón y, a pesar de los guantes, a William le pareció sentir el calor de su mano atravesando su piel, llegando hasta su pecho.

—No puedo dejar que contagie a su novia, y que ella tenga hijos enfermos por el egoísmo de él. ¡Sería un crimen! Pero me duele traicionar su confianza.

—Creo que deberías volver a hablar con él. A todo esto, ¿por qué ha ido a consultarte si ya sabía que tenía sífilis y no quería tratarse?

—Creía que el tratamiento sería algo rápido. Cuando le dije que, en algunos casos, podía demorar meses o años se levantó y apenas me dejó terminar.

—¿Volverá a la consulta? ¿Tienes su domicilio?

—Le di una nueva cita para recoger los resultados. Por lo menos dijo que se lo pensaría. Y no, no tengo el domicilio. —Negó con la cabeza—. La mitad de los pacientes me mienten en el nombre, no es como para fiarme de que me digan dónde viven. —Torció el gesto y bajó la mirada. Pareció

percatarse de que su mano estaba todavía atrapada entre los dedos de la mano masculina y se movió en su asiento, soltándose del agarre de William en el proceso.

—No estoy en tu lugar, pero me inclino a pensar que haría lo posible por conseguir que su novia supiera el secreto —convino el médico, forzándose a ignorar la sensación de vacío entre sus dedos—. Quiero que sepas que tienes todo mi apoyo. Si quieres podemos investigar dónde vive e ir a hacerle una visita. Y, si no te importa ser un poco... ilegal, podríamos averiguar quién es su novia. Quizá podríamos implicar a su médico de cabecera, si es que tiene alguno. No lo sé, solo estoy proponiendo ideas. Michael conoce a gente en la policía, y yo a un buen investigador privado.

—Voy a hacer como que no he oído eso de «ilegal». —Elizabeth parecía abrumada y le echó un vistazo rápido—. ¿Harías todo eso... por mí?

—Haría todo eso por una amiga. Por ti, haría muchísimo más.

Elizabeth bajó la mirada y puso la mano en la manija para abrir la puerta.

—Tengo que irme. Es tarde. No hace falta que me acompañes, William —murmuró.

Antes de que él la hubiera advertido, y sin mirar a la calle, Elizabeth se apeó del automóvil sin darse cuenta de que había un par de borrachos cerca de su portal. Se dirigieron hacia ella con andares un poco tambaleantes. William esperó, pero cuando vio que uno de ellos agarraba el brazo de la joven salió y se abalanzó sobre el sujeto. Le dio un empujón que hizo que cayera de culo y retrocediera como un cangrejo.

—¿Estás bien? —dijo sujetándola por los hombros.

—Amigo, si es tu zorrita no hacía falta que te pusieras así —dijo con voz arrastrada el que aún seguía de pie. Debió ver algo en la mirada de William que lo hizo callarse y, tras ayudar a su colega a levantarse, ambos se largaron haciendo eses.

—Sí... estoy bien —murmuró Elizabeth con voz temblorosa. No lo miraba a los ojos—. Gracias.

—No te habrían hecho daño —quiso tranquilizarla. Había imaginado que se sabría defender mejor, pero ahora parecía muy vulnerable—. Creo que ambos habrían caído al suelo solo con soplarles. Te acompañaré arriba.

—Gracias —repitió ella con expresión un poco ida.

El médico enlazó el brazo de ella con el suyo y subieron los escalones con lentitud. La joven había caído en un mutismo preocupante, y William no sabía qué hacer con eso. Una vez frente a la puerta de su apartamento,

Elizabeth se la quedó mirando con la misma expresión ausente.

—Estoy cansada —susurró. Rebuscó en su bolso, puso la llave en la cerradura y abrió la puerta.

William la acompañó al interior, temeroso de dejarla sola en aquel estado.

—A veces me fallan las fuerzas... —murmuró ella con voz apagada mientras se apoyaba en la pared del recibidor.

—Beth, ¿estás bien? —repitió con preocupación.

Ella se lo quedó mirando, como si de repente se diera cuenta de que él estaba allí, frente a ella.

—No te vayas. Necesito que me abracés.

Sin pensarlo ni un momento, William franqueó la distancia que los separaba y la atrajo hacia sí. Ella amoldó su menudo cuerpo contra el de él, dejando escapar un suspiro. El joven sintió sus brazos rodear su cintura y luchó contra la necesidad de apretarla más, de adherir sus cuerpos hasta que no quedara espacio entre ellos. Ella estaba vulnerable y él tenía que ser su amigo, apoyarla, esperar mientras ella luchaba contra sus miedos, y cuando terminara el año de residencia...

El movimiento de los brazos de Elizabeth lo distrajo de sus pensamientos. Sintió cómo sus pequeñas manos se deslizaban sobre su pecho para terminar enlazándose tras su nuca. Tiró de él hacia abajo y, obediente, inclinó su cabeza pensando que ella querría susurrarle algo. Hasta que la boca de la joven se fundió con la suya y su cálida lengua lo buscó no fue del todo consciente de que lo estaba besando. Ella. A él. Lo hacía con dulzura, con esa inexperiencia que lo volvía más loco que los besos de cualquier mujer más experta. Se dejó hacer, disfrutando del tacto de los dedos de ella entrelazados en sus cabellos, y la saboreó, respondiendo a sus tímidos avances con delicadeza. Era deliciosa, pero debía mantener el control.

La tomó en sus brazos y la llevó hasta el sofá sin apenas separarse de sus labios. Aquel beso era distinto de los que habían compartido. No era ardiente, ni voluptuoso, ni excitante, y sin embargo ninguno de los besos anteriores le había hecho sentir tanta intimidad con ella. Era una caricia exquisita, un susurro sin palabras, un tierno secreto compartido.

Cuando por fin lo soltó, la joven no hizo ningún esfuerzo por separarse de él. William se la apañó para quitarle el abrigo y hacer lo propio con el suyo, manteniéndola al mismo tiempo sobre su regazo. Elizabeth se acomodó contra su pecho, dejándose abrazar mientras apoyaba su cabeza sobre el hombro masculino. Él contuvo un suspiro de puro gozo. Podría estar así toda

la noche. Tras un prolongado silencio le besó la coronilla e inhaló con placer.

—Nunca más podré oler una rosa sin acordarme de ti.

—Es el champú que hace mi madre. —Notó por su voz que ella sonreía y estaba seguro de que su expresión aparecía suavizada por el recuerdo, pero no se atrevía a moverse para mirarle la cara por si se separaba de él—. También hace jabón y me ha traído una buena cantidad, así que me alegra que te guste.

William guardó silencio unos instantes, inmerso en el placer de tenerla en sus brazos y sentir su cuerpo. Además, no se le escapó la sutil promesa que implicaban sus últimas palabras.

—¿Estás mejor? ¿Qué te ha sucedido? —musitó la pregunta. Le acarició el cabello y notó que ella suspiraba.

—Supongo que se me ha juntado todo lo que ha pasado últimamente. —Negó con la cabeza y, tras una larga pausa, añadió—. Ya estoy mejor.

Alzó su cabeza y rozó con la punta de su nariz la sensible piel del cuello de William. El leve toque consiguió que su piel ardiera.

—Tú hueles a lavanda —observó ella, y la caricia de su cálido aliento le aceleró la respiración.

«Contrólate, William».

—Mi ama de llaves tiene la manía de colocar bolsas de tela con flores secas de lavanda por todos los armarios. Así que compré mi loción para el afeitado con el mismo aroma. Era la solución más sencilla para no oler a una extraña mezcla.

—Qué poco original —bromeó ella.

—¿Te disgusta el olor de la lavanda?

Se mantuvo callada tanto rato que el joven pensó que no le respondería, pero de repente su dulce voz rompió el silencio.

—Me encanta como hueles. No es solo la lavanda. Es... —pareció dudar un poco— creo que es tu propia piel.

William se desesperó por besarla al escuchar eso. Le costó dominar su cuerpo, pero le dio un beso dulce en el pelo como respuesta y la apretó un poco más hacia su pecho, henchido de afán protector y ternura tanto como de deseo. Aquella mujer lo volvía loco de muchas maneras, y ahora también con su franqueza. Carecía de la rebuscada sofisticación que había conocido en otras mujeres y, sin embargo, su ingenua sinceridad la convertía en una bomba sensual.

Y lo más increíble era que ella no tenía ni idea de que poseía ese poder.

Sin embargo, era todo un giro radical en su actitud, y no sabía cómo

tomárselo. ¿Volvería la mujer distante que conocía demasiado bien, o por fin Elizabeth bajaría las defensas que había construido a su alrededor y le dejaría entrar? Intuía que tenía que andar con pies de plomo justo ahora, así que decidió esperar su siguiente reacción.

Ella se mantuvo en silencio y él notó que su cuerpo se iba relajando hasta que se quedó dormida. Dividido entre la frustración por tener que separarse de ella y la ternura por aquella muestra de confianza dudó si despertarla o llevarla a su dormitorio y acostarla. Mientras estaba considerando las opciones escuchó cómo se abría la puerta de la casa. Segundos más tarde, una cansada Penny apareció en el umbral del comedor, y sus ojos se abrieron como platos al contemplar la escena.

Capítulo 18

William se alarmó al ver a Penny, no sabía qué grado de confianza tenían ella y Elizabeth. Al cabo de un momento la enfermera reaccionó y se acercó a ellos.

—¿Está enferma? —susurró, pasando su mirada desde la joven a él.

—No, solo ha tenido un día duro —respondió en voz baja— y... necesitaba un amigo. Yo... No es lo que parece, Penny —aseguró.

Ella se sentó a su lado en el sofá y lo miró con sus ojos castaños. La sombra de una sonrisa temblaba en sus labios, aunque mantenía el gesto serio.

—Sé perfectamente que sí es lo que parece, William.

—¿Qué es lo que sabes? —dijo mientras estudiaba su rostro.

Ella frunció el ceño.

—Oh, vamos, que soy yo, Penny Hanigan. Me entero de todo, a estas alturas tú deberías saberlo. Y ahora, doctor Foster, va usted a seguir las órdenes de la enfermera. Voy a retroceder en el tiempo como si no hubiera entrado por esa puerta —dijo en voz baja, señalándola con un gesto de la cabeza—, y tú vas a despertar a Elizabeth y te vas a marchar.

—No pensaba hacer otra cosa —siseó él como protesta.

—Lo sé —susurró ella—. Y ten cuidado, William, sabes que no es prudente que te vean salir de esta casa tan tarde. Vivimos demasiado cerca del hospital como para arriesgaros así.

—Solo ha sido hoy. Ella necesitaba... —se interrumpió cuando Penny levantó una mano.

—Lo sé. Pero hoy es por eso, mañana será por otra cosa, y al siguiente otra más. Hasta que os descubran. ¿No te das cuenta?

Sintiendo como si le hubieran escupido en un pastel del que estaba disfrutando, William asintió. Penny tenía razón. La enfermera salió hacia las escaleras. William aprovechó para inhalar el aroma de la doctora una vez más y besarle la cabeza antes de despertarla.

—Beth. —Le acarició la cara con el dedo índice—. Elizabeth —llamó al ver que no contestaba.

Ella abrió los ojos y parpadeó mientras enfocaba la mirada.

—Te has dormido. Deberías acostarte, y yo marcharme.

«Ojalá pudiera hacerte compañía esta noche», dijo una voz en su interior. Aquella mujer despertaba en él una mezcla de sentimientos dulces y deseo salvaje que lo tenía martirizado. Sin esperar su respuesta la ayudó a ponerse de pie, debía irse de inmediato.

La joven se frotó la cara y sofocó un bostezo.

—Menos mal que no nos ha pillado Penny. —Eché un vistazo al reloj de pared—. Me habría dado muchísima vergüenza si nos hubiera encontrado así —dijo con la voz aún tomada por el sueño.

Los ojos verdes se apartaron de los suyos con mirada atormentada. Temió que ella se disculpara por haberle besado, que le dijera que aquello había sido un error. Entonces Elizabeth inspiró hondo.

—Gracias —dijo por fin.

—¿Que... qué?

—Gracias por quedarte conmigo, por tu apoyo. Por... todo. —Él sintió un enorme alivio hasta que ella añadió, mirándolo fijamente—: Necesitaba un amigo.

—¿Eso somos, amigos?

—De momento no podemos ser otra cosa, lo sabes, William —dijo con tristeza—. Dame tiempo.

Bien, un paso era un paso. Él le brindó una fugaz sonrisa.

—Lo tendrás. Y no me des las gracias —dijo mientras tomaba su abrigo. Ella lo escoltó hasta la puerta del apartamento. Él se inclinó y la besó con suavidad en la mejilla, muy cerca de la boca. Tuvo el placer de escuchar un pequeño jadeo—. Para eso están los... —hizo una pausa y bajó el tono de voz— amigos. Buenas noches, Beth.

—Buenas noches, William —dijo ella mientras cerraba la puerta.

*

El martes por la mañana, Elizabeth se despertó pensando que había tenido un sueño delicioso. Se regodeó en el recuerdo del sabor de la boca de William, en la sensación de seguridad que le había proporcionado su firme abrazo... hasta que, mientras se estiraba en la cama tratando de que el frío aire no se colara bajo las mantas, fue consciente de que aquella intimidad había sido real. Se recostó de lado, mirando la luz mortecina de la mañana a través de las cortinas entreabiertas. El despertador en su pequeña mesita de noche le indicaba que aún disponía de unos minutos antes de atravesar el helado aire de la habitación y ponerse la ropa a toda velocidad.

Se abrazó a su almohada mientras pensaba en William. Le hacía sentir

cosas que jamás habría imaginado... Sentía un deseo tan intenso por él que la sorprendía y, sí, la asustaba. Era evidente que él también la deseaba, pero tenía que desterrar la idea de que lo que había entre ellos era solo físico. La noche anterior se había refugiado en sus brazos y él no se había aprovechado de la situación. Nunca lo había hecho. Cuando ella se había dejado llevar y lo había besado, él no había exigido más, había respondido con dulzura y entrega. Tenía razón cuando había dicho que había muchas maneras de besar. Aquel beso había sido el bálsamo que ella necesitaba.

Estaba enamorada. La verdad de las palabras de Penny la sorprendió. Pero eso no borraba el hecho de que trabajaban juntos, y que a los ojos de todos ella acababa de salir de un compromiso. Soltó un prolongado suspiro. Ya no podía rechazar sus sentimientos, pero tampoco dejarlos libres.

Elizabeth llamó a Margaret desde el hospital, dispuesta a cumplir su palabra y buscar ayuda para la viuda que se había intoxicado con láudano. La señora Stanley prometió llamar en cuanto supiera si podían acoger a la mujer en alguno de los centros sociales de la ciudad. Telefonó a Elizabeth a la hora del almuerzo.

—Querida, tu paciente ya tiene alojamiento en la Hull House.

—¿De veras? ¡Oh, gracias, Margaret!

—Esta tarde pasará a buscarla una de las trabajadoras sociales de la casa. Solo necesito que sepa dónde encontrarla, y que el personal que atiende a la mujer esté informado de todo para que no haya problemas.

—Estupendo. Informaré a la enfermera de la sala.

—Perfecto. Elizabeth, ha sido una gran alegría escuchar tu voz de nuevo. ¿Cómo está tu madre, tu prometido? ¿Siguen en Chicago?

—Ehh... No, no. Se marcharon el domingo —dijo con tristeza.

—Es una pena que no haya podido conocerlos.

Elizabeth sintió remordimiento, Margaret había sido muy amable con ella y ella no había pensado en presentarle a su familia, pero aquella semana había tenido demasiadas cosas en la cabeza.

—Lo siento, Margaret, eran muy pocos días y fui egoísta —se disculpó—. Me prometieron volver pronto, así que entonces podrá conocerlos.

—Será un placer —afirmó la señora. Hizo una pausa y, cuando ella pensó que iba a despedirse, añadió—: Dime, querida, ¿te apetecería conocer la Hull House? No sé si sabes que su grupo de teatro aficionado es muy apreciado

entre el público. Este domingo reestrenan *Las Troyanas*. Tengo tres invitaciones, por si quieres venir con tu amiga.

—La verdad es que Penny y yo no hacemos más que trabajar y trabajar, y apenas nos vemos. Creo que nos iría bien un cambio de aires, gracias — añadió—. Se lo preguntaré.

—Perfecto. De momento reservo su invitación y si no puede acudir llámame, ¿te parece bien?

Elizabeth se mostró de acuerdo y colgó el teléfono con una sonrisa, que se esfumó de su cara cuando pensó en qué le diría Margaret al observar que no llevaba el anillo.

A media semana, Elizabeth volvió a su casa con el ánimo decaído por múltiples motivos. William y ella apenas habían cruzado un saludo cortés diario desde la última vez que habían estado a solas, pero no podía quejarse porque era lo mejor para ella. Además, había confirmado que el paciente que tanto le preocupaba tenía sífilis, tal como habían detectado en el ejército. Para terminar, el trabajo parecía multiplicarse: a pesar de estar a finales de marzo los casos de gripe iban en aumento, y eso era extraño.

El sábado no se sorprendió cuando su paciente sifilítico no se presentó a recibir el resultado de las pruebas, pero deseó con todo su corazón que cambiara de idea. Tendría que estar preparada para casos así, ¿qué clase de médico era si no sabía aceptar la carga moral que conllevaba su profesión?

Por fin, llegó el domingo, soleado pero frío. Elizabeth y Penny se dispusieron a caminar la media hora que las separaba de la Hull House. La famosa casa era en realidad un complejo de trece edificios situado en la calle Halsted, en el Near West End de Chicago, una zona con un elevado porcentaje de inmigrantes. Fundada por Elen Starr y Jane Addams⁸ treinta años antes, en sus inicios la casa funcionó como guardería, muy necesaria en aquel barrio obrero. Fue progresando gracias a donaciones hasta lo que era en la actualidad: un enorme centro social de acogida a inmigrantes que disponía de gimnasio, cocina, baños, guardería, dispensario médico, club social, grupo de teatro, y se daban clases de inglés, costura, cuidado infantil, etc... Jane Addams estaba especialmente implicada en la lucha contra el trabajo infantil y a favor de la educación. Había sido muy criticada en los medios por su abierta oposición a la guerra. Aun así, era tan respetada que su proyecto no había sufrido daños importantes. El centro también había progresado gracias

al empeño altruista de los llamados «residentes», personas de clase media o alta que vivían en el lugar y ofrecían sus servicios voluntarios a la comunidad. Entre ellos había médicos, abogados, trabajadores sociales, profesores universitarios...

Elizabeth había llamado el día anterior para interesarse por la evolución de la joven que habían trasladado desde el hospital. Seguía sin hablar, pero se había levantado de la cama, se aseaba y ya no se negaba a comer. Era buena señal.

Siguiendo las indicaciones que les había dado Margaret, Elizabeth y Penny localizaron el edificio de la cafetería, que en aquel momento estaba a rebosar. Encontraron a la viuda sentada a la mesa, manteniendo una animada conversación con una pareja de mediana edad con rasgos eslavos. En cuanto las vio acercarse, la viuda se levantó y acudió a abrazar a Elizabeth, que se emocionó.

—Margaret, esta es Penny, mi compañera de piso.

—Es un placer —dijo la viuda, estrechando la mano de la enfermera—. Permitidme que os presente a los señores Olga y Sergei Petrov, residentes de la casa. Elizabeth, la doctora Petrov es ginecóloga. Doctora Petrov, esta es la joven de quien le hablé, la doctora Elizabeth Scott.

Elizabeth saludó a la pareja con un apretón de manos y una tímida sonrisa.

—Estoy encantada de conocerla por fin —afirmó la mujer con un discreto acento ruso.

—Es un honor, doctora Petrov. He oído hablar mucho de usted. —La doctora Petrov era muy conocida, y también criticada, en el mundo médico por su trabajo a favor de la planificación familiar, la educación sexual y la salud de la mujer en general.

—Espero que mal —rio la mujer—. Si en el lugar donde usted trabaja hablasen bien de mí, me preocuparía. ¡Está lleno de viejos carcamales!

Elizabeth soltó una carcajada.

—Bueno, no puedo llevarle la contraria en eso —dijo acordándose de Stevens.

—Por favor, siéntense con nosotros. Todavía queda media hora para la obra.

Ambas se sentaron y pidieron un café.

—¿Dónde estudió usted, doctora Scott?

—En la Facultad de Medicina para Mujeres de Pensilvania.

—Yo también estudié en una facultad femenina, e hice la residencia en un

hospital de mujeres. Me alegra que las nuevas generaciones se abran camino por otras especialidades. Me ha contado Margaret que usted está interesada en las enfermedades infecciosas. A mí me preocupa mucho el tema de las venéreas.

—Me encantaría poder hablar de eso con usted algún día, doctora, precisamente estoy llevando una consulta de venereología.

—Desde luego, eligió usted bien el hospital. El doctor Parker es toda una eminencia en su campo, y una excepción a la misoginia que impera allí. Le debe de resultar difícil trabajar en ese lugar.

—La verdad es que la mayoría me acepta ya sin problemas, salvo mi tutor.
—Se encogió de hombros

—Eso es una pena. Por fortuna, no todos los hombres son así. —Se giró y sonrió a su marido, que le devolvió el gesto.

—Es cuestión de tiempo que cambien las cosas —apuntó Sergei con un acento más fuerte que el de su esposa—. La guerra ha traído mucho mal, pero también un cambio de mentalidad. Nosotros salimos de Rusia a finales del siglo pasado. Venimos de familias acomodadas, pero buscábamos una sociedad distinta. Aquí mi esposa pudo estudiar medicina y dedicarse a lo que ansiaba, ayudar a las clases desfavorecidas desde dentro. Yo también lo hago con mi trabajo de abogado. Esa es la filosofía de esta casa; por eso estamos aquí. Y no me entienda mal —explicó mirando a la viuda—, no estoy criticando su postura como filántropa, Margaret.

—Lo sé. —La mujer sonrió—. Cada uno intenta cambiar las cosas a su manera.

La charla continuó, interviniendo también Penny. Se habló de varios temas, sobre todo las últimas noticias de Europa. Elizabeth se fijó en la calidez con la que se trataba el matrimonio, que no dudaba en tocarse y darse besos en público y, a sabiendas de que era indiscreta, no pudo evitar hacerle una pregunta al señor Petrov.

—¿Cómo lleva usted lo de estar casado con una doctora? ¿No le molesta que la llamen para un parto de madrugada?

—No, por favor. También a veces yo he de salir a horas intempestivas para defender a alguien, y ella lo comprende.

—¿Y sus hijos? ¿Qué pasa si alguna vez los necesitan y faltan los dos a la vez?

—De suceder eso nuestra hija estaría muy bien cuidada aquí, pero nunca se ha dado el caso. Además, ella ya es mayorcita y está orgullosa de sus papás

—afirmó él con ese mismo sentimiento.

—Estoy convencida —coincidió Elizabeth.

Las troyanas, el clásico de Eurípides que narraba las terribles consecuencias de la guerra, sobre todo para las mujeres y los niños, dejó a Penny y a Elizabeth impresionadas por su mensaje, tan actual como si no hubieran pasado miles de años desde que fue escrita.

—El talento de la compañía es excepcional, parece mentira que sean aficionados. —Tras una pausa, Penny soltó un prolongado suspiro—. Resulta deprimente ver lo poco que hemos cambiado —murmuró.

Iban de vuelta a casa en el automóvil de Margaret, que había insistido en acompañarlas.

—No me extraña que haya sido la propia señora Addams quien patrocina esta obra. El mensaje es antibélico. Ni siquiera los vencedores escapan del sufrimiento —comentó Elizabeth.

—Chicas, siento haberos agitado la tarde del domingo. —La viuda las miraba con inseguridad.

—¡No! Ha sido maravilloso. Conocer a los Petrov, la casa, la obra de teatro... todo —dijo Penny.

Elizabeth asintió.

—Estoy de acuerdo. Para ser una velada del todo perfecta solo nos ha faltado conocer a la señora Addams.

—Está fuera de la ciudad, pero prometo presentárosla más adelante. —La viuda miró por la ventanilla del automóvil, que se estaba deteniendo—. Creo que ya hemos llegado.

Cuando Penny descendió del coche, la señora Stanley retuvo la mano de Elizabeth, la que ya no llevaba el anillo, y la apretó con suavidad.

—Espero que estés bien. Si necesitas hablar, puedes contar conmigo —dijo en voz baja.

—Margaret, todo está bien entre Paul y yo. Somos amigos. No debe preocuparse por nada.

La mujer la escudriñó como si quisiera leer en ella.

—Sigo diciendo que si te puedo ayudar en algo me lo digas. ¿Lo prometes?

—Lo prometo —aseguró Elizabeth. Y con un último abrazo se despidieron.

El lunes por la tarde, el laboratorio al completo ofreció una cálida bienvenida a la señorita Blackwood, que por fin había podido dejar su trabajo como secretaria para incorporarse al hospital como auxiliar del laboratorio. Un par de manos más eran esenciales y, si había prejuicios, estos pasaban a un segundo plano. Hasta Lewis se mostró amable con la recién llegada. La doctora tuvo que recordarse que también había sido amable con ella hasta que la había visto como una amenaza. También tenía que admitir que la primera impresión que causaba Eva Blackwood era mucho mejor que la suya. Era una joven morena y pizpireta, de vivos ojos negros, tan agradable que ella misma se encontró invitándola a cenar en su casa algún día. Tras aceptar con amabilidad, Eva se acercó a William, le tendió la mano y se presentó a sí misma sin rastro de timidez. Él le regaló una de sus preciosas sonrisas y le dijo algo que la doctora no oyó, pero que hizo sonrojar a la auxiliar.

«¿Es que no ve que está coqueteando? ¡Lo hace de forma tan natural que ni siquiera se da cuenta!». Un desagradable sentimiento la poseyó y sus ojos se cruzaron con los de él.

A lo largo de la tarde sintió una creciente inseguridad. William sería llamado a filas tarde o temprano. ¿Y si, mientras tanto, conocía a otra chica, una con la que salir a pasear cogidos del brazo, que pudiera llevar a restaurantes y teatros sin problemas? «Entonces es que no le interesas lo suficiente», continuó su monólogo interno. La estaba invadiendo una desazón a la que no encontraba motivos. No podía ser que todo aquello fuera por un hombre. Necesitaba trabajo. El trabajo la hacía sentirse bien, y sería un antídoto contra toda aquella confusión. Pidió permiso al doctor Parker para procesar las muestras que había tomado durante la última guardia a los enfermos con síntomas de gripe que había visitado.

—¿Ya ha terminado con su trabajo del día? —inquirió el médico. Estaban sentados frente a frente ante la mesa del desordenado despacho de Parker.

—Sí, doctor.

—¿Qué busca, si puedo saberlo?

«Demostrar que no necesito un hombre en mi vida».

—Investigaré si hay bacilo de Pfeiffer⁹ en las secreciones.

El médico la observó con escepticismo.

—¿El bacilo de Pfeiffer? ¿Sabe usted lo difícil que es aislarlo? Si tiene problemas con la técnica sus resultados serán erróneos.

Ella no se ofendió por la duda, su jefe tenía razón, pero eso hizo que se empeñara más en el tema.

—Es pura curiosidad científica. Y quizá podría escribir un artículo.

—Sabe que no todo el mundo está de acuerdo en que ese bacilo sea el causante de la gripe. Mi amigo y colega, el doctor Rosenau, piensa que la causa es un virus¹⁰ filtrable, y cada vez estoy más de acuerdo con él.

—Por eso quiero investigar. Si le parece que es una pérdida de tiempo o recursos... —Se levantó de la silla.

El médico alzó una mano para detenerla.

—En absoluto, doctora Scott. Pero dígame, ¿por qué tanto interés?

—Me ha llamado la atención ver que ha empezado la primavera y cada vez hay más casos de gripe, o algo similar. También hay más bronquitis y neumonías.

—Que suelen acompañar a la primera. —La miró con ojos penetrantes—. Adelante, tiene mi permiso. Si necesita ayuda, pídamela, ese bacilo es un malnacido muy escurridizo, disculpe el lenguaje. —Dicho esto, la acompañó a la puerta, cediéndole el paso con cortesía—. Que esto no interfiera en su trabajo habitual. Y por favor, téngame al corriente de los resultados —manifestó con interés.

Lástima que en aquel momento Lewis pasara por delante. Seguramente los había oído e interpretaría aquello como otro de sus intentos para medrar.

Lo primero que hizo fue esforzarse al máximo en la limpieza del material que iba a usar. Parker les había inculcado que, si querían obtener los mejores resultados, era importante cualquier mínimo detalle, empezando por una metódica asepsia. Siguió todos los pasos e introdujo las preparaciones en la incubadora. Al finalizar se dio cuenta de lo tensa y dolorida que tenía toda la espalda. Se quitó las gafas y miró a su alrededor. Su sorpresa fue mayúscula al darse cuenta de que solo quedaban William y ella en la sala.

Maldijo para sus adentros. Estaba segura de que él la había esperado. Se sintió airada, con él por estar ahí, y con ella misma por lo rápido que le latió el corazón cuando la miró. Se levantó y se dirigió hacia la puerta, dispuesta a marchar hacia su habitación. Para su sorpresa él no se movió de su sitio cuando pasó por su lado, sino que tomó una laminilla y la puso al microscopio con calma. Pasada la reacción de extrañeza vino la de disgusto. Un disgusto enorme, visceral, porque él no la seguía, cuando momentos antes era lo que había querido evitar. «Voy a volverme loca», se dijo. Nunca había sentido tantas emociones contradictorias. Se apresuró por los pasillos hasta llegar a su habitación, y salió de allí aún más acelerada en dirección a la salida. Para completar su enojo estaba lloviznando.

—¡Mierda! —exclamó ya fuera del edificio. Se dispuso a caminar lo más rápido que pudiera, teniendo cuidado de no resbalar en el barro con sus botines.

—No suelo escuchar a las damas proferir esas palabras.

La voz la sacudió por dentro y avivó su ira.

—Yo no soy una dama —espetó. Vio que él abría su paraguas dispuesto a flanquearla, y negó con la cabeza—. No es necesario que me acompañes, William.

—Eres una dama, te guste o no.

—No estoy de humor. Vete, por favor.

—Creí que habíamos superado esa fase —dijo él sin hacerle caso—. Cógete de mi brazo.

—No quiero, nos pueden ver.

—Tengo la molesta manía de ayudar a las mujeres trabajadoras del hospital. Penny te lo puede confirmar. Nadie dirá nada porque te acompañe con mi paraguas hasta tu casa —dijo con voz cansina.

Aquello le hizo recordar sus celos y se sintió muy vulnerable por la intensidad de todo lo que él le hacía sentir, bueno y malo.

—Pues ve a acompañar a otra. Esta trabajadora no necesita nada. Además, ¿qué haces mojándote? Tienes tu automóvil.

—Lo tengo aparcado en aquella dirección —señaló, inmune a su antipatía—. Me viene de paso dejarte en tu casa. Y así nos da más tiempo de hablar.

—No quiero hablar.

—Entonces no hablaremos, Elizabeth. No sé a ti, pero a mí me hace muy feliz tu compañía —dijo con suavidad—. Aunque sea en silencio y bajo la lluvia.

Ella exhaló con fuerza, pero hizo lo que le pedía. Se sintió apaciguada, no sabía si por su contacto o sus palabras. Se acercó más a él e inhaló con la esperanza de captar algo de su aroma. Lo había añorado más de lo que había sido consciente.

—Has estado extraña toda la tarde.

—Lo dice el que no me dirige la palabra desde hace días.

—Creí que era lo que deseabas —dijo con voz contenida, y ella notó que se envaraba.

Estaba siendo injusta, pero no sabía cómo canalizar toda aquella frustración. Guardó silencio, concentrándose en la sensación de su cercanía. Era como si de repente una necesidad primaria, como el hambre o la sed,

estuviera empezando a saciarse. Era abrumador darse cuenta de cuánto lo necesitaba. La lluvia caía a su alrededor, pero ella se sentía como si estuviera en su casa. Tuvo ganas de llorar y no supo por qué. Solo sabía que no quería separarse de él.

—Tengo miedo —dijo mientras le agarraba el brazo con más fuerza.

—No vas a caerte —él ralentizó el paso más aún—, te tengo bien sujeta.

—De caerme no, William. De esto. No sé cómo controlar todo esto.

Él pareció entender a qué se refería.

—También es nuevo para mí.

Aquello la sorprendió tanto que se detuvo. Lo miró a los ojos, incrédula.

—¿De veras?

Él sonrió, divertido por su reacción.

—De veras. ¿Tanto cuesta creerlo?

Ella abrió la boca, pero la cerró y frunció el ceño. No sabía si decir lo que estaba pensando.

—¿Es por lo que dicen de mí? —la presionó.

—¿Qué dicen de ti?

Él se rio.

—Esta conversación se está volviendo un poco absurda.

—¿Es... verdad lo que dicen de ti?

—Depende de lo que digan —repuso con un brillo malicioso en sus iris azules.

—Lo sabes bien —dijo ella empezando a enfadarse—. Que eres un casanova.

Él arqueó las cejas fingiendo sorpresa.

—Pues sí que tengo mala fama. —Levantó la mirada hacia el negro cielo con los párpados entornados—. Será mejor que nos demos prisa en llegar a tu casa. Parece que va a llover más fuerte.

Ella se sintió furiosa al ver que la ignoraba.

—¿Por eso estabas hablando de esa forma con la señorita Blackwood? ¿Es eso lo que te gusta? ¿Ver cómo las mujeres se desmayan a tu paso?

William la contempló con una mezcla de sorpresa y alivio.

—¡Por fin! ¿Por eso estabas así? ¿Estás... celosa?

—¿Debería estarlo?

—¿Te das cuenta de que podemos pasar el resto del día haciéndonos preguntas sin responder las del otro?

—Estoy celosa —afirmó ella en voz tan baja que estaba segura de que él

tendría dificultad para oírla.

Pero la oyó, porque sus ojos la contemplaron con un anhelo súbito, reflejo del suyo. A su alrededor la calle estaba solitaria y oscura, y la lluvia difuminaba el mundo fuera del paraguas que los cobijaba.

—Beth, yo... —titubeó— estoy haciendo todo esto por ti. Me empeño en ignorarte, cuando en realidad lo que tengo ganas de hacer cuando te veo cada mañana es abrazarte fuerte y besarte hasta dejarte sin respiración. No sabes el esfuerzo que tengo que hacer cuando todo lo que mis manos quieren es tocarte, y lo que quiere mi cuerpo entero es estar lo más cerca de ti que tú me permitas.

A Elizabeth se le quedó la boca abierta. Se había quedado sin aliento, como si acabara de recibir uno de los besos de los que él hablaba. William le miró los labios, como una caricia.

—Vamos —dijo él tirando de su brazo—. Debemos irnos de aquí. Vas a resfriarte.

Caminaron el resto de los metros en silencio. Ella sintió que la angustia la invadía. Iban a separarse, y a saber cuándo podría hablar con él de nuevo.

—Lo siento. Me he comportado como una cría.

Él negó con la cabeza.

—No, Beth. Estás... desorientada, como yo. Y tampoco ayuda no poder hablar siempre que lo necesitamos.

Ella suspiró.

—El otro día tenías razón. Cuando me hablabas del miedo que tengo. Pero hay más. Me da pánico a... —buscó las palabras adecuadas.

—¿A...? —la animó él.

—A defraudarme a mí misma. A que esto nuestro sea un espejismo y al final pierda mi oportunidad, como otras mujeres que se han casado y han dejado su carrera. Y no lo digo porque piense en ti de esa forma ahora, no me malinterpretes, pero...

Él la detuvo levantando la mano.

—Te entiendo, planteémoslo como una hipótesis. ¿Quién ha dicho que tengas que dejar tu carrera si te casas?

—No podré dedicarme igual a la ciencia si tengo una familia.

No podía creer que estuvieran hablando de aquello cuando ni siquiera habían definido su relación, pero se dio cuenta de que lo necesitaba. Se detuvieron ante el portal y quedaron el uno frente al otro, demasiado lejos y demasiado cerca al mismo tiempo.

—Beth, no serías la primera doctora con una familia que puede brillar en su campo. ¿Quién sabe? Hay personas a las que solo llena el trabajo, y otras que necesitan algo más, y solo teniendo ese algo son capaces de sacar lo mejor de sí mismas. Tienes que decidir a qué grupo perteneces, y tienes tiempo para hacerlo.

Elizabeth lo miró de hito en hito. Ella tenía tiempo, pero él no. Respiró hondo y se obligó a sonreír. Él le correspondió mientras abría la puerta. Antes de que se diera la vuelta para despedirse, William cerró el paraguas y se coló tras ella en el vestíbulo del edificio.

—Solo quiero asegurarme de que no hay un indeseable por aquí —explicó al ver su cara—. No te preocupes, si alguien nos ha visto no va a malpensar, no se pueden hacer cosas indecentes en el tiempo que voy a usar para despedirme. —Sonrió con una inocencia tan falsa que despertó todas sus alarmas—. Piénsalo, averigua lo que te va a hacer más feliz. Mientras tanto, quiero que estés segura de algo... —se inclinó como si fuera a besarla, pero tan solo le rozó la oreja con los labios mientras le susurraba—: que la única mujer que deseo hacer que se desmaye, eres tú.

Dejándola sonrojada, anhelante, y dudando de que no acabara de hacerle algo indecente, William desapareció por la puerta.

Capítulo 19

Habían transcurrido dos semanas desde que se empeñara en encontrar el bacilo de Pfeiffer en las muestras que obtenía en las guardias, pero ni siquiera la ayuda de Eva Blackwood, en quien había encontrado una competente colaboradora, logró que pudiera aislar a la escurridiza bacteria más que en un pequeño porcentaje de las muestras.

—¿En qué crees que fallamos? —inquirió Eva durante su almuerzo.

Se habían acostumbrado a comer las dos juntas, les resultaba más agradable que la compañía de sus colegas varones. Eva, acostumbrada a entornos laborales femeninos, se había sorprendido por la reserva que mantenían algunos médicos del hospital ante la primera mujer auxiliar del laboratorio, pero lo había tomado con humor y un saludable encogimiento de hombros. Desde luego, prefería pasar horas entre tubos de ensayo y microscopios que entre papeles y reuniones de trabajo. Aquello afianzó poco a poco la amistad entre ambas mujeres, a la que se unió Penny.

—No lo sé, Eva. —Ambas evitaban la formalidad en sus ratos de descanso—. Puede que no lo estemos haciendo bien y por eso no encontramos el bacilo. O puede que este sea un microbio oportunista, no la causa de la gripe.

—Microbio oportunista... De esos he conocido unos cuantos en los grandes almacenes —pronunció Eva en tono mordaz—. Y estoy segura de que por aquí también hay unos cuantos, y no me hace falta buscar en los mocos de nadie para encontrarlos —terminó con un brillo travieso en los ojos, que desvió hacia la puerta de entrada.

A Elizabeth se le escapó una risita al ver a Stevens.

—Eres realmente mala —dijo fingiendo seriedad.

—Y tú eres una santa por aguantar todo lo que me ha contado Penny.

—¿Ahora cotilleáis sobre mí?

—No solo sobre ti, no te preocupes, hay para todos —la tranquilizó palmeándole el dorso de la mano. De repente soltó un suspiro exagerado—. Qué tortura tener a ese hombre cerca y no poder echarle el lazo —dijo mirando de nuevo hacia la puerta. Coleman hablaba con el residente de cirugía mientras entraban en el comedor.

—¿Te refieres a la norma de prohibir las relaciones entre el personal?

—La verdad es que esa norma me parece correcta, no sería buena idea

involucrarse con alguien del hospital. Si algo he aprendido en los grandes almacenes es a no mezclar trabajo con placer. Da muy malos resultados, créeme, sobre todo para la mujer.

La doctora sintió que palidecía y rogó en silencio que su amiga no analizara su expresión.

—Lo imagino.

Coleman dejó a Levine en su mesa y se dirigió hacia la de ellas.

—¿Es mucho pedir que una chica no sea tentada por el pecado? —murmuró Eva entre dientes.

—Tienes la habilidad de una ventrílocua, Eva. —Elizabeth negó con la cabeza, escondiendo una sonrisa.

—Buenas tardes, señoritas. —Coleman saludó con una cortés inclinación de cabeza al llegar a su lado—. ¿Me permiten interrumpirlas un momento?

—Usted siempre es bienvenido, doctor Coleman —afirmó Eva con entusiasmo—. ¿Quiere sentarse con nosotras?

—Gracias, solo será un momento —dijo ocupando el sitio que le ofrecían—. Doctora Scott, quería comentarle algo. Tenemos más infecciones en los pacientes intervenidos de cirugía abdominal. Me gustaría saber si puede encargarse de analizar algunas muestras, nos podría orientar sobre el motivo de este aumento.

—Por supuesto que le ayudaré, doctor Coleman. ¿Ha tomado ya alguna muestra?

—No, todavía no. Disculpe que le dé más trabajo del que ya tiene.

—No se preocupe. Además —posó sus ojos en Eva—, la señorita Blackwood podrá ayudarme. Es una gran profesional.

La sonrisa de Coleman se amplió al dirigirse a la auxiliar.

—Estoy seguro de ello. Se lo agradezco a usted también, de antemano.

Ante la atónita mirada de Elizabeth, Eva Blackwood parpadeó y abrió la boca sin que saliera palabra alguna de ella. De inmediato reaccionó y adoptó una pose profesional.

—No hay de qué, doctor. Para eso estamos.

Cuando el cirujano se hubo marchado, Eva suspiró.

—Ese hombre sí que podría ser un problema para mí.

—¿Vamos? Es un poco tarde —dijo Elizabeth mientras se levantaba. Quería dejar atrás el tema de las relaciones en el trabajo.

—¿Cómo está tu familia? ¿Tu madre lo tiene todo listo para la boda? —preguntó Eva mientras recorrían el amplio pasillo que llevaba hacia el

laboratorio.

—No lo sé. Ahora que ya no vivo con Margaret me resulta más complicado hablar por teléfono, y las cartas tardan mucho en llegar —dijo con tristeza.

—Te entiendo. Yo estoy contenta de tener aquí a mi familia. Con el sueldo que me pagaban en Marshall Field's podría haberme independizado, pero prefiero vivir con ellos.

—Algún día llamaré desde la cafetería que hay cerca de casa, necesito oír que están bien.

La conversación con Eva la había dejado inquieta, y aquella misma tarde llamó a Paul. En cuanto le dio el teléfono a la operadora se puso nerviosa. No había hablado con su amigo desde que se habían separado en la estación de tren y esperaba que nada hubiera cambiado entre ellos. Mientras aguardaba miró a su alrededor en la tranquila cafetería, añorando la privacidad que le otorgaba la salita de Margaret.

—Al habla Paul Adams.

—¡Paul! Soy Elizabeth. ¿Cómo te encuentras?

—¡Lizzy! No sabes cuánto me alegra oírte. Iba a llamarte al trabajo, pero preferí esperar a que fueras tú quien lo hiciera. No quería molestarte.

—Tú nunca molestas. Siento haber tardado tanto en llamar, estos días hay mucho trabajo. Parece que haya una epidemia de gripe en pleno abril.

—¿Gripe? —preguntó extrañado—. Es curioso que digas eso.

—¿Por qué?

—Pues porque hace un par de días tenía que ir a una revisión médica de rutina en el campamento Dix, cerca de Filadelfia, pero se suspendió. Al parecer, los médicos militares están demasiado ocupados. Me enteré por un compañero de que allí hay un brote de gripe.

—¿También allí?

—Sí. Dicen que se ha extendido por varios campamentos. La llaman «la fiebre de los tres días».

—Cuando hay hacinamiento cualquier infección puede convertirse en epidemia —apuntó Elizabeth con inquietud—. Menos mal que solo es gripe.

—Parece que esta gripe no siempre es leve, Lizzy. —Su tono se volvió sombrío—. Me han contado sobre un campamento, en Kansas, donde causó bastantes muertes, pero deben de ser rumores sin fundamento. ¿Tú has oído algo parecido?

—No, y no he visto nada fuera de lo normal.

—Entonces no hay nada de qué preocuparse —afirmó él.

El sábado por la mañana pasó la consulta de venéreas ella sola, Julia le había pedido permiso para ausentarse por un examen. Suspiró mientras se quitaba las gafas para frotarse el puente de la nariz. Miró la hora y se dio cuenta de que llegaba tarde al laboratorio, así que decidió ignorar los ruidos de hambre que emitía su estómago y acudir directamente allí. Mientras recogía sus cosas la puerta se abrió sin previo aviso y un hombre entró en la consulta. Agrandó los ojos al reconocer al recién llegado.

—Señor... Richards. Le esperaba la semana pasada... —Su voz se apagó al darse cuenta de su expresión agresiva.

—¡Usted, zorra entrometida! Me ha jodido la vida —dijo al tiempo que cerraba la puerta.

Elizabeth sintió que la sangre huía de su rostro y su corazón se aceleraba. Dio un paso hacia atrás y sus nalgas chocaron con la mesa de la consulta. Aferró su maletín, pensando si podría golpear a aquel hombre lo suficientemente fuerte como para poder escapar, pero era mucho más grande que ella y ocupaba su única salida. Tenía que intentar calmarle.

—Explíqueme por qué dice eso. Le aseguro que no entiendo nada.

—Usted le ha contado a mi prometida lo de mi enfermedad. Ha roto el compromiso, y su padre me ha amenazado con romperme las piernas si me vuelvo a acercarme a ella.

La doctora enarcó las cejas.

—¿Y se puede saber cómo he hecho eso, si ni siquiera sé dónde vive? —se defendió, tan indignada como asustada—. Aquí la mitad de los pacientes me dan solo sus iniciales. ¡Yo siempre respeto el derecho a la intimidad!

Aquello pareció rebajar apenas la tensión del sujeto. Se acercó más a ella con gesto amedrentador.

—Entonces, ¿me puede decir cómo se han enterado? ¡Solo sabían mi diagnóstico el ejército y usted! —gritó.

—No lo sé. ¿Les ha preguntado a ellos? —inquirió ella en tono suave. Tenía que intentar que aquel hombre razonara un poco. Por un momento se preguntó si la sífilis estaría más avanzada de lo que ella había creído y estaba afectándole ya al cerebro—. ¿Por qué me culpa a mí?

—Porque usted conocía lo de mi futura boda, y vi cómo le desagradaba que yo no quisiera decirle nada a mi novia. Usted es una maldita mujer y se

ha puesto del lado de ella, sin importarle ese respeto a la intimidad del que presume. —Apretó los puños a ambos lados de su cuerpo—. Tenía un buen futuro, ¿sabe? La familia de mi prometida tiene un negocio que habría terminado siendo mío. ¡He perdido todo eso, y es culpa suya! —gritó aún más fuerte.

La puerta se abrió de nuevo y el doctor Brown, el veterano jefe de medicina, se asomó por el quicio con gesto severo.

—¿Nadie le ha dicho que en un hospital no se puede vociferar, señor?

El señor Richards se apartó de Elizabeth y su actitud amenazadora pareció esfumarse.

—Estaba resolviendo mis problemas con esta... doctora —dijo con desprecio.

—La doctora trabaja bajo mis órdenes. Si tiene alguna queja sobre ella me gustaría que la compartiera conmigo. Pero le sugiero que emplee un tono y términos educados —dijo el médico, y se irguió tanto que a Elizabeth jamás le había parecido tan alto.

—Esta mujer ha roto el secreto médico. Le ha dicho a mi prometida que tengo... una enfermedad de *esas*.

Brown miró a Elizabeth.

—Yo no he hecho tal cosa —se defendió ella—. No negaré que estaba preocupada por la novia del señor Richards y su futura descendencia, por eso le pedí que retrasara la boda. Pero, aunque hubiera querido hablar con ella, no tenía ninguna información, ni dirección, ni lugar de trabajo... Nada.

—¿Retrasar? ¡Habrían sido meses, quizá años! —espetó el hombre.

Brown le dirigió una mirada de desprecio.

—La doctora niega haberlo hecho y la creo. Y, desde luego, si en su caso hubiera roto el secreto profesional yo mismo la habría felicitado —dijo con un helado tono de voz.

Elizabeth se habría emocionado si no fuera por lo alterada que se sentía. El hombre se apartó de ellos y se acercó a la puerta.

—Esto no quedará así —gruñó, amenazador. Dirigió una mirada asesina a la doctora y escupió en el suelo antes de desaparecer.

Elizabeth tuvo la sensación de que había estado conteniendo el aire durante todo el episodio. Se apoyó en la mesa.

—¿Se encuentra bien?

—No demasiado —dijo con un hilo de voz. Ahora que había pasado el peligro, parecía que todas sus fuerzas la estaban abandonando.

—Creo que lo mejor será que se marche a casa. Yo mismo la acompañaré.

—No será necesario, doctor Brown. —Elizabeth quería aceptar su ofrecimiento, pero no estaba dispuesta a escuchar un «se lo dije». Quizá podría esperar a más tarde y pedirle a William que la acompañara. Se dispuso a salir y al extender la mano vio que temblaba tanto como sus piernas—. Pero estoy de acuerdo con lo de irme ahora. Antes voy a avisar al doctor Parker de mi ausencia.

—Yo mismo lo haré en cuanto vuelva al hospital, no se preocupe. Y no voy a admitir un «no», la acompañaré yo mismo.

El doctor hablaba con su firmeza habitual, pero al mismo tiempo había algo en él, una cierta amabilidad, que antes no estaba. Desde que Elizabeth lo enojara en aquella sesión clínica sobre venéreas, apenas habían cruzado palabra. Cuando, poco más tarde, ambos se encontraron en la puerta principal del hospital, Brown ofreció su brazo para que Elizabeth se apoyara en él.

—Aquí fuera no somos residente y jefe, sino una joven dama y un caballero de avanzada edad. Permítame que me comporte como tal.

Elizabeth esbozó una sonrisa, aceptando la ayuda de buena gana

—Vivo cerca de aquí. No lo retendré demasiado, doctor Brown.

Anduvieron en silencio durante unos metros. La joven miró a su alrededor, extrañada por la animación que agitaba las calles, hasta que se dio cuenta de que había salido bastante antes. Brown interrumpió su hilo de pensamiento con un carraspeo.

—Siento lo que ha pasado, doctora Scott.

—No es culpa suya. Son gajes del oficio, como se suele decir. —Se encogió de hombros—. No le dé más importancia.

—Me siento mal por haberla aceptado en el hospital. —Ella abrió la boca para protestar, pero él la detuvo—. Permita que me explique. No me arrepiento de haberlo hecho, me doy cuenta del excelente trabajo que está haciendo, pero no puedo evitar pensar que lo que le ha pasado es culpa mía. Ya le dije que no era sitio para mujeres.

A Elizabeth le pareció que respiraba mejor al oír la alabanza de Brown, aunque incluyese un «se lo dije».

—Gracias, doctor Brown. Pero esto me podía haber pasado en cualquier sitio.

Continuaron en silencio el resto del camino hasta llegar al portal de su casa. Se miraron frente a frente.

—No es cualquier sitio, doctora. Es el hospital que la ha contratado, y yo

soy su responsable para lo bueno y lo malo. Dado lo que ha pasado, entenderé que usted renuncie a su consulta.

—No lo haré, doctor Brown. Yo no he hecho nada para ganarme el odio de ese hombre. Supongo que eso es lo que me hace sentir peor —dijo en voz baja.

—¿Puedo preguntarle cómo ha pasado todo?

Elizabeth le resumió el altercado con su paciente, y su jefe frunció el ceño.

—No parece un hombre decente, no me extrañaría que tuviera más de un enemigo —dijo Brown—. Pero no creo que sea peligroso. De todas formas, ¿tiene usted a alguien que pueda acompañarla cada día cuando vuelva a casa?

—A veces vuelvo con Penny, la enfermera. Compartimos piso.

—No regrese jamás sola, sobre todo si ha anochecido. Es una orden. Esto es Chicago, doctora. Una de las ciudades con más criminalidad del país.

—Eso había oído —repuso ella, recordando las palabras de William—. Lo intentaré.

—Quería preguntarle... ¿Guarda algún registro de sus pacientes?

—Sí, uno privado. Los tengo codificados con números, que son lo único que puede ver el personal del laboratorio.

—Es usted muy prudente. Guarde bien ese registro, doctora. Podría ponerla en problemas, aunque no creo que usted haya tenido nada que ver con lo de esta tarde.

—Todavía no entiendo lo que ha sucedido, pero gracias, doctor Brown. Por el aviso y por acompañarme hasta casa.

—Ahora intente descansar y cuídese. Hasta el lunes —dijo tocándose el ala del sombrero.

Tras echar una última mirada a la erguida espalda de Brown, que se alejaba entre los viandantes, Elizabeth entró en su casa. Subió las escaleras con ritmo cansino y, en cuanto cerró la puerta de su piso, se abalanzó contra el sofá y comenzó a llorar. Lloró hasta quedarse dormida, pero tuvo una pesadilla: sentía miedo, pero no sabía de qué, y alguien golpeaba la puerta de su consulta pidiéndole que le abriera.

—¡Beth! ¡Beth, abre la puerta o la echo abajo!

Abrió los ojos de par en par. La escasa luz artificial proveniente de la calle penetraba a través de la ventana, iluminando con claroscuros la habitación. Se levantó y se dirigió hacia la puerta andando a trompicones, enfadada por la indiscreta forma de llamar que tenía William.

—¡Voy, voy! —gritó, y él detuvo los golpes. Abrió y lo vio frente a su

puerta. Tuvo que entornar los párpados por la luz del rellano—. ¿Estás loco? ¿Qué van a pensar los vecinos?

Él se coló en el piso y cerró la puerta tras de sí.

—Al diablo los vecinos —gruñó—. ¿A quién le importan los malditos vecinos? Llevo un buen rato llamando a la puerta y me he asustado al ver que no abrías. —Tanteó hasta encontrar lo que buscaba y encendió la luz del recibidor. Se giró y la encaró, sus ojos azules destilando preocupación mientras le hacía un rápido examen visual.

—Te agradecería que moderaras tu lenguaje en mi presencia —pidió ella muy digna.

Él alzó ambas manos y acunó el rostro femenino entre ellas.

—Estaba preocupado por ti, en el hospital ha corrido la noticia de lo que te ha pasado. ¿Cómo estás?

Su rostro se acercó al de ella mientras la examinaba. La joven tragó saliva, casi había olvidado cómo se sentía cuando lo tenía tan cerca. Le faltó el aire, su corazón se aceleró y dejó de pensar. Una súbita necesidad la impulsó hacia él. Enlazó la nuca masculina y acercó su boca a la de William, rozándola con cuidado, como si no supiera qué hacer. Su respuesta fue inmediata. La abrazó por la cintura y la atrajo hacia sí mientras entreabría sus labios para recibir los de la joven. Durante unos instantes ambos estuvieron así, con las caras muy juntas, inhalando la piel del otro, absorbiendo su calor, mezclando sus respiraciones, acompasando sus latidos en una cercanía tan anhelada como prohibida.

Las manos de Elizabeth se perdieron entre los mechones castaños disfrutando de su suavidad. William la abrazaba con tanta fuerza que le costaba respirar, pero no quería que la soltara. El roce de sus labios se hizo más insistente y Elizabeth sintió su lengua acariciarle el labio inferior antes de introducirse en su boca. Gimió suavemente al sentir la tibia invasión, la húmeda caricia que se lo decía todo sin hablar:

«Te he echado de menos».

«Y yo a ti», fue la silenciosa respuesta de ella.

Se puso de puntillas para profundizar el beso y sintió que él la sujetaba por la cintura hasta separar sus pies del suelo. Cerró los párpados, perdida en el sabor de su boca. Sintió que su cuerpo descendía y se encontró recostada de nuevo en el sofá del salón. La luz del recibidor iluminaba el comedor y a William sobre ella con los brazos apoyados a ambos lados de su cuerpo. Vio el febril brillo de su mirada tras liberar su boca. Sus labios se desplazaron por

su mejilla hasta la oreja, donde tiró del lóbulo con los dientes. Su lengua presionó la delicada piel bajo la oreja antes de succionarla, provocando en ella una exclamación seguida de un gemido profundo. Se sintió desfallecer de placer. Ella buscó de nuevo sus labios, hambrienta, exigiendo más sin saber qué. Su boca era el agua que quería beber, la fuente de su alimento. Trastornada por aquel cúmulo de sensaciones nuevas, se dejó llevar. Sus manos buscaron la piel masculina por propia voluntad; se encontró acariciando la espalda de William por debajo de su ropa, descubriendo el tacto firme de sus músculos, recorriendo la cálida piel de arriba abajo con las yemas de sus dedos.

Se dio cuenta de que su blusa estaba desabrochada y el sujetador apartado cuando la boca de él lamió la piel de su escote. William mordisqueó la línea de la clavícula, bajó por la curva de uno de sus pechos hasta el pezón y lo atrapó en su interior. Cuando su lengua trazó círculos alrededor de la sensible protuberancia se mordió el labio para no gritar. Su mano acariciaba el otro pecho con delicadeza, y ella notó como si todo su cuerpo se inflamara mientras una dulce presión empezó a formarse en su vientre. Clavó las uñas en la espalda de él, necesitando desahogar algo de aquella tensión.

—William... —suspiró.

Quería decirle que no se detuviera, que necesitaba más, pero él se quedó inmóvil. Ella, aturdida, no comprendía qué sucedía. Tras unos instantes notó que él le recolocaba la ropa con cuidado y se situaba de rodillas en el suelo, mirándola con la expresión oculta por la penumbra.

Elizabeth se sentó en el sofá frente a él. De aquella guisa, parecía que el joven se le estuviera declarando. En el silencio de la habitación solo se escuchaban sus agitadas respiraciones volviendo a la normalidad. Aún se notaba temblorosa. William se le acercó y se colocó entre sus piernas, aún de rodillas. Le tomó la cara entre sus manos y depositó un beso dulce sobre sus labios.

—Lo siento. Esto no ha sido nada caballeroso —se disculpó—. Cuando venía hacia aquí solo quería comprobar que estabas bien, abrazarte, hacer que te sintieras protegida... pero me vuelves loco, Beth —pronunció con dificultad.

Su cara estaba muy cerca y la joven casi sentía el calor de su piel.

—¿Loco? —murmuró con sonrisa trémula.

—Chalado, demente, ido... Loco —afirmó muy serio.

—¿Será contagiosa esa locura? —repuso ella, imitando su seriedad.

—Espero que sí. ¿Quieres comprobarlo? —dijo, y volvió a darle un beso, esta vez más fogoso. Ella sintió de nuevo aquel vértigo que hacía que el mundo a su alrededor desapareciera.

Entonces él se apartó y la miró expectante, bajando las manos para apoyarlas en la cintura de ella.

—Es muy contagiosa, sin duda —afirmó la joven, también sin aliento.

—Sé que esto... nuestro, lo que sea que tenemos, es complicado. Solo quería que te sintieras bien —repitió.

—Y lo has conseguido, William. Creo que no recuerdo nada de lo que ha pasado hoy. —El calor subió a sus mejillas. Aquel hombre podría hacer que olvidara hasta su propio nombre.

—No paras de bromear. Ahora sí que estoy preocupado. —Arqueó las cejas.

Ella rio por lo bajo negando con la cabeza.

—No hay nada que sentir, de verdad. Hemos sido los dos. Siempre somos los dos. —Alargó una mano y le acarició los suaves cabellos.

—Pero tú eres más inocente. —Suspiró—. Peligrosamente inocente. Me siento responsable, no puedo... no podemos permitirnos perder el control de esta manera.

—No, no podemos. —Negó con la cabeza.

—Creo que lo mejor será que me vaya. Pero mañana quiero que me expliques lo que ha pasado en el hospital —dijo William. Se levantó y la miró con reticencia—. Debería irme, sí.

—Deberías hacerlo —repitió ella sin convencimiento.

Él caminó hacia la puerta seguido por ella. Antes de salir del comedor se detuvo y se volvió.

—Solo dame un último beso. Luego te dejaré tranquila.

La doctora asintió y de nuevo repitió lo que él decía:

—Un último beso.

Él se inclinó hacia ella, y Elizabeth colocó sus manos en las mejillas masculinas, acercándose lentamente a sus labios. Cerró los párpados y sintió la cálida respiración del joven cerca de ella. Notó un cosquilleo y supo que estaba a punto de tocarle.

Y entonces su boca actuó por propia voluntad y se fundió con la de él, devorándola, poseyéndola, absorbiendo los gemidos que él exhalaba.

Era adictivo.

De repente William se echó atrás con cuidado mientras la sujetaba por las

muñecas. La miró con ojos nublados por el deseo.

—No me ayudas. Nada. —Frunció el ceño.

—Ya te dije que no sabía cómo manejar todo esto, William. Creí que tú sí podrías.

—Y yo ya te dije que también es nuevo para mí. —La rodeó con sus brazos y la aproximó a él—. Nunca había sentido esta atracción.

—Puede que debamos intentar otra estrategia. Lo de querer estar separados no funciona, más bien al contrario. —Lo miró pensativa.

—¿Dónde quedó lo de esperar? —Levantó la mano hasta acariciarle la mejilla mientras el pulgar hacía lo mismo con su labio inferior.

—No puedo estar separada de ti —susurró ella, derrotada por la evidencia.

La sonrisa de él iluminó el recibidor. La mano que le acariciaba la mejilla se movió y le colocó un mechón de cabello tras la oreja.

—Yo tampoco puedo. —Se puso serio—. No tengo ni idea de cómo lo haremos. Pero lo que sé es que te necesito.

—Encontraremos la manera.

—Lo sé —dijo él, y se inclinó para besarla una vez más.

Capítulo 20

El doctor Brown le había sugerido a Parker que alguien acompañara cada día a la doctora Scott a su domicilio. Dado que William y ella eran los últimos en marchar del laboratorio, la tarea se le había encargado a él. Más de uno lo compadecía. William sonrió para sus adentros. Él les habría dado las gracias a los jefes, pero eso le habría restado mérito a su sacrificio. Tampoco es que ella se hubiera quejado por tenerle de guardaespaldas. Sobre todo, cuando la acompañaba hasta la puerta de su apartamento y, una vez dentro, le robaba algún beso.

Miró a su alrededor mientras la esperaba. Algunos automóviles y coches de caballos circulaban por la calzada mientras grupos de trabajadores se dirigían a sus hogares. William se pasó la lengua por los labios, como si estuviera saboreando la boca de Elizabeth. La joven era una mezcla embriagadora de inocencia y voluptuosidad. Y a él le volvía loco saber que ningún hombre antes que él había encendido su deseo.

En ocasiones se sentía egoísta. Estaban jugando con fuego, ella tenía mucho que perder si se descubría su relación, él nada en absoluto. Se preguntaba cuánto tiempo podría mantener la situación así, cuando anhelaba cada mirada, cada sonrisa, cada roce, y siempre deseaba más. Inspiró hondo mientras se apoyaba en la pared del hospital. Aquella mujer había revolucionado su vida y en su interior iban germinando ideas que no se había atrevido a comentar con ella: compromiso, matrimonio, hijos... Ideas locas si se tenía en cuenta el poco tiempo que se conocían y la reticencia que Elizabeth aún mantenía respecto a su futuro. Pero él estaba convencido de que si la dejaba escapar no encontraría a ninguna mujer como ella.

Percibió un tenue aroma a rosas, se giró y la vio a su lado.

—Siento haberte hecho esperar —dijo ella casi sin resuello—. Una de las incubadoras no funciona y he tenido que cambiar todos los cultivos de sitio para que no se estropeen.

—Por eso me pareces adorable —dijo él al tiempo que se colocaba el sombrero. Echó a andar y compuso un gesto arisco—. Otras mujeres te hacen esperar porque se están poniendo guapas para ti, pero tú prefieres salvar la vida a un puñado de bacterias.

—¿Y eso te... —estudió con atención su cara— pone de mal humor?

Los ojos azules brillaron con malicia.

—Solo estoy fingiendo. Si Parker descubre lo feliz que me hace acompañarte me levantará el castigo.

A ella se le escapó una sonrisa.

—Así que es un castigo.

—Uno tremendo. Insoportable. Cruel. Inhumano.

—Algo malo habrás hecho para merecerlo, William Foster. Lo que no sé es qué crimen he cometido yo. —Negó con la cabeza con gesto resignado.

—Entonces, querida mía, estamos empatados. Usted es mi castigo y yo el suyo.

Ella sonrió con mirada soñadora. Hubo un corto silencio hasta que habló:

—Cuando te conocí sí que pensé que eras un castigo. Por más que quería evitarte aparecías una y otra vez cerca de mí.

—Te aseguro que todo era fortuito. Pero he de reconocer que me daba cuenta de cuánto te molestaba, y eso me divertía. Y de repente pasé de divertido a seducido.

—¿Cuándo? —preguntó sin mirarle.

William fijó sus ojos en ella. La brisa fresca de la primavera la acariciaba y le alborotaba algunos mechones. Su aroma floral le invadió los sentidos. Podía dejarse llevar y acariciar la tibia piel de su mejilla. Metió una de sus manos, la más próxima a ella, dentro del bolsillo de la chaqueta para evitar tentaciones.

—Meses. No lo sé. Creo que desde el principio. —Meditó unos instantes—. Fui consciente de cuánto me gustabas durante el baile benéfico. Aquella noche me preocupé de verdad, me sentía un miserable por fijarme en la mujer de un soldado.

Ella permanecía en taciturno silencio.

—¿Sabes algo de Paul?

—¿Cómo sabes que estaba pensando en él?

—Conozco esa expresión. Y lo acabo de nombrar.

—Han pospuesto su revisión otra vez. Parece que sigue habiendo muchos casos de gripe en los campamentos. Me preocupa un poco todo el asunto.

—¿Cómo van tus investigaciones sobre el bacilo?

—Igual, no consigo aislarlo en la mayoría de las muestras. —Negó con la cabeza—. Pero no quiero hablar del maldito microbio. No debería perder tanto tiempo en eso. Al fin y al cabo, solo es gripe. Lo único que consigo con tantos cultivos es salir tarde cada día.

—¿Y te parece poco poder disfrutar del placer de mi compañía? —preguntó haciéndose el ofendido.

—Habíamos quedado en que era un castigo —puntualizó ella con media sonrisa. Caminaron en agradable silencio unos metros. Entonces suspiró—. Me gusta poder hablar contigo de todo esto. ¿Sabes? El primer día que te vi pensé que solo eras un niño bonito y engreído.

—Soy un niño muy bonito y solo un poco engreído, doctora Scott.

—Sí, solo un poco. —Rio. De repente bajó el tono de voz—. También pensé que eras un donjuán y que debía tener cuidado contigo.

—En lo último acertabas. Por fortuna, fuiste descuidada y te atrapé en mis redes —la miró intensamente—, y no soy un donjuán, Beth. Ya no. Supongo que te habrás dado cuenta. Exceptuando la desagradable... anécdota con la señorita Stanley, no le he tocado un solo cabello a ninguna otra mujer desde hace mucho tiempo.

—No me recuerdes a esa bruja. Te creo, o no estaría aquí contigo. ¿Pero por qué nunca me hablas de... tu pasado? Supongo que ya imaginas que no ha habido nadie en el mío. —Apartó la vista.

—¿Qué quieres saber? —indagó, su ánimo sombrío al darse cuenta de que llegaban al edificio donde ella vivía.

—¿Has tenido novia alguna vez?

—No, si te refieres a una relación formal.

—¿Y has... estado enamorado?

—Sí, de mi profesora de música. Fue un amor apasionado, lástima que no fue correspondido —dijo muy serio.

—Oh, vaya... Lo siento —musitó ella. Parecía no saber qué decir.

—No te preocupes, habría sido muy escandaloso. Yo tenía doce años y ella treinta. Además, estaba casada y tenía cuatro hijos —comentó.

—¡Me estás tomando el pelo! —exclamó enfadada.

—¡Por supuesto! —Se situó frente a ella y la miró a los ojos—. Beth, nunca he estado enamorado. Hasta ahora.

—¿Ahora?

—Sí. Ahora.

—¿Enamorado?

—Me gusta dejarte sin palabras —dijo con una sonrisa. Ella abrió la boca como para contestar, pero la volvió a cerrar—. Lo peor es que, después de decirte esto, voy a tener que dejarte en tu casa y marcharme yo a la mía... solo. —Deseó poderle transmitir lo que sentía a través de sus palabras y su

mirada—. Y desear que pasen rápido las horas hasta volver a verte.

Elizabeth no contestó, sus ojos brillaban con emoción, expresando todo lo que sus labios no querían pronunciar. Llegaron al edificio donde ella residía y se detuvieron frente al portal.

—Sabía que no sería fácil —dijo ella al fin, levantando la mirada hasta encontrar la suya— aguardar con paciencia todo este año, rezando al mismo tiempo para que termine pronto la guerra. Pero es peor de lo que imaginaba. Cada vez que te vas siento como... si me faltara algo vital. Y reconozco que eso me asusta, pero me asusta más no llegar a conocer qué significa, y sé que solo tú puedes mostrármelo. —Frunció el ceño con frustración—. Si tan solo tuviéramos más tiempo...

William se mojó los labios, que notaba resecos.

—Ven a comer conmigo, a mi casa.

—¿Cu... cuándo? —farfulló la joven.

—El fin de semana.

—Tengo guardia el sábado.

—Pues el domingo. Quiero estar contigo más de diez minutos. Por favor.

—Si estamos juntos más tiempo, luego no nos conformaremos con menos, William. Y terminaríamos cometiendo una imprudencia.

—No sería ninguna imprudencia. Nadie del hospital se pierde por aquella parte de la ciudad, y no estaremos solos. —La doctora apretó los labios, dudando. William insistió—: Nos acompañará la señora Ellis, que es muy discreta. La doncella y la cocinera libran los domingos.

—Las mías también —repuso ella, mordiéndose el labio para no sonreír.

Él puso los ojos en blanco.

—No va a pasar nada. Confía en mí. —Bajó la voz.

La joven dejó caer los hombros y miró al suelo.

—No lo sé, William. Déjame pensarlo.

Cuando levantó la mirada, él se tocó el sombrero a modo de saludo y se despidió:

—Hasta mañana, Beth.

*

Elizabeth se apartó el pelo de la cara. A aquellas horas de la madrugada, su moño tirante ya no lo era tanto.

Edith la miró con simpatía.

—Ya solo te queda un paciente.

La doctora sonrió a la enfermera con gesto cansado.

—Hoy he suturado, vendado, enyesado, y por si fuera poco reducido una luxación. Además de ver gastroenteritis, gripes y demás fiebres. Solo me falta subir a quirófano. Ah, y atender un parto.

—No llames al mal tiempo —dijo la enfermera.

Elizabeth entró en la sala donde, separadas por biombos, estaban las camillas de urgencias. Nada más echar un vistazo a su paciente intuyó lo que tenía. Los párpados caídos, la expresión de agotamiento y la piel congestionada por la fiebre le hicieron pensar en gripe. Un repaso rápido a los síntomas del hombre, un albañil de treinta y dos años, le confirmó lo que pensaba.

—¿Desde cuándo tiene fiebre?

—Un día. ¿No me puede dar nada que me cure? Estoy tan cansado que no puedo ir al trabajo, y la cabeza me duele horrores. Cuando toso me dan ganas de arrancármela. Y si no trabajo no me pagan —dijo el hombre con voz afónica.

—Permítame que lo explore, señor Johnson.

El hombre se dejó hacer mirándola con gesto adusto.

—Tiene usted inflamada la garganta, aparte de eso no le veo nada más, ni neumonía ni bronquitis —dijo ella al terminar—. Es gripe. Puedo recetarle aspirina para el dolor y la fiebre, y codeína para la tos. Pero lo único que puede hacer para sanar antes es guardar cama.

—¿No hay ningún médico por aquí? —pidió el hombre, malhumorado.

Elizabeth soltó el aliento.

—Lo tiene delante.

—Quiero decir un médico de verdad.

Contuvo las ganas de contestar lo que tenía en la punta de la lengua mientras se apoyaba sobre la mesita auxiliar para escribir la receta. Abrió uno de los cajones y escogió algunos comprimidos, que introdujo en un sobre junto con la receta. Lo extendió al paciente mirándolo en silencio; si abría la boca estaba segura de que iba a arrepentirse. El hombre tiró bruscamente del sobre y lo guardó en un bolsillo. Se acabó de vestir con gesto enfurruñado y se marchó sin despedirse.

Elizabeth miró la hora en su reloj y decidió que ya era hora de acostarse. No iba a dedicarle ni un segundo más de sus pensamientos.

—Doctora Scott, ¿puede acompañarme un momento?

La joven dejó la pluma sobre la mesa.

—Por supuesto, doctor Stevens —dijo con inquietud. Estaba acostumbrada a

las pullas de su supervisor mientras hacían la ronda, pero no a que fuera a buscarla al despacho de residentes tan serio como si acabara de ver un cadáver.

Mientras lo acompañaba por los pasillos del hospital iba dando vueltas al motivo de que la hubiera ido a buscar. Quizá habían descubierto su relación con William. Se abrazó a sí misma al sentir un escalofrío. El clic que hizo la puerta del despacho de Stevens al cerrarse a sus espaldas se le clavó en el cerebro. Sintió que se mareaba y que le dolía la cabeza. Frente a ella estaba el doctor Brown, de pie tras la gran mesa. Stevens se situó a su lado, como un tribunal que la estuviera juzgando. Ella se abrazó con más fuerza.

—Tome asiento, doctora Scott. —Brown gesticuló con una mano extendida.

—Gracias.

Ellos se sentaron tras hacerlo ella. Les escrutó la cara y decidió que no podía ser por lo de William. Si hubiera conocido su secreto, Stevens parecería feliz, y no era así.

—Doctora, voy a ir al grano —empezó Brown—. Quiero que esté tranquila, esto es meramente protocolario. Solo queremos hacerle unas preguntas sobre un paciente que vio usted durante su última guardia.

Ella frunció el ceño, confusa. Aquello no se lo esperaba.

—Vi muchos pacientes —dijo.

—El último que vio de madrugada. El señor Johnson, un albañil de treinta y dos años. Se marchó a casa —miró el sucinto informe, donde ella reconoció su letra— con el diagnóstico de gripe y la prescripción de aspirina y codeína. ¿Lo recuerda?

La doctora palideció. Por supuesto que lo recordaba.

—¿Le... le ha pasado algo? —inquirió casi sin voz.

—Lo han encontrado en su casa esta mañana. Al parecer, murió pocas horas después de ser visitado por usted. El doctor Parker le está practicando la autopsia. ¿Desea acompañarme?

Elizabeth sentía el pulso en las sienes y una sensación de mareo que iba a más. Ahora le dolía la garganta. Se observaba de forma impersonal, como si fuera otra mujer la que tuviera todos aquellos síntomas.

—Doctor Brown, antes de ir a la sala de patología, me gustaría saber si se me está acusando de negligencia.

—Nadie la acusa de nada, doctora Scott, pero queremos saber por qué un hombre joven y sano ha muerto pocas horas después de ser diagnosticado de

gripe.

Elizabeth carraspeó y el dolor de garganta empeoró.

—De acuerdo.

Las sienas de Elizabeth empezaron a martillear sin piedad y sintió otro escalofrío. Empezaba a encontrarse tan mal que dudaba de que aquel malestar fuera únicamente por la presión psicológica que estaba sufriendo.

La sala de autopsias estaba en medio de un anfiteatro que, en aquel momento, estaba vacío de público, cosa que agradeció. Parker ya había empezado su trabajo.

—Jamás en mi vida había visto nada igual —fue su resumen al ver a sus colegas. Lo cual era decir mucho, pues era uno de los patólogos más reputados de la ciudad.

Elizabeth encajó la mandíbula mientras observaba el cuerpo de aquel hombre. Cuando ella lo vio estaba enfermo, pero vital. Nada hacía prever aquel desenlace. ¿Y si se había equivocado y no era gripe? ¿Y si se le había escapado algo importante al interrogarlo o explorarlo? Quizá ahora podría estar vivo.

De pronto recordó las palabras de Paul:

«Me han contado sobre un campamento en Kansas donde la epidemia causó bastantes muertes».

Pero aquello de ninguna manera podía ser gripe. Los pulmones del hombre estaban inundados en sangre. Era imposible sobrevivir a algo así, al igual que estaba segura de que no tenía aquello cuando ella lo visitó. Pero ¿qué enfermedad podía ocasionar aquella hemorragia letal en un intervalo tan corto de tiempo?

Parker pareció hacerse eco de sus pensamientos.

—Se trata de una rara neumonía hemorrágica. Y no solo hay sangre en los pulmones. También en el intestino, suprarrenales, riñones...

—¿Sangraba este hombre por algún sitio cuando usted lo visitó, doctora? —inquirió Brown.

—No puede ser que esto sea una gripe. Debe de haber equivocado su diagnóstico inicial, doctora Scott —acusó Stevens.

—Podría ser —admitió ella al tiempo que se apoyaba en la mesa de autopsias—, pero con los datos que yo tenía en aquel momento el diagnóstico de gripe era el más probable.

—Estoy seguro —coincidió Brown—. Pero este caso —señaló a la mesa con un gesto de la cabeza— es bastante preocupante. ¿Seguro que no le

recuerda a ninguna enfermedad que conozca, doctor Parker?

El veterano médico meditó un rato antes de contestar.

—La única neumonía que conozco capaz de matar a un hombre así es la causada por la peste. Pero no me lo parece. Voy a tomar muestras de tejidos para analizarlos, y solicitaré la consulta de otro experto. Doctora Scott, ¿se encuentra bien?

—No demasiado —repuso ella, y sin más se desmayó.

—Lo más prudente es que se quede ingresada en una habitación individual hasta que sepamos qué tiene. No podemos confiarnos hasta que tengamos todos los resultados de la autopsia —dijo Parker.

—Tiene casi cuarenta grados de temperatura. —Hubo un momento de silencio—. ¿No piensa que el señor Johnson tuviera gripe? —preguntó Brown.

—Usted es tan veterano como yo. ¿Cuándo ha visto una gripe que haga sangrar los pulmones de un hombre previamente sano de esa manera? Debemos descartar peste neumónica, ya sabe que en sus inicios parece gripe.

—No sé qué tenía ese pobre hombre, pero esperemos que nuestra doctora solo haya contraído gripe corriente, ahora hay muchos casos. De todas formas, el aislamiento es obligado —dijo la voz preocupada de Brown.

Elizabeth se habría enternecido por lo de «nuestra doctora», pero le dolía demasiado la cabeza. Ni siquiera podía abrir los ojos, pues cuando lo intentó fue como si le clavaran agujas en las órbitas. Decidió estarse muy quieta y esperar mientras se juraba a sí misma que por una gripe no iba a quedarse en el hospital. Porque eso era lo que tenía, gripe vulgar; y se la había contagiado alguno de los otros pacientes visitados.

—Penny, intente que la doctora trague aspirina diluida y póngale hielo en la cabeza.

—Ya lo tengo preparado, doctor Parker.

La voz de su amiga alivió su malestar. Penny cuidaría de ella. Sintió unos dedos delicados y fríos acariciarle la frente. Abrió la boca y tragó el sorbo que se le ofreció, rindiéndose a la necesidad de cuidados.

—Tienes una pinta horrible. —La suave voz de Penny fue lo primero que oyó al abrir los ojos. No sabía cuánto había dormido. Se fijó en que la joven llevaba una mascarilla. La enfermera se encogió de hombros, como disculpándose—. Órdenes de Parker. Estás en cuarentena, y yo me he ofrecido para cuidarte. Nadie más puede visitarte —puntualizó.

Elizabeth entendió a qué se refería y estuvo de acuerdo.

—Dile a William que estoy bien, que solo necesito descansar —murmuró con voz afónica. Su amiga asintió—. Parker es un exagerado.

La aspirina le había proporcionado alivio, aun así le dolía hasta pestañear.

—Elizabeth, tú mejor que nadie sabes que debes confiar en su criterio.

—En mi caso, Parker está exagerando —insistió—. No quiero estar ingresada.

Penny se inclinó sobre ella y le quitó el termómetro sin hacerle caso.

—Te ha bajado a treinta y ocho —comprobó, y le ofreció un tazón—. Anda, tómate este caldo calentito. Te irá bien para la garganta.

La joven se incorporó en la cama con mucho cuidado. Se notó un poco mareada, pero nada insoportable.

—Me voy a casa.

—Elizabeth, ¡mira que eres cabezota!

—La gripe no es escarlatina o cólera, además me encuentro bastante bien. No voy a quedarme aquí en aislamiento, ocupando una cama necesaria para otro paciente, cuando puedo estar en casa. —Echó un vistazo a la habitación—. ¿Dónde tengo la ropa?

—Si te vas sin el permiso Brown te la vas a ganar.

—Ya hablaré con él. En cuanto vea que no me pasa nada del otro mundo se le pasará. Si quiere que esté en cuarentena lo haré, pero puedo hacerlo en casa, ¿no?

Penny negó con la cabeza, consternada.

—Eres una paciente horrible. Jamás lo habría dicho.

—No has tratado con muchos médicos enfermos, ¿verdad? —La doctora se levantó con mucho cuidado, probando primero cada movimiento antes de efectuarlo, y miró en el armario que había en la habitación—. Eureka. Mi ropa.

—¿Dónde está mi dulce compañera de piso?

—Ayúdame a vestirme, por favor —respondió la doctora con voz cansina.

Penny la miró dudando, pero cuando vio que ella se movía torpemente para abrocharse los botones de la blusa no lo soportó más y fue a ayudarla.

—Debo informar a Brown de esto. Lo sabes, ¿no? Si no, quien se ganará la bronca seré yo. Dios, si me miras con esos ojos tan rojos me asustas.

—Gracias.

—¿Cómo piensas volver a casa? ¿Vas a caminar por la calle en ese estado? Llamaré a William para que te acerque.

—¡Ni se te ocurra! —exclamó, lo que le provocó un ataque de tos seca. Se

agarró la cabeza con ambas manos, intentando amortiguar el dolor. Cuando se calmó, tomó aire con cuidado—. No quiero que me vea así. Además, eso sería romper la cuarentena. Quizás tú tampoco deberías estar conmigo —titubeó—, he oído lo que decían de la peste.

Penny resopló. Sus ojos castaños echaban chispas.

—¡Ya estoy harta de escuchar memeces! Creo que ese bacilo te está afectando al cerebro y por eso te voy a seguir la corriente como a los locos, pero todo tiene un límite. —La enfermera la miró ceñuda, con los brazos en jarras—. Te voy a colocar una mascarilla, voy a hablar con Parker, le explicaré lo que pasa y le pediré que venga a verte. Si le parece bien tu plan de pasar la cuarentena en casa, solicitaré que la ambulancia del hospital te lleve. Voy a cuidar de ti, sea aquí o en nuestra casa, y no se hable más. Pero piensa que vas a estar sola muchas horas, y quiero que te quede claro que tu actitud me parece irresponsable.

Elizabeth tenía ganas de marcharse y no discutir más. Se tumbó sobre la cama con la ropa puesta y esperó a que Parker apareciera. Entendía el disgusto de Penny, pero en el fondo reconocía que si había contraído la enfermedad del señor Johnson nadie podría hacer nada por ella, y era mejor estar lo más aislada posible. Estando en el hospital sería más difícil mantener la cuarentena que en casa.

«¿Peste neumónica? ¿Puede ser eso posible?». No había visto ningún caso, pero en 1907 había habido una epidemia en San Francisco. Sabía que los primeros síntomas eran muy parecidos a la gripe, pero a las pocas horas o días los enfermos se ponían de un color tan oscuro que en la Edad Media se la había llamado «peste negra».

A pesar de encontrarse mal, su yo racional prevaleció. No había que sacar las cosas de contexto, y el contexto actual era una epidemia de gripe. Pero entonces ¿qué le había pasado al señor Johnson?

Escuchó un ruido en la puerta y pensó que Parker se había dado mucha prisa.

—Doctor, me encuentro mucho mejor. Y estoy segura de que me recuperaré antes en mi propia casa —dijo sin mirar a la puerta.

El sonido de una palabrota mascullada la hizo levantar la cabeza para encontrarse con la mirada de William. Ya sabía que lo mejor era irse a su casa. Se recolocó la mascarilla que Penny le había dado.

—Vete, por favor —murmuró—. Necesito descansar.

Él la ignoró.

—Tienes mal aspecto.

—Gracias. Tú no.

—¿Qué es eso que he escuchado de que te vas a casa? —dijo muy serio.

La joven emitió un quejido. Él no se lo iba a poner fácil.

—En cuanto Brown o Parker me den permiso.

—Beth, Parker ha puesto a todo el laboratorio a trabajar en un montón de biopsias y cultivos del mismo paciente. Un hombre que falleció ayer, y que al parecer tú visitaste antes de su muerte. ¿Qué tenía? —su voz temblaba.

—No sé lo que tenía al morir. Pero cuando lo vi tenía gripe. Y yo tengo un gripazo de mil demonios —remarcó con voz afónica. Le dio la espalda y se apretó la mascarilla contra la cara—. Vete. No deberías estar aquí.

—De acuerdo —dijo su voz muy cerca de ella.

Ella apretó los párpados mientras lo oía alejarse. Poco después volvió a escuchar ruido de pasos, pero supo que no era William.

—Parker está en plena vorágine en el laboratorio. Brown vendrá a verte —dijo Penny—. Dice que si de verdad estás mejor podrás irte a casa para guardar la cuarentena.

—¿Cuántos días?

—Hasta que Parker lo decida. Sin visitas.

—¿Y tú?

—¿Yo qué?

—No me gustaría que... —suspiró y la miró a los ojos—. No creo que tenga nada grave, pero si me equivoco y yo... —no terminó la frase.

—Soy enfermera. —Los ojos de Penny brillaron—. Asumo los riesgos. ¿No lo harías tú en mi lugar? Si estuvieras aquí también me encargaría de cuidarte, pero si he de hacerlo en casa lo haré allí.

Elizabeth se emocionó y parpadeó varias veces para poder ver bien a su amiga. Se sentía tan débil...

—Gracias, mami —tuvo fuerzas para bromear—. Pero tienes que ayudarme con eso: ni una sola visita, me comprendes, ¿verdad?

—Aunque le siente como una patada en su bonito trasero. —La enfermera guiñó un ojo levantando una mano como si jurara.

Capítulo 21

El sol estaba alto en el cielo cuando despertó. Había perdido la noción del paso del tiempo, pero intuía que había estado enferma durante varios días. Había sufrido una gripe, tal como ella sospechaba. Ya no tenía un frío que le hiciera castañetear los dientes, ni un calor que le dieran ganas de bañarse en una nevera con hielo, y tampoco sentía como si un martillo le golpeará la cabeza. En silencio, dio gracias a Dios y a los cuidados de Penny.

Unos golpecitos en la puerta la distrajerón de sus pensamientos. Sin esperar respuesta esta se abrió y el doctor Parker, con una mascarilla puesta, invadió su habitación. Ella lo miró con sorpresa.

—Vaya, por fin despierta. Me alegro. Se la ve mucho mejor. Está algo demacrada, pero nada que no se arregle con unos pocos días de reposo.

—¿Qué... qué hace usted aquí? —preguntó débilmente, intentando peinarse con las manos.

—Desde que cayó enferma he venido a verla cada día.

—Y de eso hace...

—Cinco días. Supongo que no lo recuerda porque cada vez que venía estaba hirviendo de fiebre. Ayer empezó a bajar. Realmente se le ve mejor aspecto. ¿Cómo se encuentra?

—Bastante bien, la verdad. Creo que podría...

—¡No se levante de la cama hasta que no esté sin fiebre durante tres días seguidos! —la interrumpió su jefe—. Respetar la convalecencia es fundamental para evitar una recaída de la gripe. Los jóvenes siempre lo olvidan.

—Lo que usted diga, doctor Parker, pero sabe que no todo el mundo puede permitirse eso.

—Usted lo hará porque se lo ordeno, como jefe y médico. Si me entero de que no me obedece le abriré un expediente.

—En el hospital falta personal. ¿Está seguro de que...? —El gesto severo de su jefe la hizo callar—. De acuerdo, le prometo que guardaré reposo al menos tres días más —Suspiró—. ¿Ya han averiguado qué infección tenía el señor Johnson?

—No sabemos mucho más. Las hemorragias fueron causadas por una reacción inflamatoria masiva, pero no sabemos la causa. No hemos

encontrado nada en los cultivos, así que al menos estamos seguros de que no es peste.

—Menos mal —gruñó con voz ronca. Entonces tuvo un ataque de tos.

Parker sacó su estetoscopio del maletín y esperó a que terminara de toser.

—Ahora permítame que la ausculte.

Elizabeth intentó olvidar que aquel hombre era su jefe. A pesar de eso se sonrojó mientras el médico, delicadamente y sin rozarla con los dedos, le colocaba el frío instrumento sobre la desnuda piel de la espalda.

—Sus pulmones están bien —afirmó Parker—. No volveré a visitarla a menos que Penny me diga que está peor, pero recuerde lo que le he dicho: no la espero en el trabajo hasta por lo menos el sábado. Y continúe la cuarentena, no necesita visitas.

Elizabeth se quedó mirando la puerta cuando su jefe se marchó. Estaba segura de que Parker aún estaba preocupado por su enfermedad, de ahí que la hubiera visitado con la mascarilla puesta e insistiera en la cuarentena. Se recostó en la cama, dispuesta a recuperarse lo antes posible, añorando a William con un anhelo tan intenso que le creó una sensación de vacío.

Como cada tarde de sábado, el pequeño grupo de médicos y estudiantes del laboratorio se hallaba reunido en la sala. La mayoría le había expresado su preocupación por su estado de salud y su alegría por su retorno; sin embargo, no había hablado con la persona a quien había añorado cada minuto de vigilia y aun en sueños. Lo había visto aquella mañana en la sesión matinal, pero él ni siquiera la había mirado.

William entró en el despacho y se sentó en la silla más apartada de ella. Seguía rehuyendo su mirada. Ella apretó los labios y se centró en Parker, que acababa de ocupar su asiento, cargado con unas cuantas revistas médicas.

—Bienvenida de nuevo, doctora Scott. Me alegro de verla recuperada. — Le brindó una sonrisa, que ella correspondió—. A propósito de los últimos acontecimientos, me gustaría que esta tarde nos dedicáramos a hablar de la gripe. —Miró a sus colegas y todos asintieron—. Parece que lo que sucede aquí esta primavera es un fenómeno mundial, una pandemia. En nuestro país la influenza afecta sobre todo a las bases militares y a las ciudades cercanas a ellas. Gracias a Dios, hay pocos casos de jóvenes que hayan fallecido de neumonía hemorrágica como el que visitó usted, doctora. No sabemos si es el mismo microbio el que provoca los síntomas gripales y los cuadros

fulminantes —continuó Parker—, solo que todos empiezan igual y no hay nada que haga prever cuál se va a complicar.

—Aunque sea leve, que afecte a tantos soldados debería preocupar a los gobiernos —comentó Lewis.

—Buena observación, doctor Lewis, pero el gobierno no ha escuchado el consejo del Cirujano General de disminuir el hacinamiento en los campamentos.

—¿Sabe si hay en marcha alguna investigación sobre la gripe? —quiso saber un interno.

—En el Instituto Rockefeller están más preocupados por el sarampión, la meningitis epidémica o la neumonía que por la gripe, así que de momento no hay nada en marcha. Habrá que estar alerta a lo que nos depara el futuro.

El mundo estaba en guerra. A ningún gobierno le preocupaba que unos pocos jóvenes murieran de gripe fulminante, pero a Elizabeth aquello la inquietaba y, por la expresión de Parker, estaba segura de que él se sentía igual.

La sesión se prolongó hasta bien entrada la tarde. Se tocaron otros temas, incluso Lewis habló de su próxima paternidad y el ambiente se aligeró con las bromas y buenos deseos de sus compañeros, pero la joven no podía olvidar su desasosiego. Tampoco ayudaba la actitud de William de seguir ignorándola. Cuando la reunión se disolvió, Elizabeth se levantó y se dirigió a su habitación para cambiarse de ropa con una sensación de profundo disgusto. No miró hacia atrás cuando abandonó el hospital. Los sábados solía salir antes, y había mucha luz y gente por las calles. Dudaba que algún paciente trastornado fuera a atacarla en aquel momento.

Mientras iba caminando, sintió una especie de cosquilleo en la nuca. Apretó el paso hasta llegar a la puerta de su casa.

—William... —murmuró al girarse y verlo.

La había escoltado hasta su casa sin acercarse a pedirle explicaciones por lo que fuera que estaba enfadado. Y ahora ella también lo estaba. Soltó un resoplido que él debió de escuchar, aunque ya le daba la espalda.

«Será... engreído, mezquino, ¡patán!». Se lo habría gritado con gusto en plena calle. Su disgusto aumentó cuando al llegar a casa vio una nota de Penny donde explicaba que no iba a aparecer por casa porque doblaba turno. De inmediato se sintió egoísta, su amiga estaba trabajando mucho, y la había cuidado como su propia madre. Se dijo que al día siguiente la llevaría a algún sitio, quizá al cine. Algo más animada, decidió prepararse un café y leer una

novela.

Al cabo de una hora no aguantaba más. Le daba la sensación de que, si no salía de casa, se subiría por las paredes. No sabía muy bien qué le pasaba, pero cuando estaba en la calle, sus pasos la dirigieron al «ele». Se quedó frente al primer vagón, extrañada de haber llegado hasta allí. Y supo entonces que si no iba a ver a William y le gritaba a la cara lo desagradable de su comportamiento no podría dormir.

El viaje se le hizo eterno, tres cuartos de hora de darle vueltas a su malhumor. Iba a decirle cuatro cosas a aquel engreído y volvería a su casa. Observó a través del cristal, ya habían llegado a la zona alta de la ciudad. Se sintió alicaída, pensando que aquel hombre y ella tenían pocas cosas en común. Para empezar, venían de mundos muy distintos. Ella estaba acostumbrada a luchar por cosas que él daba por sentadas. No negaba que estaba enamorada de él, pero... ¿tenía futuro una relación con un hombre como William Foster, o estaba a todas luces condenada al fracaso y su estúpido embotamiento sentimental no la dejaba verlo?

Luchó contra las ganas de volver a su pequeño y acogedor apartamento de clase obrera cuando el tren se detuvo. Conforme se acercaba a la casa de William sentía el estómago más y más pesado. Ya no se acordaba de todo lo que quería decirle, pero sus pies la impulsaban hacia delante, un paso tras otro, hasta llegar ante la puerta de su domicilio. Fue a llamar al timbre y se quedó con la mano levantada, sin apretar el botón.

Tenía que irse a su casa. No sabía qué hacía allí.

En aquel momento se abrió la puerta y apareció William, elegantemente vestido con su abrigo y su sombrero. Su expresión al verla fue de sorpresa. Ella dio un paso atrás, dispuesta a huir. Él fue más rápido, la atrapó por la muñeca y tiró de ella, metiéndola dentro de su casa.

Elizabeth cayó en sus brazos mientras él cerraba la puerta de un puntapié. Iba a insultarlo cuando él selló sus labios con su boca. Todo su enfado se esfumó, y su cuerpo tomó el mando. Se puso de puntillas y se aferró a su cuello mientras él la arrinconaba contra la pared del recibidor, enjaulándola en un abrazo apretado. William tentó sus labios con la punta de su lengua y ella cedió. Entonces la besó apasionadamente, saboreando cada rincón de su boca hasta que ella perdió la capacidad de pensar. Respiró por la nariz, llenándose los pulmones del aroma a lavanda y abandonándose al cúmulo de sensaciones que se derramaban por su cuerpo.

Él se apartó de su boca, tan jadeante como ella, y apoyó su frente contra la

suya relajando su abrazo.

—Beth, he temido tanto por ti... Estaba furioso contigo por no dejarme verte —susurró.

—Y yo lo estoy contigo. Me has ignorado todo el día, William Foster. Eres un... zoquete —replicó con voz entrecortada.

Él se la quedó mirando con el ceño fruncido, las pupilas de sus iris tan dilatadas que los habían oscurecido.

—Dime si me has añorado —musitó—. Dímelo, Beth. Quiero saber si te importo.

—Me importas muchísimo —lo miró fijamente—, por eso quise apartarte de mí, ¿no lo ves?

Él la soltó y dio un paso atrás. Elizabeth cerró los párpados un momento por la sensación de frío. Su separación forzosa parecía haber intensificado el efecto que él le causaba.

—No, no lo veo, cariño —murmuró moviendo la cabeza de lado a lado—. Yo no te pedí que me protegieras. No me bastaba con las palabras de Penny, necesitaba verte, pero tú no lo permitiste.

Elizabeth anuló la distancia entre ellos y le tomó la cara entre sus manos, concentrándose en los iris azules. Quería que la entendiera.

—Si tú estuvieras enfermo, con la posibilidad de que fuera algo contagioso y grave, y yo quisiera visitarte, ¿me habrías dejado verte? —quiso saber.

—¡No! —exclamó sin pensar—. Quiero decir... No habría hecho lo mismo que tú... Yo... —su voz se apagó—. Ni siquiera me permitiste verte cuando te encontrabas mejor. —Exhaló con impaciencia.

—Parker lo había prohibido. —Bajó las manos.

—¡Bien! —Gesticuló con una mano entre ambos—. Esto también lo prohíbe Parker. ¿Por qué no le haces caso? —inquirió airado.

Ella respiraba agitadamente.

—¡Porque no puedo! —gritó—. Maldito seas, William Foster. —Se dio la vuelta para tomar el pomo de la puerta y él la detuvo tomándola por los hombros.

—Quédate conmigo —murmuró a su espalda, cerca de su oreja. Ella contuvo la respiración—. Cena conmigo, por favor. No te vayas.

—¿Por qué? —musitó—. Dame una buena razón para quedarme.

—Porque eres lo mejor que me podía pasar, y no voy a dejarte escapar.

Ella cerró los ojos e inspiró hondo.

—Tu ama de llaves lo habrá oído todo —dijo avergonzada.

—La señora Ellis es de confianza, te lo dije. Vamos a demostrarnos que podemos disfrutar de nuestra mutua compañía sin más. No te vayas, Beth — repitió—. Te necesito. Te... quiero —susurró besándole la mejilla.

—No me voy a ir a ningún sitio —afirmó dándose la vuelta. Lo abrazó con fuerza—. Yo también te quiero, Will —murmuró.

—¿Will? —Arqueó las cejas—. Will... Me gusta.

—A mí también me gusta Will —dijo ella enlazando su cuello y besándolo—. Demasiado —dijo sin aliento.

*

—Pareces un ángel.

El comentario hizo sonreír a Elizabeth, que a petición de William se había soltado el pelo a pesar de la mirada severa de la señora Ellis.

—Por tu mirada no parecía que tus pensamientos fueran demasiado religiosos —comentó ella con la vista fija en su plato, donde cortaba un pedazo de pastel de ternera con verduras.

William soltó una carcajada.

—Pensé que no te habías dado cuenta.

Ella sonrió y lo miró con picardía unos segundos durante los cuales el joven sintió que se le secaba la boca. Era un gesto coqueto y natural, toda una carga de profundidad para su decisión de no tocarla. Por un momento fantaseó con tomarla en brazos, subirla hasta su habitación y romper la promesa que le había hecho, pero apartó aquellas imágenes.

—Soy inocente, no ciega.

—Sigue hablándome de ti, Beth. Quiero saberlo todo. —Era mejor cambiar de tema e intentar evitar aquella atmósfera sensual que se creaba con tanta facilidad entre ellos.

—¿Todo?

—Tú me cuentas una cosa y yo otra —propuso él—. ¿Cuáles son tus aficiones?

—Mi afición principal es mi trabajo —contestó sin dudar.

William resopló y sonrió.

—Dime algo más, algo que no sepa.

—Me gusta ir en motocicleta —dijo ella tras pensar unos instantes—. Conducir rápido, con el viento dándome en la cara. Me siento... libre. Lo echo mucho de menos.

El joven enarcó las cejas, parpadeó y su boca se abrió. No fue capaz de responder nada, y cuando aún estaba buscando las palabras adecuadas, ella

prosiguió:

—Lo malo es que solo la puedo usar vestida con pantalones. Y si ahora la gente me mira raro en el lugar de trabajo, imagina si se enteran de que uso pantalones y conduzco una motocicleta. A Stevens le daría un patatús.

Eso hizo que él por fin recobrarla el habla.

—Entonces deberías planteártelo —afirmó muy serio.

Rieron al unísono y ella suspiró.

—Pensaba que me ibas a decir que ya no me querías tanto porque soy poco convencional. —Parecía bromear, pero él creyó notar cierto desasosiego en sus palabras—. Porque te aseguro que en cuanto termine la residencia, pienso seguir usando la motocicleta. —Lo miró desafiante.

—Elizabeth, imaginarte a lomos de una motocicleta lo único que hace es —carraspeó— perturbarme en varios sentidos. No me importaría lo que dijera la gente. ¿Tan banal me crees?

—Si te creyera banal no estaría enamorada de ti. Pero creo que tu familia verá con peores ojos nuestra relación que mi madre. Y, aunque no me gustaría empeorar las cosas, tampoco quiero renunciar a lo que soy —dijo sin mirarlo.

—Beth, mírame —la instó—. Te quiero tal como eres. Amo tu espíritu independiente. ¿Por qué querría cambiarlo? Además, voy a decirte algo: a mi madre le encantas.

Esta vez fue ella quien se quedó boquiabierta.

—¿Has hablado de mí con tu madre?

—No hizo falta. Ella se dio cuenta de que había... algo.

—¿Cuándo?

—En el baile.

—¡Jesús! —exclamó agrandando los ojos—. ¿Tan evidentes somos?

Él no pudo evitar sonreír a pesar de la cara de pánico de ella.

—Mi madre es sumamente perceptiva. Además, ten en cuenta que solo nos ha visto fuera del trabajo. En el baile tuvo una corazonada, y después tan solo tuvo que invitarte a cenar a nuestra casa para tenerlo claro.

—Tu madre se dio cuenta de lo que sentimos antes que tú y yo —constató con incredulidad—. Nos invitó a la cena por mí, no por Helen.

—Exacto. Me di cuenta de eso el mismo día y me disgusté con ella. —Alargó una mano sobre la mesa y la puso sobre la de Elizabeth—. Podrías pensar que es una manipuladora, pero solo intentaba ayudar.

—En aquella época, se suponía que yo estaba comprometida con Paul —

apuntó la joven, incómoda.

—Así es. —Suspiró. La conducta de su madre era difícil de justificar, aparte de su preocupación por la felicidad de su único hijo—. Pero ella pensaba que no estabas enamorada de él, por eso no le parecía inmoral facilitar que nos conociéramos un poco mejor. —Se encogió de hombros.

—¿Y eso lo supo solo con verme en el baile? —No salía de su asombro.

—Mi madre es medio bruja —bromeó William mientras entrelazaba sus dedos con los de ella.

—¿Y tu padre? —Su suave voz sonaba dubitativa.

William apretó la mandíbula. Demasiado tarde, habían llegado al tema que más lo disgustaba.

—¿Mi padre qué? —preguntó en tono neutro.

—¿Crees que él verá bien nuestra relación?

William se puso rígido.

—No me importa lo que diga mi padre —comentó en un tono seco.

—Él quiere que te cases con alguien de tu clase, una chica como Helen Stanley —insistió ella sin dejarse amilanar.

—¿Por qué dices eso? No lo conoces —dijo con disgusto, porque tenía razón.

—No lo conozco, pero he escuchado algunas cosas de él. Y, por lo que me acabas de decir, no fue tu madre la que tuvo la idea de prometerte con Helen. Además de salir de su cabeza hueca, tuvo que ser animada por alguien de tu casa.

Él sonrió contra su voluntad.

—Eres tan bruja como ella.

—No. Solo escucho, retengo y después analizo. Pero no soy tan intuitiva como tu señora madre. Dime, ¿estoy en lo cierto?

Ojalá pudieran dejar aquel tema. Solo tenía unos minutos para estar con ella, y no le apetecía malgastarlos hablando de su padre. Estudió el rostro de Elizabeth, quien le devolvió una mirada transparente. Era ella quien tenía las de perder si se descubría su relación, pero confiaba en él. Acercó la delicada mano femenina a sus labios y le besó los dedos de uno en uno.

—Estás en lo cierto —repuso por fin—. Él quiere que me case con Helen, pero cualquier otra mujer le serviría, por más malcriada e ignorante que fuera, mientras su familia tuviera dinero y poder.

—Es triste.

—Él es así. Siempre hemos tenido una relación... tirante. Intentó hacerme a

su imagen y semejanza. —Compuso una mueca—. Al ver que no lo lograba, debió de pensar que al menos le sería útil como instrumento para conseguir influencias o dinero. O ambas. —La miró con calidez—. Empecé la carrera de derecho a instancias de mi madre, la relación con mi padre era cada vez era peor, y él quería que siguiera sus pasos dirigiendo el bufete. Pacté con ella intentarlo por un año.

—Y perdiste un año de tu vida.

—Exactamente. Y además conseguí enojar más a mi padre. Pensó que por una vez hacía las cosas a su manera, hasta que me matriculé en medicina.

—Entonces lo nuestro le va a sentar fatal, yo no soy nadie para él.

—Beth, tú lo eres todo para mí, y eso es lo importante —afirmó—. Ya tienes bastantes preocupaciones en la cabeza. Deja el tema de mi padre para mí, ¿quieres? No pienses en él.

Siguieron charlando de forma más ligera, contándose anécdotas de su vida y riendo juntos. La señora Ellis había dejado todos los platos en una mesita auxiliar y no había vuelto a entrar en el comedor por petición de William. Se sentía feliz con la compañía de la joven, más cercano a ella que en mucho tiempo. Más pronto de lo que ambos habían deseado, tuvo que acompañarla a coger un taxi. No le gustaba la idea, pero no podía llevarla a su casa a esas horas.

Antes de salir, William la abrazó y la besó con pasión hasta que la dejó sin aliento. Quería quedarse así toda la noche, sintiéndola muy cerca, pegada a su pecho, notando el latir de su corazón. Le besó la coronilla y aspiró el perfume floral de su cabello.

—Ojalá pudieras quedarte. Yo...

Ella le puso los dedos sobre los labios para silenciarlo.

—Solo te pido mucha paciencia. —Jadeó al sentir que él lamía uno de sus dedos—. Madre mía. Me das miedo —exclamó con las mejillas sonrosadas.

Él se carcajeó y le besó el dorso de la mano castamente.

*

Las dos jóvenes caminaron en silencio entre la multitud que salía del cine Central Park. Era la primera vez que Elizabeth acudía a ver una película en los cinco meses que llevaba en la ciudad. La elegida había sido la última de Harold Lloyd, necesitaban reír un rato. Previamente al pase, como en la mayoría de los actos públicos, uno de los llamados «Hombres de cuatro minutos» había pronunciado su discurso. Estos siempre eran breves, de ahí el nombre de esa organización que se encargaba de estimular el patriotismo. Al

hombre, un comerciante de ultramarinos de la ciudad, le sobró el tiempo para animar al público a comprar «bonos de la libertad» —destinados a financiar el gasto militar del país—, colaborar con la Cruz Roja y cultivar un «jardín de la libertad» en el patio de casa para autoabastecerse de verduras.

Penny fue la primera que rompió el silencio.

—Cada vez me cuesta más no hacer caso de la propaganda militar. —Bajó el tono de voz—. Estoy contra la guerra, pero sé que al otro lado del Atlántico nuestros hombres están muy necesitados de ayuda. Aquí hay mucho trabajo en el hospital, no quiero ni pensar lo que debe de ser allí.

Elizabeth la observó.

—La población civil también nos necesita, Penny.

—Lo sé. Pero es difícil que no te afecte cuando tienes allí a seres queridos.

La enfermera tenía varios hermanos en Europa. Elizabeth se sintió egoísta y, recordando a Paul, su ánimo se deprimió.

—Tienes razón. Lo siento, supongo que desde que Paul está en el país lo veo de otra manera.

—No lo sientas. Es cierto que somos necesarias en todas partes; es decisión de cada una el lugar donde sentirnos más útiles. ¿Qué tal tu retorno al trabajo? ¿Hablaste con William? —dijo tomándola del brazo con cariño—. No te quise decir nada, pero ha pasado la semana preocupado.

—Bueno, estaba... enfadado. Pero hicimos las paces. —De inmediato, Elizabeth sintió que se acaloraba recordando el recibimiento de William en su casa.

—Estás colorada.

—En el cine hacía mucho calor.

—Te he mirado al salir del cine y tu piel estaba bien. ¡Madre mía, es peor de lo que pensaba! —declaró—. Mirándote, creo que el reencuentro debió de ser memorable. —Soltó una risita.

Elizabeth le echó un vistazo a su amiga.

—¿Quieres parar ya?

—Solo si me cuentas detalles succulentos.

—Ni lo sueñes.

—¿Te ha contado él lo de cuando te pillé dormida en sus brazos? —inquirió.

—¡¿Qué?! ¡No! ¡No sabía que nos habías visto aquella noche en el sofá! Qué vergüenza —lloriqueó la joven, tapándose la cara.

La enfermera, divertida, le apretó con cariño el brazo.

—Elizabeth, William pasó todos los días de tu ausencia buscándome por el hospital con cualquier excusa para que le pasara el parte médico. No sabes lo que me costó mantenerlo lejos de ti. Un día decidió que, o lo dejaba entrar a verte, o hacía noche en las escaleras. Tenía unas ojeras enormes y me di cuenta de que está enamorado hasta la médula, Elizabeth. Iba a dejarle entrar...

—¿Y qué hiciste?

—Le dije muy seria que, si con su conducta provocaba rumores entre los vecinos, te lo haría saber. Se levantó y se fue.

—Eres cruel —apuntó la doctora, riendo.

—No, solo sigo las normas. Yo no estoy enamorada de él. —Se encogió de hombros y compuso un gesto pícaro—. Aunque tengo que reconocer que cuando me miró con ese par de ojazos azules, casi, casi me convenció.

Elizabeth se quedó contemplando la distancia.

—Es cada vez más difícil, ¿sabes? Me refiero a evitar que se me vaya la vista tras él en el trabajo, o contener mis manos, o... mi boca. —Suspiró sin explicar nada más.

Ambas habían acordado continuar el camino a pie. Era una agradable tarde de primavera y todavía quedaban horas de luz natural. Anduvieron el resto del camino en silencio, cogidas del brazo y disfrutando de la mutua compañía. Cuando se acercaban a su casa, Penny habló:

—¿Seguro que no me vas a contar ni un poquito del reencuentro?

—No. Es personal.

—¿Tendréis cuidado? No te lo tomes a mal. He tenido novio, y sé lo fácil que es dejarse llevar. Sobre todo los hombres.

Elizabeth sonrió al recordar la contención de la que William hacía gala.

—No te preocupes por eso. Tiene una fuerza de voluntad admirable.

—Sí, sí, eso pensaba yo de mi novio, hasta que me vi tumbada en el sofá con las faldas levantadas.

—Los sofás dan mucho juego. —La joven carraspeó—. ¿Y qué pasó entonces? Quiero decir si llegasteis a... —bajó el tono de voz a un nivel casi inaudible.

Penny la miró divertida.

—Lo que pasó fue que le dije que solo haría eso con un anillo en mi dedo anular.

—Lo siento —afirmó Elizabeth, imaginando el resto de la historia.

—No lo hagas. No lo conocía como creía.

—¿No sabías que no quería casarse contigo?

—Oh, sí quería. Pero también quería que dejara de trabajar en cuanto llevara su anillo, y se ofendió cuando le dije que iba a seguir trabajando, incluso aunque tuviéramos hijos. Me acusó de no considerarlo lo bastante hombre como para poder mantener a su familia. —Se encogió de hombros—. Supongo que esa conversación la deberíamos haber tenido antes de que me levantara las faldas. —Miró a la doctora con gesto pícaro—. ¿Vosotros ya la habéis tenido?

—¡Penny! Primero que todo, William no me ha levantado las faldas. Oh, vamos, deja de reír o no te responderé la pregunta.

La enfermera apretó los labios y asintió antes de hablar.

—No me lo tengas en cuenta. Harold Lloyd está muy bien, pero yo soy más de películas románticas. Río de felicidad al oírte. ¿Y bien?

—Sí, tuvimos la *conversación* —enfaticó la palabra— hace semanas.

—¡Semanas! Bien por vosotros. Y ya que estamos con confesiones, dime... ¿besa tan bien como prometen esos labios de pecado?

—Vas necesitar algo más para que te conteste.

—¿Qué tal un poco de chocolate caliente esta noche? Aún refresca bastante.

—¿Has conseguido chocolate? —Agrandó los ojos—. ¿Cacao en polvo o chocolate?

—Chocolate. Y es delicioso, de importación. Me lo regaló un paciente que trabaja en el puerto. No creo que su origen sea muy legal, pero quién soy yo para pedir pedigrí a un buen chocolate.

—¡Mala! ¿Lo has probado sin mí?

—El turno de noche es muy largo, amiga.

—Está bien. Tú prepárame una buena taza y veremos qué te puedo contar.

—Eso está hecho, pero haz que valga la pena. —La miró un momento y sonrió con aprobación—. Sí, ese sonrojo es buena señal.

Al llegar al portal de su casa, Elizabeth se detuvo frente a su amiga y la miró con preocupación.

—Tengo miedo, Penny. Nunca he actuado así. Sé que es una locura, pero no puedo pararlo. Le necesito.

La enfermera la abrazó.

—Creo que vale la pena. Elizabeth, cariño, vive el presente. Con prudencia, pero vívelo.

La doctora asintió.

—Me alegra poder compartir confidencias contigo. No sabes cuánto.

—Vamos. Creo que hay un buen chocolate arriba, esperándonos. Y dime...
¿qué decías del juego que dan los sofás?

Las risas de ambas jóvenes se perdieron escaleras arriba.

Capítulo 22

—Doctora Scott, tengo que comentarle algo. Venga un momento a mi despacho.

Elizabeth se preguntó qué querría decirle Parker mientras se encaminaban a su despacho. Cada día esperaba que alguien la acusara de tener una relación sentimental con William. Pasó al lado de este evitando mirarlo y al mismo tiempo sintiendo en su piel su cercanía.

—Cierre la puerta, doctora. Y siéntese, por favor. —Señaló con una mano la silla frente a su mesa.

Hizo lo que le pedía mientras echaba un vistazo alrededor. Parecía que el despacho de Parker estaba más caótico, si eso era posible. La gran mesa estaba abarrotada de revistas de medicina, nacionales e internacionales. Le sorprendió ver que Parker leía en alemán y español. También había algunos diarios y cartas.

—Verá —se sentó después de ella—, Illinois está a punto de promulgar una ley para luchar contra la epidemia de venéreas. El doctor Brown conoce algunos políticos influyentes y así me lo ha comunicado. —Compuso un gesto de desdén—. Yo no los soporto, me refiero a los políticos, pero a veces es necesario relacionarse con ellos.

Asintió inquieta, intentando adivinar adónde iría a parar aquella conversación.

—Las venéreas —prosiguió su jefe— son la primera causa de baja en el ejército. Más de un tercio de los soldados padece alguna. Por eso se va a endurecer la actitud oficial respecto a esas enfermedades.

—¿Endurecer? —preguntó Elizabeth deseando que Parker fuera al grano.

—La ley que se va a aprobar *exigirá* que los enfermos diagnosticados de una venérea acudan a recibir su tratamiento. Dicha enfermedad será notificada por su médico de forma codificada. Solo él conocerá los datos reales del paciente, a menos que este no cumpla el obligado tratamiento.

—Entiendo. Es el mismo método que estoy siguiendo para mantener la confidencialidad. Pero... —su expresión se ensombreció— con esos cambios muchos no se atreverán a consultar por miedo a represalias. El tratamiento nunca está exento de peligro, y si es obligatorio...

—Cierto. De todas formas, así se ahorrará sustos como el del tipo que la amenazó, ya que también se declarará ilegal contagiar la enfermedad. Cualquier persona que lo haga irá a la cárcel. Por cierto, ¿ha sabido algo de

aquel loco?

—No. Nada. —Elizabeth negó con la cabeza—. Tendré que informar a mis pacientes de los cambios. Lo más probable es que, cuando les explique las condiciones, la mitad desaparezca por la puerta —afirmó con disgusto.

—Es posible, y cuando le cuente lo siguiente quizá me pida cerrar la consulta. —Hizo una breve pausa mientras la miraba con atención—. A nivel nacional se está preparando una ley aún más dura. Cualquier mujer sospechosa de prostitución podrá ser arrestada, explorada contra su voluntad y, si se le diagnostica una venérea, será acusada de prostituta y obligada a recibir tratamiento en un hospital de detención.

—¡Pero eso es... terrible! —estalló ella. No se le escapó que Parker había hablado solo de mujeres— ¡Es una violación de los derechos civiles!

—Estamos en guerra, doctora, no sea ingenua. —Parker le habló como si ella aún creyera en Santa Claus.

—No puede ser. —Meneó la cabeza.

—Créame, lo será. El gobierno tiene una prioridad, y es tener a sus hombres sanos.

—Y listos para mandarlos a la guerra —dijo con amargura.

Parker asintió, pero no comentó nada más mientras la joven intentaba ordenar sus ideas y sentimientos.

—Tendrá que ser realista, Elizabeth —Parker rompió el silencio—. No crea que estoy de acuerdo con esos métodos, pero no hay nada que pueda hacer. Solo decidir si seguir con su consulta o no.

Ella meditó un momento las palabras de su jefe.

—No puedo cerrar la consulta. Hay pacientes que confían en mí y acuden puntualmente a recibir su tratamiento.

Parker asintió con gesto circunspecto.

—Deberá denunciar a los que no se quieren tratar. ¿Está dispuesta a acudir a las autoridades sanitarias y dar los datos de los pacientes? ¿Está dispuesta a obligar a recibir el tratamiento?

Ella inclinó la cabeza y se observó las manos, que sin darse cuenta estaba retorciendo. Algunos pacientes no acudían de forma regular porque las inyecciones los dejaban demasiado afectados como para trabajar durante unos días, y no se lo podían permitir. ¿Tendría que denunciarlos? Pero ¿cómo podía abandonar a aquellos que habían confiado en ella?

—No sé qué hacer. —Fijó sus ojos en los de su jefe.

—Piénselo y decida, doctora. Pero necesito su ayuda y la del doctor Foster

con la gripe. —Se levantó y se dirigió hacia la puerta de su despacho—. Doctor Foster, ¿puede pasar un momento? —llamó.

Elizabeth sintió que su corazón se aceleraba. Hizo acopio de voluntad para mantener una apariencia de calma, pero no pudo evitar que el calor subiera a sus mejillas. Parker se sentó de nuevo tras su mesa y la miró con simpatía.

—No se sienta mal, Elizabeth. Seguro que sus pacientes pueden acudir a otro centro, uno que llame menos la atención de las autoridades que este. —Había malinterpretado su agitación.

—Espero que sí —dijo. No se atrevió a hablar más cuando notó que se abría la puerta y el aire del despacho se desplazaba. Su nariz inhaló el aroma a lavanda, y su piel se calentó todavía más. Apenas escuchó su saludo. Entrelazó los dedos con fuerza sobre su regazo para que no le temblaran.

—Doctor Foster, siéntese, por favor. —Parker se dirigía a él con menos sequedad que en los meses anteriores—. Quería hablar con los dos porque me interesa que continúen trabajando juntos, forman un gran equipo —afirmó con seriedad.

Elizabeth notó que William se sentaba rígido. Mientras, ella luchaba por mantener la compostura. Su jefe empezó a rebuscar encima de su mesa, aumentando el desorden, hasta que encontró lo que buscaba. El veterano médico se dedicó a leer una carta que tenía entre sus manos sin prestarles atención. La doctora decidió dejar su mente en blanco y miró sus propias manos, manchadas de eosina, un tinte rosa. A su lado, William estaba tan inmóvil como la escultura de Pasteur que había en el parque de enfrente.

—Esta carta —empezó Parker por fin— es de una colega española que trabaja en el laboratorio de Salud Pública de Sevilla. Nos conocimos en Alemania, en nuestra época de estudiantes —explicó con cierto aire soñador—. Me dice que en España la epidemia de gripe se está extendiendo con rapidez, el propio Rey ha estado muy enfermo, y a mi colega le llama la atención que parece ser más grave que una gripe normal. —Los miró un momento—. Le he escrito pidiéndole más información con urgencia. En Europa han empezado a llamarla «gripe española» —se encogió de hombros—; parece que en ese país se habla mucho de la enfermedad, pero yo creo que es porque no están en guerra. En España no hay censura, así que nos interesa todo lo que ella pueda aportar. Quizá esa «fiebre de los tres días» no sea tan anodina como parecía. —En su rostro se acentuaron todas las arrugas mientras contemplaba la misiva.

—Doctor Parker, ¿conoce algo más sobre la situación en los campamentos

militares? —inquirió William.

—Lo mismo que la última vez que les hablé de ello. —Mostró un gesto de cansancio—. Muchos casos leves, algunos letales. El Cirujano General del Ejército ha vuelto a recomendar evitar el hacinamiento, pero sus normas no se están aplicando. En los campamentos no hay espacio y a los militares no les quita el sueño una *simple* gripe.

—Resulta preocupante no saber a qué atenerse con esta enfermedad —apuntó la doctora—. Suena tan contradictorio...

—¡Eso es, Elizabeth! —Parker golpeó la mesa con la mano plana y tiró un papel al suelo, que William recogió—. Eso es. Sabemos el peligro que corremos cuando hay epidemias de cólera, fiebre amarilla, tifus... Esta enfermedad parece leve, pero hay casos con síntomas que jamás habíamos visto en la gripe. No me gusta.

Elizabeth admiraba a su jefe y su intuición, lo que hizo que se sintiera más inquieta. Parker echó la silla hacia atrás y suspiró con cansancio.

—Doctores, quiero que lean todo lo que caiga en sus manos sobre este tema, que hablen con la oficina de Salud Pública, que sigan investigando las muestras que obtengan... Lo que se les ocurra. —Se los quedó mirando en silencio, y Elizabeth entendió que ya había terminado.

—¿Podemos retirarnos?

—Sí, pueden. Siento cargarles con más trabajo, pero confío en sus capacidades.

William abrió la puerta cortésmente para que pasara Elizabeth. Cuando ella estaba en el umbral evitando mirarle, Parker volvió a hablar:

—Las epidemias de gripe se agravan con el clima frío. Esperemos que no sea así, pero tenemos que estar preparados.

Ambos volvieron a asentir y salieron. El eco de las últimas palabras de Parker socavaba su ánimo. Elizabeth deseó con todas sus fuerzas estar sola con William para que la abrazara, pero aquel día ni siquiera tenía el consuelo de que la acompañara a su casa, ya que ella tenía guardia.

Cuando horas más tarde salió del comedor del personal, Penny la llamó desde el pasillo que llevaba a la sala de urgencias.

—Elizabeth, me gustaría que visitaras a un paciente que tengo en la zona de aislamiento.

—¿Se trata del niño de la escarlatina? ¿Está peor?

—Se encuentra mejor —afirmó su amiga—. Está con menos fiebre, y ha tomado un poco de leche fría. Pero no se trata de él. Es que tengo que irme

ya, y la enfermera que trabaja en el turno de noche es nueva. Me gustaría que vigilaras a algunos pacientes, pero sobre todo a uno en concreto.

—De acuerdo. —La doctora asintió, acompañándola en su camino—. Iré pasando cuando me den un respiro en urgencias. ¿Por qué te preocupa tanto? ¿Si está tan mal no deberías decírselo al médico que lleva los ingresos? Quizá yo no pueda controlarlo como debería.

—No será necesario mucho tiempo. —Miró su reloj y apretó el paso—. Vamos, deprisa. Tenemos que verlo antes de que llegue mi relevo.

—Penny, estás muy rara —dijo, observando la mirada evasiva de su amiga—. ¿De qué va todo esto? ¿Qué tiene ese hombre?

—Nada grave. Es que... el paciente solo quiere que lo mires tú.

—¡Y qué más! —exclamó. Recorrían los pasillos en penumbra andando a paso veloz—. Me siento halagada, pero no se puede tolerar que un paciente elija médico por capricho.

Se dio cuenta de que Penny miraba a su alrededor antes de dirigirse a la última habitación que había en el ala de aislamiento, una tan escondida que apenas era usada; las enfermeras se habían quejado de que no podían vigilar adecuadamente a los pacientes ingresados allí.

—Eso se lo tendrás que decir tú misma —dijo, franqueándole el paso tras abrir la puerta.

—¿No había una habitación más escondida? —su boca se abrió al ver al supuesto paciente—. Ni siquiera escuchó la puerta cerrarse a sus espaldas.

Los ojos azules de William la miraban con una mezcla de anhelo y cautela. Debería amonestarles, a él y a Penny, pero solo encontró fuerzas para lanzarse en sus brazos sin pensar en nada más. No en aquel momento.

—Beth, cariño —suspiró él, estrechándola contra su pecho—. Ha sido un día muy largo, ¿verdad? —Ella apenas asintió con la cabeza. Estuvieron unos instantes abrazados hasta que él rompió el silencio—. ¿Quieres que hablemos?

Ella inspiró su aroma, embebiéndose de él y del calor de su cuerpo, como si llegara al hogar tras estar a la intemperie.

—¿Hablar? —dijo por fin—. Tenemos apenas unos minutos antes de que tenga que volver al trabajo. —Levantó la cara y lo miró, arqueando una ceja—. ¿Seguro que quieres hablar?

William sofocó una risa, pero de inmediato su mirada se encendió.

—Voy a darte algo en lo que pensar durante los pocos ratos libres que

tengas. Y cuando te vayas a la cama esta noche, acuérdate de esto y olvida todo lo demás.

Su voz hizo que Elizabeth se estremeciera, sus labios se apoderaron de su boca con suavidad, que se tornó en voracidad al responder ella al beso. La joven se aferró a sus hombros sintiendo que sus piernas temblaban. Las manos de él recorrieron su espalda mientras el beso se volvía más y más arrebatador. Su mente borró todo lo que no fuera él y lo viva que la hacía sentir. Y, de repente, el beso se tornó calmo, dulce como miel caliente, y Elizabeth sintió que aterrizaba con suavidad en la dura realidad.

Sin embargo, él tenía razón. Aquel momento iba a hacerle compañía durante las horas de trabajo que le quedaban. Le sonrió y él fue soltándola con movimientos lentos.

—Vete antes de que maldiga mi caballerosidad, Elizabeth Scott. Y por lo que más quieras, hazlo sin volver a sonreír o te perseguiré por el pasillo para volverte a arrastrar hasta aquí. Y hay una cama —la amenazó.

La joven le echó un último vistazo y salió rápida de la habitación, conteniendo una sonrisa y los latidos de su corazón.

—Doctora Scott, ¿puede venir un momento?

Elizabeth se giró y miró a Edith. Asintió, se disculpó con el paciente que estaba visitando y la siguió fuera de la sala.

—¿Qué sucede?

—Acaba de ingresar la esposa del doctor Lewis en el ala de maternidad.

Elizabeth asintió, sabía que la mujer de su compañero había salido de cuentas. Lo había oído conversar en la cafetería con un compañero, comentando que dar a luz en casa era una locura por la falta de asepsia y culpando a las comadronas de la elevada mortalidad maternal y neonatal. Ella se había mordido la lengua para no contestarle que la mortalidad era igual o mayor en los hospitales, donde muchos médicos atendían los partos con fórceps y cesáreas innecesarias. Pero claro, él no sabía esas cosas «de mujeres».

—Supongo que han traído a su propio médico.

—Sí, el doctor Herrick.

—Bien, entonces voy a seguir con lo mío. —Elizabeth miró a Edith, sin entender bien por qué le había contado aquello—. He de ir a ver al niño de la escarlatina.

—Elizabeth —Edith miró a ambos lados y bajó el tono de voz—, por favor, pasa a saludar a la mujer de Lewis. Solo te pido eso. Yo me encargo

del niño de la escarlatina. Lo de siempre, ¿no? Hielo picado para el dolor de garganta, calamina para el picor...

—Sí, y anota que mañana hay que avisar a la oficina de Salud Pública. Hay que poner su casa en cuarentena. Ahora dime qué pasa con la señora Lewis. ¿Por qué quieres que me entrometa si ya tienen un médico que les atiende? Sabes que Lewis y yo no somos precisamente amigos.

—No me gusta el doctor Herrick. Es muy famoso, pero una amiga mía estuvo a punto de morir en un parto que él atendía.

—Por desgracia, eso le puede pasar a cualquiera, Edith.

—Él la drogó —insistió la enfermera—. Le propuso un parto sin dolor y le dio escopolamina y morfina.

Elizabeth apretó los labios. Edith estaba hablando del «sueño crepuscular», un tipo de analgesia del parto muy de moda años antes, que había dejado de estarlo por sus complicaciones.

—Edith...

—La tuvieron que atar a la cama porque no paraba de gritar y retorcerse —la interrumpió la enfermera—. Estuvo así horas y horas, además era incapaz de empujar para dar a luz, por eso el doctor usó un fórceps para sacar al niño. La desgarró y perdió tanta sangre que hubo que hacerle una histerectomía... —La enfermera se detuvo y tragó saliva con dificultad.

Elizabeth suspiró, cerrando los párpados un momento.

—¿En qué habitación está la señora Lewis?

Tras presentarse en la habitación privada tuvo que soportar la incredulidad de Herrick al ver a una doctora en el Cook y la frialdad de Lewis. La señora Lewis la miró con curiosidad y le estrechó la mano. Se despidió lo más rápido que pudo y volvió al trabajo. Había cumplido con su amiga.

Más tarde, unos golpes en la puerta de su habitación la despertaron cuando acababa de dormirse. Maldijo en silencio, agotada.

—Voy, voy, un momento, Edith —gruñó hacia la puerta, que había vuelto a retumbar al ser aporreada. Se recogió el cabello con una cinta y se dirigió a abrir.

Para su sorpresa, no era Edith quien estaba frente a su puerta sino Joseph Lewis, más pálido que un cadáver. Elizabeth se quedó tan sorprendida al verlo que no acertó a decir nada.

—Doctora Scott, necesito su ayuda.

Ella reaccionó de inmediato, poniéndose la bata mientras salía del dormitorio. No sabía qué había pasado, pero tenía que ser grave para que él la

buscara.

—¿Está bien su mujer?

—No demasiado.

Lewis echó a andar sin mirar atrás y ella lo siguió casi a la carrera. El sonido de sus pasos resonaba fantasmal en los oscuros y vacíos pasillos del edificio, y sintió que un escalofrío le recorría el espinazo. Cerca ya del área de maternidad, él la miró.

—Tengo entendido que tiene experiencia en obstetricia.

Ella se limitó a asentir. No entendía que Herrick y Lewis se dignasen a pedirle ayuda.

—Herrick no está —explicó Lewis al notar su confusión—. Me vendió que este parto iba a ser algo de ensueño, pero está siendo más parecido a una pesadilla. Mary ha intentado agredirse y tirarse de la cama, y le he prohibido que la drogue más. —Lanzó un suspiro tembloroso y bajó la voz, pues se acercaban a la habitación—. Me ha contestado que si no podía seguir con su protocolo no se encargaría del parto, y se ha ido —explicó, lacónico.

Elizabeth agrandó los ojos.

—¿Ha hablado usted con el residente de obstetricia?

Lewis ralentizó el paso, sus hombros cayeron y su cabeza se inclinó hacia delante. Parecía haber encogido.

—Está muy liado y me ha mandado a hablar con usted —dijo—. También he llamado al obstetra de guardia a su casa, pero me ha dicho que él no podía acudir si el residente no lo llamaba. —La miró con tristeza.

Elizabeth sintió una oleada de simpatía por él. Era difícil conseguir que los médicos de la plantilla abandonaran su hogar de noche, con la excepción de especialistas entregados como Coleman.

—Entonces, soy su último recurso —dijo sin sarcasmo, ambos detenidos frente a frente ante la puerta de la habitación de la señora Lewis.

—No he acudido a usted solo por ser mi último recurso —murmuró su colega con un dejo de disculpa—. Mary me ha pedido que la atienda usted. Al principio de su embarazo quería acudir a una obstetra, pero yo la convencí de lo contrario. —Se encogió de hombros—. Dice que las doctoras comprenden mejor lo que es esto. Pero yo la convencí para elegir a Herrick por su prestigio —explicó.

Elizabeth guardó silencio mirando el rostro demacrado de su compañero.

—Mi esposa se ha alegrado cuando se ha marchado —continuó Lewis—. No soportaba que la explorara. —Se frotó la cara con ambas manos con gesto

cansado—. Créame, si llego a saber lo que era esto, no habría aceptado. —La miró de nuevo—. ¿Conoce usted la técnica del sueño crepuscular?

—La he visto algunas veces. Pero en el hospital donde me formé no eran partidarias de ella, y yo no voy a usarla.

Lewis la miró con disgusto.

—¡No se lo estoy pidiendo! Solo... haga lo que crea mejor. Vamos, por favor. Temo por ella y por el bebé.

Empujó la puerta con suavidad mientras Elizabeth tomaba aire, preparándose para lo que venía. Al entrar en la habitación la golpeó la visión de Mary Lewis demacrada, pálida y sudorosa, retorciéndose sobre su cama con los dientes apretados. Una enfermera con expresión tensa le pasaba una esponja por la frente.

—Señora Lewis... Mary, soy la doctora Scott —susurró situándose al lado de la cama.

La joven abrió los ojos y la miró. Elizabeth luchó por aparentar serenidad frente al pavor que reflejaban los ojos de la parturienta.

—No puedo más —susurró Mary sin apenas voz.

Elizabeth frunció el ceño y miró a Lewis.

—¿Cuántas horas lleva de parto?

—Diez horas.

No eran muchas horas, pero Mary parecía a punto de desfallecer. Se preguntó si las drogas que le habían administrado no habrían agotado sus energías antes de tiempo.

—¿Me permite que la explore, Mary?

Para su sorpresa, la joven emitió un sonido afónico que se asemejaba a una risa.

—Ya era hora de que alguien me pidiera permiso.

La doctora esperó a que cesara una dolorosa contracción mientras se colocaba unos guantes, y procedió a levantar el camisón de la mujer. Tras un momento de cuidadosa exploración la sorpresa se reflejó en su rostro.

—No me había dicho que el bebé venía de nalgas. —Miró a su compañero.

—Po... porque no es así. Viene de cabeza —farfulló Lewis, incrédulo.

—Compruébelo usted mismo. —Sin ninguna ceremonia le estiró la mano hasta el abdomen de su esposa—. Esto es la cabeza, ¿lo nota? En ocasiones pasa —explicó a la atemorizada parturienta—. El niño da una vuelta a última hora y se coloca en mala posición. Esto explica que usted no dilate como debería, sobre todo si es su... —Fue interrumpida cuando un siseo de dolor

se escapó entre los mortecinos labios de Mary. La mujer estaba agotada, apenas había dilatado y el bebé venía de nalgas. Mala combinación. Tomó una rápida decisión—. Hay que practicar una cesárea. Enfermera, administre oxígeno a la señora Lewis, por favor. —Sonrió a Mary, que parecía aliviada por la noticia, y salió de la habitación seguida de Lewis.

—¿Una cesárea? ¿Va a hacerla usted? —inquirió su compañero con desconfianza.

—Sí, yo. —Le dirigió una mirada de soslayo sin ralentizar el paso—. Y usted va a ayudarme.

—No está en su sano juicio.

—Aparte del residente de obstetricia, que está ocupado, por si no lo recuerda, soy la persona cercana con más experiencia sobre el tema —repuso con brusquedad—. Soy su última opción, ¿recuerda? ¿Prefiere que llame al residente de cirugía? ¿O a un estudiante? —Se plantó ante él con los brazos en jarras—. Pero decídase pronto, porque su hijo es muy grande y está atascado en el canal del parto.

Su colega parpadeó varias veces, abatido, y asintió con la cabeza. La siguió en silencio hacia la zona de los quirófanos. Cuando todo estuvo preparado, Elizabeth se acercó a su paciente, ignorando la tensión que se reflejaba en los rasgos de Lewis. Miró a Edith, que se había ofrecido para asistirle. Esta le dirigió una amistosa sonrisa antes de colocarse la mascarilla. Junto a ellas estaban el anestesista y una enfermera de quirófano.

—Señora Lewis —Elizabeth miró a la parturienta y trató de transmitirle la serenidad que ansiaba sentir—. Tenga confianza y respire con calma. Todo acabará rápido y pronto tendrá a su bebé en brazos.

—Confío en usted —murmuró Mary antes de cerrar los párpados.

Todo marchaba bien hasta que la doctora intentó sacar al bebé. El niño estaba atascado en el canal del parto y, si tiraba de él, corría el riesgo de provocar lesiones graves, o la muerte, a la madre o al niño. Miró a Lewis, que había mantenido el tipo durante toda la intervención, y vio que sus manos temblaban. Supo que ya no podía contar con su ayuda.

—Doctor Lewis, permítame ayudar a la doctora Scott. Si lo desea puede esperar fuera —dijo una voz conocida.

Una alta figura se situó frente a ella, y Elizabeth parpadeó sorprendida.

—Doctor Coleman, ¿qué hace aquí? —preguntó, bendiciendo en su interior al cirujano.

—He terminado tarde, y decidí quedarme a dormir aquí —explicó—. No

podía conciliar el sueño y he ido a visitar a un par de pacientes que me preocupaban. Entonces he escuchado que la señora Lewis estaba en el quirófano.

Elizabeth se sintió agradecida. Lewis reaccionó y se apartó a un lado. Se apoyó en una pared sin perder de vista el rostro de su esposa.

—Las nalgas se han encajado —informó Elizabeth.

—Dígame en qué puedo ayudar.

—Tal como está no puedo sacarlo —explicó—. Lo más seguro será que usted empuje desde abajo las nalgas del bebé para desencajarlo y devolverlo al útero. Entonces podré sacarlo por el abdomen.

Se escuchó una exclamación ahogada que venía de donde estaba el angustiado padre.

—Cuando usted diga, doctora —dijo Coleman sin inmutarse.

—Enfermera Wells —le dijo a su amiga—, por favor, prepare infundibulina¹¹ y téngala a mano.

Coleman la miró con curiosidad, pero no dijo nada. La infundibulina era un producto nuevo y había poca experiencia con sus efectos secundarios, pero salvaba vidas. Pasaron unos momentos angustiosos hasta que sacó al pequeño Lewis y, tras cortar el cordón umbilical, se lo pasó a Coleman. El pequeño cuerpo estaba inerte y de color azulado. El cirujano le dio varias palmadas en las nalgas sin éxito.

—Encárguese usted de él, doctora Scott. Yo no tengo mucha experiencia con recién nacidos. Terminaré la cesárea. —Coleman se movió con rapidez e intercambiaron papeles, pero la otra enfermera que había en el quirófano se adelantó para tomar al bebé de los brazos de Elizabeth.

—Démelo —dijo tendiendo los brazos—, voy a bañarlo en agua fría y caliente, es la mejor manera de reanimar a un niño —afirmó con autoridad.

Ignorándola, la doctora se llevó al bebé a una mesa que había cerca. No había ningún protocolo para reanimar a un recién nacido que no respiraba, y cada profesional hacía lo que creía mejor. Elizabeth escogió el método que había visto usar a su madre y a muchas comadronas en el hospital donde había sido interna. Insertó un pequeño tubo de caucho rígido que llevaba consigo en la tráquea del bebé, y sopló a través de él con cuidado.

—¿Qué hace? Le va a provocar una infección —clamó la indignada voz del padre—. O le romperá los pulmones.

—Yo ya tengo preparada el agua fría —insistió la enfermera.

—Ya la hemos oído, enfermera. Doctor Lewis, puede salir del quirófano si

así está más tranquilo —intervino Coleman.

La doctora prosiguió con lo que estaba haciendo, convencida de que la falta de respuesta del bebé era por las drogas que la madre había recibido, no porque le hubiera faltado oxígeno. Tras unos minutos, comprobó con alivio el color sonrosado de la piel del bebé, que incluso empezaba a moverse. Le quitó el tubo de la tráquea y tomó ella misma una gran bocanada de aire, como si hubiera estado sin respirar todo ese tiempo.

—Tómelo, doctor Lewis. —El bebé empezaba a gemir—. A lo mejor ahora sí que le va bien lo del agua, o cualquier cosa que lo haga llorar fuerte.

Su colega tomó al bebé en sus brazos con una extraña expresión, mezcla de miedo, agotamiento y felicidad.

—La tensión está bajando mucho. —La voz del anestesista rasgó el silencio, y la sonrisa se congeló en el gesto de los presentes.

—Edith, administra la infundibulina. —Elizabeth vio un charco de sangre entre las piernas de Mary y, por primera vez en su vida profesional, profirió una maldición en un quirófano—: ¡Mierda! El útero no se ha contraído.

—Doctor Lewis —dijo Coleman con voz que no admitía réplica—. Salga de aquí y encárguese de su hijo. Ahora.

El aludido titubeó, miró su valiosa carga y desapareció por la puerta.

—La tensión sigue bajando —intervino la enfermera.

—Inyéctala toda, Edith —susurró la doctora—. La perdemos.

Elizabeth abrió la puerta de la habitación de Lewis con cuidado. El alba despuntaba y la tenue luz penetraba en la aséptica estancia del hospital, alejando las sombras de su interior. Esperó unos instantes hasta que sus ojos se acostumbraron a la penumbra y soltó un jadeo: su compañero estaba sentado en una butaca con su hijo en brazos, aferrándose al pequeño como si de alguna forma fuera el bebé quien cuidaba de él.

—Su esposa está bien —susurró ella.

Lewis la miró y su expresión sufrió una transfiguración, pasando de la angustia al alivio. Unas lágrimas recorrieron su cara y Elizabeth se quedó quieta en su lugar, incómoda. Al final, se acercó a él y extendió las manos.

—Permítame. No ha dejado a su hijo en el nido —comentó en voz baja cuando Lewis le cedió su preciada carga. El pequeño dormía pacíficamente.

—No quería perderlo de vista. ¿Quién va a vigilarlo mejor que yo? No podía... —su expresión se volvió ausente— perderlo a él también.

Elizabeth asintió con la cabeza.

—Lo comprendo. Voy a comprobar que todo esté bien con su bebé — explicó mientras colocaba al pequeño con cuidado sobre la cama. No podía mirar a Lewis en aquel momento. Era algo demasiado... íntimo—. ¿Quiere ir a ver a su esposa?

—¿Está ya despierta?

—Todavía no. Pero vaya si lo desea. Yo puedo quedarme con su pequeño hasta que vuelva.

Al notar que no se movía, lo miró. Lewis pareció reaccionar y se levantó con dificultad, como si fuera un anciano. La contempló con una expresión que jamás le había visto: afecto.

—Debe de estar usted agotada.

—No tanto como usted. No se preocupe. Yo cuidaré del pequeño... ¿Tiene nombre?

—Edward, como mi padre.

—Edward. Un nombre precioso. —Sonrió.

Lewis se encaminó hacia la puerta, y se giró como si le fuera a decir algo, pero pareció pensarlo mejor y siguió adelante.

—Un «gracias» no habría estado mal, pero qué le vamos a hacer. Tu papá es así —susurró Elizabeth al pequeño Edward.

Capítulo 23

La quietud de la cafetería del hospital atestiguaba la temprana hora. William miró a su alrededor, buscando la morena cabeza de Elizabeth, y al no encontrarla se esforzó por esconder su decepción. Había llegado antes para desayunar con ella, con la excusa —bastante creíble, en su opinión— de que tenía que controlar unos cultivos en el laboratorio. No era la primera vez que lo hacía, pero sí era la primera que llegaba antes por verla a *ella*... Caviló si estaría atendiendo a algún paciente madrugador o durmiendo todavía tras una mala noche. Se dirigió hacia la zona de urgencias, pero solo vio a un interno. ¿Y si estaba en el laboratorio? Caminó distraído por el amplio pasillo que comunicaba con el vestíbulo principal del hospital hasta que una voz lo detuvo en seco. Sorprendido, se giró y vio a Elizabeth conversando muy animada con el jefe de cirugía, ambos vestidos con ropa de calle. Parecía que acababan de llegar.

Profundamente disgustado, se alejó en dirección contraria sin volver a mirar hacia atrás. Más tarde supo que Elizabeth y Coleman habían ayudado a nacer al hijo de Lewis, salvando las vidas del bebé y de la madre. Sin embargo, el malestar seguía ahí, agarrotándole los músculos. No consiguió despegarse la desagradable sensación ni siquiera tras haberse acercado a la habitación de los Lewis a darles la enhorabuena. La jornada transcurrió con una nube gris oscureciendo su corazón; cuando terminó fue un gran alivio ponerse el sombrero y salir. Aspiró el aire primaveral y se sintió algo mejor.

—Hola.

La cálida voz femenina hizo que su irritación se esfumara. Se giró y se la quedó mirando, embobado. A pesar de sus ojeras estaba preciosa. Tuvo ganas de besarla hasta dejarla sin aliento, acompañarla a su casa y cuidar de ella hasta que se durmiera, a poder ser en sus brazos. Aún le sorprendía la intensidad de las emociones que aquella mujer le provocaba.

—Hola, Beth. —Echaron a andar con calma—. ¿Cómo te encuentras?

—Muy cansada, pero feliz.

—Ya he oído lo del hijo de Lewis. Te felicito.

—No fui yo sola. Coleman me ayudó —dijo con alegría.

Aquellas palabras reavivaron su irritación.

—Imagino que sí —repuso, mordiéndose la lengua para evitar un

comentario desagradable.

—¿Sucede algo?

Él negó con la cabeza.

—Nada. Cuéntame cómo fue —pidió con suavidad—. Tenía entendido que Lewis tenía un obstetra privado.

Escuchó con atención mientras ella le explicaba lo acontecido durante la larga noche.

—Lo mejor ha sido ver la cara de Mary Lewis hoy —terminó Elizabeth—. He ido a visitarla antes de salir y parece una mujer distinta. Y ella sí me ha dado las gracias. —Frunció el ceño—. Sé que he cumplido con mi obligación, pero me habría gustado que lo de esta noche sirviera para acortar un poco la distancia entre Lewis y yo.

—Ha vivido en carne propia que eres una doctora capaz, cariño. Quizá eso aumente sus celos.

—¿Tú crees?

—Es una posibilidad. —Se encogió de hombros.

—En fin, por lo menos tengo el aprecio de su esposa. No me esperaba que fuera tan encantadora con ese marido que tiene.

William soltó una carcajada.

—Beth, Lewis no es mal tipo. Ya te lo dije, su problema contigo es que teme que te den a ti el futuro puesto en el laboratorio. Tú puedes hacer algo que él no, y es pasar horas y horas en el hospital. Para él es muy importante su familia.

—No lo había pensado de esa forma. —Hizo una mueca—. Hay hombres que apenas pasan tiempo en casa si pueden evitarlo.

—Lewis no es de esos. Es un buen marido, y creo que será un buen padre.

—Ya me cae un poco mejor, pero... no voy a renunciar a competir por ese puesto. Es importante para mí.

—¿Ese es tu objetivo cuando termine este año?

Ella soltó un sonoro suspiro.

—Sí. ¿A ti te importa? También compito contra ti, se supone.

Él sonrió.

—Creo que tengo claro cuál será la elección de Parker, Beth. —Se encogió de hombros—. Hay otras salidas, me habría gustado el puesto, pero no es mi sueño —dijo mirando hacia ella.

—También quiero hacer otra cosa cuando termine. —Lo miró con ojos brillantes—. Quiero estar contigo.

William cerró los párpados con fuerza un momento.

—No me digas esas cosas cuando vamos por la calle, o nos detendrán por escándalo público.

—Es difícil.

—¿Que nos detengan por escándalo público? En absoluto. Se me ocurren un par de cosas que...

—No, tonto. —Rio y de repente se puso serio—. Es difícil disimular siempre. Por lo menos para mí. Fue horrible ayer en el despacho de Parker.

—También lo fue para mí. Cuento los días que nos quedan para dejar de escondernos.

Caminaron en silencio, disfrutando de la mutua compañía. Conforme se acercaban a su destino, William se sintió abatido. Todo el día esperando aquel momento y apenas duraba.

—Por lo menos tenemos estos minutos para estar juntos. —En vez de calmarlo, aquel comentario lo irritó. Él jamás tenía suficiente, pero parecía que a ella le bastaba con esas migajas—. Espero que Parker siga castigándote con la obligación de acompañarme.

—Me da la sensación de que Parker ya no me castiga —dijo él, tratando de contener su mal humor—. ¿Recuerdas lo que dijo ayer? Somos un equipo y confía en nosotros.

—Es cierto. De todas formas, no creo que nadie en el laboratorio quiera semejante honor. —Él no contestó, pero su gesto se volvió taciturno—. Will, has estado extraño todo el día. ¿Sucede algo?

—A demasiados les gustaría acompañarte a casa, Beth. —Sintió que los celos se apoderaban de sus palabras, desenroscándose como una serpiente a punto de morder—. Se les escapan comentarios sobre lo bonita que eres, pero desde mi pelea con Lewis ninguno se atreve a decir groserías en mi presencia. Y, aun así, estoy pensando en alguien en particular que te acompañaría... hasta donde tú le dejaras.

Ella lo miró boquiabierta.

—¿Te refieres a Coleman? —Él frunció el ceño y apretó los dientes—. ¿Estás celoso del jefe de cirugía?

—¿Celoso? Le habría dado un puñetazo en su cara de niño bonito cuando he visto cómo te miraba. Debería darle vergüenza, te lleva diez años y es uno de tus jefes, por amor de Dios.

—¡William! —exclamó ella, escandalizada—. No tienes ningún motivo para estar celoso de Coleman.

Él apretó los puños, todo su buen humor se había esfumado.

—Con lo preocupada que estás por lo que dirá la gente, ¿no temes que en el hospital alguien crea que quieres trepar gracias a su interés por ti, como insinuó Lewis?

—¿Qué interés?! —exclamó ella, incrédula—. ¿Se puede saber de qué estás hablando?

Había conseguido reprimir aquellos lacerantes celos, pero la inocencia de ella lo había sacado de quicio.

—Beth, lo siento. Solo recuerda cómo te sentiste tú el día que Eva se presentó en el laboratorio y creíste que coqueteaba con ella.

—No lo creí. Coqueteabas con ella —espetó sin mirarlo.

Cielos. Lo iba estropeando por momentos.

—No coqueteaba. O no era consciente de ello. —Decidió no discutir.

Parecía que la nube negra que había flotado sobre él todo el día estaba descargando una tormenta sobre los dos. Ya habían llegado al portal de la joven, y esta se apartó bruscamente.

—Que pases una buena noche, William.

Sin mirar atrás, echó a andar hacia el interior del edificio. El médico tardó unos instantes en reaccionar y la siguió.

—¡Elizabeth, espera! —dijo al ver que subía a toda prisa las escaleras.

No le hizo caso. William corrió tras ella y la detuvo, sujetándola por la cintura cuando entraba en su casa.

—Maldición, mujer, no sé cómo puedes ir tan rápida con esas faldas. Si llevaras pantalones podrías ganar las olimpiadas —gruñó.

—¡Suéltame, patán! —Se removi6 con fuerza.

—Solo cuando te calmes.

Ella se quedó quieta y él aflojó su abrazo. Entonces le pisó el pie con fuerza y William la soltó, conteniendo un juramento mientras ella le cerraba la puerta en las narices. Respiró varias veces para calmarse. El pie le dolía y el orgullo también, para qué negarlo. Aquella mujer tenía un carácter del demonio, pero tenía que reconocer que era parte de su encanto. La amaba, la deseaba y, si era necesario, se disculparía de nuevo.

—Beth, por favor. Lo siento. —No hubo respuesta—. He sido un patán, tienes razón. Déjame decírtelo a la cara.

Esperó un momento y contuvo a duras penas el incipiente enfado y las ganas de aporrear la puerta, le importaba un comino lo que dijeran los vecinos. Pasaron unos minutos y el silencio fue su única respuesta.

—Está bien. Nos veremos mañana. Buenas noches —le dijo a la puerta cerrada.

Se apartó a un lado y solo tuvo que esperar un poco hasta que la puerta se abrió y ella asomó por el quicio.

—¿Me echabas de menos? —dijo sorprendiéndola.

—Eres un engreído —bufó.

—Llámame lo que quieras, pero eres tan capaz como yo de dejar esto así. —Se plantó ante ella cruzado de brazos.

Elizabeth suspiró largamente y se apartó del umbral.

—Está bien. Pasa.

William entró cojeando.

—Cariño, ¿te he hecho daño? —Elizabeth cerró la puerta tras de sí y le tomó de la mano. De su rostro había desaparecido todo rastro de malhumor —. Ven a la cocina y quítate el zapato, te pondré algo de pomada. Lo siento, Will. De veras no quería hacerte daño.

—Dios me proteja de tu ira si decides hacérmelo. Aunque si es el truco para que me llames cariño y empezar a desnudarme, te dejo que la próxima vez me des un poco más arriba, ¡pero no demasiado! —exclamó con cara de pavor.

Ella empezó a reírse a pesar de sus esfuerzos por evitarlo.

—William Foster, no eres nada serio.

—Y tú lo eres demasiado. Somos una pareja perfecta. —La tomó por la cintura y la acercó a él.

—Seguro que ni siquiera te duele. —Lo miró arqueando una ceja acusadora e intentó apartarlo sin mucho convencimiento.

—Por supuesto que me duele. Solo he exagerado un poquito. Deberías avergonzarte de emplear la violencia —dijo en voz baja, rozando los labios femeninos con los suyos. Contuvo una sonrisa victoriosa al ver que ella entreabría los suyos—. *Primum non nocere*¹² —murmuró separando su boca de la de ella. Un brillo peligroso en los ojos verdes le indicó que estaba jugando con fuego.

—No cites a Hipócrates. Lo de no hacer daño se refiere a los pacientes, no a hombres que se comportan como tarugos.

—¿Me acabas de llamar tarugo?

—¿Prefieres mentecato? ¿O zoquete?

Él entornó los párpados. Aquella mujer era exasperante y deseable a partes iguales. En aquel momento todavía estaba decidiendo qué parte le importaba

más. Cuando ella sonrió, volvió su atención hacia aquella boca de labios suaves, rosados, y la vio entreabrirse de nuevo como una flor. Estaba decidido.

—Ya te he pedido disculpas. Ahora voy a conseguir las tuyas.

Sin mediar más palabras la abrazó con fuerza, sus bocas se fundieron en una sola, sus cuerpos se amoldaron y desapareció cualquier rastro de rencor, sustituido por la dulzura y el fuego del mutuo deseo.

Al cabo de unos minutos estaban en el sofá del comedor y William repartía besos suaves por el rostro de la joven.

—No quería hacerte daño. Pero sí llamarte zoquete —murmuró ella.

—Está bien. Me lo merezco. —Suspiró, dejó de besarla para mirarla a los ojos y tomó su cara entre sus manos—. No debería haber hecho esos comentarios sobre Coleman. Sé que no debería tener celos, pero has salido a la calle a desayunar con él, y a mí me apartas en público porque la gente puede pensar mal. ¿Acaso no te importa lo que digan en su caso?

—¡No! ¡Porque en su caso no sería verdad, y cualquiera que tenga ojos en la cara puede verlo! En cambio, a ti apenas puedo mirarte sin que se note lo que siento por ti.

Aquellas palabras se llevaron de forma definitiva cualquier malestar que él pudiera sentir.

—Está bien, amor —dijo, y la besó con ternura.

Los besos se sucedieron, dulces, apasionados, ardientes, suaves, acompañados de tímidas y recatadas caricias, hasta que William decidió que la tentación era superior a sus fuerzas.

—Eres deliciosa. Deberíamos haber estado haciendo esto todo el rato, no perdiendo el tiempo en tontas discusiones. —Emitió un quejido suave—. Debo irme. No es prudente que me quede aquí más tiempo. —Le acarició la mejilla y ella cerró los párpados.

—Tienes razón —susurró.

Ambos se pusieron de pie en silencio, mirándose a los ojos. El aire parecía más denso a su alrededor, como si los atrapara en una prisión de la que no querían salir. William hizo acopio de toda su fuerza de voluntad y se apartó de ella con cierta brusquedad. Ya en la puerta, la voz suave de Elizabeth hizo que se detuviera.

—También tienes razón en lo de desayunar con Coleman. No debería haberle dicho que sí, pero después de una noche tan larga... necesitaba aire fresco. No volverá a suceder.

Sintió que ella se aproximaba a él. Escuchó el frufrú de la falda, el sonido de su respiración, y aspiró el aroma a rosas. El joven aferró con fuerza el tirador de la puerta y contuvo el aliento con todo el cuerpo en tensión. Deseó quedarse con ella toda la noche, hacerla suya con tanta intensidad que lo dejó sin respiración. Casi podía sentir el tacto de sus pechos desnudos bajo sus dedos, el sabor de su piel y el sonido de sus gemidos. Quería que fuera su esposa y poder gritarlo a los cuatro vientos.

Pero aquello no iba a poder ser hasta pasado mucho tiempo.

Abrió la puerta con brusquedad.

—Es mejor que me vaya. Hasta mañana, Beth.

*

Elizabeth se quedó mirando a la puerta cerrada con el ceño fruncido y abrazándose a sí misma.

«¿Qué mosca le habrá picado?»

Decidió no pensar más en la brusca despedida de William, se sentía agotada. Penny todavía tardaría en llegar, lo mejor sería preparar una cena ligera y acostarse.

El sonido del timbre la sorprendió poniendo la mesa. Su corazón empezó a latir acelerado. Quizá William volvía para explicarle por qué se había ido de aquella manera.

Pero no era él quien estaba plantado en su rellano cuando abrió.

—Buenas noches, doctora Scott.

—Hola, doctor Lewis. ¿Cómo ha sabido dónde vivo?

—He preguntado —dijo sin más.

El pánico invadió a Elizabeth. ¿Y si había visto a William saliendo de su casa? Su mente empezó a funcionar frenética, intentando recordar cuánto tiempo había pasado desde que este se había ido.

—¿He venido en mal momento?

—No, no. Disculpe. Iba a cenar algo ligero. ¿Quiere acompañarme? —Se apartó, franqueando el paso a su colega.

—Gracias. No se preocupe, ya he cenado algo en el hospital.

La figura de su compañero parecía fuera de lugar en el recibidor de su casa. Elizabeth le echó un vistazo rápido intentando dilucidar el objeto de su visita, pero no fue capaz.

—Acompáñeme, doctor Lewis.

Una vez acomodados en el sofá, uno en cada punta, la doctora se esforzó por evitar los recuerdos de las caricias y los besos de William.

—No se preocupe, seré breve —dijo, inclinándose hacia delante con las manos entrelazadas—. Debe de estar muy cansada, y yo también necesito retirarme. Pero no quería hacerlo antes de hablar con usted. —Su cara adoptó un rictus amargo—. Esta noche ha sido la más horrible de mi vida. Usted vio a Mary ya despierta, no la vio removerse inquieta en la cama, como si sufriera un gran dolor, sin responder cuando le hablaba. —Se frotó la cara, y miró a su compañera—. Herrick dijo que a veces pasaba, hizo atenuar la luz y ponerle una venda en los ojos a mi esposa, además de barrotes en la cama. Fue... muy desagradable. Aun así, casi convulsionaba, y cuando se intentó lesionar a sí misma le pusieron una especie de camisa de fuerza.

—Debió de ser horrible —murmuró Elizabeth.

Lewis la miró y parpadeó, como si de pronto fuera consciente de su presencia.

—Yo... he venido a su casa porque le debía una explicación. Creo que ha demostrado ser una buena profesional. Probablemente lleva tiempo demostrándolo, pero yo no he querido verlo. Perdóneme —dijo en voz baja—. Y muchas gracias.

Elizabeth dejó caer su mandíbula. No sabía si al día siguiente, como alguien que despierta de una borrachera, Lewis volvería a ser el mismo compañero malcarado, pero decidió que le daba igual.

—No importa, doctor Lewis. —Le sonrió y él la miró sin pestañear.

—No me entienda mal, doctora. No podemos ser amigos —aseveró—. Soy competitivo, y mi futuro es lo primero, como mi familia.

Ella torció la boca.

—Bien. —Entornó los párpados deseando leer la mente de Lewis, pero este pareció dar la conversación por finalizada y se levantó.

—No quiero abusar más de su hospitalidad. —Sonrió y se dirigió hacia la puerta. Ella le siguió.

Antes de salir, Lewis se volvió y la miró.

—He venido a darle las gracias porque lo merece y porque me siento en deuda con usted. Pero supongo que no necesito recordarle que debe ser prudente. No todo el mundo es tan corto de vista como Parker.

La joven notó que la sangre huía de su rostro. Debería preguntarle a qué se refería, pero sintió que era mejor no hacerlo.

—Siempre lo soy —dijo con un hilo de voz. Tras despedirse, cerró la puerta a sus espaldas.

El eco de las palabras de Lewis la persiguió hasta mucho después.

*

—Lewis lo sabe.

Acababan de salir del hospital y William estaba a punto de preguntarle qué mosca le había picado. Había estado todo el santo día evitando su mirada.

—¿El qué?

Elizabeth lo miró de soslayo.

—Te vio salir de mi casa ayer tarde, estoy segura.

Él suspiró mirando al frente. Uno de los peores temores de la joven se había hecho realidad.

—No hay nada malo en que te acompañe hasta tu piso. Podría ser que tuvieras que darme algo, o que yo tuviera que... —se detuvo al darse cuenta de que todo sonaba a excusa barata—. Ni siquiera él sería tan ruin como para acusarte de nada por haberme visto, y menos después de lo que has hecho.

—William, me dijo que debía ser prudente, y que no todo el mundo es tan corto de vista como Parker. ¿Cómo interpretas eso?

—Puede ser competitivo, pero no va a acusarte —insistió él.

—¡Aunque no lo haga! Si él se ha dado cuenta, cualquier otro puede hacerlo. Alguien que no me deba un favor, alguien que vaya encantado al despacho de Brown a soltarle que estamos juntos.

William cerró los párpados un momento. Por eso ella había estado distante todo el día. Miró al cielo azul primaveral antes de volver a dirigirse a ella.

—Creía que ya habíamos superado eso. Solo debemos tener cuidado.

—No podemos tener cuidado, Will. Cuando estamos juntos es... —ella gesticuló con las manos— es una especie de reacción química. No se puede evitar. La única manera de que el agua no sea salada es no echarle sal. Si se la echas, no lo podrás evitar.

Él frunció el ceño entre divertido y desconcertado.

—¿Y quién es la sal y quién el agua en nuestra relación?

Ella apretó los labios para esconder una sonrisa y se forzó a mantenerse seria.

—Will... No bromees con esto.

—Eres tú quien habla de agua y sal. —Empezaba a desesperar porque sabía lo que venía y quería evitarlo—. Yo hablo de dos personas que se quieren.

—Estamos en junio, nos quedan menos de siete meses. Si lo nuestro es importante seguiremos queriendo estar juntos a final de año.

Él exhaló lentamente.

—No dudo de que eso pase. Pero, mientras tanto, será un tormento.

Ella tragó saliva y bajó la cabeza, mirando las puntas de sus zapatos mientras caminaba.

—¿Sucede algo más?

—Creo que no deberías acompañarme más a casa. Será más fácil así.

Esta vez el suspiro de William sonó más como un bufido.

—Tendrás que hablar con Parker. Fue él quien me colocó aquí, ¿recuerdas?

—Ya lo he hecho.

Él la miró, indignado.

—¿De eso hablabais cuando estabas en su despacho esta tarde?

—De eso, y de algo más. El paciente que me amenazó está en la cárcel.

—¿Cómo?

—Parece ser que su futuro suegro se enteró de que padecía sífilis porque tiene un contacto en el ejército. —Negó con la cabeza—. Hay gente que no respeta el secreto médico. Aunque en este caso no puedo estar en desacuerdo, yo misma me planteé romperlo. —Miró a William, que la escuchaba con atención—. Al parecer, el enfermo quiso volver a contactar con su exnovia y tuvo una fuerte discusión con el padre de ella. Tanto, que llegaron a las manos. Ahora a él van a obligarlo a recibir tratamiento.

—Todavía no es legal hacer eso.

—Ya lo están aplicando y los jueces hacen la vista gorda. También he hablado con Parker sobre ese tema. Informaré a todos los pacientes de que no les garantizo confidencialidad y de que están obligados a recibir tratamiento.

—Será el fin de tu consulta.

—Supongo que sí. Ya veremos. —Soltó el aliento lentamente—. Guardaré los datos de los pacientes durante un tiempo y más adelante los destruiré.

Cuando terminó de hablar hubo un denso silencio. William sentía que si abandonaban el campo profesional se adentrarían de nuevo en temas personales y discutirían. Confiaba en que, pasados unos días, a Elizabeth se le olvidaría la aprensión que sentía y volvería a dejarse llevar por sus sentimientos. Si eran tan fuertes como los suyos, no tendría que esperar mucho tiempo.

Cuando se despidieron en la puerta del edificio la miró con anhelo imposible de contener. Ella le devolvió la mirada y al instante siguiente su gesto se volvió rígido, como la máscara de profesional que aún usaba en el hospital. Después de despedirse se perdió escaleras arriba. William se quedó

mirando el espacio vacío donde un minuto antes había estado ella, perdido en pensamientos sombríos y sueños imposibles.

La semana transcurrió tan lenta que habría jurado que se había mudado a otro planeta donde los minutos duraban mucho más, los días se eternizaban y las noches eran insufribles. Una mañana, a media semana, la esposa de Lewis entró en el laboratorio con el pequeño Edward en brazos. Tras saludar a su marido, se acercó a Elizabeth y se puso a charlar con ella. Su esposo permanecía a su lado, tieso como si se hubiera tragado un palo de escoba, mientras las dos mujeres intercambiaban sonrisas y palabras cordiales. Elizabeth había tomado en brazos al bebé, y a William se le habían vuelto las piernas de gelatina al ver su rostro, iluminado como si el pequeño fuera una bombilla envuelta en encajes. Ella había levantado los ojos y sus miradas se habían cruzado un solo instante, suficiente para implantar en lo más profundo de su alma un anhelo que no había sentido antes. Habría jurado que ella se sentía igual y se moría por saberlo, pero no podía.

Era desesperante estar tan cerca y tan lejos.

Una noche, tumbado boca arriba en la cama, pensó por enésima vez si ella se sentiría igual de miserable que él. Tapándose los ojos con el antebrazo, pensó en cuánto la echaba de menos, y en si sería capaz de aguantar hasta diciembre así. Se dio la vuelta en la cama hasta colocarse de lado y clavó la mirada en la escasa luz que procedía de la ventana. No podía dormir. Por su mente pasaron ideas descabelladas, entre ellas la de irse del hospital, o buscar una buena chica con la que tener una relación normal.

¿A quién quería engañar? Él no quería una relación normal. Quería una relación con *ella*. Debía armarse de paciencia, peor lo pasaban los soldados que marchaban a Europa y dejaban a sus novias en el país. Pero... ¿qué haría si era a él a quien llamaban?

A mediados de mes la rutina habitual de sus vidas se vio truncada por la irrupción de un par de desconocidos en el laboratorio. Iban acompañados del doctor Stevens, que mantenía su gesto neutral mientras se acercaban a Elizabeth.

—Doctora Scott, este es el inspector de policía Templeton, y este el oficial de Salud Pública Abbott. Quieren hablar con usted.

Todas las cabezas se levantaron para curiosear cuando la joven salió acompañada por aquellos hombres. William sintió una opresión en el pecho.

¿Qué sucedía? Miró su reloj de pulsera, inquieto, y decidió que, si Elizabeth no volvía pronto, iría a preguntar a Parker. Al fin y al cabo, eran colegas, era normal preocuparse, ¿no?

Tras varias consultas a su reloj se levantó bruscamente de su taburete, volcando uno de los tintes sobre su bata y sus pantalones.

—Mierda —masculló en voz baja. Se limpió lo que pudo y acudió al despacho de Parker.

—Pase —dijo la voz de su jefe tras la puerta.

—Doctor Parker, ¿sabe qué sucede con la doctora Scott?

La cabeza calva de Parker se irguió y se lo quedó mirando, confuso.

—¿Es que sucede algo?

—¿No lo sabe? La policía y un agente de Salud Pública han venido a por ella hace una hora. Pensé que usted sabría por qué.

Parker se levantó de su silla casi tan rápido como él mismo. Sin decir nada más salió del laboratorio, dejando a William más frustrado todavía. Estuvo consultando el reloj tantas veces que le pareció que se le había parado y le dio cuerda. No quedaba nadie cuando Parker volvió. Su rostro mostraba señales de preocupación y cuando lo miró pareció sorprendido de encontrarlo allí. William esperó en silencio, mordiéndose la lengua para no gritarle que le diera explicaciones.

—Se la ha llevado la policía. Está en la comisaría del distrito.

—¿Qué? —Esta vez tiró el taburete al levantarse, pero no se detuvo a recogerlo. En un instante estaba delante de Parker—. ¿Cómo ha dicho?

El veterano médico lo miró fijamente.

—Le han pedido que entregue los datos de sus pacientes de la consulta de venéreas a la oficina municipal de Salud Pública. Por supuesto, se ha negado.

—¿Es eso legal? ¿Detenerla por algo así?

—No, pero tampoco ilegal. La podrían retener por tiempo indefinido hasta que se solucionara todo, y tal como van las cosas oficiales podrían ser días. —Parker se recolocó las gafas, gesto que siempre hacía cuando estaba preocupado—. En tiempos de guerra, ciertas cosas se producen y se toleran con más facilidad... ¿Adónde va?

Ya bastaba de charla, estaban perdiendo un tiempo precioso. Recogió sus cosas, se detuvo para hacer un par de llamadas antes de salir del hospital y fue corriendo hacia el lugar donde tenía aparcado su automóvil.

Capítulo 24

La palidez que mostraba el rostro de Elizabeth hizo que William quisiera pegar a alguien. Sentada en aquel frío despacho policial, acompañada del carcamal oficial de Salud Pública, parecía la imagen del desamparo. Pero, si se la miraba dos veces, uno se daba cuenta de la forma en que apretaba su mandíbula, el rictus tozudo de su boca y la rigidez de su espalda. No estaba derrotada.

—Doctora Scott —la llamó con suavidad, pues aún no lo había visto.

—Will... doctor Foster —susurró ella dirigiéndole una mirada sorprendida.

Una vez estuvo frente a ella le tendió su abrigo.

—Vámonos, su fianza está pagada. —Vio que la joven se sonrojaba.

—No era necesario, doctor. Puedo salir de aquí sin que me preste dinero, cuando las cosas se solucionen —dijo con voz temblorosa.

William no sabía si zarandearla por su estúpido orgullo o abrazarla por lo asustada que parecía.

—No es mi dinero, es de la señora Stanley —explicó—. Su automóvil está fuera, esperando para llevarla a su casa. Yo he venido aquí con mi abogado para intentar solucionar esto.

Vio que ella asentía en silencio y se levantaba. Se puso el abrigo con la ayuda de William; al hacerlo, él le acarició el cuello con la yema de los dedos y notó que se estremecía. El funcionario se puso en pie y los miró con gesto aburrido.

—Imagino que mi presencia aquí ya no es necesaria —dijo con voz monocorde, y se retiró, dejándolos solos.

Elizabeth se colocó el sombrero que le tendía William y se apretó su abrigo.

—¿Dónde tienes el libro con los datos personales de los pacientes? —inquirió él en voz baja.

Lo miró pestañeando.

—¿Por qué quieres saberlo?

—Para destruirlo.

—¡Te podrían detener a ti también si haces eso! —masculló entre dientes.

—Escucha —la tomó por los hombros—, a mí también me puede salpicar

el asunto. Yo hago la mitad de las pruebas que necesita tu consulta, ¿recuerdas? Es lo que le he explicado a la señora Stanley. —Esperó un momento para asegurarse de que ella asimilaba lo que le decía—. He hablado con mi abogado y de ninguna manera te pueden encarcelar por esto ahora. Pero, con el proyecto de ley que se está gestando, lo harán. Hay que destruir toda esa información, ya.

Ella asintió, esta vez con lágrimas en los ojos. William se preocupó aún más al ver que ni siquiera intentaba discutir con él, no pudo soportarlo y la estrechó entre sus brazos. Le besó la coronilla, respirando su aroma. Al sentir que ella le rodeaba la cintura desapareció la opresión que durante tantos días se había instalado en su pecho.

—Me encargaré de averiguar quién está detrás de esto, Beth. Te lo prometo. Y como sea Stevens, o Lewis, va a pagarlo. No sé cuándo ni cómo, pero lo hará.

Elizabeth no contestó. La acompañó a la calle, donde esperaba la señora Stanley dentro de su automóvil. La viuda abrió la puerta en cuanto la vio, y salió a buscarla.

—¡Elizabeth, querida! —Se movió con más agilidad de la esperable para una señora de su edad y la abrazó bajo la atenta mirada de William—. ¿Estás bien?

—Sí, no ha sido nada —dijo en voz baja.

—La dejo en sus manos —afirmó William, dando un paso atrás sin dejar de mirar a la joven—. Hasta mañana, Elizabeth. Gracias, señora Stanley.

Tuvo que hacer un esfuerzo de voluntad para despegar su mirada de la menuda figura de Elizabeth, que en ese momento cerraba los ojos bajo el cálido abrazo de la viuda. Se giró y se dirigió al interior de la comisaría, donde lo esperaba su abogado.

Ya de noche, William llegó a su casa, enfadado y cansado, solo para descubrir que tenía un mensaje de la señora Stanley pidiéndole que acudiera a su domicilio. Como ambos vivían relativamente cerca, William se plantó en la residencia Stanley con su automóvil en pocos minutos. El corazón le había dado un vuelco al recibir el mensaje que le había pasado su ama de llaves. ¿Estaría Elizabeth enferma a consecuencia de lo que había pasado?

—El doctor Foster, señora —dijo la voz del mayordomo.

William se adentró en uno de los salones de la mansión y encontró a su anfitriona y a la doctora sentadas en el sofá. En cuanto lo vio entrar, la viuda se acercó a él y le estrechó la mano con afecto.

—Gracias por avisarme de que mi amiga estaba en apuros. Ha sido usted un buen compañero. —Miró a su protegida—. Quería que se acostara, pero está demasiado preocupada y se ha negado en redondo hasta poder hablar con usted. —Los miró a ambos y su rostro se puso serio—. Creo que puedo dejarles solos. De hecho, diría que lo necesitan desesperadamente. —Disimuló una sonrisa ante la sorpresa de William—. Elizabeth, mañana quiero que me pongas al día de todo lo necesario para ayudarte con este problema. Doctor Foster —hizo una pausa mientras lo observaba de hito en hito—, confío en su caballerosidad.

Después de decir esto salió y cerró tras de sí.

Elizabeth observó a William, que se había quedado mudo mirando a la puerta. ¿Todo el mundo lo sabía?

—Ya hace tiempo que lo sospecha —comentó ella en tono apagado—, pero creo que hoy, por primera vez, le parece bien. —Él se volvió para mirarla. Su aspecto frágil lo llenó de ternura; sintió ganas de que se acurrucara entre sus brazos, pero no sabía cómo comportarse con ella—. Creo que la has impresionado.

El joven se sentó en el sillón que había frente al sofá y ladeó la cabeza mientras estudiaba su aspecto.

—¿Estás... bien?

Ella cerró los párpados y aspiró con fuerza.

—Estaré mejor cuando me abracés.

Él saltó del sillón al sofá y la tomó de la cintura, colocándola en su regazo. Sus brazos la rodearon con fuerza mientras ella refugiaba su rostro en el espacio entre su hombro y su cuello, aspirando el olor de su piel.

—No sabía si querías seguir manteniendo las distancias —murmuró él contra su mejilla.

—Ya no sé lo que quiero. ¿Qué han dicho en el laboratorio?

—Parker estaba muy disgustado. Ha sido él quien ha averiguado dónde estabas.

Ella permaneció unos instantes en silencio mientras le rozaba el pecho con las yemas de los dedos, distraída.

—Te has manchado de tinte. Tendrás que tirar la camisa.

Él suspiró, ni siquiera había pensado en cambiarse.

—¿Tienes idea de quién puede haberte denunciado?

—¿Denuncia? No... no se me había ocurrido que fuese una denuncia.

—Cariño, tienes unos cuantos enemigos. O por lo menos gente que saldría

ganando si tú te fueras del hospital. ¿No te extraña que una ley que aún no se ha aprobado te haya afectado? Mi abogado dice que no tiene conocimiento de más casos como el tuyo. Quizá Lewis...

—Lewis no ha sido —lo interrumpió ella—. Tú mismo me dijiste que él no jugaba sucio.

—No jugó muy limpio en aquella cena cuando insinuó que querías trepar a costa de Coleman.

—Lo sé. Pero me niego a creer que sea así.

—A mí tampoco me gusta la idea, pero no olvides que tiene un hijo y su mujer ya no trabaja. Le iría muy bien el puesto fijo en el hospital. ¿Y Stevens?

Ella sacudió la cabeza levemente.

—Me niego a pensar que sea tan rastrero. Santo cielo, ¡me niego a creer que nadie lo sea! —Su voz pareció romperse y William le levantó la barbilla para mirarle el rostro. Estaba llorando de nuevo. De pronto, él se dejó llevar y se agachó para besarla. Quería borrar la pena de su precioso rostro.

Sus labios se unieron y la cara se le humedeció con las lágrimas de ella. La besó lento y tierno, controlando su necesidad, la inmediata pasión que despertaba el contacto con su boca. Le sujetó la cabeza con una mano mientras sus labios se desplazaban a las mejillas, la nariz, la frente... llevándose con ellos la sal y la amargura. Elizabeth levantó los brazos y le hundió los dedos en el cabello de la nuca, instándolo a volver sobre su boca. Las lenguas se enredaron, los alientos se mezclaron y el beso se transformó en algo más, la semilla de un fuego que prendía y, como un incendio, amenazaba con descontrolarse. La mano de William se perdió bajo la falda de Elizabeth, sintiendo el calor de sus muslos y viajando hacia más arriba, en busca de más calor.

«Doctor Foster, confío en su caballerosidad».

—Elizabeth... —Separó su rostro del de ella y se apoyó en el respaldo del sofá, jadeando—. Lo siento.

—No lo hagas —dijo ella mientras se recolocaba en el sofá y se sentaba al lado de él, sus mejillas coloradas y su cabello despeinado—. Tengo tanta culpa como tú, es por esto por lo que me mantengo apartada de ti. Y es precisamente el recuerdo de esto lo que me atormenta cada día. —Se frotó la frente con ambas manos, como si la notara tensa—. Te echo tanto de menos... —dijo con suavidad, como si hablara para sí.

William alargó la mano hasta alcanzar la de la joven y entrelazó sus dedos.

Sentir el calor de su piel era un pobre sustituto para la necesidad que pulsaba en lo más íntimo de ellos, pero era lo único que se podían permitir. Permanecieron en silencio mientras sus respiraciones y sus corazones tomaban un ritmo normal.

—¿Te han tratado mal en la comisaría? —preguntó él, rompiendo el silencio—. Si te han tocado un solo pelo...

—No, no me han tratado mal. Solo las burlas de rigor: al agente le ha hecho gracia que yo me llame a mí misma doctora, y el oficial ha secundado su humor. —Se encogió de hombros—. No me importa, a eso estoy acostumbrada. Ha sido desagradable porque me he sentido desamparada, por eso cuando te he visto aparecer... —esbozó una sonrisa trémula— me he sentido como una de esas doncellas en apuros rescatadas por un caballero andante.

William le apretó la mano.

—Aun así ¿habrías rechazado mi dinero? ¿Habrías preferido quedarte allí si la fianza no la hubiera pagado la señora Stanley?

Ella hizo una mueca.

—Ha sido un pronto, he pensado en la imagen que daría en el hospital que tú pagaras mi fianza. Debería dejar de importarme todo eso, pero no puedo evitarlo. —Hizo una breve pausa—. Will, ni siquiera yo soy tan orgullosa, claro que habría aceptado tu dinero. Lo que me amarga ahora es pensar que alguien pueda quererme tan mal como para denunciarme.

—No solo eso. —William la miró con gesto pensativo—. Debe ser alguien con cierta influencia para conseguir que la policía haya hecho esto. Eso casi descartaría a Lewis.

Ella frunció el ceño y apretó los labios.

—¿Ahora qué pasará? —inquirió dubitativa.

—Nada. Esto solo ha sido un susto. He pasado por el hospital y me he llevado tus notas a mi casa. No quería destruirlas sin que las miraras antes, por si has de avisar a alguien. Están en mi caja fuerte. En cuanto me des permiso serán fuego en mi chimenea.

—Me las podrías dar, el brasero de Penny también necesita una ayudita. —Ella se esforzaba por sonreír, pero entre sus cejas aún se marcaba un pequeño surco.

—El caso ni siquiera será juzgado porque no hay tal caso. Pero no nos interesa remover la basura y denunciar a la policía. Tal como está el tema de las venéreas, que parecen el enemigo público número uno, cualquier juez les

daría la razón. —Exhaló largamente—. Quien ha hecho esto te quería dar un susto.

—Pues lo ha conseguido. Pero no sé de qué sirve un susto, si no sé qué pretende quien me lo ha dado.

—No lo sé, Beth. Pero no le des más vueltas ahora. —Le rozó las ojeras con las yemas de los dedos—. Estás agotada. Ve a dormir.

William abandonó la mansión Stanley muy preocupado. Algo se les escapaba en los sucesos del día, y no sabía qué.

El resto de la semana transcurrió como había sido antes del breve paréntesis de la detención de Elizabeth: ambos luchando por ignorarse. El viernes, William cogió su chaqueta para dirigirse a casa de sus padres dando un largo paseo. Estaban casi en verano, el sol se ponía tarde y le gustaba disfrutar de su calor y de su luz. Había decidido retomar la costumbre de cenar los viernes con su madre. Por lo menos la charla amistosa de Emma lo ayudaba a dejar de pensar en Elizabeth. Era su madre quien solía acudir a su casa, pero esta vez habían quedado en su antiguo hogar.

Observó que había pocos automóviles por la calle. El gobierno instaba a las familias a consumir menos combustible, y cada vez se notaba más el apoyo patriótico. Hasta su madre tenía un «jardín de la victoria» y consumían algunos productos propios. Se preguntó qué tal le sentaría eso a su padre, ver a su madre trabajar la tierra como una humilde labradora.

—Buenas tardes, Anthony —saludó al mayordomo en el recibidor.

—Pase, doctor Foster. Los señores le esperan.

—¿Los... señores?

—Sí, su padre no ha acudido a su reunión habitual en el club —dijo el mayordomo al tiempo que cerraba la puerta—. Ha sido toda una sorpresa, la cocinera ha tenido que...

William no oía la cháchara del hombre. En aquel momento las piezas se juntaron en su cerebro. Su padre jamás dejaba de acudir a su cita en el club los viernes por la tarde, donde se relacionaba con hombres igual o más poderosos que él para su propio interés. El abogado tenía algo importante que hacer en su casa: hablar con su hijo. Y eso, junto con lo que le había pasado a Elizabeth aquella semana, solo quería decir una cosa:

«Ha sido él».

Mientras cenaban, Emma Foster dirigió la enésima mirada de

preocupación a las manos de su hijo. Al parecer, supuso William, la fuerza con la que empuñaba el cuchillo y el tenedor alertaban a su madre de que algo malo sucedía. Bien, eso y el aire irrespirable del comedor principal de la mansión. La mujer levantó sus ojos azules hasta los de él y frunció el ceño. Después miró a su marido.

—El comité de la Cruz Roja está recaudando bastantes fondos estas últimas semanas —comentó con una sonrisa tensa—. Dentro de poco organizaremos una subasta de pasteles hechos por nosotras.

—Querida, sabes que no me gusta verte sudando en la cocina, empieza a hacer demasiado calor como para trabajar en el horno. —El abogado negó con la cabeza—. Yo podría donar el dinero que tengáis previsto ganar. Y, ya puestos, tampoco me gusta verte hacer calceta a todas horas. ¿Cuántos calcetines has tejido ya para el ejército?

William aguantó la respiración para no contestar por su madre.

—No se trata solo de dinero, y lo sabes —espetó Emma en un tono de voz que usaba pocas veces con su esposo—. Se trata de ayudar con el esfuerzo personal de cada uno.

—Yo ya me esfuerzo bastante comprando los dichosos bonos de la libertad. Creo que somos una de las familias de Chicago que aporta más fondos a la guerra —gruñó su padre.

—Pues bien, yo necesito conseguir algo con mis propias manos —contestó ella sin inmutarse.

—Está bien, Emma. Haz lo que desees. No quería menospreciar tu trabajo. —Él hizo un gesto apaciguador con ambas manos. Ella era la única persona que William conocía capaz de conseguir que su padre se disculpara.

—Te guardaré un trozo de tu pastel favorito, William. —El tono empleado por la mujer fue distinto al dirigirse a su hijo—. Te veo más delgado y con cara de cansado.

—Me encantará comer ese pastel, mamá. Y ya sabes que no duermo mucho por el trabajo, pero me gusta lo que hago —añadió clavando los ojos en su padre, que le devolvió la mirada sin pestañear—. ¿Todo bien, padre? Se me hace extraño verte aquí un viernes por la tarde. ¿Quizá los anarquistas han dinamitado tu club?

Su madre soltó un «¡William!» de completo disgusto, y su padre esbozó una sonrisa indolente.

—Me apetecía cenar con mi familia esta noche. Hace mucho que no nos vemos, hijo.

—Sí, por supuesto —comentó el joven en un tono de voz que indicaba lo poco que lo convencía ese argumento—. Pensé que quizá querías hablar conmigo. —Se encogió de hombros despreocupadamente, levantó su copa y bebió un sorbo de vino sin perder de vista a su padre—. ¿Van bien los negocios?

El abogado lo miró entornando los párpados. Parecía que la tregua terminaba, pero el joven sabía que no soltaría la carga de profundidad en presencia de su madre.

—Muy bien. Dentro de poco volveré a Nueva York, donde espero volver a ver a los Stanley. La última vez que estuve allí, hace un mes, tuve una charla muy agradable con la señorita Stanley.

La sola mención a aquella mujer fue como una patada en el estómago, pero William se las arregló para esbozar una sonrisa en silencio. Había aprendido de su madre a dejar que el otro hablara y obtener la máxima información dando poco a cambio. Bebió otro sorbo con la mirada fija en el abogado, quien alzó la mandíbula, retador. En aquel momento entró una criada para servir el postre y otra que retiró los platos. En el denso silencio que siguió a ese breve intercambio entre padre e hijo solo se oyó el tintineo de los cubiertos y la porcelana.

William se dispuso a hundir su cuchara en el helado de fresa cuando su padre tomó aire para hablar. El médico detuvo el movimiento. Era una lástima que ahora ya no pudiera disfrutar del postre.

—Estuvimos conversando y me demostró una vez más lo agradable que es y la excelente educación que ha recibido —continuó su padre.

—Muéstrale un mapa y pregúntale dónde está Alemania. Probablemente la sitúe en México.

—William... —le advirtió su madre.

—Es el tipo de mujer con la que formarías una excelente familia, y tendrías hijos hermosos y sanos. Su dinero y el nuestro formarían un gran capital con futuro —aseveró su padre—. Y si no te gusta, podrías encontrar otras mujeres de buena cuna aquí, en Chicago. Ya tienes veintiséis años. ¿Cuándo vas a cumplir con tus obligaciones familiares?

—Disculpa que no me apresure a engendrar un nieto con pedigrí, padre.

—Basta, hijo. Y tú también, querido —exclamó Emma—. Me está entrando jaqueca —dijo frotándose las sienes.

—Lo lamento, mamá. ¿Quieres que te traiga algo?

—No te preocupes. Después tomaré una aspirina. —Suspiró y cerró un

momento los párpados—. William —dijo mirando a su marido—, deja de presionarle para que se case. Primero tiene que terminar la residencia, eso si no lo llaman a filas. Más adelante ya podréis hablar del futuro. Yo soy la primera que quiere tener un nieto en sus brazos, pero no estamos en una situación muy favorable para tomar esa clase de decisiones, ¿no te parece?

—Bien, podemos obviar el asunto... de momento, pero siento curiosidad por saber tus planes para el futuro, hijo. —El abogado probó una cucharada de helado.

—Me gustaría seguir trabajando en el hospital, pero dudo que sea posible. Lo más probable es que monte una pequeña clínica.

—¿Tú solo? —inquirió su padre arqueando las cejas.

—No lo sé, es posible —repuso, despreocupado—. Mamá tiene razón, es mejor no hacer demasiados planes hasta que termine la guerra.

—Esperemos que termine pronto. A veces tengo pesadillas en las que te mandan al frente —comentó su madre.

—Vivamos el presente, mamá. —Le sonrió cálidamente.

—He oído que en el laboratorio hay una doctora —intervino su padre. William apretó los dientes. Su intuición le avisaba hacía rato de que tuviera mucho cuidado.

—La doctora Scott. Estuvo cenando aquí hace unos meses, ¿recuerdas que te lo dije, querido? Una joven muy prometedora —comentó Emma, que no parecía reparar en que padre e hijo apenas pestañeaban mientras se observaban.

—Prometedora —dijo el abogado en un tono de voz que sonaba a insulto. Su madre no se dio cuenta o prefirió ignorarlo—. Una de las mejores cosas que se pueden decir de una mujer. Supongo que ella sí sabe dónde está Alemania —dijo con suavidad.

—No lo sé. Nunca se lo he preguntado —apuntó William con indiferencia. Se metió una cucharada de postre en la boca.

—Podríamos invitarla a cenar en casa y se lo preguntaría yo.

La media sonrisa de su padre lo alarmó. Parecía un depredador jugando con su presa. William no pudo evitar tensarse ante la sola idea de su padre y la mujer que amaba sentados a la misma mesa.

—No creo que eso pase —murmuró. Tomó su copa y detuvo la batalla visual con su padre. Decidió que, si él no mostraba sus cartas, no iba a decir nada más. Miró a su madre, que lo contemplaba con cierta tristeza—. Este postre está... delicioso, pero tengo que irme, mamá.

Ella frunció los labios y lo observó levantarse.

—Está bien, cariño. Espero verte la semana que viene. —Inclinó la cara para que él la besara y le acarició la mejilla—. Cuídate mucho.

—Tú también, mamá. Padre —sacudió la cabeza en su dirección.

Cuando se daba la vuelta el ruido de la silla lo alertó.

—Te acompaño hasta la calle.

Iba a decir que no era necesario, pero sí lo era. Necesitaba saber a qué jugaba él. Lo miró por encima del hombro y asintió.

—Las noches aún son frescas, pero este verano se anticipa cálido —comentó el abogado mientras caminaba a su lado hasta la verja del jardín que rodeaba la casa.

—¿De veras quieres hablar del tiempo, padre?

—¿Y de qué más querría hablar?

El joven rio entre dientes, aunque fue un sonido amargo.

—Deja de jugar conmigo. Tú no eres el gato ni yo el ratón. Habla claro —pidió.

Se situaron al lado de la cerca y William se cruzó de brazos. Su altura igualaba a la de su padre y lo miró de frente, esperando. Lentamente, el abogado sacó un cigarrillo de su bolsillo y lo encendió. Aspiró el humo y exhaló, entrecerrando los párpados mientras miraba a su hijo.

—No me parece mal que te diviertas, siempre que sepas que lo estás haciendo.

—No sé de qué hablas.

—Ahora eres tú quien se anda con rodeos. —Sonrió—. Soy un hombre y entiendo ciertas necesidades. La doctora es guapa, pero no tiene nada que aportar a nuestra familia.

—Te repito que no sé de qué hablas.

—Por eso fuiste corriendo a pagarle la fianza en cuanto la viste en peligro. Ni siquiera te cambiaste la camisa manchada.

El médico se envaró.

—¿Cómo sabes tú eso? Y yo no le pagué la fianza.

—Está bien, está bien. Pero ¿te extraña que lo sepa? ¿Mi hijo aparece en la comisaría del distrito y quieres que no me entere? Implicado en un posible delito de traición. —Le clavó la mirada—. Ocultasteis datos a las autoridades sanitarias, necesarios para detener la indecente epidemia que mina la salud de nuestras tropas —recitó como si hablara ante un jurado.

William no lo soportó más y se acercó tanto a su padre que casi rozaban

sus narices.

—Déjala en paz. No hay nada entre nosotros.

—No es eso lo que me dijo la señorita Stanley. Al principio no me pude creer que sus sospechas fueran reales, por eso contraté un detective privado. —Fruunció el ceño—. Esa doctora estaba comprometida con un soldado hasta hace poco. Qué clase de mujerzuela fácil... —Se detuvo cuando su hijo lo agarró por las solapas de la chaqueta dirigiéndole una mirada asesina. Su gesto de sorpresa fue casi cómico.

—¡Basta! No digas una palabra más. Ya basta de entrometerte en mi vida o en la de personas que aprecio. Si le haces daño, yo te lo haré a ti. Tengo claro que fuiste tú quien instigó a la policía en su contra. Le contaré a mamá tus maniobras para perjudicar a Elizabeth. Ella la aprecia de veras, ¿no te has dado cuenta?

Su padre lo miró sin pestañear mientras William bajaba las manos. Él sabía que Emma era el único punto débil que tenía su padre. William sénior relajó sus hombros y dio un paso atrás. Asintió con la cabeza y exhaló el humo del cigarrillo por la nariz.

—Que pases buena noche, hijo.

El médico se adentró en la fresca noche primaveral dándole vueltas a la reacción de su padre. ¿Iba a dejarles en paz? Suspiró y se frotó la cara con las manos, cansado. Su vida no había sido tan fácil como creía Elizabeth. Había preferido no hablarle demasiado del profundo antagonismo con su padre; de la lucha continua por evitar que poseyera su voluntad e impusiera su particular escala de valores sobre él; de su rebeldía contra todo lo que tuviera que ver con el mundo del abogado. El año antes de ir a la universidad y durante su primer curso estudiando derecho hizo todo lo que pudo por buscar su propia identidad, incluido meterse en peleas y tener varios líos de faldas. Había estado con muchas mujeres, pero sin llegar a hacer el amor; no podía olvidar la nariz artificial de su tío Thomas, hermano de su padre, quien, aunque afirmaba haber sido víctima de un accidente, toda la familia sabía que ese «accidente» se llamaba sífilis.

Agitó la cabeza. Nunca había buscado nada serio en el sexo contrario, nada que implicara riesgos como contraer enfermedades, un embarazo no deseado, o el enamoramiento. Posteriormente, había descubierto su vocación, y todas sus energías se volcaron en la medicina. No le había hecho falta nada más, hasta que llegó Elizabeth.

Y ahora, que por fin había encontrado a alguien con quien compartir su

pasión por la medicina y su vida, una mujer hermosa e inteligente, su padre se permitía opinar que ella no aportaba nada a la familia. ¡Había contratado un detective para seguirlos! La rabia que sintió le hizo rechinar los dientes y tuvo que detenerse un instante en mitad de la acera apretando los puños. ¿Cómo le iba a explicar a Elizabeth que su padre había estado vigilando sus pasos? ¿Que era el responsable de que ella hubiera pasado esas horas de angustia en la comisaría? Pensó en lo que él le había dicho. Su viaje a Nueva York había sido un mes antes. Se esforzó en recordar los escasos y breves momentos de intimidad que había compartido con Elizabeth durante ese periodo, y descubrió con alivio que no había nada que los delatara. Por eso su padre había decidido apostar fuerte y denunciarla, para ver cómo reaccionaba él. Ahora conocía sus sentimientos. ¿Y qué? ¿Qué podría hacer al respecto? ¿Hablar con gente del hospital, difamarla? No. No tenía ninguna prueba, y ella a estas alturas del año era respetada entre sus colegas, por no hablar de la población a la que atendían.

¿Qué haría él mismo ahora? ¿Contárselo a Elizabeth? Apretó los labios. Eso solo conseguiría asustarla más. Temía que todo el miedo de ella a perder aquello por lo que tanto había luchado explotara con fuerza e incluso la alejara de él. Ambos se amaban, pero no tenían una relación de verdad, aún no habían alcanzado la intimidad y la confianza suficientes como para salir airoso de según qué ataques. No. Ahora que estaban en un momento tan delicado lo mejor era no decirle nada y ser cuidadoso por los dos, evitando que su padre tuviera alguna prueba real de la supuesta conducta indecente de la joven.

Capítulo 25

Parker demostraba cada vez más su apoyo a Elizabeth, y no había dudado en sentarse a su lado en la cafetería del hospital mientras ella tomaba su café matutino tras una larga guardia.

—¿Por qué seguimos pendientes de la gripe? —inquirió la joven—. Cada vez hay menos casos, y no ha habido ninguno grave aparte del que atendí.

—No lo sé explicar. Llámelo experiencia, intuición, pero no quiero dejarlo. Yo tengo mucho trabajo y demasiadas cosas en la cabeza, confío en que usted estará pendiente del tema. Al fin y al cabo, la consulta de venéreas le da ahora poco trabajo —añadió al notar que ella torcía el gesto.

—La consulta de venéreas está vacía desde que les avisé de que ya no podría garantizar la confidencialidad. —Frunció el ceño—. No es justo que esa ley solo afecte a los médicos de hospital y se les permita mantener el secreto a los médicos de consulta privada. ¿La gente con dinero tiene más derecho a la intimidad?

—Guarde su discurso socialista para otros, doctora. —El sarcasmo era patente en la voz de Parker—. A mí no necesita convencerme.

—No soy socialista —protestó ella un tanto avergonzada—. Pero me molesta la injusticia.

—Lo sé, lo sé. A mí también, pero no tengo la pasión de su juventud. Hablando del tema, no ha vuelto a tener noticias de la policía, ¿verdad?

—No. El caso está cerrado y el juez ha devuelto el dinero de la fianza. —Se encogió de hombros—. Eso ya es agua pasada.

—Entonces sea buena chica y hágame caso.

Al oír lo de «buena chica», Elizabeth apretó los labios para sofocar una respuesta recordándose que, al fin y al cabo, Parker era su jefe y su principal apoyo. El doctor Stevens no había cambiado su actitud, y el doctor Brown estaba demasiado ocupado con reuniones y burocracia, intentando evitar que la guerra absorbiera cada vez más recursos del Cook. Dos enfermeras más habían dejado el hospital para ir a servir en el ejército, y la situación era cada vez más preocupante. Elizabeth le dio un sorbo a su taza de café.

—Lea toda la literatura que encuentre sobre la gripe —prosiguió Parker—, si es necesario en otros idiomas. El doctor Foster puede ayudarla, habla francés —aclaró cuando ella arqueó las cejas, mirándolo como si fuera un

lunático.

Por supuesto, William sabía francés. Y vete a saber cuántos idiomas más. Y ella no lo sabía porque apenas hablaban, como no fuera sobre trabajo y delante de otras personas. Disimuló su disgusto forzando una sonrisa.

—De acuerdo, doctor Parker.

—Bien. Voy a dejarla terminar su desayuno. No olvide que hoy tenemos sesión de patología.

Ella asintió, esta vez con una sonrisa sincera. Miró a su jefe desaparecer por la puerta de la cafetería. En breve habría pasado el ecuador de su año de residencia; ya había superado la época en la que la ignoraban, su relación con Lewis podía calificarse de respeto cauteloso y sus pacientes en general la habían aceptado. Y, por si fuera poco, a partir de julio su tutor pasaría a ser Parker y los problemas con Stevens solo serían una anécdota del pasado.

Todo iba bien menos su relación con William, porque no había tal cosa. Añoraba su compañía, su conversación y, para qué negarlo, la dulzura de sus besos. Lo echaba tanto de menos que sentía dolor físico cuando se lo encontraba en los pasillos del hospital y apenas podían intercambiar unas palabras corteses. Sabía que era lo mejor para los dos, pero una cosa era lo que le decía la cabeza y otra el corazón. Y su corazón quería que él la buscara de alguna manera, que le demostrara que aún seguía sintiendo lo mismo.

«Qué estúpida soy. Seguro que a él le pasa igual».

Le dio un sorbo a su café, ya frío, y se puso en pie. Cuando estaba a punto de salir de la cafetería se cruzó con William, quien entraba acompañado de Eva.

—¡Elizabeth! ¿Cómo te ha ido la guardia? ¿Ya has desayunado? —inquirió la auxiliar.

William le murmuró un breve «buenos días» y se dirigió a la barra sin esperar a que respondiera. La doctora sintió un dolor agudo en el pecho.

—¿Qué mosca le ha picado? —Eva se lo quedó mirando con el ceño arrugado—. Está un poco raro, ¿no?

Ella hizo una mueca y se encogió de hombros, incapaz de hablar.

—Debo irme —dijo, apretando el paso.

Antes de ir a las salas de las que se ocupaba, pasó por su habitación y se desahogó en medio de silenciosos sollozos. «A lo mejor se ha cansado de esperar», le decía una vocecilla cruel dentro de ella. Posteriormente se lavó la cara con el agua fría de un aguamanil que siempre tenía en su dormitorio y se dirigió a pasar visita.

—Doctora Scott, tiene una llamada. Es el doctor Foster.

La joven bajó el camión del anciano a quien estaba auscultando y se quitó el fonendoscopio de las orejas. Miró a la enfermera como si no entendiera lo que le acababa de decir.

—Doctora. El doctor Foster al teléfono.

—Sí, sí, voy. Gracias. —Se levantó y se disculpó con el paciente y con la enfermera antes de dirigirse hacia el teléfono.

El sol que entraba a través de uno de los ventanales que iluminaban la sala se derramaba sobre ella como una bendición. Bajo el cálido haz de luz, Elizabeth sintió frío. Su mente le estaba jugando malas pasadas, y la mano le temblaba al agarrar el auricular. Levantó el receptor del teléfono y lo acercó a su boca, dando la espalda al resto de la sala y mirando hacia la pared.

—Al habla la doctora Scott. —Se mordió el labio al oírse la voz, tan temblorosa como su mano.

—Cielo santo, Beth. ¿Estás bien? Tu voz suena horrible.

La calidez de la voz de William invadió su torrente sanguíneo, elevando su temperatura en un instante. Las mejillas le ardieron y el aire que entraba en sus pulmones se volvió más sutil.

—Elizabeth, contesta —suplicó él.

—Estoy... estoy bien.

—Pues no lo parece. Escucha, no tengo mucho tiempo, estoy en el despacho de residentes. Siento mucho lo de esta mañana. Es... es complicado. No puedo explicártelo ahora. Quiero que sepas que no ha cambiado nada, ¿me oyes? Solo estoy siendo mucho más cuidadoso, si cabe —su voz se apagó.

—Lo entiendo. Solo... necesitaba estar segura. —Elizabeth escuchó una fuerte tos a sus espaldas y tuvo que recordarse dónde estaba—. Tengo que dejarte.

—De acuerdo. —Ella aguardó un momento hasta que pensó que él ya no tenía nada más que decir y se despidió—. Elizabeth, espera. ¿Recuerdas el día que Penny te dijo lo de aquel paciente de aislamiento?

Ella arrugó la frente, pensando por qué él estaba tan raro. Daba la sensación de que temía que la telefonista estuviera escuchando.

—Sí.

—Ve allí esta tarde a las tres.

Ella tardó unos segundos en contestar, dubitativa.

—Está bien. Tengo que colgar.

—Beth... cuídate mucho.

—Sí. Hasta luego.

Elizabeth anduvo el largo camino hasta la recóndita habitación dándole vueltas a la cabeza al extraño comportamiento de William. Parecía que disimulaba más que nunca, pero al mismo tiempo la citaba dentro del lugar donde trabajaban. Era cierto que aquella zona estaba casi abandonada, pero no le parecía muy prudente. Miró detrás de ella, sintiéndose inquieta, y se dio cuenta de que la actitud de William se le estaba contagiando. Cuando llegó a la habitación encontró la puerta entreabierta. De pronto William salió, tiró de ella hacia dentro y la cerró tras de sí.

—¿Qué demonios te pasa? —siseó ella poniéndose la mano sobre su corazón desbocado.

Sin responder él la rodeó por la cintura y la atrajo hacia sí. Ella olvidó todas sus dudas y su inquietud en cuanto él bajó sus labios para besarla. Se entregó a la dulce posesión, absorbiendo todas las sensaciones como si ella fuera tierra reseca y él lluvia: el ardiente sabor de su boca, su aroma, la dureza de su cuerpo apretado contra el suyo, imponente y posesivo. La cabeza le daba vueltas y sintió que perdía pie. Él la sujetó con fuerza y su cuerpo se volvió laxo. Cuando William separó sus labios sus bocas quedaron a escasa distancia; él soportaba todo su peso mientras sus iris azules la miraban con una intensidad anhelante.

—¿Qué... qué ha sido eso? —Las palabras salieron balbuceantes de su garganta, su voz ronca por el deseo acumulado.

—Ha sido un recordatorio —murmuró él.

—¿Recordatorio? ¿De qué?

—De que nada ha cambiado. Elizabeth, tus ojos esta mañana... Demonios, he sido un torpe.

—No pasa nada, William. Lo entiendo. —Ella le acarició la mejilla, y él cerró los párpados con fuerza.

—No, no lo entiendes. No puedo hablar contigo, tenerte delante, sin que me muera de ganas de fugarme contigo y casarnos.

Ella sintió que su cara ardía al tiempo que su cuerpo respondía a aquellas palabras con un estremecimiento de placer. Nunca lo había visto así, tan... decidido. Tragó saliva con dificultad antes de hablar.

—No... no digas eso —dijo con voz débil.

Él sonrió sin perder el brillo febril de sus ojos.

—No lo diré más... de momento. Pero no quiero que olvides estas palabras. Que no olvides este momento. —Cubrió su mano con la suya y clavó su mirada en ella—. Temo más que nunca que te hagan daño. Después de lo de tu detención... debo mantenerme alejado de ti lo máximo posible. ¿Lo entiendes?

Ella lo miró de hito en hito, intentando descifrar por qué de pronto él estaba tan temeroso. Parecía que le ocultaba algo.

—¿Sucede algo, Will?

Él negó con la cabeza, muy serio.

—Nada que no sucediera antes.

Se dio cuenta de que no le decía toda la verdad, pero pensó que se confiaría a ella tarde o temprano. Le dio un beso rápido en los labios.

—William Foster, no te creo. —Se apartó de él, no sin antes comprobar la estabilidad de sus propios pies—. Pero sé que me quieres, y no dudaré de eso.

—Suspiró y dio un paso atrás sin desviar la mirada de sus ojos—. No lo dudes tú tampoco, te lo ruego.

—¿Por qué crees que de repente está así? —Penny la miraba con afecto. Habían terminado de cenar y Elizabeth se había sincerado con su amiga.

—No lo sé. De repente se ha vuelto más temeroso que yo, y eso es raro.

—¿Crees que sabe algo que no te quiere decir para no preocuparte?

—No creo que me preocupara más de lo que ya estoy. —Inspiró hondo y exhaló el aire retenido—. No lo sé, Penny.

—No sé a qué viene tanto misterio. Pero bueno —dijo mientras pelaba una manzana—, lo importante es que os queréis. Y siempre podéis acudir a esa habitación perdida cuando necesitéis un respiro de tanto disimulo. —Levantó las cejas varias veces.

Elizabeth sonrió a su pesar.

—No es muy prudente; lo de hoy ha sido una excepción. —Sacudió la cabeza—. Pero basta de hablar de mí. ¿Cómo es que esta noche también trabajas? ¿No llevas demasiados días doblando turno?

—Sí... Es muy difícil encontrar enfermeras. Han buscado entre las estudiantes que han terminado el curso, y aun así solo han conseguido tres, el resto las ha captado la Cruz Roja. Hasta que se incorporen vamos a tener que doblar. Solo serán unos días.

—Bien, porque necesitas un buen descanso.

—Y tú también. Métete pronto en la cama.

—Sí, mamá —se burló, y la otra le sacó la lengua.

Elizabeth estaba sentada en el sofá leyendo una novela, aprovechando la luz natural que aún entraba por la ventana a aquellas horas, cuando la sorprendió una llamada a la puerta. Se levantó haciéndose cábalas sobre quién podría ser, deseando en su fuero interno que fuera William, aunque después de lo de la mañana estaba segura de que no.

El hombre que había en el rellano se le parecía tanto que por un momento los rasgos se le iluminaron con alegría. Un instante después, su ánimo decayó. Aquel no era su William.

—¿Qué se le ofrece, señor... Foster?

—¿Podríamos hablar unos minutos? —Su sonrisa se parecía a la del médico, pero tenía algo que la repelía.

—Creo que no. Salgo de guardia y tengo que retirarme ya. —Enderezó el torso y alzó la barbilla. Aquel hombre le ponía el vello de punta, pero no iba a mostrarlo.

—Le interesa dejarme pasar. O diré lo que tengo que decir con la puerta entre usted y yo, y me importa muy poco si alguien más me oye.

Ella lo miró fijamente y al final asintió. El tono de su voz era suave, contrastando con la amenaza latente en sus palabras.

—Espero que sea breve —dijo franqueándole el paso.

—Lo seré tanto como usted me permita serlo —dijo el abogado en cuanto ella cerró la puerta. Miró a su alrededor, evaluando su pequeño hogar con mirada fría—. No me apetece permanecer aquí más tiempo del necesario.

Ella hizo una mueca, esperando lo mismo. Lo único que le preocupaba era el motivo de la visita. El padre de William permanecía delante de ella en el recibidor, mirándola en silencio mientras ella esperaba, cada vez más tensa. Le sostuvo la mirada y se cruzó de brazos.

—Realmente es usted muy guapa —dijo él por fin. Su voz tenía el típico tono profundo de los fumadores empedernidos—. No entiendo cómo no ha encontrado un marido que la mantenga.

Ella resopló.

—No aspiro a que nadie me mantenga.

—Entonces deje a mi hijo en paz.

Elizabeth enarcó las cejas, sorprendida y disgustada. Notó cómo se calentaban sus mejillas y su corazón latía veloz.

—No sé de qué... de qué me habla.

Él la ignoró y consultó su reloj.

—Es tarde y no tengo tiempo para esto. —Le clavó una mirada gélida—. Escuche, señorita Scott...

—Es *doctora*. —Lo interrumpió—. Doctora Scott.

—Doctora Scott, de acuerdo. Seré breve —gruñó el hombre—: Usted no es la mujer adecuada para mi hijo. No es nada personal, solo que no la quiero en mi familia, y haré lo que sea para evitarlo.

Si la hubiera abofeteado no se habría sentido peor. Tragó saliva con esfuerzo, preguntándose cómo sabía aquel hombre nada de su vida privada.

—Me temo que está usted equivocado. En todo caso, debería hablar con su hijo —repuso con un leve temblor en su voz que la disgustó.

—Mi hijo no es nada razonable. Usted es una mujer inteligente y comprenderá las cosas mejor que él. De otra forma... —la miró entornando los párpados— podría hacer que en el hospital se enterasen de su relación con mi hijo, lo cual, si no me equivoco, no sería muy bueno para su reputación.

—Yo... ¿Qué? ¿Está usted loco?

—Miente fatal, doctora. Tengo a alguien que la sigue desde hace varias semanas. Imagino por su cara que William no le ha explicado nada.

Elizabeth sintió que se mareaba y se clavó las uñas en los brazos, que aún tenía cruzados, para obligarse a mantener el tipo. Eso explicaba el extraño comportamiento de William.

Su espíritu combativo reaccionó. Intuyó que el padre de William no tenía ninguna prueba o se la estaría presentando en ese mismo momento, no parecía un hombre que perdía el tiempo. Si se rendía a la primera amenaza, estaría en sus manos. Además, llevaban semanas siendo cuidadosos e iban a continuar siéndolo hasta finales de año. Seguiría negándolo todo, aunque fuera mala actriz.

—Muy bien. De todas formas, ya le he dicho que su hijo y yo solo somos buenos amigos. ¿Ahora puede irse, por favor? Estoy cansada —dijo con frialdad.

Él la miró un instante con un destello de algo que parecía admiración. Elizabeth se dirigió a la puerta y la empezó a abrir. El abogado se adelantó, apoyó su mano en la hoja de madera y la cerró de un seco portazo.

—No, no me voy a ir todavía, y no lo haré hasta que la convenza de que lo que le pido es lo mejor para todos. —Hizo una pausa, escrutando la expresión alarmada del rostro de la joven—. ¿Sabe por qué William no ha sido llamado

a filas todavía?

—No —murmuró con un hilo de voz, temiendo el nuevo derrotero de la conversación.

—Mi hijo sacó uno de los primeros números en la lotería que decidía el orden de reclutamiento, pero me encargué de que alguien lo cambiara por uno más alto antes de que se hiciera público. Por eso aún no ha sido llamado a filas —dijo con calma, ignorando el gesto horrorizado de ella—. Y ahora dígame: ¿qué cree que podría hacer si veo la más mínima señal de que ustedes se acercan, por así decirlo, más de lo conveniente?

Elizabeth se tapó la boca, consternada. Él extendió una desagradable sonrisa por su cara.

—¿Qué haría? —preguntó a su pesar. No entendía la amenaza, el abogado se metería en graves problemas si se hiciera público lo que acababa de explicarle. No sería tan idiota.

Él chasqueó la lengua. Ahora la miraba como el gato que atrapó al ratón.

—No lo sé —se encogió de hombros con aparente indiferencia—. Solo quería informarla de que tengo buenos contactos en el entramado militar. Quizá podría alejar a William de Chicago, y de usted. Sería una pena, con lo que le ha costado llegar al Cook. —La observó en silencio durante un instante—. No me mire así, usted no tiene padre y no es capaz de entender por qué hago lo que hago. Pero sí que entiende el mensaje que le he dado, ¿verdad? De hecho, le estoy haciendo un favor. Es mejor que lo deje, antes de que mi hijo se canse de usted y busque a una chica de su misma clase.

Ella necesitó apoyarse contra la pared y miró sin ver cómo el abogado abría la puerta de su hogar.

—Buenas noches, doctora Scott —oyó que decía antes de cerrar con suavidad.

—Esto tiene que terminar —dijo Penny.

Elizabeth se frotó la cara, había preparado la comida de ambas y se había sentado un rato en el sofá, pero se había adormilado mientras Penny bajaba a la cafetería de la esquina a hacer una llamada.

—¿Qué hora es?

—La una de la tarde de un precioso domingo de junio, el primero del verano. Tú y yo vamos a comer y después a pasear por Lincoln Park mientras me cuentas qué es lo que te está consumiendo. Ya he esperado suficiente —aseveró la enfermera con los brazos en jarras. Su tono de institutriz enfadada resultaba intimidante.

—No puedo contártelo Penny, ya te lo he dicho varias veces. —La doctora se frotó las sienes, que notaba doloridas.

—¿No estarás...? —La miró con los ojos muy abiertos—. ¿Lo estás?

—¿Qué si estoy qué? —Arrugó el ceño.

—Embarazada. ¿Estás embarazada?

—¿Qué? ¡No! Yo todavía no... —Sacudió la cabeza con energía—. ¡No! Su amiga soltó el aire ruidosamente y se dejó caer a su lado en el sofá.

—Gracias a Dios, era el único motivo que se me ocurre para que estés así. No lo entiendo. Dices que William y tú no lo habéis dejado, pero es como si hubierais construido un muro entre ambos.

—Penny —dijo la doctora mientras se ponía en pie—, quiero que me prometas que no vas a hablar más del tema, por favor. Creo... —la joven dudó un momento y decidió ser parcialmente sincera—, no es que lo crea, sé que su padre ha contratado a alguien para que me siga. Me lo dijo, intentó chantajearme con contárselo todo a la gente del hospital. Cree que William necesita una chica de su clase... —La enfermera la interrumpió con una sarta de maldiciones—. Santo cielo, Penny, ¡juras como un pirata en plena borrachera!

—Y como tal me comportaría si tuviera a ese sujeto delante de mí. Le hincharía un ojo de un puñetazo. ¿Sabes? Mis hermanos me enseñaron a pelear.

—Me encantaría ver eso. —Esbozó una sonrisa, imaginando a la menuda enfermera golpeando la cara del abogado.

—Lo que no entiendo es por qué no hablas con William, podría detener a su padre. Además, vosotros dos habéis sido muy discretos, no deben de tener fotografías o ya lo sabrías —insistió la enfermera.

—Eso pienso. Pero prefiero permanecer así.

—Sigo sin entenderos. —Negó con la cabeza, escrutando a su amiga.

Elizabeth suspiró. No sabía qué podía hacer Foster sénior a su hijo, pero no quería imaginar las consecuencias si le explicaba a William las maniobras de su padre. No iba a explicarle la verdad; tampoco a Penny, quien tenía hermanos en el frente. Prefería el remordimiento de conciencia por guardar el secreto.

—No creo que se solucione nada hablando, cielo. —Se encogió de hombros, decidida a cambiar de tema, y se acercó al cajón donde guardaban los manteles—. Vamos, o tendremos que recalentar la comida.

La enfermera se levantó del sofá y se encaminó a la cocina. Antes de

desaparecer por la puerta se giró y le dedicó a Elizabeth una mirada preocupada.

—De acuerdo por ahora, pero insistiré.

Elizabeth sonrió con tristeza.

—No esperaba menos de ti. —Se pasó una mano por la frente para quitarse la humedad, era un día bochornoso. Distraída, hojeó el periódico de la mañana que había traído su amiga y agrandó los ojos cuando una noticia le llamó la atención.

—Uf, menudo calor hace hoy —protestó Penny volviendo de la cocina—. Creo que es hora de pasar a otro tipo de platos, y no es que me queje de cómo cocinas, pero... ¿qué sucede?

Elizabeth fruncía los labios mientras miraba una noticia en las páginas de sociedad.

—Los Foster organizan un baile para el Cuatro de Julio —dijo en voz baja.

—Sí, como cada año. Supongo que William acudirá. —Le mostró dos botellas de Coca-Cola frías—. He comprado esto en la cafetería, creo que nos sentarán muy bien. ¿Quieres? —Contempló a su amiga, que seguía con la vista clavada en el periódico. Dejó las botellas sobre la mesa—. Elizabeth, ¿qué sucede?

—La maldita nota de sociedad. —Arrojó el diario a un lado—. Dice que acudirán nosequantas señoritas de la ciudad, y que será uno de los acontecimientos del verano.

Penny abrió las dos botellas y le tendió una, mirándola con una sonrisa.

—Me alegro —dijo antes de darle un largo sorbo a su bebida—. ¡Madre mía, qué gusto!

—¿Te alegras? —Elizabeth estaba indignada.

—Sí. —Sonrió con picardía—. Si un montón de señoritas guapas y ricachonas, todas merecedoras de la aprobación de Lord Foster, no consiguen que salgas de tu cascarón, no sé qué lo hará.

La doctora soltó un bufido y negó con la cabeza.

—Menos mal que eres amiga mía.

—Eso digo yo —dijo la enfermera guiñando un ojo.

Al cabo de dos días recibieron una carta. Ambas llegaban a casa tras trabajar durante más de veinticuatro horas. La enfermera sofocó un bostezo al tiempo que su amiga recogía el correo. Subieron las escaleras a ritmo

cansino.

—Voy a dormir hasta mañana por la mañana. Dios, qué cansancio. Con el calor estos turnos interminables son más agotadores. —Penny le echó un vistazo a su amiga mientras entraban en la casa—. ¿Buenas noticias?

Elizabeth no apartó la mirada de la carta que tenía entre sus manos, que sujetaba con delicadeza. Terminó de leerla y levantó los ojos.

—Sí. Mi madre viene a verme para el Cuatro de Julio, acompañada de Paul y su padre.

—¡Eso es estupendo!

—Lo único negativo es que Paul se reincorpora al ejército en agosto y que aún cojea, pero precisamente por eso no está previsto que embarque hacia Europa. Puede ser útil en labores burocráticas.

Penny se sentó a la mesa de la cocina al lado de su amiga y le apretó la mano con suavidad.

—Eso no es tan malo, ¿no?

—Espero que lo de la pierna no sea una secuela permanente.

—Entonces céntrate en lo bueno. Los vas a ver pronto, y Paul no va al frente.

Elizabeth asintió, deseosa de ver a sus seres queridos.

—Voy a cambiar guardias para poder estar con ellos por lo menos un par de días más aparte del Cuatro de Julio. Este año cae en viernes, y ahora que la consulta de venéreas apenas me da trabajo podré tomarme el sábado libre.

—Me alegra mucho. Yo pensaba invitarte a venir con mi familia, pero tus planes son mucho mejores. Espero que no te moleste que me marche esos días, creo que más adelante será imposible.

—¡Penny! ¿Cómo va a molestarme? Muchas gracias por haber pensado en mí.

—Me preocupa mucho verte así, cielo. Entre mis padres, mis hermanos pequeños y yo te habríamos vuelto loca, pero no te habríamos dejado ni un solo minuto tranquila para poder pensar en lo... ¡oh! —Elizabeth se había abalanzado sobre su amiga y la envolvió en un estrecho abrazo.

—Gracias, Penny. Gracias por todo. Te quiero mucho.

Su amiga suspiró y le devolvió el gesto en silencio.

Capítulo 26

—Es fiebre tifoidea. —William levantó los ojos del microscopio y miró a Parker.

—Como mis cultivos —afirmó Elizabeth a su lado—. En total tenemos ingresada una docena de casos, todos marineros del mismo barco. Tres murieron durante la travesía. El resto llevaba enfermo dos semanas, hasta que pudieron llegar al puerto.

—Entonces el riesgo de perforación intestinal es alto, hay que avisar a Coleman para que esté preparado. Que refuerce las guardias de cirugía —aseveró Parker.

—Si sale una emergencia tendremos que colaborar los demás residentes.

—Cierto, doctor Foster. Aunque usted —añadió mirando a Elizabeth— ha pedido un par de días de permiso. No sé si estará disponible.

—Estaré algunas horas en casa, si se me necesita.

—Yo estaré localizable cada día, incluso el Día de la Independencia —intervino William.

La doctora apretó los labios pensando en la velada que ofrecían los Foster el día de la fiesta nacional. Imaginó a William rodeado de chicas bonitas y deseó por un momento que lo llamaran para acudir al hospital. Enseguida odió ese absurdo pensamiento. ¡Qué inmadura!

—Estupendo. —Parker asintió con expresión satisfecha—. Doctora, vaya a hablar con el doctor Coleman y explíquele la situación.

El jefe de cirugía estaba lavándose para una intervención cuando lo encontró. Le dedicó una sonrisa que pareció atravesar la mascarilla que llevaba puesta.

—Voy a intervenir una peritonitis en un paciente con neumonía. ¿Me acompaña? Así podrá tomar muestras, imagino que la causa de la peritonitis será un neumococo.

—De acuerdo, pero he de explicarle un problema.

—Bien, hágalo mientras intervenimos —asintió él secándose con una gasa estéril—. Tenía entendido que ustedes, los del laboratorio, estaban estudiando el aumento de casos de gripe que hubo en primavera. Nosotros, en cirugía, también tuvimos más peritonitis neumocócicas en la misma época.

—Lo sé, yo analicé las muestras —dijo con una breve sonrisa mientras se lavaba las manos—. Pero parece que la epidemia ya pasó, aunque Parker sigue alarmado. —Se encogió de hombros.

Él le ofreció una gasa para secarse, sus ojos azules fijos en ella.

—Parker tiene mucha experiencia. Esta epidemia no ha alarmado a casi nadie porque están más preocupados por la guerra y las venéreas. Sin embargo, no ha sido poca cosa.

—¿Qué quiere usted decir?

—Hay noticias que no salen en la prensa —dijo en tono confidencial—. Tengo un buen amigo, coronel y cirujano, que me escribe de vez en cuando. En su última carta me decía que esa... «fiebre de los tres días» había noqueado a gran parte de su tropa, y que en Europa la epidemia de gripe aún está activa. Mi amigo incluso cree que puede alterar el curso de la guerra, no sabe si a favor de Alemania o de los nuestros.

—Pero la gripe no distingue bandos.

—Así es, pero los alemanes están muy desnutridos y parece que lo están pasando peor, aunque todo son suposiciones, ya sabe. Se lo he comentado porque la epidemia solo parece haber cedido aquí. Le recomiendo que estudie los datos de las compañías de seguros de vida de la ciudad. Allí tendrá información más fidedigna que la de nuestro cansino departamento de Salud Pública. Podrá comprobar si la epidemia ha sido tan leve como dicen.

La joven arrugó la frente.

—No se nos había ocurrido.

—No se limite al hospital ni a los datos de funcionarios mal pagados, los seguros son más fiables porque hay mucho dinero de por medio —bromeó.

—Gracias, lo haré —dijo ella siguiéndolo hacia el quirófano. La idea del cirujano era brillante.

El resto de la tarde transcurrió sin novedad. En cuanto Elizabeth terminó su trabajo se dirigió a la puerta del laboratorio, que se abrió antes de que llegara.

—¡Lizzy! —exclamó Paul—. Por fin te encuentro, este maldito edificio es un laberinto. —Le dio un abrazo que ella correspondió sin dudar.

—Dios santo, eres tú. —Se refugió en el ancho pecho del militar—. No te esperaba hoy.

De pronto la joven recordó dónde estaba y miró hacia atrás. William no estaba en ese momento, pero el resto del personal del laboratorio los miraba con curiosidad. La doctora devolvió la atención a su amigo, que la contemplaba con su mirada pícaro de siempre.

—Tu madre y mi padre están esperando en el vestíbulo, pero yo he insistido en entrar a saludarte. —Le sonrió—. ¿Todo bien? ¿Tienes planes para hoy?

El ánimo de la joven decayó al recordar que no estaba libre.

—Una guardia. No podré estar con vosotros hasta mañana, que era cuando creía que vendrías.

—Con los traslados del ejército y las huelgas, no sabes cuándo vas a llegar a destino. Pero necesitamos descansar, así que no te preocupes. Mañana aprovecharemos el día.

—Buenas tardes —dijo detrás de ellos la voz de William, tensa como el detonador de un arma—, capitán Adams.

Elizabeth contuvo un gemido exasperado. Tenía que volver al laboratorio justo ahora.

—Buenas tardes, doctor Foster —dijo el joven con la más falsa de sus sonrisas. Luego, dirigiéndose a Elizabeth—: Te espero fuera. Querrás saludar a tu madre, ¿verdad? —Se inclinó para darle un corto beso en la sonrojada mejilla y susurró solo para ella—: Ese enamorado tuyo va a matarme.

Cuando la joven se las arregló para reaccionar salió tras él. Recorrió los pasillos del hospital en un confuso estado de alegría, sorpresa e irritación. Al salir vio a su familia ante la puerta de entrada del edificio. Le dio un prolongado abrazo a su madre y uno más corto al padre de Paul, después puso los brazos en jarras y miró a su amigo entornando los párpados.

—¿Se puede saber qué ha sido eso de ahí dentro?

—Necesitabas mi apoyo —aseveró el joven en tono risueño—. Que vean que te llevas bien con tu exprometido.

—Mi vida privada no es de la incumbencia de éstos —masculló.

—Lo que tú digas. —Arqueó las cejas con tanta inocencia que Elizabeth no pudo evitar reírse. ¿Estaba intentando poner celoso a William?

—Tu cara de no haber roto un plato la conozco demasiado bien.

Charles y Sarah los miraban entre confusos y divertidos.

—Verás cómo me lo agradeces —dijo Paul.

—No recordaba que fueras tan exasperante —afirmó ella.

—¿Ni cuando te tiraba de las trenzas? —intervino Charles.

—Ahora me haces dudar —dijo la joven entre risas. De pronto se dio cuenta de cuánto les necesitaba, llevaba mucho tiempo sin reír con aquella ligereza. Ojalá las cosas con William fueran tan fáciles.

Elizabeth se dirigió a la sala de urgencias tras despedirse de su familia. De pronto sintió que alguien caminaba a su lado.

—Te espero en nuestra habitación dentro de diez minutos —murmuró William cuando ella lo miró.

Una ráfaga de indignación la recorrió. Miró a su alrededor, comprobando que el pasillo estaba vacío.

—No tienes que preocuparte por la competencia —masculló entre dientes—. No es necesario que hablemos.

—No podemos seguir así, Beth —dijo. La detuvo sujetándola del codo—. ¿Qué te sucede? Apenas has vuelto a mirarme desde que hablamos la última vez. Ignorarnos el uno al otro de esta forma solo nos está haciendo daño.

—No deberíamos estar hablando aquí, Will —espetó soltándose de su agarre. Continuó andando sin mirarlo.

Él exhaló el aliento con brusquedad.

—¿Sabes qué? Creo que tienes razón. Será mejor que vivamos cada uno nuestra vida. Si lo que tenemos es importante, sobrevivirá. —Hizo una pausa—. Si no, por lo menos tú no estarás sola.

Ella sintió un movimiento del aire a su lado; los siguientes pasos los dio sola mientras se preguntaba cómo habían llegado a aquella situación.

—No pongas esa cara, Lizzy. Tu enamorado te perdonará. Un poco de celos no hace daño a nadie.

—No estoy pensando en él —mintió la joven, quien durante toda la guardia no se había podido quitar de la cabeza la escena con William—. Y deja de llamarlo así. —Bebió un sorbo de su copa de agua y le dirigió a su amigo una mirada de advertencia.

Estaban cenando en la *suite* de Sarah y nadie preguntó a quién se refería Paul. Bien, era algo agradable y toda una novedad no andar disimulando continuamente. El malestar que le había dejado la situación con William no había disminuido, y no dejaba de darle vueltas a si sería mejor terminar con todo.

—¿Necesitas hablar conmigo a solas, hija? —Su madre le tomó la mano con cariño.

Elizabeth ocultó un bostezo con la mano libre.

—Quizá mañana, mamá. Habladme de vuestros planes de futuro —pidió, deseosa de cambiar de tema.

Sarah sonrió y miró a su hija y luego a Charles.

—Bueno, te lo quería decir en persona: por fin he conseguido que me declaren oficialmente viuda. —Charles tomó la mano de Sarah, devolviéndole una mirada cálida—. Queremos casarnos antes de que Paul se reincorpore al ejército si tú puedes venir, si no lo pospondremos. Será una boda sencilla, solo vosotros dos como testigos y nosotros. Charles y yo hace

tiempo que nos sentimos casados, es solo para compartirlo con vosotros y hacerlo oficial.

—Me parece perfecto, mamá. ¿Tendré que llamarte papá, Charles?

—Como desees, eso no cambiará nada entre nosotros —dijo Charles.

—Pues yo nunca te he considerado una hermana —bromeó Paul.

La joven puso los ojos en blanco con una mueca pero después sonrió a su amigo. Al terminar, Sarah y Charles se retiraron y los dejaron a solas.

—Me alegra que no vuelvas a Europa, Paul. ¿Sabes ya tu destino?

—Probablemente Filadelfia. Quizá haya piojos, pero al menos no tendré que cavar mi propia letrina ni sufrir pie de trinchera.

—Nunca me habías dicho que habías cavado trincheras —dijo ella con alarma.

—No he estado en primera línea, pero de vez en cuando nos tocaba hacer prácticas sobre el terreno. Pasábamos días y noches enteros allí. —Su rostro se ensombreció—. Entonces pensaba en mi padre, en ti, en Sarah... Pensar en vosotros me ayudaba a soportarlo un poco mejor. —Su gesto se serenó—. Lo siento, no quería preocuparte. Solo quería decir que será infinitamente mejor quedarme en el país. —Ladeó la cabeza, observándola con atención—. ¿Qué sucede?

—Todavía me siento mal por no corresponder a... lo que sea que sientes —dijo ella con tristeza.

—Lo que siento por ti es cariño, y a eso sí me correspondes. —Le tomó una mano—. Has sido, eres y serás mi mejor amiga. Y si tú estuvieras en una trinchera ahora, espero que no estuvieras pensando solo en ese alcornoque de Foster.

A su pesar, ella rio.

—Por supuesto que también pensaría en ti. Y no es ningún alcornoque.

—Era por no decir algo peor. —Se encogió de hombros con media sonrisa—. De todas formas, si te cansas de él y de vuestra *no relación* te estaré esperando.

—¿No había una enfermera en Francia? —Enarcó una ceja.

—¿Tú ves que estemos en Francia? Soy un hombre práctico, Lizzy. Eres mi amiga y me pareces muy atractiva. Hay bases peores para una relación. Solo... considérame una alternativa. Pero no te demores mucho, o este tren partirá. —Se señaló a sí mismo y arqueó las cejas varias veces con gesto pícaro.

—Eres terrible. —Rio a pesar del poso amargo que le había dejado la

conversación.

*

Cerró la puerta del vestuario con demasiada fuerza. Cuando se giró, vio a Penny plantada en mitad del pasillo observándolo con preocupación. Llevaba puesta la ropa de calle, sombrero incluido. William resopló, no tenía ganas de hablar con nadie.

—Buenas noches, William. Se ha hecho un poco tarde. ¿Podrías acompañarme a casa? —Le sonrió.

La miró entornando los párpados. Estuvo a punto de decirle que no, ni era tarde ni solía hacerle ese tipo de peticiones, pero no quería parecer grosero. Penny no tenía la culpa de su malhumor.

—De acuerdo, pero no tengo ganas de hablar.

—¡Estupendo! Hablaré yo por los dos. O, mejor dicho, por los tres.

William elevó los ojos al cielo y suspiró.

—No quiero hablar de ese tema.

—Me vas a escuchar te guste o no, William Foster, o te aseguro que soy capaz de despertarte cada hora en las guardias en las que coincidamos, de aquí a final de año. —Frunció el ceño—. Como me llamo Penny Hanigan.

Sabía que la amenaza iba en serio. Respiró hondo y, una vez fuera del hospital, le ofreció su brazo.

—Bien. Te escucho.

—Buenas noches, hijo. —Emma se acercó a William con una sonrisa de oreja a oreja—. Estás guapísimo. Después de la cena del otro día con tu padre, temía que no vinieras a la fiesta. Me alegra haberme equivocado.

William besó a su madre en la mejilla.

—No podía faltar —mintió. Las palabras de Penny la tarde previa le habían provocado una ira tan intensa que, por un momento, había pensado en desistir de acudir al baile del Cuatro de Julio, pero tenía que confiar en su autocontrol. Iba a jugar sus cartas con el cerebro, por el bien de su corazón.

Ella le puso las manos en los brazos y contempló su expresión taciturna.

—No hace mucho se te veía feliz. ¿Es el amor el que te hace estar tan amargado? ¿O la falta de él?

William se recordó a sí mismo que no debía meter a su madre en algo que era entre su padre y él. Sabía que ella sería desgraciada si se enterase de los intentos manipuladores del abogado.

—No es nada, mamá. No quiero hablar de eso ahora. —Forzó una sonrisa—. Tenía ganas de verte.

Su madre lo miró en silencio y, por fin, hizo un mohín.

—Y yo a ti —le dijo ella, enlazando su brazo con el de su hijo mientras se dirigían al interior de la casa—. ¿Vamos? La mayoría de los invitados aún no ha llegado. —En tono conspiratorio añadió—: Tu padre está empeñado en que conozcas a un par de jóvenes que acaban de ser presentadas en sociedad. El pobre no se da por vencido, pero tú y yo sabemos que no tiene nada que hacer.

William negó con la cabeza, «pobre» no era el adjetivo adecuado. Entraron en el salón más grande de la mansión de sus padres, reservado para festejos. Con su madre del brazo se dirigió hacia el abogado, quien charlaba con uno de los banqueros más poderosos de la ciudad, que iba acompañado de su esposa e hija. Foster sénior hizo las presentaciones y se marchó sin disimulo, llevándose a Emma y a la otra pareja, dejando solo a William con la joven.

Algo más tarde William apuraba la copa de champán que estaba bebiendo y vio acercarse a su padre. La dejó en la primera bandeja libre que encontró.

—¿Puedes acompañarme un momento, por favor? —masculló Foster con gesto adusto.

—Por supuesto. Tú primero. —Hizo un gesto educado con la mano para que lo precediera.

Caminaron esquivando a los elegantes invitados hasta llegar a una pequeña salita adyacente. El abogado cerró la puerta y se apoyó en ella, clavando en él su mirada gris.

—¿A qué estás jugando? —preguntó al tiempo que se encendía un cigarro.

El joven arqueó las cejas y se apoyó en una mesa que había en la salita.

—¿Yo? No sé de qué hablas.

—¡No me tomes por imbécil! —exclamó el abogado—. ¡Estás diciendo por ahí que cuando termines la especialidad te irás a Brasil, a investigar la vacuna de la fiebre amarilla!

—Yo no he dicho eso. Bueno, no exactamente. Falta un «quizás» por ahí.

Foster entrecerró los párpados y apretó los dientes.

—Eso es muy infantil de tu parte. Es obvio el motivo por el que lo haces, pero no te servirá de nada. En cuanto la gente vea que no te marchas seguirás estando en la lista de solteros disponibles.

William entornó los párpados.

—¿Tan seguro estás de eso?

—Por supuesto. La... digamos, veleta de tu doctora está retomando el contacto con su exprometido. Yo no confiaría mucho en ella.

—¡Me das asco! —explotó William, ya sin disimulo—. Eres tan poco de fiar que crees que todo el mundo es como tú. —Respiró hondo y prosiguió—: Confío en ella. Su exprometido es solo un amigo. Deja de entrometerte en nuestras vidas, sé que estuviste en su casa, me lo ha contado todo —mintió. Penny sospechaba que Elizabeth callaba algo más, y él tenía que saber lo que era.

William notó la súbita rigidez de su padre. La ira brilló en sus pupilas.

—Muy bien. Muy pronto tendrás noticias de la Junta de Reclutamiento —espetó.

El médico sintió que la sangre huía de su rostro. No habría imaginado que la jugada de su padre iría por ahí. Lo observó y desistió de preguntar nada, tenía que hablar con Elizabeth hoy mismo.

—Perfecto, padre. Ahora, si me disculpas... —Lo miró con desprecio antes de salir.

Encontró a su madre saludando a unos invitados. Aguardó envarado mientras terminaba. La sonrisa de Emma se congeló en su agraciado rostro cuando le vio la cara.

—Mamá, lo siento, pero tengo que marcharme. —Titubeó y al final le dio un beso en la mejilla—. Te lo explicaré otro día. Gracias por la velada.

Ella le echó un rápido vistazo a la puerta de la salita donde todavía continuaba su marido.

—Espero que lo hagas —le advirtió—. No pienso tolerar más secretos, William.

Él no respondió. Dio un apretón a la pequeña mano de dedos suaves y se alejó a grandes zancadas entre el gentío.

*

—Los fuegos artificiales han sido preciosos. No recordaba algo tan espectacular en un Cuatro de Julio. No sé, pensaba que querrían ahorrar en pólvora —comentó la doctora. La calle por la que caminaban parecía aún más silenciosa después de aquel estruendo.

—Este año hay más que celebrar. Nuestras tropas y la población necesitan todo el sentimiento patriótico que pueda infundírseles —dijo Paul, la mirada perdida en sus propios pensamientos.

Elizabeth le tomó la mano y se la apretó, deseando con todas sus fuerzas poder protegerle de todo. Respiró con ansia el aire fresco de la noche, pensando una vez más en William. Ahora, cada vez que se preocupaba por Paul, su mente la trasladaba a la posibilidad de que el médico terminara en el

frente, y le costaba respirar.

—Gracias por acompañarme a casa. ¿Te duele más la pierna? —dijo, observando que su leve cojera se había acentuado.

—Apenas, no te preocupes, me hace bien algo de ejercicio. La verdad es que tenía ganas de salir de allí. Quedarse con mi padre y tu madre es hacer de carabina. Esos dos no paran de toquetearse a la mínima ocasión, creyendo que disimulan. ¡Jesús, si fueran un poco más obvios los detendrían por escándalo público!

Ella soltó una carcajada que resonó en la noche junto con sus pasos, y negó con la cabeza.

—Tienes razón. —Lo miró con cariño—. Te compadezco si hacen lo mismo todo el tiempo.

—Bueno, no todo el tiempo. Aquí se comportan peor, porque nadie los conoce. —Se detuvo en seco al doblar una esquina y exhaló con lentitud, la mirada clavada frente a él—. Creo que tienes visita.

—¿Visita? —Ella miró en la misma dirección y se detuvo—. William —susurró soltando la mano de Paul.

Paul arrugó la frente.

—¿Qué hace aquí? ¿Está loco?

Elizabeth negó con la cabeza, incapaz de hablar. Su primera reacción fue mirar alrededor, pero la calle estaba desierta a aquella hora. Los festejos del Día de la Independencia en la ciudad no discurrían por una zona tan cercana al hospital. Paul se adelantó un poco, acercándose a la solitaria figura apostada contra la pared del edificio.

—Doctor Foster. —Inclinó la cabeza a modo de saludo. El aludido no lo miró, toda su atención estaba puesta en la joven—. ¿No es un poco tarde para hacer visitas?

—Elizabeth, necesito hablar contigo. —William dio un paso hacia ella, que retrocedió.

—Es cierto que... es tarde —balbuceó—. Es mejor que hablemos el lunes, William.

—No puedo esperar hasta el lunes.

Se acercó más a ella, que lo miraba con asombro. No entendía qué pasaba, pero la angustia empezó a subirle desde el estómago. ¿Lo habrían llamado ya para reclutarlo? Paul se interpuso entre los dos.

—Maldita sea, Foster. ¿No es usted un caballero? Ella no quiere hablar. No se busque problemas.

Por primera vez, William clavó su mirada azul en el hombre que tenía enfrente, como si se acabara de dar cuenta de su presencia.

—Apártese o lo apartaré yo —espetó el médico.

Elizabeth sintió en sus huesos la tensión que emanaba de ambos hombres.

—Basta, Will, Paul. Por favor. —Puso su mano sobre el brazo de este.

William desvió su mirada a la mano de la joven y apretó la mandíbula. Tras unos instantes Paul aspiró hondo y dio un paso atrás, situándose al lado de su amiga. Puso los ojos en blanco con un gesto burlón.

—Lizzy, ¿se puede saber qué has visto en este tipo?

William tensó los puños a ambos lados de su cuerpo. Ella nunca lo había visto así, distaba mucho del caballero controlado que ella conocía.

—Will, has... ¿bebido?

Él le clavó la mirada y su semblante se dulcificó.

—Solo una copa de champán antes de irme de la fiesta.

Ella reparó en su elegante atuendo. Llevaba un frac, como la noche del baile benéfico. Y estaba igual de guapo.

—¿Por qué te has ido?

—De eso quería hablar contigo.

—No lo harás —intervino Paul, enfadado—. No ahora. La estás comprometiendo.

William lo fulminó con la mirada después de mirar alrededor.

—No veo a nadie. Y dudo que alguien se atreva a sacar un flash para fotografiarnos.

Elizabeth dudaba. Sentía la fuerza de la atracción que William ejercía sobre ella incluso en este momento de tensión. Ahora que tenía a un lado a Paul y enfrente a William, la percibía con más intensidad todavía, como si su corazón quisiera borrar cualquier resquicio de duda. El médico la contempló en silencio, sus ojos azules absorbiendo su presencia, llamándola hacia él. Sintió si como todo a su alrededor desapareciera excepto ellos dos.

—Lizzy —el murmullo de Paul la sobresaltó y parpadeó como si despertara—, no puedo dejar que lo hagas.

—Beth —suplicó William.

Había una calidad en su voz, una llamada desesperada, a la que ella no podía negarse. La parte racional de su mente le gritaba que no era prudente, pero el fragor del latido de su corazón la sofocó. Dio un paso adelante y sintió la mano de Paul cerrarse en su muñeca.

—Soy tu amigo y no voy a dejar que cometas una imprudencia —

masculló.

—Suéltala —dijo el médico con voz helada al tiempo que se quitaba la elegante chaqueta del frac—. No es delito pelearse con un militar, ¿verdad?

Paul soltó una risita.

—Tu amigo tiene arrestos —dijo mientras se quitaba la chaqueta del uniforme—, pero creo que podré convencerlo de que se marche.

La escena, digna de las novelitas que le gustaban a Penny, hizo reaccionar a la joven. Se interpuso entre los dos de cara a su amigo.

—Paul, por favor. Solo vamos a pasear, y William me explicará lo que me tenga que explicar. Después se marchará.

—Por supuesto —afirmó el médico con serenidad—. Su reputación me preocupa tanto como a ti.

Paul los observó en silencio y pareció tomar una decisión.

—De acuerdo, pero iré con vosotros. —Cuando vio la indignación en los rostros de ambos se rio en voz baja—. Era broma. Que me cuelguen si vuelvo a hacer de carabina en lo que queda de noche. —Se puso la chaqueta lentamente estudiando el rostro de su amiga, y negó con la cabeza mientras esbozaba una sonrisa—. Si me miraras como lo miras a él, jamás te dejaría escapar. —Le dio un beso en la mejilla—. Ten cuidado —pidió. Sin decir nada más, se dio la vuelta y se alejó cojeando.

Capítulo 27

Elizabeth se quedó mirando la oscuridad por donde había desaparecido su amigo, sintiendo una especie de vacío dentro de ella. Se estremeció con un frío súbito.

—Lo siento —dijo la voz de William a su lado.

Sintió que le colocaba el elegante frac sobre los hombros. El aroma y el calor de la prenda la consolaron. Se arrebujo y aspiró hondo aquel familiar olor que tanto había añorado.

—No es culpa tuya. —Sacudió la cabeza e hizo una mueca—. Supongo.

El médico le ofreció el brazo y ella enroscó su mano en él, sintiendo en la conexión que así era como debía ser. Como si el paréntesis y los secretos entre ellos no hubieran significado nada.

Pero solo era una ilusión.

—Dime, ¿qué era lo que querías explicarme? —preguntó en voz baja.

—Ante todo, te pido que no haya más secretos entre nosotros, Beth. Con ellos solo salen ganando mi padre y cualquiera a quien le disguste que estemos juntos.

—A veces no hay más remedio que guardar secretos si no quieres hacer sufrir a otros —musitó ella evitando sus ojos.

—¿Por eso no me habías dicho que mi padre fue a verte?

Ella suspiró, alegrándose de no haberle contado toda la verdad a Penny.

—Me preocupé cuando me dijo que había contratado a alguien para vigilarnos. Quien —miró a su alrededor sin ver a nadie— ahora debe de estar frotándose las manos por la información que está obteniendo.

—Solo somos dos amigos paseando. Beth, sé que te está chantajeando con lo de la Junta de Reclutamiento —dijo él con sequedad.

La joven se detuvo y lo miró boquiabierta.

—¿Cómo... cómo lo sabes? ¿Te lo ha dicho él?

William escrutó su rostro entornando los párpados.

—¿Qué te dijo exactamente? Dímelo, si lo que hay entre nosotros es importante para ti. —Guardó silencio mientras ella luchaba contra sí misma.

—Vino a verme hará un par de semanas —dijo por fin—. En seguida supe quién era, os parecís mucho. —Echó a andar.

—Solo físicamente —puntualizó él situándose a su lado. Colocó de nuevo

la mano de ella en su brazo.

—Me dijo lo del detective. No cedí a sus amenazas para que me olvidara de ti, además estaba casi segura de que no tenía pruebas. Entonces me... —al notar que temblaba, él la acercó más hacia sí— me dijo que había sobornado a alguien para... cambiar tu número de orden en el reclutamiento, para que fuera el más elevado posible.

William se detuvo bruscamente, soltando el aliento como si le hubieran dado un golpe en el estómago. La joven enarcó las cejas.

—No lo sabías —protestó ella. La había hecho creer que su padre había confesado.

—No. —Negó varias veces con la cabeza, consternado, mirándola en silencio. Elizabeth bajó los ojos, avergonzada—. Santo cielo. No... no pensé que pudiera llegar a hacer algo así.

La joven volvió a mirarlo al cabo de unos instantes. Necesitaba leer en su rostro, pero él sabía disimular mejor que ella y permaneció impassible.

—Debería habértelo dicho. Lo siento —dijo Elizabeth.

—Y le guardaste el secreto por... —la animó a seguir.

—No podía hacer otra cosa —admitió ella en un murmullo—. Me daba miedo lo que podrías hacer. Lo que vas a hacer ahora que lo sabes —su voz se fue apagando.

—Cuéntame todo lo que te dijo, por favor —pidió con suavidad.

La joven le relató la conversación con el abogado. Cuando terminó, los largos dedos de William se posaron en su mejilla y la acariciaron. Ella retuvo el aliento al ver la pasión en los ojos de él, un fuego que encendió su propia sangre y calentó cada célula de su cuerpo. Él bajó lentamente la mano.

—No sabes el esfuerzo que tengo que hacer ahora para no abrazarte. Y ¿sabes qué? Que estoy harto de ir con cuidado.

Antes de que ella reaccionara, él la atrajo hacia sí y la envolvió en un abrazo apretado y protector.

—Will... —suspiró refugiada entre aquellos fuertes brazos, en la calidez del pecho masculino. Se relajó y se forzó a no pensar, perdida en aquella sensación que tanto le había faltado.

—Nunca más, ¿me oyes? —le susurró él a la oreja—. Los secretos le dan poder.

Ella negó con la cabeza.

—Yo no quería que lo supieras. Soy tan culpable como él.

—Nunca. Más. Repitas. Eso —masculló el joven entre dientes.

En el silencio de la noche, Elizabeth se concentró en los fuertes latidos del corazón de William y en el sonido de sus respiraciones. Permanecieron así unos minutos, en su burbuja particular. Elizabeth temía hablar pues sabía que, en cuanto uno de los dos lo hiciera, aquel pequeño paraíso se esfumaría.

—Te acompañaré a casa —dijo él, provocándole un pequeño sobresalto—. Si nos quedamos así más tiempo no respondo de mis actos.

Ella sacudió la cabeza y se aferró a él con fuerza.

—No vamos a ir a ningún lugar hasta que me digas lo que piensas hacer. —Sintió que el pecho masculino se hinchaba con una bocanada de aire.

—Ya te lo he dicho, llevarte a cas... ¡ay! —se quejó él—. ¿Acabas de pisarme?

—No desvíes el tema —le advirtió. Notó que su torso vibraba por la risa contenida—. Y no te rías. Esto es muy serio.

William se separó de ella con delicadeza y le puso las manos sobre los hombros. Su mirada brillaba en la oscuridad y una sonrisa ladeada curvaba su boca.

—Ya sé que es serio, por eso prefiero bromear —Le puso un dedo sobre los labios para silenciar la inminente protesta—. Mañana hablaré con mi padre. Esta situación no es justa, Beth, y tú lo sabes —afirmó, su rostro medio oculto por las sombras que lo rodeaban—. Alguien ha sido reclutado en mi lugar. Debería averiguar quién es. No sé cómo, pero tengo que intentarlo.

Ella sujetó el dedo y lo apartó. De repente sentía como si todo le diera vueltas.

—Pero... ¿y si... si te toca ir a Europa? —dijo en voz tan baja que él tuvo que inclinarse para escucharla—. ¿Y si él ha...? —dejó la frase en suspenso y notó que él se estremecía.

—He de hacer las cosas bien, mi padre no es el único que tiene contactos en la Junta —pronunció con lentitud.

Elizabeth sintió que las lágrimas desbordaban sus párpados. Él le tomó la cara entre sus manos y secó las pequeñas gotas de humedad con sus pulgares, mirándola a los ojos con una fuerza que le atravesó el corazón.

—Cásate conmigo, Beth —susurró.

La joven lo miró de hito en hito.

—¡No tiene gracia!

—Ahora no bromeo —dijo bajando sus manos por los hombros y los brazos de ella hasta llegar a sus dedos, donde enlazó los suyos—. Si es

necesario voy a arrodillarme aquí mismo.

—¡Ni se te ocurra! —exclamó ella en un tono agudo al ver que él empezaba a doblar una rodilla.

William detuvo su movimiento y le sonrió. Ella jamás lo había visto sonreír de esa manera, como si nada más importara, solo ese instante.

—Estamos permitiendo que nos separen —dijo él— porque dejamos que el miedo dicte nuestras decisiones. Me asusta perder la libertad y depender de las órdenes de otra persona, me aterra la posibilidad de ser herido o que me maten. Pero no podría mirarme en el espejo si permitiera que esto continuara así. —Hizo una pausa y suspiró—. Sé que tú has trabajado mucho para llegar hasta aquí, y es uno de los motivos por los que te quiero. Y sé que temes perder lo que te ha costado tanto conseguir. No te pido que lo hagamos público, solo... —hizo una larga pausa— me gustaría estar contigo mientras pueda. Si me dices que no, estoy dispuesto a esperar el tiempo que haga falta, pero no me culpes por intentarlo. —Esbozó una sonrisa—. Vivimos en medio de una guerra que no parece tener fin. Solo hay un tiempo, y es el presente. —Hizo una larga pausa mientras miraba el rostro de ella como si lo estuviera grabando en su memoria—. Vívelo conmigo, Beth.

Ella le echó los brazos al cuello sin parar de derramar lágrimas. No quería imaginar otro presente que aquel. Sí, tenía miedo de perder el respeto que se había ganado a pulso con su trabajo. Pero comprendía con claridad, como un relámpago en el cielo oscuro, las palabras de William. La suerte estaba echada, y no podía dejar escapar ese tiempo que les pertenecía, durara lo que durara. Silenció las menguadas quejas de su cerebro y abrió su corazón.

—Sí. Sí quiero.

—¡Cielo santo! —exclamó—. Jamás pensé que me dirías que sí en este mismo momento, o habría hecho las cosas bien. Ni siquiera tengo un anillo. Estaba preparado para un sitio comparable al de Troya.

—Pues ya ves, no te ha hecho falta ningún caballo de madera. Pero que sepas que no pienso llevar ningún otro puñetero anillo de prometida —gruñó ella.

Él la abrazó con más fuerza mientras su risa le acariciaba los oídos.

—No lo llevarás, pero lo tendrás. Como me llamo William Henry Foster.

—William Henry... Me gusta tu nombre completo.

—¿Y el tuyo es...?

Ella se separó un poco para verle el rostro y se mordió el labio, dudando.

—Elizabeth Florence. Tengo el nombre de la primera licenciada en

medicina de este país y el de la reformadora de la enfermería. —Estudió su expresión—. ¿No te ríes?

Por toda respuesta, él le dedicó una sonrisa. Ella se preguntó si alguna vez dejaría de acelerársele el corazón al ver ese gesto.

—Jamás me río de ti. Vamos, te acompañaré a casa. —Le ofreció el brazo.

—Lo haces continuamente. Lo de reírte de mí.

—No con algo tan valioso como tu nombre... Florence. —Ella le dio un pequeño empujón y ambos rieron. Caminaron lentamente, envueltos de nuevo por el silencio de la noche.

—Will, quiero aclarar algo sobre lo que has dicho —dijo ella con suavidad—. En el trabajo, las cosas seguirán igual.

—Por supuesto. —Él le acarició la mano que enlazaba su brazo con su mano libre y le dirigió una mirada intensa. Elizabeth se estremeció bajo aquel ardiente escrutinio—. Es fuera del trabajo donde quiero que cambien las cosas.

—¿Qué... quieres decir?

—Que tenemos que poner una fecha, o corres peligro de que nuestro lecho de bodas sea tu camastro del hospital.

Ella sintió que le ardía la piel hasta la raíz de los cabellos. Miró hacia el suelo, poseída por una repentina timidez. ¿Cómo sería estar con él de una manera íntima? Lo había imaginado muchas veces en la soledad de la noche, pero ahora, con él al lado, era... abrumador.

—Te he dejado muda. Eso es grave, vamos al hospital —dijo tirando de ella.

—Tontorrón.

—Ah, me insultas, eso es que vas recuperándote. —Sonrió y la miró—. ¿Tu madre se marcha el domingo? —La joven asintió con tristeza—. Entonces quiero pedirle tu mano antes.

Ella abrió la boca y la volvió a cerrar. Lo miró con esa timidez que parecía no querer abandonarla y pasaron unos instantes.

—Tendrás que hablar con Charles también —dijo por fin—. Es el padre de Paul.

William se envaró.

—¿Qué tiene que ver él en esto?

—Va a casarse con mi madre... pronto.

—Vaya.

—Sí. Vaya.

—No me dijiste que estaban prometidos.

—No salió el tema. Además, parece que no te gusta hablar de Paul, y como... —carraspeó— como se trata de su padre...

William soltó el aliento lentamente.

—¿Hay algún tema más referente a Paul que no haya salido? Solo lo digo por evitar sorpresas, no lo tomes a mal.

—No seas sarcástico.

—Beth, ¿cómo te sentiste cuando mi padre te pidió que te apartases de mí?

—No me importa su opinión.

Él la hizo detenerse y se puso frente a ella.

—La verdad.

—Me sentí odiada y despreciada. Y triste. ¿Contento? —Frunció el ceño.

—No. Contento no. Solo quiero que me entiendas. Voy a pedirle a tu madre y a tu futuro padrastro tu mano. Apostaría a que para ellos tampoco soy su favorito. Y no digamos lo que pensará tu futuro hermanastro.

Ella compuso un gesto contrito y ladeó la cabeza.

—Tienes razón. De todas formas, Paul nunca ha sido tu rival.

Él la agarró por la cintura y la acercó a sí en un solo movimiento posesivo.

—Pues espero que él también lo tenga claro. —Se inclinó y acercó su atractivo rostro al de ella—. Su visita al laboratorio el otro día no nos ayuda en nada.

Elizabeth arrugó la frente.

—Lo hizo para apoyarme. Para que la gente vea que seguimos siendo amigos. —Se encogió de hombros—. Eso dijo.

Él negó con la cabeza y se puso a su lado para continuar la marcha. La tomó de la mano y ella disfrutó del contacto. Por fin, se detuvieron de nuevo ante el edificio donde vivía Elizabeth. Habían dado una vuelta completa a la manzana.

—¿Estás sola esta noche? —inquirió William mirando al oscuro edificio. No había connotación íntima en sus palabras, así que ella respondió con ligereza.

—Sí, Penny ha ido a ver a su familia. ¿Por qué?

—Porque voy a acompañarte arriba y me gustaría que alguien con fuerza de voluntad pudiera detenerme antes de entrar en tu casa —dijo con calma.

Ella soltó una carcajada.

—Quizás lo intente yo. Sabes que me gustan los retos —dijo al tiempo que abría el portal.

—Te gustan más mis besos. —William la siguió al interior del edificio.

—Fanfarrón. —Lo miró por encima del hombro mientras subían las escaleras.

—Es un hecho científico. Y como tal, es comprobable y reproducible.

Subieron el resto de los escalones sin mediar palabra. Aunque estaba esperándolo a la vez que deseándolo, ella sintió como una descarga eléctrica cuando al entrar en casa él la siguió y, tras cerrar con el pie, la acorraló contra la pared del recibidor de su casa, apretando su cuerpo contra el de ella, inmovilizándola. Su boca poseyó la de la joven con hambre y ella recordó su añorado sabor, su suavidad y su calor.

—Will... —Elizabeth jadeó al tiempo que los voraces labios de él viajaban hacia su cuello— yo... ¡oh! —Él le había mordido con suavidad el hombro.

—Una fecha —murmuró la ronca voz de William.

—¿Qué? —Su cabeza estaba inmersa en una placentera neblina provocada por las espirales que trazaba su lengua en la piel de su cuello.

—¿Cuándo vamos a casarnos?

—Pronto —dijo sin pensar, su voz transformada por el deseo—. Muy pronto.

—Este mismo mes. —Sus labios rozaron la sensible piel femenina una vez más y se separaron de ella, dejándola temblorosa y anhelante. Elizabeth enlazó el cuello de William, se puso de puntillas y buscó su boca.

—Sí, sí —suspiró y lo besó con abandono.

William la tomó de las nalgas y la acercó más a su cuerpo. A pesar de las capas de ropa, Elizabeth notó contra su vientre la dureza de la excitación masculina y gimió. Él la levantó en volandas y ella no protestó. Dando tumbos por el pasillo sin dejar de besarse, se acercaron al dormitorio de Elizabeth. Él la depositó con infinito cuidado sobre la cama, tumbándose a su lado después de quitar a ambos los zapatos. La joven lo miró a los ojos con una mezcla de anhelo y temor. Él sonrió y negó con la cabeza.

—No temas, quiero esperar a la noche de bodas. Solo déjame calmar un poco esta tortura. ¿Me lo permites?

Ella agrandó los ojos al tiempo que la piel de su cara se calentaba. Asintió en silencio. Él se estiró para encender la luz, pero la joven le agarró el brazo, deteniéndolo.

—No. Me da vergüenza.

—Está bien —dijo William—. ¿Y una vela?

Ella se forzó a respirar con calma y tras unos segundos contestó:

—Una vela, sí. Están en el primer cajón de la cómoda, con las cerillas y una palmatoria.

Elizabeth observó mientras William procedía a prender la pequeña luz. Iba vestido con una camisa blanca, pajarita y un chaleco del mismo color que marcaba su torso. Los pantalones negros le quedaban tan perfectamente ajustados al trasero que se tuvo que pasar la lengua por los labios resecos. La chaqueta de su frac había quedado abandonada en el suelo del recibidor. La joven se sentó en la cama, rodeándose las rodillas con los brazos.

—Estás muy guapo —murmuró.

Él se giró y la observó con adoración.

—Y tú estás impresionante. —Se acercó a ella con movimientos lánguidos, como si temiera asustarla—. Llevas un vestido precioso.

Era un vestido en tonos azules con mangas de gasa, más corto que lo que solía llevar, pues dejaba descubierta la parte baja de las pantorrillas. Las miradas de reojo que Paul le había echado a lo que se veía de sus piernas durante la noche la habían hecho dudar sobre su acierto, pero ahora se sentía femenina y seductora.

William se sentó en la cama y, sin apartar sus ojos azules de ella, desató la cinta que recogía los negros cabellos en la nuca de Elizabeth. El pecho de él se movía pesadamente mientras extendía los largos mechones sobre sus hombros, como una oscura cascada. El médico cerró los párpados y pareció querer controlar su respiración. Ella levantó su mano y la apoyó en la mejilla masculina, donde ya asomaba la incipiente barba.

—¿Estás bien?

—Sí, solo estoy recordándome a mí mismo que no es nuestra noche de bodas. —Abrió de nuevo los ojos y le sonrió, inseguro.

Ella apretó los labios y tragó saliva, dudando si hacer la pregunta que tenía en mente.

—¿Alguna vez has...? —Titubeó—. Hace tiempo que quería saber una cosa. ¿Eres... virgen?

—Sí. ¿Te sorprende? —inquirió al ver cómo ella agrandaba los ojos.

—Un poco, sí.

Él le cortó el aliento con una sonrisa y se le acercó más. A Elizabeth el corazón le golpeaba el pecho sin piedad. La luz de la vela acentuaba los ángulos del atractivo rostro de William, alargaba sus pestañas más aún y oscurecía su mirada, despertando en ella una deliciosa sensación de anticipación.

—¿Sabes qué sucede contigo? —susurró contra su boca—. Que crees demasiado en los rumores, por eso das tanta importancia a lo que puedan hablar de ti.

Ella separó los labios para contestar, momento que él aprovechó para fundir sus bocas en un beso sensual, lento y suave, degustándola como si fuera un delicioso chocolate. No supo cómo, pero se encontró recostada en la cama mientras él le desabotonaba el vestido sin parar de besarla. Elizabeth gimió cuando William abrió el cierre anterior del sujetador, liberando sus pechos. Sus dedos atraparon un pezón y jugaron con él, provocándole el anhelo de apartar la ropa que los separaba. Necesitaba sentir su piel contra la de ella, lo necesitaba más cerca, más adentro. Se retorció de placer mientras sus temblorosas manos intentaban quitar el chaleco a William.

—No —suspiró él, tan suave que fue más una pequeña ráfaga de aire que un sonido.

—Quiero... —ella respiró agitada, sin poder formar las palabras en sus labios.

—Lo sé —dijo él apoyándose sobre un codo y mirándola con avidez—. Yo también. Pero creo que cuanto más ropa llevemos mejor, aunque sea frustrante.

Ella tragó saliva; asintió y procedió a tirar hacia arriba de la camisa de él. Introdujo sus manos bajo la tela y acarició el vello del pecho masculino, demorándose en los pezones al ver que él cerraba los párpados y contenía la respiración. No tenía experiencia en acariciar, pero contemplar el apuesto rostro de William transformado por el placer la hizo sentirse poderosa. Aquello la volvió atrevida y sus manos viajaron hasta el duro abdomen, y más abajo, hasta llegar al pantalón. Sujetó con cuidado la forma masculina por encima de la ropa y se deshizo de gozo al ver cómo él perdía la fuerza y se dejaba caer en el colchón. O lo estaba haciendo muy bien o muy mal, pero visto el efecto, intuía que lo primero.

—No tienes que hacerlo si no quieres —jadeó él, mirándola con intensidad.

—Lo sé —musitó ella al tiempo que desabotonaba la bragueta con dedos torpes. Apartó también el cinturón de su camino con impaciencia, llena de deseo y curiosidad. Por un momento se preguntó qué pensaría él de ella. Se suponía que una señorita debía ser tímida y recatada.

—No puedes ser más perfecta —dijo él, como si supiera lo que pasaba por su mente—. Eres inteligente y hermosa, tienes carácter y, por si fuera poco,

rebasas sensualidad. Soy un hombre muy afortunado —afirmó con voz ronca.

Su mano derecha acarició la mejilla de la joven, bajó por el cuello, trazó la línea de la clavícula y siguió hacia un pecho, rozándolo con sus yemas con una lentitud insoportable, sin llegar a tocar el pezón. Elizabeth pensó cuán difícil era lo que ella pretendía, cuando lo que él le hacía le daba ganas de abandonarse entre sus brazos. Puso todo su empeño en su investigación e introdujo la mano por la cinturilla del calzoncillo. Notó la rigidez de su miembro, no era el primero que tocaba ni mucho menos, tampoco el primero en aquel estado, pero dejó escapar un jadeo al pensar en *aquello* dentro de ella. William soltó una risa ahogada.

—No sé si sentirme halagado u ofendido por tu cara —susurró.

La joven apretó los labios para sofocar una sonrisa y se concentró en su exploración. La piel era muy suave y cálida. Acarició la dura longitud arriba y abajo, deseando que él estuviera desnudo para tener más libertad de movimientos. Se lamió los labios y se tuvo que convencer a sí misma de que él tenía razón con lo de seguir vestidos. Descubrió que disfrutaba tocándole, viendo cómo él se sometía a sus caricias mientras sus grandes manos acariciaban sus pechos. El deseo formaba un núcleo duro y pulsante en su vientre, tenso y cada vez mayor. William echó la cabeza hacia atrás al tiempo que apretaba los dientes y, justo cuando ella iba a preguntarle si le estaba haciendo daño, gritó y su mano se mojó con una cálida humedad. Maravillada, se preguntó por qué se parecía tanto la expresión de placer a la de dolor. Con cuidado, sacó su mano y la secó en un pañuelo que guardaba sobre la mesita de noche. Se tumbó al lado de él y lo abrazó, acercando su nariz al cuello masculino. Él puso su brazo sobre el de ella, parecía incapaz de moverse más allá de eso. A la joven le pareció maravilloso sentirse tan cerca de alguien, y disfrutó de la deliciosa sensación de haberle provocado aquel estado. William respiraba entrecortado, completamente laxo sobre la cama.

—Siento haberte manchado —dijo, tras unos minutos en los que ella pensó si se habría dormido.

—No lo sientas, no me importa en absoluto. ¿Estás... bien?

Él se puso de costado y le lanzó una mirada de las que la hacían temblar.

—No recuerdo haber estado tan bien en mucho tiempo.

Sus ojos brillaban y parecía haber recuperado las energías por completo. Elizabeth se quedó atrapada en sus oscurecidos iris y el tiempo pareció detenerse a su alrededor. William acercó sus labios y le besó con delicadeza

la mejilla hasta llegar a la oreja.

—Quiero tocarte —susurró—. Acariciarte por todas partes, lamer cada rincón de tu cuerpo. Quiero hacerte mía y no dejarte dormir en toda la noche. Piensa en eso cada vez que te acuestes en esta cama. —Le recorrió la oreja con la punta de la lengua, provocándole un escalofrío de placer. Aquellas palabras, pronunciadas con voz grave, espesa como la miel, le daban ganas de gemir—. Pero, por esta noche, tendremos que conformarnos con esto.

Sintió que le subía la falda, el aire fresco en las piernas y la ardiente mano de William encendiendo la piel de sus muslos. La besó en el cuello, en el escote y bajó hasta llegar a los pechos. Introdujo un pezón en su boca y su lengua lo rodeó al tiempo que lo succionaba. Ella quiso gritar de placer hasta que sintió que su mano ascendía por la sensible piel del interior del muslo; al notar que llegaba a su zona íntima juntó las piernas sin pensar. Él levantó la cabeza y le dirigió una mirada interrogante.

—No... no hace falta... de veras —farfulló.

En los ojos azules brillaba una chispa de diversión.

—¿Acabas de darme placer, pero te da vergüenza que lo haga yo contigo? —Ella asintió varias veces con la cabeza y él se apoyó en un codo, observándola—. ¿Nunca te has tocado aquí? —preguntó en un susurro, al tiempo que su mano libre la rozaba por encima de las bragas.

—Nunca he sentido la... —se aclaró la reseca garganta— necesidad.

William la miró con ternura y deseo.

—Déjame enseñarte —pidió.

Elizabeth separó los muslos, mirándolo sin pestañear. Él la besó en los labios, al principio con suavidad, después de forma más apremiante; ella le ofreció su boca con un suspiro de rendición. La mano de William recorrió la piel del abdomen y las caderas, deleitándose en delimitar sus curvas hasta que sus dedos suaves y cálidos se colaron bajo la ropa interior femenina, rozando con cuidado la sensible intimidad. Ella jadeó ante la sensación.

—Shhh... solo siente. Déjate cuidar. Si estás molesta dímelo y me detendré.

Repartió dulces besos por el rostro de Elizabeth mientras sus dedos la acariciaban con paciente suavidad. Se notaba húmeda y le dieron ganas de esconder la cabeza bajo la almohada, pero al mismo tiempo sentía una sensación extraña dentro, una placentera tensión en su vientre. Su respiración se hizo pesada y su corazón empezó a latir fuerte y rápido. Aspiró aire bruscamente cuando sintió uno de los largos dedos de William penetrándola.

—¿Te hago daño?

Ella tragó saliva al tiempo que negaba con la cabeza.

—No te detengas —dijo.

—No te imaginas lo deliciosa que te siento, cariño... —La respiración de William se volvió jadeante—. Apenas puedo esperar para estar dentro de ti.

Hizo falta toda la fuerza de voluntad de Elizabeth para no pedirle que lo hiciera. Aquella íntima caricia la trastornó. Se aferró a él mientras lo besaba, sus músculos temblorosos y tensos, ansiando algo que no llegaba. William le devolvió el beso, imitando con su lengua los movimientos de su dedo sin dejar de acariciarla en aquella zona donde parecían concentrarse todos sus sentidos. El placer estalló de forma inesperada, sacudiendo su cuerpo en oleadas. Separó la boca de la de William y sofocó un grito sobre la piel de su cuello. Cuando volvió a ser consciente de lo que la rodeaba notó que él la envolvía entre sus brazos. Su mano recorría la espalda de ella de arriba abajo, y Elizabeth ronroneó, disfrutando del momento.

—Te quiero —murmuró William—. Este momento va a quedar grabado en mí para siempre.

—Yo también te quiero. —Suspiró—. No... no sabía que podía ser así.

—Yo tampoco. —Le besó la cabeza—. No hasta ahora. Contigo todo es especial.

Ella prefirió no pensar en que él ya le había hecho aquello a otras mujeres. Decidió centrarse en que para él también era nuevo, si no el acto sí el sentimiento. Y que su noche de bodas iba a ser una novedad para los dos. Se sintió sumamente feliz con esa idea. Su respiración se hizo más pausada y se relajó por completo entre sus brazos. Los minutos pasaron y ella notó que le pesaban los párpados.

—Beth, cariño. —Tras una breve pausa, prosiguió—: Tengo que marcharme —dijo con suavidad.

—Lo sé —musitó ella con tristeza. Cuánto deseaba sentirlo a su lado toda la noche, despertarse con él, pero no era tan imprudente. Y también era lo suficientemente realista como para darse cuenta de que no podía tentar más ni el autocontrol de William ni el suyo propio.

Ambos se arreglaron la ropa, en silencio y sin mirarse, como si de repente les hubiera invadido el recato. Ya en el recibidor, William la tomó por la cintura y le dio un abrazo tan fuerte que casi fue doloroso. Después la besó en la frente sujetando su óvalo entre sus manos.

—Mañana no trabajas, ¿verdad?

—No.

—Sé que soy un egoísta porque estarás con tu familia, pero quisiera verte.
¿Podrás encontrar un hueco para mí?

Ella asintió.

—Yo también quiero verte.

—Toma —dijo él sacando una tarjeta de su bolsillo—. Este es mi número de teléfono. Llámame después de que salga del trabajo, estaré donde quieras cuando quieras. Y recuerda que tengo que hablar con tu madre... y con el padre de Paul —dijo en tono posesivo.

William salió de la casa tras haber comprobado que no había ningún vecino en la escalera. Llena de dulces recuerdos de lo que acababa de suceder, y sin pizca de remordimiento, se fue a la cama. Entre aquellas sábanas que olían a él durmió mejor que en semanas.

Capítulo 28

—Hay algo que te preocupa.

Elizabeth levantó los ojos de su plato, donde se derretía una porción de helado de chocolate, y miró a su madre.

—Quería hablar contigo —dijo la joven mirando alrededor, quedaba poca gente en el restaurante del hotel—, pero no con Paul y Charles escuchándome. Menos mal que se han ido a dormir la siesta.

La dulce mirada de su madre la estudió de aquella forma que la incomodaba, como si pudiera leer hasta el más íntimo de sus secretos.

—¿Estás embarazada?

Las cejas de la doctora se dispararon hacia arriba.

—¿Qué? ¡No! ¿Por qué a todo el mundo le ha dado por preguntarme eso? Bueno, no todo el mundo, solo Penny y tú.

Sarah suspiró con evidente alivio.

—Será porque las dos te conocemos bien. Pones esa cara de querer decirme algo y no saber cómo. Y a estas alturas de la vida no creo que sea porque has hecho novillos en el colegio para ir a pescar ranas con Paul.

La joven rio entre dientes.

—Solo fue una vez.

—Además, no se me olvida que estás enamorada. Siempre son los hombres los que nos meten en líos, ¿verdad? —Le tomó la mano y le dio un apretón afectuoso—. Dime lo que sea. Siempre has confiado en mí, y espero que eso no cambie.

Elizabeth suspiró y dejó que el cálido contacto de su madre calara en su corazón. De pronto, todo el confuso batiburrillo de su mente formó frases y no las pudo contener. Empezó a contarle lo acontecido en su relación con William. Sarah mostró su preocupación respecto al padre de este.

—Ese hombre debe de ser terrible. Temo que te haga daño de alguna forma, sería prudente seguir disimulando.

Elizabeth cerró los párpados un momento y respiró hondo.

—William va a hablar con su contacto de la Junta, mamá. No sé qué puede pasar.

—Elizabeth, hija, comprendo bien tu temor por él. —La mano de Sarah le dio otro apretón—. Pero, te lo repito, sé prudente, sabes que a una mujer se la juzga y condena con mucha más facilidad que a un hombre.

—Iremos con cuidado, pero no nos queda tiempo, ¿no lo ves? —Se

encogió de hombros, fingiendo una indiferencia que no sentía—. Por otra parte, hay ya tan poco personal en el hospital que dudo mucho que me echaran. —Elizabeth observó el rostro de su madre. Ansiaba su aprobación, que llegó en forma de renuente asentimiento.

—Si es tu decisión avanzar en tu relación con él, la respeto —dijo con seriedad.

La joven esbozó una temblorosa sonrisa.

—Me alegro, pero no era solo eso lo que tenía que decirte. Hay algo más importante. —Su madre pareció alarmada, pero antes de que la interrumpiera prosiguió—: Me ha pedido matrimonio y le he dicho que sí.

El amable rostro de Sarah se ensombreció. No dijo una palabra mientras miraba a su hija como intentando descifrar un enigma. Elizabeth sintió que su ánimo decaía y recordó las palabras de William la noche antes.

—¿Cómo te sentirías si fuera Paul quien me lo hubiese pedido? —inquirió la joven con suavidad.

Sarah pareció dolida.

—No se trata del hombre, sino de las circunstancias. Las tuyas y las tuyas.

—Las circunstancias son que en cualquier momento puede ser llamado a filas.

Eso agravó el gesto de dolor de Sarah.

—No quiero que sufras, Elizabeth.

—Ya es tarde, mamá. Lo he intentado, pero le necesito. Y el tiempo es un bien del que no disponemos.

Sarah tomó un poco del postre de su hija. Después la miró con ternura.

—No te negaré que habría preferido a Paul. Pero, aunque sé que el amor nos hace cometer locuras, confío en tu criterio. Debe de ser un hombre especial.

—Lo es. Y quiere pedirte mi mano. También sabe que debe contar con la opinión de Charles.

Su madre asintió con cautela.

—Todo un caballero, por lo que veo —dijo—. No creo que Charles se oponga. De todas formas, no creo que prohibírtelo sirviera de algo. Solo espero que tu decisión te traiga felicidad.

—Me alegro, porque queremos casarnos este mismo mes.

Sarah enarcó las cejas. Abrió la boca, pero vio algo en el rostro de su hija que la detuvo. Suspiró mientras parecía dar vueltas a muchas cosas.

—Charles tiene que atender asuntos en la fábrica —dijo tras otro largo

silencio— y parece que la guerra ha provocado una explosión de fertilidad. Hay varias chicas embarazadas en el pueblo y me necesitarán en breve. Tenemos que marcharnos pronto, nos guste o no —dijo—, pero no voy a perderme la boda de mi única hija. Cásate ya.

Esta vez fue Elizabeth quien agrandó los ojos. Ponderó aquella petición y le bastaron unos segundos para decidirse.

—De acuerdo.

—Ah, y hablando de fertilidad, este es un tema muy importante —dijo su madre bajando la voz hasta el susurro. Publicitar métodos anticonceptivos se consideraba pornografía y estaba penado por la ley—, imagino que no querrás quedarte embarazada todavía. ¿Habéis elegido método?

La doctora notó ascender el calor desde su cuello hasta la raíz del cabello. Hablar de ese tema con su madre, a pesar de la relación tan sincera que mantenían, le resultaba muy incómodo.

—No, pero...

—Déjate de peros —dijo Sarah, ignorando sus protestas—. Es una decisión muy importante. Si lo llego a saber te traigo unos cuantos condones, o mejor un diafragma importado de Holanda. Son difíciles de conseguir. ¿Conoces alguna ginecóloga o matrona de confianza que pueda vendértelos?

Elizabeth, a pesar de su zozobra, recordó de inmediato a la famosa doctora que había conocido en la Hull House.

—Sí. Conozco a la doctora Olga Petrov.

—¡Estupendo! Seguro que ella te podrá aconsejar lo mejor para vosotros. No te fíes de la marcha atrás, hija.

Elizabeth ya había llegado a un punto de sofoco difícil de superar. Ella, acostumbrada a ver a hombres y mujeres desnudos y explorar lo que ellos llamaban «sus vergüenzas», ahora no sabía qué decir. Su madre apretó los labios y le pareció que escondía una sonrisa.

—Y ahora, cielo —dijo—, voy a hacerte un pequeño regalo en forma de consejos para la noche de bodas.

Elizabeth ya había hablado de sexo con su madre, pero hasta ahora jamás había tenido ganas de taparse las orejas. Al terminar, Sarah le apoyó una mano en la mejilla, sonriendo.

—¿Estás bien, cariño? —preguntó—. Jamás te había visto tan pudorosa con estos temas. Pero ya verás cómo me lo agradeces.

La joven hizo una mueca.

—Supongo que es porque ahora estamos hablando del hombre a quien

amo, no de alguien hipotético. —Forzó una sonrisa—. Gracias por los consejos. Y por ser tan comprensiva.

—No tengo más remedio. Has elegido tu camino.

—Espero no haberte defraudado.

—No lo has hecho, cielo. Y creo que nunca lo harás.

—Y bien. ¿Qué hizo tu enamorado cuando os dejé solos ayer por la noche? —La pregunta de Paul era tan directa como su mirada, y Elizabeth bajó los ojos sintiendo cómo se coloreaban sus mejillas. Estaban solos en la *suite*, pues su madre y Charles habían salido a pasear por la ciudad. William había llamado desde el hospital para avisar de que uno de los pacientes de tifoidea estaba sufriendo una peritonitis, y que se demoraría.

—Solo hablamos. —De forma inconsciente, se frotó el dedo donde había llevado el anillo de prometida de Paul. Este soltó un silbido.

—Por el color de tu cara diría que de cosas muy importantes.

Elizabeth miró a su alrededor como buscando escapatoria. Paul estaba apoltronado en el sofá con los pies sobre la mesa y las manos cruzadas sobre el abdomen, mirándola con diversión. La joven soltó un suspiro.

—Me pidió matrimonio —dijo con timidez.

Escuchó el suave jadeo que se le escapó a su amigo y se sintió culpable. El silencio se extendió entre ellos, denso hasta tal punto que la joven escuchaba los latidos de su propio corazón. Por fin, se atrevió a mirarle. Paul la observaba con su media sonrisa burlona, aunque a ella le pareció ver un fondo de tristeza en sus ojos.

—Me equivoqué con él. No es un alcornoque —dijo—. El doctor Foster sabe bien lo que se hace. Y si es listo habrá puesto una fecha pronto.

—Queremos casarnos este mes.

—Buena decisión —dijo él sin ápice de sarcasmo—. ¿Estoy invitado?

—¿Vendrás si te invito?

—Eres mi mejor amiga. Si lo deseas, vendré.

Ella lo miró unos instantes y asintió.

—Si no te resulta incómodo, me gustaría.

—Quiero verte vestida de novia, quizá te arrepientas y cambies de parecer. Entonces estaré allí en el momento más oportuno —dijo, arrancándole una sonrisa—. ¿Y qué harás si a él le resulta incómodo que yo esté ahí? —Arqueó una ceja.

—Lo aceptaré. —«Al fin y al cabo, es él quien se queda con la chica», pensó, pero no dijo nada más y sonrió a su amigo con calidez. Sin duda sería

una situación un tanto extraña, pero ellos eran amigos antes que cualquier otra cosa y William tendría que aceptarlo.

—Así me gusta, hay que empezar un matrimonio demostrando quién lleva los pantalones en casa —bromeó él.

Cuando Elizabeth iba a soltar una réplica mordaz llamaron a la puerta. Se levantó de un salto, maldiciendo no llevar los pantalones de los que hablaba su amigo, y corrió a abrir.

—Will...

Ambos cruzaron sus miradas en el umbral. Los fuertes brazos de William la envolvieron y se dio cuenta de cuánto lo había añorado durante todo el día y de que, como sucede con el opio, cuanto más tenía de él, más ansiaba. Como le sucedía a un adicto, aquel pensamiento se esfumó mientras aspiraba el delicioso aroma de su cuerpo.

—Siento la tardanza —dijo él—. La cirugía con Coleman no es lo que más me ha retrasado, pero no quería explicarte nada más por teléfono. Vamos a ponernos cómodos. —Se separó de ella para mirarle a la cara—. ¿Crees que podemos hablar con tranquilidad aquí mismo?

Elizabeth miró hacia atrás, donde había estado Paul momentos antes, pero no lo vio. Sonrió con tristeza, agradeciendo la discreción de su amigo.

—Supongo que sí, aunque mi madre y Charles están a punto de llegar. ¿Qué ha sucedido? —preguntó con ansiedad.

Él la tomó por la cintura y la empujó con suavidad hasta el sofá. La luz crepuscular le daba un toque íntimo a la impersonal salita del hotel e iluminaba los agraciados rasgos del joven.

—Tenía que solucionar lo de la Junta antes de que mi padre actuara —explicó mientras se sentaban.

Ella sintió que le robaban la sangre del cuerpo y unos dedos le estrujaban las entrañas.

—¿Tan pronto? —musitó sin apenas voz.

William la levantó y la colocó sobre su regazo, acercándola a su pecho.

—Mi contacto en la Junta me ha dicho lo que ya temía: me aconseja que investigue a título personal, de lo contrario me juego un consejo de guerra, aunque sea inocente. Dice que es imposible saber quién tenía mi número sin la ayuda de mi padre. También opina que la burocracia militar es tan lenta que, en caso de adivinar el nombre de esa persona, antes de hacer justicia se habría terminado la guerra.

—¿Entonces?

—Me he asegurado de que mi padre no pueda manipular más mi expediente. —Le besó la coronilla y su voz decayó—. Me quedaré con el número que me consiguieron sus trampas, a menos que él sepa cuál era el original, en cuyo caso removeré cielo y tierra para encontrar a ese hombre. Si esto no es posible, debería... sé que debería alistarme como médico voluntario, pero ya no puedo remediar nada y soy demasiado egoísta. Quiero estar contigo el máximo tiempo que pueda, que al ritmo que va el reclutamiento serán a lo sumo dos o tres meses. —Sus dedos acariciaban la nuca de ella, enredándose con delicadeza en su cabello.

—Tengo miedo —musitó—. Todo está pasando demasiado rápido para que lo digiera. —No quiso decirle que luchaba por evitar un desagradable sentimiento premonitorio.

—Ahora estamos juntos, es lo único que importa.

—Mi madre aprueba que nos casemos enseguida.

—Pues entonces he sido oportuno al traer esto—murmuró en su oreja.

Dejó a la joven en el sofá, se levantó y se arrodilló ante ella, ofreciéndole una cajita de terciopelo en la palma de su mano. Elizabeth abrió los ojos como platos y fue a decir algo, pero el aire había huido de sus pulmones.

—Sé que no quieres ningún anillo, pero hay una tradición familiar que debo respetar. Este —dijo mientras abría la cajita— ha pasado por varias generaciones de la familia de mi madre. Ella lo recibió en herencia para pasarlo a su primer hijo varón —dijo sujetándolo entre índice y pulgar. Era un anillo de oro con un zafiro engarzado rodeado de pequeños diamantes—. Con él, los varones de su familia pedían matrimonio a sus prometidas. Hasta ahora a ninguno lo han rechazado, espero no ser el primero. —Le brindó una luminosa sonrisa que ella no pudo menos que imitar—. Elizabeth Florence Scott, ¿me harías el inmenso honor de aceptar ser mi esposa?

—Sí, acepto —dijo ella con voz ronca por la emoción. Tendió su temblorosa mano derecha para que le colocara el anillo. William la atrapó con una de sus manos y le sonrió.

—Espero que no te tiemblen tanto cuando ayudas en el quirófano. —Los ojos azules brillaban mientras deslizaba el aro alrededor del dedo. Contempló el efecto que hacía sobre la pálida piel y sonrió satisfecho.

—Es precioso, Will. No tenías... no... —soltó el aliento, incapaz de proseguir.

Él tomó su rostro entre sus manos y besó sus labios con tanta ternura que provocó en ella una explosión de calidez. Abundantes lágrimas corrieron por

sus mejillas, y fue así como los encontraron Sarah y Charles.

Tras las presentaciones y el formalismo de la petición de mano, Sarah insistió en que William cenara con ellos en la *suite*, no sin antes echar una rápida mirada a la expresión de Paul. El joven asintió de forma casi imperceptible, pero, para alivio y remordimiento de Elizabeth, se retiró a descansar mientras ellos tomaban café. Era una sensación extraña y a la que tendría que acostumbrarse, la de tener a William y a Paul sentados a la misma mesa.

Su prometido se relajó en cuanto el militar desapareció de la mesa. Elizabeth descubrió con diversión que el encanto de William para las mujeres se extendía a su madre, quien lo escuchaba extasiada comentar anécdotas del trabajo. Charles, en cambio, lo miraba con discreto recelo. Cuando tocaron el tema de la cercana boda y Sarah planteó los posibles problemas de organización, William aseguró que, gracias a la guerra, los permisos de matrimonio se daban casi al instante. Estaba seguro, además, de que no habría ningún problema en encontrar iglesia y reverendo para tan precoz evento. Sintiéndose de repente como si el suyo fuera un matrimonio concertado, Elizabeth miró a Charles con las cejas arqueadas en busca de ayuda y solo encontró un rostro suspicaz. Decidió que tendría que intervenir, más cuando se le ocurrió que su madre podría empezar a hablar de planificación familiar con su prometido. Horrorizada ante la idea, dijo:

—¿Tengo derecho a opinar, supongo? —se dirigió a su madre y a William.

—Cariño, antes me has dicho que te parecía buena idea casarte ya —dijo Sarah.

—Me dijiste que te parecía bien casarte este mes —intervino el joven con suavidad.

Elizabeth entornó los párpados mirándolo, sintiendo un delicioso cosquilleo al recordar cómo él le había arrancado aquella declaración. Notó la mirada de su madre clavada en ella, como si pudiera leer en su piel cada beso recibido y oír cada suspiro, y carraspeó.

—Por supuesto —dijo, evitando la mirada de Sarah.

—Podríamos aprovechar para tomarnos un par de días cuando se celebre la boda de tu madre y Charles. Siempre que Parker nos lo permita, claro. Nuestra luna de miel tendrá que esperar.

—Parece que has dedicado tiempo a hacer planes.

—El día se me ha hecho largo y aburrido sin ti —dijo dedicándole una sonrisa que lo hacía parecer un niño inocente.

Absorta en aquel gesto encantador, Elizabeth escuchó la risita de su madre y un bufido de su futuro padrastro.

—Resulta casi divertido verte así de perdida —dijo Sarah.

—A mí me resulta inquietante, como si estuviera poseída. Es tan... poco ella —comentó Charles.

—Yo fui la primera sorprendida, Charles, créeme —refunfuñó la joven. Por toda respuesta a la pulla, William le tomó la mano y le besó el dorso con galantería.

*

—Tiene usted una visita, doctor Foster —dijo el ama de llaves asomando por la puerta de la biblioteca—. Es el señor Foster. Le espera en el salón.

William se sintió casi decepcionado. Su padre había tardado. Después de la noche del viernes y la jugosa información que, sin duda, le habrían pasado, había esperado verlo el sábado o el domingo.

—Buenas tardes, padre —dijo entrando en el salón.

La luz de la tarde penetraba a raudales por el amplio ventanal, pero su padre, como si prefiriera acechar en la penumbra, estaba en un rincón encendiendo uno de sus apestosos cigarrillos. Levantó los ojos y los clavó en su hijo. Casi cualquiera se habría asustado ante aquella mirada demoledora.

—Buenas tardes, William. —Hizo una pausa mientras aspiraba el humo del tabaco. Exhaló una gran bocanada y se sentó en el sillón que tenía cerca sin esperar la invitación de su hijo. Este hizo lo propio mientras el silencio los envolvía. Al final, William tomó un periódico que tenía en una mesita y se dispuso a leerlo.

—Voy a desheredarte —dijo al fin el abogado.

El joven le echó un vistazo por encima del diario.

—Me parece algo consecuente por tu parte. No esperaba otra cosa —dijo con calma.

—Se lo voy a dejar todo a tu madre. Si muero yo antes, podrá hacer lo que quiera. Si ella muere primero, heredará de mí la familia más lejana que tenga en mi árbol genealógico antes que tú.

—Bien. —William bajó el periódico—. ¿Algo más?

—No voy a molestarte más, haz lo que desees. Mi única condición es que tu madre no conozca mis intentos por conseguir que no hagas el imbécil. No sé si lo entendería.

William agrandó los ojos, sorprendido. Aun así, espetó:

—Deberías haberlo pensado antes.

—¿Eso es un no?

El joven pensó unos instantes la respuesta. Su madre sería infeliz si se enterara de todo, y ahora Elizabeth estaría más tranquila sabiendo que ya no tenían que preocuparse por su padre. Respecto a él mismo, no quería su dinero.

—Está bien —aceptó—. Pero quiero conocer quién tenía el número que robaste para mí.

—Eso es imposible. El cambio fue al azar, tu nombre pasó a ocupar el del otro y viceversa, pero no quedó registro alguno. Yo me encargué de ello por nuestra seguridad.

William curvó los labios hacia abajo con desagrado. No esperaba oír otra cosa, su padre era muy competente en sus trampas, pero tenía que intentarlo.

—Tendré que creerte. Pero cuida de cumplir tu parte del trato, o me aseguraré de devolvarte multiplicado todo el daño que hagas.

Su padre lo miró con cierta diversión.

—No se te da bien amenazar. No resultas convincente.

—Es porque se me dan mejor los hechos que las amenazas —dijo levantándose de su sillón—. Solo piensa en cómo reaccionarias tú si alguien atacase a mamá de alguna forma. —Se acercó a su padre, quien se puso en pie de inmediato—. Entonces podrás llegar a comprender lo que soy capaz de hacer por Elizabeth.

El abogado se envaró, pareció sopesar aquella posibilidad y, finalmente, asintió. En silencio, se dirigió a la salida. Antes de desaparecer por la puerta se giró y miró a su hijo. Sus ojos grises parecían verlo por primera vez.

*

—Adelante.

—Doctor Parker, quería mostrarle algo —dijo Elizabeth entrando en el despacho. Antes de sentarse echó un vistazo a la silla que Parker le mostraba y vio un montón de papeles. Los cogió y se los entregó en silencio.

—Tengo prohibido que me guarden las cosas. Necesito tenerlo todo a mano. Sé dónde está todo, y si lo guardo no lo encontraré —explicó su jefe.

Elizabeth asintió, renunciando a buscarle sentido a aquellas palabras.

—Le traigo los registros que le comenté —dijo ella—, los de los seguros de vida que me sugirió el doctor Coleman. Solicité una copia y los acabo de recibir. Como ve —señaló una gráfica en una de las páginas que llevaba en las manos—, la mortalidad en esta primavera ha sido mucho mayor que en los últimos años, incluso mayor que la de algunos inviernos. Casi todas las

muertes fueron por procesos respiratorios, sobre todo neumonía. La «fiebre de los tres días» no ha sido tan banal como nos han hecho creer.

Parker se subió las gafas, que le resbalaban por la nariz, con el dedo índice de una mano. Con la otra tomó los papeles que le tendía Elizabeth.

—¿Cómo puede ser que esto no haya sido noticia? —Levantó la mano cuando ella abrió la boca—. Era una pregunta retórica. Nuestros funcionarios de Salud Pública son incompetentes, y la guerra es la única noticia que merece la pena tener en cuenta. Lo que me disgusta más es que se nos haya pasado a nosotros. —Suspiró y tiró los papeles sobre la mesa de forma que pasaron a engrosar el montón que ya había. Elizabeth contuvo las ganas de ponerse a ordenar—. ¿Sabe qué es lo peor?

—No.

—La pandemia de 1889 vino en tres oleadas, y la tercera fue la más grave. Me temo que la de esta primavera es solo la primera de varias. La enfermedad está recorriendo el mundo y, cuando vuelva, no nos va a encontrar preparados. —Se quitó las gafas y se pasó las manos por la cara. Cuando la miró parecía viejo y cansado.

Elizabeth intentaba descifrar el porqué de aquella obsesión con la gripe. La tristeza que reflejaban los ojos de Parker le dio la clave.

—Espero no molestarle, pero... ¿perdió algún ser querido en esa pandemia?

Parker permaneció en silencio durante unos instantes, su mirada perdida en algún punto de la pared. Elizabeth decidió levantarse, pero, antes de que se moviera, él contestó:

—A una... gran amiga. —Tomó aire y la miró antes de suspirar—. Ambos estábamos en Nueva York, en el laboratorio de Salud Pública, intentando encontrar la causa de la gripe para conseguir una vacuna. La tercera oleada de la pandemia, la de 1891, se la llevó. Quizá la contrajo en el laboratorio, apenas salíamos a la calle, obsesionados por encontrar el maldito microbio. Entonces no éramos tan cuidadosos como ahora. —Apartó los ojos de ella y se quedó mirando sus gafas, que estaban sobre unos papeles en la mesa.

—Lo siento —dijo ella en voz baja. Por un momento imaginó aquella situación en las circunstancias actuales: miles y miles de soldados cruzando los océanos de continente a continente llevando con ellos infecciones, otros hacinados en los campamentos militares...

Pensó en William, en Paul.

El frío recorrió sus venas y se estremeció. Musitó una despedida y cerró la

puerta del despacho a sus espaldas.

Capítulo 29

—¿Cómo te sientes? —La mano de William se cerró sobre la suya, cálida como un abrazo.

Elizabeth dejó de mirar por la ventanilla del automóvil para centrar su atención en el rostro de su prometido. Los ojos azules la miraban con dulzura. La reunión con su familia el sábado había ido bien, y ahora tocaba reunirse con la madre de William en casa de este.

—Como si toda mi vida hubiera nadado contra corriente y de pronto hubiera decidido que era mejor dejarme llevar. Una parte de mí se siente aliviada, feliz, pero la otra me pregunta: ¿qué estás haciendo, loca? A veces demasiado alto para mi gusto. —Hizo una mueca.

Él soltó una risita y, cuando la guardia de tráfico les indicó que tenían vía libre, le soltó la mano y reemprendió la marcha. Giró el volante para adentrarse en la calle que conducía hasta su hogar.

—La vida cambia porque cambian las circunstancias —dijo—. Mira esa mujer, dirigiendo el tráfico. Hace cinco años, ver algo así habría sido imposible. Y hace seis meses no habrías imaginado que llegaríamos a estar prometidos, ¿cierto?

Ella soltó un leve resoplido y le sonrió, burlona.

—Ni siquiera habría imaginado que me atrevería a subir a este trasto contigo. Me caías fatal.

Él rio y negó con la cabeza. Hubo un momento de silencio mientras William aparcaba el vehículo en el garaje de su mansión. Se volvió hacia ella para observarla con atención.

—¿Estás segura de que quieres seguir adelante? A veces temo que te entre pánico en el último momento —dijo con suavidad.

—¿Crees que estaría aquí, contigo, de no estar segura? —repuso ella—. He luchado contra esto durante meses, William. He intentado ser racional, precavida. Pero, desde el momento en que entraste en mi vida, me demostraste que en mí habitaba una desconocida. Ahora ella ha tomado las riendas de mi vida —levantó la mano y la apoyó en la mejilla del joven— y, a pesar de todas las complicaciones, me siento completa y feliz contigo.

—Intuyo que en el futuro tendremos que reconciliar a esas dos Elizabeth para seguir siendo felices —dijo él, apoyando su mano sobre la de ella—. ¿Crees que los besos funcionarán? —dijo con mirada pícaro. Su rostro se acercó al de ella hasta que la joven sintió su cálido aliento acariciándole la

piel.

—¡William! —La voz de Emma les llegó momentos antes de que apareciera en el garaje—. Me estaba empezando a... Oh, lo siento, no quería interrumpir —dijo mientras ellos se separaban rápidamente—. Estaba loca de impaciencia. Os he oído aparcar y al ver que no entrabais pensaba que quizá había sucedido algo. —Sonrió. Sus mejillas coloreadas por el sofoco y el brillo feliz en sus ojos, tan parecidos a los de William, la hacían parecer mucho más joven.

Él salió del automóvil y besó la mejilla de su madre.

—No ha sucedido nada. Solo estaba asegurándome de que la novia no se dará a la fuga el día de la boda —dijo, rodeando el vehículo para abrir la puerta de Elizabeth.

—Espero que la hayas convencido —dijo la mujer con una ancha sonrisa. Después se dirigió a la joven—. Ya creía que no vería casar a mi hijo. Estaba tan concentrado en su carrera, tan obsesionado por su independencia... Has hecho magia con él, Elizabeth. —La abrazó con afecto y esta le correspondió.

—No sé quién ha hecho magia con quién, señora Foster —bromeó la joven. Aquella mujer era tan distinta a su esposo que, una vez más, se preguntó cómo habían llegado a estar casados. Sin duda, había sido un matrimonio de conveniencia.

—Emma. Tutéame, por favor —dijo tomándola de las manos.

—De acuerdo, Emma.

En el luminoso comedor, Elizabeth vio la mesa preparada para tres y miró alrededor, buscando al personal de William.

—No hay nadie más que nosotros —dijo Emma—. William ha dado fiesta al servicio, hija. Pensamos —dijo, brindándole una sonrisa— que estarías más tranquila así. En la mesa tenemos todo lo que necesitamos para una cena sin interrupciones.

William separó la silla para que su madre se sentara y después hizo lo mismo con Elizabeth.

—Espero que te guste el asado que prepara mi madre —comentó él—. Mi cocinera siempre ha querido saber cuál es la mezcla de hierbas que usa para marinar la carne, pero cuando se lo pregunto se hace la despistada.

—Es un secreto de las mujeres de la familia —intervino Emma—. Si te gusta la cena te lo explicaré, pero solo a ti, Elizabeth. —Bajó la mirada y se fijó en el anillo de compromiso, que ella llevaba para la ocasión—. ¿Sabes? Creo que no tengo palabras para describir cómo me siento al veros juntos.

Desde la noche en que os vi bailar el vals supe que había algo especial.

—Es usted... eres muy amable, Emma. Pero en aquel momento más bien le tenía antipatía a tu hijo —dijo la joven en tono jocoso.

—No es amabilidad, hija. Soy bastante intuitiva. —Miró William fijamente—. Lamento que todo esto sea a espaldas de tu padre, pero sé que no hay más remedio. Y también sé que me estáis ocultando algo, que tarde o temprano averiguaré.

La simple mención a aquel hombre hizo que la joven sintiera la imperiosa necesidad de mirar debajo de la mesa.

—Hacer esto a espaldas de papá es puro sentido común. Ya sabes que no aprobaría mi boda con Elizabeth —puntualizó William ignorando el resto de las palabras de su madre.

La joven sabía que él no le había explicado toda la historia del espionaje y chantaje al que los había sometido el abogado, por no hablar de las trampas en el sorteo del número de orden, así que se esforzó por mantener una expresión neutral a pesar del malestar que le provocaba pensar en aquel hombre.

—Sí, por supuesto —dijo Emma—. Hay algo más, pero en estos momentos lo que me importa es estar aquí con vosotros dos. Elizabeth, cielo, estás un poco pálida. Toma vino, te sentará bien.

—No bebo, gracias. Pero seguro que me reanima un trozo de ese asado del que hablaba William.

Emma demostró ser una excelente anfitriona; Elizabeth disfrutó tanto de la cena como de su amable compañía, que consiguió hacerle olvidar a Foster padre. Cuando terminaron el postre, su futura suegra se excusó y desapareció del comedor con una sonrisa misteriosa.

—Quédate conmigo esta noche —susurró William tomando de pronto la mano derecha de la joven. Le besó el dorso de cada dedo antes de darle la vuelta y besar la palma—. Te necesito.

—Solo quedan un par de días para la boda —dijo ella con esfuerzo. La tentación era grande.

—Lo sé. Los dos días más largos de mi vida. —Después de besarle la palma, la acarició con la punta de su nariz, aspirando el aroma de su piel con deleite.

Elizabeth estaba sin aliento. Lo deseaba tanto como él, pero no quería adelantar su noche de bodas: cumplir con la tradición era una necesidad, algo estable a lo que agarrarse en aquella vorágine en la que se había transformado

su vida.

—No es buena idea —se resistió débilmente. Jadeó al sentir la punta de la lengua de él rozar la sensible piel de su muñeca.

—Podemos hacer como la última vez, y después dormir juntos. Quiero despertarme contigo...

Elizabeth titubeó, tentada.

—William, tenemos que ser fuertes o no podremos hacer esto —suplicó.

Emma anunció su presencia con ruido de puertas y taconeos, y esta vez no los pilló in fraganti.

—Tengo un regalo para ti, Elizabeth. William, ¿puedes salir un momento? —dijo entrando con una gran caja. La depositó en la mesa del comedor ante la cara expectante de la joven.

Ella se puso de pie para abrirla.

—¿No basta con que me dé la vuelta para no mirar? —dijo William con fastidio.

—No, hijo. No me considero una mujer muy supersticiosa, pero tal como están las cosas estos días voy a tener el máximo cuidado posible. Es mejor evitar tentaciones. ¿No tienes correo que leer, por ejemplo, en la biblioteca?

El joven rezongó antes de salir y su madre lo ignoró.

—Ábrelo ya, hija. Imagino que con todo este paripé ya sabrás lo que es. Y te prohíbo que protestes, a menos que no te guste. Si es así seguiré buscando, aunque sea con tan poca antelación. Este lo ha cosido mi modista en un tiempo récord, pero podemos buscar uno que ya esté confeccionado y adaptarlo para ti.

—Gra... gracias, Emma. —En silencio, abrió la caja y sacó el contenido con un jadeo. Era un traje de novia, uno más hermoso de lo que podría haber imaginado, una confección en gasa y seda de color blanco crudo, larga con un poco de cola, a la última moda—. Dios, es demasiado —dijo con voz débil.

—No lo es. Había uno que me gustaba más, en seda, pero he pensado que este es más moderno... más como tú. Tengo buen ojo para las tallas —dijo mirándola de arriba abajo—, espero no haber fallado. —Suspiró—. Entiendo que la boda tenga que ser secreta, pero, aunque vaya a ser una ceremonia íntima, me sentiría fatal si mi futura nuera no es la novia secreta más resplandeciente de la ciudad. Aunque solo sea para los ojos de unas pocas personas, serán las que importan.

Elizabeth la abrazó.

—Me alegro muchísimo de que una de ellas seas tú, Emma.

Cuando volvió de la biblioteca, William se encontró a su madre y su futura esposa conversando animadamente sentadas en el sofá.

—Ahora tendrás algo nuevo —decía Emma—, el vestido, y algo azul, el anillo. Y también algo prestado, mi hijo —le guiñó un ojo—. Es broma, te lo regalo, pero de momento me lo voy a quedar un ratito más. —Miró a William—. He pensado llamar a casa y decirle a tu padre que no me espere a dormir.

William pestañeó varias veces, pero reaccionó.

—Por supuesto, mamá. Voy a acompañar a Elizabeth a su casa. Espérame despierta. Charlaremos un rato antes de dormir, como en los viejos tiempos.

—Por supuesto, cariño. No tardes.

A Elizabeth le pareció que la mujer tenía un brillo cómplice en los ojos cuando le dio las buenas noches.

*

La pequeña iglesia estaba iluminada por la dorada luz de las velas y la luz vespertina que penetraba a través de las coloreadas cristalerías. William agradeció a los cielos la habilidad organizadora de su madre, quien había conseguido iglesia y reverendo, por no hablar del vestido de novia. También había solucionado el tema de los permisos. Imaginó que todo había sido facilitado por unos cuantos dólares, o quizá por los contactos de su madre, qué más daba. Lo importante era el aquí y ahora.

Después de salir del trabajo aquel sábado, Elizabeth se había marchado en dirección a su casa. El plan era que el chófer de Emma la recogiera junto a Penny, y llevarse a las tres al hotel donde se alojaba su familia para arreglarse. Mientras, él había marchado solo a su casa; nadie iba a ayudarlo a vestirse, ni falta que le hacía. Lo mejor de los trajes de boda era quitárselos, de eso estaba seguro. Su mente se llenó por enésima vez de imágenes de lo que sería aquella noche y se removió incómodo, cambiando el peso de sus pies de uno a otro. Allí, frente a un altar, no era el momento de dejarse llevar por la lujuria.

Miró con disimulo su reloj y maldijo la idea de su madre de que esperara a Elizabeth en el altar para seguir la tradición. Allí estaba, como un pasmarote, esperando una eternidad... Bien, de momento solo habían pasado cinco minutos de la hora, pero se le habían hecho eternos.

Miró en dirección a los bancos de la iglesia. Su madre, sentada junto a Margaret Stanley, se entretenía cuchicheando con ella. Ambas le brindaron sendas sonrisas de ánimo. Elizabeth había querido invitar a la viuda y, por supuesto, a Penny, pero no se había arriesgado con Eva ni con Edith. En los

bancos del otro lado estaba, con la mirada burlona clavada en él, el futuro hermanastro de Elizabeth. William apartó los ojos, decidido a ignorarle en lo posible. No sabía cómo sentirse con aquella situación; ella quería a Paul como a un gran amigo, pero estaba convencido de que los sentimientos de él eran algo menos fraternales. Sin embargo, había acudido a la boda con uniforme de gala y no había hecho nada por impedir su relación. Así que, aunque su corazón lo rechazaba por celos, su mente lo reconocía como alguien bueno para Elizabeth. Eso era lo único que debía importar, se dijo.

—Tranquilo, amigo. Una novia que se presenta puntual no es una buena novia —musitó Michael Penfield, quien se había acercado a él.

—Y eso lo has sacado de tu vasta experiencia en bodas —susurró William, alzando una ceja.

—Ya lo creo, fui responsable de la sección de sociedad del periódico durante un tiempo.

—Si no me falla la memoria fueron dos semanas, por vacaciones del responsable.

—Es...

Sus palabras fueron interrumpidas por el carraspeo del clérigo. El ruido de la puerta al girar sobre sus goznes atrajo su atención y William miró en dirección a la entrada del templo.

—Elizabeth —susurró. Notó que su mandíbula se descolgaba, pero no le importó.

La joven traspasaba el umbral de la iglesia del brazo de Charles, que la entregaría en el altar, flanqueados ambos por Sarah y Penny. La tenue luz se reflejaba en su vestido de seda color crudo y manga corta de gasa, con una banda oscura que lo rodeaba justo bajo el busto, marcándolo. No llevaba velo. Caminaba mirándose los pies, una mano sujetaba un pequeño ramo de rosas blancas y la otra agarraba con fuerza el brazo de su futuro padastro.

Penny, preciosa con un vestido en tonos rosados, también regalo de Emma, se adelantó a la novia antes de que empezara a recorrer el pasillo central de la iglesia. Estaba tan orgullosa en su papel de dama de honor que resultaba encantador su gesto de concentración mientras avanzaba sobre la alfombra al ritmo de la marcha nupcial. Sarah fue por el lateral de la iglesia hasta situarse en el banco al lado de Paul. Miró a su hija con lágrimas en los ojos. Elizabeth alzó el rostro, vio a William y sonrió. Aquella sonrisa atravesó su corazón como una flecha, como la primera vez que la vio. Ella desconocía que podía hacer de él lo que quisiera solo dedicándole aquel gesto. Suspiró, mirándola

mientras se acercaba, pensando que no sabía qué había hecho para ganársela pero que haría todo lo posible por conservarla, por protegerla de todo y de todos. Se lo juró a sí mismo en aquel momento, ante el altar, como un voto privado.

—Cierra la boca —bromeó ella cuando se situó a su lado. Su brillante cabello estaba recogido por unos adornos de perlas, que hacían caer las negras ondas de su melena hacia la espalda. Lo miró con timidez.

—Estás tan hermosa que no tengo palabras —se acercó a ella y le susurró en el oído—: no unas que pueda pronunciar en público. —Disfrutó viendo cómo sus mejillas se teñían de rosado. Tenía en mente conseguir eso mismo incontables veces aquella misma noche.

La ceremonia transcurrió fluida, a pesar de que con la premura apenas habían podido ensayar. Las promesas salieron del corazón, no solo de los labios, llenando el aire del templo con ecos de amor y esperanzas. Al terminar William se inclinó y besó con suavidad los labios de la joven, sabedor de que si le dedicaba una caricia más prolongada terminaría escandalizando a, como mínimo, el reverendo. Aun así, escuchó alguna risita y carraspeos.

—William, hijo, tú pretendes que esto vuestro sea secreto —le dijo su madre mientras lo abrazaba para felicitarlo—, pero va a ser muy difícil si la miras como si estuvieras en el Titanic y ella fuera el último bote.

—Será difícil, pero lo conseguiremos —aseguró él.

Emma le acarició con dulzura la mejilla y sonrió, apartándose para que los demás invitados lo felicitaran.

Durante el banquete, que se celebró en el comedor principal de la casa de William, este se encontró conteniendo las ganas de echar a todos. Era más acertado organizar ese tipo de eventos en hoteles para poderse marchar y dejar a todo el mundo plantado mientras el novio se daba su propio banquete con la novia.

—¿En qué piensas? —preguntó Elizabeth, sentada a su lado.

Él intentó fingir inocencia, pero fracasó. Rio por lo bajo al ver la mirada casi reprobadora de ella.

—No me digas que no estás pensando lo mismo que yo —le dijo al oído.

—No. Ahora mismo estoy pensando en lo feliz que soy rodeada de todos mis seres queridos. Quiero grabar este momento en mi mente y en mi corazón, para siempre.

William simuló estar decepcionado.

—Oh, vaya. ¿Así que el único que hace planes para no dormir en el siguiente día y medio soy yo?

Ella lo miró muy seria. Se acercó más a él y le habló a la oreja.

—Treinta y dos horas, si logramos echarlos antes de las diez de la noche —susurró, calentándole la sangre más aún.

Margaret Stanley, sentada frente a ellos, les dirigió una rápida sonrisa antes de hablar hacia la mesa.

—Queridos amigos —dijo—. Os ofrezco terminar esta celebración en mi casa. Tengo champán frío, bombones y música en mi fonógrafo, todo para deleite de jóvenes y no tan jóvenes.

De forma ruidosa todos se levantaron y, uno a uno, se despidieron con besos y abrazos de la pareja de novios. Paul ofreció su brazo a Penny, quien le dedicó una sonrisa resplandeciente.

—Acompáñame a ponernos a salvo, Penny —dijo el capitán en un tono que no tuvo nada de confidencial—. Chicago corre el riesgo de otro gran incendio.

Se oyó algún otro comentario subido de tono mientras la pequeña comitiva salía. Elizabeth, sofocada, miró a William apoyarse en la puerta ya cerrada. Sus ojos azules la miraron con voracidad.

—Sería bueno que Penny y Paul se acercaran el uno al otro. Creo que harían una pareja estupenda... —su voz se apagó cuando su esposo acortó la distancia que los separaba. Contuvo el aliento mientras él levantaba la mano y la colocaba con delicadeza bajo su barbilla.

—¿De veras quieres hablar de eso ahora? —inquirió en un ronco murmullo.

—N-No. Podemos hablar de las últimas técnicas para aislar el bacilo de Pfeiffer —dijo ella con humor—. En el Instituto Rockefeller están usand... ¡oh! —exclamó mientras él la levantaba en volandas.

—No sigas, o te haré el amor aquí mismo. No sabes lo que me haces cuando me hablas así —dijo, llevándola hacia la escalera.

Ella le rodeó los hombros y apoyó la cara en la curva de su cuello. William notó que se relajaba en sus brazos.

—Tu aroma es embriagador. —Aspiró con fuerza y soltó su cálido aliento sobre aquella sensible piel.

—¡Santo cielo! Te lo digo en serio, mujer, calla hasta que lleguemos arriba, o nos vamos a romper el cuello —la riñó con dulzura. No podía apresurarse, la cola del vestido de novia se le enredaba por las piernas y temía

caer por las escaleras. Notó que ella sonreía contra su piel.

Abrió la puerta de su dormitorio y penetró en él con su preciosa carga en brazos, cerrando tras de sí con un pie.

—No hay nadie en la casa, así que, si en algún momento quieres gritar, grita.

—¿Y por qué voy a querer gritar? —Ella abrió los ojos con una inocencia que habría sido alarmante de no haberle brillado con picardía.

La depositó en el suelo frente a él.

—¿Tu madre no te ha hablado de lo que pasa cuando un hombre y una mujer están juntos? —preguntó con fingida preocupación. Dio un paso adelante y ella uno hacia atrás sin apartar los ojos verdes de los suyos.

—Me explicó algo de las abejas y las flores, pero no lo entendí muy bien. —Apretó los labios, refrenando una sonrisa.

—Entonces, querida mía —continuó serio—, creo que vas a tener una pequeña sorpresa —dijo, quitándose el frac con lentos movimientos. Lo tiró de cualquier forma y avanzó otro paso hacia ella, empezando a desabotonarse el chaleco.

La joven retrocedió mirándole las manos.

—Ahora que lo dices, es cierto que mi madre me dio un par de consejos para esta noche. —Había llegado al borde de la cama y se detuvo.

—¿Querías compartírmelos conmigo? —dijo él con voz grave. Estaba muy, muy cerca de ella. Parecía que su flamante esposa tenía problemas para mantener el equilibrio.

—Tu habitación es muy bonita —dijo mirando alrededor—. Y esta cama es enorme. ¿Para qué quieres una cama tan grande para ti solo? —Lo miró—. Querías, no quieres. No hablaba de ahora. Ahora es obvio que nos irá bien que sea grande, ¿no?

William se lamió los labios con la punta de la lengua y se mordió el inferior para sofocar la risa que le burbujeaba en la garganta. Arrojó el chaleco a un lado y empezó a desabotonarse la camisa. Ella parecía fascinada por sus manos y su respiración se había acelerado. Su cuerpo, sin embargo, se veía tenso.

—Beth, ¿estás nerviosa? —Se apartó de ella y se retiró la camisa. Vio que Elizabeth aspiraba una bocanada de aire paseando la mirada por su torso.

—Un poco. —Lo miró a los ojos—. Me gusta tu cuerpo. —Hizo una pausa mientras parecía ordenar sus pensamientos. Entonces él comprendió su error: la estaba dejando pensar—. Pero, y ¿si no te gusta el mío? ¿Y si no te gusta

algo que haga, o que... que no haga? Quizá te decepcione esto que has esperado tanto. ¿Y si me duele mucho y se me quitan las ganas para siempre? Oí casos cuando era interna —dijo sin apenas pausa.

—Relájate, amor —repuso él con ternura. Se aproximó y le empezó a deshacer el recogido con movimientos cuidadosos—. Tu cuerpo es precioso, al menos lo que he visto de él hasta ahora, y nadie está haciendo nada mal —la miró a los ojos, que tenían las pupilas dilatadas y un tono verde oscuro— excepto yo, que no he sabido calmarte.

Se inclinó sobre ella y, suavemente, rozó sus labios con los de él. Sus manos se dirigieron a los corchetes que llevaba el vestido en la espalda. Mientras, su lengua acarició el labio inferior de la joven. Sentía su aliento jadeante y notaba en sus dedos cómo su cuerpo se iba relajando. La instó a separar los labios y se coló en el interior de aquella boca ardiente, que lo recibió gustosa. Acarició cada rincón, notando cómo se tejía la intimidad entre ellos, envolviéndolos como una bruma suave que disolvía las barreras. Cuando hubo terminado de desabrochar el vestido tiró hacia abajo, dejando a la novia en ropa interior. Contuvo el aliento, absorbiendo la imagen que tenía ante sí.

—Llevas corsé —susurró apartándose para mirarla de arriba abajo, boquiabierto—. Tú nunca llevas corsé. ¡Jesús! ¿Qué... qué llevas puesto? —Tragó saliva con dificultad.

—¿No te gusta? —Ella bajó la mirada y pareció querer taparse, pero él la detuvo.

—¡Claro que me gusta! —exclamó—. Me gusta demasiado.

La contempló con deleite. El pecho de la prenda era de encaje blanco semitransparente y dejaba entrever sus pezones, pequeños y duros. La forma del corsé se ajustaba a su estrecha cintura, de donde emergía la suave curva de las caderas. La parte inferior de la prenda tenía unas cintas que sujetaban unas medias blancas. Para terminar, vestía un corto y moderno *culotte* del mismo color que el corsé.

Era pura lujuria hecha mujer.

—Es un regalo de la señora Stanley. Esto y una *negligée*, pero no me atrevo a usarla... todavía —dijo con timidez.

—No deberías avergonzarte, Beth. —Sus manos viajaron por las caderas de la joven, acariciando el sedoso tejido, ascendieron por la cintura y se posaron en los pechos cubiertos de encaje, que cabían en sus manos como hechos a medida—. Eres sensual y deliciosa, un regalo para la vista y los

sentidos —dijo tomándole las nalgas con las manos—. Lo quiero todo, Beth. Todo de ti.

Ya sin el vestido la alzó por las nalgas con facilidad; ella le rodeó la cintura con sus piernas y el cuello con sus brazos, apretando sus pechos contra la piel desnuda del torso masculino. William se detuvo, recreándose en la sensación de tenerla más cerca que nunca, en el calor de su piel traspasando la suya. Notó que la recorría un temblor, o quizá había sido él. Ella acercó sus labios, besándole con una pasión que lo dejó sin aliento. Sintió la sangre arder en sus venas, su corazón latiendo con fuerza, golpeando su prisión como si quisiera ir a donde pertenecía. La llevó hacia la cama y la recostó. Colocándose entre sus piernas, se cernió sobre ella. Devolvió el beso con voracidad y el aire de la habitación se llenó de los gemidos de ambos. Le besó el cuello y lo lamió, percibiendo su acelerado pulso. Siguió lamiendo hasta llegar al nacimiento de los pechos.

—¿Esta vez querrás una vela? —quiso saber. «Que diga que no, por favor».

—No. Quiero verte.

Suspiró aliviado.

—Dime qué consejos te ha dado Sarah —murmulló contra su cálida piel.

—Solo dos —repuso jadeante—. Uno de ellos, que debía decirte «las mujeres primero».

Él rio entre dientes.

—Es un sabio consejo. ¿Y el otro? —Notó que ella titubeaba y levantó la cabeza—. Dímelo, Beth.

—Dijo que... —bajó el tono de voz a uno apenas audible— que la primera vez me pusiera yo encima. Que me dolería menos si controlaba la... —carraspeó— penetración.

Solo de imaginar aquella situación, ella desnuda sobre él y cabalgándolo, William empezó a sentir dolor en la entrepierna. Frunció el ceño tomando aire.

—Will, ¿estás de acuerdo? —inquirió ella al ver su expresión.

—Amor, haremos lo que quieras, como quieras y cuando quieras —la instó a sentarse para quitarle el corsé—, pero temo que así todo va a ser muy rápido. Aunque quizá sea lo mejor para ti. De todas formas, tendré que... —bajó la voz— terminar fuera la primera vez, así que te avisaré. La segunda vez puedo ayudarte a ponerte el diafragma. También he conseguido preservativos, por si lo prefieres.

Elizabeth esbozó una sonrisa mientras se tumbaba, tirando de él para colocarlo sobre ella.

—Ya habrá tiempo para eso. Tenemos toda la noche y todo el día de mañana para experimentar. Oh... —Suspiró de placer cuando él le mordió con suavidad un hombro y luego lamió la piel.

—Jamás me ha parecido tan tentador ese verbo: experimentar —dijo él. Terminó de quitarle el corsé, siguió con las medias y lo arrojó todo al suelo —. Nunca tendré bastante de ti —murmuró. Vio cómo sus preciosos pechos se movían al ritmo de la agitada respiración y se lamió los labios reseco. Alargó la mano para alcanzar el *culotte*, pero ella lo detuvo por la muñeca.

—Tú todavía llevas demasiada ropa —dijo, levantando una ceja. Sonrió de aquella forma que hacía que su corazón danzara y empezó a quitarle el cinturón con movimientos firmes y seguros.

William la ayudó con el pantalón y la ropa interior, y en un instante estaba desnudo. Se colocó sobre la cama apoyado sobre un codo, atento a cada mínimo gesto de ella. Elizabeth lo contempló empezando por la cara, bajando por los hombros y siguiendo hasta el abdomen. Notaba calor en cada una de las zonas donde ella detenía su mirada, y su erección creció bajo el deseo que leía en los ojos verdes. La joven parpadeó cuando llegó justo a aquella parte y, entre divertido e inquieto, vio cómo ella aspiraba aire con fuerza antes de volver a mirarlo a los ojos.

—Tienes un cuerpo muy hermoso —dijo Elizabeth. Pasó las yemas de sus dedos por el pecho de él acariciando el vello oscuro y bajó por el abdomen lentamente. William sintió que sus músculos se tensaban ante ese leve contacto. Ella siguió descendiendo y a él le costó inhalar—. ¿Puedo? —dijo, acercando la mano a su miembro.

Él negó lentamente con la cabeza, esbozando una sonrisa.

—Las mujeres primero, ¿recuerdas? —Le tomó la mano y la depositó a un lado de la cama.

Se sentó sobre sus talones y tiró del *culotte* hacia los pies, lanzándolo fuera de la cama. Su cuerpo hormigueaba, sobre todo las yemas de sus dedos. Tenía que tocarla, deseaba sentir aquel calor, aquellos músculos íntimos apretando contra él, convulsionando de placer. Rozó con sus dedos los torneados muslos, notando cómo la suave piel se erizaba bajo su contacto. Tragó saliva mientras se acercaba a la cálida intimidad de la joven. Cuando la rozó con la yema de dos dedos gimió al notar su humedad. La acarició con dulzura y ella le regaló un suspiro. William contempló toda la belleza de su

desnudez; cada centímetro de su cremosa piel parecía llamarlo, pedirle que lo lamiera, que oliera su aroma. Aspiró hondo un par de veces, no parecía haber suficiente aire en la habitación. Se inclinó para besarla en el vientre, recorriendo la piel con sus labios y su lengua, notando el aroma de almizcle de su intimidad. Introdujo dos dedos con cuidado al tiempo que rodeaba su ombligo con la lengua. Elizabeth ronroneó y le acarició la cabeza. Su propio pulso retumbaba en sus oídos; sembró de besos la suave piel del abdomen, descendiendo mientras sus dedos se movían dentro de ella, que se removía sobre la cama.

—Quiero probarte —murmuró rozándole el vello con su nariz.

Ella dio un respingo y levantó la cabeza. Sus mejillas arreboladas, el cabello enredado y los párpados caídos eran la viva imagen de la pasión y el abandono. La deseó con un anhelo desesperado.

—¿Cómo? —Él contuvo una sonrisa y no contestó, le mostró lo que quería decir poniendo sus labios en el vértice de sus piernas—. No, no, ahí no, me da mucha vergüenza —protestó débilmente—. No... Will, oh... no.

El último «no» apenas fue audible, y lo siguiente que pronunció fueron sonidos incoherentes. Él pasó la lengua repetidas veces a lo largo de la suave hendidura, cada vez más húmeda, más ardiente. Levantó los muslos de ella para situarse mejor y los colocó sobre sus hombros. Los femeninos sonidos de rendición eran una delicia, una tortura exquisita. La joven contenida se había esfumado, sustituida por una mujer apasionada que hundía los dedos en sus cabellos y tironeaba de ellos, que se retorció y gemía cada vez con más fuerza.

—¿Te gusta esto? Dímelo —gruñó él sin reconocer su propia voz.

—Sí —suspiró ella.

—No te he oído bien, cariño.

—Sí, maldita sea, William, no... pares —balbuceó.

Oírla hablar con la voz poseída por la lujuria fue casi demasiado. Curvó los dedos entre las apretadas paredes, succionó y lamió hasta que la sintió convulsionar por dentro y por fuera. Retiró la mano mientras ella aún gritaba y se estremecía.

—Así —dijo entre jadeos—. Grita, Beth. Grita fuerte —dijo. Cuando la penetró con la lengua ella intentó apartarlo, pero él no cedió, siguió con la dulce caricia hasta que consiguió que temblara de nuevo, esta vez más suave. La joven quedó postrada en la cama, la respiración errática, mientras él reptaba hasta llegar a su lado y la tomaba entre sus brazos.

—Te quiero —murmuró en su oreja.
Por toda respuesta, ella se abrazó a él con languidez.

Capítulo 30

Placenteras oleadas continuaron recorriendo su cuerpo durante varios minutos. Elizabeth se arrebujo entre los brazos de su esposo y ronroneó. El pecho de William se elevó cuando inspiró profundamente. Las manos de él rozaban sus hombros, regalándole caricias ligeras. Elizabeth abrió los ojos y miró a su alrededor, queriendo asegurarse de que aquello no era un sueño. Estaba desnuda en brazos de su amor, en su dormitorio, iluminado por la tenue luz que desprendía la lamparita de noche, y él acababa de regalarle el mayor placer que había conocido hasta el momento. Deseó corresponderle, hacer que se sintiera tan bien como ella. Le acarició el vello del pecho con dulzura, disfrutando del cosquilleo en las yemas de sus dedos. Se movió hasta tumbarse sobre él y apoyó los codos a cada lado de la cabeza de William. Los ojos azules ardían de pasión y la rodeó de nuevo con sus fuertes brazos.

—Te deseo —dijo ella. Lo besó en la boca con suavidad—. Dime qué quieres.

—Quiero estar dentro de ti —dijo él con voz queda—. ¿Crees que estás preparada? —La miró al fondo de los ojos como si temiese que ella ocultara la verdad.

Elizabeth le dio un beso profundo, notando cómo crecía la excitación de él.

—Ya hace tiempo que estoy preparada, amor.

Le besó el cuello, el pecho, le lamió un pezón y escuchó cómo de su garganta escapaba un suspiro. Se colocó a horcajadas sobre las caderas masculinas sin llegar a apoyar sus nalgas, y tomó su miembro con delicadeza. Por un momento dudó que aquello fuera a caber dentro de ella, pero se mordió el labio y prosiguió. William recorrió con la mirada su cuerpo hasta centrar su atención en el punto donde estaban a punto de fundirse. Se lamió los labios y aspiró por la boca cuando ella descendió un poco, introduciéndolo en su sexo.

—¿Te encuentras bien? —preguntó el joven al ver que ella fruncía el ceño. Elizabeth asintió.

—Sí... solo necesito un poco de tiempo.

—Deja que te ayude —dijo alargando las manos para acariciarle los dos pezones, haciéndolos rodar con delicadeza entre sus dedos—. Beth, si te vieras con mis ojos... Eres muy hermosa. —Le acunó los pechos con las

palmas de las manos mientras sus pulgares continuaban con su insistente caricia. Elizabeth tembló de placer—. Podemos esperar para esto. No quiero hacerte daño.

Ella sonrió ladeando la cabeza. Había malinterpretado su temblor.

—No es dolor, Will —musitó acariciándole los velludos muslos—. Solo tensión, pero es soportable—. Echó la cabeza hacia atrás y cerró los párpados. Relajó su respiración, dejándose llevar por las sensaciones, una mezcla extraña de placer y molestia. Él recorrió su piel con las yemas de los dedos, desde los pechos hasta las caderas, y continuó hasta llegar a aquel punto tan sensible entre sus piernas. Elizabeth aspiró aire bruscamente al sentir la descarga de placer que se irradiaba a todo su cuerpo.

—Dime... ¿te has tocado aquí desde la última vez que estuvimos juntos? —murmuró él con aquella voz áspera que sonaba a irresistible pecado. Ella sintió que su cara se calentaba. No pudo contestar. Los tentadores labios de William se curvaron, sus ojos azules la inundaron de voluptuosidad—. Tu silencio te delata, cariño. ¿Te gustó? —preguntó, sin cesar en su caricia.

Aquellas palabras íntimas le aceleraron el corazón, y pensó que también podía jugar a eso.

—No tanto como cuando lo haces tú —repuso sin pestañear, y se lo introdujo más adentro.

William cerró los ojos y echó la cabeza hacia atrás apretando la mandíbula y frunciendo el ceño. Era embriagador poder darle placer, y quería más. Ansiaba que él la llenara, y notaba que la tensión de sus músculos iba cediendo. La belleza de su esposo la hechizaba, la propia intensidad de sus sentimientos la sorprendía, y Elizabeth descubrió que el deseo y el amor le daban alas. Con la mirada y con el tacto adoró cada centímetro del cuerpo de William, y el anhelo de la fusión completa arrasó con el último de sus temores. Descendió sobre él hasta que sus pelvis contactaron. Sintió una súbita punzada de dolor mezclada con placer, pero este arrasó con todo lo demás. Puso las manos sobre el musculoso abdomen de su esposo y lo acarició con reverencia. Vio su cuello tenso, los tendones visibles, y cómo respiraba agitado.

—Te amo, Will —murmuró acariciándolo.

Él tomó una gran bocanada de aire y se apoyó en sus codos para sentarse. Ella enlazó su cuello con sus brazos y lo miró a los ojos, aquellos ojos azules que destilaban pasión y amor. Nunca se había sentido tan cerca de nadie y la belleza del momento la sacudió, llenándole los los ojos de lágrimas.

—¿Te hago daño? —dijo él consternado, sujetándole la cara entre las manos.

—No. —Sacudió la cabeza varias veces—. Ya no. Es solo que... es demasiado intenso. Todo. Jamás lo habría imaginado. Es maravilloso... estar así.

—Lo es —dijo muy serio—. Podría estar así toda la vida, dentro de ti. — La besó con suavidad en los labios y desplazó su boca hacia la mejilla, el lóbulo de la oreja, el cuello, dejando un dulce hormigueo a su paso. Bajó sus manos hasta la cintura de la joven y la sujetó—. Eres mi refugio. No te muevas todavía, por favor. No podría resistirlo, y quiero sentirte un poco más.

La besó, acariciando su boca con lengua, labios y promesas de amor. Fue un beso lento, profundo y dulce que los transformó en uno solo. Elizabeth no pudo más y se movió sobre él. William separó su cara de ella y habló entre jadeos.

—Beth, cariño. Deja que salga. No quiero terminar dentro de ti.

Ella no lo escuchó. Era una conexión tan dulce que se resistía a perderla. Y era su primera vez, un recuerdo para siempre. Lo besó, silenciando sus protestas, y comenzó a mecer sus caderas.

—Te quiero dentro de mí, hasta el final. No pares —susurró Elizabeth.

Lo cabalgó mientras lo besaba con urgencia, sintiendo cómo su cuerpo se tensaba de necesidad y el placer comenzaba a embargarla de nuevo. William exhaló un gemido que ella atrapó en su boca, y dejó caer su cabeza en el hombro de ella. La joven lo abrazó con fuerza, comprendiendo que él había llegado ya a su clímax. Sonrió y le acarició el cabello con delicadeza, susurrando palabras dulces en su oído, disfrutando del íntimo contacto con el hombre que amaba. Sus respiraciones se fueron acompasando, y percibió el cada vez más suave golpeteo de su corazón contra el de ella.

William levantó la cabeza y la miró, entornando los párpados. Parecía que acababa de despertar de un sueño.

—Esto... esto ha sido una imprudencia —aseveró.

—Soy muy regular y dudo mucho que esté ovulando —explicó encogiéndose de hombros. Para su sorpresa, él soltó una carcajada.

—Qué cosas más románticas me dices.

Ella suspiró, sonriente.

—Lo he hecho con plena consciencia. Era nuestra primera vez, ¿lo entiendes?

Él acunó su cara entre sus grandes manos.

—Por supuesto que lo entiendo, cariño. Y ha sido increíble. —La besó con suavidad—. Pero no debe volver a ocurrir, o corres el peligro de que piense que tengo más seso que tú.

—Cielos, eso sí que es una amenaza —bromeó ella. Con cuidado, se movió hasta que él salió de su interior. Frunció el ceño, aquella sensación de vacío no estaba antes allí. Se tumbó a su lado, entre sus brazos. Deseaba volver a tenerlo dentro, una y otra vez. ¿Acaso era insaciable? ¿Qué pensaría él de ella?

De repente, su mano le acarició un pezón con delicadeza.

—Creo que he terminado antes de lo deseable, cariño. Me temo que necesito un poco más de práctica —murmuró él contra su pelo. El ronco susurro de William se expandió a través de su cuero cabelludo y le puso la piel de gallina.

—Estoy bien.

La mano masculina ignoró su respuesta y descendió por el abdomen, llegando hasta el triángulo de vello. La joven sintió una punzada de deseo tan aguda que contuvo el aliento. Él chasqueó la lengua varias veces.

—Mentirosa. Tenemos que esperar unas horas hasta que puedas ponerte el diafragma, y no dormirías muy bien en este estado, Beth —dijo acariciando con suavidad la humedad entre sus pliegues. La besó con pasión mientras sus dedos se sumergían en ella y Elizabeth se entregó a sus caricias sin pensar en nada más.

Abrió los ojos al sentir la luz de la mañana contra sus párpados. Miró alrededor, desorientada, hasta que recordó. Estaba en la habitación de William... de su esposo. Pero ¿dónde estaba él? Apartó la sábana y se incorporó, notando una leve molestia entre las piernas. Miró la llamativa mancha roja que había en la cama y sintió encenderse su piel al recordar aquel momento, el momento en que se fundió con él.

William entró en la habitación con una bandeja y le dirigió una mirada apreciativa. Vestía una bata de seda atada a la cintura, sin pijama. Se fijó en sus pies descalzos. Eran grandes, como él, pero bellos... como todo él.

—Lamento decir que será mejor que te tapes un poco o no vamos a desayunar —murmuró el joven, los ojos brillantes de deseo.

—¿Qué hora es?

—Son las siete. —Hizo una mueca—. Hemos desperdiciado unas cuantas de nuestras preciosas horas durmiendo; supongo que ambos lo necesitábamos. —Dejó la bandeja sobre la mesita de noche y se sentó. Palmeó el colchón mirándola con picardía—. Vamos a desayunar en la cama. Después cambiaré las sábanas y no saldremos de aquí en todo el día.

Elizabeth sonrió y se levantó.

—¿Seguro que sabes dónde están las sábanas limpias sin ayuda de tu doncella? —dijo mientras se dirigía al baño adyacente. Jadeó cuando él la atrapó por la cintura y la pegó a su duro torso. Y no era lo único que notaba duro. La respiración se le aceleró. La necesidad que sentía dentro de ella, el vacío que había descubierto él al hacerla suya, latía de nuevo.

—Me extraña que no te hayas burlado de que sepa preparar el desayuno —susurró él en su oreja. Mordió el lóbulo con suavidad.

—No es tan difícil preparar unos huevos revueltos con beicon y tostadas. La prueba de fuego será probar tu café —dijo, intentando conservar el control. Se removió entre sus brazos hasta que se colocó de cara a él y le regaló un beso profundo. De pronto se soltó, se metió en el baño corriendo y cerró la puerta tras de sí.

—Oh, oh. No hay pestillo.

La hoja se abrió con lentitud y en el umbral apareció su esposo, quien se apoyó en el dintel con los brazos cruzados, esbozando una victoriosa sonrisa.

—¿Para qué querría un pestillo viviendo solo?

—No vives solo, vives con tres mujeres —señaló ella sin perderlo de vista. En los ojos azules brillaba una sensual amenaza que la dejaba sin aliento—. Y yo necesito cierta... —tragó saliva mirando alrededor— intimidad.

—¿Te refieres en general, o ahora mismo? —quiso saber. Sus manos se movieron con pereza para desatar el cordón de su bata.

—Ahora mismo. —Carraspeó—. Necesito una ducha —explicó mirando aquellos largos dedos.

—Perfecto. Yo también —aseguró él colgando la bata.

Elizabeth lo contempló en todo su esplendor, iluminado por la pálida luz matutina que penetraba a través de una ventana alta, y contuvo el aliento. Era hermoso de la cabeza, donde el pelo castaño revuelto se ensortijaba en la frente, hasta los pies. Su musculatura se marcaba bajo la tersa y suave piel.

—Estás muy... en forma.

—Me gustaba mucho hacer deporte en la facultad. Me ayudaba a quemar energías, sobre todo cuando decidí ser célibe. —La volvió a mirar de arriba

abajo. Ella sintió sus pechos hincharse y sus pezones endurecerse bajo aquel lento escrutinio, y contuvo las ganas de cubrirse—. Tú eres tal como te imaginaba bajo toda aquella ropa de monja —dijo William dando un paso adelante—: Perfecta. —Esbozó una sonrisa—. ¿Me permites que me duche contigo?

¿Cómo resistirse ante aquellos modales? Y, de todas formas, ¿por qué querría resistirse? Elizabeth miró la bañera y después a la ducha, que estaba al lado, protegida por una pared lateral. Pensó con ironía que el cuarto de baño de su esposo era tan grande como el comedor de su casa.

—De acuerdo —dijo—. Pero no comprendo por qué tenemos que ducharnos juntos. Al fin y al cabo, uno tendrá que esperar a que termine el otro para ponerse bajo el chorro de agua —puntualizó con sentido práctico.

William cerró los párpados un momento, conteniendo la risa de forma evidente. Entró con ella en la ducha negando con la cabeza.

—Eres tan encantadora e increíblemente inocente... ¿Dónde estabas oculta?

Elizabeth abrió mucho los ojos e ignoró la pregunta, captando el significado de su gesto pícaro.

—¿Quieres... es que quieres hacerlo aquí dentro? —Señaló con el dedo.

—Por supuesto que no —dijo él con seriedad nada convincente—, resultaría muy peligroso. —A veces casi olvidaba lo alto que era; tuvo que inclinar la cabeza hacia atrás para mirarle los iris, que brillaban traviesos—. Uno se puede duchar mientras el otro se enjabona, si quieres.

—Está bien —dijo ella, vacilante. Se sentía muy consciente de la intensa mirada azul calentando cada centímetro de su cuerpo, pero se obligó a dejar el pudor de lado mientras él abría el grifo de la ducha. No era de aquellas mujeres con falsa modestia, siempre había sabido que era atractiva, pero en los últimos años se había esforzado en ocultarlo con tantas ganas que encontraba extraño, aunque muy agradable, recibir aquella abierta admiración.

—Ya está. ¿Te parece demasiado fría? —dijo su esposo. Ella tendió la mano para comprobarlo.

—Está perfecta.

—Tu turno.

Ella sonrió y, dando un paso adelante, se sumergió en el lujo del agua caliente mojando su cuerpo. En su pequeño apartamento solo tenía una bañera que Penny y ella llenaban con agua entibiada en el fuego de la cocina

y, aunque le supiera mal admitirlo, echaba de menos las comodidades de la casa de la señora Stanley.

Salió de debajo del agua para cederle el sitio a William y enjabonarse con la pastilla de jabón que había en una pequeña repisa. La olió: por supuesto, era lavanda. Aspiró con fuerza, sintiendo un chispazo de deseo. Miró el hermoso cuerpo de su marido bajo la ducha, el agua resbalando sobre su piel, los músculos tensándose con los movimientos de los brazos, y algo se encendió dentro de ella. Comenzó a deslizar la pastilla por los anchos hombros de William, masajeando con la otra mano la zona enjabonada, y bajó por los marcados músculos de la espalda hasta llegar a los firmes glúteos, que masajeó a conciencia. Se lamió el agua de los labios, mientras él cerraba los grifos y se giraba lentamente hasta encararla. Continuó enjabonando por delante el cuello, los hombros, resiguió el contorno de las clavículas, descendió por el plano abdomen hasta llegar a los testículos. Lo miró a los ojos mientras se los acariciaba con cuidado, notándolos duros. William siseó, su respiración se convirtió en un jadeo entrecortado, sus iris azules se volvieron oscuros como la tempestad. De pronto la tomó de las nalgas, la levantó y apoyó su espalda contra la pared. Elizabeth jadeó, su cuerpo aprisionado entre la ardiente piel de William y la fría pared de azulejos. La excitaba de una forma primaria comprobar que él no parecía estar haciendo ningún esfuerzo sujetándola, pero al mismo tiempo temía que resbalara. Por un momento se imaginó que los dos se lesionaban e iban al trabajo escayolados. ¿Qué iba a decir la gente? William pareció leerle el pensamiento, porque la besó antes de que hablase. Profundizó el beso y jugueteó con su lengua hasta que a ella se le olvidó qué era lo estaba pensando. Él se separó un milímetro de su boca y dijo:

—¿Dónde tienes el diafragma?

Ella parpadeó, confundida. ¿Por qué le preguntaba dónde tenía el músculo de la respiración? Enseguida cayó en lo que le estaba diciendo y tuvo ganas de reír.

—Lo llevo puesto —dijo con repentina timidez. Las oscuras cejas de William se arquearon—. Me lo he puesto de madrugada —explicó en voz apenas audible—, cuando he ido al baño.

Él volvió a devorar su lengua mientras una de sus manos se colaba entre sus cuerpos y la acariciaba en su punto más sensible. El aire huyó de los pulmones de Elizabeth, que tuvo que detener el beso para respirar.

—¿Te duele? —preguntó él contra su boca, sin dejar de acariciarla en

aquel punto.

Ella no tenía suficiente aliento para contestar. Sacudió la cabeza de lado a lado. Cuando notó cómo él se introducía en su interior aspiró por la boca y cerró los ojos apoyando la cabeza en la pared.

—Mírame, Beth —pidió William con voz áspera. Ella abrió los ojos. La intensa sensación de su duro cuerpo presionando, introduciéndose en ella, la mirada voraz de William mientras la poseía... era demasiado; quiso reír, llorar y gritar—. Te amo —dijo él.

Se retiró y volvió a introducirse en ella poco a poco. Elizabeth se obligó a mantener su mirada fija en los ojos de su amante mientras él anulaba el vacío presionando su carne desde dentro, y su cuerpo lo acogía como si siempre hubiera estado ahí. Cuando se retiraba, la momentánea añoranza parecía demasiado insoportable excepto por la promesa del retorno. Sentía el placer pulsando en su centro, navegando por sus venas, hormigueándole en la piel. Su corazón latía fuerte en su pecho, o quizá era el de William. Él se inclinó sobre ella y la besó, robándole los últimos vestigios de control. Su placer estalló en una sinfonía de colores, luces y sonidos. Él aspiró su grito y continuó moviéndose hasta que encontró el éxtasis, pronunciando su nombre contra sus labios. William dobló las rodillas, vencido, y se sentó sobre sus talones con ella a horcajadas. Elizabeth cerró los ojos y apoyó su cabeza en el ancho hombro de su esposo; sus respiraciones agitadas se apaciguaban mientras ella le acariciaba la húmeda nuca con dulzura.

—Esto tampoco ha sido muy prudente —aseveró con una sonrisa, recordando las palabras de él la noche anterior.

Notó que el amplio pecho de William se hinchaba al llenarse de aire, que exhaló en un prolongado suspiro. Sus grandes manos le recorrieron la espalda, rozándola con las yemas de sus dedos.

—Me tienes loco, Beth. Contigo no razono.

La joven también suspiró, negándose a pensar de nuevo en lo difícil que iba a ser a partir de ahora su día a día.

*

Hicieron el amor dos veces más y se volvieron a quedar dormidos uno en brazos del otro. William se despertó cerca del mediodía y contuvo un gruñido de frustración al mirar el reloj de la mesita. Habían dejado que el sueño les robara tres de sus valiosas horas. El cansancio acumulado les estaba pasando factura, se dijo. Miró a Elizabeth y se maravilló de verla incluso más hermosa ahora que era suya. Sus cabellos negros se extendían sobre la almohada y la

cama como una suave colcha, y sus largas pestañas formaban un abanico sobre sus mejillas. Sus labios se veían hinchados por los besos y parecía sonreír en sueños. El deseo de poseerla volvió a despertar en él con toda su fuerza; había estado dentro de ella cuatro veces y no tenía suficiente, pero no iba a ser un bruto egoísta, Elizabeth también necesitaba algo de descanso. Sonrió disfrutando del contacto con el cálido y suave cuerpo de su esposa. Entre risas, ella le había comentado que su madre le había regalado una pomada de caléndula que había preparado allí mismo, en Chicago, a toda prisa. Al parecer todas las recién casadas del pueblo la solicitaban, y ahora comprendía por qué. Cuando él se había ofrecido —como médico, por supuesto— a observar el grado de irritación que ella pudiera tener en cualquier parte de su anatomía habían terminado haciendo el amor de nuevo.

La acarició con la mirada, deleitándose en las curvas de sus labios, de sus orejas, sus pómulos... Quería lamerla por completo, acariciarla por todas partes mientras escuchaba la melodía de sus gemidos. Sintió acelerarse su pulso al recordar todas las veces que había estado dentro de ella. Era una sensación de estar vivo tan abrumadora que le llegaba a la médula de los huesos, felicidad en estado puro, volver a estar completo. La amaba como jamás habría creído posible. Era una mujer bella, inteligente y apasionada, y él era afortunado.

Un fuerte gruñido proveniente del abdomen de su esposa hizo que arquease sus cejas.

De acuerdo, también era humana y necesitaba alimentarse. Divertido, vio cómo ella abría los párpados y los volvía a cerrar.

—Dime que no has oído eso —dijo ella.

—¿El qué? ¿Ese rugido infernal? No, no lo he oído.

Ella rio y se cubrió la cara con las manos. Lo miró entre los dedos.

—Creo que tengo un poco de apetito —dijo, su voz apagada tras su escondite.

—¡Un poco! El cielo no permita que oiga a tu estómago protestar cuando estás hambrienta de verdad —dijo poniendo cara de susto.

Se rio a carcajadas cuando ella le atacó con uno de los cojines. Elizabeth también empezó a reír, se colocó a horcajadas sobre él e intentó seguir golpeándole con el blando artefacto, pero la sujetó por las muñecas y de un solo movimiento giró las tornas, colocándola debajo de él. De repente las risas cesaron. Ella tragó saliva, la respiración agitada y las mejillas arreboladas. Él recopiló toda su fuerza de voluntad para no volver a hacerle el

amor en aquel mismo momento. Al final, saltó fuera de la cama y tiró de ella para que se incorporase. La sujetó por la cintura y le besó los labios.

—Cuanto más te pruebo, más hambre tengo de ti —murmuró.

Ella le rodeó el cuello y se apoyó en su pecho.

—Me pasa lo mismo —murmuró—. Pero ahora necesito reponer fuerzas con un buen almuerzo. Esta noche no quiero dormir.

William inspiró profundamente al oírla. Cada célula de su ser estaba gritando lo mismo.

—Bien, doctora Foster... —se detuvo un momento, paladeando cómo sonaba aquello, y decidió que le encantaba— entonces voy a alimentarte muy bien, porque te aseguro que tus deseos son órdenes para mí.

Capítulo 31

Elizabeth se sobresaltó cuando una revista golpeó su mesa de trabajo.

—Doctora, lleva cinco minutos mirando esa preparación. ¿Algo interesante? ¿No habrá descubierto una nueva bacteria? —preguntó el doctor Parker en un inusitado arranque bromista.

Elizabeth sintió que enrojecía. Solía controlar sus pensamientos con férrea disciplina, pero acababa de dejarse llevar por una oleada de recuerdos sobre la noche anterior en los brazos de William y se había quedado absorta sobre el microscopio. Llevaban días casados y el frenesí pasional, al que se abandonaban las escasas noches que pasaban juntos, parecía no tener final.

—No... Solo estaba un poco despistada, lo siento. —Enrojeció más aún—. Es el cansancio —murmuró con sinceridad. Agradeció que su esposo no estuviera en el laboratorio en aquel momento.

—Intente cuidarse, la ciencia necesita mucha energía.

—Sí, doctor Parker. —Miró la revista médica que había dejado sobre la mesa—. ¿Más noticias sobre la gripe?

—¡Sí! Aquí afirma que lo que está provocando tantas bajas en ambos bandos no es gripe, dicen que la mayoría de los casos son demasiado leves —dijo golpeando repetidas veces con su dedo índice sobre la portada—. ¡Es muy grave que le quiten importancia!

La joven miró la revista y después a su jefe. Parker seguía obsesionado con aquella infección.

—Por lo que he leído, la epidemia en Europa también está remitiendo —comentó ella con precaución.

Parker permaneció enfrascado en sus pensamientos durante unos segundos hasta que por fin la miró. Sus ojos oscuros reflejaban una determinación casi obsesiva.

—Recuerde: se acerca el frío —auguró. Sin añadir nada más se retiró a su despacho.

Elizabeth suspiró y volvió concentrarse en su trabajo. En lo concerniente a la gripe, su confianza en el instinto de su jefe empezaba a tambalearse. Sospechaba que la pérdida de una amiga, quizá un amor, en la última pandemia lo había dejado marcado, y eso afectaba a su objetividad como investigador. Ella solo quería pasar página, aprender todo lo que pudiera de

día y refugiarse de noche en el cuerpo de su esposo, esperando que la pesadilla de la guerra terminase pronto.

Apenas había logrado concentrarse en su microscopio cuando le pareció escuchar sonidos de golpes y gritos apagados, que fueron aumentando en intensidad. Alarmada, levantó la cabeza tratando de descifrar su origen. Su mirada se cruzó con la de Lewis, que parecía tan desconcertado como ella. Se levantó y corrió hacia la puerta con toda la agilidad que le permitía su larga falda. Lewis, mucho más rápido, se interpuso entre ella y la salida.

—No debería ir —dijo mirándola fijamente—. Parece tratarse de una especie de tumulto.

Ella le sostuvo la mirada.

—Puede que se necesite mi ayuda, doctor. Si usted va, yo también.

Lewis se apartó para que le precediera y, en cuanto ambos estuvieron en el pasillo, la adelantó a toda carrera. Ella le siguió muy atrás, maldiciendo por enésima vez no poder usar pantalones. Se detuvo al llegar al ala de urgencias y se llevó la mano a la boca: había varias camillas ocupadas por pacientes con aspecto de haber sufrido una paliza. Algunas enfermeras y unos pocos médicos atendían a los heridos. Localizó la alta figura de William en una esquina.

—Doctor, venga a atender a mi amigo. —Un hombretón se dirigió a su esposo, señalando una de las camillas.

William levantó hacia él sus ojos y volvió a dirigir la mirada al herido que estaba atendiendo.

—Ya le he echado un vistazo y parece que solo tiene un brazo roto, puede esperar —dijo, concentrado en cortar la pernera del pantalón de su paciente—. Este hombre está mucho más grave. —Dejó al descubierto una fractura abierta de tibia que desgarraba la piel y sangraba profusamente.

La enfermera que lo ayudaba se apresuró a comprimir con unas gasas. Elizabeth ahogó una exclamación al notar la placa que llevaba en la solapa de su chaqueta el hombre que había hablado: las siglas APL¹³ en grandes mayúsculas destacaban sobre fondo dorado.

—Yo atenderé a su amigo —se ofreció Elizabeth poniéndose unos guantes. Se apresuró hacia la camilla.

—Eh, oiga —protestó el hombre—. Quiero que a mi amigo lo atienda un médico.

—Soy la doctora Scott —espetó ella sin mirarlo. William estaba en lo cierto, aquello parecía una simple fractura de radio. Se giró hacia un celador

que había cerca—. ¿Puede acompañar a este caballero a la sala de radiología? Quiero una radiografía del antebrazo.

Elizabeth pensó que aquel perro guardián seguiría a su amigo, que se marchó por su propio pie siguiendo al celador, pero el hombre se quedó observándola con fijeza mientras ella se preparaba para suturar un corte en la cabeza de otro herido. Se esforzó en ignorarlo. Echó un vistazo a William, que hablaba con el residente de cirugía antes de que este se llevara al herido grave al quirófano. Por toda el ala de urgencias solo se oían quejidos, gritos y órdenes de los médicos.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó Elizabeth al joven a quien estaba suturando.

—Hemos hecho una redada —intervino el matón sin esperar la respuesta del otro—. Ya era hora, esta ciudad está llena de espías alemanes, de *gandules* y traidores. Hoy vamos a hacer la limpieza definitiva —dijo con orgullo—. Hemos detenido a centenares, pero algunos se han resistido.

Elizabeth levantó la vista y apretó la mandíbula, observando cómo iban entrando más pacientes en la ya abarrotada sala. Varios de ellos estaban pintados de amarillo y otros untados con alquitrán y plumas, probablemente ciudadanos de origen alemán. Coleman hizo su aparición y, tras un rápido triaje, dio órdenes para distribuir los pacientes por otras alas del hospital, dando prioridad a los que necesitaban cirugía urgente.

—Nunca había conocido a una doctora. —El hombre de la APL estaba demasiado cerca, como si encontrara estimulante su evidente rechazo.

—Somos como los demás médicos, pero nos obligan a llevar falda. Y ahora, si me permite, continuaré con mi trabajo —dijo sin mirarle. Se acercó a otra camilla, donde un hombre tumbado y con semblante pálido se sujetaba el abdomen—. Permítame, señor. —Apartó con delicadeza su mano y torció el gesto al ver un ancho hematoma cubriendo la piel—. ¿Cómo se ha hecho esto?

—Me han golpeado con una porra —dijo el joven, que contrajo el rostro cuando ella lo tocó—. Me han llamado cobarde y *gandul* porque no llevo los papeles encima. No me han creído cuando les he dicho que no pasé el examen médico en el reclutamiento porque tuve fiebre reumática —explicó—. Me he resistido al arresto y me han golpeado.

—Un joven como él debería estar en el ejército, como hizo mi hijo, ayudando a su país —gruñó el hombre de la APL.

A Elizabeth no se le escapó que había usado el pasado.

—Voy a comprobar que no haya signos de hemorragia interna —dijo al joven.

—Usted dirá que es como todos los demás médicos, pero a mí me parece bastante más guapa —intervino el matón en tono lascivo.

Elizabeth tragó saliva al levantar la mirada y notar la postura tensa de William, quien estaba lo suficientemente cerca de ellos como para oírlos.

—No parece tener lesiones internas, señor. No hay taquicardia y tiene la tensión normal. Por favor, incorpórese. —Lo ayudó con cuidado—. ¿Se mareará?

—No, no, estoy bien. Pero me duele la pierna.

—Quítese los pantalones para que pueda examinarlo.

El hombre cumplió sus órdenes con algo de ayuda por su parte.

—Se le da bien quitar los pantalones a los hombres —murmuró el agente.

Elizabeth exhaló con fuerza, la cara le ardía cada vez más.

—¿Por qué no nos hace un favor y se va a vigilar a otro lado? —dijo, su concentración fija en la herida que acababa de descubrir en la pierna del joven.

El hombre no respondió ni se movió de su sitio. La doctora suspiró y palpó con cuidado la herida para comprobar su profundidad.

—Va a necesitar unos pocos puntos.

—Adelante, doctora.

Elizabeth acercó la mesita auxiliar donde tenía el material de sutura y se desinfectó las manos. Procedió a suturar la herida y, tras dar el último punto, cortó el hilo y estudió su trabajo.

—Le va a quedar una buena cicatriz. Dentro de una semana tiene que venir a quitarse los puntos —le dijo—. No parece tener lesiones internas, pero lo voy a dejar un par de horas en observación.

El joven asintió y le dedicó una débil sonrisa.

—Gracias, doctora, tiene muy buenas manos.

—Ya me gustaría a mí esas manos para agarrarme otra cosa —dijo el agente sin bajar la voz.

Elizabeth se encaró a él y le abofeteó sin mediar palabra.

—¡Zorra! —gritó el hombre sujetándola con fuerza por las muñecas.

Ella soltó un quejido mientras su esposo se abalanzaba sobre el agente de la APL. William le dio un puñetazo y el matón cayó al suelo tirando la mesita auxiliar. Elizabeth colocó sus manos sobre el pecho de William, jamás había visto aquella expresión de odio en su rostro.

—No pasa nada. Nada —murmuró con suavidad, sus ojos fijos en los de él.

Su esposo apretaba los puños a ambos lados y jadeaba por el esfuerzo de contenerse. Antes de que el bruto reaccionara, Lewis y Coleman lo levantaron y lo apartaron a un lado. Parker irrumpió en la sala acompañado de Brown y Elizabeth se apartó de su esposo.

—¿Qué sucede aquí? —Brown gritó la pregunta.

—Este hombre ha insultado a la doctora Scott y el doctor Foster la ha defendido —intervino Coleman.

—Suéltense o haré que les investiguen a todos, traidores. —El agente se removió, intentando soltarse—. Están atendiendo a todos estos desertores. Ese —señaló con la barbilla a William mientras lo miraba con odio— ha decidido que un *gandul* tenía derecho a ser atendido antes que uno de mis hombres, y por si fuera poco me ha golpeado. ¿Qué hace un hombre de su edad aquí? ¡Es un cobarde!

Elizabeth vio cómo William palidecía, apretaba tanto los puños que parecía que iba a romperse un hueso de la mano.

—¡Basta! Doctor Coleman, doctor Lewis, suelten a este... caballero —pronunció Brown con sarcasmo. Miró la placa que llevaba el individuo—. Que sea de la APL no le da permiso para dar órdenes en este hospital o faltar al respeto a sus trabajadores. Si no está herido —dijo, señalando la calle e irguiéndose en toda su imponente estatura— váyase y déjenos hacer nuestro trabajo. —Miró a Elizabeth—. ¿Está usted bien, doctora? —Al ver que asentía, Brown elevó la voz—. ¡Hay mucho trabajo! ¿A qué esperan? Que alguien me traiga un par de guantes.

—Otros para mí —pidió Parker ante la sorpresa general. Elizabeth dudaba que recordara cómo dar un punto de sutura—. ¿Por qué no se va a tomar una copa fuera y espera a sus hombres? —Parker miraba al matón como si fuera un fallido experimento de laboratorio.

Todos se pusieron al trabajo y, cuando Elizabeth se atrevió a mirar, vio que aquel hombre tan desagradable había desaparecido. Suspiró y continuó enyesando un brazo fracturado.

—¿Se puede saber en qué estabas pensando? —William cerró la puerta del despacho de residentes y se encaró a su esposa.

—¿Qué haces aquí? —preguntó la joven—. Alguien podría verte.

—No me ha visto nadie —gruñó acercándose. La tomó por los hombros clavando su mirada en ella—. No vuelvas a hacer algo así.

—No te entiendo.

—Sé que has querido desviar la atención de aquel tipo, pero lo has conseguido demasiado bien. ¡Por el amor de Dios! Cuando le he oído hablarte de esa forma tan soez me ha costado contener las ganas de golpearlo, pero cuando te ha insultado y agarrado...

—¡No quiero que me protejas! —lo interrumpió mirándolo con furia—. ¿Crees que es la primera vez que me insultan? —Se sacudió para soltarse de su agarre y se apartó de él hasta darle la espalda. Suspirando, apoyó las manos sobre la mesa del despacho—. Puedo vivir con el desprecio de hombres así, pero no sin ti —dijo en voz baja.

—Beth —murmuró él sin aliento. Se acercó a ella y le puso la mano en el hombro.

Ella negó con la cabeza.

—Sabes el poder que tiene la APL, ni siquiera la policía puede pararlos. Ese agente podría investigar y descubrir las manipulaciones de tu padre. —Se estremeció y se abrazó a sí misma.

—El problema sería de mi padre. —Él se acercó más.

—Sabes que no es así. Harían que lo pagaras tú.

—No pienses en eso —dijo con firmeza. La abrazó por la cintura, besándole el pelo.

Ella se dio la vuelta.

—Tengo miedo. No había estado tan asustada en mi vida —musitó. Apoyó su mejilla en el torso masculino hasta que la fuerza que irradiaba el firme abrazo de su esposo la calmó.

*

Los disturbios de Chicago provocados por la redada de la APL fueron noticia en todo el país. Sus agentes detuvieron a hombres en plena calle, interceptaron trenes y automóviles, incluso entraron en hogares privados. Cerca de 150000 hombres fueron interrogados, 16000 arrestados y más de 1400 condenados por evasión o deserción.

Dos días tras los sucesos, Elizabeth leía el periódico sentada en el sofá de la biblioteca de William. El *Chicago Tribune* elogiaba a la APL por emplear «un mínimo de fricción y un máximo de dureza». Su marido se sentó a su lado con una taza de café en la mano y le echó un vistazo a la noticia.

—Con la mínima fricción —dijo él—. Me pregunto si ese periodista sabe de qué habla.

—¿Estamos todos locos? ¿No vemos lo que hay frente a nuestras narices?

—Hay mucha gente que apoya a la APL. El gobierno los alaba, los periódicos también. Prefieren que detengan a mil inocentes, si con eso atrapan a diez culpables.

—No lo digo solo por las detenciones ilegales, William —se quejó, mirándolo—. Ya viste la cantidad de heridos, casi todos gente inocente. —Tiró el periódico a un lado, disgustada—. Aquí no sale nada de eso.

William tomó su cara entre sus manos y la contempló con dulzura.

—Olvídalo. ¿Te quedarás a dormir esta noche? —dijo cambiando a un tema que en este momento le interesaba mucho más.

Ella hizo una mueca, todavía de mal humor por lo que acababa de leer.

—Has tenido una guardia mala y deberías descansar —repuso mirándolo a los ojos—. Sabes que si me quedo aquí... eso no va a pasar.

—El cansancio que tengo contigo es como un descanso —insistió el médico con suavidad.

Sabía que no haría falta mucho más para conseguir su objetivo, necesitaba estar con ella y olvidar su inquietud. La noche anterior, el agente a quien había golpeado había vuelto al hospital para reclamarle que le mostrara su tarjeta de reclutamiento, donde constaba su número de orden en el sorteo, el que su padre había obtenido de forma fraudulenta. Se la había mostrado intentando aparentar toda la serenidad posible. El hombre la había leído, había anotado su nombre en una pequeña agenda y se había marchado sin decir nada.

Pero aquello era algo que no le explicaría a Elizabeth.

—Tienes unas ojeras terribles —protestó ella, no muy convencida—. Deberías... —sus palabras se perdieron dentro del beso que le dio William, y sus brazos lo rodearon mientras él la levantaba del sofá.

*

Aquella calurosa tarde de julio parecía que todo el mundo se encontraba bien, y el hospital estaba casi vacío. Elizabeth había tenido tiempo para adelantar trabajo en el laboratorio y ponerse al día en sus lecturas médicas en el despacho de los residentes de guardia.

—Buenas tardes, Elizabeth.

Levantó la cabeza de su lectura y sonrió al ver a su visitante, que asomaba por la puerta entreabierta.

—¡Michael! —Se puso de pie para saludarle.

—Me alegra verte —le dijo el amable periodista mientras correspondía a su apretón de manos—. Espero no molestar. Pasaba cerca de aquí por temas

de trabajo y quería hablar contigo. Me han dicho que te encontraría aquí.

—No es ninguna molestia, siéntate a mi lado, por favor. —Ambos se sentaron en el sofá y lo miró—. Tú dirás.

—Iré al grano, no quiero robarte demasiado tiempo. ¿Recuerdas aquel trabajo que te ofrecí hace tiempo?

—¿El de dar consejos médicos en el periódico disfrazada de hombre? —bromeó ella.

—El mismo —dijo con una sonrisa—. Mi jefe ha aceptado que firmes con tu nombre completo.

—Cuánto honor. —Arqueó las cejas—. Debe de estar desesperado.

Él soltó una risita.

—Un poco. La carencia de médicos competentes es acuciante, pero no es solo eso. Ha cambiado de idea por la valiosa ayuda que están prestando las doctoras en el frente. Están consiguiendo que el público empiece a aceptar que su trabajo es tan válido como el de un hombre.

—Si fuera igual de valorado les darían galones, como a los varones —lo desafió ella—. Y eso no ha sucedido.

—Poco a poco, Doc. Poco a poco. Y dime: ¿estarías dispuesta a aceptar el trabajo ahora? Consistiría en un artículo dominical de media página y responder a algunas preguntas de los lectores.

—Sí. Lo haré —afirmó asintiendo con la cabeza.

—Estupendo. Había temido que te negaras, la verdad es que mi jefe se lo merecería.

—Si crees eso es que me conoces poco, Michael. No soy vengativa, solo cabezota, como diría mi marido —dijo con una sonrisa.

Él la miró con expresión afectuosa y le tendió la mano.

—¿Entonces, trato hecho?

—A falta de revisar el contrato, sí, trato hecho. —Le dio la mano.

—¡Bien! —Penfield se palmeó los muslos y se levantó—. Mañana se lo comunicaré a mi jefe. Por cierto, tienes libertad para elegir los temas. ¿Sobre qué vas a escribir el primer artículo?

Ella también se levantó y lo acompañó hasta la puerta del despacho. En el umbral, frunció el ceño y miró hacia el techo haciendo un mohín con los labios.

—Sobre cómo prevenir las enfermedades de transmisión sexual —dijo por fin. A Penfield le dio un ataque de tos, y la doctora esperó a que terminara. El periodista la miró arqueando una ceja—. ¡Era broma! Pero no lo descartes. Y

deberías hacer caso a William y dejar de fumar.

El periodista carraspeó.

—Quiero advertirte que todo lo publicado pasa por un filtro, incluso los anuncios. Todo tiene que ser muy patriótico, ya sabes.

—¡Las enfermedades venéreas lo son! —exclamó ella. Michael puso los ojos como platos—. Estaba siendo sarcástica. En fin —se encogió de hombros—, admito la censura, pero voy a poner en mi contrato una cláusula que diga que me reservo el derecho a romperlo si no se respeta mi opinión profesional.

El rostro de Penfield se ensombreció.

—Harás bien. Envidio tu libertad. Créeme, si tuviera más salud me habría marchado fuera, en las ciudades pequeñas hay más libertad de prensa. Mi vocación siempre ha sido el periodismo, pero con tanta censura han conseguido que vaya a trabajar a disgusto. —Negó con la cabeza y asintió a modo de saludo—. Buenas noches, Elizabeth. Que tengas un buen turno.

—Buenas noches, Michael.

El calor en el hospital era tan denso que Elizabeth apenas podía moverse en el camastro sin sudar, aunque estaba en ropa interior. No podía descansar en aquella habitación sin ventilación. Unos golpecitos en la puerta, cerrada con llave, resonaron en el silencio.

—¿Penny? —murmuró con voz somnolienta. Se levantó y se puso la bata por encima antes de acercarse a la puerta dando tumbos. Abrió con la llave y se quedó boquiabierta al ver a su esposo.

William miró a ambos lados del pasillo antes de entrar y cerrar tras de sí con la llave mientras su esposa lo miraba sin reaccionar. Debería reñirle, abrir y echarlo de allí. Debería...

—Te echo tanto de menos que no puedo dormir —susurró él estrechándola entre sus brazos. Se apoderó de su boca y borró cualquier respuesta posible excepto un suspiro que absorbió con avidez. La arrastró hasta la cama y la recostó en ella con sumo cuidado—. No deberías abrir la puerta así. —Le mordió el cuello y lamió la suave piel—. Podía haber sido cualquiera.

—No debería abrirte *a ti* —protestó ella con un hilo de voz. La hábil mano de William acariciaba el interior de sus muslos y parecía que todo el calor de la habitación se concentraba palpitante donde él la rozaba.

—Y yo no debería estar aquí —murmuró él antes de volver a besarla. Sus

dedos se deslizaron bajo la seda de las bragas y se adentraron en la cálida humedad de su interior. Ella enredaba sus dedos en los suaves mechones del cabello de su esposo, perdida en el instante—. Y no debería tocarte así —levantó la cabeza y la miró a los ojos— y disfrutar tanto de ver tu rostro transformado por el placer.

—No, William, no deberías —murmuró ella jadeante—, pero no pares. —Su aliento se liberaba en pequeños suspiros mientras los dedos de él obraban su magia, acelerando su pulso, tensando su interior, formando el núcleo de éxtasis que estaba a punto de estallar.

—No cierres los ojos —ordenó en voz baja.

Ella lo miró. Los iris de William eran fuego azul y sus pupilas dilatadas la atraían hacia su oscuridad. Elizabeth leyó en aquellos ojos el amor y la pasión más desatada y no pudo más que estallar de placer ante la mirada de su esposo.

William le bajó las bragas, se desabotonó la bragueta, se puso un preservativo y la penetró mientras aún sentía las contracciones de su orgasmo. La poseyó sin desnudarse, con necesidad, con hambre, entrando en ella como en su refugio. Elizabeth intuyó un punto de desesperación en los actos de su esposo, pero se dejó arrastrar por la marea del deseo hasta que su cuerpo recibió una nueva liberación que, de alguna forma, sintió como agridulce. William la besó con ansia, ahogando un gemido dentro de su boca. Se movió para salir de ella y se mantuvo aferrado a su cuerpo mientras sus respiraciones volvían a la normalidad.

Elizabeth le acarició el cabello húmedo y ensortijado de la nuca, girando la cabeza para enfrentar el rostro amado. Su esposo permanecía con los párpados cerrados y una leve sonrisa dibujada en sus labios. Elizabeth no pudo evitar imitarlo, aquella era su cara de después de hacer el amor. Contempló el rostro amado durante unos instantes hasta que él abrió los ojos y le clavó su mirada.

—Lo siento... He sido un egoísta.

Ella asintió.

—Un imprudente. —Le tiró con cariño del mechón que le caía por la frente.

Después de regalarse más besos y caricias permanecieron tumbados en el estrecho camastro con brazos y piernas entrelazados.

—Ayer a última hora apareció por aquí Michael, tu amigo. —Elizabeth notó que William soltaba un suave jadeo—. ¿Qué sucede?

—¿A qué vino? —Levantó la cabeza para mirarla a los ojos.

—¿Qué te preocupa? —dijo ella al observar su expresión.

—Si se presenta a ciertas horas en el trabajo podría dar lugar a habladurías.
—Se separó de ella y se sentó en el camastro.

—Claro, y esto de ahora no. William, no me tomes por tonta. —Elizabeth se arrodilló a su espalda y lo abrazó desde detrás. Apoyó su barbilla sobre el ancho hombro y aspiró su aroma mientras ponía una mano sobre el acelerado corazón de él.

—¿De qué has hablado con Michael? —susurró el joven.

—Me ha ofrecido de nuevo el trabajo en la sección médica de su periódico. Su jefe ha aceptado al fin mis condiciones. —Notó el cuerpo de él relajándose.

—¡Eso es perfecto! —Giró la cabeza hacia ella y la besó con dulzura—. Estoy orgulloso de ti.

—Gracias. Y ahora dime de qué creías que habíamos hablado.

William tragó saliva apartando los ojos.

—De nada.

Ella apretó más su abrazo.

—¿Recuerdas lo que me dijiste antes de pedirme matrimonio? Nada de secretos.

Él suspiró y asintió con la cabeza, pero permaneció sin hablar.

—Michael también ha pasado por nuestra casa —dijo, por fin rompiendo el silencio—. Quería hablarme de algo, pero no era tu trabajo. Era sobre las listas de desertores y *gandules* que publican los periódicos locales para avergonzarlos a ellos y a sus familias. —Elizabeth sintió un escalofrío y se sentó al lado de William—. Las listas las obtienen del ejército, y de la APL. —Hizo una pausa—. Yo figuraba en la última lista como *gandul*, pero él borró mi nombre y telefoneó a sus colegas de otros periódicos para informarles del error.

—No... —gimió ella. Se le erizó el vello y luchó por contener la náusea.

—¿Recuerdas al agente que te insultó en el hospital? —continuó William—. Se llama Altman. La noche siguiente a la de los disturbios vino al hospital y me buscó. Anotó mi nombre en su libreta, a pesar de que le mostré mi tarjeta de registro.

Ella se levantó y empezó a caminar por la pequeña estancia como una fiera enjaulada. «No lo han publicado», se repitió varias veces para calmarse. Con el tema de las vergonzosas listas no hacían falta muchas pruebas y se

lanzaban acusaciones falsas por doquier, pero no solían recaer en jóvenes de clase alta.

—¿Crees que saben la verdad? —Se detuvo y lo miró—. ¿O te han incluido en la lista solo por hacerte daño?

—No lo sé. —William apretó los puños—. Pero si Altman supiera la verdad yo ya estaría en una prisión militar. —Negó con la cabeza—. No. Para bien o para mal, mi padre es demasiado competente en su... trabajo —repuso cerrando los párpados.

—¿William? ¿Pasa algo más? —murmuró ella. Volvió a sentarse a su lado y le tomó la mano. No sabía si quería oírlo, pero tenía que saber por qué de pronto él parecía soportar el peso del mundo.

Él tragó saliva con dificultad antes de contestar.

—A veces pienso —hablaba en voz baja, aún con los ojos cerrados, como si lo hiciera para sí mismo— que no es justo que sea feliz. Por culpa de mi padre otro hombre fue reclutado en mi lugar. Eso debe tener un castigo.

—¡No! No digas eso. —Elizabeth lo abrazó con fuerza—. Tú no tienes la culpa de nada.

—La tengo, Beth. Yo no quise que fuera así, pero sus actos me han llevado a ti, y no lo merezco —dijo, sin devolverle el abrazo. Ella notó que el calor sofocante de la habitación desaparecía—. Tengo miedo, miedo del que te hace despertarte cada noche con el corazón oprimido y no te deja volver a dormir, del que te acecha en los momentos de mayor felicidad para susurrarte que serán los últimos y hace que tu sangre se vuelva hielo. Y al mismo tiempo deseo que me llamen a filas para recibir lo que merezco y terminar con esta tortura...

Ella lo interrumpió de la mejor forma que sabía: lo besó, sellando su boca, apoderándose de su aliento, de las palabras no pronunciadas. Se las llevó y las quiso alejar, pero se quedaron suspendidas en el aire del pequeño cuarto como una nube de gas ponzoñoso. Por fin, se obró la magia que conjuraba el contacto íntimo de sus cuerpos y él respondió al beso, haciéndolas desaparecer.

—No puedes pensar eso, te haces daño y no sirve para nada, Will —dijo la joven al separar sus labios—. Tú jamás habrías consentido algo así de haberlo sabido. ¿Recuerdas otra de las cosas que me dijiste la noche del Cuatro de Julio? Vivamos el presente.

William la besó de nuevo, tumbándola sobre la cama.

—Vivamos el presente —repitió él colocándose sobre ella, sus ojos

entornados por el deseo—. Hazme sentir vivo, Elizabeth.

—¿Has traído otro condón? —murmuró mientras él desplazaba sus labios hacia su cuello. Suspiró, notando que él sonreía sobre su piel. Las manos de su esposo viajaron desde su cadera hasta el interior de sus muslos antes de contestar.

—No, no era tan optimista. De todas formas —dijo, deslizando su dedo por la cálida humedad femenina— creo recordar que antes de casarnos nos arreglamos bastante bien sin ellos —terminó en un ronco susurro mientras ella se mordía el labio para no gemir.

Capítulo 32

—Perdona, ¿qué me decías? —Elizabeth detuvo la taza de café a medio camino y la volvió a dejar en la mesa.

No había oído a Eva. Estaba pensando en lo que le había explicado William la noche anterior. No había podido dormir dándole vueltas al asunto; estaba de acuerdo con él en que si en la APL supieran la verdad lo habrían encarcelado en una prisión militar. Pero Elizabeth temía que no se detendrían ahí. Ellos sabían quién era William, mejor dicho, su padre, y a pesar de eso lo habían colocado en la lista negra de los hombres que no habían acudido a la llamada patriótica del «trabajar o luchar». Querían hacerle daño, y la idea la hizo estremecerse.

—Que el periódico —Eva señaló el ejemplar que había sobre la mesa— dice que en Gran Bretaña han dado el brote de gripe por terminado porque llevan varios días sin que se notifiquen casos nuevos. —Se encogió de hombros y la observó entornando los párpados—. ¿Estás preocupada por algo?

Elizabeth respiró hondo y se centró en el momento.

—No, solo cansada. —Sacudió la cabeza.

—Tienes que cuidarte, cariño. Últimamente pareces más cansada que nunca. —Alzó una ceja—. Y también un poco ida.

Elizabeth enarcó las cejas.

—¿De veras?

—A veces, solo a veces —remarcó—, parece que estés en otro mundo bastante mejor que este. Si no te conociera diría que estás enamorada. —Se rio y negó con la cabeza—. Pero no creo que después de romper un compromiso te quieras complicar la vida tan pronto.

—Claro, sería una tontería. —Hizo un gesto con la mano como si apartara esa posibilidad—. ¿Qué ingleses dicen lo de la gripe? —preguntó para cambiar de tema.

—El mando militar. La verdad, creo que Parker os está haciendo perder el tiempo a William y a ti. O quizá esté logrando otras cosas... —La miró con picardía.

—Déjalo ya, Eva. —Elizabeth se sonrojó, pero la miró fijamente—. William y yo somos buenos amigos, nada más. Estar con un compañero de trabajo me ocasionaría problemas graves, lo sabes —terminó muy seria.

—Solo bromeaba, Elizabeth. Como si no supiera lo grave que sería eso...

—Eva dirigió la vista a la mesa donde se sentaba Coleman con el residente de cirugía y suspiró—. Ese hombre es mi manzana prohibida del Paraíso, y no puedo hacer como la primera Eva. Me gusta demasiado este trabajo.

—Tienes razón. —Le sonrió y decidió reconducir la conversación fuera de terreno peligroso—. Volviendo al tema de la gripe, pienso como tú, pero no hay más remedio que obedecer a Parker y seguir investigando todo lo que tenga relación con la influenza. De todas formas, ahora hay poco trabajo y disponemos de más tiempo para investigar.

Eva asintió con gesto preocupado.

—Gracias a Dios, porque cada vez somos menos. Dicen que han llamado a filas a Levine —dijo echando un vistazo al residente de cirugía.

—¡No! —Elizabeth tragó saliva, tratando de deshacer el nudo que acababa de apretar su pecho—. Eso va a complicar más el trabajo de Coleman.

—Puede que venga una cirujana a sustituirlo —aventuró Eva.

—¿Quién? —Elizabeth suspiró—. Muchas están en Europa. Parece que todo el mundo piense que aquí no hay enfermos, desde nuestro gobierno hasta la AMWA¹⁴.

—Esperemos que esto termine pronto —pronunció la frase más repetida de todo el país.

Elizabeth se limitó a asentir mientras en su fuero interno imploraba que fuera así. Terminó su café de un sorbo y se levantó.

—¿Vamos? —Movié la cabeza en dirección a la puerta—. Y no le digas a Parker que ya no hay gripe, o nos volverá a soltar un discurso sobre lo malo que es subestimar al enemigo.

Eva la siguió rezongando comentarios sobre perder la objetividad en el trabajo.

*

William terminó tarde su ronda y se fue a la solitaria cafetería del hospital para que le sirvieran un sándwich.

—Doctor Foster, por fin lo encuentro —dijo una voz masculina a sus espaldas.

Tragó con dificultad antes de girarse y constatar que no se equivocaba con la identidad de su visitante.

—Estoy trabajando, señor Altman. Le agradecería que esperara a que saliera del hospital para asaltarme con sus acusaciones.

—Póngame uno de esos también. —Ignorando sus palabras, el agente hizo una señal a la camarera.

—¿Cómo ha conseguido entrar en la zona de personal?

El hombre se encogió de hombros.

—La placa de la APL abre muchas puertas. —Sonrió mostrando todos los dientes—. Por eso sé que su compañero, el doctor Lewis, está exento del servicio por tener familia dependiendo de él. No como usted.

William dejó el sándwich en el plato. Se le había quitado el apetito.

—Dígame qué es lo que desea y láruese —masculló mirando al hombre con frialdad.

Este lo observó en silencio antes de sacar del bolsillo interior de su chaqueta una fotografía, que le mostró. William notó cómo la sangre huía de su rostro mientras Altman la volvía a guardar con calma.

—Ha entrado en mi casa —murmuró, incrédulo.

—No, no, doctor Foster. Prefiero el camino fácil, he entrado en la de ella. También tengo fotografías de ustedes dos entrando juntos en su casa, pero creo que esta es más bonita para mostrarla en el hospital. Incluso podría publicarla en el periódico. ¿Se imagina el titular? Reputados médicos del hospital del condado contraen matrimonio. —Sonrió mirando la fotografía—. Ella es toda una preciosidad.

—No es ilegal contraer matrimonio —gruñó William, odiando a aquel sujeto.

—No, no lo es. Pero entonces... —su sonrisa se desvaneció mientras lo miraba entornando los párpados— ¿por qué lo esconden? —El médico negó con la cabeza sin pronunciar palabra, su corazón latía fuerte y rápido—. Supongo —continuó Altman, levantándose— que no tendrá problema en que vaya a mostrar esta fotografía por ahí. Quizá alguien pueda responder a mi pregunta.

William también se levantó y lo miró con dureza.

—Siéntese. —Echó un vistazo alrededor y comprobó que estaban solos—. ¿Qué quiere?

Ambos permanecían de pie, las miradas enfrentadas y los cuerpos tensos. El hombre se sentó con lentitud y William lo imitó.

—Mi hijo estaba en el frente, se presentó voluntario en cuanto el país entró en guerra. Yo estaba orgulloso de él. También me habría alistado si hubiera sido más joven o hubiera tenido alguna habilidad, una carrera como usted, pero tan solo regento un colmado. —El desprecio brillaba en sus ojos y William tuvo que esforzarse para no apartar la mirada—. Murió antes de pasar un mes en Europa.

—Lo siento mucho.

—Murió porque no había médicos cerca de él cuando recibió el balazo. Quiero que usted vaya al frente para que los hijos de otros no pasen por lo que pasó el mío.

William respiró hondo.

—Escuche, señor Altman, lo que le pasó a su hijo fue una gran desgracia, pero aquí también hacen falta médicos, cada vez más...

—¡Y una mierda! —cortó el hombre golpeando la mesa—. No sea cobarde. El país está desangrándose de jóvenes. ¡Es allí donde tiene que estar usted, para cuidarlos!

—¿Qué cree que hago aquí? ¿Tiene usted esposa, familia? —insistió—. ¿Qué hará cuando vayan al hospital y los atienda un médico del siglo pasado, de los que solo saben hacer sangrías?

El hombre se palmeó la chaqueta justo en el lugar donde había guardado la fotografía.

—Mi esposa murió hace años, solo tenía a mi hijo. Y creo que los médicos que quedan en el país serán suficientes para cuidar de la gente hasta que termine la guerra. —Miró en dirección a la camarera, que se acercaba con su pedido—. Me llevaré el sándwich. Paga el doctor. —Se levantó cuando volvieron a estar solos y le dio un mordisco al bocadillo—. Usted decide, Foster —dijo con la boca llena.

William observó cómo salía del comedor, dejándolo solo.

*

Aquel mes de agosto era extraordinariamente caluroso. Elizabeth hacía tiempo que había abandonado su vestimenta austera y lucía mangas cortas hasta el codo. Seguía llevando el cabello apretado en un moño y las gafas, pero su estilo de vestir era más juvenil. Aun así, sentada en el comedor de su piso, necesitó abanicarse mientras esperaba a Penny. La enfermera había bajado a por el correo, ansiosa por recibir noticias de sus hermanos. Por fin, irrumpió en el pequeño comedor con un par de cartas en la mano.

—Carta de mi madre y —agitó el sobre— de Paul.

—¡Paul!

Su corazón dio un vuelco, llevaba días sin poder hablar con él. Se levantó y tomó el sobre. Ambas se sentaron, abrieron cada una su carta y empezaron a leer en silencio.

Querida Lizzy:

Espero que te encuentres bien. Yo sigo recuperándome, puedo caminar casi con normalidad, pero no hacer grandes esfuerzos. Cuando lo intento, siento mucho dolor y tengo que parar. Hay momentos en que me resulta muy molesto sentirme como un inválido, y al instante siguiente me arrepiento de esta autocompasión, pensando que soy afortunado de estar vivo y en casa, y que puedo caminar. La mayor parte del tiempo soy optimista y pienso que me recuperaré por completo.

Y ahora vienen las buenas noticias. La primera, que definitivamente me voy a quedar en Filadelfia, trabajando como ingeniero en las oficinas del ejército. Me ayudará a sentirme útil y nuestra familia estará tranquila.

La segunda es que nuestros padres tienen fecha de boda, «hermanita». Sarah no quería decírtelo por teléfono, ya sabes que ella y mi padre son de la vieja escuela, y le he rogado que me deje darte la buena nueva. Imagino que William y tú tendréis dificultades para venir juntos; aun así, espero que lo hagáis. Hay cuatro invitaciones, las otras dos son para Penny y la pareja que ella quiera llevar. Otra amiga. O nadie. Aquí no le faltará compañía.

¿Tengo que ser más claro?

Esperamos tu respuesta. Puedes darla por teléfono, ignora los prejuicios de nuestros padres. Tengo muchas ganas de veros. A William no tanto, pero lo soportaré.

PD1: Espero que la indirecta con Penny funcione.

PD2: Te echamos de menos.

Paul

Elizabeth se quedó mirando la carta fijamente. La mano de su amiga apretó su brazo y la miró parpadeando.

—Me estás asustando —dijo Penny—. ¿Todo bien?

Elizabeth sonrió y le mostró la carta. Penny pareció dudar.

—Toma —insistió la doctora agitando el papel delante de su amiga—. Creo que te interesa. ¿Qué dice tu madre? ¿Tus hermanos están bien?

—Sí, dice que todos estuvieron un poco pachuchos con la gripe, hace ya semanas. Su batallón se vio muy afectado, pero se recuperaron en pocos días sin problemas.

—¡Me alegro! Anda, lee esto.

Elizabeth esperó a que su amiga terminara de leer la carta de Paul. Una sonrisa iluminó su rostro al llegar a la última parte.

—Paul es encantador —comentó la enfermera, aún sonriente tras devolverle la carta. Sus mejillas tenían más color.

—¿Hay algo que no me hayas contado? —Levantó una ceja—. No quiero que pienses que me lo tomaré mal, Penny.

—No es nada importante, si no te lo habría contado —se defendió la enfermera—. Sabes que Paul y yo congeniamos bastante la última vez que estuvieron aquí. El día de vuestra boda nos pasamos horas hablando. —Se encogió de hombros—. Fue muy agradable, pero no quería darle mayor importancia. Ya sabes cómo es, seguro que está bromeando.

—Penny, me gustaría mucho que vinieras, y estoy segura de que a William también. Y por lo que ves, también a mi familia. Paul es mi familia —puntualizó—. Puede parecer que siempre bromea, pero con esto —agitó el papel— deja bien claro que le interesas, te lo aseguro. ¿Tú... sientes algo por él?

—Es difícil no sentir algo por Paul —repuso Penny, encogiéndose de hombros de nuevo. Sus ojos brillaban a pesar de su intento de aparentar indiferencia—. Pero aún tengo que decidir si es solo por su encanto personal o hay algo más.

—¿Eso es un sí, vendrás? —Elizabeth esbozó una sonrisa mientras su amiga parecía debatir consigo misma.

—Lo es. —Asintió con la cabeza—. Me gustaría acompañaros.

—¡Qué bien! Ojalá podamos ir los tres. Cada vez somos menos, pero ahora en agosto hay poco trabajo. Creo que nos merecemos un fin de semana de vacaciones.

—¿Vacaciones? ¡Imposible! —Parker la miró como si le hubiera salido un cuerno en medio de la frente.

—Doctor Parker, es importante para mí. Es mi familia —suplicó la doctora con voz temblorosa.

—Lo ha pedido con poca antelación. Tengo el personal en mínimos. Elizabeth... —se detuvo y respiró hondo—. Diablos, estoy siendo un ogro, es la boda de su madre. Vaya y disfrute. Foster y Lewis podrán hacer más turnos si es necesario.

—Gracias, doctor Parker —dijo con un hilo de voz.

Moviéndose con lentitud, salió del despacho de su jefe y cerró la puerta tras de sí. Se detuvo para mirar el vasto laboratorio al que había llegado hacía ya casi ocho meses. El escaso personal que quedaba se afanaba observando por los microscopios, limpiando el material, usando las centrifugadoras e

incubadoras... El hospital había contratado a un par de auxiliares de laboratorio, ambas mujeres, pero no había podido encontrar más médicos. De la plantilla masculina inicial solo quedaban tres adjuntos, demasiado mayores para ser reclutados, y los dos residentes. Lewis disfrutaba de un aplazamiento en el servicio militar por tener a una familia dependiendo de él. William, ausente en aquel momento, estaba pendiente de ser llamado a filas. A juzgar por la velocidad a la que consumía jóvenes el frente occidental, al que los británicos llamaban «gran máquina de salchichas», le quedaban un par de meses para eso, tal vez menos.

Sentía el cuerpo pesado mientras se dirigía a su taburete. Se sentó con movimientos lánguidos y se quitó las gafas para ponerse manos a la obra; trabajar era lo único que la ayudaba a soportar la angustia de la cuenta atrás. Eso y sentir el calor del cuerpo de su esposo por las noches. Apretó los labios con frustración. No debería haberse hecho ilusiones de que irían juntos a la boda de su madre. Acercó una de las preparaciones al microscopio y se concentró en observarla hasta que un carraspeo interrumpió su labor.

Lewis estaba a su lado y la miraba con gesto opaco. Desde el nacimiento de su hijo, el joven mantenía con ella una relación de respeto, como había demostrado en los disturbios de julio, pero distante. No es que ella esperara otra cosa.

Su compañero miró alrededor un momento antes de hablar.

—El doctor Foster no está aquí —murmuró inclinándose hacia ella.

La joven frunció el ceño, molesta.

—Ya lo he notado. Estará pasando visita en algún lugar. ¿Qué importa eso?

Lewis bajó todavía más el tono de voz y se inclinó para que lo oyera.

—No está en el *hospital* —enfaticó—. William está en un reconocimiento médico militar.

Elizabeth sintió que su corazón se detenía unos instantes para emprender después una loca carrera; se puso la mano en el pecho como si pudiera contenerlo.

—¿Cómo... cómo lo sabe?

—En el vestuario de hombres le ha caído la carta con la cita y se la he recogido. No he podido evitar ver de qué se trataba.

Elizabeth sabía lo que aquella revisión significaba, pero no podía creerlo.

—No... no entiendo. Y ¿por qué me dice esto? —«¿Y por qué él no me ha dicho nada?».

—Sé que me meto donde nadie me llama, doctora, pero William me ha pedido que lo mantuviera en secreto, y he imaginado que usted no sabía nada. Creo que tiene derecho a saberlo, por lo menos por la... amistad que los une —afirmó.

No supo qué pensar de Lewis, pero sabía que le decía la verdad. Se fijó por un instante en sus ojos y vio algo: compasión.

Lewis la compadecía.

Sintió que se mareaba. Tenía que salir de allí.

—Discúlpeme con el doctor Parker. —Se levantó de su taburete con el cuerpo tembloroso—. Tengo que descansar un poco.

*

William llegó a casa de Elizabeth y no la encontró. En su lugar estaba Penny hecha una furia. La enfermera le abrió la puerta con cara de malas pulgas y, en cuanto lo tuvo dentro de casa, lo amonestó con frases rápidas entre las cuales intercalaba palabras en gaélico que sonaban tan enérgicas como un insulto.

—¿Cómo diablos se ha enterado Elizabeth? —consiguió decir el joven.

—¡Eso ahora no importa! Pregúntaselo a ella, si es que quiere hablar contigo. Creía que ya habíais dejado de protegeros el uno al otro como si fuerais críos. ¡¿A quién se le ocurre que lo llamen a filas y ocultárselo a su esposa?!

—No... ¡Escúchame, Penny! —William la tomó por los hombros. Nunca la había visto tan fuera de sí—. No me han llamado a filas. Fui yo, yo me presenté. No tenía otra opción. Prefería disfrutar de los últimos días sin amargárselos, por eso no se lo había dicho. —Se separó de ella y se dirigió al comedor, necesitaba sentarse.

La enfermera lo siguió con gesto preocupado.

—William, ¿qué sucede?

—Si no hubiera ido voluntario, la APL habría publicado la foto de nuestra boda.

Penny abrió la boca, pero la volvió a cerrar.

—Mierda —dijo al fin, dejándose caer en el sofá a su lado.

—Sí. —El joven respiró hondo y se pasó la mano por el pelo.

—¿Cómo la consiguieron?

—Entraron en vuestra casa.

La enfermera apretó los puños sobre su regazo, con fuerza.

—No... no entiendo que alguien que se llama a sí mismo patriota crea que

tiene derecho a pisotear a los demás. —Lo miró con rabia contenida—. No es justo.

—La justicia ha sido devorada por la guerra. —William se levantó. Hacía días que había aceptado su destino. Ahora solo tenía unas ganas locas de encontrar a su esposa—. ¿De verdad no tienes idea de dónde puede estar? Porque, si es necesario, recorreré la ciudad de arriba abajo hasta que la encuentre, empezando por la casa de Margaret Stanley. —Se dio la vuelta y se dirigió a la salida.

Penny lo siguió hasta la puerta en silencio. William abrió y ella lo detuvo poniéndole una mano en el brazo.

—Tienes razón, ha ido a ver a la señora Stanley. Me hizo prometer que no te lo diría, pero me has dado un buen motivo para romper mi palabra. Dijo que iba a pasar allí la noche. —Suspiró—. Y que no fueras a buscarla.

William dio media vuelta y le besó la mejilla a modo de despedida.

—Espero que la señora Stanley se apiade de mí.

No fue así. El mayordomo de Margaret ni siquiera le abrió la puerta. William se planteó montar un escándalo, pero decidió que sería contraproducente. Se retiró cabizbajo hacia el automóvil y encendió el motor con destino al lugar donde siempre encontraba apoyo.

Emma lo recibió con cara de preocupación, no era habitual que la visitara tan tarde y sin avisar. Se levantó del sofá y fue a abrazarlo.

—¿Qué sucede, hijo?

Él no podía hablar. Solo quería la serenidad que le transmitía su madre. Emma lo mantuvo abrazado en silencio. William escuchó un sonido tras él y olió el humo de cigarrillo, pero lo ignoró. Su madre tiró de él hasta el sofá. Se sentaron y miró a su padre, de pie en el umbral del comedor, observándolos a los dos.

—William —su madre le tomó ambas manos y atrajo su atención—, cariño. Dime qué ocurre.

Le relató la situación: el día de las detenciones masivas, la visita del agente de la APL, su decisión de ocultárselo a Elizabeth y su reacción. Su padre había entrado en el salón y se había sentado en uno de los sillones, manteniendo un silencio total.

Cuando terminó pudo leer la determinación en los ojos de su madre.

—No será muy difícil librarte aunque hayas superado el reconocimiento médico. Con dinero se puede conseguir casi todo, incluso hacer desaparecer esa fotografía de manos de la APL. Podemos hacer una generosa donación a

la causa, ¿verdad, querido? —se dirigió a su esposo.

William negó con la cabeza y le apretó las manos.

—Mamá, no lo has entendido. Voy a ir. —Le echó un vistazo a su padre antes de seguir—. Debería haber ido antes, pero padre hizo que cambiaran mi número.

El gesto de Foster se ensombreció, pero mantuvo su silencio.

—Ya lo sabía —murmuró Emma.

—¿Lo sabías? —Agrandó los ojos. Aquello no lo esperaba.

—A tu madre le oculto pocas cosas —intervino el abogado en tono ácido—. Excepto lo que hice para separarte de la doctora, pero se lo conté hace poco y ya me ha perdonado. Por cierto, enhorabuena por tu matrimonio —añadió sin cambiar la entonación.

—Mamá. —William ignoró a su padre. No podía creer lo que acababa de oír—. ¿Te das cuenta de lo... inmoral que fue eso? ¡Hizo que otro hombre fuera en mi lugar!

Ella alzó la barbilla.

—Eres mi único hijo —levantó la mano, silenciándolo antes de que le dijera que había más hijos únicos en el ejército— y aquí estás haciendo una labor muy importante.

William se enfureció, no solo por la falta de remordimientos de su madre, sino también por escuchar sus propios argumentos como si fueran excusa para aquella traición.

—¿Creéis que sois dioses, manejando el destino de otras personas a vuestro antojo? —William se levantó, trastornado. Los miró a ambos—. Tengo miedo de ir a la guerra, pero tengo más miedo de quedarme aquí y ser lo que vosotros queréis que sea. No soy mejor que los demás. Esta guerra me parece una locura, pero no puedo seguir huyendo de mi destino con la excusa de que aquí soy útil. Sé que lo soy, pero ya no se trata de eso.

—William, no... —empezó Emma.

—Basta. No quiero escuchar más.

William alcanzó la puerta del salón en unas pocas zancadas y se marchó sin atender la llamada de su madre. Una hora después estaba sentado en el sofá de la biblioteca de su casa bebiendo un vaso de *whisky*.

Tenía la mirada perdida mientras recordaba la primera vez que había besado a Elizabeth en aquella misma estancia. Todo se había descontrolado desde aquel beso tan dulce. Suspiró, notando un ramalazo de deseo y la intensa añoranza de abrazar a su esposa. Esperaba que Elizabeth lo dejara

explicarse pronto y que le perdonara. No podía haber hecho otra cosa, estaba seguro de que, si hubiera contado con su opinión, ella habría dejado que publicaran aquella fotografía. Ya llevaba días diciéndole que la carga del secreto se le hacía cada vez más pesada.

Dios, cuánto la necesitaba.

—Sabía que estarías aquí —dijo una voz suave.

William levantó la mirada. Como si fuera un realista producto de su imaginación, su esposa pareció materializarse en la oscuridad de la biblioteca.

—¿Elizabeth? —preguntó, inseguro de lo que le decían sus sentidos.

Ella suspiró mirando el vaso que él sujetaba.

—Has bebido.

Ahora estaba seguro de que era real.

—Solo un par de sorbos. ¿Cómo...?

—Penny. Ha venido a verme y me lo ha contado todo.

La observó acercarse vacilante. Llevaba aquel vestido que le encantaba, el de tonos azules con las mangas y el escote de gasa. Su sola forma de moverse lo hechizaba. Los momentos en que la podía devorar con la mirada sin testigos molestos eran tan escasos... La joven se detuvo frente a él y alargó la mano hasta su cabello. Lo peinó con los dedos de forma delicada. William cerró los párpados por la placentera sensación.

—Tendrías que habérmelo dicho. —Elizabeth se sentó a su lado y le tomó una mano entre las suyas.

—No puedo más, Beth. —Bebió otro sorbo de *whisky* a pesar de que ella lo miró con el ceño fruncido—. De todas formas, nos quedaba poco tiempo. No quería que tú te plantearas ni por un momento hacer público lo nuestro.

Ella le quitó el vaso de la mano y lo colocó en una mesita cercana.

—Podíamos haberlo hablado. Yo también estoy cansada de tanto secreto. Es...

William le rozó los labios con las yemas de sus dedos, silenciándola.

—No tires por tierra todo tu esfuerzo, Beth. —Sus dedos se desplazaron por el rostro de ella, memorizándolo con su mirada y su tacto—. Van a ampliar la edad de registro militar hasta los dieciocho años, y chicos que ni siquiera tienen edad para votar o beber alcohol irán a luchar por su país. No puedo quedarme sin hacer nada. —Levantó la otra mano y acunó su rostro.

—Will, lo sé, pero no puedo... no puedo seguir así. Quiero decirles a todos la verdad, quiero pasear de tu brazo con orgullo hasta que te marches. Mañana iré al director y se lo explicaré todo —insistió ella con la mirada

brillante.

—Puedes seguir como hasta ahora y lo harás —dijo con firmeza—. Me enamoré de ti por tu fortaleza, que compensa tu molesta cabezonería —aseveró con media sonrisa—. La guerra terminará antes de que termine mi entrenamiento, estoy seguro. No puede durar mucho más. Volveremos a estar juntos, tú serás la primera doctora en la plantilla del laboratorio del Cook y yo estaré aún más orgulloso de mi esposa.

Se acercó a su boca y la besó con la suavidad de la seda. Ella entreabrió los labios para recibirle. William incrementó poco a poco la profundidad del beso. Sus manos la tomaron por la nuca y la espalda, acercándola a su cuerpo. Elizabeth se movió sobre el sofá hasta colocarse sobre él a horcajadas.

—¿Recuerdas nuestro primer beso aquí? —preguntó él, la voz tomada por el deseo y la emoción. Sus rostros estaban muy cerca y percibía la calidez de su aliento.

—¿Crees que podría olvidarlo jamás? —Lo besó—. Me mostraste la sensualidad que había en mi cuerpo y yo desconocía. Aprendí la belleza que puede haber en tocar —alargó las manos para desabotonar la camisa de William— al hombre que amas. Y la belleza de ser tocada —pronunció con dificultad, ya que él acariciaba sus pechos sobre la delgada tela del vestido—. Desnúdame, William.

Él imitó sus movimientos y desabrochó su vestido mientras ella le acariciaba el torso. Las menudas manos viajaron hacia su cinturón, que liberó en un instante. Elizabeth se movió para permitirle que le quitara el vestido y quedó en sujetador y bragas.

—Eres tan hermosa... —se inclinó para tomar un pecho cubierto de encaje en su boca—, tan dulce... —Lamió y chupó un pezón y después el otro, humedeciendo la tela.

Ella le acarició el cabello y su mano bajó por la nuca hasta la espalda masculina. En el silencio de la estancia se oían sus respiraciones agitadas y el roce de sus ropas. La luz de la luna penetraba por la ventana, entreabierta para permitir que la habitación se refrescara. Los apagados sonidos de la ciudad dormida acompañaban el de sus ropas desapareciendo pieza a pieza.

—La primera vez que te acaricié en este sofá no nos quedamos así —susurró William. Sus manos acariciaban cada centímetro de piel descubierta, y sus ojos se saciaban con la belleza de su cuerpo desnudo—. De haber sido así, te habría raptado y te habría obligado a casarte conmigo aquel mismo día. —Se lamió los labios, que notaba resacos. Tragó saliva cuando su esposa,

sonriendo, alargó su mano hasta tocarle donde más lo necesitaba, y sofocó un gemido.

—Tampoco me habría atrevido a hacer esto —murmuró ella moviéndose de forma que se situó entre sus piernas, arrodillada en el suelo. Le dedicó toda su atención y caricias tanto con su boca como con sus manos. William recostó su cabeza en el sofá, las manos descansando a cada lado de su cuerpo, dejando hacer a su esposa y disfrutando del placer de sus caricias.

—Si lo hubieras hecho —pronunció entrecortado, sus labios dibujaban una trémula sonrisa— me habrías hecho tu esclavo, como ahora. Ven aquí —se inclinó hacia delante y la levantó, colocándola de nuevo a horcajadas sobre él—. Te amo. Eres mía y yo soy tuyo. Siempre. Siempre, dilo —dijo penetrándola.

—William... —Ella suspiró y abrió los ojos, fijando sus negras pupilas en las de él. Estaba tan hermosa con sus labios entreabiertos, los párpados pesados, sus pechos bajando y subiendo agitados—. Soy tuya. Siempre. —Sus manos se deslizaron voraces por el cuerpo de su esposo, ávidas de su cálida piel.

Él la ayudó a moverse con las manos en sus caderas, deslizándola arriba y abajo, empujándolos a ambos hacia el anhelado éxtasis.

—Bésame —pidió él—. Bésame hasta hacerme olvidarlo todo.

Ella obedeció. Lo besó con sus labios, sus dientes y su lengua. Lo besó como si no hubiera ayer ni mañana. Lo besó mientras se mecía sobre él y los llevaba a ambos hacia el dulce olvido.

*

Releyó su manuscrito bajo la luz que entraba por uno de los ventanales del laboratorio. Había decidido publicar junto con William y Parker los resultados de su investigación sobre la gripe. Llegó a la parte de las conclusiones, donde ponían en duda que el causante de la epidemia de gripe de la pasada primavera fuera el bacilo de Pfeiffer. Sabía que muchos bacteriólogos la iban a acusar de que su técnica no había sido correcta y por eso había fallado. Sin embargo, la firma de Parker en su publicación garantizaba que la comunidad científica la tomara en serio. Juntó las páginas y las alineó sobre la mesa. Rozó con un dedo una parte que sobresalía y solo consiguió desalinear el montón. Lo cogió y le dio unos golpecitos por la parte de abajo, sujetándolo por los lados. Lo dejó sobre la mesa y volvió a alinear las páginas.

Apoyó las manos sobre el legajo, suspirando al darse cuenta de lo que

estaba haciendo. Últimamente, arreglar el espacio que la rodeaba le proporcionaba cierta calma, como si poner orden a su alrededor aliviara la angustia que sentía desde que William tenía fecha definitiva para su incorporación a filas. Lo único positivo era que su entrenamiento antes de marchar a Europa sería en el campamento Grant, a poco más de cien millas al noroeste de Chicago. Como médico del hospital militar estaría bajo las órdenes del mayor Joseph Clark, un prestigioso médico e investigador en la prevención de enfermedades respiratorias. Era todo un honor trabajar para él, aunque fuera en aquellas circunstancias. Y no estarían muy lejos.

—Doctora Scott —la voz de Parker a sus espaldas la sobresaltó—, me han dicho que la encontraría aquí.

—Buenas tardes, doctor Parker. —Se levantó de un salto y buscó la bata, que no llevaba puesta por el calor agobiante de agosto. Miró a su jefe mientras se la ponía—. La guardia está siendo muy tranquila y he venido a repasar mi trabajo.

Su jefe tendió la mano y ella le entregó el legajo. Él se ajustó la montura de las gafas.

—No ha cambiado nada, ¿no? —dijo echando un vistazo rápido a las páginas.

—No he tocado nada. Solo era el último repaso.

—Bien. Es un excelente trabajo, doctora. Mañana mismo lo enviaré por correo. Espero que lo publiquen en breve. —Durante unos instantes la miró de una forma extraña, como si estuviera pensando en otra cosa. Ella empezó a sentirse inquieta.

—¿Me necesita para algo?

—Solo... quería decirle que felicite a su madre de mi parte. Y que este será el último fin de semana libre que puedo concederle si la situación no mejora.

—Lo comprendo y le estoy agradecida.

—Lewis se ha ofrecido a trabajar todo el fin de semana. Es un detalle, porque Foster también se lo ha pedido libre, me dijo que necesitaba poner las cosas en orden antes de ingresar en el ejército. —Su gesto se volvió grave—. No podía negárselo.

La joven intentó que no le temblara la mandíbula cuando contestó:

—Por supuesto.

—Me alegra que poco a poco vayan haciendo equipo. —Se quitó las gafas y la observó con fijeza—. Usted, Foster y Lewis son unos excelentes profesionales.

—Gracias, doctor —dijo ella, deseando de pronto que Parker se marchara.

Su jefe dibujó una sombra de sonrisa, se despidió con un gesto y se dio la vuelta para marcharse. Cuando había dado un par de pasos, se giró y clavó su aguda mirada en ella.

—Hay otra cosa que quería comentarle —dijo metiendo la mano en uno de los amplios bolsillos de su bata. Sacó una fotografía, que le mostró.

La joven jadeó y sintió que la garganta se le secaba. Se acercó a él con paso vacilante y carraspeó antes de hablar.

—¿Cómo ha llegado esto a sus manos? —Tomó la fotografía de su boda con manos temblorosas.

—Ha llegado por correo hoy mismo, dirigida al director del hospital, sin remitente. —Se acercó de nuevo a ella y la miró con cierta ternura—. Parecen ustedes muy felices.

Ella negó con la cabeza.

—Puedo explicárselo, pero no creo que sirva de nada. ¿Cuándo quiere que me vaya? —Bajó la cabeza.

—No sea dramática, Elizabeth. El hospital no puede permitirse perder más médicos. Además, usted ha demostrado de sobra su capacidad. —Respiró hondo—. No sé qué pasó con su compromiso anterior y no es asunto mío, pero, entre usted y yo, no soy tan viejo como para haber olvidado lo que es estar enamorado. Es cierto que estoy en contra de las relaciones entre mis trabajadores, pero ese obstáculo ya no existirá ahora que el doctor Foster se marcha.

—Doctor Parker... Yo... —No sabía qué decir. Sondeó la expresión de su jefe y le pareció que le brillaban más los ojos—. Gracias —dijo por fin—. ¿Quién más lo sabe? Aparte del director y usted.

—El doctor Brown, pero piensa como yo, y el director confía en nuestro criterio. —Su gesto volvió a ser el de siempre, la nube de emoción había pasado—. Doctora, en mi laboratorio es esencial estar implicado al doscientos por cien. Por si no lo imaginaba, usted es mi favorita para la plaza de médico adjunto que ofertará el hospital el año que viene. No me decepcione, por favor.

Elizabeth se quedó sin saber muy bien qué decir, incapaz de mover un solo músculo. Cuando asintió, Parker ya salía del laboratorio.

*

La brisa nocturna penetraba por la ventana de la habitación refrescando los cuerpos de Elizabeth y William, sudorosos después de hacer el amor.

Aquella vez había sido de una forma casi desesperada, habían volcado una mesa y tirado una lámpara, y los gritos de ambos al llegar al placer habían resonado en el silencio del antiguo hogar de Elizabeth. Ahora ambos permanecían abrazados sobre las sábanas revueltas, aferrándose con tanta fuerza al cuerpo del otro como a cada uno de los segundos que les restaban juntos. A su imaginario reloj de arena le quedaran apenas unos granos para vaciarse, el médico había recibido aviso de que se le necesitaría antes de lo previsto y el lunes, cuando volviera a Chicago, debería incorporarse al ejército.

Por eso, a pesar de los planes iniciales de estar todos juntos en la gran casa de Charles y Sarah, Penny les había insistido en que no se preocuparan por ella y pernoctaran en la antigua casa de la nueva señora Adams. Ni William ni Elizabeth habían protestado, a la enfermera se la veía muy a gusto en compañía de Paul y ellos necesitaban intimidad. Había sido un día maravilloso de reencuentros, de disfrutar viendo la felicidad de Charles y Sarah en su boda, de observar la divertida complicidad que existía entre Penny y Paul, de vivir como un matrimonio que no necesitaba esconderse de nadie.

William no sabía por qué Altman había roto su parte del trato. Quizá desde el primer momento lo había engañado, o quizá al enterarse de que su destino inicial estaba cerca de Chicago había pensado que los Foster habían intervenido en su ayuda. Esta vez él se había asegurado de que no fuera así, su destino lo había decidido el mando militar. Grant era un campamento que, como otros, había crecido muy por encima de su capacidad. Sus casi cuarenta mil soldados estaban al cuidado de un excelente equipo médico cuyo líder, el doctor Clark, había exigido más personal. De todas formas, no iba a preocuparse más por Altman ni por su padre, ahora su destino estaba en manos de otros. Tampoco tenía que preocuparse por Elizabeth, ya que su futura plaza en el laboratorio no estaba en peligro. Cuando terminase la guerra, él podría encontrar otro hospital donde terminar su especialidad.

Sintió que su esposa temblaba en sus brazos y se apresuró a estirar de la sábana y la colcha para cubrirlos.

—William... —su voz salió ronca y lo alarmó. Parecía que estaba llorando.

—Cariño —buscó su cara en la penumbra y, al no poder distinguir sus rasgos, alargó una mano para encender la luz de la mesita. Su esposa lo detuvo.

—No, no enciendas la luz. Solo abrázame. Y luego ámame hasta que amanezca.

William se movió hasta colocarse encima de ella apoyando su peso sobre uno de sus antebrazos. Con la mano libre le acarició las mejillas hasta secar la humedad que las cubría.

—Te amaré hasta el fin de los días, no solo hasta que amanezca —susurró en su oído, y se dispuso a acariciarla como si pudiera leer su destino en algún mapa oculto en su piel.

Capítulo 33

—Una carta para usted, doctora.

El doctor Parker se acercó a ella luciendo su mejor sonrisa. La joven se fijó en que llevaba los botones de la bata mal abrochados, pero se centró en lo que llevaba en la mano. Era un sobre de apariencia ligera. Se levantó de su taburete, lo tomó y miró el remitente.

—¡El JAMA¹⁵! —Miró a Parker y a la carta alternativamente—. ¡Me ha escrito el JAMA! —Se quedó callada, observando el sobre como si pudiera ver a través de él.

—Ábralo de una vez, joven.

Ella se mordió el labio mientras abría la misiva. Leyó el papel que había en su interior y su sonrisa se amplió.

—Han aceptado el artículo para su publicación. Saldrá en octubre.

—¡Estupendo! —Parker dio una sonora palmada.

—Felicidades, doctores. —Lewis se había acercado.

—Vamos a seguir la misma línea de trabajo, esta vez ustedes dos colaborarán conmigo. —Parker miró a ambos.

Elizabeth guardó la carta dentro del sobre y lo metió en el bolsillo de la bata.

—Con todos los respetos, doctor Parker —titubeó—. ¿No cree que esta etapa ya ha terminado? Podíamos dedicar nuestros esfuerzos a otro tema.

El rostro de su jefe se endureció.

—Hasta que no encontremos el patógeno que la causa, la gripe seguirá campando a sus anchas. Necesitamos saber qué causa esta enfermedad o no podremos encontrar una cura, ni siquiera una vacuna.

—¿Y si la causa de la gripe es un virus filtrable, como sospecha usted? —argumentó ella—. Mientras no dispongamos de tecnología que nos permita verlos va a ser complicado trabajar con ellos.

Su jefe puso los brazos en jarras y las cejas fruncidas.

—Pasteur logró encontrar una vacuna para la rabia sin conocer lo que la causa. Ni siquiera lo sabemos hoy en día.

Elizabeth bajó la cabeza, derrotada.

—Tiene razón, doctor Parker. Disculpe.

—La gripe es una enfermedad en general benigna —intervino Lewis con diplomacia—, excepto cuando se complica con neumonía. ¿Por qué no nos

centramos en eso, en lugar de buscar el agente causal? Cuando yo estaba en la universidad usted estaba investigando sobre el tratamiento de la neumonía, ¿no es así, doctor Parker?

—Sí, fue antes de la guerra —asintió el veterano médico frotándose la barbilla—. Estuve trabajando en la producción de un suero¹⁶ contra la neumonía elaborado a partir de sangre de pollos —le explicó a Elizabeth—. Esas aves son capaces de producir anticuerpos muy efectivos contra el neumococo, al menos in vitro. Nos faltó experimentar el suero en humanos porque desviaron los fondos para otros menesteres. Ahora sí disponemos de dinero para completar la investigación, gracias al Cirujano General.

—¿Podríamos trabajar en ello? —Elizabeth se animó, segura de que esa investigación iba a ser más fructífera.

—Va a ser mucha carga para todos, la elaboración del suero es un arduo trabajo. —Parker se quitó las gafas y las limpió. Esperó unos instantes antes de proseguir, clavando su aguda mirada en ellos—. No debemos descuidar el trabajo diario del laboratorio. ¿Están dispuestos a asumir un montón de horas extras?

Ambos asintieron, Elizabeth no solo porque aquella investigación la entusiasmara. Cuanto menos tiempo libre tuviera, mejor. La añoranza de William la devoraba en los momentos de soledad.

—Perfecto. —Parker se frotó las manos—. Estamos en septiembre, esperemos que para cuando vuelva la gripe podamos tener resultados contrastados para administrarlo a la población.

El teléfono del despacho de Parker sonó varias veces. Él lo ignoró mascullando algunas frases sobre ese maldito invento y continuó planificando el estudio con ellos. Unos minutos después, fue el teléfono del laboratorio el que empezó a sonar de forma insistente. Eva Blackwood descolgó el aparato.

—Laboratorio, dígame. Sí. —Elevó las cejas, sorprendida—. Para usted, doctor Parker. Es el doctor Rosenau —explicó.

Elizabeth no supo por qué, pero sintió todos sus sentidos alerta. Milton Rosenau era una eminencia, autor del libro sobre medicina preventiva más usado por el cuerpo médico militar del país. Había sido destinado al hospital de Chelsea, que atendía la base naval de Commonwealth Pier, en Boston. La conversación fue más un monólogo en el que Parker solo emitió sonidos de asentimiento. La doctora observó cómo los hombros de su jefe caían más a cada palabra que oía, y supo que sucedía algo terrible. Algo que había conseguido que su veterano jefe palidciera. Algo que había pasado en un

hospital militar.

Sintió un escalofrío.

—Confío en ti, Milton. No permitas que el brote salga de allí, por lo que más quieras —imploró—. Lo sé, pero si tú no lo consigues, ¿quién va a hacerlo? —Hizo una pausa y frunció el ceño—. Sí, estaremos en contacto. Cuídate mucho, amigo. Adiós. —Su mano temblaba y le costó colgar el teléfono.

—Doctor Parker, ¿sucede algo? —preguntó Lewis.

Su jefe se giró poco a poco hasta encararlos. Se le marcaban todas las arrugas de la cara.

—Empecemos a trabajar. Puede que el suero nos haga falta antes de lo esperado.

—Pero... no lo comprendo —dijo Penny. Sentadas en el sofá del despacho de residentes, la observaba con gesto incrédulo—. Mis hermanos en Europa han pasado la gripe, junto con medio ejército. No ha sido tan grave. ¿Por qué ahora están muriendo esos jóvenes? ¡Hablas de hemorragias por todas partes, de chicos ahogándose en sus secreciones! Eso no puede ser gripe.

—Yo tampoco lo entiendo, pero Rosenau explicó que los síntomas de la mayoría de los enfermos son los típicos de la gripe, aunque más intensos. No es lógico pensar que sean dos enfermedades distintas. —Se estremeció recordando la explicación de Parker sobre lo acontecido en la base naval. Habían enfermado dos marineros el primer día y el cuarto ya eran centenares. Todos con síntomas parecidos: dolor de garganta, de cabeza, malestar general, fiebre... Pero Rosenau no estaba angustiado por eso, lo que había encendido su alarma había sido que algunos de esos enfermos en apariencia leves evolucionaban, nadie sabía por qué, hacia una muerte fulminante. Sangraban por la boca, la nariz y los ojos, y se volvían en pocas horas de un color azul tan intenso que no se sabía si eran blancos o negros. Sus autopsias tenían los mismos hallazgos que la del albañil que ella había atendido en mayo y había muerto poco después. Pero ya no eran solo casos esporádicos.

¿Qué era aquello? Era aterrador.

—¿Qué podría ser si no fuera gripe? —cuestionó Penny haciéndose eco de sus pensamientos.

—Quizá dengue hemorrágico, o... peste neumónica.

—¿Parker cree que es peste?

—No, él cree que es un nuevo tipo de gripe. —Inspiró y exhaló, se sentía agotada—. Ni el dengue ni la peste explicarían los síntomas de los centenares

de enfermos que se recuperan sin problemas. Tiene que ser lo mismo, pero, no sabemos por qué, a algunos hombres les afecta con mayor gravedad. O quizá es un nuevo tipo de infección. —Elizabeth se pasó las manos por la cara. Sentía una capa de hielo estrujando su corazón.

—Ha... ¿ha pasado en más campamentos? ¿En otras ciudades?

—No lo sabemos. Parker ha hablado con sus colegas del Instituto Rockefeller y con el propio Cirujano General, y todavía no saben nada. Han enviado refuerzos a Chelsea para impedir que el brote salga de allí.

—Caray, sí que está bien relacionado Parker.

—Ni te lo imaginas. —La joven volvió a mirar la hora en el reloj de pared de la sala de residentes. Su jefe le había dado permiso para llamar al campamento Grant, donde estaba William, a la hora en la que allí permitían que los médicos hablaran con sus familias.

—En los últimos cinco minutos solo han pasado cinco minutos —comentó Penny al ver su gesto—. Por todos los santos, todo esto es una locura. ¿Se lo vas a contar?

—Supongo que a estas horas ya debe de saberlo. El doctor Clark también está muy bien relacionado.

Penny suspiró y se levantó.

—Voy a atender mi sala, ha terminado mi descanso ¿A qué hora crees que podrás salir?

La doctora aspiró hondo.

—No me esperes. Cuando salga de aquí iré directa a la Facultad. Tenemos que empezar con la producción del suero contra la neumonía. Parker ha conseguido un centenar de pollos, no sé dónde los vamos a meter.

—¡Qué rápido!

Elizabeth puso los ojos en blanco.

—Créeme. Este hombre nunca dejará de admirarme. Cualquiera podría aprender de su persistencia.

—Le dijo la sartén al cazo... —Penny sonrió, pero de inmediato se puso seria—. Quiero que te cuides, ¿de acuerdo? Agotada no serás de ayuda.

Elizabeth miró el reloj por enésima vez y luego a su amiga, forzando una sonrisa.

—Lo sé. Lo mismo te digo.

*

—Todo está bien por aquí, cariño. Prométeme que vas a tener cuidado. —William escuchó la respiración de su esposa y esperó a que contestara. Sabía

que estaba tratando de calmar su voz para no sonar tan nerviosa.

—Lo haré. Hazlo tú también, Will, por lo que más quieras.

—Sí. Te amo. No lo olvides nunca.

—No lo hago. Yo también te amo.

William dejó el auricular en el soporte, se levantó lentamente y salió del pequeño habitáculo en el barracón que hacía de central telefónica, cediendo el paso al siguiente. Miró el cielo de la tarde; estaba como su ánimo, gris y oscuro. Su esposa y él solían evitar temas que pudieran preocupar a cualquiera de los dos, pero esta vez Elizabeth no había querido disimular y le había explicado la dramática situación en el hospital de Chelsea.

—Capitán Foster, me gustaría comentar algo con usted. —El doctor Clark, su superior en el hospital militar, se le acercó y se puso a caminar a su lado.

—Dígame, mayor.

—Aquí no, en privado. Venga a mis dependencias.

Minutos después ambos estaban sentados a la mesa del despacho de Clark.

—He recibido una llamada del Cirujano General. —William se envaró, sabía lo que le iba a explicar—. Ha habido un brote de influenza grave en la base Commonwealth Pier. —Le explicó los detalles—. Le cuento esto porque confío en usted, el doctor Parker me dio excelentes referencias de su trabajo.

William sintió que su pecho se expandía. Sí que habían cambiado las cosas entre él y Parker.

—Gracias, mayor.

—Durante la primavera, en este campamento tuvimos bastantes casos de gripe, como en el resto del mundo. En muy raras ocasiones la enfermedad evolucionó a un cuadro fulminante, una especie de neumonía hemorrágica. Tuvimos muy pocas víctimas, pero créame: ver a un hombre joven morir de esa forma impresiona.

—En el Cook tuvimos un caso. ¿Cree usted que se trata de lo mismo?

—Es peor. —Sacudió la cabeza—. Creo que es la gripe de la pasada primavera, que ha reaparecido y ahora es mucho más letal. —Fijó su atención en los ojos de William antes de proseguir—. Tenemos que estar preparados.

—¿Cómo, señor? Ya sabe lo que pasó hace meses, la pandemia fue inevitable.

—Lo de primavera pasó porque lo permitimos, porque casi todo fueron casos leves. Esto es muy distinto —dijo con determinación. Se levantó y miró el reloj—. Vamos a hablar con el coronel. Hay que instaurar medidas preventivas urgentes.

El coronel Caldwell, un hombre de mediana edad y aspecto introvertido, los hizo pasar y sentarse. Escuchó a Clark con gesto serio mientras le explicaba la situación.

—Los campamentos de este país —dijo el coronel cuando el médico terminó— han sufrido todo tipo de epidemias desde que entramos en la guerra, desde neumonía a meningitis, y con la ayuda de la medicina moderna hemos podido superarlas —dijo, confiado—. Gracias a usted y su equipo, aquí ni siquiera sufrieron la epidemia de sarampión que azotó otros campamentos del país.

—Coronel, la gripe es muchísimo más contagiosa que la mayoría de esas enfermedades, y lo es desde antes de dar síntomas —informó el veterano médico.

—Pero solo es gripe. —El coronel sacudió la mano.

—Es *peor* que una gripe normal —insistió Clark, su voz cada vez más tensa—. Es imperativo que cumplamos las medidas de seguridad recomendadas por el Cirujano General. Hay que evitar el hacinamiento en los barracones.

Caldwell pestañeó y apretó los labios antes de hablar.

—Lo haré mientras pueda. No paran de llegar nuevos reclutas y las noches empiezan a ser frías. No puedo permitir que mis hombres duerman en una miserable tienda cuando en las barracas tienen calefacción.

Clark asintió y aspiró con fuerza.

—Estaré atento a las noticias sobre el brote de Commonwealth Pier. ¿Da su permiso para retirarnos, coronel?

—Adelante. Confío en ustedes. —Los miró a ambos un instante y volvió a repasar sus papeles.

William y Clark no intercambiaron ninguna palabra mientras abandonaban la oficina, sumidos en sus propias reflexiones. El joven miró el polvo que una fría ráfaga de aire levantó del suelo del campamento, se estremeció y se despidió de su jefe.

*

—Lo del campamento Devens ha sido una tragedia.

Elizabeth oyó a Parker a través de la puerta entreabierta y se detuvo antes de llamar. Sabía que Parker y Lewis iban a cambiar de tema en cuanto entrara, la protegían como a una damisela desvalida. Lo que sus compañeros de trabajo parecían no entender es que lo que ella intuía en su silencio era peor que saber la realidad.

Días después del brote de gripe en la base naval de Commonwealth Pier, la enfermedad había pasado al campamento militar más cercano, Devens. El primer enfermo tenía un dolor de cabeza tan intenso que los médicos habían pensado en meningitis. A este caso, registrado el ocho de septiembre, habían seguido otros más y, de pronto, una explosión de ellos: centenares de enfermos, muchos graves, postrados en los camastros de los barracones. El brote había sobrepasado con creces la capacidad de 1200 camas que tenía el hospital militar y, por supuesto, a los veinticinco médicos que trabajaban allí.

—En la base naval de los Grandes Lagos ya han registrado los primeros casos —continuó su jefe.

Eso estaba a unas treinta millas al norte de Chicago. Elizabeth negó con la cabeza, respiró hondo y, por fin, llamó a la puerta.

—Adelante —dijo la voz de Parker.

Entró en el despacho y miró a Lewis y a su jefe, quienes le devolvieron la mirada con rostro inexpresivo.

—Ya he terminado con mi trabajo aquí, doctor Parker. Le pido permiso para ir a la Facultad para seguir con la producción del suero —dijo.

—¿Hay enfermos de neumonía ingresados?

—Sí. Hay más neumonías de lo habitual para ser septiembre, he comparado los registros con los de años anteriores. Pero ninguna es hemorrágica.

Parker asintió con la cabeza.

—¿Ya ha obtenido el consentimiento de los enfermos o de sus familiares para administrarles el suero?

Elizabeth notó que le subían los colores.

—De casi todos. —Inclinó la cabeza mirando al suelo—. Hay algunos que insisten en que se lo explique un médico —carraspeó—, uno varón.

Parker bufó.

—Anóteme sus nombres e iré yo más tarde —dijo en tono neutro—. Puede marcharse.

Ella asintió y se retiró.

Salió de la facultad muy tarde. Estaban a mediados de septiembre y el fresco de la noche la hizo estremecer. Buscó con la mirada un taxi, pero a aquellas horas era difícil encontrar uno.

—¡Elizabeth, cariño! —La voz de la madre de William sonó en la

oscuridad de la noche.

Giró la cabeza a un lado y la vio acercarse con un acompañante, alto y de porte aristocrático.

«William».

Su estómago dio un salto y su corazón se aceleró unos instantes antes de que su ánimo decayera de nuevo al reconocer al hombre.

—Emma, señor Foster —dijo al tenerlos cerca.

Contuvo el impulso de darles la espalda y alejarse de ellos. A William y a ella les había dolido mucho que Emma hubiera sido cómplice en el cambio del número de orden de su hijo. Este estaba tan afectado que había marchado al campamento Grant sin despedirse de su madre.

Se centró en su suegra con gesto interrogante.

—¿Cómo sabías que estaba aquí?

—Hemos preguntado por ti en el hospital. Tenemos el automóvil allí — señaló con el dedo— y estábamos esperando a que salieras. ¿Por qué no vienes a cenar a casa? Hace mucho que no hablamos —dijo con suavidad.

—No puedo. Lo siento, Emma, pero no tengo mucho apetito. —Se apretó más la chaqueta contra el cuerpo—. Y estoy cansada.

—No te robaremos mucho tiempo. Por favor —suplicó.

La joven inspiró con fuerza y recordó el afecto que había sentido por su suegra. Estaba ojerosa y más delgada, e imaginó que sufría como ella o más, pues no se había reconciliado con su hijo. Pero, desde luego, eso no era suficiente como para convencerla de compartir mesa con un hombre como William Foster sénior.

—Mejor otro día, tengo que irme. —Hizo un gesto seco de despedida.

—La doctora quiere decir otro día que yo no os acompañe, Emma — intervino el padre de William con voz grave—. Doctora... —titubeó un instante— Foster, sé que no está de acuerdo con mis métodos, pero todo lo que hice fue por mi familia.

Elizabeth se cruzó de brazos antes de hablar, mirándolo ceñuda.

—Los métodos son importantes, señor Foster —dijo—. Créame. La ciencia funciona gracias a eso.

Él le sonrió, la primera vez que ella lo veía hacer ese gesto, y le dolió el pecho porque le recordó a su esposo. El abogado sacó un cigarrillo y lo encendió. La llama iluminó su rostro y el olor a fósforo invadió por un instante el aire.

—Me guste o no, ahora es usted mi nuera, Elizabeth. William la ama y mi

esposa la quiere casi como a una hija. Creo que tiene derecho a saber que no he desheredado a mi hijo, y eso debería contar algo. —Le dio una calada profunda al cigarrillo—. Por favor, acompáñenos a cenar a casa —dijo mientras exhalaba el humo—. En cuanto lo desee, nuestro chófer la devolverá a la suya. Si no acepta, al menos permítanos llevarla a su domicilio. Estoy seguro de que mi hijo no se sentiría feliz si supiera que usted se está poniendo en peligro yendo sola por la calle a estas horas.

«Maldito manipulador, pero tiene razón». Elizabeth miró la cara anhelante de su suegra y suspiró. Era el momento de hablar. El mundo parecía derrumbarse a su alrededor y tenía que poner las cosas en orden.

—De acuerdo... Acepto su invitación.

La cena transcurrió en una tensa tranquilidad. Observando la interacción entre la pareja, Elizabeth sacó una rápida conclusión. No sabía en qué medida amaba Foster a su hijo, pero tenía claro que adoraba a su esposa. Sus fríos ojos grises adquirían un brillo especial al mirar a Emma, era un fenómeno digno de ver. El abogado se comportó con cortesía exquisita mientras duró la cena y, al finalizar, se despidió de ambas y las dejó a solas. Elizabeth añoraba las agradables charlas con Emma y no le apetecía volver a su piso, que encontraría vacío porque Penny trabajaba aquella noche. Decidió aceptar la invitación de Emma para alargar la sobremesa saboreando un trozo de pastel de chocolate.

—Elizabeth —dijo la mujer mirándola con aquellos ojos azules que le provocaban melancolía—, quiero pedirte disculpas por todo el malestar que te hayamos podido ocasionar. Ojalá mi hijo me diera también una oportunidad.

—Lo haré, estoy segura. —Masticó despacio un pedazo de pastel. Había perdido el apetito hacía días, pero tenía que esforzarse por comer algo más.

—Tienes que cuidarte, Elizabeth. —Su suegra la miró—. Este pastel te encantó la última vez que cenamos juntas, pero ahora parece que estés engullendo arena.

—Tú tampoco has comido demasiado —se defendió la joven.

—A diferencia de ti, yo no estoy expuesta a multitud de gérmenes a diario. —Carraspeó un momento—. Mi hijo... está bien, ¿verdad? La gripe aún no ha llegado a Grant, ¿cierto?

—No, pero la esperan en breve, igual que aquí. —Negó con la cabeza—. No quiero hablar de ese tema, ¿te importa, Emma?

—No era mi intención traerte pensamientos desagradables. —Suspiró y

jugueteó empujando con la cuchara un trocito de pastel por el plato antes de seguir hablando—. Antes de que lo trasladaran a Grant, mi esposo le dijo a William que podría conseguir que lo mandaran al Instituto Rockefeller como médico militar. Allí habría estado más protegido que en ese campamento tan superpoblado. —Hizo una pausa, dejó la cucharita en el plato y se miró las manos—. Entiendo que se negara, pero... había pensado que quizá lo haría por ti. No sé si te lo contó.

La joven sintió que el chocolate tenía un regusto amargo.

—Por supuesto que me lo contó, William y yo no tenemos secretos. Y también me dijo que le advirtió a su padre que, si se le ocurría manipular algo más, lo denunciaría a las autoridades militares. —Apartó el pedazo de pastel que le quedaba. Si comía más, vomitaría. Respiró varias veces mientras intentaba serenarse, sintiendo que Emma la acusaba de no preocuparse por su esposo tanto como ellos, y la miró fijamente—. ¿Crees que me parece bien que esté en ese polvorín? Con tantos hombres hacinados, en cuanto aparezca el primer caso habrá miles de enfermos. ¡Por supuesto que preferiría que hubiera estado en el Rockefeller! —exclamó—. Pero estoy orgullosa de que se haya negado a recibir un trato de favor. Entiendo que, a ti, como madre, te resulte difícil de entender, pero yo soy su esposa. Lo quiero a salvo, pero lo amo honesto. —Apartó los ojos de su suegra y apretó los párpados un momento, luchando contra las lágrimas. Cuando volvió a mirarla, vio que Emma tenía la cara húmeda de lágrimas, y le fue imposible retenerlas más.

Cuando ambas se calmaron y secaron sus caras, se sonrieron.

—Sigo sin estar de acuerdo con él, cariño —dijo Emma—. William solo juzgó el hecho de que lo favorecíamos, pero también creo que habría sido más útil trabajando en el Rockefeller, rodeado de grandes investigadores, que en Grant. Sin embargo, tienes razón: es un hombre adulto y tengo que respetar sus decisiones. —Asintió con la cabeza y suspiró—. Siempre lo he apoyado, pero tengo tanto miedo de perderlo... Es duro ser madre cuando dejas de poder decidir lo que es mejor para mantener a salvo a tu hijo. Algún día lo sabrás —le echó un vistazo al abdomen, como si esperase que allí se estuviera gestando algún nieto.

Elizabeth tragó saliva con dificultad, estaba segura de que su suegra desaprobaba que William y ella hubieran estado usando métodos anticonceptivos, pero ahora estaba más satisfecha que nunca con su decisión. La gripe era mucho más grave en embarazadas y aumentaba los casos de abortos. Decidió cambiar de tema.

—Si me permites decirlo, tú y tu esposo formáis una pareja bastante dispar. ¿Cómo os conocisteis?

Emma sonrió, al parecer encantada de darle un giro a la conversación.

—Cuando conocí a tu suegro, en mi puesta de largo, ya era un hombre impresionante. No solo por lo guapo y alto que era, ni por su dinero. Él irradiaba poder. Era... abrumador y deslumbrante, como Zeus en el Olimpo. —Suspiró—. En seguida me di cuenta de que no me quitaba los ojos de encima. Nadie me había mirado de esa forma.

—Imagino lo que sentiste —dijo, recordando cómo la miraba su esposo.

—Sí. Me fascinó por completo. —Titubeó unos segundos—. Por aquella época yo estaba enamorada del hijo de un comerciante amigo de mi padre. Era un hombre honesto. —Hizo una mueca—. Me consta que él también me amaba, pero aún no estábamos comprometidos. Tu suegro... fue como un deslumbrante relámpago en el cielo nocturno, y yo era como Helen Stanley, una jovencita cabeza hueca, educada para llegar al máximo estatus social.

Elizabeth parpadeó. No esperaba tanta sinceridad.

—No creo que seas como Helen, Emma.

—Lo mismo dice William, pero créeme, en ese sentido sí era como ella. Solo que mi padre no me apremió para que me casara con tu suegro, más bien al contrario —aclaró—. De hecho, desconfiaba tanto de él que le dejó una buena parte de la herencia a su nieto —dijo con sonrisa triste—. Mi padre era de la vieja escuela, todo un caballero. No le gustaba mi elección, veía a tu suegro demasiado ambicioso, ávido de poder... —Hizo una pausa—. William se parece a su abuelo.

—Me alegro de ello. —Elizabeth le tomó la mano y la apretó con cariño—. ¿Y qué hiciste?

—Me puse tan insoportable que tuvo que darme su consentimiento. Mis estrategias de niña mimada eran imbatibles.

—Yo lo llamaría habilidad con las personas.

—Yo lo llamaría manipulación, no es un secreto. —Ambas rieron entre dientes—. Me he preguntado cientos de veces qué habría pasado si no le hubiera dicho que sí a tu suegro, pero cada una de esas veces he llegado a idéntica conclusión. Bajo las mismas circunstancias, habría hecho lo mismo.

—Entonces... ¿no te arrepientes de tu decisión?

—No. ¿Cómo iba a arrepentirme? Tuve a William, y mi esposo siempre me ha demostrado su amor y respeto. He sido más afortunada que algunas de mis amigas. — Durante unos instantes se quedó con la mirada perdida en un

punto de la amplia mesa—. A veces, pienso que toda su capacidad de amar me la llevé yo, y solo quedaron las migajas para nuestro hijo, pero... quiero pensar que eso también evitó que William fuera un niño mimado por mi culpa. —Volvió a centrar sus ojos azules en ella—. William no ha tenido una vida tan fácil como pueda parecer, Elizabeth. Tú tuviste que luchar contra la sociedad, él tuvo que hacerlo contra un padre dominante y severo, un hombre que intentaba aplastar su voluntad una y otra vez.

Elizabeth suspiró.

—Lo sé. Y también sé que desde el principio animaste a tu hijo a casarse por amor, aunque tuvieras que llevarle la contraria a tu marido.

—Como cuando quiso estudiar medicina. —Hizo una pausa y, cuando Elizabeth creía que ya no diría nada más, añadió—: Yo quería para vosotros lo que ni mi esposo ni yo tuvimos. Un amor correspondido, libre, sincero y sin dudas, desde el primer momento. Sabía que tú le harías más feliz que cualquier señorita de su clase.

—Espero poder hacerlo algún día, muy pronto —dijo. Se levantó y se acercó para darle un abrazo a Emma.

—El Cielo te oiga.

*

William se quitó la gorra y se pasó la mano por el pelo, que llevaba más corto, mientras inspeccionaba uno de los barracones. Comprobó que los reclutas se habían apresurado en cumplir las últimas órdenes del coronel, abarrotando de camastros el edificio hasta tal punto de que apenas se podía pasar entre ellos. Era la tercera semana de septiembre y el coronel Caldwell, preocupado porque los reclutas que dormían en las tiendas pasaran frío, había decidido ignorar la recomendación del cuerpo médico, ordenando que se instalara bajo techo al máximo número posible de soldados.

Negó con la cabeza. Sabía que él, como oficial, era un privilegiado que compartía habitación con un único compañero, pero también sabía que el hacinamiento era una bomba de relojería: cualquier epidemia se propagaría como el fuego entre matorrales secos. La gripe española se estaba extendiendo de este a oeste del país, como un alud imparable alimentado por la guerra y la ignorancia, pero aún no había llegado a su hogar.

Aún. Era cuestión de días. Salió del barracón a aspirar una bocanada de aire fresco matinal, y se volvió a pasar la mano por el pelo antes de ponerse la gorra. Se dirigió al despacho del coronel; había una reunión a puerta cerrada entre él y el doctor Clark. Esperaría fuera, su jefe lo había convocado por si

necesitaba más apoyo en sus argumentos.

No fue necesario. Cuando llegó, Clark estaba saliendo del despacho con gesto grave. Sus miradas se cruzaron y le bastó un segundo para darse cuenta de que la conversación había sido inútil.

—Doctor Foster —dijo su jefe cuando estuvo frente a él—, he oído que el doctor Parker está experimentando con un suero contra la neumonía. ¿Sabe si está teniendo avances?

—Creo que todavía no lo ha probado en humanos. —Era lo que Elizabeth le había explicado.

Clark frunció el ceño. Se puso a andar a grandes pasos tras hacerle un gesto para que lo acompañara.

—No tenemos tiempo para eso —gruñó su jefe—, hoy mismo le telefonaré. Usted hable con la Cruz Roja de Rockford. Necesitamos muchas más mascarillas de gasa de las que tenemos, que olviden todo lo demás y centren sus esfuerzos en confeccionarlas. Y solicite más material, necesitamos sábanas para separar los camastros del hospital, ácido fénico, escupideras, termómetros, ¡de todo! En Devens golpeó por sorpresa, a nosotros nos va a encontrar preparados.

Capítulo 34

Elizabeth miraba el reloj de su habitación del hospital, insomne. Los minutos pasaban más lentos de lo habitual y, sin embargo, ansiaba detener el tiempo. La buena investigación no se podía hacer con prisas, pero aquella terrible epidemia avanzaba como un ejército enemigo, sin nada que pudiera detenerla. Se sentía en tensión, como en una ciudad sitiada aguardando a escuchar el primer cañonazo, confiando en que los esfuerzos de científicos de gran calibre, como su jefe, pudieran concretarse en algo más que una trémula esperanza. No iban a rendirse sin luchar, la medicina moderna había conseguido grandes avances gracias a la teoría de los gérmenes. Ahora tenían vacunas, sueros con anticuerpos, antisépticos...

Se levantó de su camastro y decidió pasar a controlar la sala de enfermos de neumonía. Con el consentimiento de todos los pacientes, Parker, Lewis y ella habían empezado a usar el suero que estaban produciendo. Los pacientes eran conscientes de que era una investigación importante y habían aceptado, alentados por sentimientos de patriotismo.

—¿Hay algún cambio? —susurró a la veterana enfermera que cuidaba de la amplia sala, tras saludarla.

—La mayoría tienen menos fiebre, doctora. Diría que desde que les hemos administrado el suero están mejorando, o es lo que quiero creer.

La doctora la miró a los ojos y, a pesar de la penumbra, intuyó en ellos el miedo que veía a diario en tantas miradas de su entorno. Tras la notificación de los primeros casos en la base de los Grandes Lagos, el doctor Robertson, comisionado de Salud de Chicago, había ordenado que los médicos notificaran todos los casos de gripe de la ciudad, como se hacía con el cólera o la escarlatina. El dieciséis de septiembre la ciudad había amanecido plagada de carteles con mensajes que prohibían escupir en el suelo y recordaban que se debía toser y estornudar dentro de un pañuelo. Una semana después, la ciudad estaba sumida en una calma tensa.

Chicago se preparaba para el inminente ataque.

—Confío en que sea así. —Respiró hondo y miró las camas ocupadas, todas con una amplia separación entre ellas, tal como recomendaba el doctor Clark, el jefe de William, en su último artículo. También habían intentado que los enfermos llevaran una mascarilla de gasa, pero a muchos de ellos les

faltaba el aire y se la quitaban.

—¿Cree que esa gripe es tan terrible como se murmura? —susurró la enfermera—. ¿No será todo propaganda alemana para desmoralizarnos?

Elizabeth tomó asiento al lado de la enfermera, en una esquina de la amplia sala.

—Tenemos que estar preparadas para lo peor. El doctor Parker no se alarmaría por cualquier cosa —explicó en voz baja.

La enfermera sopesó las palabras de Elizabeth y asintió.

—Una ya no sabe qué creer —explicó—. Los periódicos dicen que tenemos combustible de sobra, pero a mi sobrino lo detuvieron por conducir en domingo. Se supone que los «domingos sin gasolina» son voluntarios, ¿no? Él solo quería llevar a su novia de picnic antes de que lo reclutaran.

Antes de que Elizabeth contestara, la nueva interna del hospital, Julia Greenfield, entró en la sala y se acercó a ellas con pasos apresurados.

—Doctora Scott —murmuró mirándola con ojos muy abiertos—. ¿Puede acompañarme a urgencias?

Elizabeth asintió y se despidió de la enfermera.

—¿Qué sucede, Julia? —quiso saber mientras aceleraba el paso al lado de la que había sido su ayudante en la consulta de venéreas.

—La ambulancia ha traído a un paciente que no respira bien. Tiene fiebre, cuarenta grados.

—Dale aspirina, cuando le baje la fiebre respirará mejor.

La interna tragó con dificultad antes de detenerse en mitad del pasillo, frente a ella. Estaba cada vez más pálida.

—Elizabeth, creo que ya está aquí.

—¿Te refieres a la gripe española? ¿Por qué lo dices? —No podía ser, aún no. No estaban preparados. ¡No había bastante suero, ni siquiera sabían si funcionaba!

—Ha tosido tanto que ha vomitado sangre, y tiene esas manchas color vino en las mejillas. Y también le... le sangran los ojos y la nariz.

Elizabeth sintió una ráfaga helada recorrer su espinazo, una ráfaga que amenazó con paralizarla.

Solo fue un momento.

—Avisa a Salud Pública, hay alguien de guardia las veinticuatro horas del día. Ordena que todo el personal y los acompañantes usen mascarilla. Yo voy a ver a ese paciente.

«Ayúdanos, Dios mío».

*

Sentado en la cantina para oficiales, William pensaba en su ciudad, en sus seres queridos y, sobre todo, en su esposa. No podía dejar de imaginarla trabajando como sabía que ella haría, día y noche sin apenas descanso, expuesta a la gripe. Clark le había dicho que los que habían pasado la enfermedad en primavera, como su esposa, tenían cierta inmunidad contra esta segunda oleada. Rezaba por ello. Sintió el uniforme apretarse a su alrededor como una serpiente hambrienta. Le costaba respirar.

Levantó la mirada para ver a Clark, que se acercaba a su mesa.

—Capitán Foster, ¿ha visto el periódico de hoy?

—¿El *Daily Tribune*? —Asintió con la cabeza—. Cien muertos en la base de los Grandes Lagos. Me extraña que les hayan dejado publicarlo.

Clark señaló el banco frente a él.

—Con su permiso. —William asintió y Clark se sentó—. Ayer el comisionado Robertson declaró en otro periódico que la epidemia está controlada en Chicago, y no me lo creo. ¡Apenas ha empezado!

William se estremeció al pensar en Elizabeth.

—Lo siento. —Su jefe lo miró con empatía—. No debería haber sacado el tema, espero que sus seres queridos estén bien.

—Sí, de momento sí.

—Entonces voy a decirle algo que le va a estropear el desayuno —dijo Clark.

William suspiró y asintió.

—¿Qué tal si desayunamos primero y me cuenta las malas noticias después?

—Buena idea.

Ambos comieron en silencio, perdidos en sus propios pensamientos, hasta que William apartó su plato y clavó la mirada en su jefe, que masticaba el último pedazo de beicon.

—Adelante.

Clark lo miró con gesto serio y tragó antes de hablar.

—Acaba de llegar un grupo de oficiales del campamento Devens.

William sintió náuseas, no supo si por ira o miedo.

—Pensaba que estaban prohibidos los traslados entre centros en cuarentena.

—La orden llegó tarde. —Clark se encogió de hombros en un gesto de impotencia que William le había visto ya demasiadas veces—. En el examen

físico no hemos observado nada, pero he ordenado que los mantengan en cuarentena. Podrían estar incubando la gripe, Boston está tan solo a un día en tren de aquí. —Soltó el aliento—. Recemos porque no hayan venido... acompañados.

—Dios le oiga —murmuró el joven.

—Cuando terminemos iremos al laboratorio y trabajaremos hasta el anochecer, como siempre. Necesitamos todo el suero que podamos conseguir.

—Sí, señor.

Salieron de la cantina. William observó que las calles de tierra que separaban los barracones ahora estaban embarradas con algo parecido a aceite.

—Es una de las medidas del coronel —explicó Clark—. Se supone que servirá para evitar que la gripe se transmita al respirar polvo infectado. En lo de no apretujar un montón de soldados en cada barracón no ha cedido —dijo, torciendo el gesto.

William meneó la cabeza, no queriendo decir lo que pasaba por su cabeza en ese momento. Los únicos medios que tenían para luchar contra esa infección eran la cuarentena y evitar el hacinamiento, pero estaban fracasando en todo. Ambos caminaron hombro con hombro, su jefe con las manos entrelazadas a la espalda, mirando al suelo, y él con la vista perdida en el horizonte, como si pudiera ver su hogar desde allí.

—Ayer tarde trajeron una nueva remesa de mascarillas —el joven rompió el silencio—. Las mujeres de la Cruz Roja de Rockford se están afanando mucho. Sugiero reunir esta tarde al equipo médico y repasar de nuevo el protocolo de actuación para cuando se presente la gripe.

—De acuerdo, encárguese de organizarlo.

—Beth, amor mío, ¿estás bien? ¿Y Penny?

—Sí, Will, hay mucho trabajo, pero estamos bien. ¿Y tú? ¿Algún caso de gripe por allí? —La ansiedad impregnaba su voz.

—No. —Dudó un momento y decidió ser sincero—. Pero hoy han llegado hombres en un convoy desde Devens. —Escuchó a su esposa soltar una maldición al otro lado de la línea—. Beth... tarde o temprano vamos a caer todos. Solo podemos rezar para ser fuertes y soportar lo que venga.

—Lo sé. Te echo de menos, amor, ojalá estuviera contigo.

—Y yo contigo. ¿Cómo te va el trabajo con el periódico? He leído tus consejos y te aseguro que son más útiles que los que dan las autoridades sanitarias —dijo para cambiar de tema. Odiaba sentirse impotente.

—Gracias, Will —notó en su voz que ella intentaba sonreír—, espero poder ayudar algo en los casos más leves.

—Estoy seguro. Prométeme que descansarás todo lo que puedas, Beth, reserva energías.

—Lo prometo. Lo estoy haciendo, de veras. Y tú no me ocultes nada o me imaginaré cosas aún peores, te lo ruego.

—Todo saldrá bien, cariño —dijo él, sintiendo a la vez la esperanza y el vacío de aquella frase.

Al día siguiente, algunos de los oficiales que habían llegado desde Devens se quejaron de fiebre y fuertes dolores por todo el cuerpo. Clark ordenó su inmediato ingreso y aislamiento en el hospital. La misma noche, más de cien enfermos de Grant acudieron al dispensario. Se les colocó una mascarilla, según las órdenes del mayor, para la prevención del contagio. Clark, William y otros oficiales médicos permanecieron levantados hasta bien entrada la madrugada, dando órdenes para intentar contener el brote. Pusieron en cuarentena estricta los dos barracones de donde provenían los enfermos, ordenaron lavar toda la ropa y desinfectar con líquido las bocas de los más de cuarenta mil soldados y oficiales que poblaban el campamento.

No sirvió de nada.

*

La señora Perkins, la jefa de enfermeras que la había ayudado a conseguir el material para montar su consulta de venéreas, entró en la sala y se detuvo un momento, parpadeando ante lo que veía. Una semana tras la notificación del primer caso grave de gripe en Chicago, el comisionado Robertson había ordenado el aislamiento en el hospital de todos los casos de influenza, pero las cifras no paraban de subir.

—Es imposible que quepan todos. ¿En qué piensan los de Salud Pública? ¿Cómo van a aislar aquí todos los casos de gripe de la ciudad? —gruñó en voz baja una vez hubo alcanzado a Elizabeth. Levantó las manos para colocarse bien la mascarilla. Al final habían desistido de que fueran los pacientes quienes las llevaran puestas.

La joven colgó el historial del paciente en su soporte y miró a la veterana enfermera. Parecía que el tratamiento que le había recomendado con escopolamina estaba funcionando.

—He hablado con el doctor Parker —repuso—. Ha sabido que hoy el comisionado ordenará que la gente enferma se aisle en sus casas, sin permitir visitas. Solo los casos más graves ingresarán en el hospital.

La enfermera suspiró con alivio, pero sin quitar su ceño fruncido.

—¿Sabe si Penny se encuentra bien? Todavía no ha venido a trabajar.

Elizabeth arqueó las cejas. Ella había estado de guardia y la noche anterior Penny se había marchado sola a casa. ¿Y si... estaba enferma? El peso que desde hacía días notaba al respirar se hizo casi insoportable.

—Ayer estaba perfectamente —afirmó. Sabía que el comentario era absurdo, pero no podía ser de otra forma. No.

—Y seguro que sigue así, pero alguien debería ir a su casa para ver por qué todavía no está aquí. Seguro que se ha quedado dormida de puro agotamiento —afirmó la señora Perkins.

La doctora miró la sala, dudando. Le quedaban por visitar dos más como esa, repletas de enfermos de gripe. Al mismo tiempo, imaginó a Penny, febril e indefensa. Asintió mirando a la señora Perkins.

—No tardaré.

—No se preocupe, doctora. —La eficiente mujer miró a la enfermera que acompañaba a Elizabeth en la ronda—. Seguro que no hay ningún caso que no pueda esperar. Y si no, yo misma iré a buscar a otro médico.

—Gracias —dijo Elizabeth antes de precipitarse hacia la salida.

Penny no se encontraba en su domicilio, pero aquello no contribuyó a calmarla.

«¿Dónde estás, amiga?».

Bajó las escaleras y se detuvo en el portal, jadeante por la carrera. Miró a uno y otro lado de la calle, más desierta de lo habitual y ocupada tan solo por unos cuantos viandantes que, como ella, llevaban la boca y la nariz cubiertas por una mascarilla. Era una de las órdenes municipales para prevenir la propagación de la epidemia, y se castigaba con multas a los que la incumplían. Se acercó a la cafetería que tenían al lado de su casa, quizá allí sabrían algo de Penny. Se fijó en un cartel adherido al cristal de la puerta, firmado por la oficina de Salud Pública, que rezaba:

La gripe se complica frecuentemente con neumonía. Si tiene un resfriado, tose o estornuda, no entre aquí. Vaya a su casa y quédese en cama hasta que se encuentre bien. Ayúdenos a mantener Chicago como la ciudad más sana del mundo.

«De momento me encuentro bien, señor Robertson. Con permiso».

Empujó para abrir la puerta, pero se detuvo al notar una mano en el hombro.

—Elizabeth —la voz de Penny sonó a sus espaldas.

Se giró y la abrazó.

—¡Penny! Gracias a Dios, pensaba que te había sucedido algo. —Notó que su amiga temblaba y se separó para mirarle la cara, estaba lívida—. ¿Qué sucede? ¿Te encuentras mal? —Entonces se fijó en que su amiga llevaba de la mano a un niño de unos cinco o seis años, tan pálido como ella y con los ojos vidriosos, carentes de vida—. ¿Quién es este niño?

—Necesita ayuda, y su familia más. Voy a telefonar al hospital —dijo con apremio—. ¿Ves aquel portal? —señaló con el dedo hasta que Elizabeth asintió—. Sube al tercer piso, primera puerta, y, por lo que más quieras, ajústate bien la mascarilla.

La doctora obedeció sin preguntar. Cuando llegó al lugar señalado se encontró con una puerta entreabierta, que empujó con cuidado. Dentro olía a paja enmohecida, un olor que ella había aprendido a identificar con la epidemia, y el vello se le erizó. Respiró hondo un par de veces y penetró en la vivienda.

—¿Hay alguien aquí? Soy la doctora Scott —dijo mientras avanzaba. No hubo respuesta. Con los músculos tensos, siguió avanzando hasta llegar a la primera puerta que vio abierta—. Cielo santo —susurró al asomarse a la habitación.

En una cama de matrimonio había un hombre y una mujer. La mujer estaba obviamente muerta y el hombre parecía agonizar, exhalando estertores por su boca como si se estuviera ahogando. Negó con la cabeza, allí no podía ser de ayuda. De pronto se fijó en que había otra persona en la cama, un bebé de pocos meses de vida, con la cara rubicunda por la fiebre y los ojos hundidos por la deshidratación. Lo tomó en brazos y se lo llevó con ella hasta la calle. Después, no paró de correr hasta llegar al hospital.

Quizá estuvieran a tiempo.

—Vamos, doctora Scott. —Su jefe se acercó a ella y le quitó la laminilla que estaba observando al microscopio—. Ha trabajado casi veinticuatro horas sin pausa. Le ordeno que se marche a casa.

Ella frunció el ceño. Eva Blackwood había tenido que marcharse para cuidar de sus padres, enfermos de gripe, y notaba su falta tanto a nivel humano como de carga de trabajo. Penny tenía turno de noche y ella no soportaba quedarse sola. No después de no haber podido salvar al bebé.

—No puedo, doctor Parker. —Negó con la cabeza.

—Puede y lo hará. No sea irresponsable. No se podía hacer nada por ese pequeño, estaba demasiado deshidratado, ni tampoco por sus padres. Pero usted puede ayudar a mucha gente si no enferma de agotamiento —le dijo,

severo.

Ella se puso de pie. No iba a discutir con su jefe, pero pensaba quedarse a dormir en el hospital.

—Está bien. —Miró la hora en el reloj de pared y pensó que su amiga estaría en el comedor del personal—. Voy a cenar con Penny y luego me iré —mintió sin remordimiento.

Parker asintió mirándola con ojos penetrantes.

—No va a marcharse, ¿verdad?

«Maldita sea, ¿Parker tiene telepatía?».

—Pensaba descansar en mi habitación, aquí mismo. —Miró hacia el suelo.

—Está bien, pero solo por hoy. Tiene que ser fuerte. No hay otro remedio, o la melancolía la poseerá.

Ella suspiró.

—Gracias, doctor.

En el desierto comedor de personal, Penny la esperaba con un pequeño plato de arroz con verduras frente a sí. Le dirigió una fugaz sonrisa cuando la vio. Elizabeth se sentó con ella, pidió la cena a la camarera y miró a su amiga.

—¿Quieres contarme lo que ha pasado hoy? —pronunció con cariño. Con todo el trabajo que habían tenido no habían vuelto a verse desde la mañana.

Penny se frotó la cara, y suspiró antes de hablar con ojos húmedos.

—Nada más salir de casa, varios vecinos me han... obligado a ir a sus casas para comprobar que sus familias estaban bien. Eso me ha retrasado una hora. Y, cuando iba por la calle, me he encontrado al niño, Daniel, deambulando con la mirada perdida. Me ha dicho que ha intentado parar a varios transeúntes pero que nadie le hacía caso —explicó secándose una lágrima con el índice.

—¿Dónde está ahora?

—Se lo ha llevado una enfermera de Salud Pública. —Suspiró—. Me ha explicado que lo acogerán en la Hull House, y que hay una nueva orden del comisionado para evitar que pasen casos como estos.

—¿Qué orden?

—Cuando un niño falte al colegio, irá una enfermera a su casa para comprobar que todo esté bien. No van a cerrar los colegios, será una forma de tener a los niños cuidados y alimentados.

—Es una buena idea. —Elizabeth tomó la mano libre de su amiga, quien removía el arroz de su plato sin tomar bocado—. Anda, come algo.

Penny soltó un suspiro mezclado con una risa silenciosa.

—Y tú duermes algo.

—¡Por fin os encontramos! —Margaret Stanley entró en el comedor de personal, acompañada del doctor Coleman.

—La dejo en buena compañía —dijo el médico a la viuda con una de sus cautivadoras sonrisas—. Buenas noches, señoras. —Hizo un leve gesto con la cabeza y desapareció por la puerta.

—¡Margaret! ¿Qué... qué hace aquí? Por favor, tome asiento —dijo Elizabeth.

—Vengo de la Hull House —explicó la viuda mientras se sentaba con ellas—. Ayer empecé a echar una mano en el comedor público, necesitan mucha ayuda. Allí me he encontrado con la doctora Petrov y me ha contado lo que te ha pasado hoy, Penny. El niño está en buenas manos, pero estaba preocupada por vosotras dos. Dice que no es un hecho aislado, que la gente aborda a los médicos y enfermeras por la calle, incluso a veces los retiene contra su voluntad.

—Pues iremos con más cuidado —dijo Elizabeth con el asentimiento de Penny. ¿Qué otra cosa podían hacer?

—Tengo una solución mejor, cariño. Quedaos en mi casa. Mi chófer os traerá cada día al hospital y vendrá a buscaros por la noche.

—No... no queremos molestar. Además, esta enfermedad es muy contagiosa, y nosotras estamos cada día en contacto con ella —explicó Elizabeth.

—No importa, en un caso así todos tenemos que colaborar —afirmó la viuda mirándolas a ambas—. Me haréis un favor. Necesito sentirme útil, y compañía.

—Usted ayuda en la Hull House y da dinero al hospital, ya hace más que mucha gente —replicó Elizabeth resistiéndose a la tentadora sugerencia.

La viuda la miró a los ojos y la joven pudo ver en ellos auténtica preocupación.

—Por favor —murmuró Margaret—. Estoy segura de que William dormirá más tranquilo si sabe que estás conmigo.

La doctora no pudo evitar reír entre dientes. Todo el mundo sabía que su marido era su punto débil.

—Ya me había convencido antes de recurrir a ese intento manipulador, Margaret.

La viuda sonrió y miró a Penny.

—Elizabeth y yo dormiremos más tranquilas si estás en casa, Penny.

—Y mi familia también —La joven sonrió a su pesar—. Acepto, señora Stanley.

—Llámame Margaret, ya lo sabes.

Aquella noche se acostó en su pequeño camastro del hospital, no sin haberse dado un baño antes. Se había frotado a conciencia para eliminar cualquier resto infeccioso que pudiera quedar en su cuerpo. Aunque no hubieran identificado con seguridad qué germen causaba la gripe, sí sabían lo contagiosa que era.

Pensó en William y su corazón dolió por el anhelo de verlo. El campamento militar había suspendido los permisos, y tal como estaban las cosas ella no podía dejar el hospital. No *debía* dejar el hospital.

No podía dormir. Se vistió y fue a la sala que Penny vigilaba, la de pacientes con gripe grave. Necesitaba compañía.

Como medida de aislamiento habían dispuesto una especie de biombos hechos con sábanas que separaban todas las camas, aunque la sala aún no estaba al tope de su capacidad. Oía a desinfectante y, en aquel momento, estaba extrañamente tranquila.

«Parece que esté pasando el ángel de la muerte», pensó. Un suave escalofrío la recorrió y de inmediato se riñó a sí misma por permitirse esas lúgubres ideas.

—Deberías estar en la cama —fue el saludo de su ceñuda compañera—. Te lo digo muy en serio, Elizabeth. Se lo voy a contar a Parker, a tu esposo y a quien haga falta. Empiezas a trabajar a las cinco y media de la mañana y no terminas hasta casi las diez de la noche.

—No puedo dormir. —Elizabeth tomó una silla y la acercó a la de su amiga.

—No podrás ayudar a nadie si enfermas. —Se rascó la nariz—. Caray, como pica esta maldita cosa.

—¿Cómo están los pacientes esta noche? Es raro tanto silencio —dijo la doctora mirando alrededor. Una salva de toses fuertes rasgó la última palabra.

Ambas se levantaron corriendo. Un hombre de mediana edad tosía de forma convulsa y empezó a vomitar sangre. Entre ambas lo colocaron de lado para que no se ahogara. El acceso de tos era doloroso de observar, pero no podían hacer nada salvo esperar que terminara. Cuando lo hizo volvió a caer

en el sueño, del que no despertó a pesar de que las dos jóvenes cambiaron las sábanas intentando moverlo lo menos posible. Elizabeth acercó una lámpara a su rostro.

—Penny, su cara —dijo. La piel estaba tomando un tinte azulado, tan oscuro en las orejas que era casi negro.

—No es extraño que la gente vaya diciendo que esto es la peste negra —susurró Penny. Ambas se miraron. Sabían que cuando aparecía aquella coloración la muerte era inminente. Solo podían rezar por que fuera rápido.

En aquel momento un paciente gritó, un aullido inconfundible de dolor.

—Ve con él. Yo me quedo aquí—dijo la doctora.

Penny asintió y fue a atender al enfermo que gritaba. Elizabeth tomó una silla y la acercó a la cabecera de la cama del moribundo. No pudo evitar pensar en William mientras aquel pobre hombre iba cambiando de color por minutos. Elizabeth comprobó la hora en su reloj de bolsillo. Estaba a punto de amanecer, pero lo que veía a través del cristal del ventanal era la oscuridad más profunda. El hombre abrió los ojos y la miró.

—Enfermera —susurró entrecortado.

—Dígame, señor —repuso sin corregirle.

—¿Sabe... rezar?

—Sí. Pero puedo llamar a un pastor, si lo desea, hay uno en...

—Rece... por mí —la interrumpió el hombre jadeando entre palabras. Tomó una bocanada de aire antes de proseguir—, para que me reúna... con mi hijo. La gripe lo mató hace dos semanas en el... campamento. No... me despedí.

Se quedó jadeante, mirándola con los ojos muy abiertos. Ella tomó su mano, que estaba helada.

—Lo haré.

El hombre esbozó una sonrisa y exhaló su último aliento.

Durante aquellos días Parker, Lewis y ella comprobaron que el suero, que parecía ayudar a los enfermos de neumonía, no funcionaba en los pacientes cuya gripe empeoraba a las pocas horas tras el inicio de los síntomas. Las mascarillas tampoco parecían tener mucho efecto para detener la propagación del bacilo, aunque era obligatorio llevarlas fuera de las casas y en el hospital. La ciudad de Chicago, antes activa y ruidosa, se había transformado en un lugar semidesierto donde la gente intentaba no salir a la calle y, cuando lo

hacía, evitaba acercarse a otros. Nunca sabías quién te podía pasar la peste, como algunos la llamaban. Y, no importaba lo mal que estuvieran las ciudades, en los abarrotados campamentos militares estaban aún peor. Elizabeth rezaba cada noche pidiendo una cura para aquella terrible enfermedad. Rezaba por William y por su familia.

Una noche de principios del mes de octubre despertó de una pesadilla horrible en la que perdía a todos sus seres queridos. Se sentó en su cama, temblorosa y sudorosa, luchando por controlar la sensación de pánico que se había enroscado en sus pulmones. Apartó las sábanas y se levantó, abrió la ventana y respiró el frío aire de la madrugada, abrazándose a sí misma. Bajó la escalera hacia la cocina con las zapatillas en una mano y la otra sobre su corazón desbocado. Iba a tomarse una taza de café y después se vestiría para ir al hospital.

—¡Margaret! —La anciana estaba sentada a la mesa de la cocina con un par de tazones de chocolate frente a ella—. ¿Se encuentra mal?

—Te he oído gritar —repuso con una sonrisa—. Soy yo quien debería preguntarte eso.

—Solo ha sido una pesadilla. —Se agachó para ponerse las zapatillas y huir de la inquisidora mirada de la mujer—. Siento haberla despertado.

—Toma esto, cielo. No sientas nada, yo estoy feliz de tenerte conmigo, ya lo sabes. —Le acercó el tazón.

Ambas permanecieron en silencio mientras tomaban el dulce líquido a sorbitos.

—Adelante, cariño. Desahógate conmigo, no temas asustarme. —La mujer tomó su mano y la apretó—. Soy tu amiga, y soy vieja. Ya he vivido mucho.

—A veces temo... —titubeó la joven— me pregunto si es el fin del mundo. La guerra, la pandemia... ¿son los jinetes del apocalipsis? —susurró antes de dar otro sorbo.

Margaret ladeó la cabeza y la miró con atención.

—Lo dudo mucho, Elizabeth. Pero, si fuera así, la pregunta que deberías hacerte sería: ¿dónde quiero pasar el fin del mundo?

La joven dejó la taza en la mesa, levantó la cabeza lentamente y clavó sus ojos en los de la anciana.

—Mi deber está aquí —pronunció marcando cada palabra.

—Que yo sepa, tu deber como médico es ayudar a aliviar el sufrimiento y curar a las personas, cielo. ¿O me estás diciendo que todas esas mujeres que han embarcado a Europa y trabajan en hospitales militares no cumplen con su

deber?

La joven se mordió el labio y frunció el ceño.

—Alguien tiene que cuidar de la población civil.

—Siempre dices eso y alguien lo hará, pero no tienes por qué ser tú. —Le apretó la mano para detener su respuesta—. No tienes que salvar el mundo, Elizabeth. Las cosas no son así. ¿Dónde anhelas estar? Sé sincera contigo misma y ve a buscarlo.

La joven notó que le temblaban los labios y los ojos se le humedecían.

—No debería decirme esas cosas.

—Soy bastante mayor que tú, cariño. Puedo decir lo que se me antoje. Está en tu mano escucharme, mejor dicho, escucharte.

Elizabeth se tapó la cara con las manos y por fin rompió a llorar. La señora Stanley esperó con calma mientras ella se desahogaba. Cuando terminó vio que la observaba con tanto cariño como si fuera su propia madre.

—¿Puede acompañarme al hospital? —dijo, la voz ronca por el llanto—. No me encuentro con ánimo de ir sola.

La viuda se levantó, se acercó a ella y la abrazó.

—Por supuesto. —Le besó la coronilla—. Voy a vestirme.

La joven terminó el último sorbo de su bebida y paladeó en su lengua el sabor antes de levantarse. Pensó en la decisión que acababa de tomar y se sorprendió de lo rápido que había arraigado en ella algo que, una y otra vez, se había negado a plantearse.

—A William no le va a gustar —dijo para sí.

—Perdón, doctora. ¿Decía algo? —El veterano mayordomo de la señora Stanley apareció por la puerta, seguido de parte del servicio. El sol ya había salido.

—Me voy a alistar, Albert.

El hombre parpadeó y abrió la boca, pero no pudo decir nada.

La claridad del día iluminaba el enorme edificio del hospital y Elizabeth recordó la primera vez que había entrado en él, unos pocos meses atrás que ahora parecían una eternidad. A diferencia de entonces apenas había gente por la calle y todos llevaban mascarilla. De algunas ventanas colgaban crespones, señal de que uno de los habitantes de la casa había fallecido.

Miró hacia atrás y saludó con la mano a la señora Stanley, quien la observaba desde su automóvil haciendo un gesto de ánimo. Asintió con la

cabeza, se ajustó la mascarilla y se dirigió hacia las puertas del edificio. En el vestíbulo se encontró a una mujer que la miró como si la conociera, probablemente la habría visitado en urgencias. Se dirigió hacia su objetivo, el laboratorio.

Escuchó unos rápidos pasos tras ella.

—¡Doctora!

Se dio media vuelta y vio a la mujer, que apretó el paso hasta alcanzarla.

—¿La conozco? —Frunció el ceño, con la dichosa mascarilla era difícil reconocer a la gente.

La mujer le tendió su mano derecha.

—Soy la señora Newville. —Esperó un momento hasta comprobar que ella no la recordaba—. Usted me consiguió sitio en la Hull House cuando... tomé aquella sobredosis de láudano. Venía a agradecersele, y a disculparme con ustedes, sobre todo con el doctor que me salvó, no recuerdo su nombre.

—Foster. El doctor Foster —dijo en voz baja.

—Eso es, el doctor Foster. ¿Dónde podría encontrarlo?

—Está en el campamento Grant. Se marchó hace semanas.

La mujer la miró con atención; parecía ver más allá de sus ojos, la única parte de su cara visible.

—Lo siento. Yo... si habla con él, ¿podrá decirle que siento todo lo que le dije? No era yo.

La doctora esbozó una sonrisa que la otra no podía ver.

—Lo haré. ¿Sigue usted en la Hull House?

—Sí, trabajo en la lavandería, pero he venido a ofrecirme voluntaria en el hospital. Quiero ayudar. No sé nada de medicina, pero puedo estar en la cocina, hacer camas, lo que sea.

La sonrisa de Elizabeth se amplió.

—Eso es muy generoso por su parte.

—Aquí me ayudaron cuando lo necesité. Quiero corresponder —dijo la mujer—. Puedo... ¿puedo abrazarla? Me da la sensación de que lo necesita.

Elizabeth arqueó las cejas, pero asintió en silencio. Abrazó a aquella extraña y se sintió algo mejor.

Poco después, Elizabeth estaba en el despacho de Parker, abrazándose a sí misma.

—Creo que no la he oído bien. ¿Podría repetir lo que ha dicho? —Sentado tras su mesa, Parker se recolocó las gafas sobre la nariz y le clavó la mirada.

—Voy a alistarme, doctor Parker, quiero ir a Grant.

—No.

—No puede impedirlo.

—No la aceptarán. Solo aceptan a doctoras en Europa, en los hospitales de campaña.

—Si hace falta diré que soy enfermera.

Parker se levantó y golpeó la mesa con las palmas abiertas, sobresaltándola.

—¡Deje de decir tonterías! —Se movió hasta llegar ante ella, echando chispas por los ojos. La joven nunca lo había visto así—. Aposté por usted y ahora me decepciona y le da la razón a todos los que decían que abandonaría este trabajo para formar una familia.

Elizabeth sintió que le temblaban los labios mientras se esforzaba por hablar. Aquello era un golpe bajo.

—Voy a ayudar a mi familia. ¿Usted no lo haría?

—¡Su familia es toda la ciudad! —Extendió los brazos como si abarcara Chicago.

—En los campamentos también hace falta personal.

—¡Menos que aquí! ¡Todos los médicos están en el ejército! —gritó Parker.

Elizabeth nunca se había permitido llorar a pesar de las broncas monumentales que había recibido de su anterior tutor, el doctor Stevens, pero esta vez sintió fluir las lágrimas. Se las secó con furia, harta de tanto llanto.

—Dígame, doctor Parker. Si la pandemia se agudizara hasta el punto de convertirse en una especie de peste negra medieval, y usted tuviera la posibilidad de morir cerca de la persona que más ama, ¿no lo haría?

Parker la miró, su gesto tenso y su mirada cargada de dolor. Elizabeth vio que había tocado un punto débil.

—Ante todo somos profesionales de la medicina —repuso su jefe en voz baja.

—Recogeré mis cosas. —Elizabeth se dio media vuelta y tomó la manija de la puerta—. Gracias por todo, doctor Parker.

—Doctora. —El tono de Parker la hizo detenerse en seco—. Antes de abrir esa puerta, quiero que sepa que no va a tener ninguna oportunidad para volver a trabajar en este hospital. Va a perder todo el año de residencia.

Ella suspiró y se giró para mirarlo. Tuvo el consuelo de ver que su jefe parecía tan afectado como a ella.

—No he perdido nada, doctor Parker. Todo lo que he aprendido me lo

llevo conmigo. Adónde no lo sé, pero me lo llevo. Gracias por la parte que le toca. —Le dirigió una sonrisa débil y salió sin mirar atrás.

—Si se alista, solo puedo mandarla a Europa. Allí hay muchos hospitales de mujeres, podrá elegir.

—Yo quiero estar en Grant.

—No puedo mandarla a Grant, doctora —insistió el funcionario de la AMWA—. Allí solo hay médicos varones.

Elizabeth se levantó.

—Tiene que haber otra manera.

Fuera del edificio la esperaba la señora Stanley.

—No ha habido suerte —afirmó la viuda.

La doctora sacudió la cabeza.

—Vamos a la Cruz Roja. Voy a pedirles que me consigan un contrato como médico civil en Grant. Sé que algunos campamentos lo hacen, espero tener suerte.

La luz suave del otoño iluminaba las desiertas calles. De vez en cuando se cruzaban con algún transeúnte con la mascarilla puesta. Las hojas secas tapizaban el suelo, agitadas de vez en cuando por las ruedas de algún vehículo.

—«Estaréis en casa antes de que las hojas caigan de los árboles» —murmuró Elizabeth para sí.

—¿Cómo dices?

La joven miró a la viuda.

—¿No es eso lo que les dijo el Káiser a los soldados alemanes cuando comenzó la guerra? Que estarían en casa antes de que las hojas cayeran. —Hizo una mueca—. Se olvidó de decir el año. Esta guerra ya dura más de cuatro.

—No puede durar mucho más. Parece que las fuerzas alemanas están muy debilitadas. —Margaret apretó la mano de Elizabeth y la miró con cariño—. Hay rumores de que el armisticio está muy cercano.

La doctora negó con la cabeza.

—Eso ya lo han dicho antes. Demasiado tarde. Tantas pérdidas en la guerra, y ahora esta epidemia...

—Elizabeth Scott —la severa voz de la anciana atrajo su atención—, esta no es la primera guerra que vivo. Solo la fe en que terminará es válida. Nada más. No quiero oírte hablar así.

—Lo siento, Margaret. —Miró por la ventanilla—. Hemos llegado.

Capítulo 35

William se secó el sudor de la frente con el antebrazo mientras auscultaba al soldado. Aunque solo atendía a los enfermos más graves había perdido la cuenta de los pacientes que había visitado. La gran mayoría eran atendidos por enfermeras, cuyos cuidados eran mejor que cualquier visita médica; ellas prodigaban lo que en broma llamaban el CC¹⁷, cuidado y cariño, lo único que funcionaba. Tener al paciente hidratado, alimentado, limpio y arropado era esencial.

William se apartó del enfermo, que permanecía en un letargo profundo, y se incorporó.

—Deje que le ajuste esto, doctor. —La enfermera le desató y volvió a atar la mascarilla de gasa. Después lo miró entornando los párpados—. ¿Se encuentra bien? ¡No tendrá fiebre!

—No, enfermera. Estoy bien. —Le sonrió. Laura Morton estaba recién graduada, pero era muy competente.

—Debería tomarse un descanso, lleva horas sin sentarse.

—Y usted también.

—Entonces, vamos a cenar. —Hizo un gesto hacia la puerta.

Había camastros ocupando cada metro cuadrado libre del suelo del hospital. Caminaron con cuidado entre ellos hasta que consiguieron salir y se dirigieron a la cantina en silencio. William se bajó la mascarilla y aspiró con anhelo.

—¡Doctor! ¿Qué hace?

—Respirar, enfermera. Respirar. —Miró a la lejanía, le había parecido ver a Elizabeth, pero hizo una mueca. Eso le pasaba decenas de veces al día.

—Podía esperar a llegar a la cantina —lo regañó—. Allí está todo desinfectado.

William negó con la cabeza.

—Nada iguala al aire libre, Laura.

Cuando William había llegado a Grant había un estricto protocolo respecto a la separación de géneros en el campamento, normas que se habían disipado bajo la presión de trabajo a la que los sometía la epidemia. Se sentó en una de las largas mesas de la cantina de personal sanitario con la enfermera frente a él, luchando contra el sentimiento de agobio que tenía desde que la tarde

anterior su esposa le había advertido que hoy no lo llamaría. Le había explicado que estaría hasta tarde en la Facultad, pero la había notado extraña. Quizá le había mentado y se encontraba mal.

—¿Ha oído las últimas noticias? —preguntó Laura—. Como circunstancia excepcional se van a permitir las visitas a los familiares de los soldados más graves.

—Me parece muy humano, pero por desgracia eso no va a ser nada excepcional, hay muchos cas... Elizabeth —susurró incrédulo, sus ojos fijos en la puerta de la cantina. O estaba muy enfermo o su esposa acababa de entrar y escudriñaba el local. Cuando sus miradas se encontraron, William soltó un jadeo. ¿Era real? Miró cómo ella se acercaba a su mesa.

—Buenas noches —dijo la alucinación—, doctor Foster, enfermera... —Miró a su acompañante, dejando la frase en suspenso.

—Morton —aclaró la joven, que sonrió y señaló un asiento a su lado en el banco—. Laura Morton. ¿Y usted es...?

—Soy la doctora Scott. Elizabeth Scott. Me han contratado hace poco. —Le tendió la mano una vez sentada, después a su esposo, que le devolvió el apretón, aún boquiabierto—. Doctor Foster, me alegro de verlo. Ya me habían dicho que estaba en Grant.

—Qué... ¿qué diablos haces... hace aquí? —William apenas había recuperado el habla.

Ella enarcó las cejas, parecía genuinamente sorprendida.

—Vengo a trabajar de médico, por supuesto. El ejército me necesita.

William pestañeó mientras su cerebro digería lo que sus sentidos le decían.

—¿Se conocen de Chicago? —preguntó la enfermera mirándolos con extrañeza.

William notó que su esposa le pisaba un pie.

—Sí, del hospital donde somos residentes —repuso ella.

—Cierto —acordó él clavando la mirada en Elizabeth. Ella estaba allí. ¡Estaba allí! No sabía si llevársela a un lugar escondido para abrazarla, o arrastrarla y sacarla de aquel lugar. Quizá las dos cosas—. ¿Cuándo... ha llegado?

—Esta tarde.

—¿Cómo ha llegado hasta aquí? El camión de la Cruz Roja no viene hasta dentro de dos días —quiso saber Laura.

—Con mi motocicleta. He usado un par de pantalones de mi esposo, no se puede ir en moto con falda —dijo a la ligera—. La he dejado aquí aparcada,

me servirá para viajar al pueblo cuando sea necesario.

William aspiró hondo. Su esposa acababa de explicarle que había hecho cien millas en motocicleta y él no podía decirle nada. Entornó los párpados mientras la estudiaba. Estaba más delgada, pero aparte de eso tenía buen aspecto.

—¿Su esposo? —intervino la enfermera—. ¿Y qué piensa él de que esté aquí?

—Eso me gustaría saber a mí. —William apoyó los codos sobre la mesa y se inclinó hacia delante, atento a la explicación.

—Mi esposo es médico, está en un campamento militar, así que no puede decirme nada. Yo solo cumplo con mi deber. —Elizabeth evitaba su mirada, y William seguía sin saber si estaba más admirado o enfadado con ella.

—Creo que su marido debería estar orgulloso de usted, aunque no creo que estén tan contentos en el hospital de donde viene. Falta personal sanitario en todas partes —opinó Laura.

Esta vez, su esposa sí lo miró. William pudo leer la tristeza en sus ojos verdes y la determinación en su boca.

—En ocasiones, la vida nos obliga a elegir. —Se encogió de hombros.

Los tres se quedaron en silencio, como si esas palabras hubieran creado alrededor una atmósfera distinta de la del resto de la cantina.

—¿Ha cenado, doctora Scott? —inquirió William tras unos instantes.

—Sí, hace un rato.

—Me preguntaba si me pondría al día de las novedades del Cook mientras la acompaño a sus dependencias. ¿Dónde la han alojado?

—Estoy con las enfermeras.

—Puedo acompañarla yo si... —La enfermera se detuvo al ver la mirada de William—. Sí, lo mejor será que la acompañe usted.

Ella asintió con la cabeza y se levantaron. Ambos se despidieron de Laura Morton y salieron de la cantina.

—Creo que su esposo no sabe qué hacer con usted, doctora. —William negó con la cabeza mirando al frente. Cruzó las manos a la espalda mientras caminaba, luchando contra la fuerte tentación de abrazarla.

La joven suspiró.

—Tú no podías venir donde estaba yo, Will, —dijo en voz baja—, así que he tenido que venir donde estás tú.

William tragó saliva para aflojar el nudo de su garganta.

—No pueden saber que eres mi esposa. Te trasladarían a otro campamento.

—Se detuvo y la miró de frente—. No deberías estar aquí, renunciar a todo lo que has conseguido.

Ella se mordió el labio antes de hablar, tironeando de los pliegues de la falda.

—No sé si esto es el fin del mundo, pero si lo es quiero pasarlo contigo —dijo por fin.

—Que Dios me perdone, pero eso no te lo puedo discutir. —Le echó un vistazo de arriba abajo. Iba vestida con el estilo austero que él le había conocido y peinada con el moño. Lo único que había cambiado era que no llevaba gafas—. ¿No te han dado uniforme?

—No me dejaban alistarme en el cuerpo médico, no sea que se me ocurra darle órdenes a un hombre. —Hizo una mueca—. Firmé un contrato temporal, sin pensión ni rango militar, pero aquí estoy. —Se encogió de hombros.

Él la absorbió con la mirada. Se acercó más a ella, aspirando su anhelado aroma a rosas como si le hubiese faltado el aire hasta ese instante.

—Cielo santo, todavía no puedo creer que estés aquí. —Contuvo de nuevo las ganas de estrecharla contra su pecho y miró hacia el barracón donde dormían las enfermeras—. Vamos, será mejor que te acompañe antes de que haga algo escandaloso que arruine tus esfuerzos. Llevo demasiado tiempo sin verte, y no poder tocarte me está matando.

William la acompañó hasta la puerta del edificio. Había oscurecido y no había nadie por los alrededores. Se acercó a ella y le tomó la mano, necesitaba al menos tocar una parte de su piel.

—Te amo —susurró, y la besó con la mirada.

Elizabeth parpadeó y entreabrió los labios. William pudo ver cómo su pecho se alzaba agitado, y apartó la mano como si la piel de ella quemara. Dio media vuelta huyendo de aquella atracción.

—Y yo a ti —oyó que ella decía a sus espaldas.

—Nos estamos quedando sin suero —fue el saludo matinal de Clark tras presentar a Elizabeth al equipo. Como prueba de lo desesperados que estaban, nadie en la mesa de reuniones cuestionó la presencia de una mujer allí.

William observó a su jefe, un hombre al que ya admiraba antes de empezar a trabajar con él, que jamás parecía perder los nervios. Sin embargo, aquel día la tensión impregnaba sus gestos.

—Los casos se están multiplicando. —El mayor leyó las cifras de un papel antes de volver a hablar—. Hay contabilizados más de mil enfermos de

neumonía —esperó con paciencia a que terminasen los murmullos en la sala — y hemos tenido sesenta fallecidos en las últimas veinticuatro horas.

—Podemos doblar turno en el laboratorio. El suero ayudará —sugirió un oficial. Todos asintieron.

—Ni hablar, no podemos permitirnos caer por agotamiento. Además, se tardan semanas en preparar el suero y no tenemos tanto tiempo. Esto es una avalancha de casos. —Inspiró con fuerza y los miró—. Administraremos las dosis que nos queden y cuando se terminen... haremos como siempre hemos hecho. Aliviar los síntomas y confiar en Dios.

Un expresivo silencio siguió a sus palabras. Por fin, todos se levantaron y fueron a trabajar.

*

El hedor a vómito y heces casi la hizo retroceder. Barrió con la mirada el enorme barracón que formaba parte del hospital base: los camastros estaban tan juntos que apenas se podía pasar entre ellos, y donde había algo de suelo libre lo ocupaban camillas con enfermos a la espera de que alguien mejorara o muriera para ocupar su lugar. Muchos pacientes tenían las sábanas manchadas de sangre, y vio una enfermera limpiando un reguero rojo en el suelo.

Era peor de lo que había imaginado.

—Varios barracones fueron vaciados y convertidos en parte del hospital. Clark también ordenó cubrir los porches para colocar más enfermos, pero teme que no habrá suficiente espacio. Habrá que instalarlos en tiendas. —William miró con preocupación el rostro de su esposa—. En Chicago no es así, ¿verdad?

—No... todavía. —Elizabeth vio en los ojos de William que lo desesperaba tanto como a ella no poder abrazarla, y forzó una sonrisa que esperaba que él pudiera intuir a través de la gasa—. Clark me ha ordenado visitar los enfermos de los porches. Será mejor que empiece.

—Laura te acompañará. —William buscó con la mirada a la enfermera, que sujetaba el termómetro bajo la axila de un paciente inconsciente. Algunos tenían de repente unos escalofríos tan fuertes que quebraban los termómetros y estos escaseaban, por eso no se movía de su lado.

—Hay algo en ella que me recuerda a Penny. Diría que es una enfermera muy capaz.

—Lo es. Ella y las pocas que quedan en pie parecen multiplicarse para poder dar abasto. —Una sombra cruzó sus ojos.

Ella se irguió y le apretó el brazo un instante.

—Voy afuera. —Empezó a dar media vuelta, pero se detuvo y lo miró a los ojos—. Cuando todo esto termine, quiero una enorme fotografía de ti y de mí bailando el vals en las páginas de sociedad del *Chicago Tribune*, y un pie de imagen que rece: «los Foster celebrando su reciente matrimonio antes de la luna de miel». Y quiero ir a París. ¿Entendido?

Los ojos azules de su esposo brillaron de emoción mientras asentía.

—A sus órdenes, doctora.

La joven avanzó lentamente entre las interminables hileras de enfermos hasta llegar a la última. Llevaba varios días en el campamento y ya había adoptado la misma rutina que los demás médicos: trabajar desde las seis de la madrugada hasta pasadas las nueve de la noche sin descansar salvo para las comidas. Pero, por más que se esforzaban, aquello no parecía tener un final.

—Señor, soy la doctora Scott. —Miró la gráfica del paciente y luego a Laura—. No hay datos registrados desde ayer.

La enfermera se sonrojó y se acercó a ella, bajando la voz.

—No damos abasto, doctora. Hay otra enfermera de baja.

Elizabeth frunció el ceño y asintió en silencio. Auscultó al chico después de que terminara un súbito ataque de tos.

—¿Le duele cuando respira?

—Aquí —pronunció con dificultad mientras se señalaba el pecho con dedos trémulos. Elizabeth notó una punzada en el pecho: sus uñas tenían un color azulado, muy discreto aún, pero indiscutible—. Aquí es como si me clavaran un puñal cada vez que aspiro. —El chico, que debía de tener apenas dieciocho años, se las arregló para sonreírle.—. ¿Podré pedirle una cita cuando salga de aquí? —farfulló.

Elizabeth parpadeó y se bajó la mascarilla un momento para que él la viera sonreír.

—Le pediré permiso a mi esposo.

El chico soltó un jadeo que pareció una risa antes de cerrar los ojos. Elizabeth se arrancó la mascarilla y se alejó precipitadamente en dirección a las embarradas calles del campamento. Anduvo sin detenerse durante un buen rato hasta que una mano la sujetó del brazo y la detuvo.

—Esto es un campamento militar, no Chicago, pero tampoco deberías andar sola por ahí a estas horas —susurró la voz de su esposo.

Se giró para encararlo. Había oscurecido ya, pero bajo la tenue luz de las farolas podía apreciar la preocupación y el cansancio en su rostro. Él tampoco llevaba mascarilla. Vio que fruncía el ceño y la estudiaba, ciñendo su brazo con firmeza.

—Beth, ¿estás bien?

Ella apartó la mirada.

—Claro que estoy bien. Solo necesitaba estar un momento sola. Voy... voy al barracón de enfermeras. Tengo que descansar para estar bien mañana y seguir —habló en tono monocorde.

—Cariño, no tienes que demostrar nada. Yo llevo aquí más días que tú y he pasado por lo mismo, pero hay que mirar hacia delante. Saldremos de esta.

Ella negó con la cabeza. Sentía que su respiración se aceleraba, le faltaba el aire y podía notar su propio pulso en el acelerado parpadeo de la luz de las farolas.

—No lo haremos. Es... es el fin del mundo.

William intensificó la arruga de su ceño, miró a uno y otro lado del callejón y tiró de ella hasta llevarla a un pequeño almacén, abrió la puerta y la arrastró adentro. Se apoyó contra la madera y estrechó a la joven contra su pecho. Apoyó su barbilla en la coronilla de su esposa, que temblaba de la cabeza a los pies.

—No lo es, amor, solo es una noche muy, muy larga —murmuró meciéndola con suavidad—. Pero llegará el momento en que amanecerá. Respira conmigo poco a poco, así... Muy bien.

Estuvieron así varios minutos, Elizabeth sentía que la fuerza de su esposo la sacaba de aquel pozo de miedo en el que se había sumido sin darse cuenta. Aspiró buscando el anhelado aroma a lavanda e hizo una mueca.

—Hueles a desinfectante —protestó flojito.

—Tú también. —William se inclinó acercando su rostro al de Elizabeth. Sus iris atraparon los de ella—. Recuérdame cada noche cuando te acuestes —murmuró él antes de darle un beso en la boca que la dejó jadeante—. Porque yo estaré pensando en ti hasta que me duerma. Y serás lo primero en lo que pensaré cuando abra los ojos.

Permanecieron abrazados hasta que oyeron que alguien intentaba entrar en el almacén.

—Abran. —Era la voz de Clark.

Elizabeth se tapó la boca para sofocar una exclamación. William se apartó de ella, abrió la puerta y se encontró con su jefe en el umbral, cruzado de

brazos y con un rictus severo en los labios.

—No necesito recordarle que su esposa y usted no pueden comportarse como tales en el campamento, ¿verdad, capitán Foster?

—No... no es...

—No me tome por idiota —lo interrumpió—. Llamé a Parker para pedir referencias antes de que la doctora Scott llegara, y él me explicó su situación. También me dijo que es una doctora tan competente como usted y que valía la pena conservarla, cosa que él no logró. Solo por eso toleraré esta circunstancia tan... atípica. Pero no toleraré nada, absolutamente nada más. ¿Lo entienden? —Los miró a ambos, que asintieron—. Y ahora, les voy a dar exactamente dos minutos para despedirse en condiciones. No quiero más arrumacos mientras estén aquí, o me encargaré de que se rescinda el contrato de la doctora. —Sin decir nada más giró sobre sus talones y se marchó.

Ambos cruzaron las miradas, boquiabiertos, hasta que William levantó la muñeca y estudió su reloj.

—Tenemos hasta las 21.32 horas. ¿Qué tal si lo aprovechamos? Creo que era una orden.

Elizabeth rio a su pesar, antes de ponerse de puntillas y perderse en su boca.

—Usted no tiene autoridad aquí —dijo el cabo—. Las órdenes solo nos las pueden dar los mandos.

Elizabeth sacó el papel con la firma de Clark y lo acercó a la cara del soldado hasta que rozó su nariz. El soldado se lo arrancó de las manos y le echó un vistazo. Por la forma como fruncía los ojos, la doctora sospechó que tenía algún problema de visión. O quizá no sabía leer, como muchos reclutas.

—Vea la firma —espetó ella—. No pueden ocupar más espacio dentro de este barracón, por el amor de Dios, solo les falta dormir colgados del techo.

—Casi lo preferiría a dormir en las tiendas de fuera. Aquí al menos no te pelas de frío —dijo devolviéndole el documento—. Usted bien que duerme calentita en su barracón de enfermeras. —De pronto una sonrisa lasciva se extendió por su cara—. A lo mejor no le importaría impedir que un soldado como yo pase frío de noche.

La joven enarcó una ceja. Si tuviera rango militar, nadie se atrevería a ponerle obstáculos o hacerle ese tipo de comentarios.

—Un comentario más como ese e informaré al mayor Clark, soldado. Lo tendrá limpiando las letrinas del hospital en menos tiempo del que puedo emplear yo en darle un rodillazo en la entrepierna. —Elizabeth miró

fijamente al hombre hasta que este apartó los ojos y se dio media vuelta.

Suspiró y salió del barracón para encaminarse hacia el siguiente. Clark le había ordenado comprobar que se estaban cumpliendo las últimas órdenes respecto a desinfección de los barracones y límite de ocupación. Demasiado tarde, el coronel Caldwell había dado marcha atrás y acataba todos los consejos del equipo médico sin objeciones.

Llegó al solitario laboratorio mucho después del almuerzo, donde no había coincidido con William. Seguro que su esposo había comido un bocadillo a toda prisa entre paciente y paciente. Echó un vistazo al proceso de fabricación del suero. Los soldados que caían enfermos ahora no podrían beneficiarse de él, pero era lo único que había demostrado cierta efectividad.

—Doctora Scott —la voz de Laura la sobresaltó—, he venido antes y no la he encontrado.

—He tenido que discutir con algunos soldados y me he retrasado en el trabajo. ¿Qué sucede? —preguntó al observar su palidez.

—El doctor Foster tiene fiebre. Lo han ingresado en el pabellón de oficiales, en la sala de aislamiento. He pensado que debería saberlo.

Elizabeth sintió náuseas. Echó a correr todo lo rápido que pudo hasta llegar donde Laura le había indicado.

—Doctora Scott, ¿qué sucede? —El médico de la sala enarcó las cejas.

—El doctor Foster —dijo con el aliento entrecortado por la rápida carrera—. ¿Dónde está?

El médico alzó aún más las cejas, pero le señaló con la barbilla una esquina de la sala.

—Ingresó a mediodía. Está a cuarenta de fiebre. También ha vomitado unas cuantas veces, pero...

No esperó a que continuara. Caminó hasta llegar a la esquina donde estaba William. Su corazón dio un vuelco cuando lo vio. Por la piel de sus mejillas se extendían las manchas color vino que eran tan típicas de la gripe española. Tragó saliva con dificultad.

—William... —dijo en voz baja, poniéndole la mano en la frente. Ardía. ¿Nadie le había dado salicilato? Sacó el estetoscopio y lo auscultó, inspeccionó sus labios, su pecho y sus manos en busca de cianosis, y le volvió a hablar varias veces hasta que se rindió al no recibir respuesta.

—No debería estar aquí, doctora Scott —oyó al oficial médico a sus espaldas—. El doctor Foster está a mi cargo.

—¿Le ha dado salicilatos? —dijo sin volverse. Al menos no estaba

cianótico, respiraba rápido por la fiebre, pero nada más.

—Por supuesto —dijo el oficial—. Déjeme hacer mi trabajo. Usted debería ir a hacer el suyo, puede que no tenga rango militar, pero debe cumplir las órdenes como cualquiera.

Elizabeth puso una mano sobre la sudorosa frente de su esposo, notando el intenso calor que desprendía.

—Su tiempo es muy valioso. Otros hombres la necesitan —insistió el oficial, su voz ahora más suave—. Él está en buenas manos. No podemos hacer distinciones salvo por la gravedad.

—Él querría eso, ser tratado como uno más —murmuró la joven.

—¿Y usted?

Elizabeth se intentó levantar y se dio cuenta de que se sentía muy débil. El médico le tendió la mano y ella la aceptó.

—¿Qué importa lo que yo piense? —Ambos se quedaron frente a frente, mirándose en silencio.

—¿Cree que podría echar una mano hoy en el pabellón K? —preguntó el oficial por fin—. Era el que tenía a su cargo el doctor Foster.

Ella asintió en silencio y se marchó tras echar una última mirada a su esposo.

Capítulo 36

William luchaba contra la gripe desde hacía tres días y había sido un gran alivio ver que no tenía la forma maligna de la infección. Ella había podido concentrarse en el trabajo, aunque pasaba a verlo varias veces al día. En aquel momento se encontraba en la sala de reuniones con sus compañeros.

—1810 enfermos en un solo día —leyó Elizabeth. Miró al mayor—. Apenas nos quedan escupideras libres y se están terminando el ácido acético y el fénico para desinfectar, por no hablar de los termómetros.

—Ya he leído el informe, doctora. El resumen es que nos falta de todo, material y personal. El déficit de enfermeras es acuciante, a pesar de que el ejército haya autorizado al fin contratar a mujeres negras —dijo con voz cansada.

—Ayer una de las familiares que estaba de visita me imploró de rodillas que tuviera un cuidado especial para su marido; me ofreció una generosa propina —intervino otro de los médicos.

—Está prohibido demostrar favoritismo por ningún paciente —recordó el mayor—. Las órdenes son denunciar los intentos de soborno.

—Con todos mis respetos, mayor, no voy a denunciarla. El hombre estaba muy grave, entendí que la esposa estaba fuera de sí.

Clark asintió, comprensivo.

—De todas formas, debemos informar a los familiares de la norma. Tenemos que actuar con el cerebro, no dejarnos llevar por las emociones. Esto es una guerra. —Miró a Elizabeth, la única mujer presente. A estas alturas todo el campamento sabía la verdad, y sentía que la respetaban por lo que hacía. Se maravillaba de cómo cambiaban las reacciones de las personas según las circunstancias.

—¿De qué sirve actuar con el cerebro si los mandos empaquetan a tres mil hombres en un tren a pesar de la cuarentena? —cuestionó la joven con sequedad. La noticia de que cientos de hombres procedentes de Grant habían muerto después de viajar en un atestado convoy les había llegado esa mañana.

—Doctora —la voz y la mirada de Clark eran severas—, centrémonos en lo que podemos hacer, no en lo que se ha hecho mal.

—Disculpe. —Apretó los labios. Nunca aprendería a mantener la boca

cerrada.

—Tenemos papeleo atrasado —prosiguió el jefe médico—. He decidido identificar a los cadáveres con un esparadrapo en mitad del brazo izquierdo donde conste el nombre y rango, será más rápido. Es obligatorio que el médico de cada pabellón compruebe esto antes de que el fallecido salga hacia la morgue. —Hizo una breve pausa—. También quería decirles que hay dificultades para entender los nombres en los certificados de defunción, y eso es intolerable. Hay que mecanografiarlos, no escribirlos a mano. Cualquier negligencia se considerará un abandono del... —Un soldado abrió la puerta de la sala de reuniones, interrumpiéndolo.

—Mayor, debe venir al despacho del coronel —dijo con el rostro desencajado.

—¿Está enfermo Caldwell? —Clark enarcó las cejas.

—Parece que se... se ha disparado a sí mismo. Está... está muerto.

Aquella tarde el rumor ya había recorrido el campamento entero. El coronel había hecho salir de su despacho a sus ayudantes y, un minuto después, se había oído un disparo. Nadie supo los motivos. Se especulaba si ver a todos aquellos jóvenes morir indefensos había sido demasiado para el veterano de guerra, o si había un sentimiento de culpa por su involuntaria intervención en la masacre.

—¿Cuándo cree que tendremos más suero, doctora Scott? —dijo Laura en un breve descanso durante la ronda de la tarde. Ambas estaban en la puerta de uno de los múltiples barracones que se habían acondicionado como hospital.

—El laboratorio tardará semanas, y en Chicago no pueden ayudarnos. —Miró al cúmulo de camastros y camillas ocupadas por hombres en la flor de la juventud, algunos acompañados por sus familiares, pero la mayoría en la más completa soledad—. Vamos, algo podremos hacer, aunque sea ofrecer consuelo. —Sonrió con tristeza—. Jamás me he sentido tan inútil como médico. Me habían hecho creer que se había terminado el reinado de las epidemias mortales. —Se giró hacia Laura—. Nadie pensaba que una simple gripe nos haría esto.

La fiebre de William no había remitido y su tos había empeorado. Era doloroso saber que la neumonía, habitual complicación de la gripe, había empezado a consumir sus pulmones. Dado el permiso excepcional que tenían los familiares de enfermos graves para poder visitarlos debería haber esperado la visita de los Foster, pero Elizabeth mantenía cada minuto de su día ocupado, así que cuando levantó la mirada y vio al matrimonio acercarse

a ella se sorprendió.

—Buenos días, Elizabeth.

—Buenos días, Emma. —Evitó mirar a su suegro—. Supongo que habéis venido por William. ¿Lo habéis encontrado? El ordenanza del barracón os indicará cómo llegar hasta él. Ahora tengo mucho trabajo —se disculpó.

—Ya lo hemos visto. —La cara de Emma hizo que su voluntad de aparentar tranquilidad se tambaleara—. ¿Cuál es tu opinión?

La doctora inspiró hondo antes de mirar a Laura.

—Enfermera, si tiene la bondad de empezar sin mí...

La joven asintió con una leve sonrisa y continuó su camino hacia las hileras de enfermos.

—¿Cómo podemos sacar a nuestro hijo de aquí? —Emma miró dentro del barracón, los ojos muy abiertos. Se puso un pañuelo perfumado sobre la mascarilla. Elizabeth estaba casi acostumbrada, pero, visto con los ojos de un recién llegado, el espectáculo debía de ser dantesco.

—No pueden. Y no deberían —añadió la doctora al escuchar el bufido burlón de su suegro—. William se beneficiará más del reposo que de pasar horas en una ambulancia.

—¡Pero aquí está dejado de la mano de Dios! —protestó la mujer.

—¡No lo está! ¡Y no resistiría un traslado!

—¿Algún problema, doctora? —Clark estaba a su lado y ella no sabía cuánto había oído.

—Ninguno. —Miró a los recién llegados y luego a su superior—. Son los señores Foster, padres del doctor.

—Bien, porque los estaba buscando para informarles de la situación de su...

—Queremos llevarnos a nuestro hijo de aquí —cortó el abogado.

—El capitán Foster no es competencia suya —espetó Clark—, sino del ejército de los Estados Unidos. Y está perfectamente cuidado.

—Permítame que lo dude. Creo que están superados por las circunstancias —gruñó el padre de William mirando alrededor con gesto grave—. Su propio coronel se vio superado por esto y se pegó un tiro.

—El índice de casos nuevos está bajando. Su hijo ha desarrollado una neumonía, está estable y no le faltarán cuidados. En estos momentos sería peor moverlo de aquí. —Levantó la barbilla—. Si quieren llevárselo tendrán que traer una orden militar. —Hizo un gesto de despedida con la cabeza y miró a Elizabeth—. Doctora, tiene trabajo.

Ella asintió y él se retiró. Emma la tomó de ambas manos.

—Elizabeth, dime si podemos hacer algo por él.

La doctora permaneció unos instantes en silencio. Miró el agraciado rostro de su suegra, que parecía haber envejecido diez años.

—No. Solo estar a su lado —repuso con suavidad—. Y rezar.

—Sabemos que hay un suero que trata la neumonía —intervino el padre de William en voz baja.

—Sí, pero no nos queda.

—Lo sé. Se me da bien estudiar la situación antes de actuar. —Hizo una pausa y la miró.

Elizabeth frunció el ceño.

—¿Qué quiere decir?

—Conseguí un par de dosis antes de que se agotaran en el Cook —susurró Foster inclinándose hacia ella. La joven contuvo el impulso de retroceder—. Yo se las traeré y usted se las administrará.

La madre de William la miraba implorante y le tomó el brazo.

—No puedo hacer eso —repuso Elizabeth escandalizada—. No es ético.

—Mira a tu alrededor y dime qué tiene que ver la ética con esto. Piensa que si William se recupera podrá ayudar a más hombres —imploró Emma.

Elizabeth tiró con brusquedad, soltándose del agarre de su suegra.

—Tengo trabajo —dijo, y tras dar media vuelta se alejó de ellos.

—Mi hijo podría vivir si usted comprendiera que lo incorrecto es que los que tenemos privilegios rechazemos usarlos. Las clases altas han llegado a serlo por algo.

No puedo contenerse y se giró. Miró fijamente a los fríos ojos grises de su suegro para contestar:

—Lo amo lo suficiente como para respetar su voluntad. Y por lo que veo ustedes no —dijo. No esperó respuesta y se marchó.

—Doctora, el doctor Foster lleva varias horas tosiendo y con fiebre muy alta. Pensé que querría saberlo. —Laura se acercó a ella durante la hora de la cena.

Sintió que su corazón emprendía una alocada carrera. Apartó la silla de la mesa, respirando agitada. Después de la conversación con los Foster se había dedicado a trabajar sin pensar en nada más y no había podido pasar a ver a William. Quería ir tras la cena.

—¿Se encuentra bien, doctora? —inquirió la enfermera con preocupación.

—Sí, sí. Gracias. —Esbozó una trémula sonrisa—. Ya he terminado. Voy a

verlo.

Los médicos militares que compartían mesa con ella se levantaron cuando ella lo hizo.

—Buenas noches, señores —dijo con una voz que no parecía suya.

Cuando salió de la cantina aceleró el paso y se apartó a un rincón para vomitar la cena. Se limpió la boca con un pañuelo y se dirigió hacia el barracón como una autómatas. No podía pensar, solo actuar, o se derrumbaría. Respiró varias bocanadas del aire fresco de la noche para calmar sus náuseas antes de penetrar en el viciado aire del barracón.

Avanzó con cuidado entre los camastros hasta llegar al de su esposo y tomó una de las sillas para los familiares. Imaginaba que habría costado bastante hacer que los Foster se fueran de allí. Su suegro le había dejado un mensaje diciendo que tenía el suero en el refrigerador de la casa que habían alquilado en Rockford. Negó con la cabeza, airada, pensando que habían privado a algún enfermo del Cook del suero para llevárselo a William, y poco a poco ese sentimiento derivó a uno de culpa. Emma tenía razón. Todas las vidas eran valiosas, pero su esposo era médico. ¿No era objetivamente más importante proteger su vida que la de los demás?

—Beth —la voz ronca de su marido la sacó de su tortura.

—Estoy aquí. —Le tomó la mano y se la acercó a los labios—. Voy a quedarme contigo.

—Bien. —Hizo una pausa mientras parecía recopilar todo el aliento posible—. Te amo.

—Lo sé.

—He dejado todo... dispuesto... en mi testamento.

A ella se le puso el vello de punta.

—Me parece muy bien para dentro de unos años. Ahora no me hará falta porque te vas a curar.

Vio que él insinuaba una sonrisa y cerraba los párpados.

—A veces, cuando estoy desvelado, como ahora, pienso que hay algo de justicia en que yo esté así... por lo que hizo mi padre.

Elizabeth se desesperó al oírlo. No quería que se rindiera. Se quitó la mascarilla, le tomó con fuerza la otra mano y acercó sus labios a la oreja de su esposo.

—No puedes dejarme, maldito seas, William Foster, ¡lucha por vivir! No permitas que esto te venza. No permitas que yo viva en un mundo donde tu padre tenga razón. No voy a separarme de tu lado. Siempre estaré aquí. —

Tomó aire con temblorosos jadeos—. Lucha, amor mío. —Tragó saliva y se incorporó en la silla sin soltarle las ardientes manos.

La noche transcurrió eterna y oscura como una pesadilla. La enfermera de turno se acercó un par de veces a traerle café caliente, pero ella lo rechazó por las náuseas. El cuerpo de William se convulsionaba a ratos por dolorosos paroxismos de tos, y en otros momentos su calma era tan extrema que ella tenía que acercarse a escuchar si respiraba.

La tenue luz de la aurora comenzó a invadir la estancia. Sintió una mano sobre su hombro y se sobresaltó. Se levantó, dándose cuenta de que se había dormido sentada en el suelo con la parte superior del cuerpo recostada sobre el jergón de William.

—Doctora —dijo Laura con suavidad—. Creo que debería levantarse antes de que el médico continúe la ronda por aquí.

Se frotó los párpados con las yemas de los dedos.

—¿Qué hora es? —Puso la mano en la frente de su esposo.

—Casi las siete.

—¿Tiene un termómetro?

—Tenga.

—Luego se lo devuelvo.

—Con todos mis respetos, Doc, antes le prestaría dinero. Espero aquí a que termine.

Elizabeth sonrió a su pesar. Puso el instrumento bajo la axila de su esposo. Le parecía que tenía menos fiebre, pero quizás era puro anhelo. Levantó la mirada y vio entrar al oficial. Se preparó para el sermón habitual de que tenía que cuidarse para poder cuidar a otros.

—¿Cómo está? —preguntó el militar en voz baja, mirando a William.

Ella le retiró el termómetro y lo miró antes de contestar.

—La fiebre ha bajado —murmuró conteniendo su alegría— por primera vez.

El hombre asintió con la cabeza y se retiró en silencio. Cuando se había alejado unos pasos se giró y le dijo:

—Foster tiene suerte de tenerla a su lado. No les dé excusa para separarla de él.

—Lo sé. Gracias.

El médico asintió con la cabeza y se retiró.

Aquella noche, Elizabeth volvió a velar a William. No quiso separarse de él hasta asegurarse de que aquella mejoría no era un espejismo, la clase de

mejora que algunos enfermos tenían poco antes de morir. La fiebre siguió bajando a lo largo de los siguientes días hasta que una noche, por primera vez en lo que parecía una eternidad, su esposo recuperó la temperatura normal. Elizabeth le estaba lavando la cara y parte del torso con una esponja empapada de agua fresca cuando él abrió los ojos.

—Cariño —murmuró con aquella voz afónica que tenía desde que había caído enfermo—. Ve a dormir a tu cama. Es una orden.

—Soy una civil —le sonrió ella, parpadeando para no derramar lágrimas de felicidad al oírle hablar—. No puedes darme órdenes.

—En nuestra boda... —respiraba entrecortado— prometiste obedecerme.

—También prometí cuidar de ti y eso estoy haciendo.

—Descansaré mejor si sé que tú lo haces. Por favor.

Ella supo que él tenía razón y se inclinó para darle un beso en la frente.

—Gracias —murmuró su esposo con los ojos cerrados—. No solo por cuidar de mí —continuó—. Yo tampoco quiero vivir en un mundo donde tenga que darle la razón a mi padre. Aunque no tenga idea de a qué te referías —dijo con lo que parecía una leve sonrisa.

Por primera vez en mucho tiempo, Elizabeth Scott rio.

—¿Qué demonios es esa peste? —susurró al acercarse a examinar al primer recluta.

El soldado se sonrojó, y los que estaban en la sala esperando el reconocimiento médico empezaron a reír por lo bajo.

—Es un remedio que le han *mandao* del pueblo, Doc. Allí lo llevan todos, *pa* prevenir la gripe —intervino uno de los soldados, menos tímido—. Le han *mandao* un paquete lleno y él lo ha *compartío* con nosotros —dijo con satisfacción.

La joven pudo ver el saquito de tela que colgaba del cuello del chico cuando este se abrió la camisa.

—Mi abuela me ha dicho que es lo mejor para prevenir la gripe —dijo el soldado, orgulloso.

—¿Qué lleva? —inquirió ella intentando no arrugar la nariz.

—Cebolla, ajo, mentol, alcanfor, *brandy*... y creo que me dejo algo —dijo el recluta rascándose la cabeza.

—Yo creo que protege de la gripe porque nadie se atreve a acercarse a uno —dijo el otro soldado entre risas secundadas por todos sus compañeros—. Pero la *verdá* es que en nuestro barracón estamos todos bien.

La joven asintió con una sonrisa. La tasa de casos de gripe iba en claro

descenso en todo el campamento, y no era el único lugar donde sucedía. Había hablado por teléfono con su familia y se lo habían confirmado.

No era el fin del mundo. Tras un mes de ataque masivo por toda la superficie terrestre, parecía que aquel misterioso enemigo había empezado a retirarse.

—Doc, creo que me queda uno por ahí bien escondido —ofreció el recluta—. Deje que lo busque, usted lo necesita más que nosotros.

—Gracias, no es necesario, soldado. Respeto los remedios caseros, pero creo que no podré concentrarme bien si llevo ese... olor colgando de mi cuello —se excusó, no quería parecer desagradecida.

—Oh, no hace falta que lo lleve todo el día, puede ponerlo bajo el colchón de noche. No notará mucho el tufo y la protegerá igual.

Elizabeth lo vio tan ilusionado que no pudo negarse. Rogó en silencio para que no apareciera el dichoso saquito. Una vez terminado su trabajo en aquel barracón se dirigió al siguiente, hasta que una voz femenina conocida la hizo detener.

—¡Elizabeth!

Compuso una mueca. No había hablado con Emma desde el día que ella y Foster le habían ofrecido el suero robado, y no le apetecía hacerlo ahora. Aún sentía rencor por lo que habían hecho, y por forzarla a elegir.

—Tengo mucho trabajo, Emma —dijo sin volverse.

—Tengo que hablar contigo. Por favor, Elizabeth.

La voz de su suegra sonaba débil e implorante. Se detuvo en seco y la miró a la cara, pálida y demacrada.

—¿Sucede algo?

—Mi marido está enfermo. Tenemos que marcharnos a Chicago antes de que empeore.

—Lo siento, Emma —dijo, aplacada—. De veras.

—Hemos conseguido alquilar una ambulancia.

—Cómo no —dijo la joven sin poder contenerse, aunque lo pronunció sin ira.

—La ambulancia no solo es para mi esposo —dijo Emma ignorando su comentario—. También para William. Nos lo llevamos a casa, tenemos permiso del doctor Clark y del actual coronel. Está convaleciente de la neumonía y tardará meses en poder reincorporarse al servicio militar, si es que lo hace. Según las noticias, la rendición de los alemanes está próxima, y esta vez parece cierto.

Elizabeth asintió en silencio mientras digería toda aquella información. En las reuniones matinales se había hablado de que la paz estaba cada vez más cercana, pero lo había oído tantas veces que ya no lo creía. Sí era cierto que William estaba mucho mejor, y era preferible que pasara la convalecencia en casa de sus padres.

—Quería ofrecerte —añadió su suegra tras una breve pausa— venir con nosotros. ¿No te gustaría cuidar a William en casa? Jesús, llevar esto es una tortura —dijo mientras se colocaba mejor la mascarilla.

—Por supuesto que me gustaría. —Suspiró mientras negaba con la cabeza—. Pero él está mejorando, y aquí aún hago falta.

Su suegra frunció el ceño.

—No hay quien te comprenda, Elizabeth. Dejas tu trabajo en el hospital para venir aquí tras tu marido y ahora prefieres quedarte —miró alrededor con rencor— en este lugar dejado de la mano de Dios.

Elizabeth sonrió al ver al recluta a quien había examinado antes acercándose a ella con un saquito en la mano.

—No puedo abandonarles ahora, y mi esposo lo entenderá. Está fuera de peligro —dijo volviendo su atención hacia su suegra.

—¡Pero tú no, Elizabeth! Estarás más segura con nosotros, en casa. —Sus ojos se llenaron de lágrimas y la joven vio de nuevo a la Emma que ella había apreciado.

—Sé que William lo entenderá. —Tomó ambas manos de su suegra—. Iré a veros en cuanto pueda.

Emma la miró con una mezcla de exasperación y cariño.

—Estáis hechos el uno para el otro. Lo que no sé es que sucederá con esa cabezonería vuestra cuando por fin conviváis.

—Tampoco lo sé, pero ardo en deseos de comprobarlo.

—Voy a echarte de menos —susurró su esposo.

La débil mano de William apretó la suya. Sus ojos, antes de un brillante azul, la miraban como si todo el agotamiento del mundo estuviera concentrado en la negrura de sus pupilas.

—Estarás mucho mejor en casa de tus padres —repuso acariciándole la cabeza. Notó que algunos mechones se despegaban fácilmente, quedándose entre sus dedos. «Hasta su cabello se ha debilitado», se dijo. Sus pómulos estaban marcados y los ojos hundidos, la enfermedad lo había consumido de una forma dolorosa de ver. De pronto dudó sobre su decisión—. Debería ir contigo y cuidarte.

Su esposo cerró los párpados y respiró. Inspiró y exhaló varias veces, como si aún no estuviera seguro de tener permiso para hacerlo, antes de abrir los ojos y volver a hablar. Esta vez su voz sonó más firme.

—Tu amor y tus cuidados me han acompañado durante lo peor. Solo me queda la convalecencia, que será larga. —Entrelazó sus dedos con los de ella—. Aquí todavía eres necesaria. Te pido que sigas cuidando de estos jóvenes.

La doctora apartó la cara para que no viera que le temblaba la mandíbula, pero él levantó una mano y le sujetó la barbilla, tirando con suavidad para hacerle mirarlo de nuevo.

—Estaré bien —insistió él, buscando una respuesta—. Prométemelo.

Elizabeth usó la mascarilla para secar sus párpados antes de que las lágrimas corrieran por las mejillas.

—Te lo prometo. Cuidaré de ellos.

Se quedaron mirando a los ojos con las manos entrelazadas hasta que llegó la camilla para llevarlo a la ambulancia.

*

—Papá está empeorando —dedujo William al ver el rostro de su madre. Emma se sentó en la cama de su hijo. El joven cerró el libro que estaba leyendo y lo dejó a un lado—. Ven —dijo, tirando de ella para que se acercara más. Ella se dejó abrazar.

—El suero de Parker no funciona —dijo con tristeza.

—En el campamento funcionaba en la mayoría de las neumonías, si exceptuábamos los casos hemorrágicos. —Tuvo la necesidad de defender a su jefe.

—Pues tu padre no ha tenido suerte.

William estrechó lo que pudo su abrazo. Llevaba sin fiebre tres semanas, pero todavía se sentía débil. Debía guardar cama, aunque se estaba recuperando como solo un joven fuerte y sano podía hacer. Su padre había seguido una evolución muy distinta, quizá por el hábito de fumar, la edad o Dios sabía qué. No quería darle vueltas a eso, solo confortar a su madre y no pensar en nada hasta que fuera inevitable. De pronto notó un aroma peculiar.

—Mamá, ¿hueles a *brandy*? —Apenas era mediodía y el joven se inquietó. ¿Se habría dado su madre a la bebida, deprimida por el estado de su padre?

—Hago gárgaras cuando voy a hacerle compañía a tu padre. Dicen que es un buen desinfectante y preventivo de la gripe. A lo mejor ahora me he pasado un poco...

—Un poco. Eso de que previene la gripe debe de hacerles mucho bien a los

fabricantes de *brandy*. —La apartó de sí para estudiar su cara—. No será necesario decirte que tengas cuidado con el alcohol, ¿verdad?

La mujer negó con la cabeza y rehuyó la mirada de su hijo.

—Mamá, ¿qué sucede?

Vio que ella retorció sus manos antes de continuar.

—William, sé que te hicimos daño intentando protegerte y que te has sentido culpable por nuestros actos. —Soltó el aliento con dificultad—. Elizabeth me contó que, en tu delirio, le dijiste que era justo que sufrieras por ello. No es eso lo justo. Lo justo es que nosotros, los responsables, suframos.

—Mamá, la enfermedad de padre no es...

—No me interrumpas, cariño. Tu padre no solo hizo trampas en el sorteo, sino que consiguió de forma fraudulenta suero del Cook.

William dejó caer los brazos a ambos lados del cuerpo y se quedó mirando a su madre, boquiabierto.

—Eso es...

—Lo hizo por ti. Lo *hicimos* por ti. —Le observó el rostro y frunció el ceño—. Creo que no debería estar contándote esto. Es desagradable y todavía no estás bien.

—Podré soportarlo. Cuéntamelo todo. —William cerró los párpados mientras su madre le narraba lo acontecido en el campamento, y que al no usarlo con él decidieron guardarlo para sus propias necesidades. Sabía que sus padres tenían algunas dosis de suero, pero no se le había ocurrido que serían robadas. Se sentía tan cansado que ni siquiera se permitió disgustarse por ello. Tan solo experimentó un anhelo casi desesperado por volver a ver a Elizabeth. Se obligó a no pensar en el dolor que debió sentir ella mientras decidía qué hacer. Inspiró y exhaló lentamente, notando cómo el aire que una vez le había faltado entraba en su cuerpo cada vez con más libertad.

El silencio llenó la estancia al terminar su madre. Abrió los ojos y la contempló. Había perdido parte de su belleza y lo miraba como un condenado esperando la sentencia, pero él no dijo nada.

—Lo siento. No deberíamos haber actuado así. —Emma apartó la mirada de nuevo—. Aunque creo que lo volvería a hacer. No lo sé... —Negó con la cabeza.

William le tomó la mano.

—No pienses en ello, es agua pasada. Estoy bien. Céntrate en cuidar de papá.

De pronto, su madre se puso a llorar de forma convulsa.

—No sé qué haré si lo pierdo. Siempre he dado por sentado que él estaría ahí, cuidando de mí.

El joven suspiró y abrazó el hombro de su madre.

—Yo cuidaré de ti. ¿Quieres hablarme de papá? Creo que te hará bien y yo también lo necesito.

Emma se secó las lágrimas con un pañuelo antes de empezar a hablar. Le contó lo que había hablado con Elizabeth cuando había cenado con ellos, algo que aún no había compartido con él. Le habló de un hombre que había reprimido sus sentimientos con una sola excepción, su esposa. Un rey dedicado a su reino, y como tal, cruel e insensible cuando pensaba que tenía que serlo. Un hombre que gobernaba su familia con mano dura y a la vez protectora.

—Siempre he pensado que padre estaba celoso de mí por el amor que me dabas, y que yo le importaba solo porque te importaba a ti —confesó William en voz baja.

—Quizá tenía celos, pero tu padre te quiere, a su manera. No estoy de acuerdo con sus métodos, pero no olvides jamás que su fin principal no era el poder en sí, sino proteger a su familia. —Lo miró un instante—. Espero que sepas perdonarlo y perdonarme, que puedas hacer las paces antes de... —se estremeció sin terminar la frase.

—Más tarde pasaré a verlo —murmuró William.

Permanecieron largo rato absortos en sus propios pensamientos.

—Echo de menos a Elizabeth, cada día más —dijo él, rompiendo el silencio—. Por fin vendrá de permiso este fin de semana. No sé cuándo cerrarán los campamentos ahora que por fin se ha firmado la paz, espero que pueda estar en casa para las fiestas navideñas.

—Le mandaré el automóvil con nuestro chófer. Supongo que no permitirás que venga en esa ruidosa motocicleta.

—¿Permitir? ¿No conoces a tu nuera?

Ambos rieron. William fue invadido por un sentimiento de añoranza tan grande que apenas podía esperar a la noche para escuchar la voz de Elizabeth al teléfono.

—Creo que iré a ver a tu padre —dijo Emma mientras la puerta del dormitorio se abría.

—Beth —murmuró William en voz muy baja, los ojos fijos en la puerta.

Su madre lo oyó y se giró.

—¿Elizabeth! ¿Qué...? ¿Qué haces aquí? —Emma se levantó y se dirigió

hacia ella—. ¿Cuándo has llegado?

La joven se acercó con una ancha sonrisa y abrazó a su suegra sin dejar de mirar a su esposo. Los ojos le brillaban y parecía más llena de vida que nunca.

—William... —Soltó a su suegra y se apresuró hacia él, se sentó en la cama y lo abrazó. Emma se retiró con discreción murmurando una excusa—. ¿Cómo estás? —preguntó mirándolo a los ojos sin soltarlo. Él podía sentir cómo lo evaluaba con ojo clínico y sonrió.

—Mejorando. —Levantó las manos y las puso en sus suaves mejillas—. No puedo creer que estés aquí. ¿Ha sucedido algo?

—El coronel ha rescindido mi contrato.

—¿Te ha echado?

—¡No! Con la noticia del armisticio, yo lo solicité. La epidemia está controlada, y ya no les hacen falta médicos civiles.

—Y ahora... —carraspeó— ¿qué vas a hacer?

Ella le besó los labios con suavidad. Él aspiró su perfume con ansia.

—Cuidar de lo que más me importa —dijo antes de volver a besarle, esta vez con más intensidad.

Capítulo 37

La respiración jadeante de William la despertó. La tenue luz de la madrugada penetraba por las ventanas, iluminando su gesto atormentado y la piel perlada de sudor. El joven empezó a mover los brazos, intentando apartar de sí las mantas.

—Will... cariño —susurró ayudándolo a destaparse—, es otra pesadilla. Despierta —le acarició la cabeza con suavidad—, despierta.

Su esposo abrió los ojos y se sentó en la cama. La miró un instante y, sin decir nada, se levantó y se dirigió a la ventana. La abrió de par en par, sin importarle el frío que se colaba dentro del dormitorio. Apoyó las manos en el marco y respiró hondo varias veces. Elizabeth se acercó y le colocó la bata sobre los hombros. Él alargó el brazo para acercarla a sí, la mirada fija en el pálido cielo.

—No comprendo por qué ahora tengo estas pesadillas. —Frunció el ceño—. Ahora que te tengo a ti a mi lado, que me estoy recuperando...

—¿Otra vez ha sido lo mismo?

Él asintió sin mirarla.

—Te encontraba muerta en la morgue, en una de las pilas de cadáveres que había apoyadas contra la pared, y al instante siguiente era yo quien estaba allí, rodeado de cuerpos que no me dejaban respirar.

—Puede que haya influido la pérdida de tu padre...

—Puede ser. —Exhaló el aliento, que formó volutas en el aire, y pareció contemplar el vacío por unos segundos—. Pero la muerte de mi padre fue serena, nada que ver con los horrores que vimos en el campamento. Creo... creo que, ahora que ya no hay guerra ni epidemia, me asalta todo el miedo que he estado bloqueando durante semanas. —Cerró la ventana con movimientos pausados, evitando sus ojos al admitir su debilidad—. Y eso es demasiado miedo —dijo en voz baja.

Se acercó a la cama y se apartó la bata de los hombros. Siempre había dormido desnudo y en cuanto se encontró mejor había vuelto a hacerlo. Estaba más delgado, pero ya se notaba la firme musculatura bajo la tersa piel. Todavía le quedaban semanas o incluso meses para volver a ser el mismo. Elizabeth veía en sus ojos la irritación que le provocaba no poder tener la fuerza y energía de antes, y cómo se mordía la lengua para no protestar

cuando ella se ponía en plan doctora. Veía la postura de derrota en todo su cuerpo cada vez que habían intentado hacer el amor y no había sido posible. Desde la última vez, él no había vuelto a llevar la iniciativa, y ella no se había atrevido por temor a herirlo. Ahora quería acercarse y consolarlo, pero notó por su postura defensiva que no era buena idea.

Al principio, tras la muerte de su padre, habían permanecido en casa de Emma, pero a los pocos días ella se había marchado argumentando que unos recién casados necesitaban intimidad y que Margaret Stanley la había invitado a pasar unas semanas en su casa de campo. Penny, que les había brindado su apoyo los primeros días, había solicitado un permiso en el hospital para ir a visitar a su familia una temporada. La salud había bendecido a los Hanigan, que no habían tenido que lamentar pérdidas, pero la enfermera necesitaba estar con todos ahora que sus hermanos habían vuelto de Europa.

Sin más excusa y con un punto de inseguridad, Elizabeth y su esposo se habían trasladado a la casa de este y habían empezado a aprender a convivir. La joven no había esperado que su principal roce fuera en un campo, el de la intimidad, en el que jamás habían tenido problemas. Salvo en ese tema, la convivencia con su marido era un placer. Salvo que ese tema cada vez era más una fuente de conflicto. Él lo rehuía cuando ella lo sacaba, y ella no insistía por temor al rechazo.

Se sentó a su lado y notó que él se envaraba. Ahora que se había tranquilizado volvía a rehuir su contacto.

«Paciencia, Elizabeth».

—Creo que iré a desayunar. —La joven se levantó y fue a por su bata—. ¿Quieres que te suba algo?

—No, gracias —dijo él con voz apagada.

Se sentó a la mesa del comedor, dándole vueltas a la situación. ¿Cómo habían llegado a aquello? Recordó la conversación con Parker, días antes:

—Espero que no haya venido a recuperar su trabajo —le dijo nada más verla a la puerta de su despacho. La miró de arriba abajo, juzgando su elegante vestimenta—. Imagino que con todo el dinero de su marido no será necesario que trabaje.

Se esforzó por ignorar sus pullas, que ya esperaba. Lo había dejado en la estacada y continuaba herido.

—Solo vengo a hablar de temas científicos —dijo esforzándose por mantener un tono sereno—, pero no quiero imponerle mi presencia. —Se dio la vuelta para marcharse.

—Adelante, doctora... Foster —oyó que decía a sus espaldas. Se volvió a girar y lo miró a los ojos en silencio. Un indicio de sonrisa apareció en la cara de Parker, más poblada de arrugas que antes de la pandemia. Se levantó y tendió la mano hacia una de las sillas frente a su mesa—. Siéntese.

—Gracias. —Se acomodó donde solía y miró el sempiterno desorden con dolorosa añoranza. Parecía que habían pasado años desde que le dijera adiós, pero solo habían sido dos meses.

—¿Cómo se encuentra el doctor Foster? Transmítale mi pésame por su pérdida.

—Lo haré. —Carraspeó—. Él aún no está recuperado... De eso quería hablarle.

—La escucho.

Elizabeth respiró profundamente antes de proseguir.

—Sé que la gripe puede provocar un estado de cansancio extremo que puede durar semanas, más aún si se ha complicado con neumonía. Pero... ¿sabe si puede provocar un trastorno nervioso más profundo? ¿Melancolía?

Él asintió.

—Esta gripe ha disparado la cifra de suicidios, mucha gente ha ingresado afectada de delirios, así que la respuesta es sí. Tengo una paciente joven que tras la gripe había perdido la visión de los colores, pero ya la está recuperando. La enfermedad afectó al sistema nervioso de mucha gente, pero usted ya sabe que en medicina lo más frecuente es lo más probable. Si le parece que el doctor Foster está melancólico, lo más seguro es que se trate de una reacción a lo que ha vivido: el sufrimiento, la impotencia... todo.

Tras su charla con Parker había dado un largo paseo deliberando sobre el problema de William, y había decidido que no era melancolía. Tenía que hablarlo con él, pero no sabía cómo. Quizá tendría que pedir consejo matrimonial a su madre, aunque no quería molestarla ahora que cuidaba de Charles. Su padrastro había sido de los últimos en contraer la gripe de otoño, cuando la epidemia casi se había dado por finalizada, y pasaba por una prolongada convalecencia. De vez en cuando hablaba por teléfono con Paul, quien había pasado una forma leve de la enfermedad. Se ponían al día y él le preguntaba por Penny. Su madre seguía prefiriendo el correo.

Por desgracia, habían sufrido dos pérdidas importantes en su entorno además del señor Foster: la «dama española» se había llevado a su amigo

periodista, Michael Penfield, y al doctor Brown; la delicada salud de ambos les había impedido recuperarse.

Apoyó los codos sobre la mesa y suspiró. Era una egoísta que solo pensaba en sus problemas. William no le había querido hablar de su miedo a la muerte hasta hoy, y que lo hubiera hecho era un avance. Se levantó, dispuesta a presentar batalla contra las consecuencias de aquella maldita enfermedad, aunque esta batalla fuera una de paciencia. Quizá su esposo necesitaba solo un poco más de ayuda. Ella no debía temer al rechazo, y si este se producía... bueno, volvería a intentarlo.

Entró en el dormitorio, donde la luz solar iluminaba la gran cama donde descansaba William, acostado de lado. Se quitó la bata y el camisón y se metió desnuda bajo las cubiertas boca arriba.

—¿Te encuentras mal? —dijo él, dándose la vuelta para mirarla.

—No.

—¿Seguro? No sueles desayunar y volver a la cama —su voz sonaba preocupada.

—No, no suelo hacerlo. —Hizo una pausa—. Pero lo hice tras nuestra noche de bodas, ¿recuerdas?

Él no contestó y ella cerró los párpados.

—Jamás olvidaré esa noche —dijo él al cabo de una eternidad.

Ella no dijo nada, esperando que prosiguiera. Pasaron varios minutos, el sol estaba cada vez más alto en el cielo y su luz llenaba la estancia, pero ella mantenía los ojos cerrados. De pronto le pareció que él se movía. Su cálida mano se acercó y rozó la piel de sus caderas, se desplazó hacia el abdomen y se abrió en abanico. Contuvo un estremecimiento. ¡La estaba tocando!

—Eres el hilo que tiró de mí desde el mundo de los muertos —susurró la voz de su esposo, muy cerca de ella. Esta vez no pudo evitar temblar, y no solo por la dulzura de su contacto. Aquellas palabras evocaron miedos en ella que también habría querido enterrar muy hondos.

—¿Cuán cerca estuviste? —susurró.

—La rocé, Beth. Estuve tan cerca de la muerte que aún la siento como si estuviera con nosotros en esta habitación. Su frío aún no me ha abandonado.

—Will... —Puso la mano sobre la suya y ladeó la cabeza para mirarlo.

—Estaba en el borde de un abismo negro que me llamaba —continuó, mirándola con intensidad—. Nada me importaba, iba a dejarme caer. Pero, de pronto, algo comenzó a tirar de mí, algo que no me dejaba deslizarme hacia esa oscuridad. —La mano de su esposo ascendió hasta llegar a su cara y

acunar su mejilla—. Tu voz, Beth. Te oí hablar, pedirme que no me fuera, que me quedara contigo. Que luchara.

Elizabeth sintió que el cuerpo de William se estremecía. Su propia respiración se volvió superficial y rápida.

—No hace falta que sigas —habló con voz débil.

—Tengo que hacerlo. —Se acercó más a ella, como buscando su calor—. Quiero liberarme, pero solo si no te importa. También fue duro para ti —añadió dubitativo.

Ella pasó un brazo tras los hombros de él y su otra mano le acarició el pecho, notando el fuerte golpeteo del corazón de William. Tragó saliva y respiró hondo.

—Quiero escucharte —susurró mirándolo a los ojos. Brillaban con una intensidad que llevaba tiempo sin ver, como si la vida hubiera vuelto a ellos.

—Ya casi no tenía fuerzas para vivir, estaba agotado. Pero te escuché, y tus palabras enraizaron en mí y me sacaron de aquella oscuridad. —El azul de sus iris se estrechó mientras sus pupilas se dilataban como si quisieran absorber su imagen. Movi6 la mano que tenía sobre su mejilla, recorrió su rostro con las yemas de sus dedos en una lenta caricia de reconocimiento y bajó hasta rozar su cuello—. Estoy vivo por ti.

Elizabeth sintió que no podía más mientras se lanzaba a abrazarlo y él le correspondía. La movió hasta que la situó sobre él y suspiró como si fuera un alivio sentir su peso. Ella fue plenamente consciente de las fuerzas renovadas con las que la abrazaba, de su ardiente piel en contacto con la suya.

—Tendría que habértelo contado antes, pero no tenía fuerzas para recordar todo aquello. Las he ido recopilando minuto a minuto, hasta ahora. —Su voz sonaba quebrada por la emoción, pero al mismo tiempo fuerte y resuelta—. Te amo. —Buscó su rostro y la miró—. Te amo, Beth.

—Y yo a ti, Will. —Descendió hasta sus labios y los rozó, una caricia fugaz que pareció despertar en él nuevas energías.

Una mano de su esposo recorrió su espalda y la otra se posó en su nuca para acercarla más a su boca. Quería que fuera suave, quería ir poco a poco, sería su primera vez en aquella larga convalecencia, pero él no lo permitió. La joven temió que volviera a suceder lo de las últimas veces, aunque la evidencia física en contra era innegable. William rodó sobre sus cuerpos hasta tenerla entre él y el colchón. Comenzó a descender por su cuello, sus pechos y su abdomen entre besos y suaves mordiscos.

—Solo quiero saciarme de ti —murmuró contra su piel al tiempo que

descendía. Elizabeth notó su cálido aliento entre sus muslos, que él separó con cuidado—. Quiero alimentarme de ti, beber de ti, hasta que tu sabor y tu aroma impregnen mi lengua y mi piel, quiero fundirme contigo hasta que no sepas dónde termina tu piel y empieza la mía.

La joven se quedó sin respiración, su corazón latía fuerte y rápido, su boca se secó y se dejó llevar por el hechizo que escribía la lengua de su esposo sobre ella. Cuando gritó su nombre, él se movió hasta llegar a sus labios y la besó, se llevó su voz y su respiración, sus anhelos y sus miedos, y ella lo recibió dentro como si él jamás se hubiera ido.

—Cásate conmigo, Elizabeth —murmuró contra su pecho horas después.

Ella soltó una carcajada de felicidad. Habían vuelto a hacer el amor, esta vez lento y suave, como si sus cuerpos fueran una barca mecida por un suave oleaje, no con la tempestad de la primera vez.

—Lo siento, doctor Foster, pero ha llegado tarde con su petición, ya estoy casada.

—No me refiero a eso. —Levantó la cabeza y la miró con ojos brillantes—. ¿Recuerdas lo que me dijiste en el campamento, lo de nuestra foto en el *Tribune*?

—Sí.

—Quiero hacerlo. Quiero que todo Chicago sepa que somos marido y mujer. Organizar una fiesta que salga en todos los periódicos.

Ella parpadeó, de repente insegura al imaginarse en aquella situación. Cuando lo pensó eran otras circunstancias.

—No lo sé... No me gustan mucho ese tipo de cosas. Estamos casados, pero ya no necesito gritarlo a los cuatro vientos.

Él estudió su expresión unos instantes y por fin esbozó una sonrisa.

—Entonces no lo haremos.

Ella le acarició los cabellos con suavidad. Permanecieron en silencio disfrutando del mutuo contacto.

—Después de la gripe han quedado muchos huérfanos —la joven rompió el silencio—. Los servicios sociales están desbordados. Podríamos... podríamos empezar por organizar algo para recaudar fondos. Dejemos la celebración para más adelante.

Él volvió a levantar la cabeza y la miró con una ancha sonrisa.

—Haremos que lo publiquen bien grande en las páginas de sociedad de los periódicos. Además, tenemos pendiente una luna de miel.

Su entusiasmo era contagioso. Hicieron planes y hablaron sin parar hasta

que sus ruidosos estómagos les gritaron que ya estaba bien entrada la tarde.

Ambos se sentían como adolescentes mientras disimulaban sus ganas de tocarse y besarse delante del ama de llaves. Elizabeth se había tenido que acostumbrar a la pérdida de intimidad que suponía tener servicio a costa de la comodidad que suponía. El ama de llaves la había recibido el primer día con semblante adusto, quizá temiendo su intromisión en las labores que ella consideraba propias. Con el paso de los días, sin embargo, ambas habían hecho un buen equipo en el cuidado de William y se había ganado la simpatía de la señora.

—Hay una carta a nombre de ustedes. —Se la ofreció a ella sobre una bandeja de plata.

William alzó una ceja, divertido. Era un hecho, había sido desplazado como dueño de la casa.

—Gracias, señora Ellis. —Le dio la vuelta al sobre para ver el remitente—. Es del doctor Parker.

—¿Parker? Creía que nos había excomulgado.

—No es tan duro como parece.

—Es peor.

Ella negó con la cabeza, sonriendo mientras abría el sobre.

—Nos ofrece terminar la especialidad —dijo, agrandando los ojos mientras leía—, a mí en el Cook y a ti en el Hospital Municipal de Enfermedades Contagiosas. Remarca que nos faltan a ti cuatro meses y a mí tres, y que va a ser muy exigente. También nos avisa de que la plaza fija en el laboratorio es para Lewis y que no nos hagamos ilusiones. —Soltó una risita, levantó la mirada y la fijó en su esposo—. Parece que a pesar de todo nos quiere, William.

—Increíble. Hay que ir a comprobar si se encuentra bien.

—Hace tiempo que Parker dejó de pensar que tú estabas en el hospital por tu padre. Sabes que te respeta. Y a mí también me ha perdonado mi... deserción.

Su esposo la miró con atención.

—¿Tú en el Cook, sin mí? —Frunció el ceño—. ¿Coleman continúa siendo el jefe de cirugía?

—William Henry Foster, no empieces. Coleman está saliendo con Eva Blackwood, ¿no te lo había dicho? Ahora que han vuelto los técnicos que estaban en el ejército la han contratado en el laboratorio del Mary Thomson, así que ya no existe el problema de que trabajen juntos.

—Ah. Perfecto. Maravilloso. Ideal —dijo, asintiendo con la cabeza con cada palabra.

—Will... —Se levantó y fue a sentarse en su regazo. Le pasó el brazo por los hombros, sonriendo.—. Ya vuelves a ser tú.

—Y eso es... ¿malo? —Los ojos azules la atraparon, anulando todo lo que había a su alrededor.

—Pues no lo sé. Vamos a averiguarlo... de nuevo —dijo ella. Rio cuando él se levantó con ella en sus brazos, y dejó de reír cuando cubrió sus labios de besos.

Epílogo

El espejo le devolvía una imagen que ella no reconocía. Ni siquiera reconocía la de Penny, sentada en la cama de matrimonio y vestida con un traje de noche negro con tirantes y guantes largos del mismo color.

—Estás muy guapa —dijo su amiga.

—Gracias, tú también. —Hizo una mueca al espejo, echándose un último vistazo. El vestido estilo túnica, de gasa y seda azul turquesa y negra, caía suelto hasta sus tobillos, y una amplia banda de seda alrededor de su cintura y caderas marcaba su silueta. Llevaba el cabello peinado con raya al lado y recogido en la nuca, con una cinta azul del mismo tono que el vestido ciñendo su cabeza—. Nunca me acostumbraré a llevar este tipo de ropa.

—Tonterías, lo llevas como si hubieras nacido con uno puesto. De todas formas, la moda está cambiando. ¿Te das cuenta? Ahora todo es más corto, hasta el pelo. Por cierto, ¿cuándo te lo cortarás?

Elizabeth fingió escandalizarse, muchas jóvenes se cortaban el pelo como muestra de rebeldía.

—¿Qué dices, mujer? ¿Quieres que me echen del Cook y no pueda terminar la especialidad? Además —sonrió a su amiga—, a William le gusta así.

—¿Recogido?

—No, le gusta cuando me lo suelto —dijo sonrojándose.

Su amiga soltó una carcajada y ella la imitó. Se apartó del espejo y se sentó en la cama, al lado de la enfermera.

—Te vas a arrugar el vestido y la señora Ellis te levantará la ceja —se burló Penny.

Elizabeth meneó la cabeza, pensando en los diplomáticos esfuerzos del ama de llaves para que se comportara como una chica de su clase.

—Creo que lo soportaré. Si aguanté a Stevens y aguanto a Parker, podré con ello. —Sonrió.

—¿Parker participará en la gala?

La Fundación William Foster sénior celebraba su primer baile benéfico para recaudar fondos en favor de los huérfanos de la gripe. Había centenares de personas invitadas, desde la aristocracia de Chicago hasta el personal de los hospitales donde ambos trabajaban.

—¡No! Dice que preferiría tumbarse en la mesa de intervenciones de Coleman sin anestesia que acudir a un baile de gala. —Soltó una risita—. En parte lo comprendo. Me cuesta gastar dinero en lujos, y nunca dejo de sentirme extraña cuando estoy rodeada de personas de la alta sociedad. Pero tengo que hacerlo por William y Emma, ahora soy una Foster —se encogió de hombros—, y esto va con el... cargo. Aunque, a veces —adoptó un tono confidencial jugueteando con su anillo de casada—, me siento un poco como la Cenicienta del cuento, adaptándome a un mundo que nunca ha sido el mío.

—¿Y eso es malo?

Dejó escapar un largo suspiro y miró a Penny.

—No. Tengo a William. —Sonrió y su amiga le rozó debajo del labio con la punta del índice.

—Aquí tenías salivilla.

—Algún día me tocará reírme de ti. —De repente se puso seria—. No sé si Paul llegará a tiempo para la fiesta, pero él, Charles y mi madre vienen de visita. Podríamos organizar una cena juntos...

—No hay nada entre Paul y yo, cariño. No insistas. —La cara de su amiga se ensombreció.

—¿Ni lo habrá? —Elizabeth conocía bien a su amigo y sabía que su interés por la enfermera, disimulado entre bromas y coqueteos, era genuino. Pero Penny evitaba el tema desde hacía tiempo.

—Vamos —dijo su amiga levantándose—, creo que deberíamos bajar.

—No quería molestarte, Penny. Pero creía... —Se levantó y se puso a su lado.

—Sé que no querías molestarme —dijo con suavidad—, solo indagar. —Penny enlazó su brazo con el de su amiga mientras se dirigían a la puerta del dormitorio—. Siento algo muy especial por Paul, pero él está en Haddonfield y yo aquí. Él tiene su fábrica allí y yo tengo aquí mi trabajo, y a Daniel —concluyó.

Daniel, el niño que Penny había encontrado en la calle y cuya familia había muerto víctima de la gripe, estaba en un orfanato de Chicago. Penny iba a visitarlo cada día; de alguna forma se sentía responsable de él, aunque estaba en trámites de ser adoptado por unos familiares. La joven le había contado hacía tiempo a Elizabeth el drama diario vivido en el hospital, su drama personal por estar lejos de sus seres queridos en un momento como aquel, y cómo se había encariñado con aquel pequeño sin familia, adoptándolo emocionalmente. Por otra parte, su amiga había comprendido que ella hubiera

ido en pos de William. Le había dicho que, si ella misma no había abandonado el hospital, había sido porque en su familia nadie había enfermado; ni en otoño, con la segunda y devastadora oleada de la pandemia, ni en enero y febrero de 1919, cuando el virus reapareció de una forma mucho menos letal. Por esta tercera oleada, la prometida celebración oficial del matrimonio de los Foster había tenido que esperar a marzo.

Elizabeth decidió que lo que Paul y Penny necesitaban era algo de tiempo. El tiempo, ese bien que no hace mucho parecía escapárseles de entre los dedos como agua, era un tesoro precioso y necesitaba ser administrado con cuidado. Por su parte, ella y William habían decidido no ser padres hasta que estuvieran establecidos en su trabajo, a pesar de las protestas de Emma.

Penny y Elizabeth bajaron las escaleras hasta el pie, donde las esperaba William luciendo una ancha sonrisa. La doctora arqueó las cejas al ver a su esposo vestido de frac. El joven estaba completamente recuperado de las secuelas de la gripe salvo por unas cuantas hebras plateadas esparcidas por sus cabellos, que tan solo lo hacían más atractivo. Al menos no le había quedado el pelo blanco, como había visto en algunos casos.

—Estáis preciosas. —Miró a Elizabeth de una forma que la acaloró, más aún cuando oyó el fuerte carraspeo de Penny. William soltó una carcajada—. Vamos, señora y señorita, el coche nos espera.

—Por lo menos, cuando llegemos no habrá nadie todavía —gruñó la doctora—. Me aterra entrar y que esté todo el mundo mirándome. A veces tengo pesadillas con eso.

—Te van a mirar de todas formas —opinó su marido, ayudándola a entrar en el vehículo tras hacer lo mismo con Penny—. Pero eso no debería preocuparte, ya lo sabes, amor.

—Y yo no paro de repetírmelo, pero no funciona. No es como aprenderse los nombres de los músculos, Will.

Su esposo soltó una carcajada.

—En cuanto aquello se llene y pase la primera media hora, ya no serás una novedad. Entonces te encontrarás mejor —dijo Penny desde el asiento de detrás.

El enorme salón del hotel donde, hacía lo que parecía una eternidad, ambos habían bailado por primera vez, estaba por fin abarrotado de invitados, todos luciendo sus mejores galas para la ocasión. Era el primer baile celebrado por el matrimonio Foster y muchos habían acudido, Elizabeth estaba segura, por pura curiosidad. Se esforzó por controlar la intensa sensación de ser juzgada.

No quería dejar mal a William, y aquello la ponía nerviosa. Su esposo le había aconsejado que se centrara solo en la gente que le importaba. Miró en un lateral a Emma y Margaret, conversando entusiasmadas, y sonrió. Seguro que hablaban de la inminente aprobación del sufragio universal. Buscó entre la multitud y pudo ver a Lewis y su esposa, que le dirigieron un gesto de asentimiento. Les correspondió y se dispuso a saludar a una pareja que se había acercado a presentar sus respetos a los anfitriones.

—Me siento como una placa de Petri observada al microscopio —susurró a su esposo mientras veían cómo se acercaban el alcalde y su mujer para saludarles—. Cuando vienen aquí me miran como si tuvieran que decidir si soy patógena o inocua.

William sofocó una carcajada.

—Yo creo que lo mejor sería que dieras con tu trasero en el suelo ahora mismo —murmuró travieso—. Así quedarías inmunizada contra la vergüenza... para siempre.

Elizabeth le brindó al alcalde una extraña sonrisa fruto de contener la risa. Cuando se alejaron, inclinó la cabeza hacia William.

—En los círculos sociales serías el marido de la doctora que se cayó de culo, por siempre jamás —murmuró—. ¿No te molestaría eso?

—Elizabeth, William. —Antes de que él le contestara, una voz tras ella la hizo dar un respingo de alegría.

—¡Paul! —Observó cómo su mejor amigo se colocaba frente a ellos y le tendía la mano, que apretó con efusividad—. ¿Y Charles, y mi madre?

—Descansando en el hotel. Ya sabes que mi padre aún no está al cien por cien; el viaje lo ha cansado mucho, pero ambos prometen visitaros mañana. Yo también estoy algo cansado, pero tenía que venir. No podía perderme el primer baile del matrimonio Foster. William, me alegra verte tan recuperado.

Ambos se saludaron con un fuerte apretón de manos. Elizabeth pudo localizar con la mirada a Penny, que estaba charlando con uno de los nuevos residentes del hospital. Pudo ver en los ojos de Paul que él había visto lo mismo.

—Creo que voy a continuar saludando a mis conocidos. —Estrechó los ojos mirando a la enfermera—. Deseadme suerte —murmuró.

—Suerte —le dijeron al unísono mientras se dirigía hacia Penny.

Los músicos comenzaron a hacer sonar sus instrumentos, comprobando si estaban bien afinados. El médico y ella se dispusieron a abrir el baile. William la tomó de la mano y la condujo a la pista. Ella se centró en el

momento, en el tacto cálido de su fuerte mano rodeando la suya, sosteniéndola con suavidad y firmeza, y en el aroma de su cercanía. Se obligó a ignorar las miradas a su alrededor y volvió a los ojos azules de su marido, que la observaba como solo él sabía hacer, haciéndola sentir la única mujer de aquel vasto salón.

El vals comenzó a sonar y ellos a moverse al ritmo de la música que los había unido.

—Sea por caerte de culo o por cualquier tontería similar, me seguiría importando un comino lo que todas esas personas dijeran de ti. —La hizo girar varias veces antes de proseguir—. O de mí. Te amo tal como eres. Solo... relájate y déjate llevar.

Y ella lo hizo.

FIN

Notas

1 En el sistema de formación médica de EE. UU., un médico interno es un médico en prácticas, un médico residente es un médico que se está especializando.

2 La Sociedad de Naciones fue una idea de Woodrow Wilson, presidente de los EE. UU. durante la Primera Guerra Mundial, expuesta por primera vez en su famoso «discurso de los catorce puntos», para impulsar la paz. La Sociedad de Naciones fue el predecesor de las Naciones Unidas.

3 Siglas de American Women's Hospitals Service: comité creado por la Asociación Americana de Mujeres Médicas (AMWA) para establecer hospitales en las zonas de guerra, conducidos por doctoras.

4 La prueba de Schick es un procedimiento que permite determinar si un individuo es susceptible de padecer difteria mediante la inyección intradérmica de una pequeña cantidad de toxina diftérica.

5 El director de la Administración de Alimentos, Herbert Hoover, había recomendado evitar la harina de trigo los lunes y miércoles, y los martes la carne. El objetivo era aumentar las exportaciones de estos productos para paliar el hambre en Europa y alimentar a los soldados. No se trataba de un racionamiento, solo recomendaciones, y funcionó.

6 Grandes almacenes de Chicago, entre 1852 y 2005. En 2006 fueron adquiridos por Macy's.

7 El Cirujano General de EE. UU. es un cargo público ocupado por un médico, no necesariamente cirujano a pesar del nombre, designado por el presidente del país y encargado de la salud pública. Durante la Primera Guerra Mundial había un Cirujano General que coordinaba la salud pública y un Cirujano General del ejército.

8 A Jane Addams se le concedió el premio Nobel de la Paz en 1931. Fue la segunda mujer en obtenerlo.

9 Al bacilo de Pfeiffer, actualmente llamado *Haemophilus influenzae*, se le atribuía erróneamente ser el causante de la gripe, aunque parte de los científicos de la época lo dudaba. En realidad, esta bacteria se encontraba en las secreciones respiratorias de estos enfermos porque aprovechaba el daño provocado por el virus para invadir las vías respiratorias (actuaba como oportunista).

10 En 1918 los científicos habían logrado grandes avances en el tratamiento y prevención de algunas de las peores enfermedades infecciosas: sueros contra la meningitis, la difteria o el tétanos, una vacuna para la fiebre tifoidea... También sabían que había microbios que eran invisibles con el microscopio óptico y que causaban enfermedades, y los llamaban «virus filtrables». No fue hasta 1931 que el virus de la gripe se pudo ver en un microscopio electrónico.

11 La infundibulina, extracto de hipófisis humana, fue el predecesor de la actual oxitocina, que se usa para contener hemorragias uterinas, entre otras utilidades.

12 *Primum non nocere*: lo primero es no hacer daño.

13 Siglas de American Protective League o Liga Protectora Americana. Era una asociación formada por voluntarios que se dedicaban al contraespionaje y a localizar a desertores y hombres que habían cometido fraude para no entrar en el ejército, a los que llamaban *slackers*, que he traducido como *gandules*, un grave insulto en aquella época. Oficialmente no tenían permitido hacer arrestos, pero la realidad era bien distinta.

14 Siglas en inglés de la Asociación Americana de Mujeres Médicas.

15 Siglas de Journal of American Medical Association, prestigiosa revista médica estadounidense aún existente.

16 Ese tipo de sueros (o antisueros) se conseguía introduciendo el microbio o tóxico en el organismo de un animal, normalmente caballos, provocando con ello una respuesta inmune. Después se extraía una cierta cantidad de sangre que, tras ser purificada, se usaba en la prevención y tratamiento de

distintas enfermedades. Hoy en día esta técnica aún se usa en el tratamiento de mordeduras de animales venenosos.

[17](#) Las iniciales CC son una traducción libre del inglés TLC, *tender loving care*.

Sobre la novela

Escribir sobre otra época es siempre complicado, y más cuando una se declara una obsesiva de la documentación. Aun así, sé que habré cometido errores, espero que me perdonéis.

Para poder situar la historia he consultado varios libros y, por supuesto, internet. Desde aquí mi agradecimiento a todas las fuentes de información en la red, sobre todo a Archive.org, a www.forgottenbooks.com, a www.hathitrust.org y a Wikipedia.

La biografía de Emily Dunning, primera mujer residente de cirugía de Nueva York, me ayudó con el contexto de la época, aunque los hechos que esta relata sucedieron quince años antes. Elizabeth Scott no estaba tan sola como aparece en la novela; ya en 1918 las médicas (término que no he usado en la novela por ser moderno) se habían asociado y formado grupos de presión. En Chicago se reunían periódicamente, eran pocas pero muy activas, mujeres luchadoras a las que las médicas de hoy en día tenemos mucho que agradecer. La primera mujer que ejerció de doctora en el hospital del Condado de Cook en realidad fue Bertha Van Hoosen, en 1913, de la que también leí su autobiografía. Fue cirujana y ginecóloga, y fundó la American Medical Women's Association. La eminente doctora Van Hoosen popularizó el «sueño crepuscular», una técnica de parto sin dolor vigente durante unos cuantos años. Como nuestro en la novela, daba muchas complicaciones. Ella siempre la defendió y estoy convencida de que era una técnica segura en manos de expertos, pero precisaba de una experiencia, material y conocimientos que muchos no tenían.

Me he tomado varias licencias de autora, al fin y al cabo esto es ficción. La infectología es una subespecialidad de la pediatría y de la medicina interna, nunca ha existido como especialidad independiente. El año de residencia también es ficticio, al igual que sus condiciones laborales: los residentes, en realidad, *vivían* en el hospital, de ahí su nombre. Los entresijos del reclutamiento selectivo en EE.UU. durante la Primera Guerra Mundial los consulté en el *Second report of the provost marshal general to the secretary of war on the operations of the Selective service system*, disponible en la red. Las trampas que hizo el padre de William habrían sido casi imposibles dado el sistema que se empleó.

Hay fuentes en la red donde se puede consultar cómo afectó la gripe española a cada uno de los estados de los EE.UU. (www.influenzaarchive.org y www.cdc.gov/flu). El villano que amenaza en la oscuridad durante toda la historia, uno sin maldad ni conciencia, es el virus de la gripe A H1N1 de 1918. Dio la cara por primera vez en marzo de ese año; en mayo de 1918 todos los periódicos de España, país que estaba fuera del conflicto armado y por tanto sin censura, hablaban de esta gripe. De ahí tomó el nombre, ya que en los países en conflicto los casos fueron ocultados a la prensa por la censura. No se conoce aún su lugar de origen; algunos defienden que fue EE.UU., otros China y otros lo sitúan en el frente europeo, en Francia. Como otras pandemias, el virus atacó en varios periodos («oleadas»). La pandemia causó en dos años la muerte de entre cincuenta y cien millones de personas en todo el planeta, es decir, entre el 2,5 y el 5% de la población mundial, y la gran mayoría de esas muertes sucedieron durante un periodo de apenas trece semanas, la oleada de otoño. Esta fue provocada por una nueva mutación del virus H1N1, una mucho más letal. Algunas de sus peculiaridades fueron la alta mortalidad que provocó en la franja de edad de veinte a cuarenta años, las hemorragias que sufrían los enfermos y las neumonías fulminantes que causaban la muerte en pocas horas. Parece claro que la guerra favoreció la aparición de este mutante, una mezcla genética de gripe aviar y humana con una enorme capacidad de replicación y de transmisión de humano a humano.

La gripe española provocó en pocas semanas la misma mortandad, probablemente más, que la Peste Negra en décadas, pero apenas se ha hablado de ella hasta recientemente, con el centenario de la pandemia. Si sentís curiosidad podéis leer dos estupendos ensayos: *El jinete pálido* de Laura Spinney (Planeta), que analiza en profundidad el tema desde el pasado a la actualidad, y *The Great Influenza*, de John M. Barry (Penguin), solo en inglés, que detalla la batalla que libraron los científicos de EE.UU. para intentar salvar vidas durante aquellas horribles semanas. Paul Lewis, William Park, Anna Wessels Williams, Oswald Avery... ellos y otros fueron los verdaderos protagonistas. En este ensayo encontré, entre otros, datos sobre el suero antineumónico (ideado por Preston Kyes, de Chicago, y que otras fuentes niegan que funcionara bien), y sobre la pandemia en el campamento Grant.

El personaje de Clark está basado en Joseph Capps, jefe médico en Grant, y el suicidio del coronel del campamento fue real, pero su verdadero nombre era Hagadorn. El presidente Wilson, Hoover, Alice Evans, Jane Addams,

Harold Lloyd, Milton Rosenau, William Gorgas y John Dill Robertson, de los que se habla en la novela, son personajes históricos. Los personajes que intervienen en la novela son fruto de mi imaginación.

A algunas lectoras no les habrá pasado desapercibida mi intención de darle a Paul y a Penny su oportunidad, pero eso solo el tiempo lo dirá.

Si te has quedado con ganas de saber más, entra en mi página de facebook, [Maite Aleu](#), y sígueme. Encontrarás datos curiosos sobre la novela y el contexto histórico.

Agradecimientos

A ti, lectora o lector, por haberle dado una oportunidad a mi primera novela, espero no haberte defraudado. Si te ha gustado, te agradecería muchísimo que me dejaras un comentario positivo en Amazon o en cualquier red social.

A todas las amigas que me ha traído mi amor por la lectura, en especial a mi primera lectora, María José *sister*, por haberme animado con mi primer intento de escritura, hace ya nueve años; a Nury, por su capacidad inspiradora y su pasión por esta historia, y a Ana, mi correctora, por su desinteresada entrega de un bien tan caro como es el tiempo.

A las primeras lectoras de esta novela, por guiarme con sus opiniones: Nury, Shirly, May, Patri, Ana, Reby, Cris, Pe, Delia, Maria José y Anuska. Al resto de *templarias* que me hicieron un huequito en sus vidas: Vero, Sira, Marieta, Merce, María José S., a Mábel y muy especialmente a Ana Idam por su ayuda con los entresijos de la autopublicación.

A las lectoras del antiguo foro de Crepúsculo y a las lectoras de www.fanfiction.net, por haberme animado a seguir escribiendo y aprendiendo.

Por último, pero no menos importante, a mi madre, por tener todas esas novelas románticas en casa, desde *Jane Eyre* a *Forastera*, pasando por las sagas *Angélica* y *Poldark*, y a toda mi familia, especialmente mi marido y mis hijos, por estar en mi vida.

Gracias a todos.

Sobre la autora

Maite Aleu es mi seudónimo. Soy médica desde hace muchos años y lectora promiscua, siempre leo varios libros a la vez. He escrito mucho, pero esta es mi primera novela, donde combino mi pasión por mi profesión y por la lectura. Espero que no sea la última.

Puedes encontrarme y contactar conmigo en las siguientes redes sociales:

En Facebook puedes darle «me gusta» a mi página de autora, [Maite Aleu](#).

En Instagram, puedes seguirme en [maitealeu.autora](#).